Noël

M.C.D. 2018

50001168385
Filologia

M.C.D. 2018

12/255

700/108

A 279

2-U-131

DOS AÑOS DE VACACIONES

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

R. 42.323

DOS AÑOS

DE

VACACIONES

POR

JULIO VERNE

VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

CEFERINO TERÁN PUYOL

CUADERNO PRIMERO

MADRID
SAENZ DE JUBERA, HERMANOS
EDITORES
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10

M.C.D. 2018

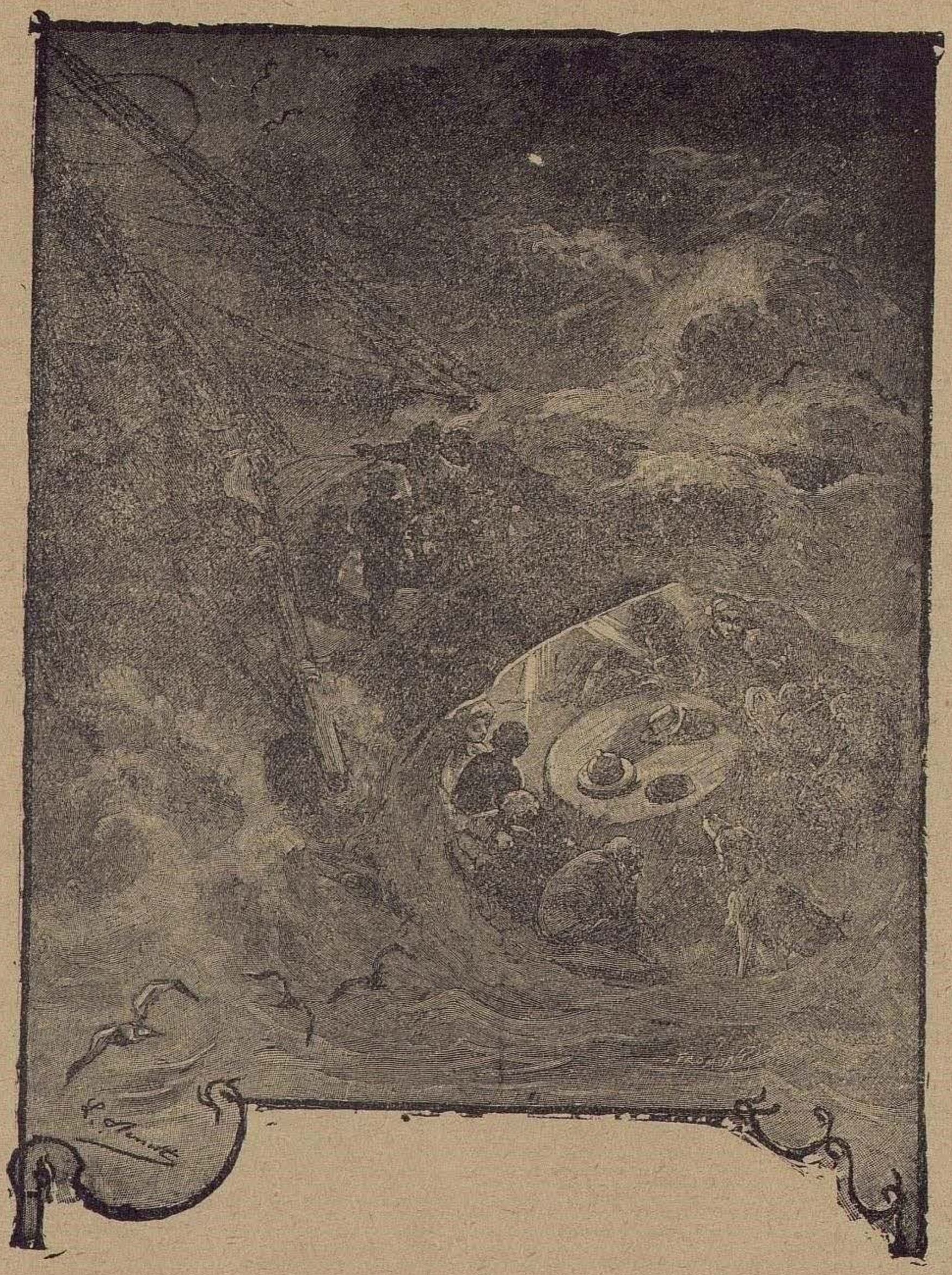
HU D2-2/6891
(NP)

Es propiedad de los editores; quedan cumplidos los requisitos que ordena la ley.

Est. Tipográfico.—J. Sánchez de Ocaña.—Tutor, 16. Madrid. Teléfono 32374.

R. 1168275
R. 1168385

M.C.D. 2018



DOS AÑOS DE VACACIONES

PRÓLOGO

Muchos Robinsones han despertado ya la curiosidad de nuestros jóvenes lectores. Daniel de Foë, en su inmortal *Robinsón Crusoé*, ha puesto en escena al hombre solo; Wyss, en su *Robinsón Suizo*, á la familia; Cooper, en *El Cráter*, á una sociedad con sus múltiples elementos, y yo en *La Isla Misteriosa* he presentado á algunos sabios luchando con las necesidades de su penosísima situación.

Se ha escrito también *El Robinsón de doce años*, *El Robinsón de los hielos*, *El Robinsón de las niñas*, y otros; pero con ser tan grande el número de novelas que componen la serie de los *Robinsones*, no la considero completa, y he creído que para ello sería conveniente publicar un libro cuyos protagonistas fueran algunos jovencitos de ocho á trece años, abandonados en una isla, luchando por la vida en medio de las contrariedades ocasionadas por la diferencia de nacionalidad; en una palabra, *un colegio de Robinsones*.

Verdad es que en *Un capitán de quince años* procuré demostrar lo que pueden el valor y la inteligencia de un niño enfrente de los peligros y de las dificultades de una responsabilidad muy grande para su edad; pero se me ha ocurrido después que si la enseñanza contenida en dicho libro ha de ser para muchos provechosa, se hacía necesario completarla.

He aquí los dos motivos que me han impulsado á escribir esta nueva obra, que me permito ofrecer al público bajo el título de: *Dos años de vacaciones*.

JULIO VERNE.

M.C.D. 2018

I

La tempestad.—Un «schooner» desamparado.—Cuatro muchachos en el puente del «Sloughi».—La mesana hecha pedazos.—Visita en el interior del yate.—El grumete medio ahogado.—Una ola por la popa.—La tierra á través de las nieblas de la madrugada.—El banco de arrecifes.

Durante la noche del 9 de Marzo de 1860 las nubes, confundiéndose con el mar, no permitían a la vista extenderse más allá de algunas brazas en derredor.

En aquel mar furioso, cuyas olas se desplegaban dejando en pos de sí surcos lívidos y espumosos, un buque ligero huía casi sin velas.

Era un yate de cien toneladas, un *schooner*, como llaman á las goletas en Inglaterra y en América.

Este *schooner* se denominaba el *Sloughi*, nombre que se hubiera buscado en vano en el cuadro de popa, en atención á que había sido arrancado en parte por debajo del coronamiento, quizá por el huracán, tal vez por algún choque.

Eran las once de la noche. Bajo la latitud en que se hallaba, y á principios de Marzo, éstas son bastante cortas. Los primeros albores no se dejarían ver hasta las cinco de la madrugada. ¿Pero serían acaso menores los peligros que amenazaban al *Sloughi* cuando el sol alumbrase el espacio? Tan débil nave ¿no estaría sin cesar, hasta destruirse, á merced de las olas, cada vez más embravecidas?

Seguramente que esto último acontecería, pues sólo la calma podría salvarla de un horroroso naufragio, cual lo es el que ocurre en medio del Océano, lejos de toda tierra, cuya presencia alienta siempre y hace muchas veces que algunos náufragos, reanimados por la esperanza, encuentren su salvación.

En la popa del *Sloughi*, y al lado del timón, se hallaban tres muchachos, unc de catorce años, otros dos de trece y un grumete de raza negra, que contaba apenas doce. Los pobres niños reunían sus fuerzas para impedir que las olas cogieran al *schooner* por los costados, haciéndole perecer. Era un trabajo muy rudo, porque la rueda del gobernalle, dando vueltas á pesar de los esfuerzos que las pobres criaturas hacían para dominarla, podía de un momento á otro sobreponerse á ellos y lanzarlos al mar. Un poco antes de las doce arreciaron tanto las olas que batían el flanco del yate, que puede considerarse como un milagro que no se rompiera el timón. Los golpes de mar eran rudísimos, y uno de ellos, muy fuerte, derribó á nuestros pequeños marineros, si bien pudieron éstos levantarse casi en seguida.

—¿Sirve todavía el timón? preguntó uno de ellos.

—Sí, Gordon, respondió otro muchacho, llamado Briant, que, habiendo vuelto á ocupar su sitio, conservaba toda su sangre fría.

Luego, dirigiéndose al tercero, dijo:

—Agárrate fuerte, Doniphan, y procura no acobardarte. Tenemos que salvar a los demás.

Estas frases fueron dichas en inglés; mas por el acento de Briant dejábase conocer que era de origen francés.

Éste se volvió hacia el grumete, diciéndole:

—¿Estás herido, Mokó?

—No, señor Briant; pero procuremos mantener el buque dando la popa á las olas, si no queremos irnos á pique.

En este momento se abrió la escotilla que daba paso al salón del *schooner*, y dos cabecitas aparecieron al nivel del puente, oyéndose al mismo tiempo los ladridos de un perro, que no tardó en dejarse ver también.

—¡Briant!... ¡Briant!... exclamó un niño como de unos nueve años de edad: ¿qué sucede?

—Nada, Iversón, nada, replicó Briant. Bájate otra vez con Dole... ¡Pronto, muy pronto!...

—¡Es que tenemós mucho miedo! añadió el otro más pequeño.

—¿Y los demás?... preguntó Doniphan.

—¡Los demas también están asustados! replicó Dole.

—Vamos, volved abajo, dijo Briant; encerráos, tapáos la cabeza con la sábana, cerrad los ojos, y así no tendréis miedo. No hay peligro ninguno.

—¡Atención!... ¡Otra ola!... exclamó Mokó.

Y, en efecto, un violento choque se sintió en la popa; pero felizmente no embarco agua, porque si tal hubiera sucedido, la ruina sería completa, pues penetrando el agua en el interior por la puerta de la escotilla, el yate no hubiera podido levantarse más.

—¡Volvéos adentro, con mil rayos! exclamó Gordon: ¡volvéos, si no queréis que os castigue!

—Vamos, niños, marcháos, volvió á repetir Briant con más dulzura.

Las dos cabecitas desaparecieron; mas en aquel momento, otro muchacho, que acababa de subir, preguntó:

—¿No nos necesitas, Briant?

—No: Baxter, Cross, Webb, Service, Wilcox y tú, quedáos con los pequeños. Bastamos aquí los cuatro.

Baxter volvió á cerrar por dentro.

—Los demás también tienen miedo, ha-

M.C.D. 2018

bía dicho Dole, según recordarán nuestros lectores.

Pero ¿es que no había más que niños en aquel *schooner* llevado por el huracán? ¿Es que no existía ningún hombre á bordo, ni un capitán que mandara, ni un marino siquiera que ejecutara las maniobras, ni un timonel que gobernase en medio de aquella tormenta? ¡No, no había más que niños! ¿Y cuántos eran? Quince, contando á Gordon, Briant, Doniphan y el grumete que ya conocemos. ¿Y en qué circunstancias se embarcaron y por qué se encontraban solos? Pronto lo sabremos.

Lo cierto es que, dado tal personal, no es de extrañar que nadie á bordo pudiese decir la posición exacta del *Sloughi* en medio de aquel Océano... ¡Y qué Océano! El más grande de todos, el Pacífico, que tiene dos mil leguas de anchura desde Australia y Nueva Zelandia hasta el litoral suramericano.

¿Qué había sucedido? ¿La tripulación varonil del yate había desaparecido por efecto de alguna catástrofe? ¿Piratas de la Malasia se habían apoderado quizás de los marineros, no dejando á bordo más que unos cuantos niños entregados á sí mismos, no pasando el mayor de catorce años? Un buque de cien toneladas necesita, por lo menos, un capitán, un contramaestre, cinco ó seis hombres; y de ese personal, indispensable para maniobrar, no quedaba mas que un grumete. Pero, en fin, ¿de dónde venía ese *schooner*? ¿De qué paraje austrolasiano, ó de qué archipiélagos de Oceanía? ¿Desde cuánto tiempo estaba en el mar, y cuál era su rumbo? Seguramente que aquellos pobres niños podrían contestar á todas aquellas preguntas si hubieran encontrado algún navío y el capitán les preguntara el motivo de su aislamiento; mas por desgracia no se divisaba ningún buque, ni siquiera de los transatlánticos, cuyos itinerarios se cruzan en los mares oceánicos, ni tampoco barcos del comercio, de vapor ó veleros, que Europa y América mandan á centenares hacia los puertos del Pacífico. Y aunque uno de esos buques, tan potentes por su máquina ó por su velamen, estuviera en aquellos parajes, le hubiese sido muy difícil socorrer al yate, ocupado él mismo en luchar con la tempestad.

Briant y sus compañeros procuraban, por todos los medios que estaban á su alcance, que el *schooner* no se tumbara por completo.

—¿Qué hacemos?... dijo Doniphan.

—¡Todo lo que sea posible para salvarnos, con la ayuda de Dios! respondió Briant con serenidad admirable, precisamente en momentos en que ciertamente aun el hombre de más energía hubiera conservado muy pocas esperanzas de salvación.

En efecto; la tempestad arreciaba y el huracán crecía en intensidad, amenazando á cada instante hundir la embarcación, privada hacía cuarenta y ocho horas de su palo mayor, que, roto á cuatro pies de altura por encima del puente, no permitía izar ninguna vela con que auxiliar el gobierno del buque. El palo mesana se sostenía aún, pero era de temer cercano el momento en que, falto de los obenques, se cayera sobre el puente. Hacia la proa, el pequeño foque, hecho pedazos, era de tal modo agitado por el huracán, que sus sacudidas parecían detonaciones de armas de fuego. No quedaba ya más vela que la mesana, pronta á desgarrarse también, pues los pobres muchachos no habían tenido la suficiente fuerza para quitar el último rizo, á fin de disminuir su superficie. Si aquella vela se rompía, sería ya imposible que el yate hiciera frente al viento, y las olas, cogiéndole por los lados, le tumbarían de seguro, yéndose irremisiblemente á pique, y sus pasajeros desaparecerían con él en el terrible abismo.

Hasta entonces, ni una isla, ni un continente se había visto al Este. Chocar con una costa es una eventualidad terrible, y, sin embargo, esos niños lo hubieran temido menos que á los furores de aquel inmenso mar. Un litoral cualquiera, con sus escollos, sus rompientes, sus rocas incesantemente invadidas por la resaca, era preferible á ese Océano, pronto á abrirse bajo sus pies.

Así es que los pobres chicos miraban siempre al horizonte, esperando ver alguna luz que los guiase. ¡Vana esperanza!

De repente, hacia la una de la madrugada, un ruido espantoso dominó el silbido del huracán.

—¡El palo de mesana se ha roto!... exclamó Doniphan.

—No, respondió el grumete. Es la vela, que se ha soltado de las relingas.

—Es menester arrancarla, dijo Briant. Gordon, ponte en el timón con Doniphan; y tú, Mokó, ven á ayudarme.

El negrito, siendo grumete, tenía algunas nociones de náutica, de las que no carecía tampoco Briant, por haber atravesado ya el Atlántico y el Pacífico cuando hizo el viaje de Europa á Oceanía, habiéndose familiarizado algún tanto con las maniobras. Esto explica el por qué los demás, que no sabían nada de eso, habían confiado á Briant y á Mokó el cuidado de dirigir el *schooner*.

En un instante, ambos muchachos corrieron valerosos hacia la proa, pues era menester á toda costa desembarazarse de la mesana para evitar que el buque cayera de costado; porque si esto hubiese sucedido, sería de todo punto imposible levantarlo, á menos que no cortasen por completo el palo después de quitarle los

M.C.D. 2018

Briant y Mokódieron pruebas de una notable destreza

obenques metálicos, trabajo que no podían ejecutar los infantiles tripulantes del yate.

En tales condiciones, Briant y Mokó dieron pruebas de una notable destreza. Resueltos á conservar todo el velamen posible para tener el *Sloughi* en posición de recibir el viento por la popa mientras durase la borrasca, consiguieron largar la driza de la verga, que cayó á cuatro ó cinco pies del puente. Los jirones de la mesana, cortados con un cuchillo por su parte inferior y sujetos por algunas abrazaderas, fueron amarrados á los cabos del empavesado, no sin que ambos intrépidos muchachos se vieran á punto de ser arrastrados por las olas.

Con este reducido velamen el buque pudo conservar la dirección que ya seguía desde tanto tiempo, dando su casco bastante presa al viento para que corriese con la velocidad de un torpedero. Lo que importaba sobre todo era librarse de las olas, huyendo con rapidez, para evitar que algún golpe de mar saltase por encima del buque. Esto hecho, Briant y Mokó se reunieron á Gordon y á Doniphan para ayudarles á gobernar.

La puerta de la escotilla se abrió en aquel momento por segunda vez, y dejóse ver una cara infantil. Era Santiago, hermano de Briant, con tres años menos de edad que él.

—¿Qué quieres, Santiago? le preguntó el mayor.

—¡Ven... ven!... respondió el niño. ¡Hay agua hasta en el salón!

—¡Es posible! exclamó Briant.

M.C.D. 2018

Briant observó que el agua no penetraba ni por encima ni por debajo de la línea de flotación.

Y precipitándose por la escalera, la bajó casi de un salto.

El salón estaba débilmente alumbrado por una lámpara, que el vaivén del buque balanceaba con violencia. Esta luz permitía distinguir á una docena de niños tendidos en los divanes ó en las camitas del *Sloughi*. Los más pequeños (los había de ocho y nueve años), apretados unos contra otros, estaban llenos de espanto.

—¡No hay peligro! les dijo Briant, queriendo tranquilizarlos. ¡Estamos nosotros aquí!... ¡No tengáis miedo!...

Entonces, bajando hasta el suelo un farol que tenía en la mano, vió que cierta porción de agua corría de un lado á otro del yate.

¿De dónde era aquella agua? ¿Había penetrado por alguna grieta? Esto era preciso averiguar.

Contiguo al salón se encontraba una gran cámara, luego el comedor, y despues la habitación de los tripulantes.

Briant recorrió dichos departamentos y observó que el agua no penetraba ni por encima ni por debajo de la línea de flotación. Esta agua, despedida hacia popa por la inclinación del buque, provenía de las olas que entraban por la proa, y filtraba por las rendijas de la toldilla del puesto de la tripulación. No había que temer ningún peligro por aquel lado.

Briant tranquilizó á sus compañeros cuando volvió á pasar por el salón, y un poco menos inquieto, ocupó de nuevo su sitio en el timón. El *schooner*, sólidamente construído, forrado con buenas planchas

M.C.D. 2018

de cobre, no podia hacer agua y estaba en estado de resistir el embate de las olas.

Sería como la una de la mañana. En aquel momento la noche era cada vez más oscura por el espesor de las nubes; la borrasca se desencadenaba con atronadora violencia, y el yate navegaba con sin igual velocidad, saludado por las gaviotas con gritos agudos que rasgaban los aires. La presencia de estas aves ¿era señal de que la tierra se hallaba cerca? No, porque se las encuentra á veces a varios centenares de leguas de la costa. Además, impotentes para luchar contra la corriente aérea, esos pajaros, que sienten placer en medio de las tormentas, la seguían como el *schooner*, al que ninguna fuerza humana hubiera podido detener.

Una hora más tarde lo que quedaba de la mesana acabó de desgarrarse, esparciéndose por el espacio.

—¡Ya no tenemos velas, exclamó Doniphan, y es imposible colocar ninguna otra.

—¡Qué importa! respondió Briant; no por eso navegaremos con menos velocidad.

—¡Vaya una contestación! replicó Doniphan: ¡si éste es tu modo de maniobrar!...

—¡Cuidado con las olas, que amenazan por la popa! Es necesario atarnos, si no queremos que nos arrastren, dijo Mokó.

Apenas había concluído el grumete de pronunciar estas palabras, cuando un gran golpe de agua cayó encima del puente. Briant, Doniphan y Gordon fueron despedidos contra la toldilla á la que se agarraron; pero el pobre Mokó había desaparecido en aquella masa líquida, que barrió toda la cubierta del *Sloughi*, arrastrando parte de la obra muerta, dos canoas, una chalupa, algunos otros objetos y la cubierta de la brújula. Sin embargo, como parte de la obra muerta había sido levantada por el golpe, el agua, saliendo por allí, salvó el yate del peligro de zozobrar bajo el peso de aquella enorme carga.

—¡Mokó!... ¡Mokó! exclamó Briant, cuando pudo hablar.

—¿Se habrá caído al mar? preguntó Doniphan.

—No, pues no se le ve... dijo Gordon, que registraba con la vista las aguas.

—Es preciso salvarle... Echemos una cuerda por si acaso, respondió Briant.

—Y con una voz que retumbó con fuerza, gritó de nuevo:

—¡Mokó!... ¡Mokó!...

—¡Aquí!... ¡Aquí!... respondió el grumete.

—No está en el agua, de seguro, dijo Gordon; su voz se oye hacia la proa.

—¡Salvemosle! exclamó Briant.

Y púsose á andar á gatas, evitando el choque de las garruchas desprendidas de las maromas, procurando no escurrirse, á causa del vaivén sobre aquel puente resbaladizo.

La voz del grumete se dejó oir otra vez y luego todo quedó en silencio.

Después de muchos esfuerzos, Briant llegó á la toldilla de la tripulación.

Llamó.

No obtuvo respuesta.

¿Sería que el mar se había llevado á Mokó después de su último grito? En este caso el desgraciado niño debía estar ya muy lejos, hacia atrás, porque el viento no había podido empujarle con tanta velocidad como al *schooner*.

Si así era, estaba perdido sin remedio.

Mas no: un nuevo grito, si bien más débil, llegó hasta Briant, é hizo que éste se precipitase hacia el hueco del montante en que se empotraba el pie del bauprés. Allí, á tientas encontró un cuerpo que se movía... Era el grumete, cogido en el angulo que formaba el empavesado uniéndose en la proa. Además, una driza que con sus esfuerzos apretaba cada vez más, le rodeaba la garganta, exponiéndose á morir estrangulado.

Viendo esto Briant, sacó su cuchillo y cortó, no sin mucho trabajo, la cuerda que molestaba al grumete.

Mokó fué llevado hacia la popa y cuando tuvo bastante fuerza para hablar, exclamó:

—¡Gracias, señor Briant, gracias!

Y volvió á colocarse en el timón, en donde los cuatro se amarraron para resistir á las enormes olas que amenazaban el *Sloughi*.

Al contrario de lo que había creído Briant, la velocidad del buque había disminuído algún tanto desde que había desaparecido la mesana, y esto constituía un nuevo peligro. En efecto; las olas, siendo mas veloces que el yate, podian asaltarle por la popa y llenarle. ¿Qué más podian hacer? Era imposible aparejar la menor vela.

En el hemisferio austral, el mes de Marzo corresponde al mes de Septiembre en el boreal, y las noches tienen corta duración.

Eran ya las cuatro de la mañana; la luz del día no debía tardar en aparecer al Este, es decir, encima de aquella parte del Océano hacia la que la tempestad empujaba al yate. Puede ser que con la alborada la tormenta pierda en intensidad, ó que se divise la tierra, y en ambos casos la suerte de esta tripulación de pequeñuelos se decida en algunos minutos.

A eso de las cuatro y media, alguna luz se dejó ver efectivamente; mas por desgracia, las nieblas limitaban el alcance de la vista á menos de un cuarto de milla. Las nubes corrían con una velocidad espantosa. El huracán no había perdido nada de su fuerza, y el mar desaparecía bajo la espuma de las olas al romperse.

M.C.D. 2018

El *schooner*, tan pronto levantado en la cima de una ola como hundido, al parecer, en el fondo del abismo, hubiera zozobrado veinte veces si el viento le hubiese cogido por los costados.

Los cuatro muchachos miraban atónitos aquel caos, comprendiendo que si los furiosos elementos no se calmaban pronto, su situación era desesperada, pues materialmente imposible parecía que el *Sloughi* resistiera aún veinticuatro horas la violencia de las olas, que indudablemente acabarían por desbaratarle.

Pero ¡oh alegría! en este mismo instante Mokó gritó:

—¡Tierra!... ¡Tierra!...

A través de la niebla el grumete creyó divisar al Este los contornos de una costa. ¿No se equivocaba? Nada más difícil de reconocer que esas vagas líneas que se confunden con tanta facilidad con pequeñas nubes.

—¿Tierra? preguntó Briant.

—Sí, replicó Mokó; tierra al Este.

É indicaba un punto del horizonte, si bien algo oculto por los vapores de la madrugada.

—¿Estás cierto de ello? preguntó Doniphan.

—¡Sí... sí... ciertísimo!... respondió el grumete. Si la niebla se despeja un poco, mirad bien allá... hacia la derecha del palo de mesana... ¡Mirad... mirad!...

La bruma, que empezaba á aclararse, remontándose á las zonas superiores, dejó que la vista se extendiera sobre el Océano en un espacio de varias millas delante del yate.

—¡Sí, es la tierra... la tierra!... exclamó Briant.

—¡Y una tierra muy baja! añadió Gordon, que acababa de observar con más atención el litoral.

Esta vez no había que dudarlo. Una tierra, continente ó isla, se dibujaba á cinco ó seis millas en una ancha parte del horizonte. Con la dirección que llevaba, y de la que la borrasca no le permitía apartarse, el *Sloughi* llegaría en menos de una hora; mas era de temer que se destrozara al llegar, sobre todo si las rompientes le detenían antes de abordar. Pero los pobres muchachos no pensaban en eso; esa tierra que tan inopinadamente se ofrecía á su vista, les parecía de segura salvación.

En aquel momento, el viento se puso á soplar con más violencia; el *Sloughi*, llevado como un pluma, se precipitó hacia la costa, que se dibujaba como un rasgo de tinta negra sobre el fondo blancuzco del cielo. Avanzando algo el buque, pudo observarse que en segundo término se elevaba un acantilado, cuya altura no excedería de ciento cincuenta á doscientos pies, y en primer término se extendía una playa amarillenta, cerrada á la derecha por masas redondeadas que parecían pertenecer a algunos bosques del interior.

¡Ah! Si el *Sloughi* pudiera alcanzar esa playa arenosa sin encontrar arrecifes; si la embocadura de algún río les ofreciese un refugio seguro, tal vez los infantiles pasajeros podrían llegar á tierra sanos y salvos.

Mientras que Doniphan, Gordon y Mokó se quedaban en el timón, Briant se fué a proa y miraba aquella tierra que se acercaba con mucha velocidad; pero buscaba en vano un sitio en que el yate pudiera abordar en condiciones favorables. No se veía ni una embocadura de río ó de riachuelo, ni un banco de arena en el que se pudiera encallar sin peligro. Delante de la playa se desarrollaba á la vista una fila de rocas cuyas cimas negruzcas salían del agua más ó menos, según la ondulación de las olas, sacudidas sin cesar por la resaca. Allí, de seguro, al primer choque el *Sloughi* se haría pedazos.

Briant tuvo entonces el pensamiento de que más valía que todos sus compañeros estuvieran sobre el puente en el momento en que el buque encallara, y abriendo la puerta de la escotilla, gritó:

—¡Arriba todo el mundo!

En seguida el perro se lanzó fuera, seguido de unos diez niños que se arrastraron hacia popa. Los mas pequeños, viendo las olas, gritaban asustados.

Un momento antes de las seis de la mañana el *Sloughi* llegó al lado de las rompientes.

—¡Agarráos, agarráos! exclamó Briant.

Y medio despojado de sus vestidos, se aprestó á socorrer á los que la resaca arrastrase, porque seguramente que el yate iba á romperse contra los arrecifes. Sintióse una violenta sacudida; de repente el *Sloughi* dió un golpe con la popa, y aunque su casco se resintió algo, el agua no penetró en él.

Levantado por una segunda ola, fué despedido á unos cincuenta pies hacia adelante sin tocar á las rocas, cuyas puntas sobresalían por todos lados. Luego se inclinó á babor y quedó inmóvil en medio del hervor de las aguas.

Si no estaba ya en alta mar, le faltaba aún un cuarto de milla para llegar á la playa.

II

En medio de la resaca.—Briant y Doniphan.—Observación de la costa.—Preparativos de salvación.—Disputa por la canoa.—Desde lo alto de palo de mesana.—Valerosa tentativa de Briant.—Efectos del reflujo.

Libre ya de nieblas el espacio, la mirada podíase extender sin dificultad por un vasto radio en derredor del *schoo-*

M.C.D. 2018

ner. Las nubes corrían siempre con extremada rapidez, y la borrasca no perdía nada de su furia; su misma violencia hacía esperar que acabase pronto, y que una calma bienhechora tranquilizase algún tanto á esos pobres niños que, apretándose unos con otros, debían creerse perdidos sin remedio cuando alguna gigantesca ola caía encima del puente, cubriéndolos de espuma. Los choques eran bastante rudos; el *schooner*, que no podía evitarlos, se estremecía hasta la quilla, pero no había, sin embargo, recibido gran daño al penetrar entre las rocas. Briant y Gordon bajaron á los camarotes, y asegurándose de que el buque no hacía agua por ninguna parte, tranquilizaron en cuanto les fué posible á sus compañeros, y sobre todo á los pequeños, diciéndoles:

—¡No tengáis miedo!... ¡El yate es muy sólido!... ¡La costa no está lejos!... Esperemos y procuremos llegar á la playa.

—¿Y por qué esperar? preguntó Doniphan.

—Sí: ¿por qué? añadió otro niño de unos doce años, llamado Wilcox. Doniphan tiene razón... ¿Por qué tenemos que esperar?

—Porque el mar está muy revuelto aún, y pereceríamos en medio de las rocas, respondió Briant.

—¿Y si el yate se abre? repuso un tercero, llamado Webb, y de la misma edad que Wilcox.

—No creo que esto sea de temer por ahora, replicó Briant; á lo menos, mientras baje la marea. Después que haya bajado, y en tanto que nos lo permita el

M.C.D. 2018

Doniphan

viento, nos ocuparemos del salvamento.

Briant tenía razón. Aunque las mareas sean relativamente de poca consideración en el Océano Pacífico, pueden, sin embargo, producir una diferencia de nivel bastante importante entre la alta y la baja. Era, por consiguiente, una ventaja esperar algunas horas, y sobre todo si el viento disminuía; pudiendo suceder también que el reflujo dejara en seco parte de los arrecifes, lo que haría más fácil la travesía del cuarto de milla que aún separaba al *schooner* de la playa.

No obstante, por más que este consejo fuese bueno, Doniphan y otros dos ó tres que no se hallaban con ánimos de seguirle, se agruparon hacia la proa, hablando en voz baja, y se comprendía claramente que Doniphan, Wilcox, Webb y otro llamado Cross, no parecían dispuestos á entenderse con Briant. Durante la larga travesía del *Sloughi*, si habían consentido en obedecerle, era porque Briant, según hemos dicho ya, tenía costumbre de navegar y poseía algunos conocimientos de las maniobras; pero conservaban el pensamiento de recuperar su libertad de acción en cuanto tocaran tierra. Doniphan, especialmente, no pensaba someterse, porque se creía superior á todos sus compañeros en instrucción é inteligencia. Esta especie de envidia que experimentaba Doniphan respecto á Briant, tenía ya larga fecha, y además bastaba que este último fuese francés para que los demás, siendo ingleses, no quisieran ser por él dominados, siendo de temer, por lo tanto, que estas diferencias acrecentaran la gra-

M.C.D. 2018

vedad de una situación de suyo embarazosa.

Sin embargo, Doniphan, Wilcox, Cross y Webb miraban el mar lleno de remolinos y surcado de corrientes contrarias, que no se podían atravesar sin graves peligros. El nadador más hábil no hubiese podido resistir la acción de la marea baja, que el viento cogía de través. El consejo de esperar algunas horas era justificado, y preciso fué que Doniphan y sus compañeros se rindiesen ante la evidencia, yéndose otra vez hacia la popa, en donde estaban los demás.

Briant decía en aquel momento á Gordon y á algunos de los que le rodeaban:

—¡No nos separemos!... ¡Unámonos todos, ó somos perdidos!...

—¡No pretenderás imponernos la ley! exclamó Doniphan que le oyó.

—Nada pretendo, respondió Briant, sino que es preciso que obremos con perfecto concierto para la salvación de todos.

—Briant tiene razón, añadió Gordon, muchacho frío y serio que no hablaba jamás sin reflexionar.

—¡Sí!... ¡Sí!... exclamaron algunos de los pequeños, á quienes un secreto instinto impulsaba á confiar en Briant.

Doniphan no replicó, pero sus compañeros y él persistieron en quedarse apartados de los demás, esperando la hora de proceder al salvamento.

Pero ¿qué tierra era aquella? ¿Pertenecía á alguna de las islas del Pacífico, ó á un continente? Esta cuestión no podía resolverse, porque estando el *Sloughi* demasiado cerca del litoral, no era dable la observación en un perímetro suficiente. Su concavidad, formando ancha bahía, terminaba en dos promontorios; uno bastante elevado y liso hacia el Norte, y el otro afilado en punta hacia el Sur. Pero más allá de ambos cabos, ¿seguiría ó no el mar los contornos de una isla? Briant procuró en vano asegurarse de ello con ayuda de los anteojos que encontró á bordo.

En el caso de que esa tierra fuera una isla, ¿cómo sería posible abandonarla si no se podía volver á poner el buque á flote, pues la marea alta no tardaría en desbaratarle, arrastrándole por los arrecifes? Y si esa isla no estuviese habitada, cual acontece en alguna del Pacífico, ¿cómo esos niños abandonados á sí mismos y no teniendo más víveres que los existentes en el barco, proveerían á las necesidades de la existencia?

Si fuese continente, dado que no podría ser otro que el de la América del Sur, las probabilidades de salvación serían mayores, porque atravesando el territorio de Chile ó de Bolivia, más pronto ó más tarde hallarían auxilios, si bien es verdad que en aquel litoral, cercano á las Pampas, muchos malos encuentros eran de temer.

Como el tiempo era bastante claro, dejábanse percibir todos los detalles de aquella tierra. Se distinguía perfectamente la playa, el acantilado que la rodeaba y algunos árboles agrupados en su base. Briant divisó también la embocadura de un río á la derecha de la ribera.

En suma; si el aspecto de aquella costa no tenía ningún atractivo, la fronda de aquellos árboles indicaba cierta fertilidad comparable con la de las zonas de la latitud media. No podía haber duda de que más allá del acantilado, y al abrigo de los vientos, la vegetación, encontrando un suelo más favorable, debía desarrollarse con más vigor.

En cuanto á habitantes, no parecía que los hubiese en aquella parte de la costa, pues no se veía ni casa ni choza alguna en la embocadura del río. Los indígenas, si los hubiera, residían tal vez en el interior, en donde estaban menos expuestos á los crudos ataques de los vientos del Oeste.

—¡No veo ni el menor rastro de humo! dijo Briant bajando el anteojo.

—¡Ninguna embarcación se ve en la playa! observó Mokó.

—¿Cómo es posible que las haya, puesto que no hay puerto? repuso Doniphan.

—El puerto no es necesario, replicó Gordon, pues las barcas de pescadores encuentran refugio en la entrada de los ríos; y si no vemos ninguna, quizás sea porque la tormenta las haya obligado á internarse.

La observación de Gordon era justa; mas cualesquiera que fuesen los motivos, la verdad es que no se divisaba ninguna embarcación, y que en realidad aquella parte del litoral parecía deshabitada. Pero en el caso de que nuestros jóvenes náufragos se viesen obligados á quedarse allí algunas semanas, ¿sería habitable? He aquí lo que debía sobre todo preocuparles.

Aun cuando la marea ciertamente se retiraba con mucha lentitud, porque el viento se lo impedía, como éste parecía calmarse algún tanto con tendencia á cambiar hacia el Noroeste, importaba mucho estar apercibidos y dispuestos para aprovechar el momento en que el banco de arrecifes ofreciese un paso practicable.

Eran cerca de las siete. Cada cual se ocupó en subir sobre el puente los objetos de primera necesidad, dejando lo demás para cuando el mar los empujase hacia la costa. Pequeños y grandes trabajaron todos con afán; y como á bordo había bastante provisión de conservas, galleta y carnes saladas y ahumadas, hicieron paquetes destinados á ser repartidos entre los mayores, quienes se encargarían de transportarlos á tierra.

Mas para que este transporte pudiera efectuarse, era preciso que los arrecifes estuvieran en seco. ¿Sucedería así durante la marea baja? ¿Bastaría el reflujo para dejar el paso libre hasta la playa?

M.C.D. 2018

Briant y Gordon fijaron toda su atención en el mar. Con el cambio de dirección del viento, la calma se acentuaba, y apaciguándose la resaca, permitía notar el decrecimiento de las aguas á lo largo de las puntas de las rocas. Este decrecimiento influía en el *schooner*, que se apoyaba mas y más hacia babor, hasta el punto de temerse que, si su inclinación aumentaba, se tumbase por completo sobre el flanco, pues este yate, como todos los de gran marcha, era muy esbelto de formas, con las compuertas muy elevadas y la quilla de mucha altura.

En este caso, si el agua invadía el puente, la situación sería en extremo grave. Era muy de sentir que las chalupas hubiesen sido arrebatadas, como hemos visto, porque aquellas embarcaciones, bastante capaces para conducirlos á todos, les hubiera sido permitido llegar á la costa y transportar tantos objetos útiles que sería preciso dejar provisionalmente á bordo. Y si en la próxima noche el *Sloughi* se hiciera pedazos, ¿qué valdrían aquellos restos después que las olas los hubieran destrozado entre las rocas? ¿Podrían aprovecharlos aún? ¿Nuestros jóvenes no se verían pronto reducidos á los únicos recursos que les ofreciera aquella tierra?

De repente se oyeron algunas exclamaciones hacia la proa; Baxter acababa de hallar una cosa que no carecía de importancia.

Una canoa que creían perdida se encontraba escondida entre el cordaje del bauprés. Aquella canoa no podía llevar más que cinco ó seis personas; pero como estaba intacta, sería posible utilizarla en el caso en que no fuese dable pasar á pie seco.

Convenía, pues, esperar que la marea bajase por completo, y sin embargo, una viva discusión se entabló entre los náufragos, discusión que tomó mayores proporciones entre Briant y Doniphan.

Este último, Wilcox, Webb y Cross, despues de apoderarse de la canoa, preparábanse á lanzarla al mar, cuando Briant llegó a su lado.

—¿Qué vais á hacer? preguntó.

—¡Lo que nos convenga! respondió Wilcox.

—¿Vais á embarcaros en esa canoa?

—Sí, replicó Doniphan; y no serás tú quien nos lo impida.

—Te equivocas, repuso Briant; no sólo te lo impediré, sino que me ayudarán á estorbártelo los compañeros á quienes quieres abandonar.

—¡Abandonar!... dices. ¿Cómo lo sabes? respondió Doniphan con arrogancia. Yo no quiero abandonar á nadie, ¿lo oyes? Mi plan es que tan luego como uno de nosotros llegue á la playa, vuelva con la canoa.

—¿Y si no puede volver? exclamó Briant conteniendose con trabajo. ¿Y si se hace pedazos en las rocas?...

—¡Embarquémonos!... ¡Embarquémonos!... respondió Webb rechazando á Briant.

Y ayudado por Cross y Wilcox, levantó la lanchita para botarla al mar; pero Briant, cogiéndola por una de las puntas, dijo con energía:

—¡No embarcaréis!

—Eso lo veremos, respondió Doniphan.

—¡No, no embarcaréis! repitió Briant muy decidido á resistir en beneficio del común interés. La canoa debe reservarse para los más pequeños, por si acontece que en la baja mar queda demasiado agua y no puedan llegar á la playa.

—¡Déjanos en paz! exclamó Doniphan encolerizado. Te lo repito; no eres tú quien pueda impedirnos hacer lo que nos dé la gana.

—¡Y yo te digo por segunda vez que te lo impediré, Doniphan!

Ambos muchachos estaban á punto de llegar á las manos, y la lucha hubiera sido general, porque cada uno de ellos tenía sus parciales. Wilcox, Webb y Cross estaban naturalmente de parte de Doniphan; mientras que Baxter, Service y Garnett se colocaron al lado de Briant. Las consecuencias de la colisión serían tristísimas.

Así lo comprendió Gordon, á quien, como de mayor edad que los otros, y también más dueño de sí, no se le ocultó lo trascendental de semejante proceder, y tuvo el buen sentido de interponerse en favor de Briant.

—Vamos, vamos, dijo; ten un poco de paciencia, Doniphan. Bien ves que el mar está aún demasiado picado, y que nos arriesgamos á perder la canoa.

—¡No quiero que Briant nos imponga la ley, como acostumbra de algún tiempo acá! respondió Doniphan.

—No pretendo imponérsela á nadie, repuso Briant, así como tampoco permitiré que la imponga nadie cuando se trate del interés de todos.

—Cada cual debe cuidarse de ello tanto como tú, replicó Doniphan. Y ahora que estamos en tierra...

—Desgraciadamente no es así todavía, respondió Gordon. Doniphan, no seas terco, y esperemos un momento favorable para servirnos de la canoa.

Muy oportuna, ahora como otras varias veces, fué la mediación de Gordon entre Doniphan y Briant, pues todos sus compañeros acataron su opinión.

La marea había bajado dos pies durante la disputa, y ya calmados los ánimos, surgió entre nuestros marineros la duda de si existiría algún canal entre las rocas, cosa que sería muy útil conocer.

Briant, creyendo que se daría mucho mejor cuenta de la posición de las rocas observando desde el palo de mesana, se di-

M.C.D. 2018

rigió á la proa, y asiéndose á los obenques de estribor, á fuerza de puños se elevó hasta las barras.

Entre los arrecifes se veía un paso, cuya dirección señalaban las puntas de las rocas que sobresalían del agua por ambos lados, y juzgó que convendría seguir dicho paso para llegar á la playa, embarcándose en la canoa; pero había aún demasiados remolinos en la superficie para que la ligera embarcación llegara sin tropiezo, y era de temer que, lanzada la barquilla sobre alguna punta de roca, se hiciese pedazos; valía, por lo tanto, más, esperar hasta ver si las aguas, en su completa retirada, dejaban un sitio practicable.

Desde lo alto de las barras, sobre las que estaba á caballo, Briant se puso á observar el litoral, y con ayuda del anteojo examinó toda la playa hasta el pie del acantilado.

La costa entre los dos promontorios, separados por una distancia de ocho ó nueve millas, parecía completamente deshabitada.

Después de media hora de observación, Briant bajó á dar cuenta á sus compañeros de lo que había visto. Si Doniphan, Wilcox, Webb y Cross le escucharon sin hablar una palabra, no hizo lo mismo Gordon, que le preguntó:

—¿No eran las seis de la mañana cuando encalló el *Sloughi*?

—Sí, respondió Briant.

—¿Y cuánto tiempo se necesita para que baje la marea?

—Me parece que cinco horas. ¿No es así, Mokó?

—Sí, de cinco á seis horas, respondió el grumete.

—¿De modo que á las once será el momento favorable para llegar á la costa?

—Así lo he calculado, replicó Briant.

—Pues bien, prosiguió Gordon; preparémonos y tomemos algún alimento. Si nos vemos obligados á echarnos al agua, que sea á lo menos algunas horas después de haber comido.

Este era un buen consejo dado por aquel prudente muchacho, y aceptado por todos; se ocuparon en seguida del desayuno, compuesto de conservas y galletas. Briant cuidó mucho de los pequeños Jenkins, Iverson, Dole y Costar, quienes, con el carácter propio de su poca edad, empezaban á tranquilizarse, y comieron sin tasa, pues tenían mucha hambre, en atención á que no habían tomado casi ningún alimento en veinticuatro horas; y para que no les hiciese daño la comida, Briant les dió un poco de aguardiente con agua para ayudar la digestión.

Hecho esto, dejó á los pequeños y se fué á proa, poniéndose á observar los arrecifes.

¡Con cuánta lentitud se efectuaba el decrecimiento de las aguas! Se veía, sin embargo, que bajaba, puesto que la inclinación del yate se acentuaba cada vez más. Mokó, echando una sonda, reconoció que había aún unos ocho pies de agua encima del banco. ¿Podían esperar que la marea baja lo dejara completamente seco? No lo creía así Mokó, y manifestó su parecer á Briant en voz baja, para no asustar á nadie.

Este último fué á hablar con Gordon respecto al particular: ambos comprendían sobradamente que el viento, si bien con tendencia á cambiar al Norte, impedía al mar que bajase tanto como en tiempo de calma.

—¿Qué partido hemos de tomar? preguntó Gordon.

—No sé... no sé, respondió Briant. ¡Qué desgracia es la de no saber...; la de no ser más que niños, cuando era preciso que fuéramos hombres!

—La necesidad nos instruirá, replicó Gordon. No desesperemos, Briant, y obremos con prudencia.

—Tengamos cuidado, Gordon. Si no abandonamos el *Sloughi* antes de la marea alta y tenemos que pasar aún una noche á bordo, estamos perdidos.

—Ciertamente, porque el yate se hará pedazos. Es preciso, pues, salir de aquí á todo trance...

—Tienes razón, Gordon.

—¿No sería posible construir una especie de balsa para ir y venir?

—He pensado en ello, respondió Briant; mas, por desgracia, los materiales faltan. Nos queda la canoa, de la que no podemos servirnos, porque el mar está muy fuerte. Lo que puede hacerse es llevar un cable á través de los arrecifes y amarrarle a la punta de una roca; tal vez por ese medio fuera posible llegar cerca de la playa.

—¿Quién llevará el cable?

—Yo, respondió Briant.

—¡Y yo te ayudaré!... dijo Gordon.

—¡No, yo solo! replicó Briant.

—Sírvete de la canoa.

—Podría inutilizarse, Gordon; vale más conservarla como último recurso.

Antes de ejecutar su peligroso proyecto, quiso Briant tomar una útil precaución para hacer frente á cualquier eventualidad.

Como había á bordo algunos cinturones de salvamento, obligó á los niños á que se los pusiesen para el caso en que, teniendo que abandonar el buque, el agua estuviera demasiado profunda para sentar los pies en el suelo; este aparato los mantendría á flote, y los mayores los empujarían hacia la orilla, sosteniéndose ellos mismos en el cable tendido.

Eran las diez y cuarto. Antes de cuarenta y cinco minutos la marea alcanzaría su mayor descenso. Ya no quedaban sino cuatro ó cinco pies de agua; pero parecía que no bajaría más que algunas pulgadas. Es verdad que á unas sesenta yardas se

M.C.D. 2018

Briant y su hermano Santiago.

veía el fondo, y se comprendía que seguía su lenta retirada, porque íbanse descubriendo también muchas puntas de rocas á lo largo de la playa. La dificultad consistía en franquear la profundidad del agua que había en los contornos del buque.

No obstante, si Briant llegaba á colocar un cable en aquella dirección y conseguía fijarle con solidez en una de las rocas, este cable, puesto muy tirante con ayuda del torno, les permitiría sostenerse hasta encontrar pie. Además, haciendo deslizar sobre aquella maroma los paquetes que encerraban las provisiones y los útiles más indispensables, llegarían á tierra sin pérdida alguna.

Por peligroso que fuera su intento, no quiso Briant dejar á nadie que lo verificase en su lugar, y tomó sus disposiciones al efecto.

Había á bordo varios cables de cien pies de largo, de esos que sirven para remolcar. Briant escogió uno de un grueso mediano, que le pareció conveniente, y rodeó la extremidad á su cintura después de desnudarse.

—¡Vamos, vosotros, exclamó Gordon, venid aquí para que podamos soltar entre todos la maroma! ¡Venid á proa!

Doniphan, Wilcox, Cross y Webb no podían rehusar su concurso para una operación cuya importancia comprendían. Así es que se pusieron á desliar el cable para soltarle poco á poco, á fin de no amenguar las fuerzas de Briant.

En el momento en que éste iba á tirarse al mar, se le acercó Santiago, exclamando·

M.C.D. 2018

—¡Hermano mío!... ¡Hermano mío!...

—No tengas cuidado por mí, hermanito, no tengas miedo, respondió Briant.

Y un instante después se le veía en la superficie del agua, nadando con vigor mientras que el cable se desenrrollaba de trás de él.

Esta maniobra, difícil aun con un tiempo de calma, lo era mucho más con la resaca, que pegaba continuamente contra las rocas. Corrientes y contracorrientes impedían al valeroso muchacho mantenerse en línea recta, y cuando le cogían, le costaba mucho trabajo librarse de ellas.

Sin embargo, Briant ganaba poco á poco terreno, mientras que sus compañeros soltaban la maroma á medida que la necesitaba; pero notábase que, á pesar de no hallarse más que á una distancia de cincuenta pies del yate, las fuerzas del pobre muchacho principiaban á agotarse. Delante de él se agitaba una especie de remolino producido por el encuentro de dos olas contrarias. Si llegaba á bordearle, era fácil que consiguiera su objeto, pues más allá estaba el mar en calma; así es que procuró, haciendo un violento esfuerzo, dirigirse hacia la izquierda; pero su tentativa debía ser infructuosa, en atención á que un hábil nadador, en todo el vigor de su edad, no lo hubiese conseguido tampoco.

El pobre Briant fué envuelto por las olas y llevado con irresistible fuerza al centro del remolino.

—¡Socorro!... ¡Tirad!... ¡Tirad pronto de la cuerda!... pudo gritar antes de desaparecer.

A bordo del yate el espanto llegó á su colmo.

—¡Tirad!... mandó Gordon con ímpetu, aunque con gran serenidad.

Y sus compañeros se apresuraron á ejecutar la maniobra para traer á Briant á bordo antes de que una inmersión demasiado larga produjera la asfixia.

En menos de un minuto, el pobre muchacho se encontraba encima del puente, sin conocimiento, en brazos de su hermano y rodeado por todos sus compañeros; pero no tardó en volver en sí.

El intento, como se ve, de tender una maroma hasta los arrecifes, no salió bien, y los pobres niños se veían, por lo tanto, reducidos otra vez á esperar... ¿Esperar qué? ¿Un socorro? ¿Y de dónde había de venir?

Eran ya más de las doce. La marea alta había empezado, y la resaca crecía. La luna era nueva, y por consiguiente las olas iban á ser más fuertes que la víspera; así es que, por poco que soplara el viento, la goleta corría el peligro de destrozarse si las aguas agitadas la levantaban y la dejaban caer sobre los arrecifes.

Nadie, seguramente, sobreviviría á tan funesto desenlace. ¡Y nada se podía hacer para impedirlo!

Agrupadas todas aquellas pequeñas criaturas, miraban cómo crecía el mar y cómo desaparecían las puntas de las rocas debajo del agua.

Para mayor desgracia, el viento sopló de nuevo del Oeste, como la noche anterior. Las olas más altas cubrían de espumas el *Sloughi*, y no tardarían en invadir el puente. Sólo Dios podía ayudar á los pobrecitos náufragos, que mezclaban sus oraciones á sus gritos de espanto.

Un poco antes de las dos el *schooner*, influído por la marea, no se apoyaba ya sobre la banda de babor; pero á consecuencia del vaivén, la proa chocaba con el fondo, mientras que la popa estaba aún sostenida entre dos rocas. Pronto los golpes redoblaron, y el *Sloughi* caía tan pronto hacia babor como hacia estribor, teniendo los niños que sostenerse unos con otros para no ser arrojados al mar.

En aquel instante, una montaña de agua espumosa, llegando con la furia de un torrente, se levantó á dos brazas del buque, y cubriendo por completo el banco de arrecifes, levantó el yate y lo arrastró por encima de las rocas, sin que ninguna tocara á su casco.

En menos de un minuto, y en medio de aquella masa enorme de agua, el *Sloughi*, llevado hasta la mitad de la playa, chocó contra un montón de arena á doscientos pasos de los primeros árboles, agrupados al pie del acantilado, y se quedó inmóvil, pero en tierra firme esta vez, mientras que el mar, retirándose, dejaba la playa enteramente enjuta.

III

El colegio Chairmán en Auckland.—Grandes y pequeños.—Vacaciones en el mar.—El schooner «Sloughi.»—La noche del 15 de Febrero.—Abordaje.—Siguiendo la corriente.—Una tempestad.—Información en Auckland.—Lo que queda del «schooner.»

En aquella época, el colegio Chairmán era uno de los de más fama de la ciudad de Auckland, capital de Nueva Zelandia, importante colonia inglesa en el Pacífico. Este establecimiento de enseñanza contaba con un centenar de alumnos, pertenecientes á las principales familias del país, sin que los *maoris*, que son los indígenas de aquel archipiélago, hubieran conseguido jamás que admitiesen en él á sus hijos, quienes se educaban en escuelas especia-

M.C.D. 2018

los para ellos. El colegio Chairmán se componía de jóvenes ingleses, franceses, americanos y alemanes, hijos de propietarios, rentistas, comerciantes ó empleados del país, recibiendo allí una educación completísima y en todo igual á la que se da en los establecimientos similares del Reino Unido.

El archipiélago de Nueva Zelandia se compone de dos islas principales; al Norte, Ika-Na-Mawi, ó isla del Pescado; al Sur, Tawaï-Ponamou, ó tierra del Jade-Vert. Separadas por el estrecho de Cook, se encuentran entre el trigésimocuarto y el cuadragésimoquinto paralelo Sur; posición equivalente á la que ocupa en el hemisferio boreal la parte de Europa que comprende desde Francia hasta el Estrecho de Gibraltar y el Norte de Africa.

La isla de Ika-Na-Mawi, muy desigual en su parte meridional, tiene la forma de un trapecio irregular, que se prolonga hacia el Noroeste, siguiendo una curva terminada por el cabo Van Diemen.

Casi en el principio de aquella curva, en un punto en que la península mide apenas algunas millas, está edificada la ciudad de Auckland. Tiene, pues, una situacion igual á la de Corinto en Grecia, por lo que se la llama la Corinto del Sur. Posee dos puertos abiertos, uno al Oeste y otro al Este; pero siendo poco profundo este último, en el golfo Hauraki ha sido preciso formar, cual lo hacen los ingleses, alguno de esos largos *piers*, ó pequeños goifos para los buques de medio tonelaje. Entre otros hay el *Commercial-piers*, en el cual desemboca *Queen's-street*, una de las calles principales de la ciudad.

Hacia el medio de aquella calle se encontraba el colegio Chairmán.

En la tarde del día 15 de Febrero de 1860 salían del mencionado colegio un centenar de muchachos, acompañados de sus padres, y parecían, más que colegiales, pájaros escapados de sus jaulas, dadas la alegría y algazara con que caminaban.

Y no podía menos de ser así. Era el principio de las vacaciones. ¡Dos meses de independencia y de libertad, con la circunstancia de que para cierto número de ellos existía además la perspectiva de un viaje marítimo, del que se hablaba hacía tiempo en el colegio!

Inútil es decir la envidia que excitaban aquéllos á quienes su buena fortuna permitía formar parte de los expedicionarios en un paseo de circunnavegación que debía verificarse á bordo del *Sloughi* para visitar las costas de la Nueva Zelandia.

Aquel bonito *schooner*, que pertenecía al padre de uno de ellos, Mr. William H. Garnett, antiguo capitán de la marina mercante, en quien se podía tener entera confianza, habia sido fletado y dispuesto para un período de seis semanas. Una suscrición abierta entre las diversas familias de aquellos jóvenes serviría para cubrir los gastos del viaje, que se efectuaría de una manera cómoda y en las mejores condiciones de seguridad.

La realización de este proyecto era causa de gran alegría para los muchachos, y en verdad que no pudo excogitarse mejor medio de dar conveniente empleo á aquellas seis semanas, si se mira bajo el punto de vista de la salud, del esparcimiento, de la instrucción y de la moralidad de aquellos jóvenes.

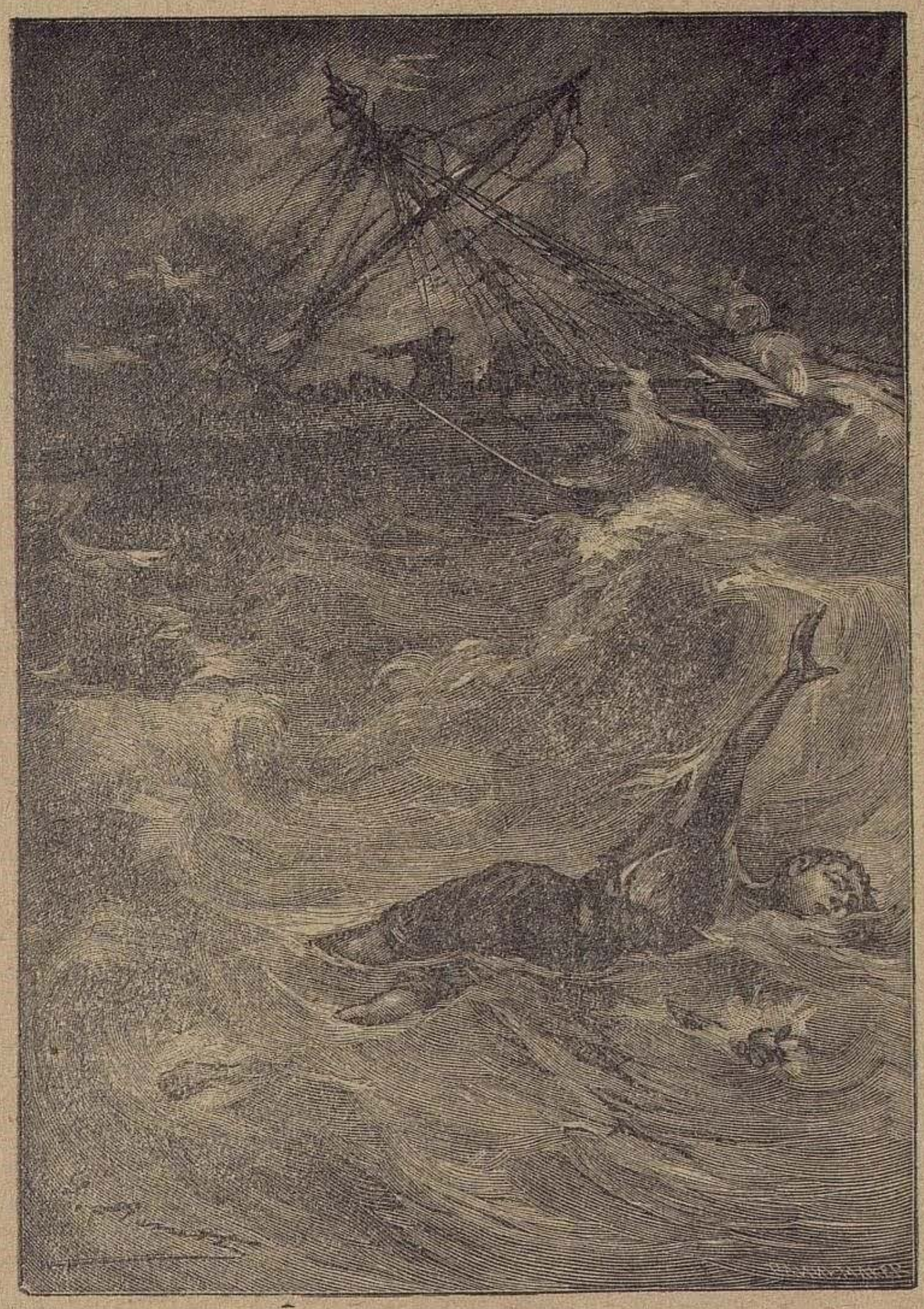
En los colegios ingleses la educación difiere bastante de la que se da en otros países. En aquéllos se deja á los alumnos más iniciativa, y por consiguiente cierta relativa libertad, que influye bastante felizmente en su porvenir. Son niños menos tiempo, en una palabra; la educación marcha de consuno con la instrucción, resultando de aquí que la mayor parte de los jóvenes son corteses y de exquisita atención para las personas mayores, cuidadosos de sí mismos y, lo que es digno de ser notado, poco aficionados al disimulo y refractarios á la mentira, aunque se trate de evitar un castigo. Es preciso advertir también que en aquellos establecimientos escolares los muchachos están menos sujetos á la regla de la vida en común y á las leyes del silencio. La mayoría de los alumnos ocupa habitaciones particulares, comiendo en ellas muchas veces, y cuando se sientan en la mesa del refectorio pueden hablar con toda libertad.

Según la edad, los clasifican por divisiones. Cinco hay en el colegio Chairmán. Si en la primera y en la segunda los pequeños abrazan á sus padres y los besan en las mejillas, los de tercera cambian el beso filial por el apretón de manos de los hombres. No necesitan vigilantes; se les permite la lectura de novelas y periódicos; tienen bastantes días de asueto; las horas de estudio son pocas; los ejercicios corporales, como la gimnasia y juegos de todas clases, que tanto ayudan al desarrollo, forman gran parte del recreo; pero como correctivo de esta independencia, de la que los discípulos abusan rara vez, los castigos corporales son de regla, y ocupan el primer lugar los azotes, que para los muchachos anglo-sajones no tienen nada de deshonroso, y se someten sin protesta á dicho castigo cuando comprenden que lo han merecido.

Los ingleses—nadie lo ignora—respetan mucho las tradiciones, lo mismo en la vida privada que en la pública; y esas tradiciones, aunque sean absurdas, son respetadas también en los colegios, que, lo repetimos, no se parecen en nada á los de otros puntos.

Los alumnos antiguos están encargados de proteger á los nuevos; pero en cambio éstos se hallan obligados á prestarles algunos servicios domésticos, á los que no

M.C.D. 2018



Briant sintióse arrastrado con irresistible fuerza al centro del remolino.

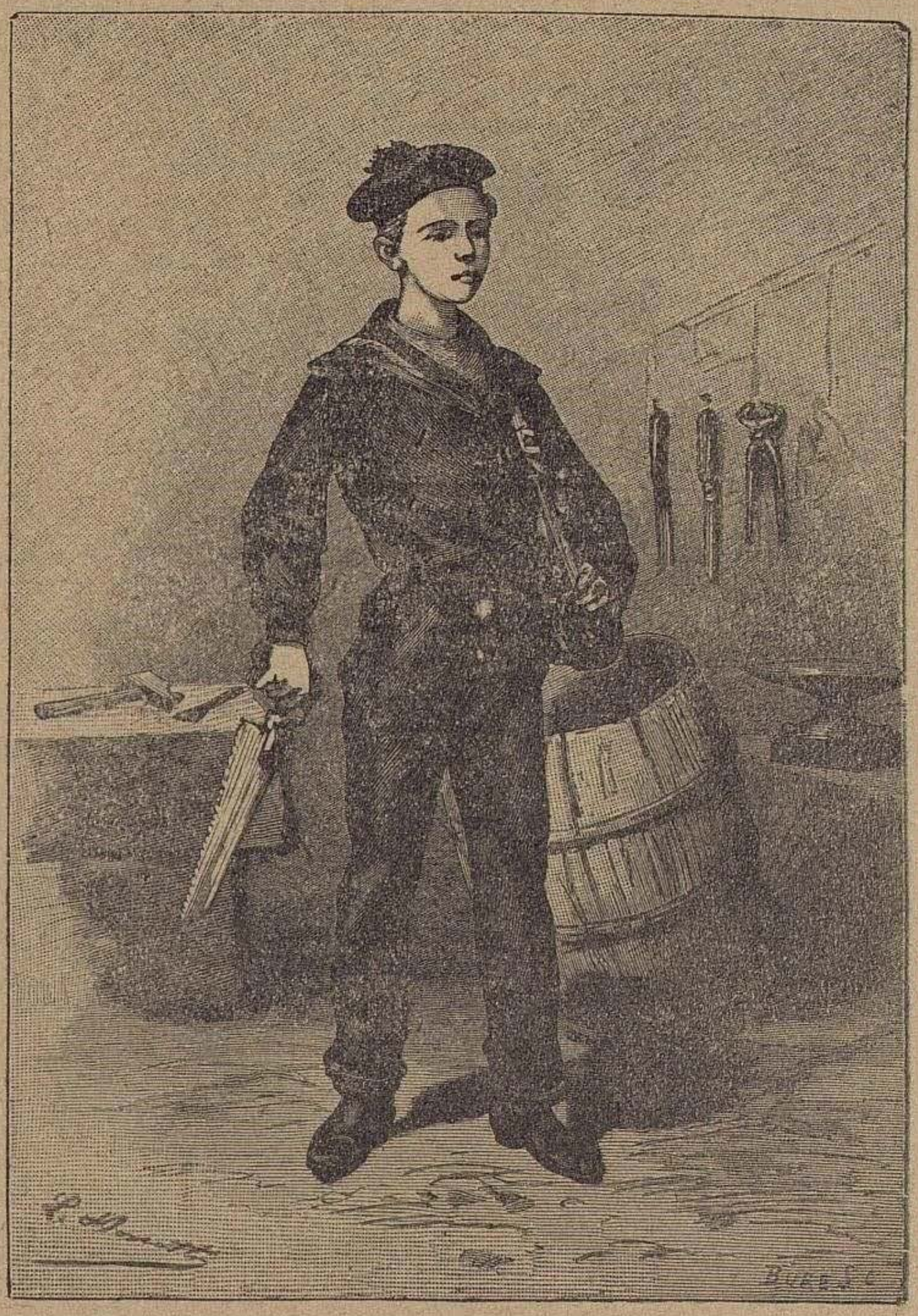
pueden sustraerse, tales como llevarles el desayuno, acepillarles los vestidos, limpiarles el calzado y hacerles algunos recados. Estos servicios son conocidos con el nombre de *faggisme*, y los que los han de prestar se llaman *fags*. Los más pequeños, pertenecientes á la primera división, son los que sirven de *fags* á los de las clases superiores, y ya es sabido que si rehusaran obedecer, se les haria la vida insoportable. Es costumbre, y se observa religiosamente, sin que nadie piense en protestar. La tradición lo exige así; y si existe un país que observe las tradiciones escrupulosamente, es de seguro el Reino Unido, en donde se imponen lo mismo al más humilde mendigo que á los más altos señores.

Los jóvenes que debían tomar parte en la expedición del *Sloughi* eran alumnos del colegio Chairmán. Ya hemos visto que á bordo de la goleta los había desde ocho á catorce años, y por consiguiente que pertenecían á varias divisiones ó clases del colegio.

Esos pobres muchachos, incluso el grumete, iban á verse lanzados lejos, durante mucho tiempo, en terribles aventuras, é importa que conozcamos sus nombres, su edad, sus aptitudes, sus caracteres, la situación de sus familias, ya que sabemos las relaciones que existían entre ellos en aquel establecimiento que acababan de dejar para entrar en vacaciones.

Exceptuando á los dos hermanos Briant, que son de nacionalidad francesa, y á Gordon, americano, todos los demás son de origen inglés.

M.C.D. 2018



Baxter.

Doniphan y Cross pertenecen á una rica familia de propietarios que ocupan el primer rango en la sociedad de Nueva Zelandia. Ambos de edad de trece años y algunos meses, son primos y forman parte de la quinta división. Doniphan, elegante y cuidadoso de su persona, es, sin contradicción, el alumno más distinguido. Inteligente y estudioso, procuraba no desmerecer, ya porque le agrada instruirse, ya también por el deseo de sobrepujar á sus compañeros. Cierto aire aristocrático le valió el nombre de «lord Doniphan,» y su carácter altivo le determinaba á querer dominar en donde quiera que se hallase; procediendo de aquí aquella rivalidad de que hablaremos después, cuya fecha se remontaba á mucho tiempo atrás, y que se acentuó más y más desde que las circunstancias acrecentaron la influencia de Briant sobre sus compañeros.

En cuanto á Cross, era un alumno bastante ordinario, pero lleno de admiración por todo lo que piensa, dice y hace su primo Doniphan.

Baxter, de la misma división, de trece años, muchacho de carácter frio, reflexivo, trabajador, muy ingenioso y con mucha destreza, es hijo de un comerciante de mediana fortuna.

Webb y Wilcox tienen doce años y medio, y pertenecen á la cuarta división. De inteligencia menos que mediana, voluntariosos y amigos de querellas, se han mostrado siempre muy exigentes en la observancia de las prácticas del *faggisme*. Sus familias son ricas y ocupan un puesto elevado en la magistratura del país.

M.C.D. 2018

Garnett y su amigo Service, los dos de la tercera división, y ambos de doce años, son hijos, el uno de un capitán de marina retirado, y el otro de un colono acomodado, que habitan el North Shore, en la costa septentrional de Waitemala. Las dos familias se profesan una profunda amistad, y de esa intimidad resulta que Garnett y Service se han hecho inseparables. Tienen muy buen corazón, pero poco afán por el trabajo, no pensando más que en divertirse. Garnett es apasionado por el acordeón, instrumento muy apreciado en la marina inglesa. Y como buen hijo de marino, toca dicho instrumento siempre que puede, y ha tenido buen cuidado de llevarlo á bordo. En cuanto á Service, podemos asegurar que es el más alegre y travieso de todos; no sueña sino con aventuras de viajes, alimentando su espíritu con el *Robinsón Crusoé* y el *Robinsón Suizo*, que sabe casi de memoria.

Otros dos muchachos de nueve años, Jenkins, hijo del director de la Sociedad científica la *New-Zealand-Royal Society*, é Iverson, heredero del pastor de la iglesia metropolitana de San Pablo, aunque no pertenecen aún más que á la segunda y tercera división, se les considera ya en el colegio como de los más aplicados.

Tenemos después dos pequeñuelos; Dole, de ocho años y medio, y Costar, de ocho; ambos son hijos de oficiales del ejército anglo-zelandés, que habitan la ciudad de Ouchunga, á seis millas de Auckland, en el litoral del puerto de Manukau. Estos niños son de los pequeños, de quienes no se dice nada más sino que Dole es muy terco y Costar muy goloso. Si no brillan en la primera división, creen estar muy adelantados porque saben leer y escribir, cosa de la que no debían envanecerse, por no ser raro á su edad.

Como se ve, nuestros valientes marinos pertenecían todos á dignas familias, establecidas desde mucho tiempo en Nueva Zelandia.

Quedan aún tres muchachos embarcados en el *schooner*. El americano y los dos franceses, de los que vamos á ocuparnos.

El americano es Gordon: tiene catorce años; su cara y su porte llevan ya el sello de la rigidez de los *yankées*. Aunque algo torpe y pesado, es el más grave de los alumnos de la quinta división. Si no tiene el brillo de su compañero Doniphan, posee, en cambio, un espíritu justo y un buen sentido práctico, del que ha dado muchas pruebas. Siendo de un carácter observador y de un temperamento frío, le gustan las cosas serias. Metódico por demás, arregla las ideas en su cerebro como los objetos en su pupitre, en el que todo está clasificado con etiquetas y anotado en un cuaderno especial. En suma; sus compañeros le estiman, aprecian sus cualidades, y, aunque no es inglés, se le acoge siempre bien.

Gordon es oriundo de Boston; huérfano de padre y madre, no tiene más parientes que su tutor, antiguo agente consular que, después de haber hecho fortuna, fijó su residencia en Nueva Zelandia, habitando en una de esas lindas villas esparcidas en las alturas, cerca del pueblecillo de Moun-San-John.

Los dos franceses, Briant y su hermano Santiago, son hijos de un distinguido ingeniero llegado hacía dos años y medio para dirigir los trabajos de desecación de los pantanos de Ika-Na-Mawi. El mayor tiene trece años; es poco amante del estudio, aunque muy inteligente; le sucede muchas veces ser uno de los últimos de la división. Sin embargo, cuando quiere, con su facilidad de asimilación y su notable memoria, se eleva al primer rango, con lo que excita la envidia de Doniphan, siendo éste el motivo de que no estén nunca en buena inteligencia, como lo hemos visto ya á bordo del *Sloughi*. Además, Briant es audaz, emprendedor, diestro en los ejercicios corporales, vivo en las contestaciones, servicial, buen muchacho, no teniendo nada del orgullo de Doniphan, y algo descuidado de su persona, en una palabra, muy francés, y por tanto muy diferente de sus compañeros, de origen inglés. Protegía muchas veces á los débiles contra el abuso que los mayores hacían de su fuerza, y nunca quiso someterse á las obligaciones del *faggisme*. Hubo resistencias, luchas, batallas, de las que salió casi siempre vencedor, gracias á su valor y á sus bríos. Era generalmente querido; así es que cuando se trató de la dirección del *Sloughi*, la mayoría de sus compañeros no titubeó en obedecerle; teniendo en cuenta que, como lo hemos dicho ya, había adquirido algunos conocimientos de náutica durante su travesía de Europa á Nueva Zelandia.

Santiago había sido considerado hasta entonces como el más travieso de la tercera división, ya que no del colegio entero, sin exceptuar á Service, que lo era mucho también. Inventaba siempre nuevas diabluras, no dejando en paz á ninguno de sus compañeros, y originándose de eso que le castigasen con muchísima frecuencia; pero, á pesar de todo esto, su carácter, como tendremos ocasión de notarlo, se había modificado en absoluto, sin saber por qué, desde la salida del yate del puerto de Auckland.

Ya nos son conocidos cada uno de los muchachos que la tempestad acababa de arrojar á una de las tierras del Océano Pacífico.

Durante este paseo de algunas semanas á lo largo de las costas de la Nueva Zelandia, el *Sloughi* debía ser mandado por su dueño, el padre de Garnett, uno de los

M.C.D. 2018

más atrevidos *yachtmen* de Australasia. Muchas veces el *schooner* había arribado al litoral de Nueva Caledonia y de Nueva Holanda, había navegado por el estrecho de Torres hasta las puntas meridionales de Tasmania, y hasta aquellos mares de las islas Molucas, Filipinas y Celebes, tan funestos, á veces, aun para los buques de mayor tonelaje; pero no infundía temores, porque era un yate sólidamente construído, muy veloz, y que podía resistir los más fuertes temporales.

La tripulación se componía de un contramaestre, seis marineros, un cocinero y un grumete, Mokó, negrito de doce años de edad, y cuya familia servía desde hacía mucho tiempo á un colono de Nueva Zelandia. Tenemos también que hacer mención de un hermoso perro de caza, *Phann*, de raza americana, que pertenecía á Gordon y que no dejaba nunca á su amo.

La marcha había sido fijada para el 15 de Febrero. Mientras tanto, el *Sloughi* quedó amarrado por la popa á la extremidad del *Commercial-pier*, y, por consiguiente, bien dentro del puerto.

Cuando el 14 por la noche los jóvenes pasajeros fueron á embarcarse, la tripulación no se encontraba á bordo.

El capitán Garnett no debía llegar hasta el momento de aparejar.

Solo el contramaestre y el grumete, recibieron á Gordon y á sus compañeros; los marineros habían ido á beber su última copa de wisky, como ellos decían.

Después de haber instalado cómodamente á todos los niños, el contramaestre creyó poder reunirse á su tripulación en una de las tabernas del puerto, en la que se estuvo ¡falta imperdonable! hasta una hora bastante avanzada de la noche.

El grumete se quedó dormido.

¿Qué sucedió entonces?

Es muy probable que no se sepa jamás.

Lo cierto es que la amarra del yate se desató, bien por descuido ó por malevolencia, sin que á bordo lo notaran.

La noche estaba muy oscura, y las tinieblas envolvían el puerto y el golfo de Hauraki. El viento de tierra se hacía sentir con fuerza, y el *schooner*, cogido en la quilla por una corriente del reflujo, fué llevado á alta mar.

Cuando el grumete despertó, el *Sloughi* andaba como mecido por una ola y con un movimiento que no se podía confundir con el producido por las aguas del puerto.

Mokó se apresuró á subir á la toldilla. ¡El yate seguía la corriente!

A los gritos del grumete, Gordon, Doniphan, Briant y algunos otros saltaron de la cama, lanzándose fuera. ¡Inútil fué que llamaran en su ayuda! No se veía ya ni una luz de la ciudad ó del puerto; el *schooner* se encontraba en medio del golfo, á tres millas de la costa.

En los primeros momentos, por consejo de Briant, al que se unió el grumete, los muchachos procuraron colocar una vela para volver al puerto corriendo una bordada; pero demasiado pesada para ellos, no pudieron orientarla bien y no produjo otro efecto que el de arrastrarlos más lejos, por la presa que daba al viento Oeste.

El *Sloughi* dobló el cabo Colville, atravesó el estrecho que le separa de la isla de la *Grande Barrière*, y se halló pronto á varias millas de Nueva Zelandia.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores la gravedad de semejante situación. Briant y sus compañeros no podían ya esperar ningún socorro de tierra. En el caso de que algún buque saliera del puerto á buscarlos, muchas horas tenían que pasar antes de que fuesen encontrados, admitiendo que pudiesen ver al *schooner* en medio de aquella oscuridad tan profunda. Y aun de día, ¿sería posible divisar un buque tan pequeño en alta mar? En cuanto á salvarse, entregados á sus propias fuerzas, ¿cómo podrían hacerlo? Si el viento no cambiaba, tendrían que renunciar á volver á tierra.

Quedábales, es verdad, la esperanza de encontrar algún buque con rumbo á alguno de los puertos de Nueva Zelandia; y previendo esta eventualidad, Mokó se apresuró a izar un farol en la punta del palo de mesana, hasta el amanecer.

Hecho esto, y como los infantiles viajeros no se habían despertado por el ruido de las maniobras, los mayores convinieron en dejarlos dormir, porque su espanto no hubiera producido más que desorden á bordo.

Varias tentativas se hicieron para dar la proa del *Sloughi* al viento; pero fueron inútiles, porque la goleta se volvía en seguida, corriendo hacia el Este.

De repente, divisaron una luz á distancia de tres millas. Esta luz, blanca y colocada en el extremo de un mástil, era el distintivo de los *steamers* en marcha. Bien pronto se distinguieron también las luces de los costados, encarnada y verde; y como ambas aparecían visibles á la vez, era de suponer que dicho *steamer* se dirigía en línea recta sobre el yate.

Nuestros pobres muchachos gritaron en vano; el ruido de las olas, el silbido del vapor al salir por los tubos de escape, y el viento, más violento cada vez, todo contribuía á que las voces de los niños se perdieran en el espacio.

Pero si los marineros de cuarto no podían oirlos, les quedaba la esperanza de que los vigilantes verían la luz que Mokó había colocado en el palo de mesana. Mas ¡oh desgracia! en aquel instante, un movimiento del buque hizo que se rompiera la driza, y el farol cayó al mar.

Nada quedaba ya que indicase la presencia del *Sloughi*, sobre el que el *steam-*

M.C.D. 2018

mer corría con una velocidad de doce millas por hora.

Algunos segundos después, el yate fué abordado, y se hubiera ido á pique irremisiblemente si el buque le hubiera cogido de costado; pero felizmente recibió el choque por la popa, no sufriendo más avería que la pérdida de parte del cuadro, sin perjudicar el casco.

El golpe fué tan débil, que los tripulantes del *steamer* apenas si pararon mientes en ello, y continuaron su ruta sin preocuparse lo más mínimo del *Sloughi*, que desgraciadamente quedaba á merced de una próxima borrasca.

Sucede con demasiada frecuencia que los capitanes se cuidan poco de socorrer á los buques con quienes chocan los suyos. Es un crimen del que existen numerosos ejemplos; mas por lo que hace á este caso, es admisible que á bordo del *steamer* no se hubiera notado el encuentro con aquel ligero yate, á quien no habían entrevisto siquiera en la sombra.

Entonces ya, empujados por el viento, los pobres niños debieron creerse perdidos. Cuando amaneció, la inmensidad del agua estaba desierta. En aquella parte, poco frecuentada, del Pacífico, los buques que van de Australia ó á América, y viceversa, corren más al Sur ó más al Norte. Ni uno pasó al alcance del yate. La noche llegó, peor que el día aún, y si bien hubo alguna calma, el viento Oeste no cesó de soplar.

¿Cuánto duraría aquella travesía? Ni Briant ni sus compañeros podían formarse una idea exacta de ello. En vano quisieron maniobrar para llevar al yate á los parajes neo-zelandeses; faltábanles los conocimientos necesarios para modificar su marcha, y carecían de la fuerza suficiente para colocar las velas.

En esas críticas circunstancias, Briant, desplegando una energía muy superior á su edad, empezó á tomar ascendiente sobre sus compañeros; ascendiente que sufrió Doniphan como los demás. Y la verdad es que si ayudado por Mokó no llegó á conseguir que el yate tomara rumbo al Oeste, empleó al menos lo poco que sabía para mantenerle en condiciones de navegación. Olvidado de sí mismo, velaba noche y día, y sus miradas recorrían sin cesar el espacio buscando la salvación, sin dejar de echar al mar algunas botellas encerrando un documento relativo al *Sloughi*, que, aunque débil recurso, sin duda no quiso descuidar por si daba resultado.

Los vientos del Oeste empujaban siempre al yate á través del Pacífico, sin que fuera posible arreglar su marcha ni disminuir su velocidad.

Ya saben nuestros lectores lo que sucedió. Algunos días después que el *schooner* salió del golfo Hauraki, se levantó una recia tempestad, que durante dos semanas aumentó extraordinariamente su ímpetu y dió por efecto que, asaltada la goleta por olas monstruosas y expuesta al peligro de destrozarse muchas veces si no hubiera estado sólidamente construída, encalló en una tierra desconocida del Pacífico.

Y ahora, ¿cuál sería la suerte de aquellos colegiales náufragos, á mil ochocientas leguas de Nueva Zelandia? ¿Por dónde les llegarían los socorros de que tanto habían menester? Porque sus familias no los buscarían, en atención á creerlos hundidos en el fondo del mar, juntamente con el yate.

He aquí la razón.

Tan luego como en Auckland notaron en la noche del 14 al 15 de Febrero la desaparición del *Sloughi*, se avisó al capitán Garnett y á los parientes de aquellos desgraciados niños, siendo inútil describir el efecto que tal noticia produjo en la ciudad, en donde fué general la consternación.

Al pronto pensaron que, si bien la amarra se había desatado ó estaba rota, era posible que la corriente no hubiese empujado aún al buque hacia alta mar, no siendo difícil encontrarlo, á pesar de que el viento Oeste, cada vez más fuerte, inspiraba seria inquietud.

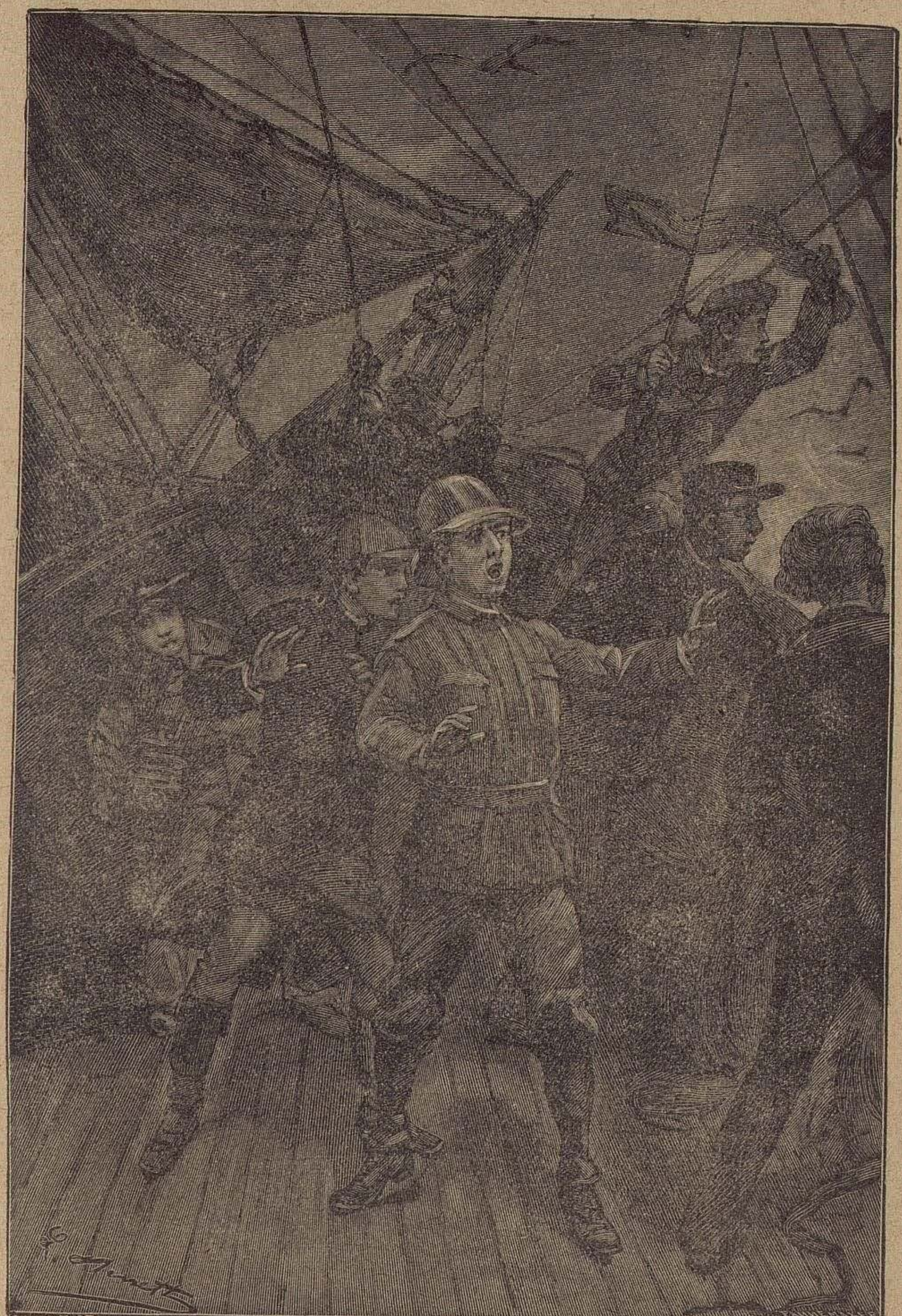
En tal creencia, y sin pérdida de tiempo, el comandante del puerto tomó sus medidas para socorrer al *Sloughi*, haciendo que dos vaporcitos saliesen á recorrer muchas millas hacia afuera, empleando toda la noche en andar por aquel mar que empezaba á enfurecerse. Su vuelta quitó toda esperanza á las familias, heridas por tan espantosa catástrofe; pues si esos vapores no habían encontrado al yate, habían hallado, en cambio, los restos del cuadro de popa caídos al mar después del choque con el *steamer* peruano *Quito*, choque del que, como hemos indicado antes, ni siquiera se dieron cuenta los tripulantes del *steamer*. En aquellos restos se leían aún tres ó cuatro letras del nombre *Sloughi*. La pérdida, pues, del buque, era segura. El *schooner* se había sumergido á unas doce millas de Nueva Zelandia.

IV

Primera exploración del litoral.—Briant y Gordon á través de los bosques.—Vana tentativa para descubrir una gruta.—Inventario del material.—Provisiones, armas, vestidos, camas, utensilios, instrumentos.—Primer almuerzo.—Primera noche.

Ya hemos dicho que desde lo alto del palo de mesana había observado Briant que la costa estaba desierta.

M.C.D. 2018



Los pobres muchachos gritaron en vano...

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

Hacía lo menos una hora que el *schooner* yacía en su lecho de arena, y ningún indicio se había dejado ver: debajo de los árboles, al pie del acantilado, ni en las orillas del río, se divisaba casa ni choza alguna. En la playa no se encontraba la menor señal que diera á conocer la presencia del hombre, no viéndose tampoco humo en todo el perímetro de la bahía comprendido entre los dos promontorios del Sur y del Norte.

Briant y Gordon tuvieron, en primer lugar, el pensamiento de penetrar entre los grupos de árboles para llegar al acantilado y subir por allí, si era posible.

—¡Ya estamos en tierra! ¡Esto es algo! dijo Gordon. Pero ¿qué tierra es ésta, que parece no estar habitada?...

—Lo importante es que no sea inhabitable, respondió Briant. Tenemos provisiones y municiones para algún tiempo... No nos falta más que una vivienda, y es menester encontrarla, aunque no sea más que para los pequeños... ¡Ellos antes que nada!

—Sí, tienes razón, replicó Gordon.

—En cuanto á saber en dónde nos encontramos, repuso Briant, tiempo tendremos de ocuparnos de ello cuando hayamos atendido á lo más preciso. Si fuera un continente, tendríamos alguna probabilidad de ser socorridos. Si es una isla... una isla inhabitada... pero ya veremos... ¡Ven, Gordon; vamos á la descubierta!...

Ambos alcanzaron rápidamente el límite de los árboles, que se desarrollaban en línea oblicua entre el acantilado y la orilla derecha del río, como unos trescientos ó cuatrocientos pasos más arriba de la embocadura.

Ninguna huella se veía en aquella selva que denunciara la existencia del ser humano; era un bosque completamente virgen, sin sendero ni paso alguno. Añosos troncos, vencidos por la pesadumbre de la vejez, yacían en el suelo, y Gordon y Briant se hundían hasta la rodilla en la alfombra de hojas caídas. Sin embargo, los pájaros huían como si hubiesen aprendido á desconfiar de los hombres, y esto hacía pensar que si aquella costa no era habitada, la visitaban ciertamente indígenas de algún territorio próximo. En diez minutos nuestros muchachos atravesaron el bosque, cuya espesura era mayor al lado del acantilado, que se levantaba en corte perpendicular con una altura media de ciento ochenta pies.

¿Presentaría el basamento alguna hendedura en donde encontrar abrigo?

Era de desear.

Allí, en efecto, una caverna, protegida por los árboles contra los vientos y fuera del alcance del mar, hubiera ofrecido, aun en el peor tiempo, un excelente refugio en donde los jóvenes náufragos pudieran instalarse provisionalmente, hasta tanto que una exploración más extensa de la costa les permitiera aventurarse con seguridad hacia el interior del país.

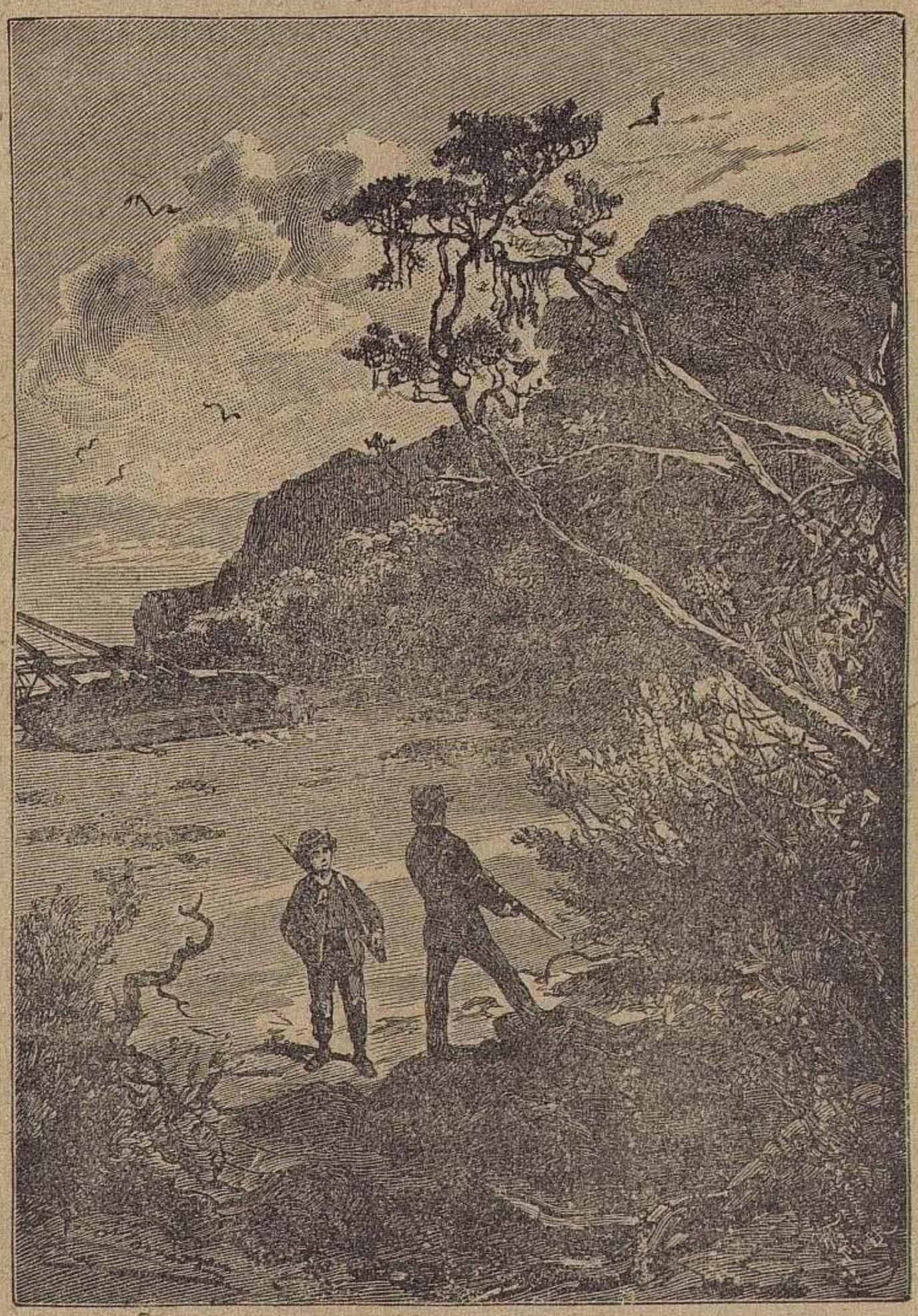
Desgraciadamente, Gordon y Briant no descubrieron ninguna gruta, ni siquiera una cortadura que facilitase la ascensión del acantilado. Sería preciso, probablemente, para internarse en el territorio, dar la vuelta á aquel promontorio de piedra, cuyas disposiciones había examinado Briant desde la cubierta del *Sloughi*.

Durante media hora, ambos jóvenes bajaron hacia el Sur, siguiendo la base de las rocas, y llegaron á la margen derecha del río, que se dirigía, llena de sinuosidades, en dirección al Oriente. Esta margen recibía la sombra de hermosos árboles, mientras la otra, por el contrario, presentaba un aspecto completamente distinto, pues sin verdura y sin accidentes en el terreno, parecía un vasto pantano, desarrollándose hasta el horizonte del Sur. Ante semejante perspectiva, y burlados Briant y Gordon en su esperanza de poder subir al acantilado para observar el país en un radio de varias millas, regresaron al *Sloughi*.

Doniphan y algunos otros iban y venían sobre las rocas de la playa, mientras Jenkins, Iverson, Dole y Costar se entretenían en buscar conchas.

Como es de suponer, nuestros dos exploradores apenas llegaron adonde estaban los demás, dieron cuenta del resultado de su excursión, y convinieron no abandonar la embarcación hasta que investigaciones más detenidas y extensas les proporcionaran conveniente albergue; pues la goleta, si bien tenía algún desperfecto en la cala y se hallaba inclinada hacia babor, podía servir de vivienda interina en el sitio mismo en que había encallado, y si el puente se había abierto hacia proa encima del puesto de la tripulación, el salón y los camarotes ofrecían suficiente abrigo en caso de tormenta. La cocina no había experimentado la más mínima alteración, con gran alegría de los pequeñuelos, á quienes la cuestión de las comidas interesaba en alto grado.

En medio de todo, hemos de convenir en que era una suerte que aquellos pobres muchachos no se viesen obligados á transportar á la playa todos los objetos indispensables á su instalación; porque, aun admitido que hubiesen salido bien, ¡á cuántas dificultades y á cuántas fatigas se hubieran visto expuestos! Y si el yate hubiera encallado entre los arrecifes, ¿cómo salvar el material? Las aguas hubieran indefectiblemente destrozado en poco tiempo la goleta, con pérdida de muchas cosas que habían de serles muy útiles con el tiempo. Felizmente, la marea alta había empujado el buque hacia la playa; y si bien es cierto que se encontraba impedido para volver á navegar, podía servir de



Briant y Gordon observaron que la costa estaba desierta.

morada, puesto que nada podría arrancarle de la arena, en la que estaba hundida su quilla. Era evidente que, por efecto del sol y de la lluvia, llegaría á quedar inservible; pero cuando esto sucediera, ya los náufragos habrían encontrado alguna ciudad ó pueblo, y si la tempestad los había relegado á una isla desierta, no dejarían de hallar, para sustituir al barco, alguna gruta en las rocas del litoral.

Lo mejor era, pues, quedarse provisionalmente á bordo, y convencidos de ello, tomaron sus disposiciones al efecto, siendo la primera la de colocar á estribor una escala de cuerdas que les facilitase la bajada á la playa.

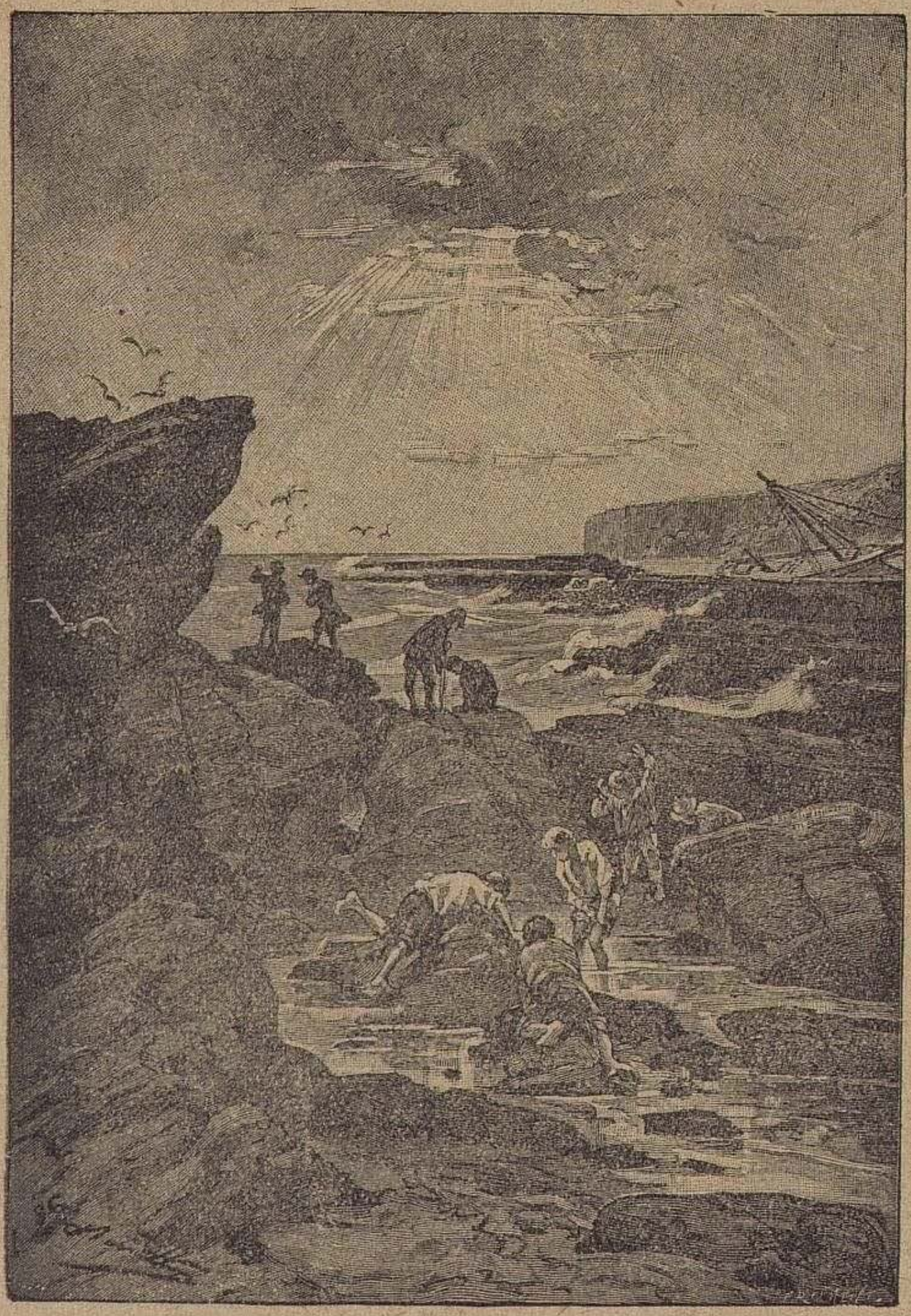
En el ínterin, Mokó, que entendía algo de cocina, ayudado por Service, á quien gustaba guisar, se ocupó en preparar la comida, que, una vez condimentada, sirvió para amortiguar en todos el gran apetito que tenían, y Jenkins, Iverson, Dole y Costar se entregaron á la alegría y á los juegos propios de su edad.

Sólo Santiago Briant, que era antes el diablillo del colegio Chairmán, continuó triste y aislado de sus compañeros.

Semejante cambio en su carácter y en sus costumbres no pudo menos de sorprender extraordinariamente á los demás, quienes le interrogaban la causa de tal mudanza; pero el muchacho, cada vez más taciturno, no respondía á sus preguntas.

En fin, cansadísimos de tantos días y tantas noches pasadas en medio de los mil peligros de la tormenta, no pensaron ya más que en dormir.

M.C.D. 2018



Iverson, Dole y Costar se entretenían buscando

Sin embargo, Briant, Gordon y Doniphan quisieron velar algunas horas cada uno, por temor á las fieras; pero la noche pasó sin ninguna alarma, y cuando salió el sol, después de una oración á Dios en acción de gracias, se ocuparon de las faenas que exigían las circunstancias.

En primer lugar, procedieron á inventariar las provisiones que encerraba el yate; luego el material, incluso las armas, instrumentos, utensilios, ropas y demás útiles.

La cuestión de alimento era la más grave, puesto que pareciendo aquella costa desierta, los recursos se limitaban á los productos de la pesca y de la caza, si es que ésta última se presentaba realizable. Doniphan no había visto más que numerosas bandadas de ciertos volátiles en los arrecifes y las rocas de la playa; pero verse reducidos á alimentarse sólo de aves marinas era cosa triste, y de aquí la necesidad de saber cuánto tiempo podían durar, economizando, las provisiones encerradas en el *schooner*.

Aparte de la galleta, que tenían en cantidad considerable, había varias conservas de legumbres, jamones, empanadas de carne, compuestas de harina de primera calidad, picadillo de cerdo y especias, *cornbeef*, salazones y otros víveres y sustancias alimenticias; pero, sin embargo, todo eso no podía durar más allá de dos meses, aun gastándolo con parquedad. Así es que desde un principio se hacía necesario recurrir á los productos del país, economizando las provisiones para el caso de que tuviesen que andar algunos centenares de

M.C.D. 2018

millas en busca de los puertos del litoral ó de las ciudades del interior.

—¡Con tal de que parte de esas conservas no estén echadas á perder! observó Baxter. Si el agua del mar ha entrado en la cala después de encallar...

—Ya lo veremos abriendo las cajas que nos parezcan averiadas, respondió Gordon. Tal vez volviendo á cocer el contenido pudieran aprovecharse...

—Me encargo de ello, dijo Mokó.

—Pues no tardes en ponerte á la faena, repuso Briant, porque en estos primeros días tendremos que vivir con las provisiones del *Sloughi*.

—¿Y por qué desde hoy mismo, replicó Wilcox, no nos ponemos á buscar huevos en las rocas que se elevan al Norte?

—¡Sí... sí...! exclamaron Dole y Costar.

—También podemos pescar, añadió Webb. ¿No hay cañas á bordo y pescado en el mar? ¿Quién quiere pescar?

—¡Yo... yo!... exclamaron á una los pequeños.

—¡Bien!... ¡Bien!... respondió Briant; pero no se trata de jugar, y no daremos cañas sino á los pescadores formales.

—Tranquilízate, Briant, repuso Iverson; cumpliremos nuestro cometido como se cumple con un deber.

—Bien: empecemos por el inventario de lo que encierra nuestro yate, dijo Gordon. Tenemos que pensar también en otras cosas tan necesarias como el alimento...

—¿Podríamos recoger algunos mariscos para almorzar? advirtió Service.

—Sea, pues, respondió Gordon. Id tres ó cuatro de los pequeños. Mokó, acompáñalos.

—Sí, señor Gordon.

—¡Cuida bien de ellos! añadió Briant.

—No temáis.

El grumete, en quien se podía tener confianza, era un muchacho muy servicial, muy diestro y valeroso, y estaba llamado á prestar grandes servicios á los jóvenes náufragos. Era asimismo muy adicto á Briant, quien á su vez no ocultaba la simpatía que le inspiraba Mokó; simpatía que hubiera avergonzado á sus compañeros anglo-sajones.

—Vamos, exclamó Jenkins.

—¿No vas con ellos, Santiago? preguntó Briant á su hermanito.

Santiago respondió negativamente.

Jenkins, Dole, Costar é Iverson, bajo la tutela de Mokó, partieron hacia los arrecifes, que el mar acababa de abandonar, esperando encontrar en los intersticios de las piedras una buena cosecha de mariscos, especialmente ostras y cangrejos, que, crudos ó cocidos, serían un componente agradable y nutritivo del almuerzo.

Como buenos chicos, saltaban y brincaban, viendo en esta excursión más placer que utilidad. Era cosa propia de sus pocos años. pues apenas les quedaba ya el recuerdo de las duras pruebas que acababan de pasar, ni se cuidaban tampoco de los peligros que les amenazaban en lo porvenir.

Desde el momento en que los pequeños se alejaron, los mayores emprendieron la tarea del inventario. Por una parte, Doniphan, Cross, Wilcox y Webb hicieron el censo de las armas, de las municiones, de las ropas, de los objetos de cama y demás utensilios de á bordo; por otra, Briant, Garnett, Baxter y Service inventariaron los vinos, cerveza, brandy, wisky y demas bebidas encerradas en el fondo de la cala, en barriles de diez á cuarenta galeones cada uno.

Gordon tomaba nota de todo ello en una cartera de bolsillo. El metódico americano poseía ya un estado completo del material de a bordo, resultando de él que poseían un velamen de repuesto, y también aparegos, muchas cuerdas, cables y otros enseres. Si el yate estuviese en estado de navegar, nada hubiera faltado para aparejarle bien; y si aquellas lonas no habían de servir más para el buque, podían aprovecharlas para otras cosas cuando se tratase de la instalación de nuestros náufragos. Algunos utensilios de pesca, redes y cañas de fondo ú otras, figuraron también en el inventario; preciosos artefactos si abundaba el pescado en aquellos parajes.

En cuanto á las armas, he aquí la nota que Gordon escribió en su cartera: ocho escopetas de percusión central, utilizables para caza, y una docena de revólvers; las municiones se componían de trescientos cartuchos para las armas que se cargaban por la culata, dos toneles de pólvora, de veinticinco libras cada uno, y bastante cantidad de plomo en perdigones y en balas. Estas municiones, embarcadas con el fin de proporcionar el recreo de la caza á los expedicionarios durante las paradas del *Sloughi* en las costas de Nueva Zelandia, se emplearían ahora para asegurar el alimento de los náufragos, y ¡ojalá que no llegaran á servir para defender su vida! La cala encerraba también cierta cantidad de cohetes para las señales de noche y algunos proyectiles para las dos chalupas del yate, que también era de desear no sirviesen para rechazar los ataques de los indígenas.

Los objetos de tocador y los utensilios culinarios eran más que suficientes para las necesidades de todos, aun en el caso de que su estancia allí se prolongase; y si parte de la vajilla se había roto por el choque del *Sloughi* con los arrecifes, quedaba aún bastante para el servicio de la cocina y del comedor; verdad es que éstos no eran objetos de primera necesidad. Más valiera que las ropas de franela, de paño, de algodón ó de hilo, figurasen en gran cantidad para mudarse, según las exigencias del clima, pues si aquella tierra se

M.C.D. 2018

encontraba en la misma latitud que Nueva Zelandia, cosa probable, puesto que desde su partida de Auckland el *schooner* había sido siempre empujado por los vientos de Oeste, había que esperar temperaturas extremas; fuertes calores y grandes fríos, respectivamente, según las estaciones. Por fortuna, había á bordo gran cantidad de esos trajes indispensables en una excursión de varias semanas por el mar. Además, se encontraron en las maletas de la tripulación pantalones, blusas, capotes de hule y almillas de lana, que sería fácil arreglar para los pequeños, abrigándolos bien, á fin de que soportasen con menos riesgos los rigores de la estación invernal. Inútil es decir que si las circunstancias obligaban á nuestros jóvenes á abandonar el buque, cada cual llevaría su cama, pues los camarotes estaban bien provistos de colchones, sábanas, almohadas, mantas y otros objetos, que, cuidándolos, podían durar largo tiempo.

¡Largo tiempo!... Palabras que significaban tal vez... ¡siempre!

He aquí lo que Gordon anotó también en su cartera, en el capítulo de instrumentos de á bordo: dos barómetros aneróides, un termómetro centígrado de espíritu de vino, dos relojes marinos, varias trompas ó bocinas de cobre de las que sirven en las noches de nieblas, y que se oyen á gran distancia, tres catalejos, una brújula con su cubierta y otras dos más pequeñas, un *storn-glace*, indicando la proximidad de las tormentas, y, en fin, varias banderas del Reino Unido, sin contar otras más pequeñas para signos de inteligencia entre dos buques. Había también un *halketts-bouts*, pequeña canoa de cautchuc que se dobla como una maleta y sirve para atravesar un río ó un lago.

El cofre del carpintero encerraba un surtido bastante completo de herramientas, herrajes y clavos para las ligeras reparaciones que hubiese necesitado el yate.

Los botones, hilos y agujas no faltaban tampoco, en previsión de la rotura de los vestidos, pues las pobres madres de los desgraciados niños habían pensado en todo lo que pudiera ocurrir á aquellos pedazos de sus entrañas.

Tenían también gran provisión de fósforos, mechas de yesca, eslabones, y no debían temer, por consiguiente, la falta de fuego.

A bordo se hallaban varios mapas especiales del archipiélago neo-zelandés, inútil para estos parajes desconocidos; pero afortunadamente Gordon había llevado consigo un atlas general de Stieler, comprensivo del Antiguo y del Nuevo Mundo, siendo este atlas lo mejor y lo más perfecto de la geografía moderna.

La biblioteca del yate contenía cierto número de buenas obras inglesas y francesas, historias de viajes y libros científicos, sin contar los famosos *Robinsones* que Service, aun con gran riesgo suyo hubiera salvado de todo peligro, como Camoëns salvó sus *Lusiadas*; lo mismo que hubiese hecho Garnett con su famoso acordeón, sacado sano y salvo de los choques del buque.

Y, por fin, no les faltaba nada para escribir; plumas, lápices, tinta, papel, y también un calendario del año 1860, en el que Baxter fué encargado de borrar los días á medida que pasaban.

—¡Es el 10 de Marzo, dijo, el día en que nuestro pobre *Sloughi* ha sido arrojado sobre la costa! Borro, pues, ese 10 de Marzo, así como los anteriores á aquella fecha

Hallaron también una suma de quinientas libras en oro en la caja del yate. ¡Quién sabe si ese dinero serviría para que los naufragos, encontrando algún puerto, pudieran volver á su patria!

Gordon se ocupó en contar minuciosamente los barriles que estaban en la bodega. Varios de ellos, llenos de gin, de cerveza ó de vino, se habían roto, y su contenido se había escapado por las rendijas del buque. Era una pérdida irreparable, y sería preciso, por lo tanto, economizar lo restante.

En suma; la cala encerraba cien galeones de clarete y de sherry, cincuenta de gin, de brandy y de wisky, y cuarenta toneles de cerveza, de veinticinco galeones cada uno; además, unos treinta frascos de diversos licores que, encerrados en sus envoltorios de paja, habían podido resistir el choque contra los arrecifes.

Como se ve, los quince náufragos del *Sloughi* tenían asegurada la vida material durante cierto tiempo; pero lo incierto del porvenir les obligaba á examinar aquella tierra, para saber si podía proporcionar algunos recursos que les permitiera reservar las provisiones que tenían; porque si aquel país estaba desierto, no era probable salir de él como no fuera con el auxilio de algún navío que viniese por aquellos parajes y que ellos pudiesen hacerle señales que indicasen su presencia. Reparar el buque, no había que pensar en ello; esto exigía un trabajo superior á sus fuerzas, careciendo además de las herramientas necesarias al efecto. Construir uno nuevo con los desperdicios del yate, ¿para qué? Sin conocer á fondo la navegación, ¿cómo hubieran podido atravesar el Pacífico para volver á Nueva Zelandia? No obstante, con las chalupas del *schooner* no sería difícil buscar alguna otra isla ó continente, si existieran cerca; pero dichas embarcaciones habían sido arrebatadas por la tormenta y no quedaba más que la canoa, buena únicamente para navegar á lo largo de la costa.

A las doce, los pequeños, guiados por

Mokó, Garnett y Service.

Mokó, volvieron á bordo. Traían una buena provisión de moluscos, que el grumete se puso á preparar. En cuanto á huevos, debía haberlos en gran cantidad, pues Mokó había visto muchas palomas que anidaban en los huecos del acantilado.

—Está bien, dijo Briant; uno de estos días organizaremos una cacería, que puede dar buena cosecha de aves.

—Seguramente que sí, respondió Mokó; tres ó cuatro tiros nos darán pichones por docenas. En cuanto á los nidos, atándose cualquiera con una cuerda, no sería difícil apoderarse de ellos.

—Convenido, dijo Gordon; mientras tanto, si Doniphan quiere cazar mañana...

—Me conviene, replicó éste; Webb, Cross y Wilcox vendrán conmigo.

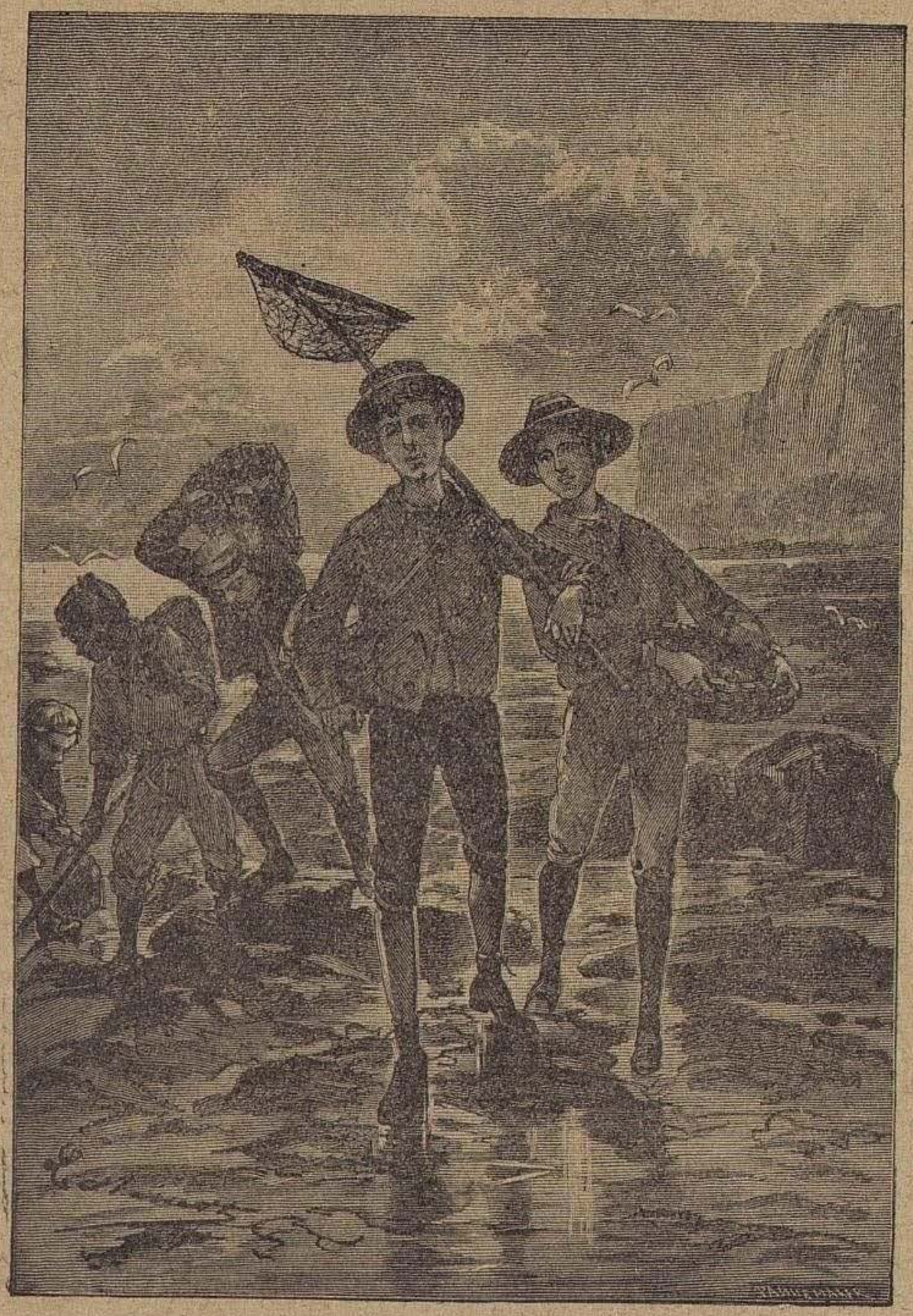
—Con mucho gusto, respondieron los tres muchachos, encantados de poder tirar á aquellos millares de volátiles.

—Sin embargo, observó Briant, os recomiendo que no matéis demasiados pichones; cuando nos hagan falta ya sabremos buscarlos. Importa mucho no desperdiciar el plomo y la pólvora...

—¡Bueno... bueno!... respondió Doniphan, poco amigo de observaciones, y sobre todo si éstas venían de parte de Briant. No es la primera vez que cazo, y no necesito consejos.

Una hora más tarde, Mokó avisó que el almuerzo estaba preparado, y todos se apresuraron á subir á bordo del *schooner* para sentarse en el comedor, en el que, á consecuencia de la inclinación del yate, la mesa estaba algo pendiente hacia babor; pero esto no era un gran inconveniente

M.C.D. 2018



Jenkins é Ivarson.

para niños acostumbrados al vaivén del buque. Los mariscos, y en particular las almejas, fueron declarados excelentes, aunque su preparación dejaba mucho que desear. Mas á aquella edad, ¿no es el apetito el mejor condimento? Galletas, un buen trozo de *corn-beef*, agua fresca cogida en la embocadura del río en el momento de la bajamar, para que no tuviese mal gusto, y adicionada con algunas gotas de brandy, constituyeron esta comida, bastante aceptable.

La tarde se empleó en diversos trabajos de mudanza de la cala y en escoger los objetos inventariados. Durante este tiempo, Jenkins y sus compañeritos se ocuparon en pescar en el río, en donde hormigueaban una infinidad de peces de diversas clases. Luego, después de cenar, todos se fueron á descansar, menos Baxter y Wilcox, que estaban de guardia hasta el amanecer.

Así pasó la primera noche en aquella tierra del Océano Pacífico; tierra desconocida, y, al parecer, inhabitada.

En suma: estos muchachos no carecían de ninguno de los recursos que faltaban muy á menudo á la mayor parte de los náufragos en parajes desiertos. En el estado en que se encontraban, hombres de ingenio é industriosos hubieran salido adelante; pero ellos, el mayor de catorce primaveras, si estuviesen condenados á vivir muchos años en aquellas condiciones, ¿llegarían á proveer á las necesidades de su existencia?

Esto, por lo menos, se presentaba dudoso á los jóvenes ná: ragos.

V

¿Isla ó continente? — Excursión. — Briant parte solo.—Los anfibios.—Bandadas de aves. —Almuerzo. — Desde lo alto del cabo.—Los tres islotes de alta mar.—Una línea azul en el horizonte.—Vuelta al «Sloughi.»

¿Isla ó continente? Esa era siempre la cuestión más grave que preocupaba á Briant, Gordon y Doniphan, cuyo carácter é inteligencia hacían verdaderamente los jefes de aquella sociedad en miniatura. Pensando en el porvenir, cuando los pequeños no se acordaban más que de lo presente, hablaban muchas veces de ello. En todo caso, ya que aquella tierra fuese isla, ya continente, era indudable que no pertenecía á la zona tropical. Esto se conocía en su vegetación, compuesta de robles, abedules, hayas, alisos y pinos de diferentes clases, numerosos mirtáceos y saxífragas, que no son árboles ni arbustos, vegetales todos esparcidos por las regiones centrales del Pacífico. Hasta parecía que aquel territorio debía de tener una latitud algo más alta que Nueva Zelandia, y por consiguiente más próxima al polo austral. En este caso se podía temer que el invierno fuese en extremo riguroso. Ya una espesa alfombra de hojas secas cubría el suelo en el bosque que se extendía al pie del acantilado. Los pinos eran los únicos que conservaban sus hojas, pues sabido es que estos árboles se renuevan de año en año, sin despojarse por completo jamás.

—Me parece prudente, dijo Gordon al día siguiente en que transformaron el *Sloughi* en vivienda, no instalarnos definitivamente en esta parte de la costa.

—Ese es también mi parecer, respondió Doniphan. Si esperamos la estación de los fríos, será demasiado tarde para llegar á algún sitio habitado, pues por poco que tengamos que andar, siempre será algunos centenares de millas.

—¡Paciencia! replicó Briant; no estamos aún más que á mediados de Marzo.

—Pues bien, repuso Doniphan; el buen tiempo puede durar hasta fines de Abril, y en seis semanas mucho camino se puede andar...

—¡Cuando hay caminos! replicó Briant.

—¿Y por qué no ha de haberlos?

—Sin duda, respondió Gordon. Pero si hay alguno, ¿sabemos adónde va?

—No sé más que una cosa, repuso Doniphan, y es que sería un absurdo no abandonar el *schooner* antes de la estación de los fríos y de las lluvias, y para esto es menester que no surjan dificultades á cada paso.

—Más vale preverlas que aventurarse como locos á través de un país desconocido.

—¡Qué pronto llamáis locos á los que no son de vuestro parecer! replicó Doniphan.

Tal vez la respuesta de este último hubiese hecho degenerar la conversación en querella, sin la intervención de Gordon.

—De nada sirve disputar, dijo, y para salir de este atolladero es preciso empezar por entendernos. Doniphan tiene razón en decir que si estamos cerca de algún país habitado, se hace necesario ir, sin más tardanza. Pero ¿es eso posible? pregunta Briant, y tiene razón.

—¡Que diablo, Gordon! replicó Doniphan; remontándose hacia el Norte, bajando al Sur, dirigiéndonos hacia el Este, concluiríamos por llegar...

—Sí, con tal que nos encontremos en un continente, dijo Briant; pero no si estamos en una isla, y si esta isla está desierta.

—Así, pues, repuso Gordon, es preciso saber á qué atenerse. En cuanto á dejar el barco sin asegurarnos antes si hay ó no un mar al Este...

—¡Ah! Sobre eso digo que él es el que nos dejará. No podrá resistir las borrascas en esta playa, exclamó Doniphan, siempre inclinado á aferrarse en sus ideas.

—Convengo en ello, replicó Gordon; y sin embargo, antes de aventurarse por el interior, es indispensable saber adónde se va.

Las razones expuestas por este último eran de tal peso, que Doniphan no tuvo más remedio que rendirse ante la evidencia.

—Estoy pronto á ir á la descubierta, dijo Briant.

—Yo también, respondió Doniphan.

—Y lo estamos todos, añadió Gordon; pero como sería una imprudencia llevar á los pequeños á una exploración larga y fatigosa, dos ó tres de nosotros bastarán para realizar nuestro propósito.

—¡Lástima es, observó Briant, que no haya una colina bastante elevada desde la que se pueda examinar el territorio! Por desgracia, estamos en una tierra muy baja, y es lo cierto que desde alta mar no he visto ni una sola montaña en el horizonte. En verdad que no aparece por aquí más altura que este acantilado que se eleva detrás de la playa. Más allá, sin duda, encontraremos llanuras, bosques y pantanos, á través de los que corre ese río cuya embocadura hemos explorado.

—Sería útil, sin embargo, tener un conocimiento exacto de esta comarca an-

M.C.D. 2018

tes de dar la vuelta al acantilado, en donde Briant y yo hemos buscado en vano una cueva.

—Pues bien: ¿por qué no irnos al Norte de la bahía? dijo Briant; me parece que subiendo al cabo que la cierra se vería muy lejos.

—Esto es precisamente lo que yo pensaba, respondió Gordon. Sí; ese cabo, que puede tener de doscientos cincuenta á trescientos pies de altura, debe dominar el acantilado.

—Me ofrezco á ir... dijo Briant.

—¿Para qué? replicó Doniphan; ¿que se podrá ver desde allá arriba?

—¿Qué se podrá ver? ¡Lo que hay! respondió Briant.

En efecto, en la punta extrema de la bahía se alzaba un amontonamiento de rocas como cortadas á pico del lado del mar, y que del otro lado parecían unirse al acantilado. Desde el *Sloughi* hasta aquel promontorio, la distancia era, á lo más, de siete á ocho millas, siguiendo la curva de la playa, y de cinco á vuelo de abeja, según dicen los americanos; así, pues, Gordon no debía equivocarse mucho estimando en trescientos pies sobre el nivel del mar la elevación del cabo.

Esa altura ¿bastaría para que la vista pudiera extenderse sobre el país? ¿La mirada no sería detenida hacia el Este por algún obstáculo? De todos modos, se vería lo que existía más allá del cabo, es decir, si la costa se prolongaba indefinidamente al Norte, ó si el Océano se desarrollaba más allá.

Convenía, por lo tanto, irse á la extremidad de la bahía y verificar la ascensión. Por poco que el territorio estuviese en descubierto, la vista abrazaría una extensión de varias millas.

Discutido el punto, se decidió que el proyecto se pondría en ejecución, pues si Doniphan no veía su utilidad, era sin duda porque la idea pertenecía á Briant, y no á él; mas esto no impedía que diese buenos resultados.

Acordaron también con firme resolución no abandonar el *Sloughi* hasta tener la seguridad de si había encallado en el litoral de un continente, el que no podía ser otro que el americano.

La excursión no pudo emprenderse durante los cinco días siguientes, porque el tiempo se puso nebuloso, cayendo de vez en cuando una lluvia muy fina. Si el viento no refrescaba, los vapores que ocultaban el horizonte harían inútil el proyectado reconocimiento.

Aquellos días no fueron perdidos: se emplearon en diversos trabajos. Briant se ocupaba de los niños, sobre los que velaba incesantemente, como si el esparcirse en afecto paternal fuera una necesidad de su naturaleza. Su constante preocupación era cuidarlos todo lo mejor que permitiesen las circunstancias, así es que como notase que la temperatura tenía tendencias á bajar, les obligó á ponerse vestidos de más abrigo, arreglando para ellos los que se habían encontrado en los cofres de los marineros. Esta fué una obra de sastre, en que las tijeras trabajaron más que la aguja, y para la que Mokó, que en clase de grumete sabía algo de costura, se mostró muy ingenioso. Decir que Costar, Dole, Jenkins é Iverson fueron elegantemente vestidos con aquellos anchos y largos pantalones y aquellas blusas, no es posible; pero poco importaba, con tal que estuvieran bien abrigados.

Tampoco se les dejaba ociosos. Bajo la vigilancia de Garnett ó de Baxter iban á menudo á recoger mariscos en la bajamar ó á pescar con redes ó cañas en el río, cosa que era divertida para ellos y provechosa para todos; con la ventaja de que, ocupados alegremente, no pensaban en su situación, y si bien el recuerdo de sus padres les entristecía, la tristeza no era constante, máxime cuando á ellos no se les ocurría que tal vez no los volverían á ver jamás.

En cuanto á Gordon y Briant, podemos decir que apenas dejaban el buque, toda vez que se habían reservado el cuidado de su conservación.

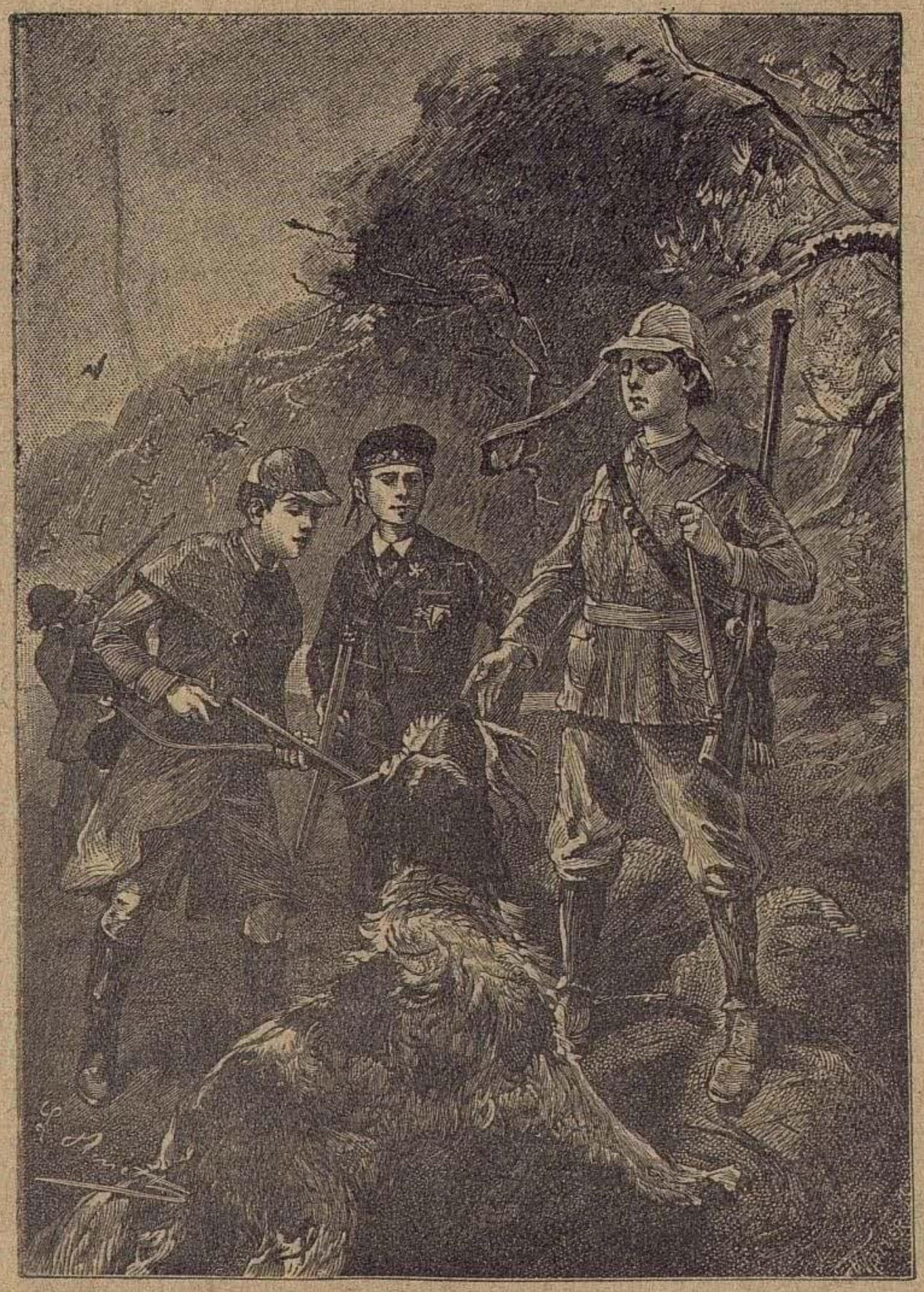
Service se quedaba algunas veces con ellos, y, siempre alegre, su compañía les era útil. Amaba á Briant, y jamás se unió con aquellos de sus compañeros que hacían causa común con Doniphan; así es que Briant sentía gran afecto hacia tan buen muchacho.

—¡Vamos, esto va bien, bien! repetía á veces Service. En verdad que nuestro barco ha sido colocado perfectamente en la playa por una ola complaciente, que, tratándole con cariño, no le ha destrozado mucho... He aquí una suerte que no han tenido ni *Robinson Crusoé*, ni *Robinson Suizo* en su isla imaginaria.

¿Y qué era de Santiago Briant? Si bien ayudaba á su hermano en las diversas faenas de á bordo, apenas respondía á las preguntas que se le dirigían, apresurándose á hurtar la vista cuando se le miraba de frente.

Esta actitud de Santiago no dejaba de inspirar alguna inquietud á Briant, que, como mayor, ejercía sobre el pequeño cierta influencia. Desde la partida del *schooner*, lo hemos dicho ya, el carácter de Santiago se había modificado de tal modo, que parecía presa de los remordimientos. ¿Había cometido alguna grave falta, que no se atrevía á confesar á su hermano? Lo cierto es que más de una vez sus ojos enrojecidos atestiguaban que acababa de llorar, y Briant, impresionado, no dejaba de preguntarse si la salud de Santiago estaría en peligro. Si enferma ese niño, se decía, ¿qué cuidados podrían prestárnele?

M.C.D. 2018



Webb, Cross y Wilcox.

Esta consideración le apenaba mucho y le impelía á interrogar á su hermano sobre lo que tenía; pero éste contestaba siempre:

—¡No... no... no tengo nada... nada!

Era imposible sacar de él otra contestación.

Desde el 11 al 15 de Marzo, los náufragos se ocuparon en dar caza á los pájaros anidados en las rocas. Iban siempre todos juntos; pero Doniphan, Wilcox, Webb y Cross procuraban apartarse de los demás de un modo tan notable, que Gordon se apesadumbraba por semejante proceder; y cuando la ocasión se presentaba propicia mediaba entre unos y otros, procurando hacerles comprender la necesidad de estar todos unidos. Pero Doniphan respondía con tanta frialdad á esas observaciones, que el americano juzgaba prudente no insistir. No desesperaba, sin embargo, de destruir esos gérmenes de disensiones, que podían llegar á ser funestos, confiando también en que los acontecimientos quizás llegasen á conseguir lo que sus consejos no habían podido obtener.

Durante aquellos nebulosos días que impidieron emprender la excursión proyectada por la orilla de la bahía, las cacerías fueron bastante provechosas. Doniphan, apasionado por aquel ejercicio, era verdaderamente hábil en el manejo de la escopeta. Extremadamente orgulloso con su habilidad, desdeñaba todos los demás artefactos de caza, trampas, redes ó ballestas. Wilcox, por el contrario, prefería éstas, con las que prestaba muy buenos servicios. Webb tiraba bien, sin pretender

M.C.D. 2018

El colegio Chaismán.

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

por eso igualarse á Doniphan. En cuanto á Cross, no tenía afición, y se contentaba con aplaudir las proezas de su primo. Conviene tambiér mencionar á *Phan*, que se distinguía en aquellas cacerías y no titubeaba jamás en lanzarse en medio de las olas para buscar la caza caída entre los arrecifes. Es preciso confesar que entre las piezas muertas por nuestros cazadores, había gran número de aves marinas que no se podían comer; pero en cambio abundaban las palomas, los ánades y ocas, cuya carne fué muy apreciada por nuestros jóvenes naufragos. La dirección que seguían los gansos cuando huían oyendo las detonaciones, indicaba que debían habitar el interior de aquella tierra. Algunas de esas aves necesitaban cierta preparación, que no salía siempre bien; pero no se podía ser exigente, como lo repetía muchas veces el previsor Gordon, porque era preciso economizar las conservas del yate, toda vez que, como hemos dicho antes, sólo la galleta existía en cantidad considerable, no siendo ésta la menor razón de sus afanes por realizar la ascensión del cabo, ascensión que les resolvería tal vez la importante cuestión de saber si aquella tierra era isla ó continente. De eso, en efecto, dependía el porvenir, y por consiguiente la instalación provisional ó definitiva en aquella parte del globo.

El 15 de Marzo el tiempo pareció favorable para el éxito de aquella empresa. Durante la noche, el cielo se despejó de los vapores amontonados por la calma; el viento de tierra lo serenó en algunas horas. Vivos rayos de sol doraron la cima de las rocas, y se podía esperar que después del medio día el horizonte del Este estaría bastante limpio para examinarlo detenidamente, porque, en efecto, si por aquel lado se veía una línea continua de agua, aquella tierra era una isla, y los socorros no podrían esperarse sino de algún buque que surcara aquellos mares.

No se habrá olvidado que la idea de esa excursión pertenecía á Briant, que resolvió hacerla solo. Mucho gusto hubiera tenido, sin duda, en que le acompañase Gordon; pero el pensamiento de que sus compañeros no estuviesen bajo la vigilancia del americano, le atormentaba demasiado.

El día 15 por la noche, después de haberse asegurado de que el barómetro señalaba buen tiempo, Briant anunció á Gordon que partiría al día siguiente al amanecer. Andar una distancia de diez ú once millas, ida y vuelta, no era cosa que arredrara á un muchacho vigoroso que no temía á la fatiga. El día entero le bastaría seguramente para llevar á cabo la exploración, y el americano podía tener la seguridad de que volvería antes del anochecer.

Briant partió, pues, al despuntar el día, sin que los demás tuviesen conocimiento de su marcha. Iba armado con un bastón y un revólver, por si encontrase alguna fiera, si bien es verdad que los cazadores no habían encontrado huella alguna de esos animales en sus precedentes excursiones.

Briant no olvidó un instrumento que debía facilitar mucho su empresa cuando llegase á lo alto del promontorio: hablamos del catalejo de gran alcance y cuyos cristales eran de notable limpieza. Una cestita colgada de su cinturón encerraba algunas galletas, un trozo de carne salada, una calabaza con agua y unas gotas de *brandy*, lo suficiente para almorzar y comer si algún percance retrasara su vuelta á bordo.

El muchacho, andando á buen paso, siguió la curva de la costa, señalada en el límite de los arrecifes por una fila de plantas acuáticas, húmedas aún por las aguas de la bajamar. Una hora más tarde, dejaba detrás de sí el sitio en que Doniphan y sus compañeros cazaban las palomas. Estos volátiles no tenían nada que temer de él en aquel momento, porque no quería perder un minuto para llegar cuanto antes al pie del cabo. Siendo el tiempo bueno y el cielo completamente despejado de nubes, era preciso aprovecharse de tales circunstancias pues si los vapores llegaban á amontonarse por la tarde hacia el Este, el resultado de la expedición sería nulo. Durante la primera hora, Briant anduvo con bastante rapidez, recorriendo la mitad del trayecto, y por lo tanto, no presentándose ningún obstáculo, contaba con llegar al promontorio sobre las ocho de la mañana; pero á medida que el acantilado se acercaba á los arrecifes, el suelo ofrecía más dificultades, pues el camino arenoso era tanto más estrecho cuanto más avanzaba hacia las rompientes, y en vez de aquel terreno, movedizo, sí, pero seguro, que se extendía entre el bosque y el mar, en las cercanías del río nuestro joven se vió reducido á aventurarse á través de un sinnúmero de rocas resbaladizas, de balsas de agua que tenía que rodear, de piedras movedizas, sobre las que no encontraba suficiente apoyo, ocasionándole todo esto una gran fatiga, y, lo que era aún más sensible, un retraso de dos horas por lo menos.

—¡Es preciso, no obstante, que yo llegue al cabo antes de la pleamar! se decía Briant. Esta parte de la playa ha sido cubierta por la última marea, y lo estará también por la próxima hasta el pie del acantilado. Si me viese obligado á retroceder ó á refugiarme sobre alguna roca, llegaría demasiado tarde. ¡Es necesario que pase, cueste lo que me cueste, antes de que las olas invadan la playa!

Y el valeroso muchacho, no haciendo

caso de la fatiga que empezaba á entumecer sus músculos, procuró tomar el camino más corto. Tuvo muchas veces que quitarse botas y calcetines para atravesar anchas lagunas con el agua á media pierna, y luego, cuando se encontraba otra vez en la superficie de los arrecifes, seguía su camino, no sin tener alguna caída, por más que las evitaba á fuerza de agilidad y destreza.

En aquella parte de la bahía las aves acuáticas abundaban más que en ninguna otra; pululaban de un modo asombroso. Vió también dos ó tres parejas de focas solazándose cerca de las rompientes; no demostraban ninguna señal de espanto, ni trataron de esconderse debajo del agua, lo que hacía creer que si aquellos anfibios no desconfiaban del hombre, es porque no tenían por qué temerle; prueba segura de que hacía muchos años que ningún pescador había ido á cazarlas.

No obstante, reflexionándolo bien Briant comprendió, por la presencia de esas focas, que aquella costa tenía una latitud más elevada aún de lo que él creía, y que, por consiguiente, se hallaba más al Sur que el archipiélago neo-zelandés. El *Slough*i había torcido el rumbo hacia el Sudeste durante su travesía en el Pacífico. Esta opinión se confirmó cuando llegado por fin al pie del promontorio, distinguió una bandada de una especie de gallinetas que frecuentan los parajes antárticos. Se movían sin cesar, agitando torpemente sus alas, que, más bien que para volar, les sirven para nadar. No son comestibles, porque su carne es rancia y aceitosa.

Eran ya las diez. Las últimas millas habían agotado las fuerzas del joven, que extenuado y con apetito, juzgó prudente tomar algún alimento antes de emprender la ascensión del promontorio, cuya cima se elevaba á trescientos pies sobre el nivel del mar.

Se sentó sobre una roca, al abrigo de la marea, que llegaba ya á los arrecifes. Una hora más tarde no hubiera podido pasar sin riesgo, á causa de la pleamar; mas eso no era ya de temer, y por la tarde, cuando la marea bajase, encontraría de nuevo el paso libre.

Un buen trozo de carne y algunos sorbos de agua con *brandy* fueron bastante para que Briant recuperase sus fuerzas. Solo, lejos de sus compañeros, nuestro muchacho se puso á considerar fríamente su situación, bien decidido á proseguir hasta el fin, con mayores bríos, la obra de salvación para todos. La actitud de Doniphan y de sus parciales no dejaba de preocuparle, porque veía en ello el manantial de serias disensiones; pero estaba firmemente resuelto á oponer una absoluta resistencia á todo acto que perjudicase al bien general. Luego se acordó de su hermanito, cuyo modo de ser le daba mucho en que pensar. Parecía que aquel niño ocultaba alguna falta cometida antes de la salida del *schooner*, y se prometía instarle tanto, que le obligara á contestarle.

Después de una hora de descanso, empezó Briant la ascensión de las primeras rocas.

El promontorio, terminado en punta aguda y situado en la extremidad de la bahía, presentaba una estratificación y una formación geológica bastante rara: parecía una cristalización ígnea formada bajo la acción de fuerzas plutónicas, y se componía de rocas graníticas, en vez de calizas, parecidas á las que rodean el mar de la Mancha en Europa.

Nuestro joven observó también que un estrecho paso separaba aquel promontorio del acantilado. Más allá, al Norte, la playa se extendía fuera del alcance de la vista; pero, en suma, lo importante era que el cabo fuese bastante alto para que la mirada alcanzase una gran extensión de terreno.

La subida fué en gran manera penosa, y gracias á su agilidad, á su audacia y á sus costumbres de la gimnasia, pudo, por fin, llegar hasta la punta, no sin haber evitado muchas veces caídas que hubieran sido mortales.

Ya en lo alto, tomó el anteojo y dirigió la visual hacia el Este. Aquella región era llana en todo lo que abarcaba la mirada. El acantilado formaba la principal altura, si bien su meseta se inclinaba al interior; y aun cuando más allá se presentaban algunas tumescencias, éstas no modificaban en nada el aspecto del país. Verdes bosques cubrían el suelo en aquella dirección, ocultando bajo su follaje el lecho de los ríos que corrían hacia el litoral. Era una superficie plana, cuyo radio podía calcularse en unas diez millas, y el mar parecía ser el límite de aquel territorio; mas para cerciorarse de si era continente ó isla, hacíase preciso organizar en dirección al Oeste una excursión más larga.

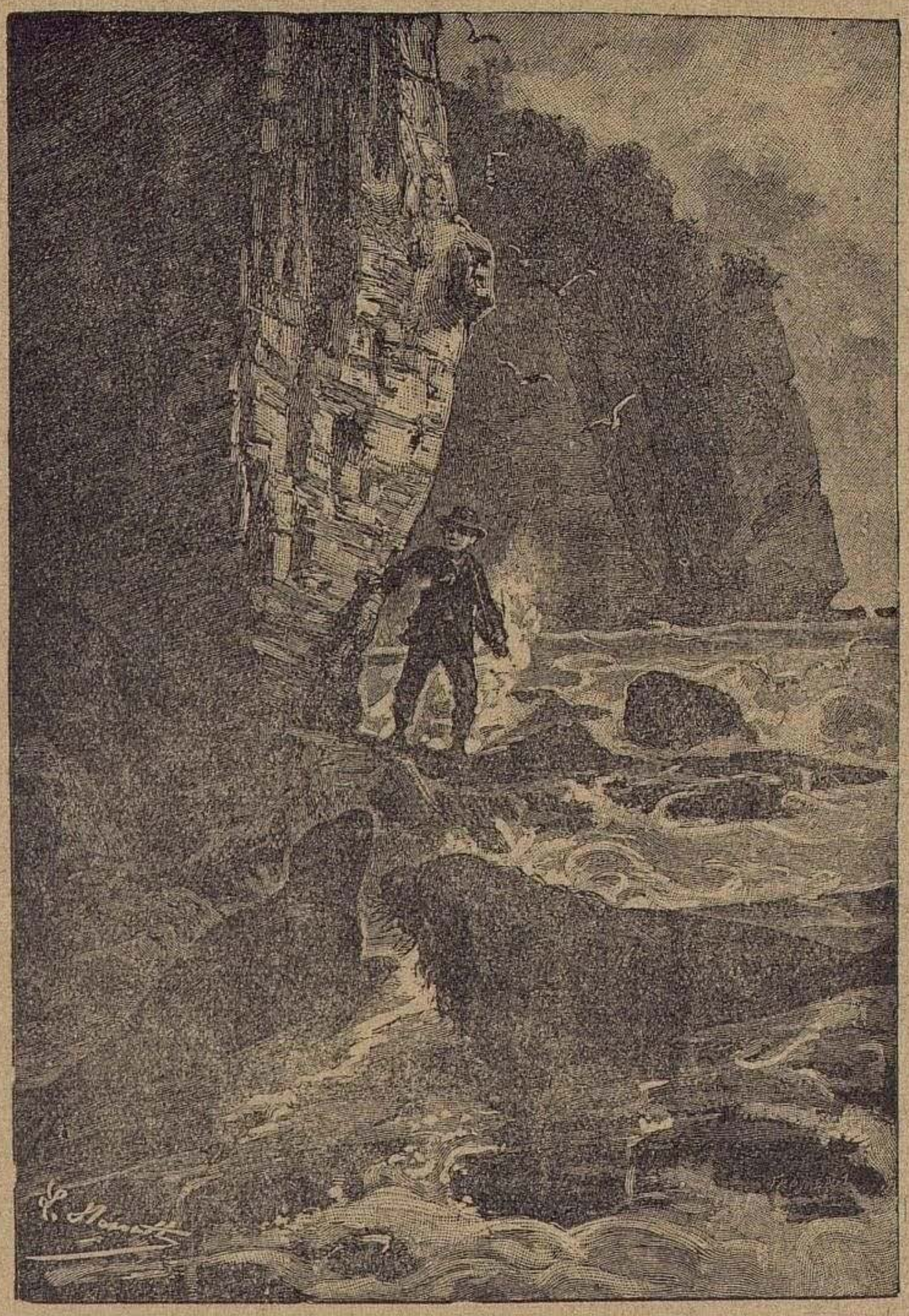
Al Norte, nuestro intrépido explorador no distinguía la conclusión del terreno, que se desarrollaba en una línea recta de siete ú ocho millas, y á lo lejos se divisaba un nuevo cabo, muy largo, formando una concavidad semejante á una inmensa playa arenosa, que presentaba á la imaginación la idea de un vasto desierto.

Al Sur, detrás del cabo, afilado en la extremidad de la bahía, la costa se dirigía de Noreste á Sudeste, rodeando un inmenso pantano, que formaba contraste con la desierta playa del Norte.

Briant miró con atención todos los puntos de aquel ancho perímetro. ¿Era una isla? ¿Era un continente? No se atrevería á decirlo. Todo lo que podía afirmar era que, en caso de ser una isla, tenía gran extensión.

Se volvió después al Oeste. El mar res-

M.C.D. 2018



Bríant vió dos ó tres parejas de focas.

plandecía bajo los rayos oblicuos del sol, que bajaba con lentitud hacia el horizonte.

De repente, nuestro joven alzó con presteza el catalejo, fijando su mirada en alta mar.

—¡Buques!... exclamó: ¡buques que pasan por allí!...

En efecto; tres puntos negros aparecían en la superficie de las relumbrantes olas á una distancia que no llegaba tal vez á quince millas.

¡Qué emociones tan grandes experimentó Briant! ¿Sería una ilusión? ¿Era cierto que tres buques se encontraban allí?

El muchacho limpió el anteojo y miró de nuevo...

Aquellos tres puntos negros parecían, en efecto, buques, de los que no se veía más que el casco, sin que ningún humo indicase que fueran *steamers* en marcha.

El joven pensó que si efectivamente eran buques, estaban demasiado lejos para distinguir sus señales, y siendo posible que sus compañeros no hubiesen visto aquellos barcos, lo mejor sería volver pronto al *Sloughi* para encender una gran hoguera en la playa, y entonces... después de la puesta del sol...

Briant, al hacer estas reflexiones, no dejaba de observar aquellos tres puntos negros. ¡Y cuál no fué su desengaño al notar que no se movían! Fijó de nuevo el anteojo, y no tardó en conocer que lo que había creído buques no eran ni más ni menos que tres islotes situados al Oeste de la costa, cerca de los que había debido pasar el *schooner* cuando la tempes-

tad le arrastraba en medio de las nieblas.

Su decepción fué grande.

Eran ya las dos. El mar empezaba á retirarse, dejando en seco los arrecifes al pie del acantilado. Pensando que era ya tiempo de volver, Briant se dispuso á bajar del promontorio.

Quiso, sin embargo, echar una última ojeada al Este, permitiéndole tal vez la posición más oblicua del sol alcanzar á ver algún punto del territorio que no había fijado aún su atención.

Y no se arrepintió de aquella buena idea, pues distinguió más allá de los bosques una línea azulada, prolongándose de Norte á Sur en una extensión de muchas millas, y cuyas extremidades se perdían detrás de la masa compacta de árboles.

—¿Qué puede ser? se preguntó.

Y miró aún con más atención.

—¡El mar... sí... es el mar!...

El anteojo estuvo á punto de caérsele de las manos.

Puesto que el mar se extendía al Este, ya no cabía duda; no era un continente aquella tierra en la que había encallado el *Sloughi*, era una isla; una isla en aquella inmensidad del Pacífico; una isla de la que sería imposible salir.

Entonces asaltó al espíritu de Briant la consideración de todas las vicisitudes que tendrían que sufrir, y su corazón se encogió de tal modo, que dejó de sentir sus latidos; pero sobreponiéndose á aquella debilidad, impropia de su carácter, comprendió que era preciso no abatirse, por oscuro que se presentase el porvenir.

Un cuarto de hora después había bajado á la playa, volviendo á tomar el camino que había seguido por la mañana, y antes de las cinco llegó al *Sloughi*, en donde sus compañeros le esperaban con gran impaciencia.

VI

Discusión.—Excursión proyectada y aplazada.—Mal tiempo.—La pesca.—Las algas gigantes.—Costar y Dole á caballo sobre un corcel poco veloz.—Los preparativos de marcha.—De rodillas ante la cruz del sur.

Aquella misma noche, después de la cena, Briant dió cuenta á sus compañeros del resultado de la expedición, que se concretaba á esto: al Este, más allá de la zona de los bosques, había visto una línea de agua, dibujándose de Norte á Sur. Que dicha línea de agua era el mar, no había por qué dudarlo; así, pues, podían tener la seguridad de que no era un continente, sino una isla, la tierra que les servía de refugio.

Por lo pronto, Gordon y los demás acogieron con viva emoción la nueva que su compañero les daba. ¡Cómo! ¡Estaban en una isla, careciendo de todos los medios para salir de ella!

¿Había, por lo tanto, que renunciar á aquel proyecto que concibieran de buscar al Este un camino que les guiase al continente? ¿Estaban reducidos, sin más medio de salvación, á esperar el paso de algún buque por aquellos parajes?

—Pero ¿no se habrá equivocado Briant en sus observaciones? preguntó Doniphan.

—En efecto, añadió Cross; ¿no es posible que sean nubes, y no el mar, lo que has visto?...

—No, respondió Briant: estoy cierto de no haberme equivocado. Lo que he visto al Este, redondeándose al horizonte, es agua, verdadera agua.

—¿A qué distancia? preguntó Webb.

—A unas seis millas del cabo.

—¿Y más allá, añadió Webb, no hay montañas ni elevaciones de tierra?

—No; sólo el cielo...

Briant afirmaba con tanta seguridad, que no hubiera sido razonable conservar la menor duda; pero, sin embargo, Doniphan, como de costumbre, al discutir con Briant, se obstinó en su idea.

—Pues bien; repito que has podido equivocarte, y que mientras no lo veamos por nosotros mismos...

—Eso es lo que haremos, respondió Gordon, porque es preciso que sepamos á qué atenernos.

—Es menester que no perdamos momento, dijo Baxter, si queremos partir antes de que llegue el mal tiempo, caso de que nos hallemos en un continente.

—Mañana mismo emprenderemos una excursión que ha de durar algunos días; es decir, si el tiempo continúa siendo bueno, porque arriesgarse á través de los bosques del interior en malas condiciones, sería una locura.

—Está convenido, Gordon, repuso Briant; y cuando lleguemos al litoral opuesto de la isla...

—¡Si es una isla! exclamó Doniphan encogiéndose de hombros.

—Lo es, replicó Briant con un gesto de impaciencia. ¡No estoy equivocado!... He visto bien claro el mar al Este; pero Doniphan, según su costumbre, se complace en contradecirme.

—¡No eres infalible, que yo sepa, Briant!

—¡No lo soy, no! ¡Pero esta vez te convencerás de que no he cometido ningún error! Yo mismo iré a reconocer aquel

M.C.D. 2018

mar, y si Doniphan gusta de acompañarme...

—¡Ya lo creo que iré!

—También nosotros, exclamaron tres ó cuatro de los mayores.

—Bien está, repuso Gordon; ¡haya moderación, compañeros! ¡Si aún somos niños, procuremos obrar como hombres! Nuestra situación es grave, y una imprudencia pudiera agravarla aún. No debemos aventurarnos todos á través de aquellos bosques. Los pequeños no pueden seguirnos, y tampoco es conveniente dejarlos solos aquí. Que Doniphan y Briant hagan esta excursión, acompañados de otros dos.

—Yo, dijo Wilcox.

—Y yo también, exclamó Service.

—Así sea, respondió Gordon. Cuatro bastan para ello, y si tardaseis demasiado, algunos saldrán á vuestro encuentro, mientras que los demás se quedarán en el *schooner*. No olvidéis que éste es nuestro campamento, nuestra casa, nuestro *home*, que no debemos abandonar sino cuando tengamos la certeza de que nos hallamos en un continente.

—¡Estamos en una isla! respondió Briant. Lo afirmo por última vez.

—¡Ya lo veremos! replicó Doniphan.

Los acertados consejos de Gordon pusieron fin al desacuerdo de aquellos niños, y el mismo Briant, conociendo la necesidad de comprobar lo que había visto, convino en que no existía otro medio que el de atravesar los bosques del centro para llegar al litoral opuesto. Por otro lado, admitiendo que el mar se extendiera al Este, ¿no podía haber en aquella dirección otras islas, separadas sólo por un canal fácil de atravesar? Y si estas islas formaban parte de algún archipiélago; si algunas montañas se encontrasen en ellas, ¿no era útil cerciorarse de todo esto antes de tomar una determinación, pues se trataba de la salvación de todos? En lo que no cabía duda alguna era en que al Oeste no existía tierra alguna desde aquella parte del Pacífico hasta Nueva Zelandia; razón por la cual nuestros jóvenes náufragos no podían encontrar ningún país habitado sino buscándolo hacia el lado por donde sale el sol.

Gordon acababa de decirlo; esta exploración no podía hacerse con mal tiempo; era preciso, además, raciocinar y obrar, no como niños, sino como hombres. En las circunstancias en que se encontraban, ante las eventualidades amenazadoras del porvenir, si la inteligencia de esos muchachos no se desarrollaba prematuradamente, si la ligereza ó la inconstancia propias de su edad sembraba la desunión entre ellos, comprometerían por completo una situación de suyo bastante grave. Estos motivos eran los que impulsaban á Gordon á mantener á todo trance la paz entre sus compañeros.

Pero por más prisa que, ya convenidos, tuvieran para emprender la marcha Briant y Doniphan, un cambio brusco que sufrió el tiempo les obligó á aplazar el viaje. Una lluvia muy fría caía á intervalos, y el barómetro bajaba, indicando borrascas, de las que no se podía prever la duración. Hubiera sido, pues, una temeridad aventurarse en tan malas condiciones.

Todos, menos los pequeños, deseaban en verdad salir de dudas; pero aun cuando tuviesen la certidumbre de hallarse en un continente, ¿podían acaso pensar en lanzarse á la ventura en medio de un país desconocido, cuando iba á empezar la estación invernal? Y si tuviesen que recorrer algunos centenares de millas, ¿podrían soportar la fatiga que resultaría de ese viaje? El más vigoroso de todos, ¿tendría fuerzas suficientes para llevarlo á cabo? ¡No! Esa expedición debía dejarse para la época en que los días son más largos y en los que no hay que temer ni los fríos ni las lluvias del invierno. Era necesario, por lo tanto, resignarse á permanecer durante la mala estación en el *Sloughi*.

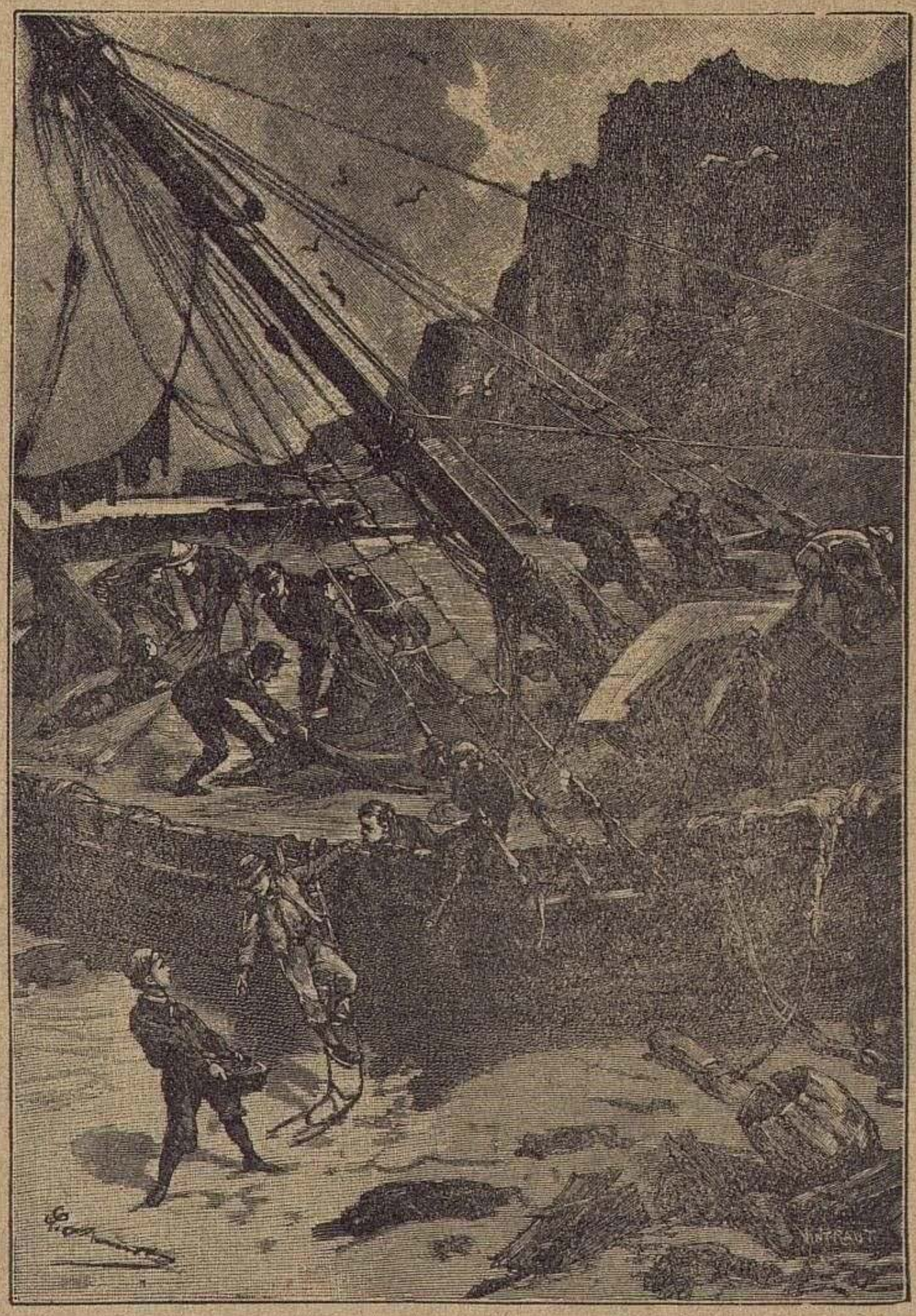
Gordon, que por su parte procuraba indagar también en qué punto del Océano habían naufragado, estudiaba en el atlas de Stieler, que contenía un mapa del Pacífico, y no encontraba, desde Auckland hasta la costa americana, hacia el Norte, más allá del grupo de islas de Pomotou, otra isla que la de Pascua y la de Juan Fernández, en la que Selkirck, un verdadero Robinsón, pasó parte de su existencia. Al Sur, ni una tierra hasta los espacios sin límites del Océano Antártico. Si miraba al Este, el mapa no señalaba más que el Archipiélago de las islas Chiloë, ó Madre de Dios, sembradas en las costas de Chile, y más abajo las del Estrecho de Magallanes y de la Tierra de Fuego, contra las que vienen á estrellarse las olas de los terribles mares del cabo de Hornos.

Si el *schooner* había naufragado en alguna de aquellas islas desiertas que confinan con las Pampas, tendrían que andar muchos centenares de millas para llegar a las provincias habitadas de Chile, de la Plata ó de la República Argentina. ¿Qué socorros podían esperar en medio de aquellas inmensas soledades, en donde peligros de toda clase amenazan al viajero?

Ante tales eventualidades, era preciso obrar con extremada prudencia y no exponerse á perecer miserablemente.

Esto era lo que pensaba Gordon; Briant y Baxter participaban de su modo de ver, y era de esperar que Doniphan y los suyos concluyeran por adherirse también á una determinación provechosa para todos.

El proyecto de la excursión subsistía siempre; pero por entonces fué de todo



Trataron de cubrir las paredes del buque con las velas.

punto imposible ponerlo en práctica, pues el tiempo se hizo insoportable por las lluvias continuas y las borrascas que se desencadenaban con extremada violencia.

Mientras tanto, Gordon y sus compañeros quedaron confinados á bordo, mas no permanecieron ociosos. Aparte de los cuidados que exigía el material, tenían que reparar muchas veces las averías ocasionadas por la intemperie, pues la cubierta empezaba á abrirse, dejando filtrar el agua por las junturas, y era preciso calafatear, ó sea tapar con estopas las grietas para evitarlo provisionalmente.

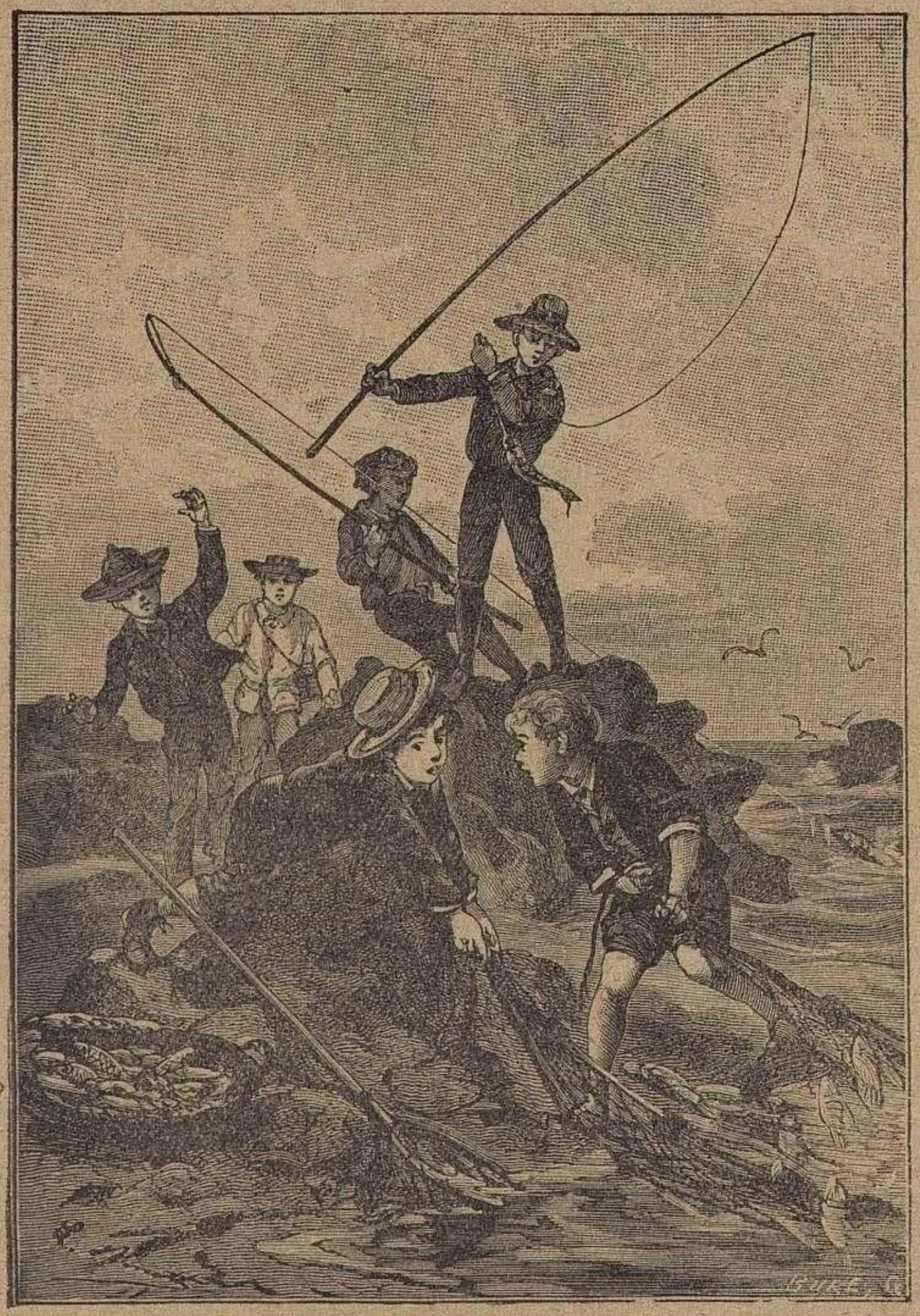
Lo que más urgía era buscar un abrigo más seguro, porque ciertamente el *Slougui* no duraría mucho tiempo, y si se viesen precisados a abandonarlo en medio del invierno, ¿en dónde encontrarían un refugio, puesto que el lado del acantilado, expuesto al Oeste, no ofrecía ninguna hendedura que pudiera utilizarse? Era necesario, por lo tanto, buscar en la parte opuesta, al abrigo de los vientos del mar, y edificar, si preciso fuera, una vivienda bastante grande para aquella sociedad en miniatura.

En el ínterin debían hacerse las reparaciones más necesarias para tapar, no sólo las vías de agua, sino también las de aire abiertas en el casco.

Gordon, convencido de que el calafateo no era suficiente, tuvo la idea de cubrir las paredes del buque con las velas; pero sentía destrozar aquella lona, que podía servir más tarde para establecer tiendas de campaña.

El cargamento, dividido en paquetes,

M.C.D. 2018



—¡Pero yo no puedo!... repetia Costar.

inscritos en la cartera del americano con su número de orden, podía, en un caso dado, ser transportado con rapidez al abrigo de los árboles.

Cuando el tiempo les concedía algunas horas de calma, Doniphan, Webb y Wilcox iban á cazar palomas, que Mokó procuraba condimentar de diversos modos, con más ó menos éxito.

Garnett, Service, Cross, los pequeños, y algunas veces Santiago, cuando su hermano lo exigía, se ocupaban en pescar. La bahía, llena de algas, enganchadas en los primeros arrecifes, abundaba en peces del género *notothenia*, así como en grandes merluzas. Entre los hilos de aquellas gigantescas algas, llamadas *kelps*, que miden á veces cuatrocientos pies de largo, hormigueaba un número prodigioso de pececitos, que se podían coger hasta con la mano.

Eran de oir las exclamaciones de aquellos pescadores cuando sacaban las redes ó las cañas á la orilla.

—¡Los tengo magníficos! exclamaba Jenkins. ¡Oh qué grandes son!

—¡Los míos son mayores! gritaba Iverson, llamando á Dole para que le ayudase.

—¡Ay! ¡Qué se van á escapar! decía Costar.

—Tirad, tirad, repetían Garnett ó Service yendo de unos á otros; y, sobre todo, levantad pronto las redes.

—¡Pero yo no puedo!... repetía Costar, cuya carga le arrastraba á pesar suyo.

Y todos, reuniendo sus esfuerzos, llegaban por fin á llevar las redes hasta la arena, no sin perder algunos peces, á

quienes feroces lampreas, recorriendo aquellas aguas, devoraban entre las mallas de las redes. Pero los que quedaban bastaban para las necesidades de la mesa de los niños. La merluza daba una carne excelente, bien sea la comiesen fresca ó conservada.

El 27 de Marzo, una importante captura dió lugar á un incidente asaz cómico.

Por la tarde, habiendo cesado de llover, los pequeños se dirigieron al río con sus útiles de pesca.

Grandes gritos se dejaron oir algún tiempo después, y aun cuando eran en verdad exclamaciones de alegría, notábase, no obstante, que llamaban á los demás en demanda de socorro.

Gordon, Briant, Service y Mokó, ocupados á bordo del *schooner*, dejaron su trabajo, y lanzándose en dirección de los gritos, recorrieron en un momento los quinientos ó seiscientos pasos que los separaban del río.

—¡Llegad... llegad! gritaba Jenkins.

—¡Venid á ver á Costar y su corcel! exclamaba Iverson.

—¡Más aprisa, Briant, más aprisa, si no, se nos va á escapar! repetía con impaciencia Jenkins.

—¡Basta!... ¡Basta!... ¡Bajadme!... ¡Tengo miedo! gritaba Costar haciendo gestos de desesperación

—¡Arre!... ¡Arre!... gritaba Dole, que de un salto se había colocado á la grupa de aquella enorme masa puesta en movimiento.

Esa masa era una de esas grandes tortugas que se encuentran algunas veces dormidas en la superficie del mar. Sorprendida en la playa por nuestros infantiles viajeros la que montaba Costar, procuraba volver á su natural elemento.

Después de haberle pasado una cuerda alrededor del cuello, que tenía fuera de la concha, los niños procuraban en vano detener al vigoroso crustáceo. Este continuaba andando, y si bien no lo hacía muy de prisa, tiraba con bastante fuerza, arrastrándoles á todos. Entonces el travieso Jenkins subió á Costar en la tortuga, y Dole, colocado detrás, sostenía al niño, que no cesaba de gritar por el miedo que tenía, pues el anfibio se acercaba cada vez más al mar.

—¡Sostente!... ¡Sostente, Costar! dijo Gordon.

—¡Y ten cuidado no se desboque el caballo! exclamó Service.

Briant no pudo detener la risa, pues no había peligro alguno, en atención á que desde el momento en que Dole soltase al niño, éste no tenía más que dejarse caer, sin otro percance que el miedo.

Era urgente apoderarse del animal, y aunque Briant y los demás hubieran unido sus fuerzas á los pequeños, evidentemente no llegarían á detener la tortuga: hacíase preciso, pues, capturarla antes de que llegase al agua, porque esto conseguido, estaría en completa seguridad.

Los revólvers de que Gordon y Briant se habían provisto al salir del *schooner*, no les servían para nada, toda vez que la concha de ese anfibio resiste las balas, y si se le acometía á hachazos, escondería la cabeza y las patas, poniéndolas fuera de todo peligro.

—No hay más que un medio para apoderarnos de ella, y es ponerla boca abajo, dijo Briant.

—¿Ycómo puede ser eso? preguntó Service; este animal pesa por lo menos trescientas libras, y jamás podremos conseguir tu deseo.

—¡Cuerdas!... ¡Cuerdas!... ¡pronto!... dijo Briant.

Y seguido de Mokó, corrieron á escape hacia el *Sloughi*.

En aquel momento la tortuga no estaba más que á unos treinta pasos del mar, y apresurándose Gordon á bajar á Costar y á Dole de encima de la concha, cogieron todos la soga con que estaba atada y tiraron con fuerza, sin llegar á detener al animal, que hubiera podido sólo remolcar el colegio entero de Chairmán.

Felizmente, Briant y Mokó llegaron antes de que alcanzara el agua, y consiguiendo pasar dos cuerdas por debajo de la tortuga, pudieron, no sin grandes esfuerzos, volverla patas arriba, con lo cual se hicieron dueños de ella; y antes de que escondiera la cabeza, Briant le dió tan buen hachazo, que, separada aquélla del tronco, quedó muerta en el acto.

—Y bien, Costar: ¿tienes miedo aún de ese animal? preguntó al niño.

—¡No, no, puesto que está muerto!

—¡Bueno!... exclamó Service; ¡apuesto á que no te atreverás á comerla!

—¿Se come eso?

—¡Ya lo creo!

—Pues sí, comere, si es bueno, replicó Costar relamiéndose ya.

—Os respondo de que es un bocado exquisito, respondió Mokó; y seguramente no se equivocaba al decir esto de la carne de tortuga.

Como no podían llevarla entera, tuvieron que despedazarla allí mismo, operación bastante repugnante; pero los jóvenes náufragos empezaban ya á acostumbrarse á las necesidades, muchas veces desagradables, de aquella vida de Robinsones. Lo más difícil fué romper la concha, cuya dureza hubiese mellado el hacha; pero lo hicieron introduciendo un cortafríos en los intersticios, y una vez abierta, cortaron la carne en varios pedazos, llevando cada uno un trozo al *Sloughi*. Aquel día todos se convencieron de que el caldo de tortuga era excelente, y que la carne puesta en las parrillas era muy delicada, por más que Service la hubiese dejado quemar en algu-

M.C.D. 2018

nos sitios. *Phann* dió á conocer también que los restos del anfibio eran buenos para la raza canina.

Esta tortuga les dió por lo menos ciento cincuenta libras de carne, buena cantidad que les permitía economizar las conservas.

El mes de Marzo acabó con mal tiempo. Durante las tres semanas que pasaron desde el naufragio del *Sloughi*, cada cual trabajó lo mejor que pudo; pero á la fecha quedaba por resolver definitivamente la importante cuestión de si la tierra en que estaban era continente ó isla, y esto era neeesario averiguarlo cuanto antes.

El primero de Abril, el tiempo dió muestras de que no tardaría en mejorar. El barómetro subía con lentitud, y el viento venía de tierra; señales todas que anunciaban próxima calma, tal vez de larga duración; así, pues, las circunstancias se presentaban favorables para una exploración al interior.

Los mayores hablaron de ello aquel día, y después de alguna discusión se convino en preparar lo necesario para aquella expedición, tantas veces debatida.

—Supongo, dijo Doniphan, que nada nos impedirá partir mañana temprano.

—Así lo espero, respondió Briant; es preciso que estemos prontos para salir á primera hora.

—Creo, dijo Gordon, que esa línea de agua que has visto al Este, se encuentra á seis ó siete millas del promontorio...

—Sí, contestó Briant; pero como la bahía está bastante profunda, es posible que la distancia sea menor desde nuestro campamento.

—Entonces, repuso Gordon, vuestra ausencia no podra durar más que veinticuatro horas.

—Tendrías razón, si tuviésemos la seguridad de dirigirnos en línea recta al Este. Pero ¿encontraremos algún sendero para atravesar los bosques cuando hayamos dado la vuelta al acantilado?

—¡Oh, no será esa la dificultad que nos detenga! observó Doniphan.

—Sea, respondió Briant; pero otros obstáculos pueden cerrarnos el camino; un río, un pantano... ¡qué sé yo! Me parece prudente que nos proveamos de víveres para un viaje de algunos días...

—Y de municiones, añadió Webb.

—No hay que hablar de eso. repuso Briant; pero convengamos en una cosa, Gordon, y es en que, aun cuando no estuviésemos de vuelta á las cuarenta y ocho horas, no debes tener inquietud y has de procurar que los pequeños no se alarmen por nuestra ausencia.

—No estaré tranquilo desde el momento en que partáis; pero esa no es la cuestión. Puesto que este viaje explorativo se cree necesario, hacedlo en buen hora. Os recomiendo que no os limitéis al examen de aquel mar del Este; es preciso también reconocer el otro lado del acantilado. No hemos encontrado aquí ninguna cueva, y como algún día, por desgracia, nos veremos obligados á abandonar este barco, será preciso establecer nuestro campamento en un punto que esté al abrigo de los vientos de mar. Pasar el invierno en esta playa me parece imposible y por otra parte...

—Tienes razón, respondió Briant; buscaremos un sitio conveniente en donde podamos instalarnos.

—Como no sea que veamos la posibilidad de dejar definitivamente esta supuesta isla, dijo Doniphan volviendo á su idea fija, tenaz siempre.

—Se comprende, aunque la estación no es propicia para ello, respondió Gordon. En fin, obraremos del modo que más convenga. Mañana, pues, partiréis.

Los preparativos no tardaron en acabarse. Víveres para cuatro días, dispuestos en saquitos que llevarían á la espalda; cuatro escopetas, cuatro revólvers, dos hachas pequeñas, una brújula de bolsillo, un anteojo de bastante potencia para examinar el territorio en un radio de tres ó cuatro millas, mantas de viaje, y luego mechas de yesca, eslabones y cerillas, que completaban lo necesario para una expedición corta, pero no exenta de peligros. Era preciso también, y lo recomendó mucho Gordon, que los intrépidos expedicionarios Briant, Doniphan, con Service y Wilcox que los acompañaban, estuviesen siempre alerta y no avanzaran sin precaución ni se separaran jamás.

El americano pensaba que su presencia hubiera sido útil entre Briant y Doniphan, pero no se atrevía á abandonar el *Sloughi*, con el fin de velar por los pequeños; mas hablando á solas con Briant, le hizo prometer que evitaría todo motivo de discusión ó querella.

Los pronósticos del barómetro se habían realizado. A la caída de la tarde, las últimas nubes desaparecieron al Occidente, dejando el cielo de un azul purísimo. Las magníficas constelaciones del hemisferio austral brillaban en el firmamento, y entre ellas se destacaba aquella espléndida Cruz del Sur que luce en el polo antártico.

En la víspera de una separación cuyas consecuencias no podían prever, Gordon y sus compañeros sentían que sus corazones latían con más fuerza, y mientras sus miradas se dirigían al cielo, pensaban en sus padres y en su país, que tal vez no volverían á ver más.

Entonces los pequeños se arrodillaron ante aquella Cruz del Sur, como lo hubiesen hecho al pie del crucifijo de una capilla, y rogaron al Criador de aquellas celestes maravillas les concediese esperanza en su divina bondad.

—¡Arre!... ¡Arre!... gritaba Dole.

VII

El bosque de abedules. — Desde lo alto del acantilado. — A través del bosque. — Una barrera sobre el «creek». — El río conductor. — Campamento para la noche. — La choza. — La línea azulada. — Phann bebe.

Briant, Doniphan, Wilcox y Service partieron á las siete de la mañana. El sol, subiendo en el cielo sin nubes, anunciaba uno de aquellos hermosos días que el mes de Octubre ofrece algunas veces á los habitantes de las zonas templadas del hemisferio boreal. Nuestros muchachos no tenían que temer ni el frío ni el calor, y si algún obstáculo retrasaba su marcha, provendría únicamente de la naturaleza del suelo.

Atravesaron la playa en línea oblicua para llegar más pronto al pie de las rocas. Gordon les aconsejó que se llevaran á *Phann*, cuyo instinto podría serles muy útil: he aquí por qué el inteligente animal formaba parte de la expedición.

Un cuarto de hora después de su marcha, los jóvenes habían desaparecido debajo de los árboles. Algunos pájaros revoloteaban aquí y allí; pero como no se podía desperdiciar el tiempo, Doniphan re-

M.C.D. 2018

Doniphan fué el primero que subió á la cúspide de las rocas.

sistió á la tentación, absteniéndose de tirar un solo tiro. El mismo *Phann* llegó á comprender que sus idas y venidas eran inútiles, concluyendo por no apartarse sino algunos pasos delante de sus amos, reconociendo el terreno.

El plan de nuestros exploradores consistía en seguir la base del acantilado hasta el cabo, situado al Norte de la bahía. y si antes de llegar á su extremo no habían podido pasar, se dirigirían hacia la laguna señalada por Briant. Este itinerario, aunque no fuese el más corto, era el más seguro; máxime cuando importaban poco dos ó tres millas más ó menos tratándose de unos muchachos llenos de vigor y buenos andarines.

Al llegar á las rocas, Briant reconoció el sitio en el que Gordon y él se detuvieron en su primera exploración. En esta parte de la muralla granítica no se ofrecía ningún paso al Sur; era, pues, preciso ir hacia el Norte para buscarlo, aunque tuvieran que llegar hasta el cabo. Necesitarían tal vez para ello un día entero; pero no podían proceder de otro modo en el caso de que el acantilado fuese infranqueable por su frente occidental.

Esta es la explicación que Briant dió á sus compañeros; y Doniphan, después de muchas tentativas para subir por una de las pendientes del talud, no encontró ninguna objeción que hacer.

Anduvieron tres ó cuatro millas más, y temiendo Briant que tuviesen que ir hasta el promontorio, mostrábase impaciente por saber si encontrarían el paso libre, puesá la hora que era, tal vez el mar cubriese ya la

M.C.D. 2018

playa, en cuyo caso se perdía casi medio día esperando que la bajamar dejara en seco los arrecifes.

—Apresurémonos, dijo después de explicar el interés que tenía en llegar antes del flujo.

—¡Bah! respondió Wilcox. ¡Qué más da que nos mojemos algo los tobillos!

—Los tobillos, y luego el pecho, y también las orejas, replicó Briant. El mar sube lo menos cinco ó seis pies. En verdad, creo que mejor hubiera sido dirigirnos al promontorio en línea recta.

—¿Por qué no lo propusiste? replicó Doniphan. Eres tú el que guías, y si nos retrasamos, la culpa será tuya.

—Sea, Doniphan. En todo caso no perdamos un instante. Pero ¿dónde está Service?

Y llamó á voces:

—¡Service!... ¡Service!...

El muchacho no estaba por allí. Después de haberse alejado con su cariñoso *Phann*, acababa de desaparecer detrás de una parte saliente del acantilado, á un centenar de pasos á la derecha.

Pero casi en aquel instante se oyeron unos gritos, seguidos de los ladridos del perro. ¿Se encontraría Service en peligro?

En un momento, Briant, Doniphan y Wilcox se unieron á su compañero, á quien hallaron parado ante un derrumbamiento reciente en aquella mole de piedra. A consecuencia, sin duda, de filtraciones, ó sencillamente por la intemperie, la masa calcárea se había desunido, formando una especie de medio embudo, con la punta hacia abajo, desde la cresta del muro hasta el suelo. Las paredes interiores formaban una pendiente de cuarenta á cincuenta grados, á lo sumo, presentando además algunas irregularidades, en las que nuestros pequeños exploradores encontrarían puntos de apoyo.

La ascensión, pues, para muchachos ágiles, no era difícil, y llegarían sin mucho trabajo á lo alto, si un nuevo derrumbamiento no lo impedía.

Empezaron á subir.

Doniphan se lanzó el primero al montón de piedras hacinadas en la base.

—¡Espera!... ¡Espera!... exclamó Briant. ¡No cometamos imprudencias!...

Pero Doniphan no le hizo caso, y como quería, por amor propio, adelantar á sus compañeros, y sobre todo á Briant, llegó pronto á la mitad de la altura.

Los demás le imitaron, procurando no colocarse directamente detrás de él, á fin de evitar el choque de los cantos que se desprendían y rodaban hasta el suelo.

Sin incidente alguno llegaron á la altura, habiendo tenido Doniphan la satisfacción de ser el primero que pisara la cresta de las rocas.

En seguida sacó el anteojo y fijó su mirada á lo largo de aquellos bosques, que se perdían de vista en dirección al Este.

Era el mismo panorama de verdura y cielo que Briant había visto desde el cabo, si bien aparecía menos profundo, porque el punto de observación primero tenía unos cien pies más de altura que el acantilado.

—¿No ves nada? preguntó Wilcox.

Y Doniphan le entregó el catalejo, pintándose en sus facciones una viva satisfacción.

—No veo nada de agua, repuso Wilcox.

—Será, probablemente, porque no la haya por ese lado. Puedes mirar, Briant, y supongo que reconocerás tu error.

—Es inútil; estoy cierto de no haberme equivocado.

—¡Vaya una terquedad! No vemos absolutamente nada, y...

—Es muy natural, puesto que esto tiene menos elevación que el promontorio, lo que disminuye el alcance de la vista. Si estuviésemos á la misma altura en que estaba yo colocado, veríais la línea azul á una distancia de seis ó siete millas, y no dudaríais de que está allí, sin que sea posible confundirla con las nubes.

—Eso es muy fácil de decir, replicó Wilcox.

—Y no menos fácil de probar, respondió Briant. Bajemos las rocas, atravesemos el bosque y marchemos en línea recta hasta que lleguemos.

—Bueno, replicó Doniphan; pero en verdad, no sé si vale la pena de que...

—Quédate, Doniphan, respondió Briant, quien, fiel á los consejos de Gordon, se contenía, á pesar de la mala voluntad de su compañero. Quédate; Service y yo iremos solos.

—Nosotros también, replicó Wilcox. Adelante, Doniphan, adelante.

—Cuando almorcemos, dijo Service.

—En efecto, contestaron los otros.

Y se pusieron á tomar un buen refrigerio, con el apetito y la alegría propios de los pocos años; y una vez terminada la comida, se pusieron en marcha.

La primera milla se anduvo sin obstáculo de ninguna clase, encontrándose tan sólo aquí y allí musgos y líquenes que cubrían las tumescencias pedregosas. Algunos arbolitos se agrupaban de trecho en trecho, según su especie; aquí, helechos arborescentes ó licopodios; allá, brezos con sus diminutas flores, y *berberis*, que sabido es se multiplican en casi todas las latitudes.

Cuando Briant y sus compañeros hubieron recorrido la meseta superior, empezaron á bajar con gran trabajo por el lado opuesto del acantilado, casi tan elevado y recto como el de la bahía; pero si no hubiesen encontrado el lecho de un torrente, seco en aquella época y cuyas si-

M.C.D. 2018

nuosidades facilitaban el descenso, se hubieran visto obligados á volver al promontorio.

Al llegar al bosque, la marcha se hizo más penosa en un suelo lleno de hierbas muy altas.

Arboles caídos obstruían el paso, y los matorrales eran tan espesos, que se hacía menester abrir camino. Los muchachos movían el hacha con la agilidad y energía de los mejores gastadores atravesando las selvas del Nuevo Mundo; pero á cada instante tenían que detenerse, y en aquellas paradas más se cansaban los brazos que las piernas. Esto les ocasionaba mucho retraso, y el disgusto de ver que el camino recorrido no sería mucho; mas siguieron en su empresa.

Parecía, en verdad, que ningún ser humano hubiese penetrado jamás bajo la cubierta de aquel bosque, pues ni el más pequeño sendero denunciaba la acción de hombre alguno. Solamente las borrascas ó la vejez habían podido derribar aquellos árboles, y las hierbas aplastadas en algunos sitios no indicaban otra cosa que el paso reciente de animales de mediana estatura, de los que se vieron huir á algunos, aun cuando no pudieron determinar á qué especie pertenecían.

Doniphan estuvo á punto muchas veces de descargar su escopeta sobre aquellos animales inofensivos; pero la razón le hizo comprender que no era prudente dar á conocer su presencia con las detonaciones de un arma de fuego; así es que, dadas sus aficiones, tuvo que apelar á toda la firmeza de carácter para no caer en la tentación de matar alguna de esas perdices de tan delicado gusto, ú otros de los volátiles que revoloteaban á millares.

Reprimidos por tales razones sus ímpetus, se contentó con hacer constar que si tuviesen que residir en aquella región, la caza podría darles un alimento abundante y sustancioso.

Aquellos bosques estaban formados en su mayor parte por abedules y hayas que desarrollaban sus verdes ramas hasta una altura de cien pies. Había también algunos cipreses, mirtáceos de una madera encarnada y muy compacta, y magníficos grupos de esos vegetales llamados *winters*, cuya corteza esparce un aroma muy parecido á la canela.

Eran las dos de la tarde cuando tuvieron que hacer una nueva parada en medio de un claro atravesado por un río poco profundo, que se llama un *creek* en la América del Norte. Las aguas de este arroyo, de una limpidez perfecta, corrían suavemente sobre un lecho de negruzcas rocas, y al vérsele deslizar tranquilo por un somero cauce, sin nada que estorbara su marcha, podría creerse que su nacimiento no estaba lejos. En cuanto á vadearle, nada era más fácil, con sólo pasar por encima de las piedras sembradas en su lecho, algunas de las cuales llamaban la atención por la simetría con que estaban colocadas de trecho en trecho, unas sobre otras.

—¡He aquí una cosa singular! dijo Doniphan.

—¡Parece una calzada! exclamó Service, disponiéndose á pasar del otro lado.

—¡Espera, espera! le dijo Briant; deja que nos demos cuenta de la colocación de estas piedras.

—No puede admitirse que se hayan arreglado solas de ese modo, añadió Wilcox.

—No, dijo Briant; parece que se ha querido establecer un paso en este sitio del río... Veámoslo desde más cerca.

Y examinaron con detención cada uno de los guijarros de aquella estrecha vía, que no sobresalía del agua más que algunas pulgadas, debiendo ser, por lo tanto, inundada en la estación de las lluvias.

En resumidas cuentas, ¿podía decirse que la mano del hombre era la que había colocado allí esas piedras? No. Más fácil era creer que, arrastradas por la fuerza de la corriente, se habían ido amontonando poco á poco, formando una barrera natural. Esa fué la opinión de Briant y de sus compañeros, después de una minuciosa observación; induciendo á creerlo así también el hecho de que ninguna de las orillas presentaba indicio alguno de haber sido holladas por la planta humana.

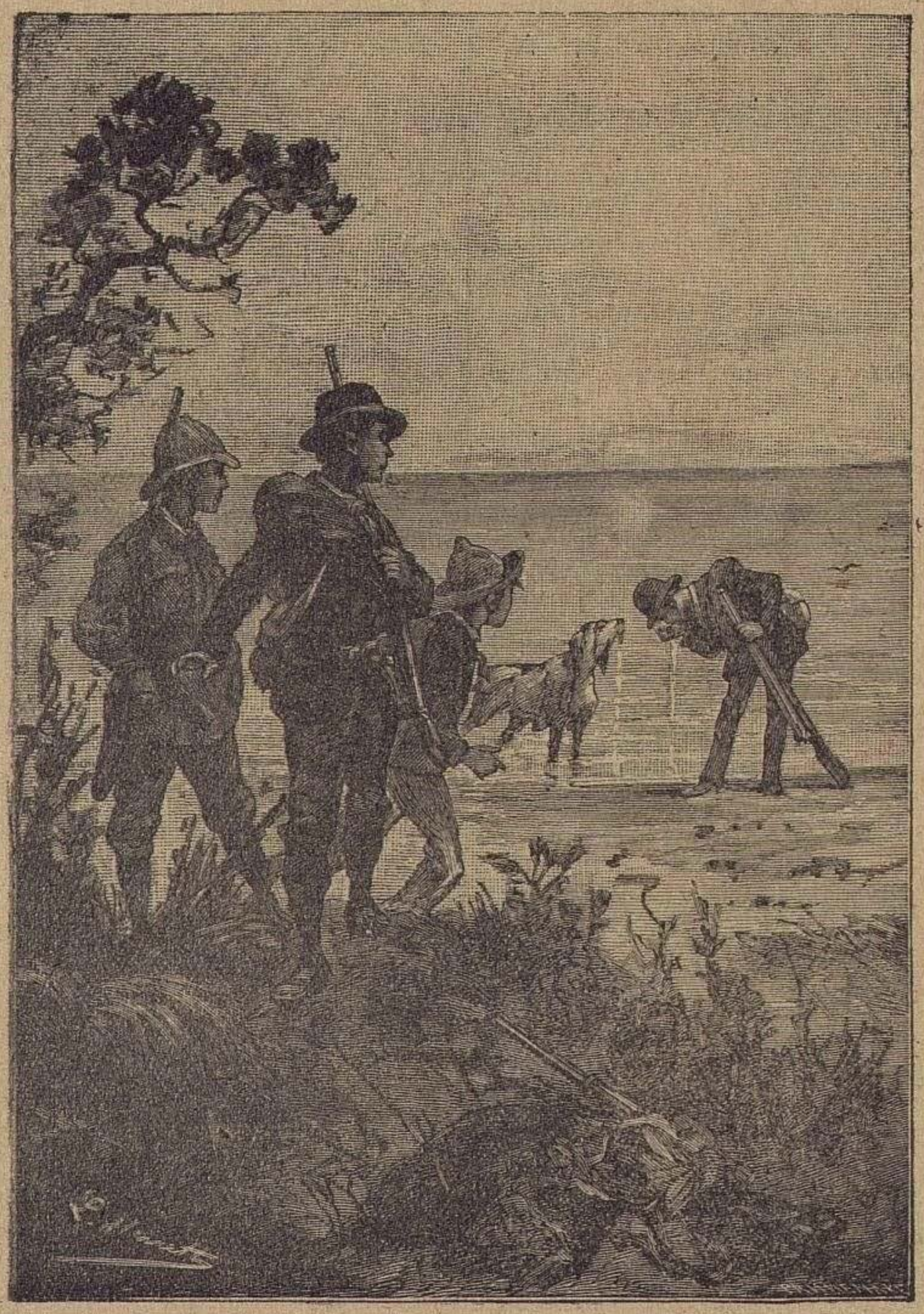
El arroyo se dirigía al Noroeste. ¿Desembocaría en aquel mar que Briant aseguraba haber visto desde lo alto del promontorio?

—Es posible, dijo Doniphan, que ese río sea afluente de otro más importante que siga luego su curso hacia el Oeste.

—Ya lo veremos, dijo Briant, no queriendo entrar en discusión; pero soy de parecer que mientras corra al Este debemos seguirle, si no da muchas revueltas.

Y los cuatro viajeros se pusieron en marcha, después de atravesarle por la calzada. Salvo algunos sitios, en donde los árboles mojaban sus raíces en el agua, les fué fácil seguir la orilla, cuya dirección era siempre hacia el mismo punto; pero á las cinco y media Briant y Doniphan observaron que el riachuelo cambiaba de rumbo, corriendo ya al Norte, y tuvieron que abandonar su ribera para volver á internarse en lo más espeso de la selva, por la que caminaban penosamente por en medio de la espesura de aquellas altas hierbas, y en muchos sitios necesitaban dar voces á cada instante para no extraviarse.

Después de un día entero de marcha, nada les indicó aún la proximidad de ningún mar. Briant no dejaba ya de experimentar cierta inquietud. ¿Habría sido una ilusión aquella línea azul que vió desde lo alto del promontorio?



El agua era dulce.

—¡No... no!... se decía. ¡No me he equivocado!... Eso no puede ser.

A las siete de la tarde no habían alcanzado aún el límite del bosque, y la oscuridad era ya demasiado grande para que pudiesen andar con seguridad.

Briant y Doniphan acordaron hacer alto y pasar la noche debajo de los árboles. Con un buen trozo de *corn-beef* no se pasaría hambre, y con buenas mantas no se sentiría el frío. Pensaron encender una hoguera; pero esa precaución, muy conveniente para alejar las fieras, les hubiera comprometido en el caso de que algún indígena la observase.

—Vale más no arriesgarse á ser descubiertos, dijo Doniphan.

Todos fueron de su parecer, y no se ocuparon ya más que de cenar, pues el apetito no faltaba. Terminada la cena, y cuando se disponían á echarse al pie de un enorme abedul, Service les señaló á algunos pasos de distancia una espesa maleza, de en medio de la que salía un árbol de mediana altura, cuyas ramas caían hasta el suelo. Parecíales mejor el sitio, y en él, sobre un montón de hojas secas, los cuatro se acostaron, y después del mismo verse en las mantas, no tardaron en voldar profundamente dormidos, de en quemodo que *Phann*, no obstante su obligación de velar por ellos, se dormía también.

Eran las siete cuando Briant y sus compañeros se despertaron. Los rayos oblicuos del sol alumbraban poco aún el lugar en que habían pasado la noche.

Service fué el primero que salió del ma-

M.C.D. 2018

Los muchachos tenían muchas veces que abrirse paso con el hacha.

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

torral, y un instante después empezó con exclamaciones gritando:

—¡Briant!... ¡Doniphan!... ¡Wilcox!... ¡Venid, venid pronto!...

—¿Qué te pasa? preguntó Briant.

—¿Qué ocurre? preguntó á su vez Wilcox. ¡Con esa manía que tienes, Service, de gritar siempre, nos das unos sustos!...

—¡Bueno... bueno!... replicó el vivaz muchacho. ¡Tranquilizáos y mirad en dónde hemos dormido!

No era un matorral; era una cabaña hecha con ramas, una de esas chozas que los indios llaman *ajoupa*, construída con ramas entrelazadas. Esta *ajoupa* debía de ser muy antigua, pues su techo y sus paredes no se sostenían más que por el arbol, cuyas ramas la vestían. Era en un todo igual á las que construyen los indígenas del Sur de América.

—¿Habrá aquí habitantes? dijo Doniphan mirando en derredor.

—Si no los hay, los ha habido, respondió Briant, porque esta cabaña no se ha hecho sola.

—Esto explica la existencia de la calzada del *creek*, observó Wilcox.

—¡Tanto mejor! exclamó Service; si hay habitantes, son buenas gentes, puesto que han edificado esta choza á propósito para que pasemos en ella la noche, haciéndonos un señalado favor.

Era indudable que algunos indígenas habitaban ó habían habitado, en una época más ó menos lejana, aquella parte del bosque. Pero que fuesen buenas gentes, como decía Service, nada era menos cierto, porque no podían ser sino indios, si esa comarca comunicaba con el Nuevo Continente, ó polinesios, y tal vez caníbales, si fuera una isla de uno de los grupos de Oceanía.

Esta última eventualidad ofrecía muchos peligros: importaba, pues, ahora más que nunca, resolver la cuestión. Así es que, cuando Briant se apresuraba á emprender la marcha, Doniphan propuso á sus compañeros registrar minuciosamente la choza, que parecía abandonada desde largo tiempo.

Tal vez pudieran encontrar algún objeto, utensilio, instrumento ó herramienta que les diera algún indicio sobre el antiguo habitante de aquella morada.

El lecho de hojas secas extendido en el suelo del *ajoupa* fué revuelto con cuidado, y en un rincón Service recogió un fragmento de barro cocido, que parecía ser los restos de un porrón. Nuevo indicio del trabajo del hombre, pero que no dilucidaba el problema.

A las siete y media, y con la brújula en la mano, nuestros muchachos emprendieron de nuevo su ruta, dirigiéndose siempre al Este, en un suelo algo en declive; anduvieron así durante dos horas en medio de grandes hierbas y arbustos que dificultaban en gran manera su marcha, teniendo muchas veces que abrirse paso á hachazos.

Por fin, un poco antes de las diez lograron divisar el horizonte á través de los árboles.

Más allá del bosque se extendía una llanura sembrada de lentiscos, tomillos y helechos, y á media milla al Este estaba cerrada por un banco de arena, lamido por las aguas de aquel mar que había visto Briant, y que se extendía hasta el horizonte.

Doniphan se callaba. Sentía mucho este vanidoso joven que su compañero no se hubiera equivocado.

Briant, que no quería humillarle con su triunfo, no aparentó obtenerlo, y examinaba aquella región con el anteojo.

Al Norte, la costa, vivamente alumbrada por los rayos del sol, se encorvaba un poco á la izquierda.

Al Sur sucedía lo mismo, con la única diferencia de que la curva de la costa era mayor.

Ya no habia que dudar; no era un continente, sino una isla, sobre la que la tempestad había hecho encallar el *schooner*, y era preciso renunciar á toda esperanza de salir de allí, si el socorro no venía de fuera.

En alta mar nada se veía; parecía que aquella isla estaba como perdida en medio de la inmensidad del Pacífico.

Briant, Doniphan, Wilcox y Service, habiendo atravesado la llanura que se extendía hasta la playa, hicieron alto al pie del banco de arena, con el objeto de almorzar en seguida y emprender otra vez el camino del bosque, pues apresurándose, quizás les fuera posible llegar al *Sloughi* antes de la noche.

La comida fué bastante triste, sin que apenas cambiasen algunas palabras.

Por fin Doniphan, cogiendo su saquito y su escopeta, se levantó, diciendo secamente:

—Partamos.

Y los cuatro, después de echar una última ojeada hacia aquel mar, se disponían á andar, cuando *Phann* echó á correr hacia la playa.

—¡*Phann!*... ¡Ven aquí, *Phann!* gritó Service.

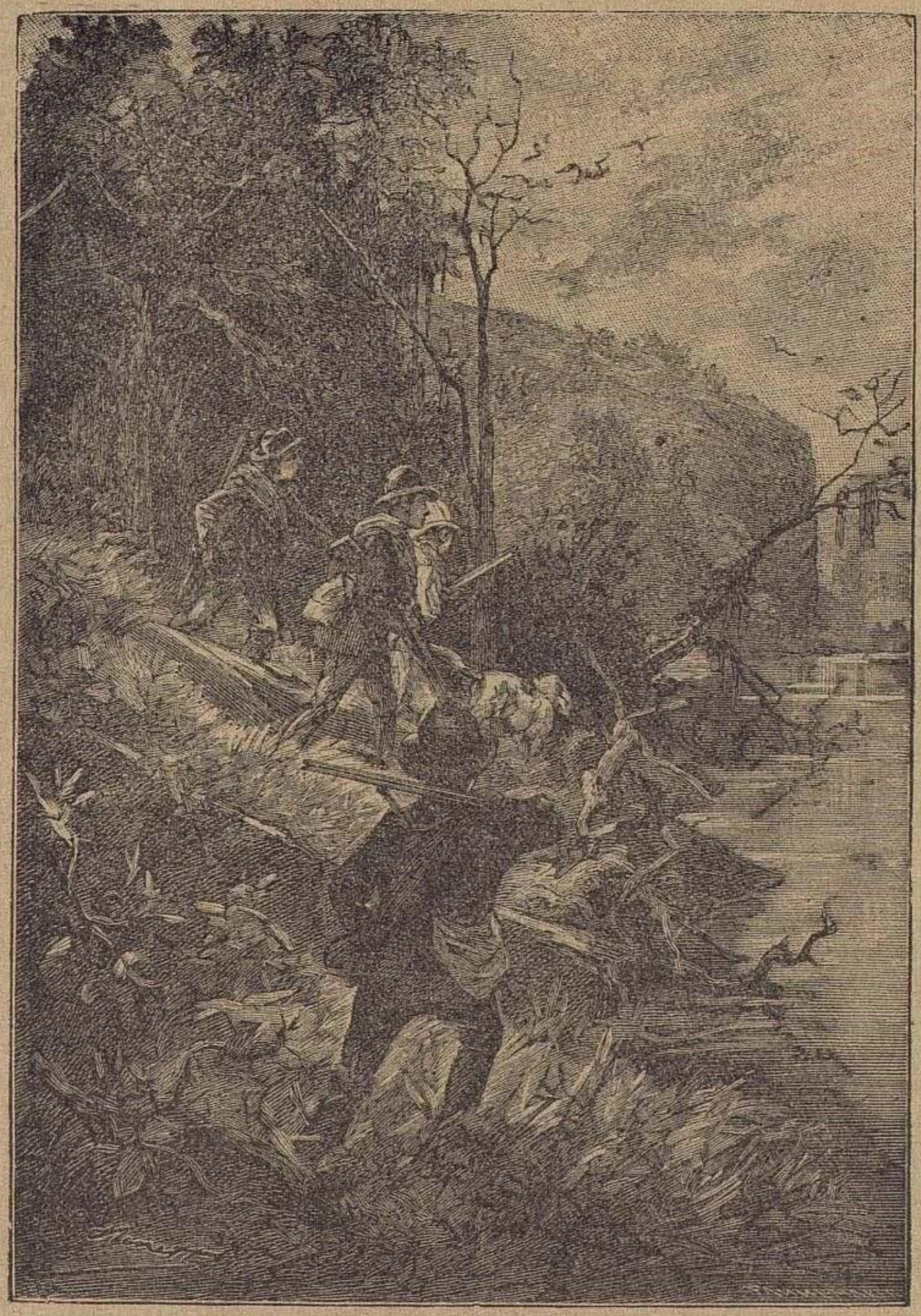
Pero el animal siguió corriendo, oliendo la húmeda arena. Luego, brincando en medio de las pequeñas olas de la resaca, se puso á beber con avidez.

—¡Está bebiendo!... ¡Está bebiendo! exclamó Doniphan.

En un instante atravesó la playa, y cogiendo un poco de aquella agua en el hueco de la mano, se la llevó á los labios... ¡Era dulce!

Era, por lo tanto, un lago, y no el mar, como creían, lo que se extendía hasta el horizonte del Este.

M.C.D. 2018



Los jóvenes caminaban por las orillas del rio.

VIII

Reconocimiento al Oeste del lago.—Bajando la orilla.—Vista de avestruces.—Un río que sale del lago.—Noche tranquila.—El contrafuerte del acantilado.—Un dique.—Restos de una canoa.—La inscripción.—La cueva.

La importante cuestión, de la que dependía la salvación de los jóvenes náufragos, quedaba aún por resolver, pues que aquel supuesto mar era un lago, no daba lugar á dudas.

Pero ¿no era posible que dicho lago perteneciera á una isla, y que, prolongando la expedición más allá, se encontraran tal vez con un verdadero mar, sin ningún medio de atravesarlo?

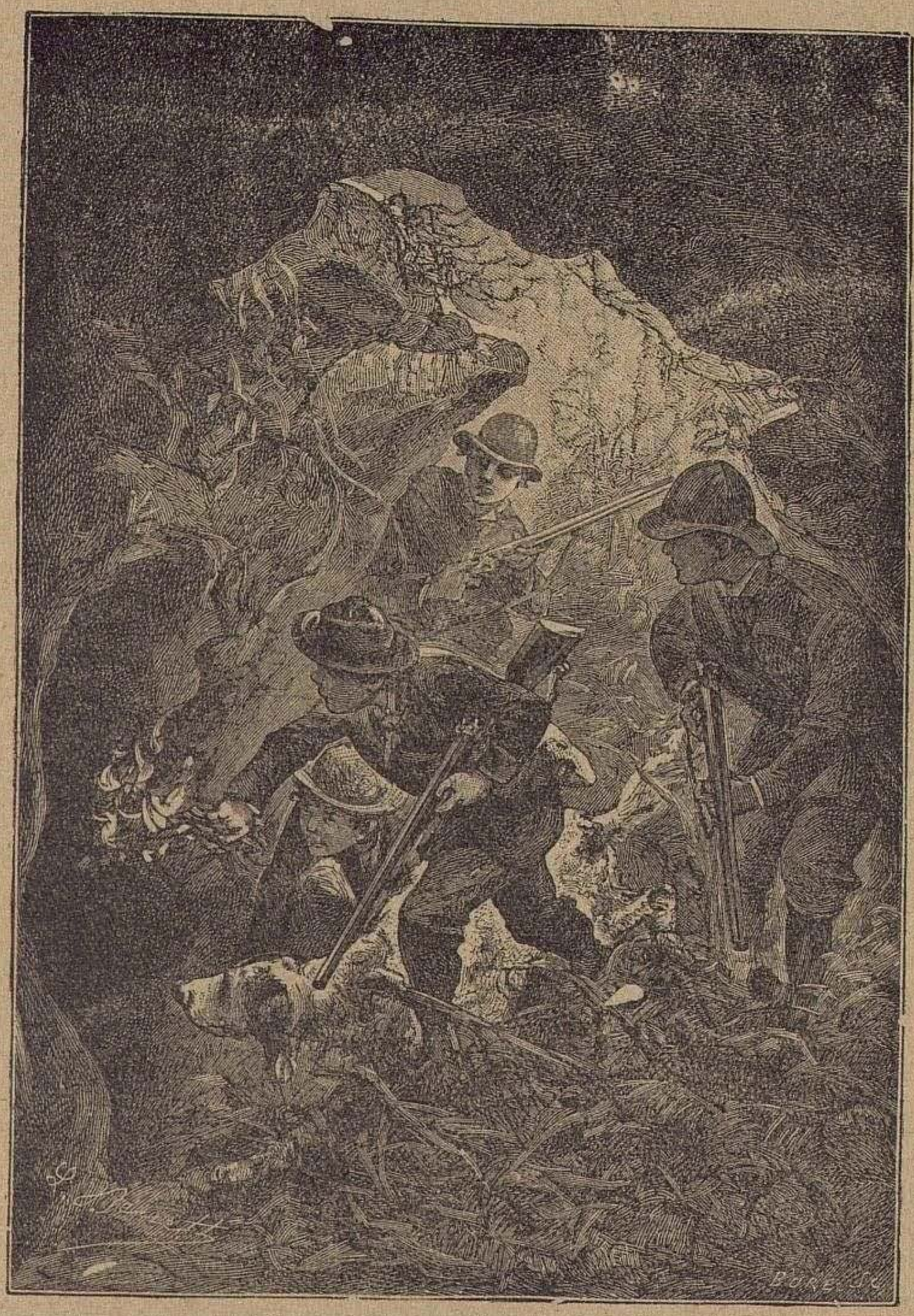
Aquel lago presentaba dimensiones considerables, puesto que un horizonte de cielo le encerraba en las tres cuartas partes de su perímetro; era, pues, admisible que estuviesen en un continente, y no en una isla.

—Entonces hemos naufragado en el continente americano, dijo Briant.

—Siempre lo he pensado así, respondió Doniphan, y creo que no me equivoco.

—De todas maneras resulta, repuso Briant, que era agua lo que yo ví al Este.

M.C.D. 2018



Briant encendió un puñado de hierba seca, y lo arrojó por la abertura.

—Sí, mas no el mar.

Esta réplica, hecha con cierta satisfacción interior, demostraba en Doniphan más vanidad que corazón. Briant no insistió; además, en interés de todos era mejor que se hubiera equivocado, porque sobre un continente no estarían prisioneros como en una isla.

Hacíase necesario, sin embargo, esperar un tiempo más favorable para emprender un viaje al Este, porque las dificultades que habían encontrado en la corta expedición que acababan de verificar serían mucho mayores cuando se tratase de ir todos juntos.

Empezaba el mes de Abril, y sabido es que el invierno, en la zona austral, se presenta mucho más precoz que en la boreal. No podían ponerse en camino hasta la primavera, y, sin embargo, la estancia en aquella bahía del Oeste, sin cesar castigada por los vientos del mar, no tenía nada de agradable, y se verían en la precisión de abandonar el buque antes de terminar el mes. Así es que, puesto que Gordon y Briant no habían podido encontrar ningún refugio en el basamento occidental del acantilado, era necesario ver si podían establecerse en mejores condiciones por el lado del lago. Esta nueva exploración se imponía, aunque ocasionase un retraso de un día ó dos. Gordon experimentaría sin duda viva inquietud; pero Briant y Doniphan no titubearon, en atención á que tenían provisiones para cuarenta y ocho horas aún, y como nada anunciaba un cambio atmosférico, decidiéronse á bajar hacia el Sur, costeando aquella inmensa laguna.

M.C.D. 2018

Otro motivo, además, les inducía á llevar más lejos sus indagaciones. Aquella parte del territorio había sido habitada, ó á lo menos frecuentada por indígenas, como lo daban á entender la calzada del riachuelo y la cabaña, cuya construcción denotaba la presencia del hombre en una época más ó menos reciente.

Tal vez otros indicios les darían á conocer que, si no indígenas, algún náufrago había vivido allí, como ellos, hasta llegar á alguna ciudad del continente, y esto bien merecía la pena de prolongar la exploración de aquella costa.

La cuestión, pues, consistía en determinar si debían dirigirse hacia el Sur ó el Norte; pero como yendo al Sur se aproximaban al *Sloughi*, resolvieron andar en aquella dirección.

A las ocho y media se pusieron en marcha por la llanura cubierta de dunas llenas de hierbas. *Phann* levantaba bandadas de perdices, que se refugiaban en los grupos de lentiscos ó de helechos; mas no era prudente tirar, para no llamar la atención de alguna tribu de salvajes que visitara de vez en cuando el lago.

Siguiendo la orilla, tan pronto al pie de las dunas como del banco de arena, nuestros jóvenes pudieron andar unas diez millas durante el día, sin demasiada fatiga. Ninguna huella encontraron de indígenas, y si aquel territorio había estado habitado por alguien, no parecía serlo en la actualidad.

Tampoco vieron por allí fieras ni rumiantes de ninguna especie. Dos ó tres veces por la tarde, algunos volátiles aparecieron en el límite del bosque, pero fué imposible acercarse á ellos. Al divisarlos, Service, exclamó:

—¡Son avestruces!

—Muy pequeños, respondió Doniphan.

—Si son avestruces, replicó Briant, y estamos en un continente...

—¿Lo dudas aún? replicó Doniphan con ironía.

—Debe ser el continente americano, en el que estos animales se encuentran en gran número, continuó Briant; eso es todo lo que yo quería decir.

A eso de las siete de la tarde hicieron alto, calculando que al día siguiente, como no surgiera algún obstáculo, llegarían á *Sloughi-bay* (bahía del *Sloughi*), nombre que dieron á aquella parte del litoral en donde se perdiera el *schooner*.

De todos modos, durante aquella noche les hubiera sido imposible ir más allá en dirección al Sur, pues por allí corría uno de aquellos ríos que salían del lago, y que tendrían que atravesar nadando, cosa que la densa oscuridad que reinaba no permitía hacer, así como tampoco estudiar la disposición del terreno en que se encontraban.

Briant y sus compañeros, despues de cenar, no pensaron más que en el descanso, bajo la bóveda del cielo esta vez, pues no tenían choza para resguardarse.

Todo estaba tranquilo en el lago y en la playa. Los cuatro muchachos, acostados al pie de un haya, durmiéronse con tan profundo sueño, que el trueno más recio no los hubiera despertado; así es que ni ellos ni *Phann* oyeron unos ladridos bastante cercanos, que debían ser de chacales, ni aullidos más lejanos, que parecían ser de fieras. En aquellas comarcas, en donde los avestruces vivían en estado salvaje, era de temer encontrar jaguares ó conguares, que son el tigre y el león de la América meridional.

La noche pasó sin incidente de ninguna clase; mas á las cuatro de la mañana, antes que el alba blanqueara el horizonte, el perro gruñó sordamente, oliendo el suelo como si quisiera buscar una pista.

Eran cerca de las siete cuando Briant despertó á sus compañeros, acurrucados debajo de las mantas. En seguida se levantaron, y mientras que Service comía un pedazo de galleta, los demás se pusieron á examinar el terreno más allá del río.

—En verdad, exclamó Wilcox, que hemos acertado anoche en no pasar al otro lado, pues que, según se ve, es un terreno pantanoso.

—En efecto, respondió Briant; es un pantano lo que se extiende al Sur, y tan grande, que no se alcanza á ver el fin.

—¡Mirad, exclamó Doniphan, cuántos patos, cercetas y chochas revolotean en su superficie! ¡Si pudiésemos instalarnos aquí para pasar el invierno, no nos faltaría caza!

—¿Y por qué no? dijo Briant, dirigiéndose hacia la orilla derecha.

Mas atrás de esta ribera se levantaban rocas muy altas, que terminaban en un contrafuerte de tal aspecto, que parecía cortado á pico, y cuyos enveses se unían casi en ángulo recto, uno hacia el lago y otro hacia el río. ¿Sería el mismo acantilado que rodeaba *Sloughi-bay*, prolongándose al Noroeste? Esto no podía saberse sino después de un minucioso reconocimiento de aquella región.

En cuanto al río, su orilla derecha, con anchura de unos veinte pies, seguía la base de las rocas, y la izquierda era tan baja, que apenas se distinguía cortes, aguazales y barrancos de esa llanura pantanosa que se desarrollaba hasta perderse de vista al Sur. Para conocer la dirección de ese río sería preciso subir á las rocas, y Briant se prometía verificar aquella ascensión antes de volver á *Sloughi-bay*.

Se trataba, en primer lugar, de examinar el punto en que las aguas del lago se vertían en el lecho del río, que si bien no medía en el sitio en que ellos se encontraban sino cuarenta pies de latitud, debía

M.C.D. 2018

ensanchar mucho más en su embocadura, así como también recibir quizá algún afluente, bien de los pantanos, ó tal vez de la meseta superior.

—¡Venid aquí y mirad! exclamó Wilcox en el momento en que llegaba al pie del contrafuerte.

Lo que llamaba su atención era un amontonamiento de piedras formando dique, colocadas del mismo modo que las de la calzada del arroyo.

—¡Ya no cabe duda! dijo Briant.

—No, respondió Doniphan, enseñando restos de madera en el extremo del dique.

Esos restos habían pertenecido al casco de una embarcación, y se veía, entre otros pedazos, uno medio podrido y cubierto de musgo, del que pendía una argolla de hierro, carcomida por la herrumbre, indicando bien á las claras, por su curva, que era parte de la roda.

—¡Una argolla! ¡Una argolla! exclamó Service.

Y todos inmóviles miraban en derredor, creyendo que iba á aparecer el hombre que se había servido de aquella canoa y levantado aquel dique.

Pero ¡vana esperanza!

Muchos años habían pasado desde que aquella embarcación había sido abandonada en la orilla del río. El hombre que se sirvió de ella había vuelto tal vez á su patria, ó se había apagado su vida en aquella tierra, lejos de todo socorro.

Mas era de ver la emoción que hubo de apoderarse de nuestros jóvenes ante tales testimonios de una intervención humana, de la que no podían dudar; emoción que aumentó algún tanto cuando se fijaron en el singular modo de obrar del perro, que no parecía sino que había encontrado una pista, pues levantaba las orejas, agitaba con violencia el rabo y husmeaba el suelo, poniendo el hocico debajo de las hierbas.

—¡Mirad lo que hace *Phann*! dijo Service.

—¡Algo ha olfateado! respondió Doniphan, avanzando hacia el perro.

Este acababa de pararse, con una pata levantada y el cuello tendido, hasta que se lanzó hacia unos árboles agrupados al pie de las rocas próximas al lago.

Briant y sus compañeros le siguieron, y algunos instantes después se detenían ante una vieja haya, en cuyaorteza estaban grabadas dos letras y unafecha, dispuestas de este modo:

F. B.

1807.

Nuestros jóvenes expedicionarios se hubieran quedado mucho tiempo mudos é inmóviles ante aquella inscripción, si *Phann*, volviendo sobre sus pasos, no hubiera desaparecido en el ángulo del contrafuerte.

—¡Aquí, *Phann*, aquí!... gritó Briant.

El perro no volvió, pero continuaban oyéndose sus ladridos precipitados.

—Atención, dijo Briant; no nos separemos, y estemos alerta, porque algo extraordinario sucede al perro.

Era preciso, en efecto, obrar con mucha circunspección, porque era posible que se hallase allí una tribu de esos indios feroces que infestan las pampas del Sur de América.

Los pobres náufragos del *Sloughi*, con las escopetas armadas, los revólvers en la mano y prontos á defenderse, echaron á andar, y dando vuelta al contrafuerte, se deslizaron por el ribazo del río. No bien anduvieron veinte pasos, cuando Doniphan se bajó para recoger un objeto que había en el suelo.

Era una azada, cuyo mango estaba medio podrido; una azada, fabricada en América ó en Europa, y no por los salvajes de la Polinesia. Lo mismo que la argolla de la embarcación, estaba completamente oxidada, y no cabía duda de que hacía muchos años que se hallaba en aquel sitio.

Allí se veían también algunas señales de cultivo, surcos trazados con irregularidad y un cuadro de batatas, que la falta de labor había vuelto silvestres.

De repente un lúgubre aullido atravesó el espacio, y á poco *Phann* volvió, dominado por una agitación inexplicable. Daba vueltas, corría delante de sus amos, los miraba, los llamaba, y parecía que les quería decir: «seguidme.»

—¡Algo extraordinario sucede! dijo Briant, que procuraba tranquilizar al perro.

—Vamos adonde quiera llevarnos, respondió Doniphan, haciendo señas á Wilcox y á Service para que le siguieran.

Diez pasos más allá, *Phann* se puso de pie ante un montón de maleza y de arbustos, cuyas ramas se enredaban en la base misma de las rocas.

Briant avanzó para ver si había oculto allí el cadáver de algún animal, ó tal vez de un hombre, descubierto por el perro; mas apartando las ramas, observó una estrecha abertura.

—¿Habrá aquí alguna cueva? exclamó echándose hacia atrás.

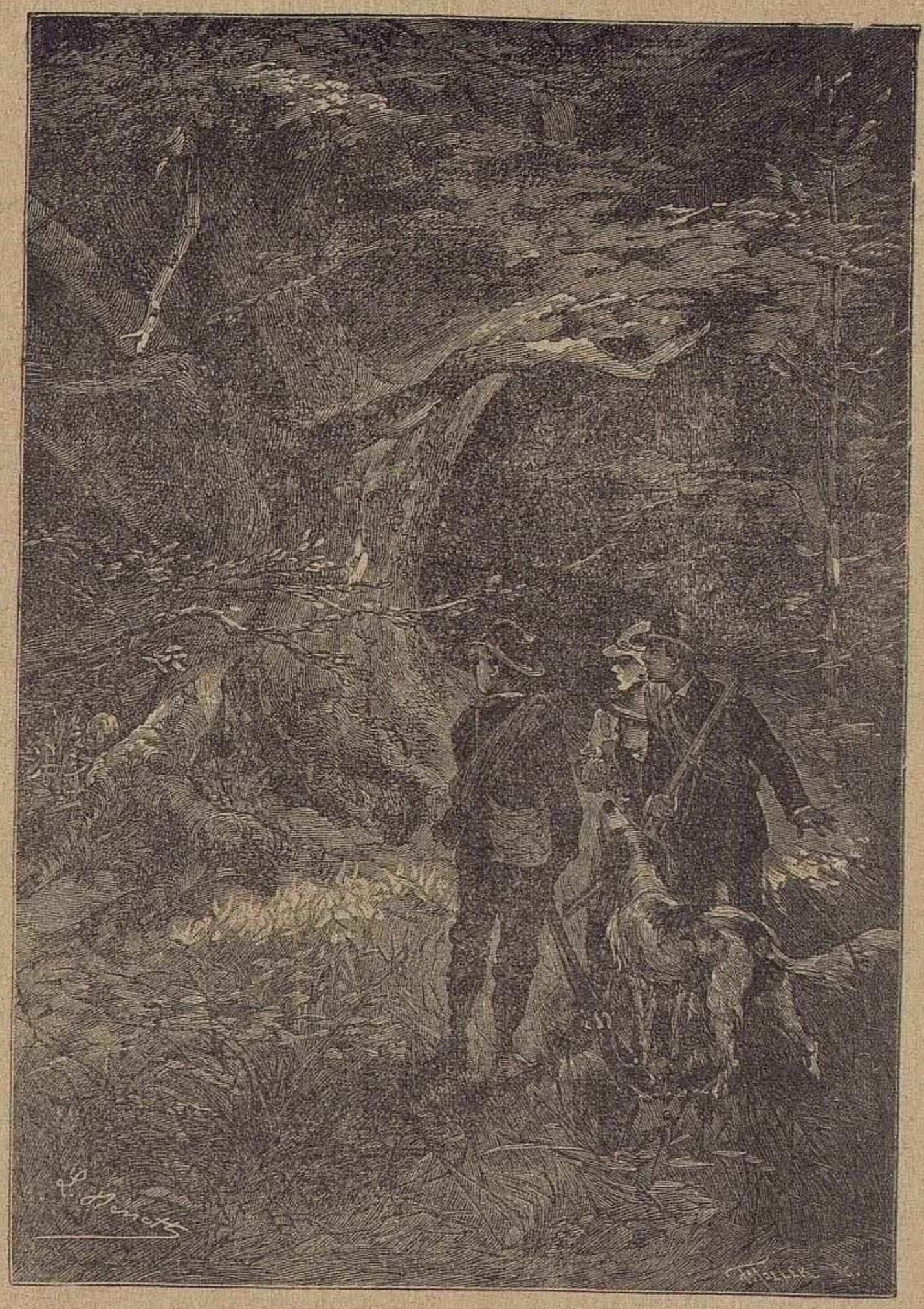
—Es probable, respondió Doniphan; pero ¿qué habrá ahí dentro?

—¡Ya lo sabremos! dijo Briant, quien con su hacha se puso á cortar las ramas que obstruían el orificio; y deteniéndose á escuchar, no oyó ningún ruido sospechoso.

Service trató de penetrar por el agujero, pero Briant le dijo:

—Veamos primero lo que hace *Phann*, que sin cesar lanza esos ladridos tan sordos y tan poco tranquilizadores que estamos oyendo.

M.C.D. 2018



Al pie de un haya yacían los restos de un esqueleto.

Parecía natural que, si algún ser viviente hubiera estado escondido en aquella cueva, ya habría salido.

De todas maneras, era necesario saber á qué atenerse: Briant, en previsión de que el aire estuviera viciado, encendió un puñado de hierba seca y lo arrojó al interior; mas como al esparcirse por el suelo siguieran ardiendo, fué prueba clara de que el aire era respirable.

—¿Entramos?... preguntó Wilcox.

—Sí, respondió Doniphan.

—Esperad un poco para que veamos, dijo Briant.

Y cortando una rama resinosa de uno de los pinos que crecían á orillas del río, la encendió, y seguido de sus compañeros, se deslizó por entre la maleza.

El orificio medía cinco pies de alto por dos de ancho; pero aparecía agrandado en seguida, presentando un ensanche de unos diez pies por veinte respectivamente, cuyo suelo estaba cubierto de arena muy fina y seca.

Al entrar, Wilcox tropezó con un taburete de madera, colocado al lado de una mesa, en la que se veía un cántaro de barro, anchas conchas que debieron servir de platos, un cuchillo, cuya hoja estaba enmohecida y mellada, dos ó tres anzuelos y una taza de hoja de lata, vacía también, como el cántaro. Arrimado á la pared opuesta se veía un cofre hecho con tablas, toscamente preparadas y ajustadas, que encerraba vestidos hechos jirones.

No había, pues, duda de que esta excavación había sido habitada. Pero ¿en qué época, y por quién? El ser humano que

M.C.D. 2018

vivió allí, ¿yacía en algún rincón?... En el fondo había un miserable camastro, cubierto con una manta de lana hecha pedazos, y á la cabecera otra taza y un candelero de madera, que no conservaba ya más que un trozo de mecha carbonizada.

Nuestros muchachos se echaron hacia atrás, pensando que aquella manta ocultaba un cadáver; pero por fin Briant, más resuelto que los otros, y venciendo su repugnancia, la levantó.

No había nada.

Un instante después salieron vivamente impresionados, uniéndose á *Phann*, que no dejaba de aullar.

Bajaron entonces por el ribazo del río, y á unos cuantos pasos se detuvieron bruscamente: un sentimiento de horror les clavó en su sitio.

Allí, entre las raíces de un haya, yacían los restos de un esqueleto.

—Aquí, en este sitio, dijo Briant, vino á morir el desgraciado habitante de esa cueva, en donde vivió, sin duda, muchos años: ¡y ese silvestre abrigo, del que había hecho su morada, ni siquiera le sirvió de tumba!

FIN DEL CUADERNO PRIMERO

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

ÍNDICE DEL PRIMER CUADERNO

Páginas.

PRÓLOGO.

I.—La tempestad.—Un *schooner* desamparado.—Cuatro muchachos en el puente del *Sloughi*.—La mesana hecha pedazos.—Visita en el interior del yate.—El grumete medio ahogado.—Una ola por la popa.—La tierra á través de las nieblas de la madrugada.—El banco de arrecifes..... 6

II.—En medio de la resaca.—Briant y Doniphan.—Observación de la costa.—Preparativos de salvación.—Disputa por la canoa.—Desde lo alto del palo de mesana.—Valerosa tentativa de Briant.—Efectos del reflujo..... 11

III.—El colegio Chairmán en Auckland.—Grandes y pequeños.—Vacaciones en el mar. El *schooner Sloughi*.—La noche del 15 de Febrero.—Abordaje.—Siguiendo la corriente.—Una tempestad.—Información en Auckland.—Lo que queda del *schoner*,..... 18

IV.—Primera exploración del litoral.—Briant y Gordon á través de los bosques.—Vana tentativa para descubrir una gruta.—Inventario del material.—Provisiones, armas, vestidos, camas, utensilios, instrumentos.—Primer almuerzo.—Primera noche..... 24

V.—¿Isla ó continente?—Excursión.—Briant parte solo.—Los amfibios.—Bandadas de aves.—Almuerzo.—Desde lo alto del cabo.—Los tres islotes de alta mar.—Una línea azul en el horizonte.—Vuelta al *Sloughi*..... 34

VI.—Discusión.—Excursión proyectada y aplazada.—Mal tiempo.—La pesca.—Las algas gigantes.—Costar y Dole á caballo sobre un corcel poco veloz.—Los preparativos de marcha.—De rodillas ante la Cruz del Sur..... 42

VII.—El bosque de abedules.—Desde lo alto del acantilado.—Á través del bosque.—Una barrera sobre el *creek*.—El río conductor.—Campamento para la noche.—La choza.—La línea azulada.—*Phann* bebe..... 48

VIII.—Reconocimiento al Oeste del lago.—Bajando la orilla.—Vista de avestruces.—Un río que sale del lago.—Noche tranquila.—El contrafuerte del acantilado.—Un dique.—Restos de una canoa.—La inscripción.—La cueva 56

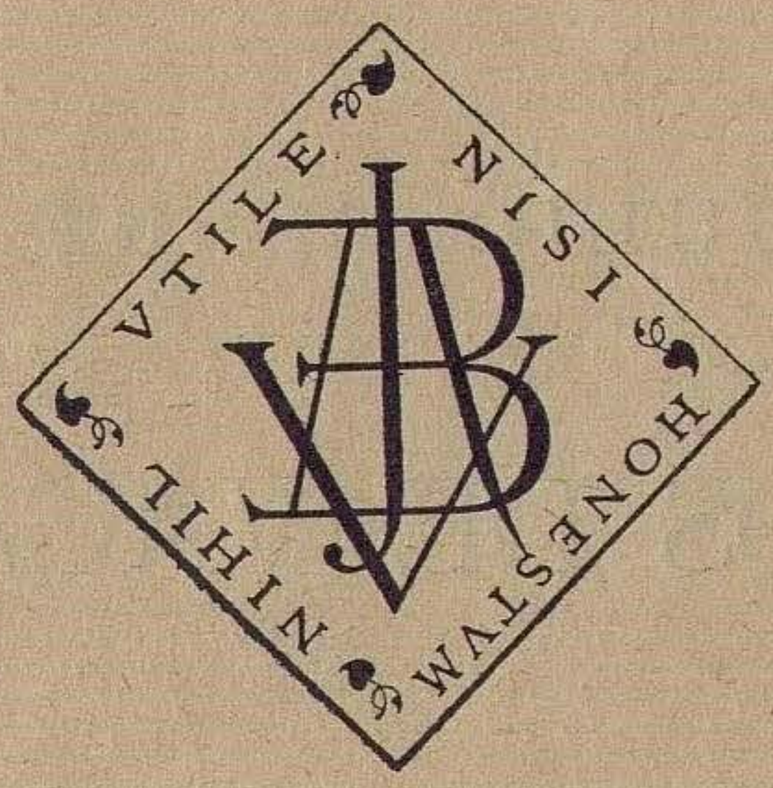
M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

JULIO VERNE

DOS AÑOS DE VACACIONES

M.C.D. 2018



M.C.D. 2018

DOS AÑOS

DE

VACACIONES

POR

JULIO VERNE

VERSIÓN ESPAÑOLA

CUADERNO SEGUNDO

SAENZ DE JUBERA, HERMANOS
EDITORES
10, Calle de Campomanes, 10
MADRID

Es propiedad de los editores; quedan cumplidos los requisitos que ordena la ley.

Imprenta Helénica, Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid.—Teléfono 18014.

M.C.D. 2018

DOS AÑOS DE VACACIONES

I

Visita á la cueva.—Muebles y utensilios.—Las bolas y el lazo.—El reloj.—El cuaderno casi ilegible.—El mapa del náufrago.—En dónde se hallan.—Vuelta al campamento.—La orilla derecha del río.—La hondonada.—Las señales de Gordon.

Briant, Doniphan, Wilcox y Service guardaban un profundo silencio. ¿Quién era aquel hombre que había muerto en aquel sitio? ¿Era un náufrago, á quien los socorros habían faltado hasta su última hora? ¿A qué nación pertenecía? ¿Había llegado joven, ó viejo, á aquel aislado punto de la tierra? ¿Había muerto anciano ya? Si era un náufrago, ¿había tenido compañeros de desgracia que con él escapasen de la catástrofe, quedándose por fin solo después de la muerte de sus compañeros? Los diferentes objetos encontrados en la cueva, pertenecían á un buque, ó los construyó él?

M.C.D. 2018

¡Cuántas reflexiones, cuántas dudas de tan difícil solución!

Pero si aquel hombre había encontrado refugio en un continente, ¿por qué no había partido en busca de una ciudad del interior ó de un puerto del litoral? ¿La distancia que tenía que recorrer era tan grande, ó tan penosa, que obligase á renunciar á ella? Lo cierto es que aquel desgraciado había caído, debilitado por la enfermedad ó por la vejez, y que no habiendo tenido suficientes fuerzas para volver á la cueva, había fallecido al pie de aquel árbol. Y si los medios le habían faltado para buscar su salvación, bien por el Norte, ó ya por el Este de aquel territorio, ¿no sucedería lo mismo á los jóvenes náufragos del *Sloughi*?

Nuestros valerosos muchachos comprendieron la necesidad de practicar en la cueva un minucioso registro, pues tal vez encontrarían algún documento que les diera á conocer el origen de aquel hombre y la duración de su estancia, siendo además muy conveniente saber si podrían instalarse allí durante el invierno, después de abandonar el *schooner*.

—Venid, dijo Briant.

Y seguidos de *Phann*, penetraron por segunda vez en la cueva.

El primer objeto que llamó su atención fué un paquete de velas, fabricadas con estopa y grasa, colocadas sobre una tabla sujeta en la pared de la derecha. Service encendió una, colocándola en el candelero.

Teniendo ya luz, principiaron por reconocer las condiciones de la cueva. No presentaba ningún indicio de humedad, á pesar de no tener otra ventilación que el orificio que le servía de entrada. Sus paredes eran tan secas como si fueran de piedra, sin ninguna de aquellas filtraciones cristalinas que en algunas grutas de pórfido ó de granito forman las estalactitas. Su orientación la ponía al abrigo de los vientos del mar, y si bien era muy oscura, este inconveniente se combatía con facilidad haciendo una ó dos aberturas que proporcionasen luz y renovasen el aire.

Sus dimensiones eran de treinta pies de largo por veinte de ancho; algo pequeña para dormitorio, comedor, cocina y almacén; pero como no se trataba más que de una estancia de cinco ó seis meses, sufrirían con paciencia aquella molestia.

Briant hizo después un inventario de los objetos encerrados en ella. Pocos eran, en verdad; aquel desgraciado había debido llegar allí en un completo estado de desnudez. El camastro, una mesa, un taburete y un cofre, fué el único mobiliario que encontraron. Menos favorecido aquel infeliz que los náufragos del *Sloughi*, no había tenido, como ellos, un material completo á su disposición, pues los chicos no hallaron en la cueva más que algunas herramientas, una azada, un hacha, dos ó tres utensilios de cocina, un tonel que debía haber contenido aguardiente, un martillo, dos cortafríos y una sierra. Estos objetos debían haber sido transportados en la embarcación cuyos restos se hallaban á orillas del río.

Las investigaciones continuaron, dando por resultado el hallazgo de una navaja de varias hojas, rotas en su mayor parte, un pasador, un compás y una olla de hierro. Ningún instrumento de marina aparecía, ni brújula, ni anteojo, ni siquiera un arma para cazar ó para defenderse de los indígenas ó de las fieras.

Sin embargo, como era preciso comer, aquel hombre se habría visto ciertamente obligado á usar trampas para coger aves ú otros animales. Un instante después ya sabían á qué atenerse respecto á este particular, porque Wilcox exclamó:

—¿Qué es esto?

—Un juego de bolos, respondió Service.

—¡Un juego de bolos! repitió sorprendido Briant.

Pero conoció en seguida el uso á que habían sido destinadas las dos piedras redondas que Wilcox acababa de coger del suelo. Era uno de tantos artefactos de caza, llamadas *bolas*, que se componen de dos, atadas por una cuerda, y que usan mucho los indios de la América meridional. Cuando una mano hábil lanza aquellas *bolas*, se enrollan en las piernas del animal, paralizando sus movimientos y haciéndolo presa del cazador.

Encontraron también un lazo, formado con una larga correa: este instrumento se maneja lo mismo que las *bolas*, pero á una distancia más corta.

Tal fué el inventario de los objetos encontrados en la gruta.

Briant y sus compañeros eran mucho más ricos; mas también es cierto que éstos

M.C.D. 2018

eran unos niños, y el otro era un hombre.

Pero ese hombre, ¿era un simple marino ó un oficial, cuya inteligencia se había desarrollado con el estudio? Difícil hubiera sido adivinarlo sin un nuevo descubrimiento, que permitió caminar con más seguridad en la vía de la certidumbre.

A la cabecera del camastro, y debajo de un pedazo de la manta que Briant había movido, Wilcox encontró un reloj colgado de un clavo.

Este reloj, menos ordinario que los que usan los marineros, tenía dos tapas de plata, con una cadena del mismo metal, de la que pendía la llave.

—¡La hora!... ¡Veamos la hora! exclamó Service.

—La hora no nos dirá nada, respondió Briant. Probablemente este reloj se habrá parado muchos días antes de la muerte de su dueño.

Briant abrió la tapa con mucho trabajo; las agujas señalaban las tres y veintisiete minutos.

—Pero, dijo Doniphan, este reloj tendría grabado algún nombre... Esto puede indicar...

—Tienes razón, replicó Briant.

Y después de mirar en el interior, leyó estas palabras: *Delpeuch, Saint-Malo*, el nombre del fabricante y sus señas.

—¡Era un francés, un compatriota mío! exclamó Briant conmovido.

No había que dudar ya; un francés había vivido en aquella cueva hasta que la muerte puso término á tanta miseria.

Otra prueba vino pronto á confirmar la primera. Doniphan movió el camastro, y encontró en el suelo un cuaderno, cuyas hojas, amarillentas, estaban escritas con lápiz; por desgracia, la mayor parte se hallaban borradas; mas sin embargo, pudieron descifrar algunas palabras, y entre otras éstas: *Francisco Baudoin*.

Un nombre y apellido que correspondían perfectamente á las iniciales grabadas en el árbol por el náufrago. Ese cuaderno debía de ser el diario de su vida desde que arribó á aquella costa. En los fragmentos que Briant pudo descifrar, se encontraba también otro nombre: *Duguay-Trouin*, que sin duda era el nombre del buque que se había perdido en aquellos lejanos parajes del Pacífico.

Al principio del cuaderno había una fecha, la misma que estaba inscrita en el árbol debajo de las iniciales, y que debía ser la del naufragio.

Hacía, pues, cincuenta y tres años que Francisco Baudoin había llegado á aquel litoral.

Más que nunca, nuestros pequeños amigos se dieron cuenta de la gravedad de su situación. Si un hombre, un marino, habituado á rudos trabajos, no había podido salir de allí, ¿era posible que lo verificasen ellos?

Otro nuevo hallazgo iba á probarles además que toda tentativa era inútil.

Hojeando el cuaderno, Doniphan encontró un papel doblado entre las hojas. Era un mapa, trazado con una tinta particular, que debía componerse de agua y hollín.

—¡Un mapa!... exclamó.

—Dibujado, de seguro, por Francisco Baudoin, añadió Briant.

—Si es así, ese hombre no podía ser un simple marinero, dijo Wilcox, sino uno de los oficiales del *Duguay-Trouin*, puesto que tenía capacidad bastante para levantar un mapa.

—¡Será tal vez del!... exclamó Doniphan.

Sí; era un mapa del territorio en que se hallaban. A primera vista se conocía perfectamente *Sloughi-bay*, los arrecifes, la playa en donde habían establecido su campamento, el lago del que Briant y sus compañeros habían seguido la orilla occidental, los tres islotes de alta mar, el acantilado, formando curva hasta las márgenes del río, y los bosques que cubrían toda la parte central.

En la opuesta orilla del lago había otros bosques, que se extendían hasta los bordes de otro litoral, bañado por el mar en todo su perímetro.

Era, pues, imposible buscar la salvación hacia el Este. Briant tenía razón; el mar rozaba aquel supuesto continente... ¡Era una isla, y he aquí el motivo por qué Francisco Baudoin no había podido salir de allí!

Fácilmente se conocía en aquel mapa que los contornos de la isla estaban dibujados con bastante exactitud, demostrando además que el náufrago había recorrido aquel terreno en todos sentidos, puesto que se dejaban ver los principales accidentes geográficos, siendo él sin duda el que había construído el *ajoupa* ó choza

M.C.D. 2018

donde durmieron los niños la primera noche de su exploración, y aquella calzada del riachuelo que tan profunda sorpresa les causara.

Según el mapa de Francisco Baudoin, aquel territorio afectaba una forma oblonga, y parecía una enorme mariposa con las alas desplegadas, siendo estrecho en su parte central, entre *Sloughi-bay* y otra bahía que estaba al Este. Había además una tercera, mayor que las otras en la parte meridional. En medio de un cuadro de grandes bosques se desarrollaba el lago, de dieciocho millas de largo por cinco de ancho, dimensiones bastante grandes para que Doniphan y sus compañeros no hubieran podido percibir nada en sus orillas del Norte, del Este y del Sur. Varios ríos salían de aquel lago, y el más notable era el que, corriendo delante de la cueva, desembocaba en *Sloughi-bay*, cerca del campamento.

La única altura algo importante de esta isla parecía ser el acantilado, formando curva desde el promontorio, al Norte de la bahía, hasta la margen derecha del río. El mapa señalaba la costa septentrional como arenosa y árida, mientras que del otro lado del río se extendía un inmenso pantano, que concluía en un agudo cabo hacia el Sur.

Al Noroeste y al Sudeste aparecían largas hileras de dunas, que daban á aquella parte del litoral un aspecto muy diferente de *Sloughi-bay*.

En fin; si la escala que se encontraba al pie del mapa era exacta, la isla medía unas ciento cincuenta millas de Norte á Sur, por veinticinco en su parte más ancha de Este á Oeste; y teniendo en cuenta las irregularidades de su configuración, presentaba un desarrollo de ciento cincuenta millas de circunferencia.

En cuanto á saber á qué punto de la Polinesia pertenecía, ó si se hallaba ó no en medio del Pacífico, era imposible saberlo.

Era, pues, una instalación definitiva, y no provisional, la que se imponía á los náufragos del *Sloughi;* y puesto que la gruta les ofrecía un excelente refugio, convenía trasportar allí todo el material antes de que las primeras borrascas del invierno concluyesen de destruir el *schooner*.

Convenía, por consiguiente, volver al campamento sin más tardar.

Gordon debía estar lleno de inquietud, porque habían pasado ya tres días desde la partida de Briant y sus compañeros, y temía que les hubiera sucedido algo.

Acordaron, pues, emprender la vuelta aquel mismo día á las once.

Era inútil subir otra vez al acantilado, puesto que el mapa indicaba que el camino más corto era seguir la orilla derecha del río que corría de Este á Oeste. Había que andar unas siete millas, que bien podían recorrerse en lo que restaba hasta el anochecer.

Pero antes de alejarse, nuestros jóvenes quisieron realizar una de las obras de misericordia. Abrieron una fosa al pie del mismo árbol en que Francisco Baudoin grabó las iniciales de su nombre, y colocaron en ella los restos secos del desgraciado náufrago, plantando encima una cruz de madera.

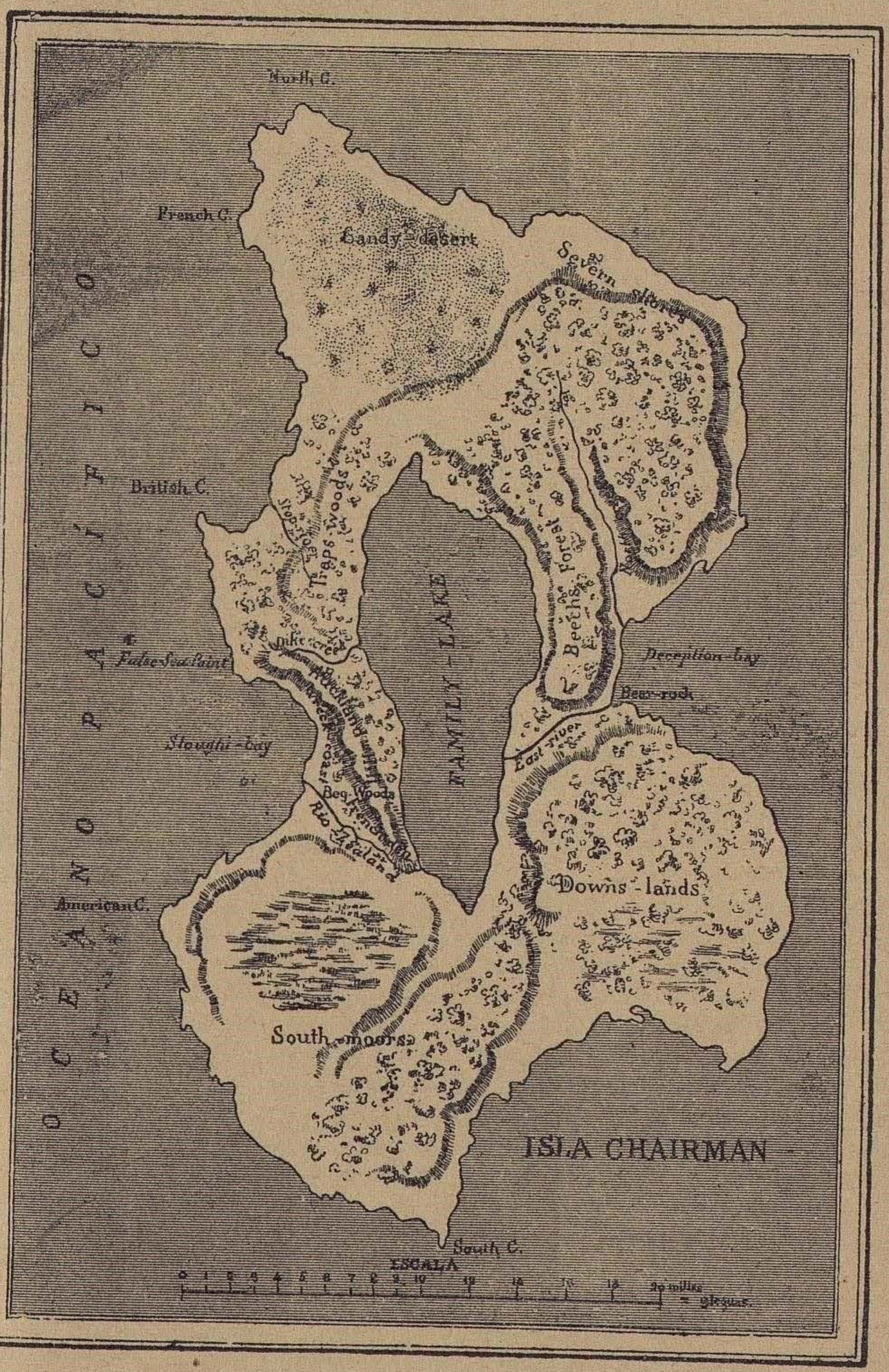
Después que cumplieron esta piadosa ceremonia, volvieron á la cueva, cuyo orificio taparon para que ningún animal penetrara en ella, y después de haber apurado lo que les quedaba de comestibles, emprendieron su ruta por la margen derecha del río.

Briant no cesaba de examinar su curso para ver si sería fácil, con una embarcación cualquiera ó una balsa, utilizar aquella vía fluvial para el transporte de todo el material del *Sloughi,* aprovechando la marea alta, cuya acción se hacía sentir hasta el lago.

Lo temible sería se cambiara en torrente, ó que la falta de anchura ó de profundidad le hiciese impractible; pero, gracias á Dios, no sucedió así, toda vez que en el espacio de tres millas que habían andado ya, el río se presentaba en excelentes condiciones de navegación. Sin embargo, á las cuatro de la tarde tuvieron que dejar de seguir la orilla, porque estaba cortada por una hondonada pantanosa, en la que no se podía andar sin peligro, y esto les obligó á tomar otra vez el camino del bosque.

Con la brújula en la mano, Briant se dirigió entonces hacia el Noroeste para ir á *Sloughi-bay* por el trayecto más corto; pero se retrasaron bastante, porque las hierbas eran tan altas, que dificultaban mucho la marcha, y además la oscuridad llegó muy pronto, por causa de la espesura de los abedules, de los pinos y de las ha-

M.C.D. 2018


North C.
French C.
Sandy-desert
Severn-shore
Brittish C.
Stop-stock Woods
Duke-street
Beech-wood
Forest
Buckland-river
Coal-creek
Beg-Woods
Rio Leland
Slaughi-bay
False Sea Point
Perception-bay
Bear-rock
East-river
Downs-lands
American C.
South-moors
ISLA CHAIRMAN
South C.
ESCALA
0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 12 15 18 20 millas
= 9 leguas.

M.C.D. 2018

yas. En tan malas condiciones anduvieron dos millas, y á las siete no sabían en dónde se encontraban, temiendo haberse extraviado.

¿Tendrían que pasar la noche debajo de los árboles? Eso era lo de menos, si no se hubieran acabado las provisiones.

—Marchemos siempre, dijo Briant; andando en la dirección indicada, no tenemos más remedio que llegar á *Sloughi-bay*.

—Como no sea que ese mapa nos haya dado falsas indicaciones, respondió Doniphan, y resulte que ese río no sea el que desemboca en la bahía.

—¿Y por qué no ha de ser éste, Doniphan?

—¿Qué motivos tienes para creer lo contrario, Briant?

Como se ve, Doniphan, que no estaba satisfecho con el triunfo de su compañero, se obstinaba en no creer exacto el mapa del náufrago. Y, sin embargo, no se podía negar que en la parte recorrida por nuestros jóvenes, la carta geográfica presentaba el país tal cual era.

Briant no quiso discutir, y prosiguieron resueltamente su camino.

A las ocho, no sabiendo por dónde andaban (tan grande era la oscuridad), observaron de repente que por un claro del bosque aparecía una luz bastante viva, propagándose por el espacio.

—¿Qué es esto?... dijo Service.

—Es una estrella errante, según creo, dijo Wilcox.

—¡No, es un cohete!... replicó Briant; un cohete lanzado desde el *Sloughi*.

—¡Y por consiguiente una señal de Gordon! exclamó Doniphan, que contestó con un tiro.

Un segundo cohete se vió en el espacio; Briant y sus compañeros, sin duda alguna ya respecto al punto en donde se encontraban, marcharon en aquella dirección, y tres cuartos de hora después llegaban al campamento del *Sloughi*.

Era, en efecto, el americano, que por temor de que se hubiesen extraviado, había tenido la buena idea de lanzar al espacio algunos cohetes, á fin de señalarles la posición del *schooner*.

Excelente idea, sin la que nuestros cuatro muchachos no hubieran descansado de sus fatigas en sus camitas del yate.

II

Relato de la exploración —Se deciden á dejar el «Sloughi.»—Descarga y rompimiento del yate.—Una borrasca que acaba con él.—Acampados debajo de la tienda.—Construcción de una balsa.—Carga y embarque.—Dos noches en el río.—Llegada á «French-den.»

Ya pueden figurarse nuestros lectores la acogida que se hizo á los cuatro exploradores: Gordon, Cross, Baxter, Garnett y Webb les dieron un abrazo, y los pequeños se les colgaron del cuello.

Habían tenido tanto miedo de no volverlos á ver, temían que se hubiesen extraviado, que hubieran caído en mano de los indígenas, ó que hubieran sido pasto de algunos animales carnívoros: hubo, en fin, exclamaciones de júbilo y buenos apretones. *Phann* tomó parte, como era natural, en aquella alegría, y mezclaba sus ladridos á los *hurras* de los niños.

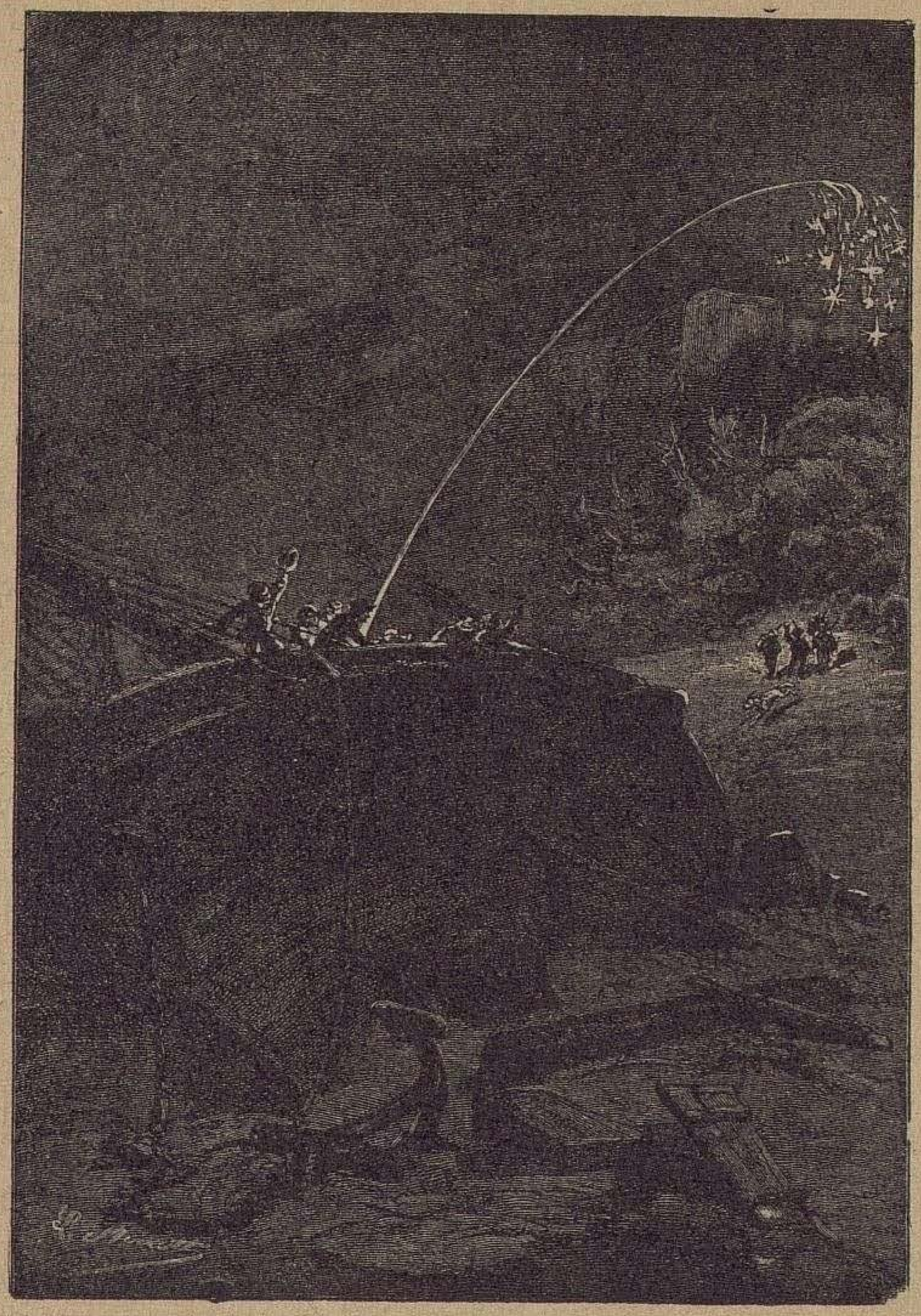
Ya estaban de vuelta, y no quedaba más que saber el resultado de la expedición; pero como se encontraban cansados, lo dejaron para el siguiente día.

—¡Estamos en una isla!

Esto fué todo lo que Briant dijo, y era lo bastante para que el porvenir apareciese bajo los más sombríos colores. A pesar de eso, Gordon acogió la noticia sin mucho desaliento.

—¡Bueno! lo esperaba, parecía decir, y no me sorprende.

Al día siguiente, al amanecer, los mayores, Gordon, Briant, Doniphan, Baxter, Cross, Wilcox, Service, Webb, Garnett, y también Mokó, que era de buen consejo, se reunieron en la proa del yate, mientras los demás dormían. Briant y Doniphan tomaron la palabra, cada uno á su vez, poniendo á sus compañeros al corriente de cuanto les había sucedido. Dijeron que una calzada colocada en un río y los restos de un *ajoupa* ó choza oculta en un espeso matorral, les habían hecho creer que el país estaba habitado. Manifestaron que aquella vasta extensión de agua que había creído el mar, no era otra cosa que un lago; explicaron cómo nuevos indicios les



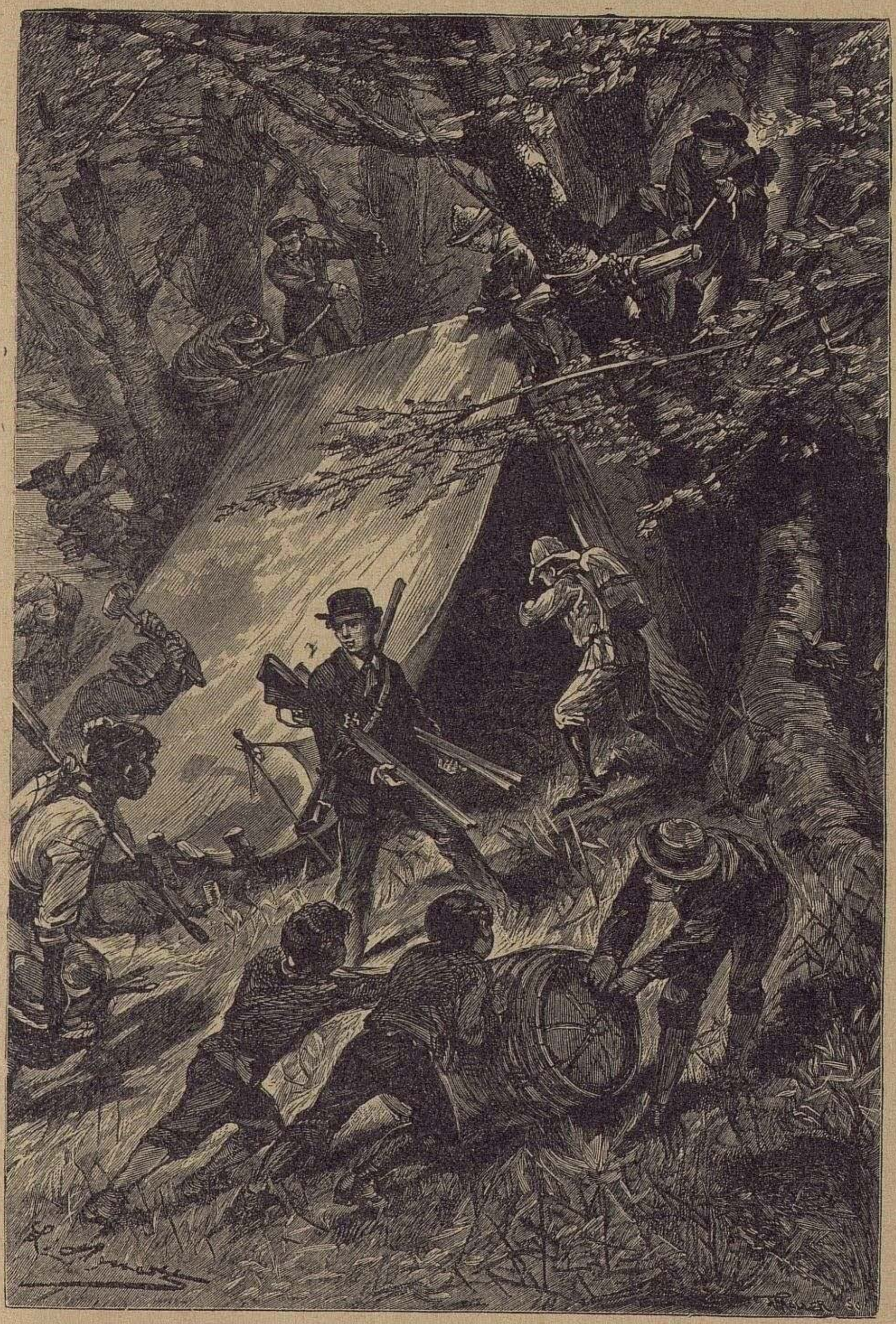
Gordon disparó desde el buque algunos cohetes.

habían conducido hasta la cueva, cerca del sitio de donde el río salía de aquella inmensa laguna; y, por fin, refirieron el descubrimiento del esqueleto de Francisco Baudoin y el hallazgo del cuaderno y del mapa levantado por el náufrago, que indicaba que era una isla aquella tierra en la que se había perdido el *Sloughi*.

Briant y Doniphan no omitieron ningún detalle, y después de su relato, todos juntos, mirando aquel mapa, comprendieron que no podían hacer nada, y que la salvación tenía que venir de fuera. El que menos se asustó fué el americano. Gordon no tenía familia que le esperase en Nueva Zelandia, así es que con su espíritu práctico, metódico y organizador, la idea de fundar y regir una pequeña colonia no le asustaba. Veía en ello una ocasión de ejercitar sus gustos naturales, y procuró dar alientos a sus compañeros, prometiéndoles, si querían secundarle, una existencia bastante soportable.

El americano, después de examinar detenidamente el mapa de Francisco Baudoin, y viendo las grandes dimensiones de la isla, creyó imposible que no estuviese señalada en el mapa del Pacífico del atlas de Stieler. Pero después de un detenido examen se convenció de que, fuera de los archipiélagos, cuyo conjunto comprende la Tierra de Fuego, el de la Desolación, de la Reina Adelaida, de Clarence, etc., ningún otro constaba en aquellos mares. Era, pues, una isla desconocida, no pudiendo tampoco saber su situación en el Pacífico, por carecer de instrumentos necesarios al objeto.

M.C.D. 2018



Instalaron la tienda y trasladaron a ella camas, armas y utensilios.

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

De todo lo ocurrido, observado y calculado, se decía que era preciso proceder á una instalación definitiva antes de que llegase el invierno.

—Lo mejor será que vivamos en la cueva que hemos descubierto, dijo Briant, puesto que nos ofrece un abrigo seguro.

—¿Es bastante grande para que quepamos todos? preguntó Baxter.

—No, respondió Doniphan: tal cual es, estaremos bastante estrechos; pero me parece fácil agrandarla. Tenemos herramientas y...

—Tal vez no estemos con mucha comodidad, observó otro joven; de cualquier modo, es necesario ir allá, y luego veremos.

—Y sobre todo, añadió Briant, trasladémonos lo más pronto posible.

Gordon, apoyando el parecer de este último, dijo que era, en efecto, muy urgente, porque el *schooner* cada vez se hacía menos habitable, en atención á que las últimas lluvias, seguidas de calores bastante fuertes, habían contribuído á que se abriera por muchos lados, y el aire y el agua penetraban por varios sitios á la vez; y si por causa del equinoccio, que duraba aún, se desencadenase una borrasca en aquella costa, el *Sloughi* se haría pedazos en pocas horas. Era urgentísimo, por lo tanto, abandonarle en seguida y destrozarlo después para utilizar lo que pudiera sacarse de él, vigas, tablas, hierro, cobre, y llevarlo todo á *French-den* (gruta francesa), nombre que dieron á la cueva, en recuerdo al pobre náufrago.

—Y mientras tanto, ¿dónde habitaremos? preguntó Doniphan.

—Levantaremos una tienda de campaña á orillas del río, entre los árboles, respondió Gordon.

—Ese es el mejor partido que podemos tomar, dijo Briant, y conviene hacerlo sin perder una hora.

Urgía, en efecto, empezar, porque se necesitaba lo menos un mes de trabajo asiduo para descargar el material y las provisiones, desbaratar el yate y construir una balsa para acarrearlo todo antes de Mayo, que, como es sabido, corresponde á Noviembre en el hemisferio boreal.

Con mucha sensatez había escogido Gordon la orilla del río para establecer el nuevo campamento, puesto que el transporte debía verificarse por agua, dado que no era posible otra vía más directa ni más cómoda, porque aprovechando durante varios días la marea alta que alcanzaba hasta el lago, una balsa llegaría á su destino sin demasiado trabajo.

Ya sabemos que la parte superior de aquel río era navegable, y Briant y Mokó, en una nueva excursión que hicieron en la canoa, reconociéndolo hasta la hondonada, pudieron cerciorarse de que ningún obstáculo se oponía á su proyecto.

Los días siguientes se emplearon en disponer el nuevo campamento. Ataron con buenas cuerdas las ramas más bajas de diferentes hayas, que sirvieron de sostén á la gran vela de repuesto del yate, y fijándola en el suelo por fuertes amarras, llevaron allí las camas, los utensilios de primera necesidad, las armas, municiones y los fardos que contenían las provisiones de boca. Como la balsa debía construirse con los restos del *schooner*, era necesario proceder cuanto antes á su demolición.

El tiempo no podía ser mejor; y si bien soplaba á veces un viento bastante fuerte, como venía de tierra, no interrumpía para nada el trabajo de nuestros náufaagos.

El 15 de Abril ya no quedaban en el buque más que los objetos de gran peso, las goas de plomo sirviendo de lastre, la hornilla y otros que no podían moverse sin un aparato adecuado. En cuanto á las cosas propias del buque, vergas, obenques, cadenas, áncoras, amarras y demás, todo estaba ya cerca de la tienda.

No tenemos por qué decir que no se descuidaban en proveer á las necesidades de cada día. Doniphan, Webb y Wilcox consagraban algunas horas á la caza, y los pequeños recogían mariscos en cuanto la marea dejaba en descubierto los arrecifes. Daba gusto ver á Jenkins, Iverson, Dole y Costar moverse como una nidada de polluelos entre las rocas; algunas veces se mojaban las piernas, lo que les valía un regaño de Gordon, mientras Briant los disculpaba. Santiago acompañaba también en sus ocupaciones á los pequeños, pero sin participar jamás de su alegría.

El trabajo marchaba, pues, á las mil maravillas, con un método en el que se conocía la intervención del americano, cuyo sentido práctico no le abandonaba nunca. Doniphan se doblegaba á sus órdenes, lo que no hubiera hecho con Briant

M.C.D. 2018

ni con nadie. En suma, reinaba un perfecto acuerdo entre todos.

La segunda quincena de Abril no fué tan buena. La temperatura tuvo una baja sensible, y varias veces, por la madrugada, el termómetro señaló cero. Por precaución, creyeron conveniente ponerse trajes de más abrigo, especialmente los pequeños, cuyo cuidado constituía la incesante preocupación de Briant. Tenía con ellos suma vigilancia, ya para que no se enfriasen los pies, ya para que no se expusieran á un aire frío cuando estaban sudando. Al menor constipado les obligaba á acostarse al lado de un buen brasero, que no se apagaba ni de noche ni de día. Varias veces, Dole y Costar, por hallarse resfriados, no pudieron salir de la tienda; pero Mokó, por indicaciones de Briant, no ahorraba las tisanas, cuyos ingredientes habían encontrado en el botiquín del *schooner*.

Comenzó el desarme del yate: las planchas de cobre que cubrían los costados del buque se quitaron con muchísimo esmero para que, conservadas en buen estado, pudiesen servir en *French-den*, ó sea en la cueva francesa; y una vez arrancado el blindaje, las tenazas, las pinzas y los martillos ayudaron á demoler el casco. Este trabajo lo hacían los pobres chicos con mucha lentitud; pero el 25 de Abril una borrasca vino á ayudarles con apreciable oportunidad.

Durante la noche, no obstante el mucho frío que hacía, se levantó una violenta tormenta; los relámpagos alumbraban el espacio, y el ruido del trueno no cesó en toda la noche, con gran espanto de los pequeños. Felizmente no llovió; pero fué necesario atar varias veces la lona, que el viento amenazaba arrancar, y si resistió, fué merced á la corpulencia de los árboles que la sostenían. No sucedió así con el yate, que, expuesto á los golpes del mar, se deshizo por completo. He aquí por qué dijimos que la borrasca había auxiliado en su trabajo á nuestros náufragos con oportunidad apreciable.

Vueltos al siguiente día á su ocupación, no tuvieron otra cosa que hacer sino recoger los restos del buque y transportarlos á la orilla derecha del río, á algunos pasos de la tienda. Gran trabajo, en verdad; mas con tiempo, aun cuando no sin gran fatiga, se llevó á buen fin. Era cosa curiosa verlos enganchados á algún pesado madero tirando todos á la vez y excitándose por mil gritos; las cuerdas les servían de palanca, y con maderos redondos hacían correr las cosas de más peso. ¡Lástima que esos pobres muchachos no tuviesen consigo al padre de Briant y al de Garnett, porque el ingeniero y el capitán les hubieran corregido muchas faltas que cometieron y debían cometer aún! Sin embargo, Baxter de una inteligencia privilegiada en cuanto á mecánica, desplegó mucha destreza y mucho celo.

Por fin, el 28 por la noche todo lo que quedaba del *Sloughi* había sido llevado al sitio de embarque. Lo más difícil estaba hecho, puesto que el río era el encargado de llevarlo todo á *French-den*.

—Desde mañana empezaremos á construir la balsa, dijo Gordon.

—Sí, añadió Baxter; y para no tener que lanzarla luego al agua, propongo que la construyamos en la superficie del río.

—No será nada cómodo, dijo Doniphan.

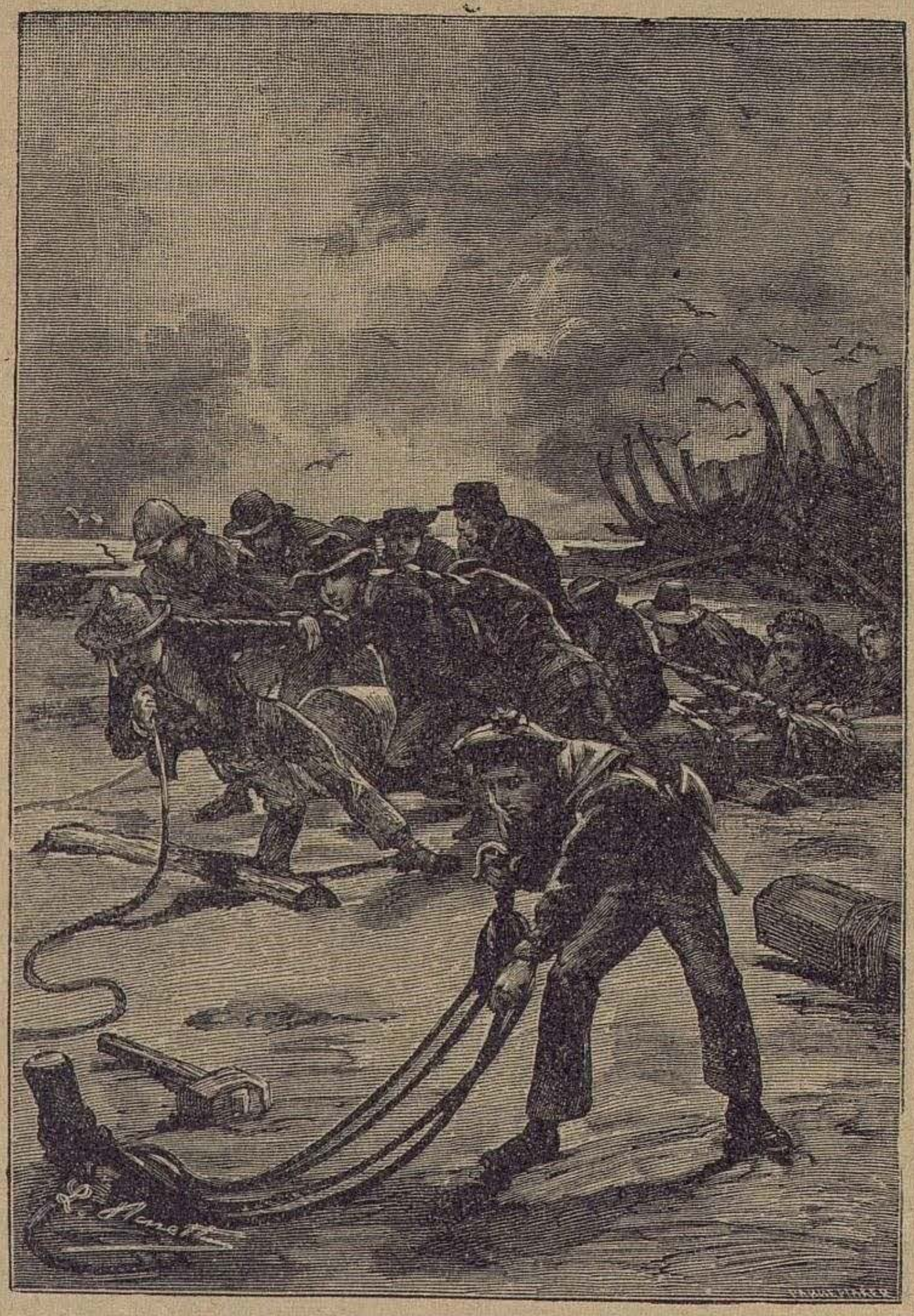
—No importa, probemos, respondió el americano. Si tenemos más trabajo para armarla, no tendremos que cavilar para ponerla á flote.

Este modo de proceder era, en efecto, preferible, y aceptado por todos desde la siguiente mañana, se dispusieron los primeros maderos de aquella balsa, que había de ser de dimensiones bastante grande para recibir una carga muy pesada.

Las vigas arrancadas del *schooner*, la quilla partida en dos, el palo de mesana, el trozo del mayor roto á tres ó cuatro pies del puente, el bauprés y la verga de mesana, habían sido transportados á un sitio de la orilla, que no cubría la marea sino en la pleamar. Esperaron, pues, aquel momento, y cuando el flujo levantó los maderos, los empujaron hacia el río, en donde los reunieron con otros más pequeños, colocados en sentido inverso, atándolos fuertemente. De este modo obtuvieron una base sólida de unos treinta pies de largo por quince de ancho. Trabajaron sin descanso durante todo el día, y cuando la noche llegó, Briant tuvo la precaución de atar los maderos á los árboles para que la pleamar no se lo llevara todo río arriba, ni la marea baja hacia el mar.

Cansadísimos después de tan laborioso

M.C.D. 2018



Arrastraban entre todos las piezas que quitaban del yate.

día, cenaron con gran apetito y durmieron sin despertarse hasta la mañana siguiente.

Tratábase ahora de colocar la plataforma de la balsa; utilizaron para ello las tablas del puente y del casco del *Sloughi*.

Esta tarea necesitó tres días, á pesar de la prisa con que trabajaban, porque no había tiempo que perder, en atención á que algunas cristalizaciones se iban formando ya en la superficie de los charcos y también en las orillas del río. El abrigo de la tienda era también insuficiente, á pesar del brasero, y apenas si se resguardaban del frío apretándose unos contra otros, envueltos en las mantas. Era imprescindible apresurarse para empezar la instalación definitiva en *French-den*, porque allí, así á lo menos lo esperaban, sería posible resistir los rigores del invierno, tan rudos en aquellas latitudes; así es que colocaron la plataforma del mejor modo posible para que no se deshiciera en el camino y se hundiese todo el material en el lecho del río, que eso hubiera sido para ellos de penosa y tristísima trascendencia.

—No importa que tardemos veinticuatro horas más, dijo Wilcox.

—Sí importa, repuso Briant, pues tenemos interés en concluir antes del día 6 de Mayo.

—¿Por qué? preguntó Gordon.

—Pasado mañana entramos en el plenilunio, repuso Briant, y las mareas crecerán durante algunos días. Cuanto más fuertes sean, más nos ayudarán á remontar el curso del río. Piénsalo bien, Gordon; si tuviésemos que sirgar, es decir, tirar de la balsa con cuerdas ó empujarla

con bicheros, jamás llegaríamos á vencer la corriente.

—Tienes razón, respondió el americano; es preciso partir, lo más tarde, dentro de tres días.

Y convinieron en no descansar hasta que todo estuviese concluído.

El 3 de Mayo se ocuparon del cargamento, y lo hicieron con el cálculo y cuidado necesarios para que al marchar la balsa no perdiera el equilibrio.

Todos trabajaron, cada uno según sus fuerzas. Jenkins, Iverson, Dole y Costar fueron los encargados de acarrear las cosas más menudas, como utensilios, herramientas é instrumentos, y ponerlos sobre la plataforma, en donde Briant y Baxter las disponían metódicamente, siguiendo las indicaciones de Gordon. En cuanto á los objetos de más peso, Baxter estableció una especie de cabrestante con poleas encontradas á bordo, lo que permitió levantar los fardos con más facilidad y dejarlos caer sin choque alguno en la balsa.

Procedieron con tanta prudencia y celo, que en la tarde del 5 de Mayo cada objeto estaba en su sitio, no restándoles más que hacer que soltar las amarras. Esto se llevaría á efecto al día siguiente, á las ocho de la mañana, hora en que la marea empezaría á influir en la embocadura del río.

Todos se hallaban satisfechos de su obra: los pequeños operarios pensaban que, concluído su trabajo, iban á poder descansar hasta la noche, descanso bien merecido por cierto; pero no sucedió así, pues una proposición muy razonable del americano les dió aún que hacer.

—Compañeros, dijo; pues que vamos á alejarnos de la bahía, no podremos vigilar el mar, y si algún buque viniera por este lado, sería imposible hacer señales pidiendo amparo; así es que opino que colocando un mástil en el acantilado con una bandera, bastará, así lo espero, para llamar la atención de cualquier barco que pase cerca de la isla.

La proposición se aceptó por unanimidad, y uno de los palos fué arrastrado hasta el pie de las rocas, cuyo talud, cerca de la orilla del río, ofrecía una pendiente bastante fácil de subir. Cuando llegaron á la cima, plantaron el mástil á una profundidad bastante grande para que resistiese á los embates de los vientos, y por medio de una cuerda, Baxter izó el pabellón inglés, que Doniphan saludó con una descarga de su escopeta.

—¡Hombre, hombre! dijo Gordon dirigiéndose á Briant; mira á Doniphan, que acaba de tomar posesión de la isla en nombre de Inglaterra.

—Me extrañaría mucho que no le perteneciera ya, respondió Briant.

Gordon hizo una mueca, en són de protesta, pues él, según el modo que tenía de hablar cuando se ocupaba de aquella isla, daba á entender que la creía americana.

El 6 de Mayo, á la salida del sol, todos estaban en pie, y comenzaron á deshacer la tienda y á transportar las camas á la balsa, cubriéndolo todo con las velas para que ningún objeto sufriera desperfecto alguno.

A las siete los preparativos estaban terminados. La plataforma se había dispuesto de tal modo, que podían instalarse en ella dos ó tres días, si necesario fuese; y en cuanto á las provisiones. Mokó había apartado lo preciso para el viaje, sin necesidad de encender fuego.

A las ocho y media se colocaron todos en la balsa, poniéndose los mayores en los bordes, armados con bicheros ó palos, único medio de dirigirla.

Un poco antes de las nueve la marea empezó á subir, y entonces un crujido sordo se dejó oir en el maderamen; pero después de este esfuerzo, ninguna dislocación era de temer.

—¡Atención! gritó Briant.

—¡Atención! replicó Baxter.

Ambos estaban junto á las amarras que detenían la embarcación por delante y por detrás.

—¡Estamos prontos! exclamó Doniphan, colocado con Wilcox en la parte anterior de la plataforma.

Y después de asegurarse de que la balsa andaba á impulsos de la marea, Briant gritó:

—¡Largad!

La orden fué ejecutada sin dilación, y libre ya de toda amarra, la debil embarcación remontó lentamente la corriente, llevando á remolque la canoa.

La alegría fué general cuando vieron que aquella pesada máquina se ponía en movimiento, y de seguro que si hubieran

M.C.D. 2018

construído un navío de tres puentes, no hubiesen estado más satisfechos.

¡Perdonémosles este pequeño sentimiento de vanidad!

La orilla derecha, llena de árboles, era algo más elevada que la izquierda, estrecho ribazo que seguía á lo largo de los pantanos. Briant, Baxter, Doniphan, Wilcox y Mokó ponían todo su cuidado en evitar que la embarcación atracase en aquélla orilla, manteniéndola lo más cerca posible de la derecha, en donde el flujo se hacía sentir con más fuerza.

El curso del río, desde su salida del lago hasta su embocadura, era de unas seis millas, y como no podían recorrer más que dos durante la pleamar, necesitarían lo menos tres días para llegar á *French-den*.

A las once, iniciándose ya el descenso de las aguas, se apresuraron á amarrar fuertemente la balsa para que no retrocediera, pues si es verdad que podían también aprovechar la marea de la noche, no era razonable aventurarse en la oscuridad.

—Creo que cometeríamos una imprudencia, dijo Gordon, porque los choques podrían ocasionarnos desperfectos, y soy de parecer que no viajemos más que de día.

Esta proposición era demasiado sensata para no obtener la aprobación general, pues valía más tardar que comprometer el precioso cargamento entregado á la corriente del río.

Como tenían que estar medio día y una noche entera en el mismo sitio, Doniphan y sus compañeros de caza, aprovechando la ocasión y seguidos de *Phann*, desembarcaron en la margen derecha.

Gordon les recomendó que no se alejaran mucho, lo que tuvieron en cuenta, trayendo, sin embargo, dos hermosas avutardas y varias perdices, que conservó Mokó para la primera comida que hicieran en la cueva francesa.

Durante aquella pequeña excursión, Doniphan no descubrió ningún indicio que revelase la presencia antigua ó reciente de seres humanos, siendo lo único que llamó su atención algunos volátiles de gran tamaño que huían precipitadamente por entre los matorrales.

El día acabó sin novedad, y Baxter, Webb y Cross, prontos á cualquier evento, velaron toda la noche, hasta que, llegadas las nueve y tres cuartos de la mañana, comenzaron á navegar en las mismas condiciones que la víspera.

La noche había sido fría, y el día lo fué también. Era, por lo tanto, urgente que llegasen cuanto antes á su nueva morada, pues ¿qué sería de ellos si el río se helara ó si algún témpano saliera del lago dirigiéndose á la Bahía de Sloughi? Y sin embargo, no era fácil andar más aprisa durante el flujo, é imposible remontar la corriente en la bajamar.

A la una de la tarde hicieron alto al lado de la hondonada que Briant y sus compañeros habían visto á su vuelta á la bahía Sloughi, y Mokó, Doniphan y Wilcox montaron en la canoa para reconocer aquel barranco, no deteniéndose sino por falta de agua. Este charco parecía ser una prolongación de los pantanos, y muy rico en aves acuáticas. Doniphan mató algunas chochas, que se guardaron con las avutardas y las perdices.

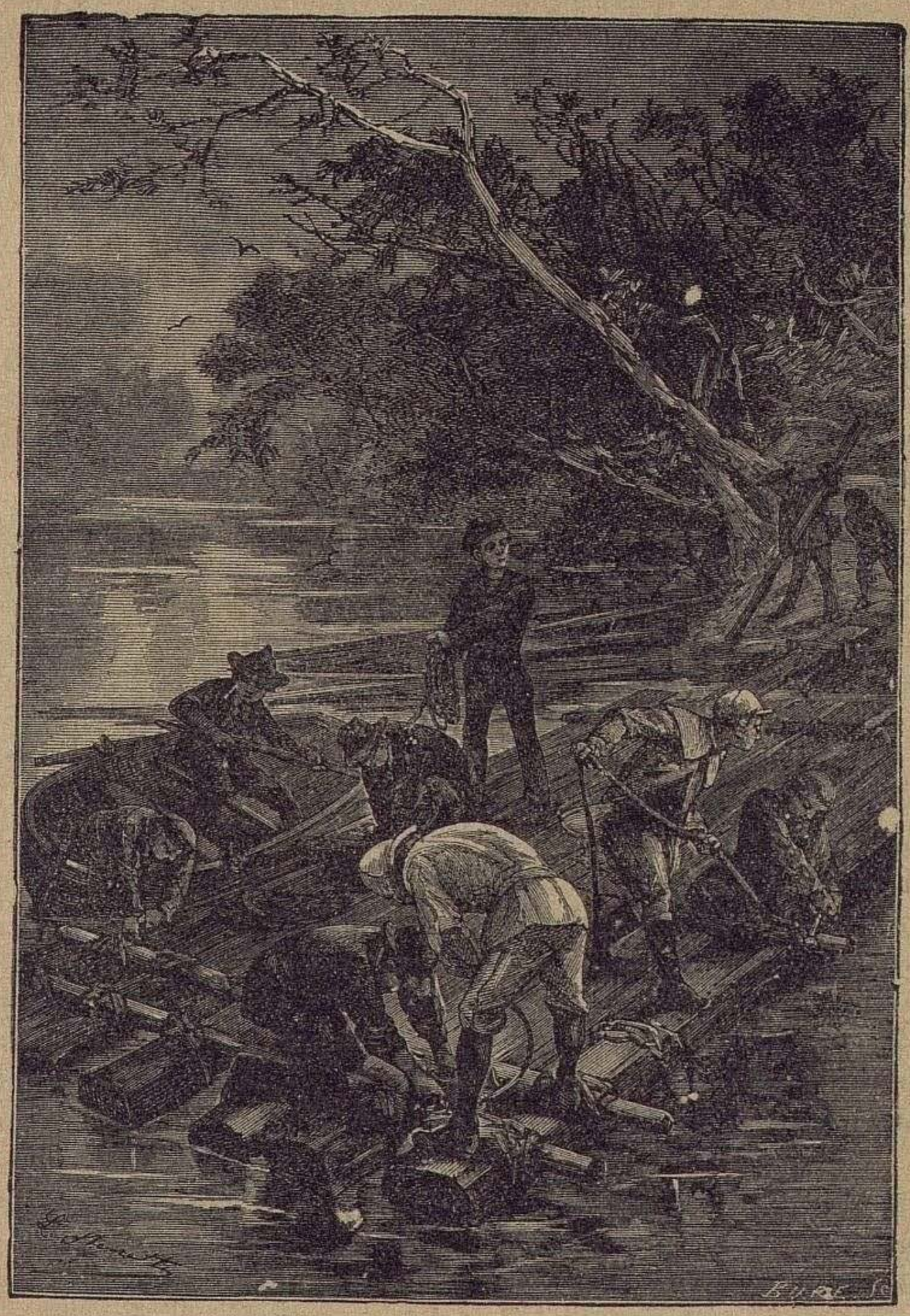
La noche fué tranquila, pero glacial, y á pesar de todas las precauciones que se tomaron, sufrieron mucho frío sobre aquellas tablas, especialmente los pequeños, hasta el punto de que Jenkins é Iverson, dejándose llevar de su mal humor, se quejaron por haber dejado el campamento de *Sloughi-bay*, siendo preciso que Briant les diera aliento con caricias y dulces palabras.

Por fin, al día siguiente por la tarde, y con la ayuda de la marea, que duró hasta las tres y media, la balsa llegó cerca del lago y atracó á la orilla, frente á *French-den*, ó sea la cueva de Francisco Baudoin.

III

Primeras disposiciones en el interior de «French-den.»—Descarga de la balsa.—Visita á la tumba del náufrago.—Gordon y Doniphan.—La hornilla de la cocina.—Caza de pelo y de pluma.—El nandú.—Proyectos de Service.—Se acerca el invierno.

El desembarque se verificó en medio de los gritos de júbilo de los pequeños, para los que todo cambio en la vida ordinaria equivalía á un nuevo juego. Dole brincaba



Los muchachos construyeron una sólida balsa.

en el ribazo como un cabrito; Iverson y Jenkins corrían hacia el lago, mientras que Costar, hablando aparte con Mokó, le decía:

—Nos has prometido una buena comida, grumete.

—Pues bien, pasaréis sin ella, señor Costar, respondió Mokó.

—¿Y por qué?

—Porque no tendré tiempo de guisar hoy.

—¡Cómo! ¿No se comerá?

—No, pero se cenará, y las avutardas no serán menos buenas en la cena.

Y Mokó se reía, enseñando sus hermosos y blancos dientes.

El niño, después de darle una palmadita en el hombro en señal de buena amistad, fué á reunirse á sus compañeros, y Briant dió á todos ellos orden de que no se alejaran, con el fin de no perderlos de vista.

—¿No vas con ellos? preguntó á su hermano.

—No, prefiero estar aquí, respondió Santiago.

—Mejor sería que hicieras un poco de ejercicio, repuso Briant. ¡No estoy contento contigo, Santiago!... ¡Me ocultas algo!... ¿Estás malo?

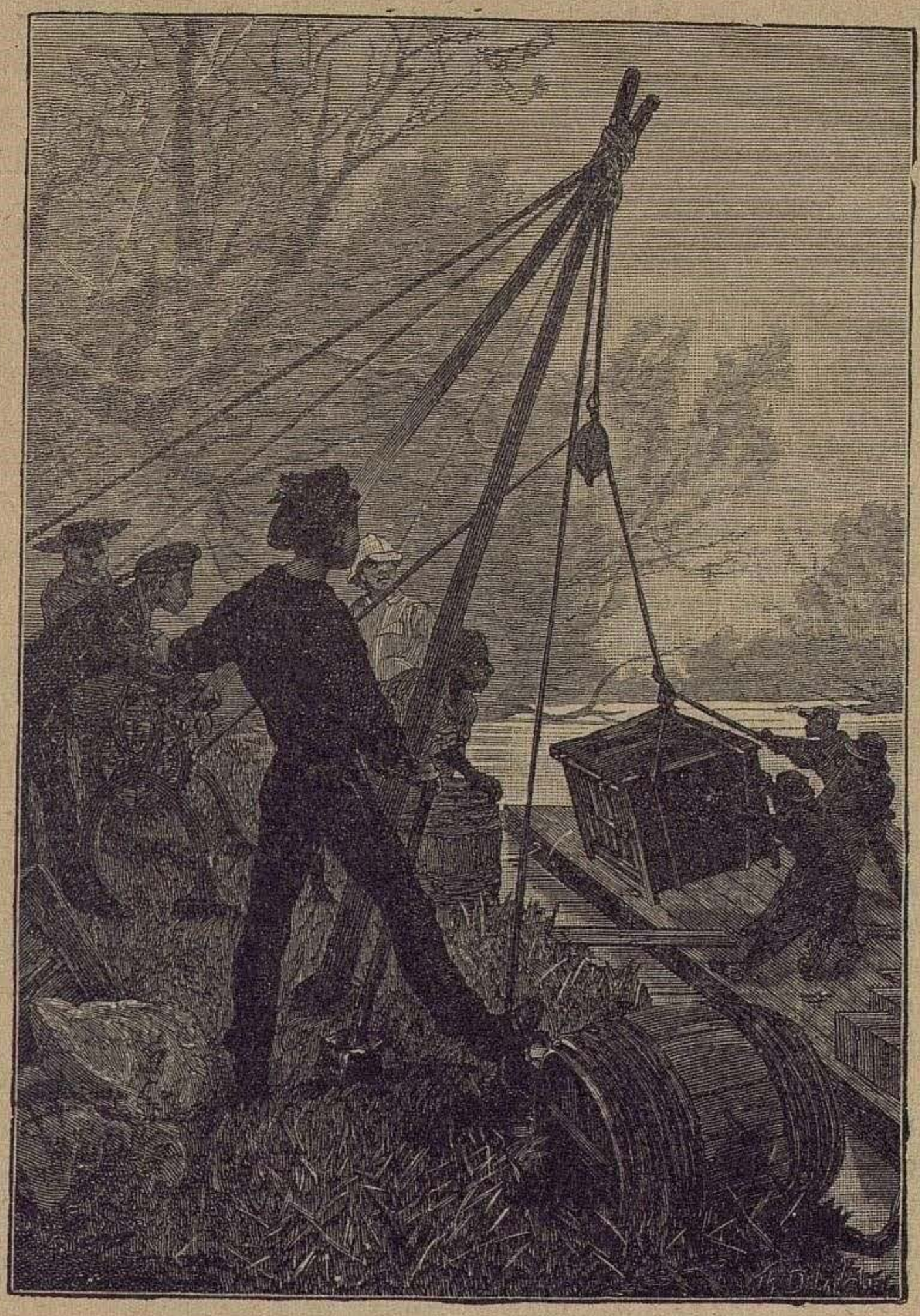
—No, no tengo nada.

Siempre la misma respuesta; esto preocupaba á Briant, que resolvió aclarar sus dudas, á trueque de reñir con su hermano.

Pero no había que perder tiempo si querían pasar la noche en la gruta.

Tratábase, en primer lugar, de que los

M.C.D. 2018



Baxter construyó una especie de cabrestante.

que no la conocían fuesen á verla; así es que, después de amarrar la balsa, Briant rogó á sus compañeros que le acompañasen, y el grumete se proveyó de un farol, cuya luz, aumentada por los cristales, despedía viva claridad.

Las malezas que tapaban el orificio de la cueva se encontraban en el mismo estado que las dejó Briant; prueba segura de que ningún ser humano ni animal habían penetrado en ella.

Después de apartar las ramas, todos se deslizaron por la estrecha abertura. Con la luz del farol, la gruta se alumbró mucho mejor que con las ramas de pino ó las velas del náufrago.

—¡Q estrechos vamos á estar aquí! dijo Bax r, que acababa de medir la profundidad de la gruta.

—¡Bah! exclamó Garnett: se ponen las camas unas encima de otras, como en un camarote...

—¿Para qué? replicó Wilcox; bastará colocarlas bien en el suelo...

—Entonces ya no quedará sitio para andar, dijo Webb.

—No, pero...

—Pero, le interrumpió Service, lo principal era que tuviésemos un abrigo. Supongo que Webb no pensaba encontrar aquí una habitación completa con salón, comedor, alcoba, sala de fumar, cuarto de baño...

—No, dijo Cross; pero sería menester un sitio en que se pudiera guisar.

—Guisaré fuera, dijo Mokó.

—Eso sería muy incómodo con el mal tiempo, dijo Briant. Así es que mañana

M.C.D. 2018

mismo debemos colocar aquí la hornilla del *Sloughi*.

—¡La hornilla en el mismo sitio en que tenemos que comer y dormir! replicó Doniphan con marcado disgusto.

—Pues bien, respirarás sales, lord Doniphan, exclamó Service soltando una carcajada.

—Si me conviene, señor pinche, replicó el altanero muchacho frunciendo el entrecejo.

—¡Vamos, vamos!... se apresuró á decir Gordon. Que la cosa sea ó no agradable, será preciso tener paciencia por ahora; además, la hornilla, no sólo servirá para guisar, sino también para calentarnos. En cuanto á agrandar esto, dado caso de que sea posible realizarlo, tenemos el tiempo que dure el invierno: contentémonos, pues, con lo que hay, é instalémonos lo mejor posible.

Antes de cenar, entraron todas las camas y las arreglaron unas al lado de otras encima de la arena.

Esta mudanza ocupó á los chicos hasta el anochecer, en cuya hora, transportando la mesa grande del comedor del yate, la colocaron en medio de la cueva, y Garnett, ayudado por los pequeños, que le traían los diversos utensilios de á bordo, se encargó de prepararla para la cena.

Mokó, que auxiliado por Service había dispuesto un hogar entre dos gruesas piedras al pie del contrafuerte del acantilado, encendió lumbre con ramas secas, que Wilcox y Webb fueron á buscar debajo de los árboles del ribazo, y á eso de las seis la olla esparcía un olor muy apetitoso, mientras que una docena de perdices colocadas en una barrita de hierro, se asaban delante de un buen fuego, encima de una gran fuente que recibía su jugo, y en la que Costar hubiese de buena gana mojado un trozo de galleta. Dole é Iverson daban concienzudamente vueltas al asador, y *Phann* los miraba con gran interés.

A las siete estaban todos reunidos en la única habitación de *French-den*, comedor y dormitorio á la vez. Los taburetes y sillas de tijera y de mimbres del *Sloughi*, habían sido traídos al mismo tiempo que los bancos del puesto de la tripulación. Nuestros muchachos, servidos por Mokó y por sí mismos, comieron opíparamente. Una buena sopa muy caliente, un trozo de *corned beef*, el asado de perdices, galleta en vez de pan, agua fresca con una tercera parte de *brandy*, un pedacito de queso de Chester y algunos vasos de *sherry* en los postres, les indemnizaron de las malas comidas de los días anteriores.

A pesar de la gravedad de su situación, los pequeños se entregaban á la alegría propia de su edad, y Briant no quiso reprimir ni su algazara ni sus risas.

Terminada la cena, y no obstante la fatiga del día, Gordon, guiado por un sentimiento de religioso respeto, propuso á sus compañeros hacer una visita á la tumba de Francisco Baudoin, cuya morada ocupaban ellos; y aceptada la idea por todos, nuestros jóvenes dieron la vuelta al contrafuerte y se detuvieron cerca de un montón de tierra, en el que se veía una cruz de madera; y entonces, los pequeños arrodillados y los mayores inclinados ante aquella tumba, dirigieron una oración á Dios por el alma del desgraciado náufrago.

A las nueve se acostaron, y Wilcox y Doniphan, que estaban de guardia, encendieron una gran hoguera á la entrada de la cueva para ahuyentar á los animales y caldear el interior de la gruta.

Al día siguiente, 9 de Mayo, y durante los tres sucesivos, se necesitó de todos los brazos para la descarga de la balsa, pues como las nubes se amontenaban ya con el viento Oeste, anunciando lluvia ó nieve, y el termómetro no se movía casi de cero, importaba mucho que cuantas cosas podían echarse á perder, municiones y provisiones sólidas y líquidas, se guardaran en *French-den*.

Por espacio de algunos días, y ante la urgencia del trabajo, los cazadores no se ocuparon mucho en dar culto á Diana; pero como las aves acuáticas abundaban sobremanera en la superficie del lago ó en los pantanos, Mokó no se encontró nunca desprovisto. Chochas, patos y cercetas daban á Doniphan ocasión de demostrar su destreza, sin abandonar su perentoria obligación, no obstante observar que Gordon no veía sin pena lo que costaba la caza en plomo y pólvora, y de saber que quería economizar las municiones, cuya exacta cantidad tenía apuntada en su cartera.

—Doniphan, es preciso escatimar los

M.C.D. 2018

tiros, le dijo un día; se trata de nuestro interés para lo porvenir.

—Convenido, respondió Doniphan; pero es necesario también economizar las conservas en aras de ese mismo interés, pues de no hacerlo así, nos arrepentiríamos de ello, si se presenta algún día la ocasión de dejar la isla...

—¡Dejar la isla! dijo Gordon. ¿Somos capaces acaso de construir un buque que pueda hacerse á la mar?

—¿Y por qué no? Hemos de intentarlo, para el caso de que se encuentre por aquí algún continente... No tengo yo ganas de morir en este desierto, como el compatriota de Briant.

—Bien está, respondió el americano; pero á pesar del deseo que tenemos todos de partir, no estará demás que nos habituemos á la idea de vernos obligados á permanecer aquí años y años.

—¡No desmientes tu carácter, Gordon! exclamó Doniphan. Estoy cierto de que te gustaría mucho fundar en estos parajes una colonia...

—Sin duda, si no se puede otra cosa.

—¡Ya lo creo! Mas juzgo que no serán muchos de tu parecer, ni siquiera tu amigo Briant.

—Ya tendremos tiempo de discutir esta cuestión, replicó Gordon. Y á propósito de Briant, permíteme que te diga que no te portas bien con él. Es un buen compañero, que nos ha dado muchas pruebas de cariño...

—¡Cómo no! replicó Doniphan con el tono desdeñoso peculiar en él. Briant tiene todas las buenas cualidades. Es una especie de héroe...

—No, Doniphan. Tiene defectos, lo mismo que nosotros; pero tus sentimientos respecto de él pueden traer una desunión que haría mucho más penosa nuestra existencia. Briant es estimado de todos...

—¡Oh, de todos! Mucho decir es eso.

—Lo es de la mayor parte, y no sé por qué Wilcox, Cross, Webb y tú no queréis hacer caso de nada de lo que dice. Es una observación amistosa la que te hago, Doniphan, y estoy cierto de que reflexionarás acerca de ella...

—Ya está hecho, Gordon.

El americano conoció bien claramente que aquel orgulloso muchacho estaba poco dispuesto á seguir sus consejos, y esto le afligía mucho, haciéndole prever grandes disgustos para el porvenir.

Ya hemos dicho que la descarga de la balsa necesitó tres días, y que una vez terminada esta operación, no les quedaba otro quehacer sino el de desbaratar aquella embarcación, cuyas maderas y tablas podían utilizarse en el interior de *French-den*.

Desgraciadamente, no cupo todo el material en la cueva; y si ésta no se podía agrandar, tendría que construirse un sotechado para poner los fardos al abrigo de la intemperie. Mientras tanto, siguiendo los consejos de Gordon, aquellos objetos fueron amontonados en el ángulo del contrafuerte y cubiertos con lonas embreadas.

El día 13, Baxter, Briant y Mokó procedieron á la armadura de la hornilla, que, arrastrada sobre maderos redondos hasta el interior de la gruta, fué instalada junto á la pared de la derecha, cerca de la entrada, para que el tiro se efectuase en mejores condiciones. La colocación del tubo presentó alguna dificultad; pero como las paredes eran de piedra caliza no muy sólida, Baxter llegó á perforarla, y pudo ajustar perfectamente el cañón de la chimenea para facilitar la salida del humo. Por la tarde, Mokó encendió lumbre, viendo con gran satisfacción que la hornilla funcionaba á las mil maravillas.

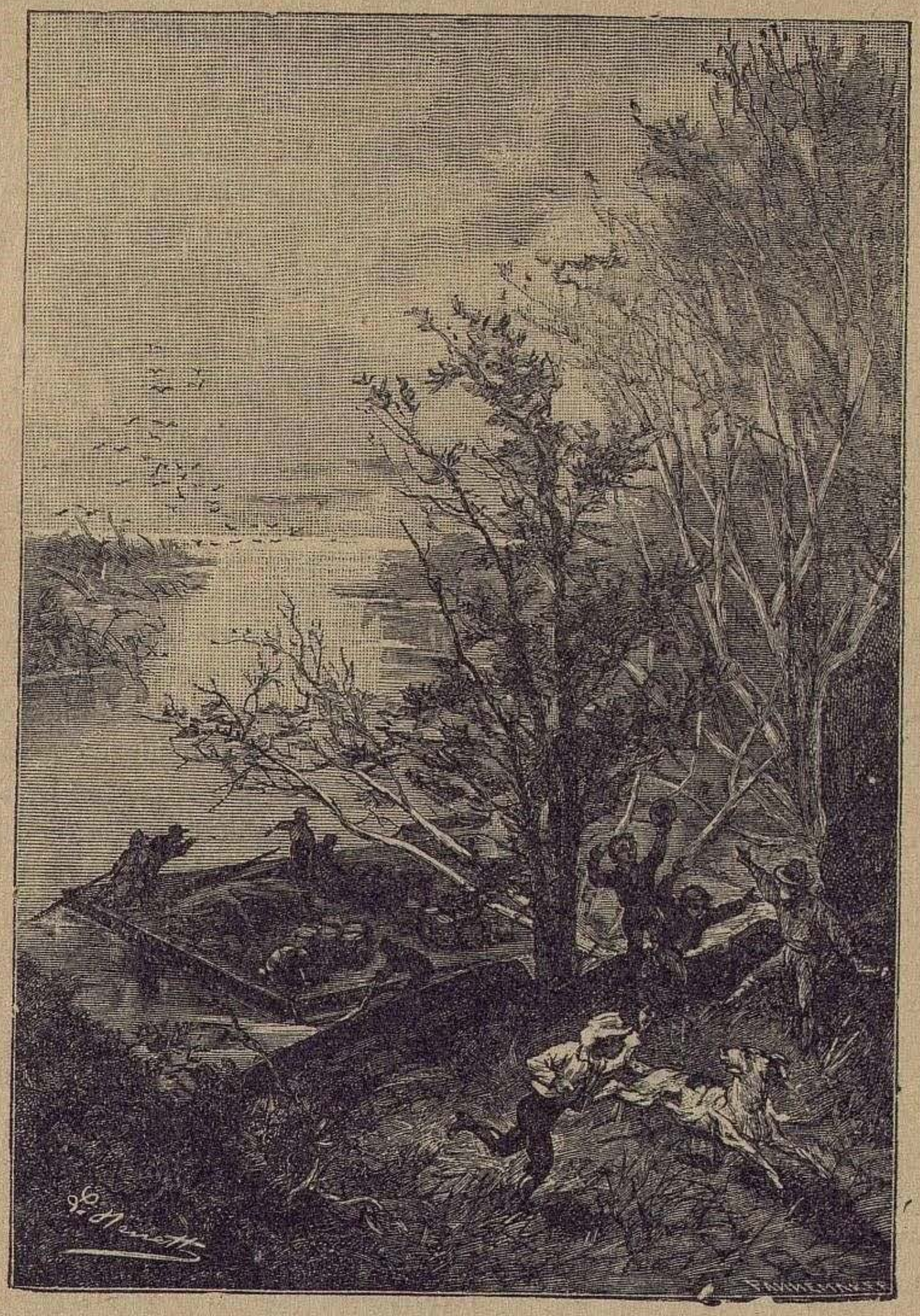
Durante la semana siguiente, Doniphan, Webb, Cross, Service, Wilcox y Garnett pudieron satisfacer sus aficiones de cazadores. Un día que se internaron en el bosque de abedules y hayas, á media milla de *French-den*, hacia el lago, encontraron en algunos sitios indicios seguros del trabajo del hombre, pues hallaron zanjas cubiertas con ramaje y bastante profundas, para que los animales que cayesen en ellas no pudieran salir; pero el estado de aquellas zanjas las denunciaba como muy antiguas, y una de ellas encerraba los restos de un animal cuya especie era difícil clasificar.

—Son huesos de una bestia de gran tamaño, dijo Wilcox saltando al fondo y sacando aquellos restos blanqueados por el tiempo.

—Son los huesos de un cuadrúpedo, añadió Webb; aquí están las cuatro patas.

—Como no sea que los haya aquí de cinco, respondió Service; en este caso se-

M.C.D. 2018



El desembarque se verificó en medio de la alegria de los pequenos.

ría un carnero ó una ternera fenomenal.

—Siempre te estás burlando, Service, dijo Cross.

—Las bromas inocentes no están prohibidas, dijo Garnett.

—Lo cierto es, repuso Doniphan, que esta bestia debía ser grande. ¡Mirad qué cabeza y qué mandíbulas armadas con sus colmillos! Service puede bromear cuanto quiera; pero si este animal resucitara, me parece que nuestro jocoso compañero no tendría ganas de reir.

—¡Bien contestado! exclamó Cross, dispuesto siempre á apoyar á su primo.

—¿Supones, pues, preguntó Webb á Doniphan, que se trata de un carnívoro?

—No cabe duda.

—¿Un león? ¿Un tigre?... dijo Cross, no muy tranquilo.

—Si no es un tigre ó un león, es, por lo menos, un jaguar ó un conguar.

—¡Será preciso andar alerta! dijo Webb.

—¡Y no aventurarnos demasiado lejos! añadió Cross.

—¿Lo oyes, *Phann*? dijo Service, volviéndose hacia el perro. Hay fieras aquí.

Phann respondió con un alegre ladrido, que no demostraba ninguna inquietud.

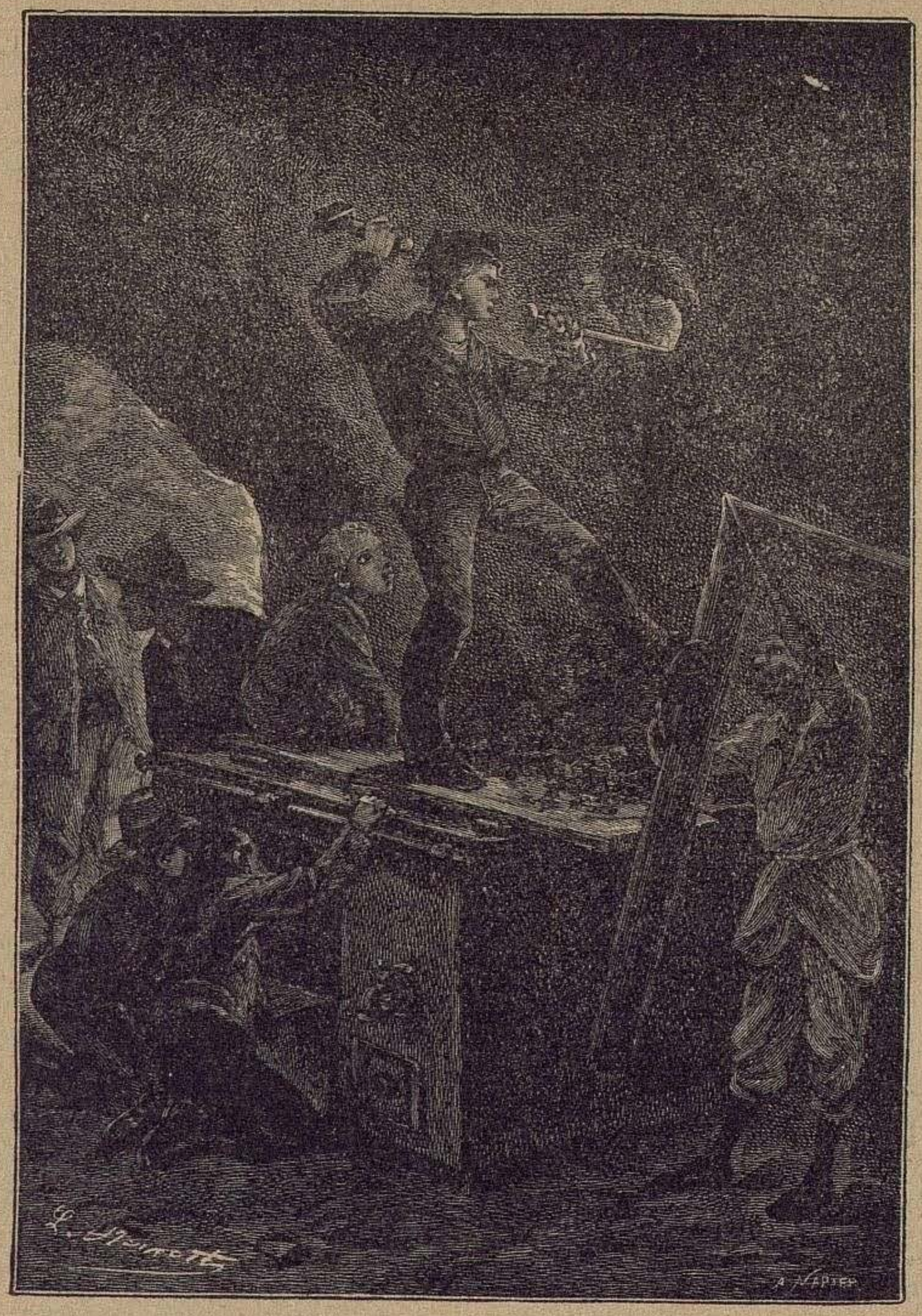
Nuestros cazadores se dispusieron á volver á su morada.

—Se me ocurre una idea, dijo Wilcox; y es la de que, si volviésemos á cubrir esta zanja, tal vez algún otro animal se dejaría coger en la trampa.

—Como quieras, respondió Doniphan; aunque me gusta más tirar á los animales en libertad que cogerlos en un foso.

Wilcox, llevado por su afición de armar

M.C.D. 2018



Baxter perforó la pared para dar salida á los humos de la estufa.

lazos, se apresuró á poner en práctica la idea. Sus compañeros le ayudaron cortando follaje y ramas, y colocando los palos más largos atravesados, disimulando después completamente con las hojas la abertura de la zanja. Para reconocer el sitio, Wilcox fué rompiendo algunas ramas hasta la orilla del bosque, y hecho esto, volvieron todos á la gruta.

La caza de pluma abundaba, abasteciendo la mesa de nuestros isleños. Además de las avutardas y de las perdices, se veía gran número de martinetes, cuyo plumaje, lleno de lunarcitos blancos, se parece al de las pintadas; y en cuanto á la caza de pelo, se componía de *tucutucos*, especie de roedores que podían reemplazar ventajosamente al conejo; de *maras*, liebres de un gris rojizo, con una media luna negra encima del rabo, cuya carne se parece mucho á la del aguti; de *pichis*, mamíferos de piel escamosa, que ofrece un alimento de sabor delicioso; de *pecaris*, que se parecen á pequeños jabalíes, y de *guaçulis*, iguales á los ciervos en cuanto á agilidad.

Doniphan mató algunos de estos animales; pero como era bastante difícil aproximarse á ellos, el consumo de plomo y de pólvora no estaba en relación con los productos, con gran disgusto del joven cazador.

Gordon le hizo ciertas observaciones, que ni sus compañeros ni él tuvieron en cuenta.

Durante estas excursiones, no dejaron tan laboriosos jóvenes de hacer un buen acopio de dos preciosas plantas reconocidas por Briant en su primera expedición

M.C.D. 2018

al lago: apio silvestre y berros, cuyos tallos pequeños tienen excelentes condiciones antiescorbúticas, y desde entonces estos vegetales figuraron como medida higiénica en todas las comidas.

No habiéndose helado aún la superficie del lago ni la del río, pescaron también algunas truchas y sollos que, como es sabido, son muy agradables al paladar, y no dejaban de abundar en aquellas aguas. Un día en que Iverson volvió triunfalmente llevando un magnífico salmón, con el que había luchado mucho tiempo, á trueque de romper las cañas, exclamaron sus compañeros:

—Si en la época en que este pescado remonta el río pudiéramos coger algunos, ¡qué buena cosa sería para el invierno!

Como es de suponer, nuestros incansables cazadores hicieron varias visitas á la trampa sin ningún resultado; pero un día, el 17 de Mayo, en que Briant y algunos otros fueron al bosque con objeto de ver si cerca de la gruta encontraban alguna cavidad natural que sirviera de almacén para los materiales, sucedió que, pasando cerca de la zanja, oyeron unos gritos guturales que salían de allí.

Briant se dirigió en seguida hacia aquel lado, mas le alcanzó Doniphan, que no quería nunca dejarse adelantar por nadie; los demás seguían á algunos pasos de distancia con las escopetas preparadas, mientras que *Phann* andaba con las orejas caídas y el rabo tieso.

Cuando estuvieron á unos veinte pasos del foso, los gritos redoblaron, y vieron entre las ramas un agujero bastante grande, producido sin duda por la caída del animal que dentro de la zanja estaba.

No sabiendo á qué especie pertenecía, era preciso estar preparados á todo evento.

—¡Anda, *Phann*, anda! gritó Doniphan.

El perro se lanzó en seguida ladrando, pero sin demostrar la menor inquietud.

Briant y Doniphan corrieron hacia la zanja, y cuando pudieron ver lo que era, exclamaron:

—¡Venid!... ¡Venid!...

—¿No es un jaguar? preguntó Webb.

—¿Ni un conguar? añadió Cross.

—No, respondió Doniphan: es un animal de dos pies; es un avestruz.

En efecto, así era, pudiendo felicitarse de que tales volátiles habitasen aquellos bosques, porque su carne es excelente, sobre todo la pechuga.

Sin embargo, si no era dudoso que fuese un avestruz de mediana estatura, su cabeza, parecida á la del ganso, y sus plumas de un gris blancuzco, le acusaban como perteneciente á la especie de los *nandús*, tan numerosos en medio de las Pampas del Sur de América; y aun cuando el nandú no puede entrar en comparación con el avestruz africano, el hallado en la trampa honraba, no obstante, la fauna del país.

—¡Es preciso cogerle vivo! dijo Wilcox.

—¡Ya lo creo! exclamó Service.

—No será fácil, respondió Cross.

—Probemos, repuso Briant.

Si el vigoroso animal no había podido escaparse, fué porque sus alas no le permitían elevarse al nivel del suelo, y porque sus patas no podían agarrarse á las paredes verticales de la zanja. Wilcox bajó, con gran riesgo de recibir algún picotazo que hubiera podido herirle de alguna gravedad; pero tuvo la suerte de tirar su blusa á la cabeza del volátil con tan buena estrella, que el avestruz fué reducido á la más completa inmovilidad, siendo entonces fácil atarlo por las patas, y entre todos consiguieron sacarlo del foso.

—¡Por fin le tenemos! exclamó Webb.

—¿Y qué haremos con él?... preguntó Cross.

—¡Es muy sencillo! replicó Service, que no dudaba de nada. Le llevamos á *Frenchden*, le amansaremos, y nos servirá de montura. Me encargo de él, y obraré en un todo siguiendo el ejemplo de mi amigo Jack, el del *Robinsón Suizo*.

Poco probable era utilizar el avestruz con arreglo á los deseos de Service, á pesar del precedente por él citado; pero como no había inconveniente en llevarlo á la gruta, así se verificó.

Cuando Gordon vió llegar al nandú, se asustó, tal vez pensando que era una boca más que alimentar; pero acordándose de que las hierbas y las hojas bastarían para su manutención, le hizo buena acogida. En cuanto á los pequeños, fué una alegría para ellos admirar aquel animal y acercarse á él después que le hubieron atado con una cuerda; y al saber que Service se proponía domesticarlo hasta el punto de poderlo montar, le hicieron prometer que los llevaría á la grupa.

M.C.D. 2018

—Sí, sí, lo haré, si sois buenos, amiguitos, respondió Service, á quien los niños miraban como á un héroe.

—¡Ya lo veremos! exclamó Costar.

—¡Cómo! ¿Tú también, Costar? replicó Service. ¿Te atreverías á montar sobre este animal?

—Detrás de ti y agarrándome bien... creo que sí.

—Acuérdate bien del miedo que tuviste cuando estabas encima de la tortuga.

—No es lo mismo, respondió el pequeño, porque éste á lo menos no se meterá debajo del agua.

—No; pero puede irse por el aire, dijo Bole.

Estas últimas palabras dejaron á los niños pensativos.

Desde su llegada á la gruta, Gordon había organizado su vida y la de sus compañeros de una manera regular, y abrigaba el propósito de normalizar en lo posible, tan luego como la instalación fuese completa, las ocupaciones de cada uno, y sobre todo cuidar mucho de no dejar á los más pequeños abandonados á sí mismos. Sin duda que éstos se prestarían á ayudar á los mayores en la medida de sus fuerzas; pero ¿por qué no se habían de continuar las lecciones empezadas en el colegio Chairmán?

—Tenemos libros que nos permiten proseguir nuestros estudios, dijo Gordon, y lo que hemos aprendido y aprenderemos aún, justo es que se lo enseñemos á los niños.

—Sí, tienes razón, respondió Briant; y si algún día Dios permite que abandonemos esta isla y que volvamos al seno de nuestras familias, demostremos que no hemos perdido el tiempo.

Convinieron, pues, en que se redactaría un programa, y que después de sometido á la aprobación general, se seguiría escrupulosamente.

La idea era excelente: en los largos días de invierno, cuando ni grandes ni pequeños pudieran salir de la gruta, bueno sería que se ocupasen en algo y con provecho para su inteligencia; pero mientras tanto, lo que más incomodaba á los huéspedes de *French-den* era la estrechez de la única habitación que tenían, en la que estaban amontonados; era, por lo tanto, preciso consagrarse, sin dilación, á buscar los medios de agrandarla.

IV

Ensanche de «French-den.» — Ruido sospechoso. — Desaparición del perro. — Reaparición de éste. — Apropiación y mudanza del «hall.» — Mal tiempo. — Nombres dados á las diversas partes del territorio. — La isla Chairmán. — El jefe de la colonia.

Durante las últimas excursiones, nuestros jóvenes cazadores habían examinado muchas veces, y en todos sentidos, el acantilado, con la esperanza de encontrar alguna otra excavación que les sirviese de almacén en donde poder encerrar los géneros y el material que habían tenido que dejar fuera; mas como estas indagaciones no dieron ningún resultado favorable, les fué preciso volver á su primera idea, es decir, á la de añadir algunas habitaciones á la cueva de Francisco Baudoin.

Si las paredes de aquella gruta fueran de granito, aquellos niños no hubieran podido hacer de ningún modo semejante trabajo; pero en una piedra caliza que el pico ó el azadón desmoronarían sin grandes dificultades, les era fácil realizar su intento. La duración de la obra importaba poco, antes bien les daría ocupación para algún tiempo, y hecha con cierta parsimonia, podrían terminarla sin grandes fatigas y sin riesgos, disminuyéndose las probabilidades de producirse derrumbamientos ni filtraciones.

No había necesidad de hacer barrenos, toda vez que las herramientas bastarían, como habían bastado para perforar la pared y colocar el tubo de la hornilla. Además, Baxter, no sin gran trabajo en verdad, había ensanchado la abertura de la cueva lo bastante para cerrarla con una de las puertas del *Sloughi*, abriendo también á derecha é izquierda de la entrada dos ventanas que permitían que circulasen el aire y la luz con más facilidad en el interior de la gruta.

Hacía ya una semana que el mal tiempo se dejaba sentir, produciéndose violentas borrascas en la isla; mas gracias á su orientación, *French-den* no se resintió por ello.

Como los cazadores estaban casi ociosos por no tener más caza que algunas

M.C.D. 2018

aves acuáticas en las cercanías del lago, no congelado aún, pero próximo á estarlo, aprovecharon los malos días para emprender el trabajo de que hemos hablado antes, y el 27 de Mayo atacaron con el pico la pared de la derecha.

—Excavando en dirección oblicua, dijo Briant, es posible que desemboquemos hacia la parte del lago y consigamos así otra entrada á la gruta, cosa que nos ofrecería la ventaja de guardar mejor los alrededores, y la no menor de poder salir por un lado si el temporal no nos lo permitiese por el otro.

Cuarenta y cinco pies, á lo sumo, separaban la cueva del sitio indicado, no teniendo más que hacer una galería en aquella dirección, con ayuda de la brújula, y Baxter propuso abrirla algo estrecha para no producir derrumbamientos, dejando su ensanche para cuando la profundidad pareciera suficiente. De este modo reunirían las dos habitaciones por un corredor que podría cerrarse en sus dos extremos, y en el que abrirían lateralmente una ó dos cuevas.

Este plan era el mejor, teniendo, entre otras ventajas, la de facilitar con prudencia el sondeamiento del macizo, cuya perforación podía abandonarse con tiempo si se produjera alguna filtración.

Desde el 27 al 30 de Mayo, el trabajo se hizo en buenas condiciones, y como la piedra era muy blanda, fué preciso dar solidez á las paredes de la galería por medio de tablas, lo que no dejó de ser bastante embarazoso y difícil. Aun cuando no todos los muchachos podían ocuparse en aquella obra, á causa de la estrechez del sitio, no por eso estaban ociosos. Gordon y algunos de sus compañeros se entretenían en concluir de desbaratar la balsa, con el fin de que la plataforma y los maderos pudiesen destinarse á otros usos, no sin cuidar al mismo tiempo de los objetos amontonados en el ángulo del contrafuerte, pues las lonas, á pesar de estar embreadas, no los preservaban por completo de la humedad.

La abertura de la galería se hacía con mucha lentitud. Cuando tenía cuatro ó cinco pies de largo, un incidente inesperado llamó poderosamente la atención de los pequeños trabajadores, en la tarde del día 30 de Mayo.

Briant, acurrucado en el extremo de la misma, creyó oir un ruido sordo, que parecía provenir del interior de la piedra que perforaban, y suspendiendo su trabajo para escuchar con más atención, el ruido llegó distintamente á su oído.

Salir del agujero, ir en busca de Gordon y Baxter, y darles parte de lo que ocurría, fué obra de un instante.

—¡Ilusión! respondió Gordon. Has creído oir...

—Colócate donde yo estaba, dijo Briant; aplica el oído á la pared, y escucha.

Gordon se introdujo en la galería, saliendo algunos instantes después exclamando:

—No te has equivocado. He oído así como unos gruñidos lejanos.

Baxter escuchó á su vez, diciendo al salir:

—¿Qué será?

—No puedo comprenderlo, respondió el americano; es necesario avisar á Doniphan y á los demás.

—A los pequeños no, añadió Briant, pues tendrían mucho miedo.

Pero como en este momento acababan todos de entrar para comer, los chiquitines se enteraron de lo que ocurría, cosa que les causó gran sorpresa.

Doniphan, Wilcox, Webb y Garnett penetraron sucesivamente en la galería, mas no oyeron nada: el ruido había cesado, y creyendo que sus compañeros habían padecido un error, decidieron, no obstante las protestas de Briant y los otros, continuar el trabajo, como lo hicieron en el instante mismo en que concluyeron la comida.

Durante toda la tarde nada volvieron á oir; mas á eso de las nueve de la noche los gruñidos empezaron de nuevo, atrayendo la atención de *Phann*, que entrando en la galería, salió al poco tiempo con el pelo erizado, los labios contraídos hasta enseñar los dientes y ladrando con fuerza, cual si contestara á los gruñidos, que se dejaban oir perfectamente.

Los pequeñuelos que, ya sorprendidos, habían experimentado algún susto, viendo al perro de aquel modo, fueron presa de un verdadero espanto.

Los que saben que la imaginación de los niños ingleses está influída por la acción de esas leyendas tan familiares á los

M.C.D. 2018

—¡Por fin lo tenemos! - exclamó Webb.

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

países del Norte, en las que figuran trasgos, duendes, gnomos, silfos, ondinas y genios, no extrañarán les digamos que Dole, Costar, Jenkins é Iverson estaban sobrecogidos de espanto.

Briant procuró tranquilizarlos en cuanto le fué posible, obligándoles á acostarse; y si se durmieron, fué muy tarde, no sin saberse, cuando despertaron, que habían soñado con fantasmas, espectros y seres sobrenaturales que habitaban, según los acongojados niños, en las profundidades del acantilado.

Gordon y los demás continuaron hablando en voz baja de aquel extraño fenómeno; escuchando sin cesar, se aseguraron de que no dejaba de reproducirse el fenómeno, y observaron que *Phann* persistía en sus manifestaciones de grande irritación.

Por fin, dominados por la fatiga, se acostaron todos, excepto Briant y Mokó, que continuaron velando, y un silencio profundo comenzó á reinar en la cueva de Francisco Baudoin.

Al día siguiente se levantaron todos muy temprano. Baxter y Doniphan, notando que el perro iba y venía sin mostrar inquietud, penetraron en la galería; pero nada oyeron.

—Pongámonos á trabajar, dijo Briant.

—Sí, respondió Baxter; tiempo habrá de suspender las labores si sobreviene algún percance.

—¿No sería posible, observó Doniphan, que el ruido que tanto nos ha alarmado haya sido producido por el murmullo de algún manantial?

—No, dijo Wilcox; pues si así fuera, se continuaría oyendo, y ya ves que ahora no se oye nada.

—Es de sospechar, respondió Gordon, y yo me inclino á creerlo así, que semejante ruido provenga sencillamente del viento que entra por algunas aberturas que haya en la cresta del acantilado.

—Subamos á la meseta, dijo Service, y tal vez las descubramos.

La proposición fué aceptada.

A unos cincuenta pasos, bajando el ribazo, había un sendero que facilitaba la subida á las rocas. En pocos instantes, Baxter y otros dos ó tres subieron y avanzaron hasta colocarse encima de *French-den*; pero fué trabajo inútil, porque no encontraron ninguna hendedura que pudiera dar paso al aire, y cuando bajaron, estaban tan á oscuras como al principio respecto á aquel extraño fenómeno, que los pequeños creían ser cosa del otro mundo, y que tanto les aterraba.

El trabajo de perforación siguió, sin que nada ocurriera de particular.

Por la tarde, Baxter notó que desde hacía pocos momentos la pared, al ser golpeada, ofrecía un sonido tal, cual si estuviese hueca. ¿Existiría quizás alguna cavidad natural á través de la galería, siendo allí donde se produjera el ruido que tanto les llamó la atención? La hipótesis de una segunda excavación contigua á *French-den* no tenía nada de inadmisible, y era de desear que se comprobara, porque les ahorraría mucho trabajo y mucho tiempo.

Alentados por tan consoladora esperanza, continuaron sus labores aquel día con más ardor que nunca, y tanto, que al sentarse al anochecer para cenar, se hallaban cansadísimos y sin ganas de hablar la más mínima palabra.

El perro no estaba con ellos.

Por lo regular, á las horas de la comida *Phann* no faltaba nunca ni dejaba de colocarse al lado de su amo. Aquella noche su sitio se veía vacío, y al notarlo, el americano comenzó á llamarle; pero el perro no acudió.

Gordon salió en seguida al umbral de la puerta, y continuó llamándole.

Silencio completo.

Doniphan y Wilcox corrieron entonces, el uno hacia el lago, y el otro en dirección á la orilla del río, y le buscaron por todas partes en vano.

Phann no se encontró.

Seguramente, el perro no oía la voz de su amo, porque, en caso contrario, hubiera acudido inmediatamente. ¿Se habría extraviado? No era posible ni sospecharlo siquiera. ¿Había perecido peleando con alguna fiera? Podía ser, y de todas las explicaciones de su desaparición, esa aparecía la más aceptable, si bien al mismo tiempo la más triste; pero eran las nueve de la noche, y como una profunda oscuridad envolvía el espacio, resolvieron dejar las investigaciones para después que amaneciera el inmediato día.

Todos se hallaban muy inquietos y al-

M.C.D. 2018

tamente disgustados, pensando que aquel inteligente animal, á quien tanto querían y que tan útil podría serles, había tal vez desaparecido para siempre.

Unos se tendieron en sus camas, otros se sentaron al lado de la mesa; pero ninguno se acordaba de dormir: les parecía que estaban más solos, más aislados aún que antes, más alejados todavía de su país y de sus familias.

De repente. en medio del silencio de la noche, nuevos gruñidos prolongados se dejaron oir, con la circunstancia de que esta vez parecían más bien aullidos de esos en que prorrumpen los animales á impulsos del dolor, que rugidos de amenaza, como los que lanzan las fieras en presencia del enemigo á quien tratan de intimidar.

—¡Allí es, allí!... exclamó Briant entrando en la galería.

Todos se levantaron cual si hubiesen visto una aparición, y el espanto se apoderó de nuevo de los pequeños, que se cubrían la cabeza con las mantas.

Briant salió del agujero diciendo:

—Es preciso que haya allí una cueva cuya entrada esté al pie de las rocas.

—Y en la que es probable que algunos animales se refugien de noche, exclamó Gordon.

—Así debe ser, replicó Doniphan; mañana mismo iremos á buscarla.

En aquel momento se oyó un fuerte ladrido, y al mismo tiempo aullidos que partían, al parecer, del interior de la piedra que perforaban.

—¿Estará *Phann* allí, exclamó Wilcox, peleando con alguna fiera?

Briant, que acababa de volver á la galería, escuchó con el oido pegado á la pared, y nada oyó: los ruidos habian cesado.

Pero, ya fuese que *Phann* estuviera allí ó no, es indudable que existía una segunda excavación, comunicando con el exterior por medio de algún agujero, tapado quizas por malezas enredadas en la base del acantilado.

La noche pasó sin dejarse oir ruido alguno.

Al amanecer, las indagaciones emprendidas hacia el lago y del lado del río no dieron mas resultado que las practicadas anteriormente en la meseta de las rocas; y aunque llamaron por todas partes al perro, éste no se dejó ver por ningún lado.

Briant y Baxter se pusieron de nuevo á trabajar con tanto afán, que el pico y el azadón no descansaban. Durante la mañana, la galería ganó dos pies más de longitud. De cuando en cuando, los muchachos se detenían y escuchaban; pero ya no se oía ningún ruido.

El trabajo, interrumpido á las doce para almorzar, empezó de nuevo una hora más tarde, si bien se habían tomado todas las convenientes precauciones para el caso en que un golpe de pico reventase la pared y diera paso á algún animal. Los pequeños se colocaron al lado del ribazo, y Doniphan, Wilcox y Webb, con escopetas y revólvers en las manos, estaban pronto á cualquier evento.

A eso de las dos, Briant dió un grito. Su pico acababa de atravesar la piedra caliza, que se derrumbó en parte, dejando ver una abertura bastante ancha.

Y el joven salió, reuniéndose á sus compañeros, que no sabían qué pensar; pero antes de que abriera la boca para hablar, se oyó un fuerte roce por las paredes de la galería, y un animal se lanzó en la habitación de *French-den*.

Era *Phann*.

Sí, *Phann*, que en seguida se abalanzó á un cubo de agua y se puso á beber con avidez. Luego, meneando la cola, y sin ninguna muestra de irritación, vino á saltar alrededor de su amo.

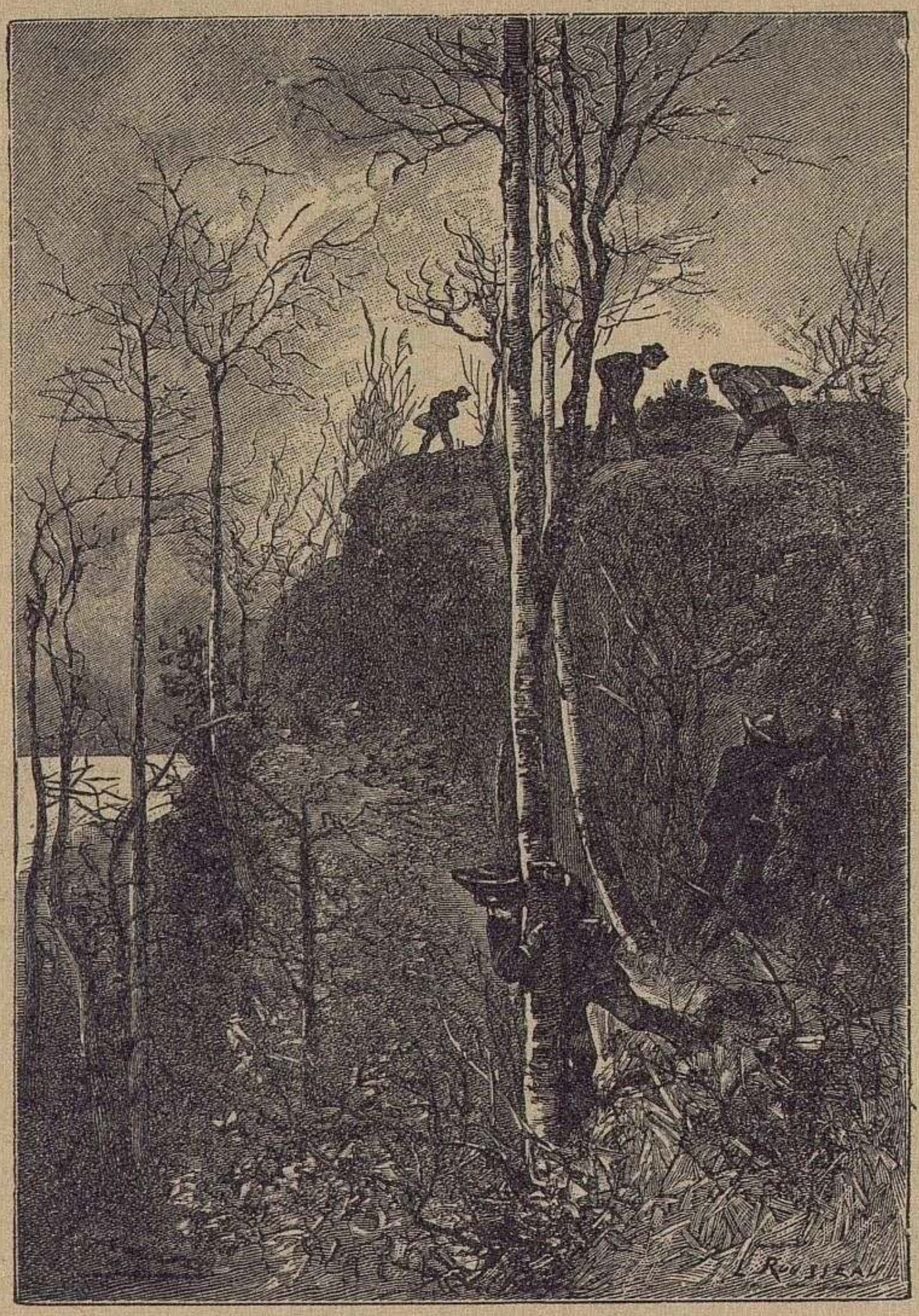
No había, pues, nada que temer ya.

Briant tomó entonces un farol y se introdujo en la galería. Gordon, Doniphan, Wilcox, Baxter y Mokó le siguieron. Un instante después, habiendo pasado por el orificio producido por el derrumbamiento, se encontraron en medio de una sombría excavación, en la que no penetraba ningún rayo de luz.

Era otra cueva igual á *French-den* en longitud y latitud, pero mucho más profunda, y cuyo suelo estaba cubierto de una arena finisima en una superficie de cincuenta metros cuadrados.

Al pronto, temieron que el aire de aquella caverna no fuera respirable; pero no debía ser así, puesto que la luz del farol brillaba en toda su intensidad, y claro es que aquella atmósfera debía estar en movimiento, dado que se comunicaba con el exterior por medio de alguna abertura.

M.C.D. 2018



Doniphan, Wilcox y los otros muchachos no encontraron ninguna abertura.

¿Cómo, si así no fuese, había penetrado *Phann* en ella?

En aquel momento Wilcox tropezó con un cuerpo inerte, y tocándolo con la mano, observó que estaba frío.

Briant acercó la luz.

—¡Es un chacal! exclamó Baxter.

—Sí; es, en efecto, un chacal estrangulado por nuestro valeroso *Phann*, replicó Briant.

—He aquí, pues, la explicación del ruido que oíamos, añadió el americano.

Pero si uno ó varios animales habían tomado aquella cueva para su habitual morada, ¿por qué abertura entraban en ella?

Era menester averiguarlo.

Briant salió, y andando al pie de las rocas, dió voces de vez en cuando hasta que por fin respondieron á sus gritos los que salían del interior. De este modo descubrió una estrecha boca, oculta entre las malezas al ras del suelo, de la que se servían los chacales; pero como por la entrada vertiginosa de *Phann* en ella se había producido un desplome parcial en el orificio, interceptándolo, he aquí explicado por qué el perro no pudo volver al lado de su amo.

Ya en la cueva, ¡qué satisfacción tan intensa experimentaron nuestros jóvenes náufragos! Habían realizado sus deseos con gran ahorro de trabajo, pues se encontraron allí con una habitación ya hecha, y mejor que la que ellos proyectaban, como dijo Dole; una ancha gruta, desconocida por Francisco Baudoin.

Ensanchando la abertura, tendrían

M.C.D. 2018

salida más conveniente para satisfacer todas las exigencias del servicio interior; así es que nuestros pequeños Robinsones, reunidos en la nueva caverna y llenos de júbilo, lanzaban al aire alegres hurras, á los que se unían los ladridos de *Phann*.

¡Con cuánto ardor pusieron manos á la obra para transformar la galería en un corredor practicable!

Esta segunda cueva, á la que dieron el nombre de *hall*, justificado por sus dimensiones, sirvió para encerrar provisionalmente el material, ínterin se abrían otras en las paredes laterales del corredor. Se destinaría también á dormitorio y gabinete de trabajo, mientras que la primera pieza se reservaría para cocina, comedor y despensa; pero como proyectaban también hacer de ella el definitivo almacén general, Gordon propuso darle el nombre de *Store-room*, esto es, local para las provisiones, ó almacen; nombre que se adoptó por unanimidad.

En seguida procedieron á la mudanza de las camas, que fueron simétricamente colocadas en el *hall*, en donde no faltaba anchura. Arreglaron también el mobiliario del *Sloughi;* divanes, sillones, mesas, armarios, etc., y, lo que era más importante aún, las estufas del comedor y del salón del yate, para caldear con ellas tan vasta habitación. Baxter fué después el encargado de colocar una puerta en la nueva entrada y de abrir dos ventanas que dieran suficiente luz al *hall*, alumbrado por la noche con un farol pendiente de la bóveda.

En estos arreglos consumieron quince días, y tiempo era ya de que concluyesen, porque si bien el frío no parecía aún extremado, la atmósfera se agitaba con tanta violencia, que se prohibió toda salida.

En efecto; la fuerza del viento era tal, que á pesar del abrigo de las rocas, levantaba las aguas del lago como si hubiera sido el mar. A veces, el rio, empujado por la borrasca, amenazaba cubrir el ribazo y extenderse hasta el contrafuerte; pero como, por fortuna, ni *Store-room*, ó primera cueva, ni el *hall*, ó sea la segunda, se encontraban directamente expuestas á los furores del aire, que soplaba del Oeste, las estufas y la cocina, alimentadas con leña muy seca, de la que habían hecho gran acopio, funcionaron perfectamente.

Gracias á Dios, habiendo encontrado á tiempo aquel nuevo abrigo, las provisiones no tenían nada que temer de la inclemencia del tiempo ni de la humedad, pues aquellas grutas estaban perfectamente oreadas y enjutas.

Gordon y sus compañeros, recluídos á la sazón en aquellas habitaciones por causa de la crudeza de la estación, tuvieron sobrado tiempo para arreglar su morada, poniéndola condiciones de abrigo y comodidad. Ensancharon el corredor y abrieron dos caramanchones, destinando uno de ellos, cerrado con puerta, para las municiones, á fin de evitar todo peligro de explosión.

Aunque los cazadores no podían cazar más que alguna que otra ave acuática, de las que Mokó no acertaba nunca á quitar el gusto á cieno, provocando esto protestas ó bromas, la comida estaba asegurada.

Desde luego habrán comprendido nuestros lectores que un rincón de *Store-room* había sido reservado para el nandú, mientras se le construyese un cercado fuera.

Una vez completa la instalación, Gordon acariciaba el pensamiento de redactar un programa, al que tendrían que someterse todos, una vez aprobado por mayoría, cual si fuese la ley que rigiera aquella pequeña sociedad ó colonia.

Después de la vida física, era preciso pensar en la intelectual, máxime cuando ignoraban lo que podría durar su estancia en aquella isla; y si por fortuna llegaran algún día á abandonarla, ¡qué satisfacción experimentarían por haber aprovechado el tiempo! Cierto es que carecían de maestros; pero con los libros de la biblioteca del *schonner* podían los mayores aumentar sus conocimientos, consagrándose al mismo tiempo á la enseñanza de los pequeños, resultando de aquí una ocupación en que emplearían útil y agradablemente las largas horas del invierno.

El día 10 de Junio, después de cenar, se hallaban todos reunidos en el *hall* alrededor de las estufas, que esparcían agradable calor, cuando la conversación recayó sobre la necesidad de dar nombres á las principales partes geográficas de la isla.

—Sería muy útil y muy práctico, dijo Briant.

—Sí, busquemos nombres, prorrumpió Iverson; y sobre todo, que sean bonitos.

M.C.D. 2018

—Así lo han hecho todos los Robinsones reales ó imaginarios, replicó Webb.

—Pero, compañeros, dijo Gordon: ¿qué creéis que somos nosotros?

—¡Un colegio de Robinsones! exclamó Service.

—Además, continuó el americano, dando nombres á la bahía, á los ríos, á los bosques, al lago, al acantilado, á los pantanos y á los cabos, nos será fácil reconocerlos.

Esta propuesta fué adoptada por unanimidad, y no pensaron desde aquel instante en otra cosa que en buscar en la imaginación nombres adecuados á cada punto.

—Ya tenemos *Sloughi-bay*, en la que encalló nuestro yate, dijo Doniphan, y me parece conveniente dejarle aquel nombre, al que estamos acostumbrados.

—Seguramente, dijo Cross.

—Lo mismo haremos con *French-den*, nuestra morada, añadió Briant, en recuerdo del pobre náufrago cuyo sitio ocupamos.

A esto no se hizo ninguna observación, ni aun siquiera por Doniphan, no obstante que la propuesta había sido hecha por Briant.

—Y ahora, dijo Wilcox, ¿cómo llamaremos al río que desemboca en *Sloughi-bay*?

—*Zealand*, propuso Baxter; este nombre nos recordará el de nuestro país.

—¡Adoptado! ¡Adoptado!

—¿Y el lago? preguntó Garnett.

—Puesto que el río ha recibido el nombre de Zelandia, dijo Doniphan, demos al lago uno que nos recuerde á nuestras familias, y llamémosle *Family-lake* (lago de la familia).

Y se admitió por unanimidad.

Como se ve, el acuerdo era completo, y obedeciendo á un patriótico sentimiento, dieron por nombre *Auckland-hill* (colina de Auckland) al acantilado. En cuanto al cabo desde lo alto del que Briant había creído descubrir el mar al Este, se le llamó, por su indicación, *False-sea-point* (punta del falso mar). Las demás denominaciones que se adoptaron fueron éstas:

Se llamó *Traps-woods* (bosque de las trampas) á la parte de la selva en que se había descubierto la zanja. *Bog-woods* (bosque de la hondonada) á la otra parte, situada entre *Sloughi-bay* y el acantilado. *South-moors* (pantanos del Sur) al lugar pantanoso que cubría toda la parte meridional de la isla. *Dike-creek* (arroyo de la calzada) al río en que encontraron la barrera hecha con piedras. *Wreck-coast* (costa de la tempestad) á la en que el yate había encallado, y, en fin, *Sport-terrace* (meseta del *sport*) al sitio rodeado por las orillas del río y del lago, formando delante del *hall* una especie de pradera, que sería destinada á los ejercicios que indicara el programa.

En cuanto a las demás partes de la isla, se les daría nombre á medida que se reconociesen y según los incidentes que se produjeran en ellos.

No obstante, les pareció bueno designar también con nombres propios los principales cabos marcados en el mapa de Francisco Baudoin. El del Norte se llamó *North-cape*, y el del Sur *South-cape*, y los tres que se encontraban al Oeste, sobre el Pacífico, *French-cape*, *Bristisch-cape* y *American-cape*, en honor de las tres naciones francesa, inglesa y americana, representadas en la pequeña colonia.

¡Colonia, sí! Esta denominación fué propuesta para indicar que la instalación no tenía ya carácter provisional, siendo inspirada por Gordon, siempre preocupado más bien en organizar su vida en aquel dominio, que procurar salir de él. Estos pobres muchachos no eran ya los náufragos del *Sloughi*, sino los colonos de la isla. Pero ¿de qué isla? Era menester bautizarla también.

—¡Toma!... ¡Toma!... ¡Bien sé yo cómo deberíamos llamarla! exclamó Costar.

—¿Lo sabes tú? preguntó Doniphan.

—¡Bien por el pequeño Costar! exclamó Garnett.

—¡Sin duda la llamará la isla *Baby!* replicó Service.

—¡Vamos, fuera bromas! dijo Briant. Veamos tu idea, Costar.

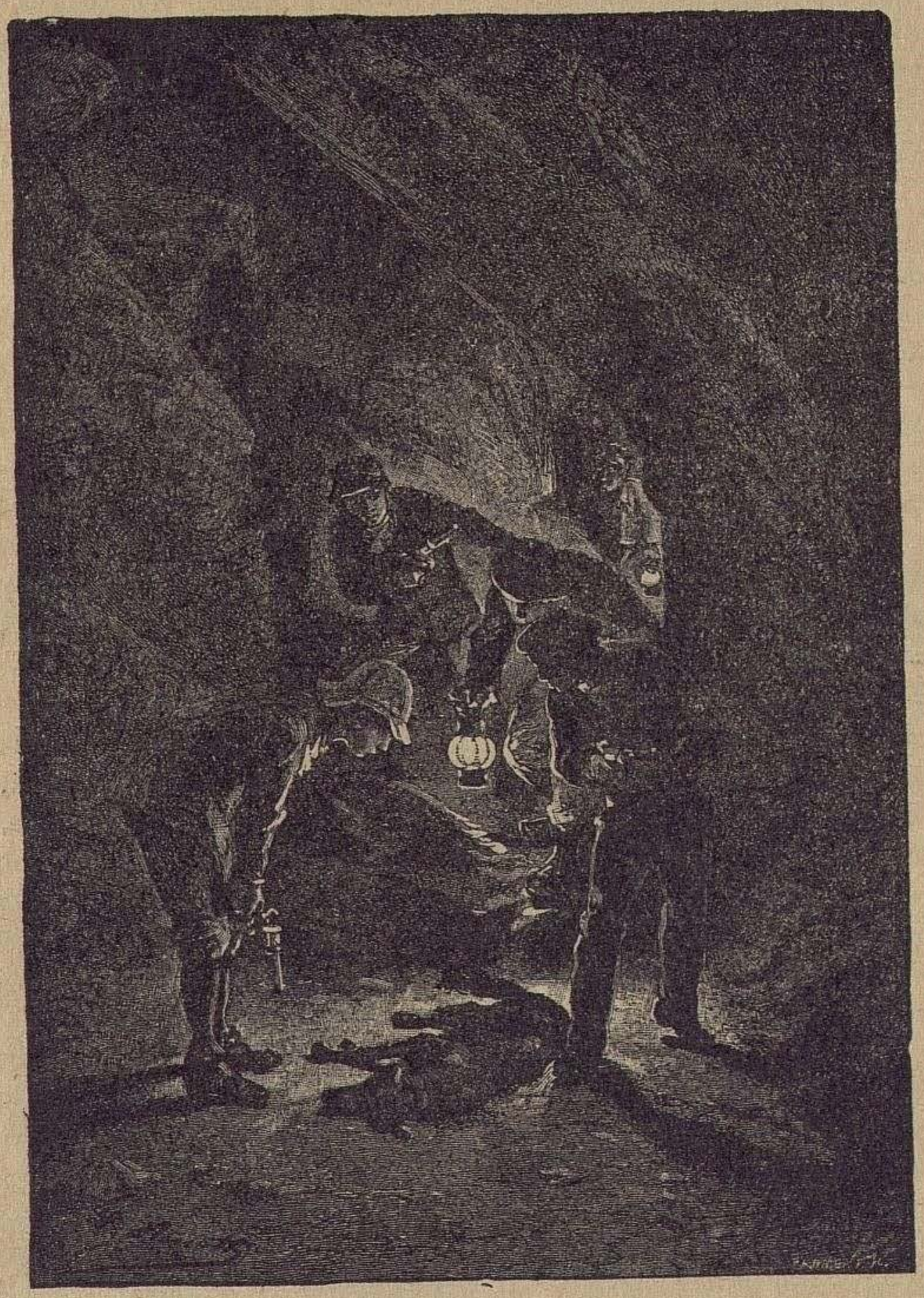
El niño no se atrevía ya á decirlo.

—Habla, Costar, habla, repuso Briant, animándole con el gesto. Estoy cierto de que tu idea es buena.

—Pues bien, dijo el niño; puesto que somos todos discípulos del colegio Chairmán, llamémosla *isla Chairmán*.

No se podía encontrar nombre más adecuado; así es que fué admitido por unanimidad, y Costar se mostró muy orgulloso de su triunfo.

M.C.D. 2018



—¡Es un chacal! exclamó Baxter.

Habiendo llegado la hora del descanso, iba á levantarse la sesión, cuando Briant pidió la palabra.

—Compañeros, dijo: ahora que hemos dado un nombre á nuestra isla, ¿no sería conveniente que eligiésemos un jefe para gobernarla?

—¿Un jefe? replicó con viveza Doniphan.

—Sí, pues me parece que estaríamos mejor si uno de nosotros tuviese autoridad sobre los demás. Lo que se hace en todas las naciones, ¿no puede hacerse también en la *isla Chairmán*?

—¡Sí, sí, un jefe, nombremos un jefe! clamaron á la vez grandes y pequeños.

—Bien está, dijo entonces Doniphan; pero con la condición de que sea para un tiempo determinado, un año, ó...

—Y que pueda ser reelegido, añadió Briant.

—Concedido. ¿Y á quién nombraremos? preguntó Doniphan con ansiedad.

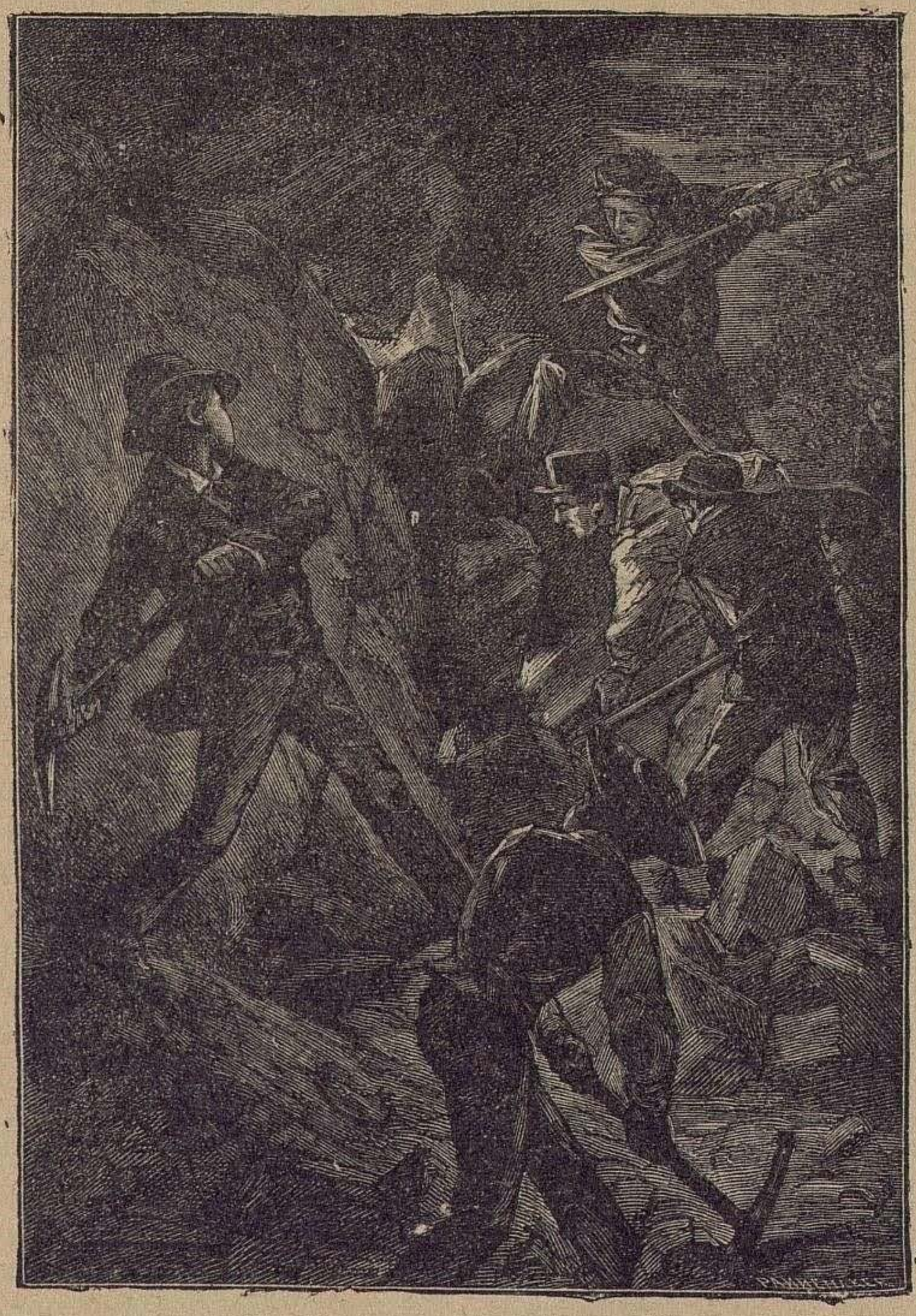
El envidioso tenía el temor de que, si no le nombraban á él, la elección recayese sobre Briant. Pero se desengañó bien pronto.

—¿A quién nombraremos? replicó Briant. La elección no es dudosa. Al más cuerdo de todos: á nuestro querido compañero Gordon.

—¡Sí, sí!... ¡Bien dicho!... ¡Viva Gordon! ¡Vivaaa!...

El americano quiso rehusar el honor que le hacían, prefiriendo organizar á mandar. Sin embargo, reflexionando en la perturbación que las pasiones tan ardientes de aquellos muchachos, convertidos

M.C.D. 2018



¡Con qué ardor pusieron manoa á la obra!

prematuramente en hombres por la ación de las circunstancias, podía ocasionar en lo sucesivo, se persuadió de que su autoridad no sería inútil.

Y he aquí cómo Gordon fué proclamado jefe de la infantil colonia de aquella isla.

V

El programa de estudios.—Observancia del domingo. Bolas de nieve.—Doniphan y Briant.—Grandes fríos.—La cuestión de combustible.—Expedición á «Traps-woods».—Excursión á la bahía «Sloughi».—Focas y pingüinos.—Un castigo público.

El invierno había comenzado ya. ¿Cuál sería su duración? Cinco meses por lo menos, si la isla se encontraba á más altura que Nueva Zelandia.

Las observaciones meteorológicas anotadas en la cartera de Gordon, eran: que el invierno habiendo empezado en Mayo, es decir, dos meses antes que el Julio de la zona austral, correspondiente al Enero de la boreal, se podía calcular que concluiría á mediados de Septiembre.

Si á tal cálculo se unía el de que, fuera de ese período, las tempestades son muy frecuentes durante el equinoccio, no sería aventurado suponer que la vida de reclusión se alargaría, viéndose imposibilitados nuestros muchachos para emprender largas excursiones por el centro ó por los alrededores de la isla. Convencido de esto Gordon creyó llegado el momento de organizar la vida interior en mejores condi-

M.C.D. 2018

ciones, y se dispuso á redactar un programa que rigiese las ocupaciones diarias.

Se suprimirían las prácticas del *faggisme*, de las que hemos hablado en la descripción del colegio Chairmán. Todos los esfuerzos del americano tendían á que sus subordinados se acostumbrasen á creerse ya hombres y á obrar como tales; así, pues, no habría ya *fags* en *French-den*, es decir, que los pequeños no tendrían obligación de servir á los mayores. Pero fuera de esto, se respetarían las tradiciones, que son, según el autor de la *Vida de colegio en Inglaterra*, la fuerza mayor de las escuelas inglesas.

En aquel programa se trazarían con claridad las obligaciones que correspondían á los pequeños, muy distintas, por cierto, de las de los mayores. Éstos, maestros y protectores; aquéllos, discípulos y protegidos.

Verdad es que no conteniendo la biblioteca de *French-den* más que un número restringido de obras científicas y algunas de viajes, los mayores no podrían proseguir sus estudios sino en parte muy pequeña; mas uniendo esto poco á lo que les ilustrarían las dificultades de la existencia, la lucha para proveer á sus necesidades y la precisión de ejercitar su juicio ó su imaginación ante las eventualidades de todas clases, aprendiendo á conocer lo que cuesta la vida, naturalmente podían y debían enseñar mucho, y he aquí por qué los mayores estaban llamados á ser profesores de los pequeños, teniendo para con ellos la obligación de enseñarles cuanto sabían.

Sin embargo, lejos de cansar á los niños con un trabajo impropio de su edad, habían de procurar ir aprovechando todas las ocasiones de ejercitar sus cuerpos, al par que cultivar sus inteligencias. Cuando el tiempo lo permitiese, y abrigándoles bien, les harían salir para que corriesen al aire libre, obligándoles á hacer algún trabajo manual con arreglo á las fuerzas de cada uno.

En suma, el programa fué redactado, inspirándose su autor en estos principios, que son la base de la educación anglosajona:

«Siempre que un trabajo sea necesario, hacedlo.

»No perdáis jamás la ocasión de hacer un esfuerzo posible.

»No eludáis ninguna fatiga, pues ninguna es inútil.»

Poniendo estos preceptos en práctica, el cuerpo se hace fuerte y el alma se vigoriza.

Y he aquí el reglamento, tal cual se sometió á la aprobación general:

Dos horas por la mañana y otras dos por la tarde, trabajo en común en el *hall*. Cada uno á su vez, Baxter, Doniphan, Cross y Briant, de la quinta división, y Wilcox y Webb de la cuarta, darían lección á sus compañeros de tercera, segunda y primera. Les enseñarían Matemáticas, Geografía é Historia, ayudándose con las pocas obras de la biblioteca y sus anteriores estudios. De este modo no olvidarían lo que habían aprendido en el colegio. Además, dos veces á la semana, domingo y jueves, tendrían conferencia, es decir, que un asunto científico, histórico ó de actualidad, sería puesto á la orden del día, para que los mayores, hablando en pro ó en contra, discutiesen, resultando de aquí ilustración para todos y distracción general.

Gordon, como jefe de la colonia, haría respetar este programa, que no había de modificarse sino en caso de nuevas eventualidades.

Tomaron también algunas medidas respecto á la duración del tiempo. Tenían el calendario del *Sloughi* y los relojes de á bordo; pero era menester borrar cada día que pasaba y dar cuerda á estos últimos para que señalasen la hora exacta. Dos de los mayores fueron encargados de aquellos cuidados; Wilcox, de los relojes, y Baxter, del calendario; y ciertamente que en ambos se podía confiar.

En cuanto al barómetro y el termómetro, Webb debía apuntar diariamente los cambios observados.

Se convino también en que se escribiría un diario de todo lo que había ocurrido y ocurriese durante la estancia en la isla Chairmán.

Baxter aceptó esta obligación, y gracias á él, el diario de *French-den* estaría escrito con minuciosa exactitud.

Un trabajo no menos importante, y que no admitía dilación, era el lavado de las ropas, para el que afortunadamente no

M.C.D. 2018

faltaba jabón. Los niños se ensuciaban mucho cuando jugaban ó pescaban en las orillas del río, y no pocas veces les reñía Gordon por este motivo, amenazándoles con castigarlos. Esta era una labor que Mokó entendía perfectamente; pero no pudiendo hacerlo solo, por la gran cantidad de ropa que había que lavar, se acordó que los mayores ayudasen al grumete en aquella faena, para conservar en buen estado la lencería de *French-den*.

El día siguiente era domingo, y ya es cosa sabida el rigor con que se guardan esos días en Inglaterra y en América. La vida está como en suspenso en villas, pueblos y aldeas. Durante los domingos, está prohibida toda clase de diversiones ó distracciones, y esta regla se impone lo mismo á los niños que á las personas mayores.

¡Las tradiciones! ¡Siempre las famosas tradiciones!

Sin embargo, se convino en que los habitantes de la isla Chairmán se apartarían algún tanto de tal rigorismo, y aquel domingo los colonos se permitieron hacer una excursión por las orillas de *Family-Lake*; pero como hacía mucho frío, al volver después de dos horas de paseo, hallaron muy agradable la temperatura en el *hall* y muy sabrosa en *Store room* la comida caliente, de cuyo *menú* había cuidado con esmero el jefe de *French-den*.

La tarde terminó con un concierto, en el que el acordeón de Garnett hizo las veces de orquesta, mientras que los otros chicos cantaban con más ó menos afinación, pero siempre con un aplomo muy propio de la raza sajona. El único de esos niños que tenía verdaderamente una voz muy armoniosa, era Santiago; mas como por su inexplicable disposición de espíritu y su melancolía no tomaba parte en ninguna de las distracciones de sus compañeros, rehusó cantar, por más que se lo rogaron, una de aquellas canciones infantiles de las que tan pródigo se manifestaba en el colegio Chairmán.

Aquel domingo, que principió con una alocución del «reverendo Gordon,» como decía Service, terminó por una oración, y á las diez todos dormían con tranquilo sueño bajo la custodia de *Phann*, que no era mal centinela.

Durante el mes de Junio, el frío fué en aumento; Webb hizo notar que el barómetro se sostenía en su indicación de veintisiete pulgadas, mientras que el termómetro centígrado señalaba de diez á doce grados bajo cero. En el momento en que mudaba el viento Sur á Oeste, los alrededores de *French-den* se cubrían de una espesa capa de nieve, y los pequeños colonos aprovechaban la ocasión para hacer bolas más ó menos grandes y armar con ellas una de aquellas batallas tan de moda en Inglaterra. Algunas cabezas se resintieron de semejante juego, y cierto día, uno de los peor librados fué Santiago, que no asistía á aquella diversión sino como mero espectador. Una bola lanzada con demasiada fuerza por Cross, le alcanzó, aunque no le fuese dirigida, y el golpe le arrancó un grito de dolor.

—¡No lo he hecho á propósito! dijo Cross.

—Ya lo supongo, replicó Briant, atraído por el grito de su hermano; pero haces mal en tirar con tanta fuerza.

—¿Y por qué, repuso Cross, Santiago se ha colocado en ese sitio, siendo así que no quiere jugar?

—¡Cuántas palabras para nada! exclamó Doniphan.

—Bien, bien, no es grave, respondió Briant, comprendiendo que Doniphan buscaba una ocasión de intervenir en la contienda; pero te ruego, Cross, que no lo repitas.

—En verdad que... replicó Doniphan con tono burlón; mas si confiesa no haber querido hacerlo...

—No sé por qué intervienes en esto, Doniphan, siendo así que la cuestión es exclusiva entre Cross y yo...

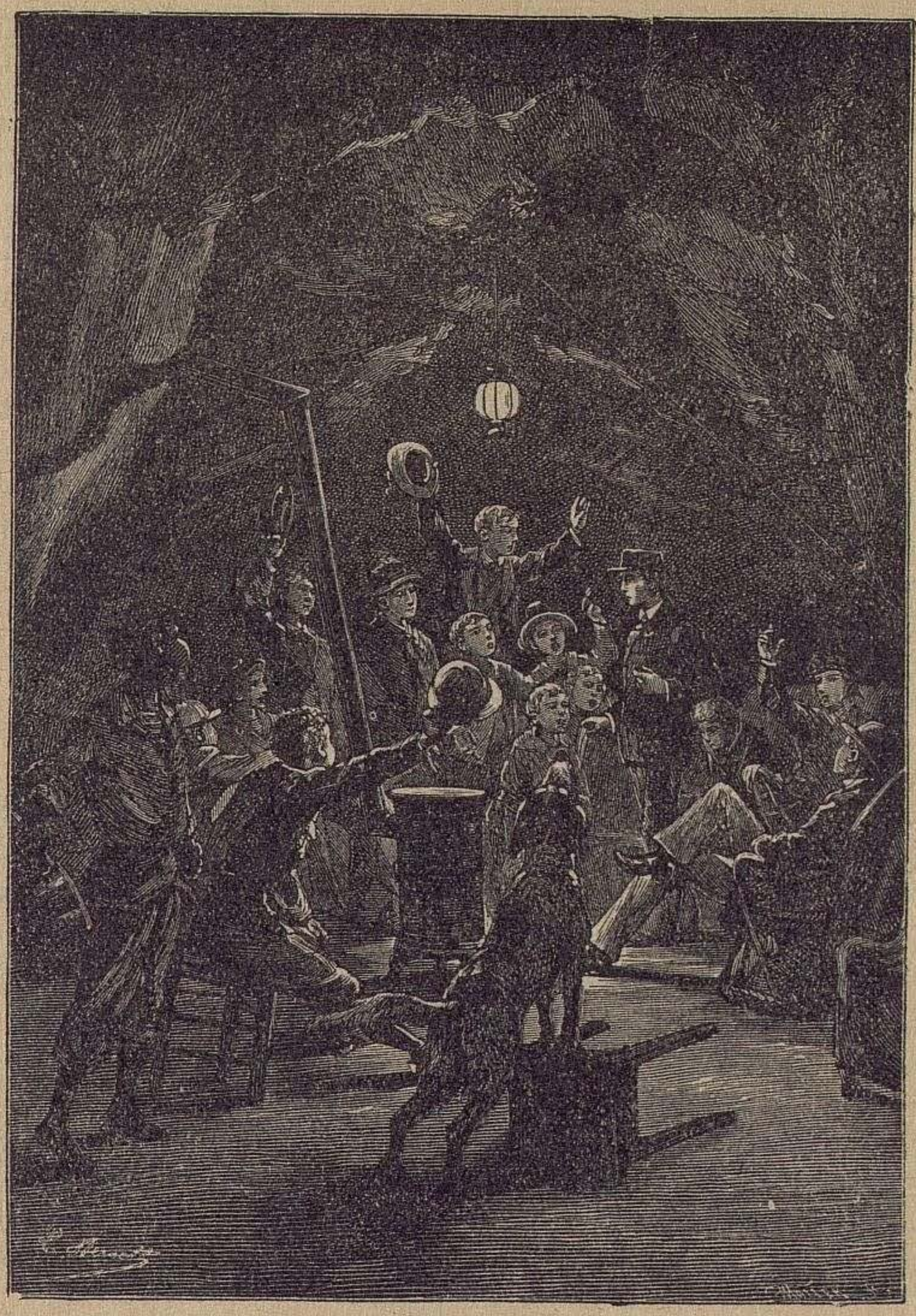
—Y también me afecta á mí, te replico, Briant, ya que lo tomas tan á pecho, respondió Doniphan.

—Como quieras, y cuando quieras, repuso Briant cruzándose de brazos.

—¡En seguida! exclamó Doniphan.

En aquel momento, Gordon llegó muy á propósito para impedir que aquella querella concluyera por golpes. Culpó á Doniphan, que se sometió, entrando de pésimo humor en *French-den*; pero era de temer que algún nuevo incidente hiciera que los dos rivales vinieran á las manos.

La nieve no dejó de caer durante cuarenta y ocho horas. Para divertir á los ni-



—¡Viva Gordon! ¡Vivaaa!... exclamaron todos.

ños, Service y Garnett construyeron un maniquí con una cabeza muy grande, una nariz enorme y una boca desmesurada; una cosa así como el ogro de los cuentos de Perrault. Y, debemos confesarlo: si durante el día Dole y Costar se atrevían á tirarle pelotazos, no lo miraban sin miedo cuando la oscuridad le daba formas gigantescas.

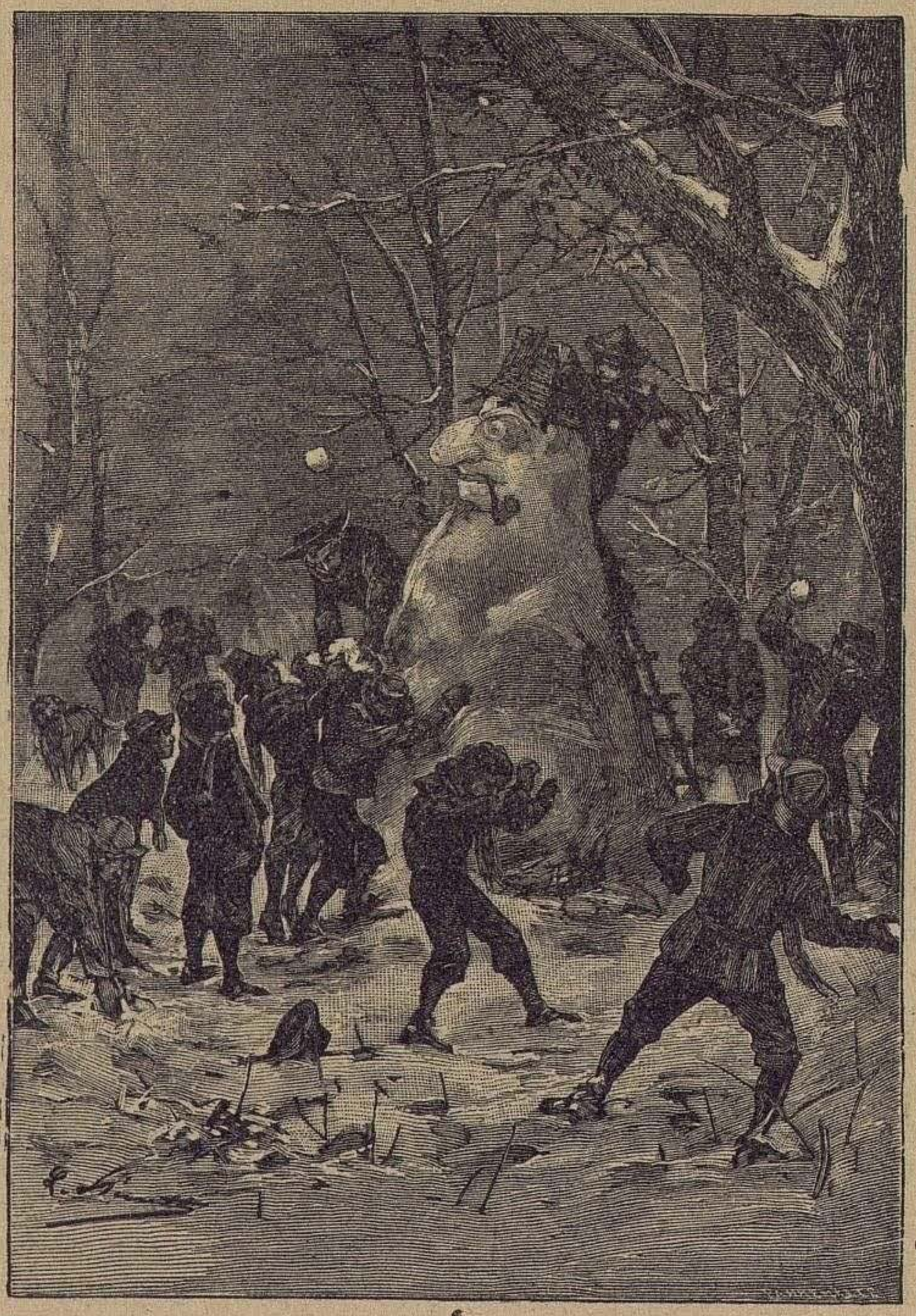
—¡Vaya con los cobardes! exclamaban Iverson y Jenkins, que se hacían los valientes, sin estar mucho más tranquilos qne sus compañeros.

A fines de Junio fué preciso renunciar á toda diversión fuera de la gruta. La nieve alcanzó una altura de tres ó cuatro pies, y aventurarse siquiera á un centenar de pasos fuera de la gruta, hubiera sido arriesgarse á no volver.

Los jóvenes colonos estuvieron quince días completamente encerrados. Durante este tiempo se observó el programa estrictamente. Se dieron las conferencias en los días señalados para ellas, causándoles un verdadero placer, y no sorprenderá á nuestros lectores si les decimos que Doniphan, con su facilidad para discurrir y su instrucción, ya adelantada, ocupó el primer lugar. ¡Lástima que se mostrase tan orgulloso, pues dicho orgullo, con ser tan desmedido, echaba por tierra sus buenas cualidades!

Aunque, por efecto de la inclemencia del tiempo, aun en las horas de recreo permanecían en el *hall*, la salud de los niños no se resintió por eso, merced á la renovación del aire que se hacía de una á otra habitación por el corredor. La cuestión

M.C.D. 2018



Service y Garnett construyeron un maniquí con una cabeza muy grande.

higiénica era de las más importantes; porque si uno de ellos enfermara, ¿cómo podrían prestarle los cuidados que hubiera de necesitar? Felizmente, no sucedió así, y aparte ligeros resfriados ó anginas leves, que algunos dias de cama y bebidas calientes curaron con rapidez, nada grave ocurrió en la salud de los colonos.

Otra era la cuestión que les preocupaba en alto grado. El agua necesaria para el abastecimiento de *French-den* se sacaba del río durante la marea baja para que no tuviera mal gusto; pero cuando la superficie de aquel río estuviera helada, no se podría obrar del mismo modo. Gordon habló con Baxter, su «ingeniero asesor,» de las medidas que convendría adoptar, y éste, después de algunos momentos de reflexión, propuso establecer, para evitar la congelación, un conducto subterráneo que condujera el agua desde el río, por debajo del ribazo, hasta *Store-room*. Era una obra difícil en verdad, habida consideración de las circunstancias que rodeaban á tan jóvenes náufragos; y si Baxter salió airoso de ella, fué debido á que tenía á su disposición uno de los tubos de plomo que sirvieron para abastecer los camarotes del *Sloughi*. El servicio de agua, pues, quedó asegurado en el interior de aquella morada.

En cuanto al alumbrado, había aún bastante aceite para las lámparas y los faroles; pero después del invierno sería necesario hacer provisión de un líquido combustible, ó fabricar velas con las grasas que Mokó iba reservando.

Algunos chacales, acosados por el ham-

M.C.D. 2018

bre, vinieron varias veces á *Sport-terrace;* pero Doniphan y Cross los espantaban á tiros. Sin embargo, un día fueron tan numerosos, que si *Phann* no los hubiese olfateado y denunciado oportunamente para que los colonos con prontitud atrancaran las puertas del *hall* y de *Store-room*, el ataque hubiera sido inevitable y tan terrible como son siempre los de las fieras.

La alimentación de la pequeña colonia daba mucho que pensar á su jefe. No siendo posible cazar en cantidad conveniente, por efecto de los temporales y los hielos, era menester echar mano de las provisiones del yate, y Gordon veía con mucha pena que se alargaba en su cartera la columna de los gastos, mientras que la de existencias disminuía. Mokó, participando de la preocupación de su jefe, ponía de su parte cuanto le era dable, y aprovechaba las avutardas que había conservado y los salmones que tenía en salmuera; pero no debe olvidarse que *French-den* encerraba quince personas que alimentar, asistidas de un apetito propio de muchachos de ocho á catorce años.

Wilcox era, como ya hemos indicado otra vez, muy entendido en todo lo que concierne á la instalación de trampas, ballestas, lazos y demás recursos que suministra el higiénico y útil arte de *Nemrod;* pero esto producía tan corto surtido de carnes frescas, que no era suficiente para librar á Gordon de su preocupación, ni al grumete de sus cavilaciones económicas en la cocina.

El nandú también preocupaba á Service para darle de comer: como no es animal carnívoro, su amo se veía obligado á buscar hierbas y raíces debajo de la nieve, no sin gran riesgo de su vida; mas ¿qué no hubiera hecho para procurar buen alimento á su animal favorito?

—¡Qué corcel voy á tener! repetía muchas veces.

Sin embargo, el avestruz adelgazó bastante durante aquel interminable invierno; pero no fué culpa de su fiel guardián, y era de esperar que cuando llegase la primavera volvería á recuperar sus perdidas carnes.

El 9 de Julio, Briant, habiendo salido de *French-den* muy de madrugada, observó que el viento acababa de cambiar al Sur; y el frío era tan intenso, que se volvió apresuradamente al *hall*, dando cuenta á Gordon de esta modificación de la temperatura.

—Era de temer, respondió el americano, y no me extrañaría tuviésemos que sufrir aún algunos meses de riguroso frío.

—Eso nos demuestra, añadió Briant, que el *Sloughi* nos llevó, en su vertiginosa marcha marítima, mucho más al Sur de lo que suponíamos.

—Sin duda, dijo Gordon; y sin embargo, nuestro atlas no señala ninguna isla en el espacio del mar antártico.

—Es cosa inexplicable, y en verdad que no sé hacia qué lado podríamos dirigirnos si llegásemos á abandonar esta isla.

—¡Dejar nuestra isla! exclamó Gordon. ¿Aún piensas en ello, Briant?

—¡Siempre! Si pudiésemos construir una embarcación que, mal ó bien, se sostuviera en el agua, no titubearía un instante en lanzarme á la ventura en el mar.

—¡Bueno!... ¡Bueno!... replicó el americano. ¡No hay prisa!... esperemos siquiera á que nuestra pequeña colonia esté organizada, y entonces...

—¡Ay, mi buen amigo! repuso Briant; ¡olvidas que allá tenemos familia!...

—¡Es verdad, es verdad!... Pero, en fin, ¡no somos tan desgraciados aquí! Esto marcha... y vamos á ver, ¿qué nos falta?

—Muchas cosas, Gordon, respondió Briant, que no juzgó oportuno prolongar la conversación sobre este punto. Mira, en este momento está faltando combustible.

—¡Oh! ¡Aún no hemos quemado todos los árboles de la isla!

—No, pero urge hacer provisión de leña, porque la que tenemos se está acabando.

—Pues bien, hoy mismo, replicó Gordon. Veamos el termómetro.

Éste, que colocado dentro de *Store-room* indicaba cinco grados bajo cero, no obstante hallarse cerca de la hornilla llena de lumbre, sacado fuera de la estancia no tardó en bajar á diecisiete.

Era un frío vivísimo, y seguramente se recrudecería si el tiempo permanecía sereno y seco durante algunas semanas. La temperatura de *French-den* había bajado de un modo sensible, á pesar de las dos estufas y de la hornilla, que funcionaban sin cesar.

A las nueve, después del desayuno, de-

M.C.D. 2018

cidieron ir á *Traps-woods* para traer una carga de combustible.

Cuando la atmósfera está en calma, las temperaturas más bajas pueden arrostrarse sin gran contrariedad; mas no es así cuando reina ese aire sutil, del que es difícil preservarse. Felizmente, aquel día el viento se notaba apenas, y el cielo tenía una limpidez perfecta, por lo que la nieve se había endurecido y permitía andar, siempre que se cuidara de asentar bien los pies, lo mismo sobre *Family-Lake* que sobre el río *Zealand*, enteramente helados; y si hubieran tenido un trineo enganchado á perros ó rengíferos, hubiesen podido recorrer el lago en toda su superficie en algunas horas.

Mas no se trataba de esa expedición, sino de ir al bosque para renovar la provisión de combustible, que era de imprescindible necesidad.

El transporte de la leña iba á ser muy penoso, no pudiendo hacerse sino llevando cada uno una carga; pero Mokó discurrió un medio, que se apresuraron á utilizar hasta tanto que pudiesen construir cualquier vehículo con los restos del yate. Dicho medio consistía en sacar la gran mesa de *Store-room*, que medía doce pies de largo por cuatro de ancho, y poniéndola en el sentido inverso de su posición natural, la ataron con cuerdas, — cuatro de los — gores la arrastraron por encima de la nieve en dirección á *Traps-woods*.

Los pequeños, con la nariz muy colorada, iban delante corriendo y saltando con *Phann*, que los incitaba á jugar. De vez en cuando se subían á la mesa por el gusto de hacerse llevar en coche, según decían ellos. A cualquiera le hubiese alegrado, ciertamente, verlos tan contentos y con tan buena salud.

Todo estaba blanco entre *Auckland-hill* y *Family-Lake*. Los árboles, cargados de carámbanos que parecían cristales, semejaban una decoración de alguna comedia de magia. Bandadas de pájaros revoloteaban por todas partes. Doniphan y Cross no habían olvidado sus escopetas, é hicieron bien, pues se vieron huellas sospechosas, que no eran de chacales ni de jaguares.

—Tal vez sean gatos monteses de esos que llaman *paperos*, dijo Gordon. ¡Son muy temibles!

—¡Oh, si no son más que gatos!... respondió Costar encogiéndose de hombros.

—Bien, los tigres también son gatos, replicó Jenkins.

—Service, ¿es verdad que todos esos señores de la raza felina son malos? preguntó Costar.

—Muy malos, contestó Service; cogen y se comen á los niños como si fueran ratones.

Esta respuesta no dejó de asustar á Costar.

Nuestros colonos recorrieron con bastante prontitud la media milla que separa á *French-den* de *Traps-woods*, y se pusieron á derribar algunos árboles, de los que arrancaron algunas ramas pequeñas para no llevarse más que las gordas, que eran más á propósito para las estufas y la hornilla. La mesa-trineo recibió una buena carga; pero se deslizaba con tanta facilidad por encima de la nieve helada y tiraban todos con tanto afán, que á las doce habían hecho dos viajes. Después del almuerzo volvieron al trabajo, que se suspendió á las cuatro para ocuparse, por mandato de Gordon, que sabía hacerse obedecer, en aserrar, partir y encerrar la leña, ocupación que duró hasta la hora de acostarse.

Durante seis días, aquel acarreo continuó sin descanso, asegurando así el combustible para algunas semanas.

El 15 de Julio, el calendario inglés señala San Swithin, que tiene igual fama que San Medardo en Francia.

—Vamos, dijo Briant; si llueve hoy, tendremos agua durante cuarenta días.

—¿Y qué nos importa, respondió Service, puesto que estamos en la mala estación? ¡Ah, si estuviésemos en verano!...

Y en verdad que los habitantes del hemisferio austral no tienen por qué inquietarse de la influencia que puedan tener en el tiempo San Medardo ó San Swithin, que son Santos de invierno en nuestros antípodas.

Llovió aquel día; pero la lluvia no hizo cuarentena, á pesar de la creencia vulgar en Inglaterra y Francia; el viento saltó al Sudeste, y los fríos fueron tales, que el termómetro bajó á veintisiete grados bajo cero.

¡Irresistible tiempo!

Gordon prohibió toda salida, pues al

M.C.D. 2018

aire libre el aliento se helaba y no se podía coger ningún objeto de metal sin experimentar un dolor igual al de una quemadura. Como es de suponer, tomaron toda clase de precauciones para que la temperatura interior se conservase á un grado suficiente; pero á pesar de todas estas prevenciones, sufrieron mucho por la falta de ejercicio, hasta el punto de que Briant no veía sin gran pena que los niños se ponían descoloridos y tristes. Sin embargo, aparte algunos constipados y algunas bronquitis inevitables por la crudeza del temporal y que se curaron fácilmente con bebidas calientes, la salud de nuestros jóvenes colonos no se resintió mucho de aquel tiempo tan cruel.

El 16 de Agosto, el estado de la atmósfera se modificó con el viento Oeste, y el termómetro subió hasta marcar doce grados bajo cero.

Doniphan, Briant, Service y Baxter pensaron entonces en hacer una excursión á *Sloughi-bay*, ó sea al primitivo campamento, pues sabían que partiendo muy de mañana, podían estar de vuelta por la tarde.

Deseaban observar si la costa era frecuentada por ciertos anfibios, que son huéspedes habituales de las regiones antárticas, y además, una vez allí, dedicarían algún rato á reponer el pabellón inglés, que, como recordarán nuestros lectores, habían izado sobre un mástil en el acantilado antes de abandonar aquel sitio; pabellón que sin duda debían haber destrozado las borrascas. Por consejo de Briant, se clavaría también en el asta una tablilla indicando la situación de *French-den*, para el caso en que algunos marinos, habiendo visto la bandera, desembarcaran en la playa.

Gordon asintió á ese proyecto, pero encargándoles repetidamente que estuviesen de vuelta al anochecer. En consecuencia, nuestros expedicionarios salieron el 19 antes de la alborada: el cielo estaba sereno, alumbrado por los pálidos rayos de la luna en su cuarto menguante.

Las seis millas que separaban *Sloughi-bay* de *French-den* fueron rápidamente recorridas, pues estando helado el charco *Bog-woods*, no fué necesario dar rodeo alguno, lo que abrevió el camino; así es que á las nueve de la mañana Doniphan y sus compañeros llegaban a la playa.

—¡Vaya una bandada de aves! exclamó Wilcox.

Y señalaba algunos millares de pájaros que, parecidos á grandes patos, se hallaban colocados en fila en las puntas de los arrecifes.

—¡Parecen soldados á quienes el General va á pasar revista! dijo Service.

—Son *pingüinos*, respondió Baxter, y no valen un tiro. Estos estúpidos volátiles, que se sostenían en una postura casi vertical, debida á que tienen muy atrás sus patas, ni siquiera pensaron en huir, hasta el punto de que se les hubiera podido matar á palos. Tal vez Doniphan hiciera intención de tirar á alguno; pero como Briant tuvo la prudencia de no oponerse á ello, bastó ese implícito asentimiento para que Doniphan mudara de idea. Los pingüinos no sufrieron ningún percance.

Mas si esos pájaros no servían para nada, nuestros jóvenes vieron gran número de otras clases de animales, cuya grasa podía servir para el alumbrado de *French-den* en el próximo invierno.

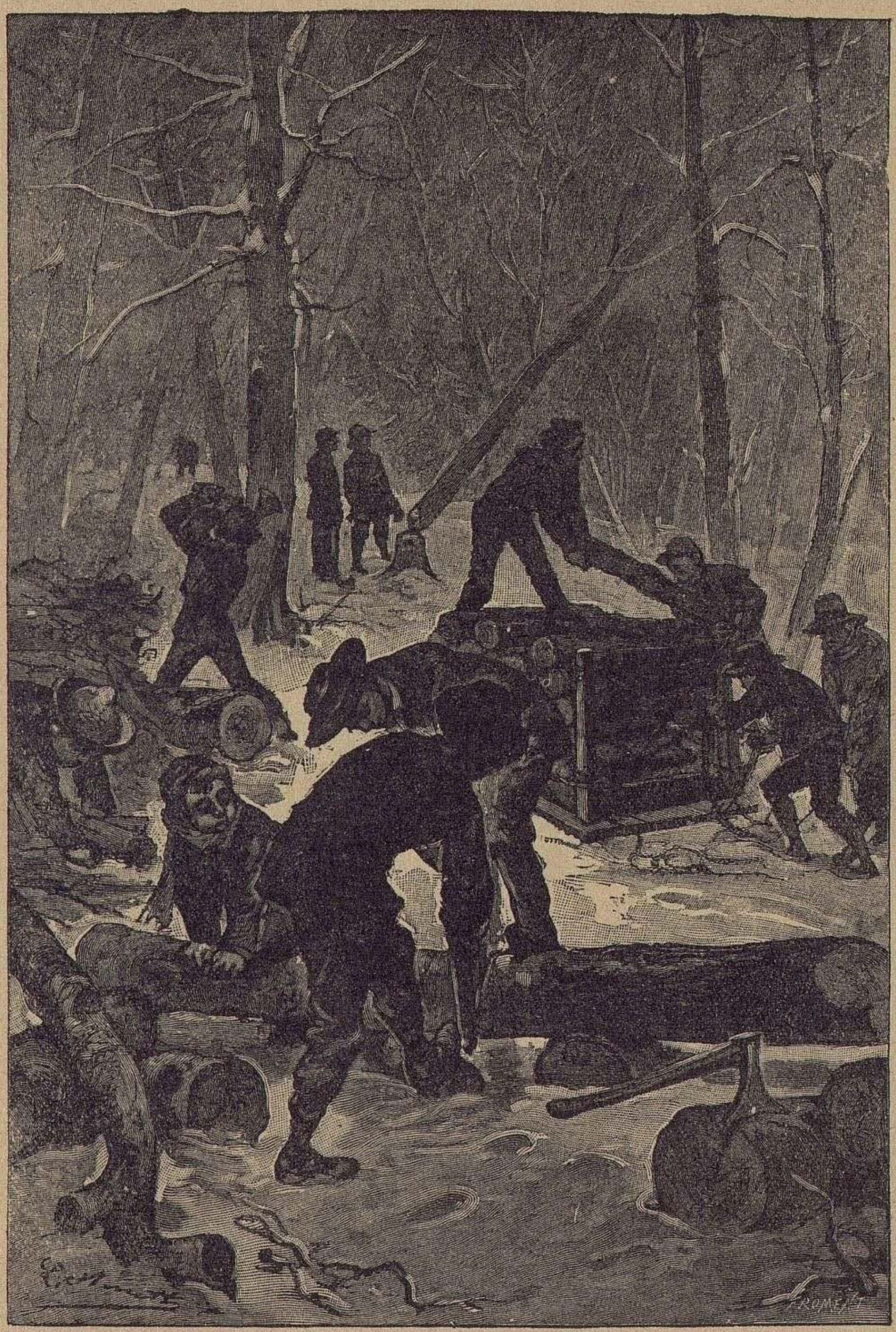
Eran focas, de la especie llamada *focas de trompa*, que se solazaban encima de las rompientes, cubiertas de hielo; pero para matar algunas era preciso cortarles la retirada, y en cuanto Briant y sus compañeros se aproximaron, comenzaron á huir dando saltos extraordinarios, y desaparecieron debajo del agua. Sería necesario, para darles caza, organizar una expedición especial y en otras condiciones.

Después de almorzar frugalmente con las provisiones que habían llevado, los colonos recorrieron la bahía en toda su extensión. Una capa blanca la cubría desde la embocadura del río *Zealand* hasta el promontorio de *False-sea-point*, pues el suelo estaba cubierto con más de dos pies de nieve.

Los últimos restos del *Sloughi* se encontraban enterados en ella.

El mar, siempre desierto hasta el extremo límite de aquel horizonte, fué saludado por Briant, que no le había visto en tres meses, y saludó también, dándola vida en su imaginación, más allá, á centenares de leguas, á Nueva Zelandia, cuya tierra no desesperaba de volver á pisar algún día.

M.C.D. 2018



Después del almuerzo los jóvenes volvieron al trabajo.

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

Baxter se ocupó en mudar la bandera y en clavar la tablilla, indicando la situación de *French-den* á seis millas remontando el curso del río, y á la una de la tarde se pusieron de nuevo en camino para regresar á su vivienda.

Doniphan mató unas cuantas avefrías que revoloteaban en la superficie del río, y á las cuatro, sus compañeros y él entraban en la gruta. Gordon, puesto al corriente de lo que había pasado y enterado de que muchas focas frecuentaban *Sloughi-bay*, aseguró que se las daría caza tan luego como el tiempo lo permitiera.

El invierno iba, por fin, á concluir muy pronto; durante la última semana del mes de Agosto y la primera de Septiembre, fuertes chubascos trajeron un rápido cambio en la temperatura. La nieve no tardó en disolverse, y el hielo del lago se rompió con un ruido ensordecedor. Los témpanos que no se deshicieron, entraron en la corriente del río, amontonándose unos encima de otros, formando una barrera que se desbarató completamente hacia el 10 de Septiembre.

Así pasó aquel invierno. Merced á las precauciones tomadas, la pequeña colonia no padeció mucho. Todos gozaban de perfecta salud, y los estudios siguieron su curso ordinario, sin que Gordon se viese obligado á usar de mucha severidad.

Un día, sin embargo, tuvo que corregir á Dole, cuya conducta necesitaba un severo castigo.

Muchas veces, aquel testarudo muchacho había rehusado aprender su lección, y Gordon le había reñido; pero como el niño continuara sin hacer caso de las observaciones del jefe de la colonia, fué condenado á recibir algunos azotes.

Sabido es que los niños ingleses no miran como denigrante esa clase de castigo. No obstante, Briant hubiera protestado contra aquella manera de obrar, si no hubiese tenido la obligación de respetar las decisiones de Gordon.

Dole recibió, pues, algunos zurriagazos que le aplicó Wilcox, designado por la suerte en el presente caso para funcionar como ejecutor público, y el castigo fué tan ejemplar, que el caso no volvió á acontecer.

El día 10 de Septiembre se cumplieron los seis meses primeros de las forzadas vacaciones de los alumnos de Chairmán, desde que el *Sloughi* se perdió en los arrecifes de la isla del mismo nombre.

VI

Últimos fríos.—El carro.—La primavera.—Service y su nandú.—Preparativos para una expedición al Norte. — Las madrigueras. — «Stop-river.»—Fauna y flora.—Extremidad de «Family-Lake.»—«Sandy-desert.»

Con el buen tiempo, nuestros jóvenes colonos se propusieron realizar algunas de las excursiones proyectadas durante las largas noches de invierno.

El mapa de Francisco Baudoin no señalaba ninguna tierra alrededor de la isla; pero era posible que el pobre náufrago no la hubiera divisado, pues no poseyendo anteojo alguno, era imposible que con la simple vista distinguiera nada más allá de algunas millas. Nuestros colonos, mejor provistos, descubrirían tal vez lo que aquél no pudo alcanzar á ver.

Pero antes de visitar las diversas regiones de la isla, se trató de explorar el territorio comprendido entre *Auckland-hill*, *Family-Lake* y *Traps-woods*. ¿Cuáles eran sus recursos? ¿Cuál era su riqueza en árboles y arbustos que se pudieran aprovechar? Esto era lo primero que debían saber. La marcha quedó fijada para los primeros días de Noviembre. La primavera se retrasó algún tiempo, porque encontrándose la *isla Chairmán* en una latitud bastante alta, tuvo que sufrir muy malos tiempos, debidos al equinoccio.

Hasta mediados de Octubre, los cambios atmosféricos se manifestaron con sin igual violencia; las piedras del acantilado *Auckland-hill* gemían azotadas por las ráfagas del Sur, que atravesando los pantanos, sin luchar con obstáculo alguno, llevaban consigo las emanaciones heladas del mar antártico. Veinte veces aquellos vendavales arrancaron las puertas de *Store-room*, penetrando por el corredor hasta el *hall*, y nuestros jóvenes sufrieron tal vez más por aquel temporal que por los intensos fríos del invierno.

Para más aburrimiento, parecía que los pájaros habían emigrado buscando un re-

M.C.D. 2018

fugio en regiones más abrigadas y menos expuestas á tan recias tormentas equinocciales, y hasta los peces se ocultaban por la agitación de las aguas, que mugían en las orillas del lago.

Sin embargo, los colonos no estaban ociosos. Como la mesa no podía ya servir de vehículo, puesto que el hielo había desaparecido, Baxter ideó fabricar un aparato á propósito para acarrear los objetos de gran peso. Al efecto, utilizó dos ruedas dentadas, de igual tamaño, de un torno del *schonner*. Después de haber ensayado, aunque en vano, romper los dientes de aquellas ruedas, llenó los intervalos con cuñitas de madera, cubiertas con un círculo metálico, y después de unirlas por una barra de hierro á manera de eje, se colocó sobre él una sólida plataforma, resultando así un carro, si bien muy basto, en disposición de prestar, como lo prestó, grandes servicios. Inútil nos parece añadir que, á falta de caballo, mula ó burro, los más vigorosos serían los encargados de arrastrarlo.

¡Ah! Si llegaran algún día á apoderarse de cualquier cuadrúpedo, ¡cuántas fatigas se ahorrarían!

¿Por qué la fauna de la isla Chairmán, fuera de algunos carnívoros, era más rica en volátiles que en rumiantes? Sería demasiada felicidad para ellos, y en particular para Service, que, ganoso de cabalgar, fuera como fuera, se lamentaba de que su avestruz no quisiera domeñarse á vivir con la mansedumbre que crea siempre la domesticidad.

En efecto; el nandú no había perdido nada de su carácter salvaje. No dejaba que se aproximasen á él sin defenderse con el pico y las patas, y procuraba sin cesar romper sus ligaduras con el afán de huir y de perderse pronto por entre los árboles de *Traps-voods*, gozando á su placer de las delicias que á todo ser animado proporciona siempre la libertad.

Service, no obstante, no perdía las esperanzas. Había dado al nandú el nombre de Brausewind, como lo había hecho con el suyo Jack, según leyera en el *Robinsón Suizo*; pero aunque nuestro muchacho había juzgado cuestión de amor propio el amansar al animal, no conseguía nada ni por buenos ni por malos tratamientos.

Sin embargo, dijo un día, aludiendo á la novela de Wyss, que no se cansaba de leer:

—Jack llegó á conseguir que su avestruz se transformara en un rápido corcel.

—Es verdad, le replicó Gordon; pero entre tu héroe y tú hay tanta diferencia como entre tu avestruz y el suyo.

—¿Cuál es?

—Sencillamente la que separa la imaginación de la realidad.

—¡No importa! replicó Service. ¡Llegaré á amansarle, ó nos veremos los dos!

—Pues bien, respondió el americano riendo; me extrañaría menos oirle hablar que verle obedecer.

A despecho de las bromas de sus compañeros, Service estaba muy decidido á montar su nandú en cuanto el tiempo lo permitiese. Así es que, imitando en un todo á Jack, construyó una especie de guarnición de tela con ojeras movibles, para guiarle á derecha é izquierda, según su gusto. ¿Por qué no había de tener éxito, puesto que el héroe de Wyss le obtuvo? Hizo también un collar, que llegó á fijar al cuello del animal: pero en cuanto á la capucha, fué imposible colocársela en la cabeza.

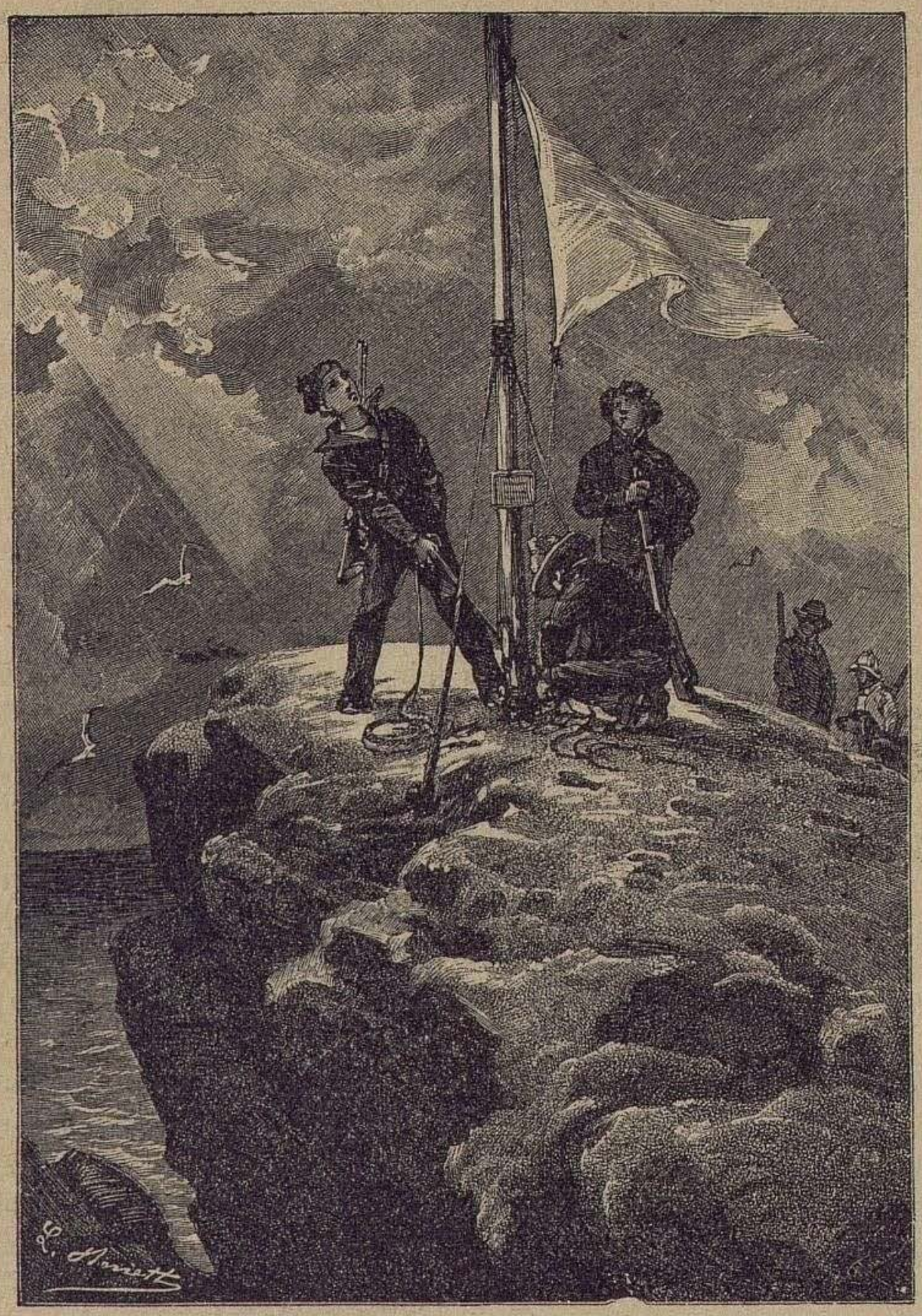
El equinoccio tocaba á su fin; el sol tomaba fuerza y el cielo se serenaba, comenzando ya los árboles á brotar á impulsos del calor vivificante del luminoso astro.

Los colonos podían ya estar fuera días enteros. Los trajes de abrigo, pantalones de fuerte paño, camisetas ó blusas de lana, habían sido sacudidos, limpiados y guardados en los cofres designados al efecto por Gordon Nuestros jóvenes, encontrándose más ágiles con sus trajes ligeros, celebraban alegremente la vuelta del buen tiempo, teniendo además la esperanza, que no les abandonaba nunca, de hallar algún medio que modificase ventajosamente su situación.

Durante el verano podía acontecer que un buque visitara aquellos parajes; y si pasaba cerca de la isla Chairmán, ¿por qué no había de arribar viendo la bandera que ondeaba en la cresta de *Auckland-hill*?

En la segunda quincena de Octubre los cazadores hicieron alguna que otra excursión en un radio de dos millas en derredor de *French-den*, proporcionando á Mokó ocasión para mejorar en algo las comi-

M.C.D. 2018



Baxter colocó la nueva bandera, y tijo la tablita.

das. Gordon no cesaba de recomendar la economía de las municiones, lo cual contrariaba mucho á Doniphan. Wilcox tendía lazos, con los que cogió algunos pares de perdices, avutardas y hasta de esas liebres *maras*, cuya carne se parece á la del aguti. Muchas veces en el día iban los colonos á mirar aquellos lazos, porque los chacales y otros carnívoros encontraban muy cómodo comerse las piezas cogidas de este modo, y en verdad era cosa triste trabajar para que aquellas fieras utilizasen el producto de la industria de nuestros muchachos; así es que cuando daban caza á algunos de estos animales dañinos en las antiguas trampas y en otras nuevas colocadas en la linde del bosque, los mataban sin piedad.

Doniphan dió muerte á varios de esos *pecaris* y *guaçulis*, jabalíes y cervos de pequeña estatura, cuya carne es muy sabrosa. En cuanto á los nandús, nadie sintió no poderlos alcanzar, en vista del poco éxito obtenido por Service en su ensayo para domesticar el suyo; y bien claro se vió esto cuando en la mañana del 26 el terco muchacho quiso montar su avestruz, al que había puesto la guarnición, no sin mucho trabajo.

Estaban todos reunidos en *Sport-terrace* para asistir á este interesante espectáculo. Los niños miraban á su compañero con cierto sentimiento de envidia, mezclado de alguna inquietud, y en el momento decisivo titubeaban sobre si rogar ó no á Service que los pusiera á la grupa; los mayores se encogían de hombros, y Gordon procuró disuadir á Service de que

M.C.D. 2018

llevara á cabo una prueba que le parecía peligrosa; pero obstinándose éste en realizar su propósito, tomaron todos el partido de dejarle hacer su voluntad.

Mientras Garnett y Baxter tenían al animal con la cabeza cubierta por una capucha y las ojeras bajadas, Service, después de varias tentativas infructuosas, llegó á saltar sobre el nandú, diciendo con voz algo temblona:

—¡Soltadle!

El avestruz, privado de la vista y sintiéndose sujetado por el muchacho, que le apretaba fuertemente con las piernas, se quedó inmóvil; mas apenas levantó Service las ojeras por medio de la cuerda que servía también de rienda, el nandú dió un salto prodigioso y partió como una flecha en dirección al bosque.

Service no era dueño ya de su fogosa montura, y en vano procuró detenerla cegándola de nuevo; pues por un brusco movimiento de cabeza el animal se quitó la capucha, que cayó sobre su cuello, en el que el muchacho se agarraba con todas sus fuerzas; y, por fin, por medio de una violenta sacudida, se desembarazó del jinete en el mismo momento en que el nandú iba á desaparecer bajo los árboles de *Traps-woods*.

Los compañeros de Service acudieron, y cuando llegaron á su lado, el avestruz estaba ya lejos.

Felizmente, habiendo caído el muchacho sobre una capa de hierba muy espesa, no se hizo ningún daño.

—¡Qué animal más estúpido! exclamó lleno de confusión. ¡Ah, si vuelvo á cogerlo!...

—No lo volverás á ver ya, respondió Doniphan, que se complacía en burlarse de su compañero.

—Decididamente, dijo Webb, tu amigo Jack era mejor jinete que tú.

—Es que mi nandú no estaba suficientemente domesticado, respondió Service.

—Ni podía estarlo nunca, replicó Gordon. Consuélate, Service; nada hubieras conseguido de esa bestia, y no olvides que en la novela de Wyss no todo es verdad.

Al principiar el mes de Noviembre el clima continuaba favorable para una expedición de algunos días. Se trataba de reconocer la orilla occidental de *Family-Lake* hasta la punta del Norte; y como el tiempo estaba sereno y el calor no era excesivo, no había inconveniente en pasar unas cuantas noches al aire libre.

Los cazadores debían formar parte de la excursión; y como había de prolongarse algo, y, por lo tanto, ofrecer algunas peripecias, Gordon juzgó conveniente partir con ellos, siendo Briant y Garnett los encargados de cuidar á sus compañeros, que se quedaban en *French-den*. Más adelante Briant emprendería otro viaje con objeto de visitar la parte inferior del lago, bien costeando sus orillas con la canoa, ó ya atravesándolo, puesto que, según el mapa, no tenía más que cuatro ó cinco millas de anchura.

Al llegar la mañana del 5 de Noviembre, y dispuestos los expedicionarios Gordon, Doniphan, Baxter, Wilcox, Webb, Cros y Service, emprendieron su marcha después de despedirse de sus amigos.

En *French-den* ningún cambio debía operarse en la vida de todos los días. Fuera de las horas de estudio, los niños seguirían pescando, como de costumbre, en el lago ó en el río, lo que constituía su recreo favorito. Pero no vaya á creerse que porque Mokó no formaba parte de la caravana, los expedicionarios se verían reducidos á comer mal, no; Service estaba con ellos; y como muchas veces ayudaba á Mokó en las operaciones de la cocina, hizo valer su talento culinario para acompañar á los viajeros, quizás impelido por su esperanza de encontrar á su avestruz.

Gordon, Doniphan y Wilcox iban armados con escopetas, llevando además un revólver á la cintura. Cuchillos de monte y dos hachas pequeñas completaban su armamento. Habían acordado no gastar plomo ni pólvora sino para defenderse ó para matar algunas piezas de caza mayor, en el solo caso de que no se las pudiese coger de un modo menos costoso.

Baxter, según sabemos, era un muchacho tan previsor como diestro, y previendo que llegara á ser algún día muy necesario servirse del lazo y de las bolas, las arregló, y ejercitándose en su manejo, adquirió muy pronto notable habilidad y destreza para lanzarlos. Es verdad que hasta entonces no lo había ensayado sino en objetos inmóviles, y nada probaba que los resultados estuviesen en armonía con

M.C.D. 2018

sus deseos, arrojando aquéllos contra un animal corriendo; pero los llevó consigo por si se presentaba el caso de utilizarlos.

Gordon se llevó también el *halkett boot*, bote de cautchuc, muy portátil, puesto que, según dijimos oportunamente, se doblaba como una maleta y no pesaba más de diez libras.

Era muy conveniente tener á mano esta canoa, pues el mapa del náufrago consignaba la existencia y posición de dos ríos tributarios del lago, y tal vez necesitasen de aquel bote para atravesarlos. Según dicho mapa, del que Gordon llevaba una copia para consultarlo ó comprobarlo, la ribera occidental de *Family-Lake* se desarrollaba en un largo próximamente de dieciocho millas, teniendo en cuenta su curva. La expedición, según se ve, y en el caso de que los viajeros no experimentasen ningún retraso, necesitaría dos ó tres días por lo menos.

El americano y sus compañeros, precedidos por *Phann*, dejaron *Traps-wods* á su izquierda, y anduvieron á buen paso por el suelo arenoso de la ribera, no tardando mucho en salvar la distancia hasta entonces recorrida en las excursiones que habían hecho desde su instalación en la gruta; y traspuesto dicho terreno, se hallaron en un sitio en que las hierbas eran tan altas, que dificultaban la marcha de nuestros jóvenes; pero no tuvieron por qué sentir aquel retraso, pues *Phann* empezó á rastrear, quedando por fin inmóvil delante de media docena de madrigueras.

Indudablemente el perro había olfateado algún animal, sin duda encamado, y Doniphan, llevado de sus aficiones, preparaba su escopeta, cuando Gordon le detuvo.

—Economiza la pólvora, Doniphan, le dijo; te lo suplico; economiza las municiones.

—¡Quién sabe, Gordon, si nuestro almuerzo estará ahí dentro! respondió el joven cazador.

—¡Y también la comida!... añadió Service, bajándose y mirando las madrigueras.

—Si hay algún bicho aquí, respondió Wilcox, le obligaremos á que salga sin que nos cueste un perdigón.

—¿Cómo puede ser eso? preguntó Webb.

—Ahumándolo, como se hace con las zorras cuando están en las madrigueras.

Y Wilcox, cogiendo algunos puñados de hierbas secas, las colocó delante de los agujeros y las encendió; un momento después, diez ó doce roedores salían medio sofocados, procurando huir, pero en vano Eran conejos *tucutucos*, de los que Service y Webb mataron algunos con un palo, mientras que *Phann* estrangulaba también á cuantos cogía.

—¡He aquí un excelente asado!... dijo Gordon.

—Y yo me encargo de ello, añadió Service, deseoso de llenar sus funciones de jefe de cocina. ¿Queréis comerlos ahora mismo?

—En la primera parada, contestó el americano.

Necesitaron más de media hora para salir de aquella pradera, tan cubierta de malezas, y más allá encontraron la playa llena de dunas, cuya arena finísima se levantaba al menor soplo de aire.

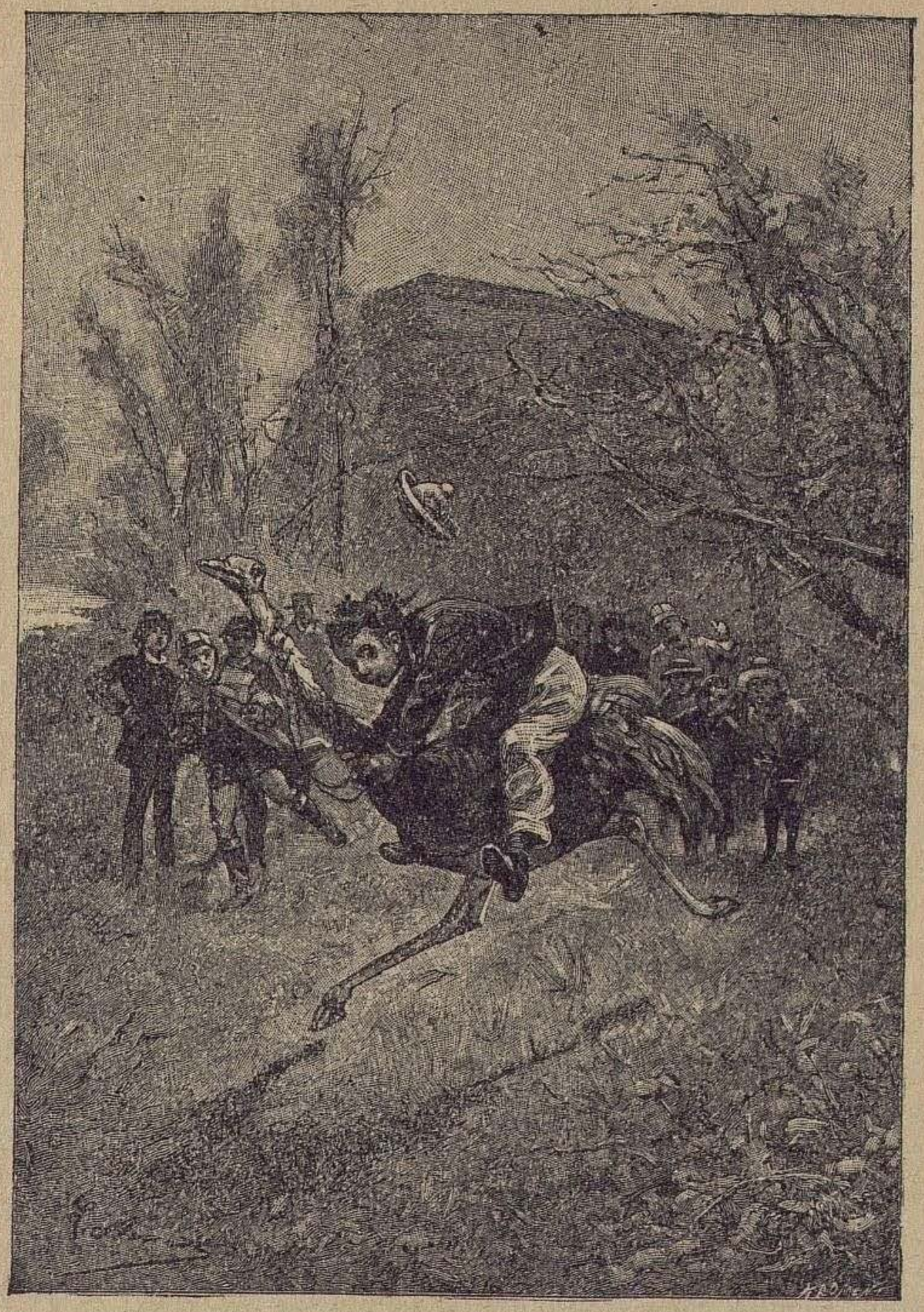
A la altura en que se hallaban, el reverso de *Auckland-hill* quedaba ya á más de dos millas hacia Oeste, lo cual se explicaba por la dirección del alcantilado en su curva desde *French-den* hasta *Sloughi-bay*. Toda esta parte de la isla estaba oculta por aquel bosque tan espeso, que Briant y sus compañeros habían atravesado en su primera expedición al lago, regado por el riachuelo de que hicimos mención al ocuparnos de ello, y al que habían dado el nombre de *Dike-creek*.

El mapa indicaba que ese *creek* desembocaba en el lago, y á su embocadura fué precisamente adonde nuestros jóvenes llegaron á las once de la mañana, después de haber andado unas seis millas.

Al llegar á dicho punto hicieron alto al pie de un magnífico pino, encendieron lumbre entre dos piedras, y algunos instantes después dos *tucutucos*, desollados por Service, se asaban al amor de una gran llama, y *Phann*, echado al lado del hogar, se complacía en husmear el buen olor que se desprendía de aquellos roedores.

Almorzaron con buen apetito, sin tener queja de ese primer ensayo de Service en el arte culinario. Los *tucutucos* bastaron, y no tuvieron que tocar á las provisiones que llevaban consigo, como no fuera algo de galleta, que hacía las veces de pan.

M.C.D. 2018



Service no podía detener á su cabalgadura.

Concluído el almuerzo, emprendieron de nuevo la marcha, y atravesaron el *creek* por un vado, sin necesidad del bote, cuyo servicio les hubiese consumido mucho tiempo.

La orilla del lago, algo pantanosa, les obligó á seguir de nuevo las lindes del bosque, sin perjuicio de dirigirse hacia el Este tan luego como lo permitiese el buen estado del terreno.

Los árboles eran siempre de la misma clase: hayas, abedules, pinos de varias especies, y encinas. Millares de pájaros de diversas castas revoloteaban debajo del follaje, cantando ó silbando á porfía; y allá, á lo lejos y muy alto, se veían algunas de aquellas aves de rapiña muy comunes en la América del Sur.

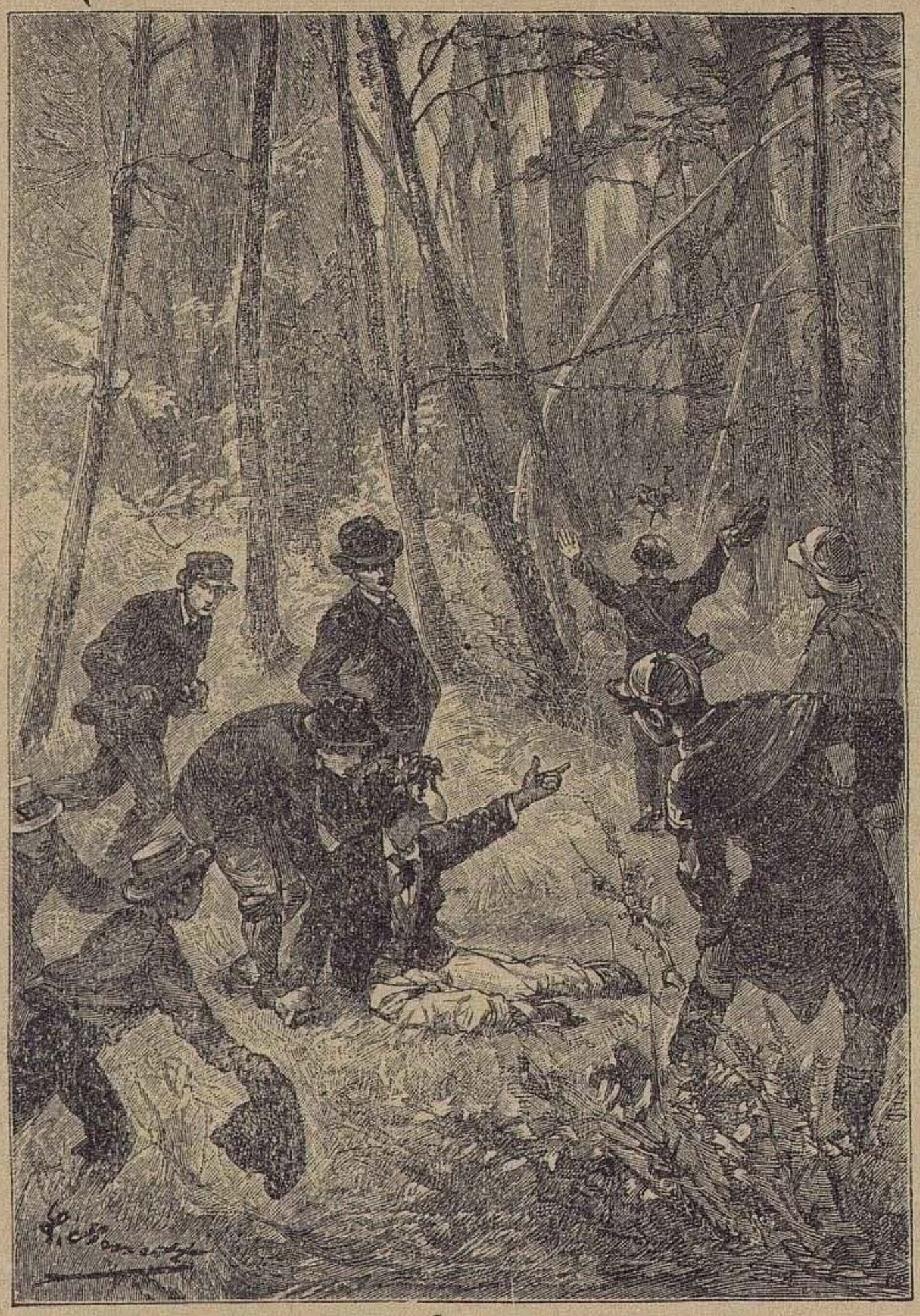
Service, acordandose sin duda de *Robinsón Crusoé*, sentía mucho que no hubiese loros en la isla, porque tal vez uno de aquellos habladores pájaros le hubiera indemnizado de los malos ratos que le proporcionó la educación, tan poco aprovechada, del avestruz.

La caza abundaba por doquier, y Gordon no pudo rehusar á Doniphan el placer de matar un *pecari*, que serviría para el almuerzo del siguiente día.

Anduvieron hasta las cinco de la tarde, hora en que llegaron á orillas del segundo río señalado en el mapa; era otro desagüe del lago que desembocaba en el Pacífico, más allá de *Sloughi-bay*, después de rodear el Norte de *Auckland-hill*.

Gordon resolvió detenerse en aquel sitio. Después de haber andado doce millas, era justo cenar y descansar Este nuevo

M.C.D. 2018



—¡Qué animal más estúpido! ¡Si vuelvo á cogerlo! exclamó Service.

río fué llamado *Stop-river* (río de la parada).

Nuestros jóvenes establecieron su campamento debajo de los primeros árboles del ribazo, y los *tucutucos* formaron el plato principal de la cena, que Service condimentó con bastante acierto.

Pero estaban muy cansados, y como la necesidad que tenían de dormir era mayor que la de comer, resultó que, si bien es verdad que las bocas se abrían á impulsos del hambre, los ojos se cerraban obedeciendo al sueño; así es que, apenas concluyeron de cenar, encendieron una gran hoguera, y se tendieron delante de ella envueltos en sus mantas. Wilcox y Doniphan velaron por turno, á fin de alimentar la hoguera para mantener las fieras á respetable distancia.

La noche pasó sin ningún incidente, y al rayar el día todos estaban prontos á ponerse otra vez en camino, como lo hicieron sin dilación alguna.

Tenían necesidad de atravesar el río, pero como no era vadeable, echaron mano del bote. Esta débil barquilla no podía conducir más que una sola persona, así es que hubo necesidad de pasar siete veces y repasar otras tantas, lo que exigió más de una hora; pero poco importaba semejante dilación, en gracia á que ni las municiones ni las provisiones se mojaran.

Phann no quiso manifestarse cual perro comodón, y metiéndose en el agua, hizo á nado la travesía en un momento.

Pasado el río, el terreno estaba enjuto, y Gordon dirigió otra vez la expedición hacia la orilla del lago, adonde llegaron á

M.C.D. 2018

las diez de la mañana; y después de almorzar muy bien con buenos trozos de carne de *pecari* asada, y galleta, tomaron el camino con dirección al Norte.

Nada indicaba aún que el extremo del lago estuviese próximo, pues el horizonte del Este se veía siempre cerrado por una línea circular de cielo y agua; pero á medio día Doniphan miró con el anteojo, y dijo:

—¡Ya está aquí la otra orilla!

Todos se pusieron á mirar por aquel lado, y, efectivamente, las copas de los árboles comenzaban á distinguirse por aquel lado.

—No nos detengamos, replicó Gordon, y procuremos llegar antes de que anochezca.

Una árida llanura, con algunas dunas, y sembrada acá y allá de matas de juncos, se extendía hasta perderse de vista en dirección al Norte. La parte septentrional de la isla Chairmán no se componía, por lo visto, sino de anchos espacios arenosos que contrastaban con los verdes bosques del centro. El americano les dió el nombre de *Sandy-desert* (desierto de arena.)

A las tres, la orilla opuesta apareció distintamente, redondeándose á menos de dos millas al Este. Esta región parecía completamente abandonada de todo ser viviente, como no fuera algunas aves marinas que pasaban por allí para ir á refugiarse en las rocas del litoral.

En verdad que si el *Sloughi* hubiese abordado en aquel sitio, nuestros pobrecitos náufragos hubieran creído verse privados de todo recurso. En vano buscarían, en medio de aquel desierto, una morada tan abrigada como *French-den*, y al faltarles el abrigo del *schonner* no hubieran, de seguro, hallado refugio alguno.

¿Era necesario ir más adelante en la misma dirección para reconocer por completo aquella parte de la isla que parecía inhabitable? ¿No sería preferible dejar para otra vez la exploración de la orilla derecha del lago, en donde otros bosques quizás pudieran ofrecer nuevas riquezas? Indudablemente que sí; y además, para averiguar si la isla Chairmán estaba ó no cerca del continente americano, había que dirigir las indagaciones por la región del Este.

Doniphan propuso, sin embargo, llegar hasta la extremidad del lago, que no debía estar lejos, toda vez que la doble curva de sus orillas se acentuaba más á cada instante. Lo realizaron así, y al llegar la noche hacían alto en el fondo de una caleta, en el ángulo Norte de *Family-Lake*.

En aquel sitio no se veía ni un ángulo ni una hierba, ni siquiera musgo ó líquen seco. Les faltó el combustible, y para dormir se vieron precisados á echarse sobre la arena, cubriéndose con sus mantas.

Durante aquella noche nada turbó el silencio en *Sandy-desert*.

VII

Camino que siguieron para la vuelta.—Excursión hacia Oeste.—Trulca y algarrobo.—Arbol de té.—El torrente de «Dike-creek».—Vicuñas.—Noche intranquila.—Guanacos.—Destreza de Baxter para lanzar las bolas y el lazo.—Vuelta á «French-den.»

A doscientos pasos de la caleta se alzaba una duna de unos cincuenta pies de altura, observatorio muy á propósito para que Gordon y sus compañeros pudieran echar una ojeada sobre aquella región.

A la salida del sol se apresuraron á subir hasta la cima de la duna, y desde allí dirigieron los anteojos hacia el Norte.

Si aquel desierto arenoso se prolongaba hasta el litoral, como lo indicaba el mapa, era imposible divisar su fin, pues el horizonte de mar debía encontrarse á más de doce millas al Norte y á más de siete al Sur, y en esta suposición les pareció inútil remontar más allá en la párte septentrional de la isla Chairmán.

—Entonces, preguntó Cross, ¿qué vamos á hacer ahora?

—Volvernos por donde hemos venido, respondió el americano.

—¡Pero no antes de desayunarnos! se apresuró á decir Service.

—Pon la mesa, contestó Webb.

—Puesto que tenemos que volver sobre nuestros pasos, observó Doniphan, ¿no podríamos seguir otro camino para regresar á la gruta?

—Lo ensayaremos, respondió Gordon.

—Me parece, replicó Doniphan, que si siguiéramos la orilla derecha de *Family-Lake*, nuestra exploración sería completa.

M.C.D. 2018

—Resultaría demasiado larga, respondió el americano. Según el mapa, tendríamos que andar treinta ó cuarenta millas, y necesitaríamos siete ú ocho días para ello, suponiendo que ningún obstáculo se presentara en el camino, y semejante tardanza pondría muy inquietos á los de *French-den*, y nada exige les produzcamos tal inquietud.

—Sin embargo, añadió Doniphan, tarde ó temprano será necesario reconocer aquella parte de la isla.

—Sin duda, respondió Gordon, y pienso organizar una expedición con este objeto.

—Doniphan tiene razón, dijo Cross; tenemos interés en no volver por el mismo camino.

—Bien, replicó Gordon. Propongo que sigamos la orilla del lago hasta *Stop-river*, y luego marcharemos directamente hacia el acantilado, cuya base seguiremos.

—¿Y por qué volver á bajar por esa orilla? preguntó Wilcox.

—En efecto, Gordon, añadió Doniphan. ¿Por qué no vamos por lo más corto, atravesando esta llanura arenosa para llegar á los primeros árboles de *Traps-woods*, que se hallan á tres ó cuatro millas, cuando más, al Sudoeste?

—Porque nos conviene, no lo dudes, atravesar *Stop-river*, respondió Gordon; estamos ciertos de que en ese camino por donde hemos andado ya, no hallaremos obstáculos, mientras que más abajo podríamos encontrar dificultad, si el río se cambiase en torrente; lo más seguro es, á mi parecer, no entrar en el bosque sino por la orilla derecha del *Stop-river*.

—¡Siempre prudente, Gordon! exclamó Doniphan, no sin una ligera ironía en el acento.

—¡Es mi deber! respondió el americano.

Y bajando la duna, se sentaron un momento en la caleta, tomaron un ligero refrigerio, arrollaron las mantas, y cogiendo sus armas echaron á andar á buen paso por el mismo camino que la víspera.

El cielo estaba magnífico, y apenas si una ligera brisa rizaba las aguas del lago; si el tiempo continuaba así siquiera durante treinta y seis horas, Gordon y sus compañeros llegarían á *French-den* al anochecer del siguiente día.

Desde las seis de la mañana á las once anduvieron sin gran cansancio las nueve millas que separaban la punta del lago, de *Stop-river*. Doniphan mató dos magníficas avutardas moñudas, de plumaje negro, con manchas amarillas en el lomo y blancas en la pechuga, proporcionándose de ese modo un rato de buen humor á sí mismo y de satisfacción á Service, siempre pronto á preparar para el asado cualquier animalejo que cayera en sus manos, como lo hizo una hora más tarde con los cazados por Doniphan, después de atravesar otra vez el río en el *kalkett-boot*.

—Hénos aquí ya en el bosque, dijo Gordon, y espero que Baxter encontrará ocasión de lanzar sus lazos ó sus balas.

—El caso es que hasta ahora no han servido para nada, respondió Doniphan, quien, tratándose de caza, no apreciaba más que su carabina.

—Esto no sirve para los pájaros, replicó Baxter.

—Pájaros ó cuadrúpedos, no tengo confianza en esos artefactos, dijo Doniphan.

—Ni yo, añadió Cross, siempre dispuesto á apoyar la opinión de su primo.

—Esperad siquiera á que Baxter haya tenido ocasión de servirse de ellos, antes de dar vuestro parecer, respondió el americano. Estoy cierto de que nos dará una sorpresa agradable; y no debemos olvidar que si las municiones llegan á concluírsenos, el lazo y las bolas no faltarán nunca...

—¡Antes faltaría la caza!... replicó el incorregible muchacho.

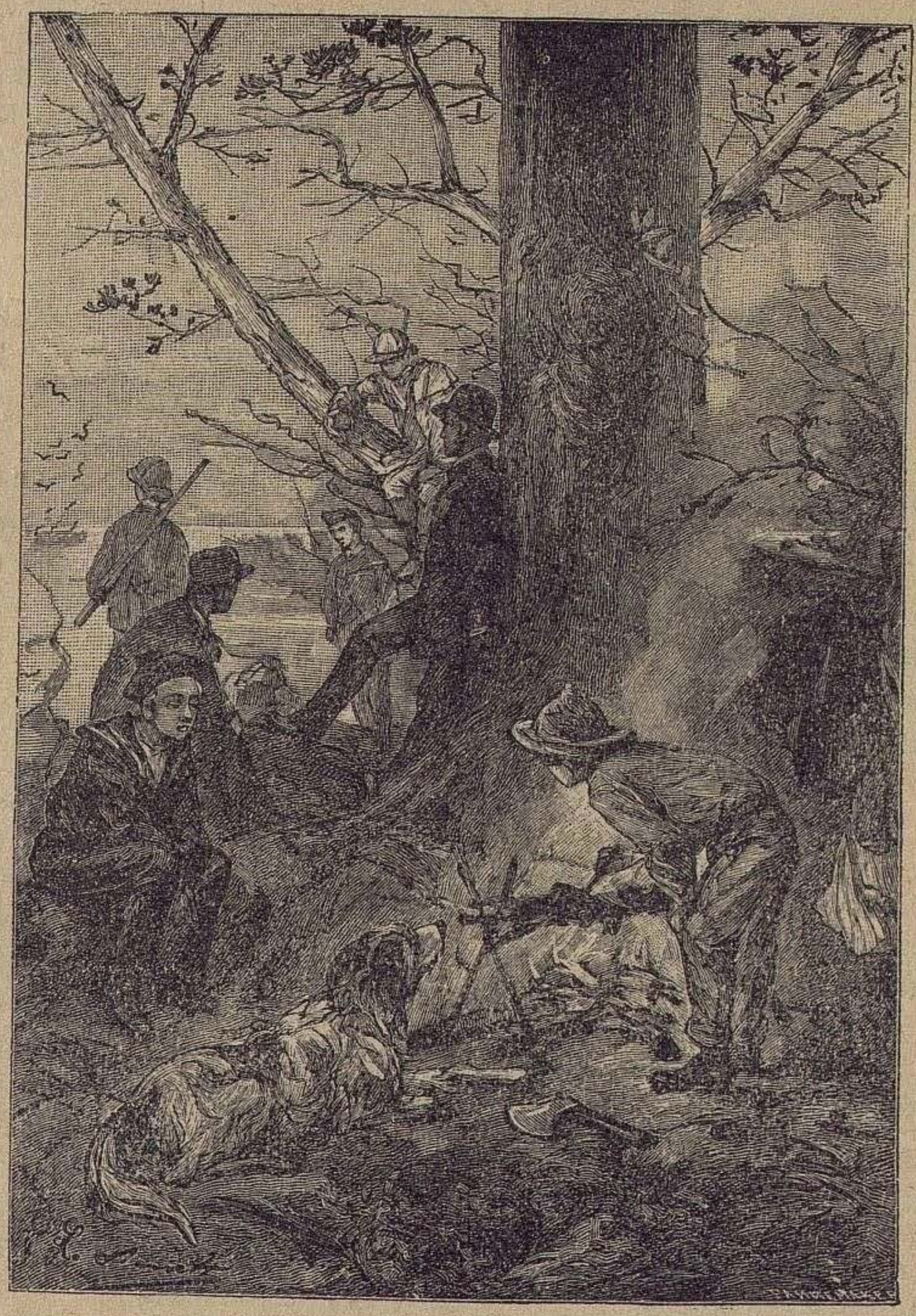
—Ya lo veremos, dijo Gordon, y mientras tanto almorzaremos.

Los preparativos necesitaron algún tiempo, porque Service quería que la avutarda estuviese muy á punto, y es menester, en efecto, más de una hora para la cocción de una de estas aves, que suelen pesar de veinticinco á treinta libras, y miden cerca de tres pies desde el pico á la cola, siendo de las mayores que constituyen la familia de las gallináceas. Una vez asada, desapareció como por encanto hasta el último trozo, pues *Phann*, á quien dieron el armazón, no dejó tampoco nada.

Concluído el almuerzo, los graves viajeros penetraron en la parte aún desconocida de *Traps-woods*, que *Stop-river* atraviesa antes de confundirse con el Pacífico.

El mapa indicaba que dicho río se inclinaba en su curso á Noroeste, dando vuelta á la extremidad del alcantilado, y

M.C.D. 2018



Encendieron lumbre al pie de un pino, y Service asó dos *tucutucos*...

que su embocadura esta situada más allá del promontorio *False-Sea-point*. Fijado en esto, Gordon resolvió abandonar la ribera de *Stop-river*, porque, siguiéndola, serían llevados en una dirección completamente opuesta á *French-den*, cuando lo que él quería era llegar por el camino más corto á las primeras rocas de *Auckland-hill*, para seguir su base bajando al Sur.

Así es que después de orientarse por medio de la brujula, el americano empezó á marchar en dirección al Oeste, por donde los árboles, siendo menos espesos que en la parte Sur de *Traps-woods*, dejaban más libre el paso por un suelo menos cubierto de brozas y malezas.

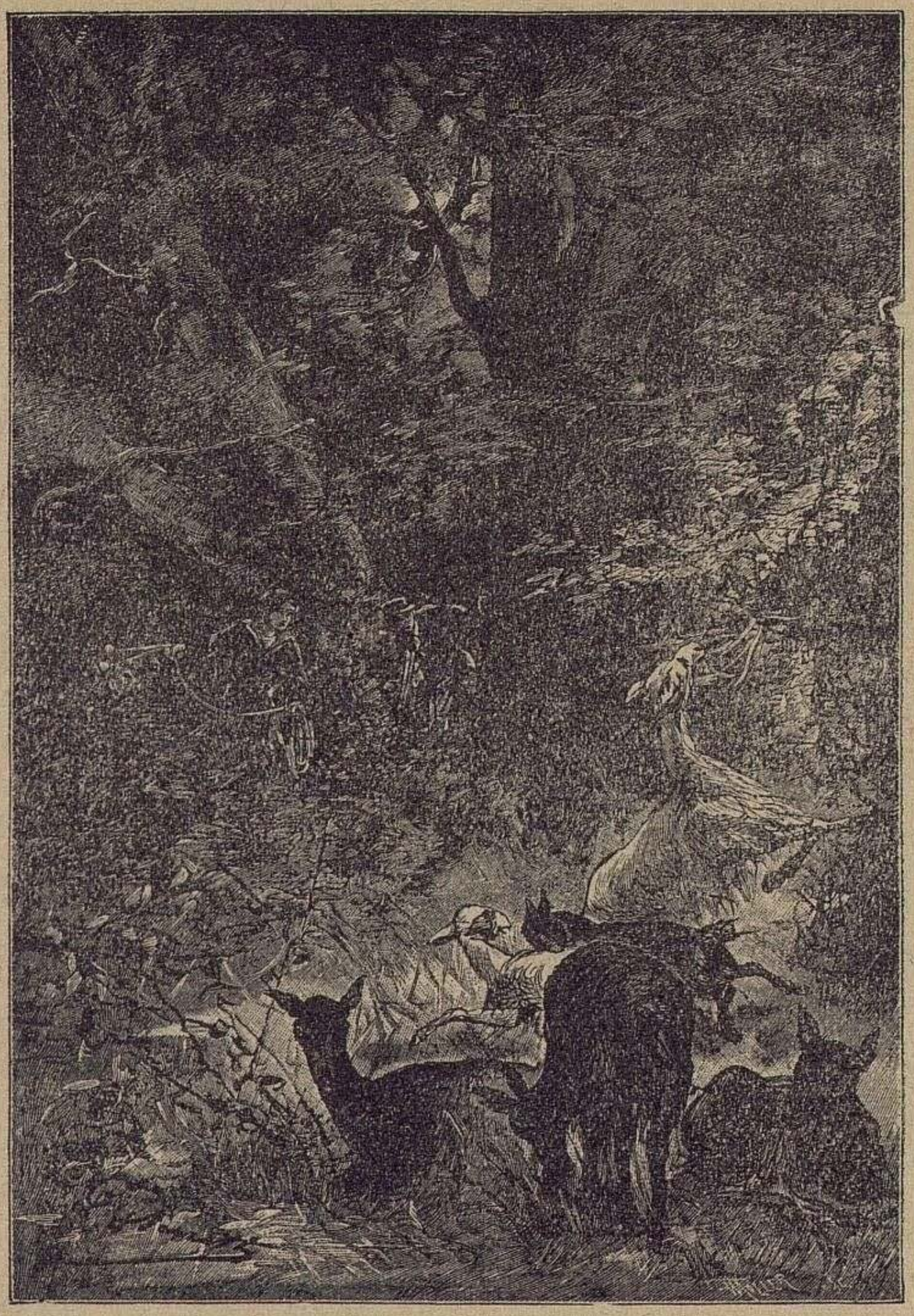
Entre los abedules y las hayas se abrían algunos claros que dejaban penetrar los rayos del sol, merced á los cuales, las flores silvestres, hermoseando la tierra y perfumando el ambiente, mezclaban sus vivos colores con el verde de los arbustos y de la alfombra de césped.

Los coquetones jovencitos cogieron algunas de esas flores y adornaron con ellas las solapas de sus chaquetas.

Gordon, por su parte, y ayudado de sus conocimientos en botánica, hizo un descubrimiento muy útil, que en más de una ocasión había de aprovechar á la pequeña colonia. Atrajo su atención un arbolito muy frondoso, de hojas poco desarrolladas, y de cuyas ramas, llenas de espinas, pendía una pequeña fruta rojiza, del tamaño de un guisante.

—¡Este árbol es el *trulca*, si no me equivoco! exclamó. Es una fruta muy apreciada por los indios.

M.C.D. 2018



Baxter lanzó las bolas sobre las vicuñas.

—Si no es nociva, respondió Service, comamos, puesto que nada cuesta.

Y antes de que el americano pudiera impedirlo, Service se llevó á la boca dos ó tres de ellas.

¡Cuántas muecas hizo! Sus compañeros reían á carcajadas al verle escupir la abundante saliva que el ácido de aquella fruta le producía.

—¡Y tú, Gordon, que decías que esto se comía! exclamó Service, cuando pudo hablar.

—No he dicho tal cosa, repitió el americano. Si los indios hacen gran consumo de esta fruta, es para fabricar un licor que obtienen por la fermentación, y añado que dicho licor será para nosotros un precioso recurso cuando nuestra provisión de *brandy* se haya agotado; pero con la condición de ser parcos al servirnos de él, porque es una bebida que se sube fácilmente á la cabeza. Llevaremos un saquito de trulcas, si os parece, y haremos un ensayo en *French-den*.

—Sí, sí, las llevaremos, repitieron todos á una.

Y se pusieron á cogerlas, sin calcular lo difícil de la operación, á causa de los millares de espinas que defienden á dicha fruta; pero Baxter y Webb facilitaron la recolección haciendo caer gran cantidad de ellas en el suelo, dando ligeros golpes en las ramas.

Más allá encontraron varios algarrobos, árbol muy común en las tierras próximas á la América del Sur. Las vainas de aquel vegetal dan también, por la fermentación, un licor muy fuerte. Esta vez

M.C.D. 2018

Service se abstuvo de probar nada, é hizo bien, porque aquella fruta azucarada produce en la boca una sequedad bastante penosa, no pudiéndose mascar impunemente sus semillas.

Otro descubrimiento de no menor importancia se verificó por la tarde, un cuarto de milla antes de llegar á *Auckland-hill*. El aspecto del bosque se había modificado bastante; con el aire y el calor los vegetales se desarrollaban de un modo portentoso, los árboles desplegaban sus ramas á sesenta ú ochenta pies de altura, cubiertos de nacientes hojas, y millares de pájaros de todos colores gorjeaban en ellas. Entre aquellos árboles se destacaba el haya antártica, que conserva en toda estación su tierno verdor, y un poco menos elevados, pero magníficos también, los *winthers*, cuya corteza tiene el mismo sabor que la canela, cosa que agradó mucho á Service. Gordon reconoció también, entre todos aquellos vegetales, el *pernettia*, árbol de té, que crece hasta en las más altas latitudes, y cuyas aromáticas hojas ofrecen en infusión, una bebida muy saludable.

—He aquí una cosa que podrá reemplazar nuestra provisión de té, dijo Gordon. Cojamos algunos puñados de hojas, y más tarde haremos acopio para el invierno.

Eran las cuatro, poco más ó menos, cuando nuestros exploradores llegaron casi al extremo Norte de *Auckland-hill*. Por aquel sitio, aunque el acantilado pareciese menos alto que en los alrededores de la gruta, era imposible ascender á él, pues las rocas estaban en sentido perpendicular; mas poco importaba eso, puesto que no se trataba sino de seguir su base, dirigiéndose hacia el río *Zealand*.

Dos millas más allá oyeron el murmullo de un torrente que corría por un estrecho desfiladero, y que les fué fácil vadear.

—Este debe ser el río que descubrimos en nuestra primera expedición al lago, dijo Doniphan.

—¿El que tenia la calzada de piedras? preguntó Gordon.

—El mismo, contestó Doniphan, y por este motivo le llamamos *Dike-creek*.

—Pues bien, acampemos en su orilla derecha, repuso el americano. Son cerca de las cinco, y ya que tenemos que pasar todavía una noche al aire libre, más vale que sea aquí, al abrigo de estos árboles. Mañana por la noche espero que dormiremos en nuestras camas.

Service se ocupó de la comida, para la que tenía en reserva la segunda avutarda: la asó y la sirvió á sus compañeros. ¡Asado, siempre asado! Pero hubiera sido una injusticia echárselo en cara á Service, que no tenía medios de variar la manera de guisar los alimentos.

Mientras tanto se comía, Gordon y Baxter se habían internado otra vez en el bosque, buscando aquél nuevos arbustos y plantas, y éste la ocasión de utilizar su lazo y sus bolas, aunque no fuese más que para poner término á las burlas de Doniphan. Ambos habían andado apenas un centenar de pasos en la espesura, cuando Gordon, llamando á Baxter con una seña, le enseñó un grupo de animales retozando en la hierba.

—¡Son cabras! dijo Baxter en voz baja.

—O á lo menos se les parecen mucho, respondió el americano; procuremos cogerlas...

—¿Vivas?

—Sí, Baxter, vivas, repuso su compañero; es una felicidad que Doniphan no nos haya seguido, porque hubiera matado una, y las demás hubiesen huído. ¡Acerquémonos despacio, á fin de que no nos sientan llegar!

Aquellos graciosos animales no se habían asustado aún. Sin embargo, una de aquellas cabras, madre sin duda, olfateaba el aire, pronta á marcharse con su rebaño á la primera señal de alarma. De repente, se dejó oir una especie de silbido, y las bolas acababan de escaparse de las manos de Baxter, distante unos veinte pasos del grupo de animales. Diestra y vigorosamente lanzadas, se enredaron alrededor del cuello de una cabra, mientras que las demás desaparecían entre los árboles.

Gordon y Baxter corrieron hacia el rumiante, que procuraba desembarazarse de las bolas, y la ataron, imposibilitándole para huir; cogieron también dos cabritos, que el instinto había detenido al lado de su madre.

—¡Hurra! exclamó Baxter, embargado por la alegría. ¡Hurra! Pero, dime: ¿son cabras?

—No, respondió Gordon. Me parece más bien que son vicuñas.

M.C.D. 2018

—¿Y estos animales dan leche?

—¡Ya lo creo!

—Pues en ese caso, ¡vivan las vicuñas!

Gordon no se equivocaba. Las vicuñas se parecen á las cabras, sólo que sus patas son más largas, su pelo corto y fino como la seda, y su cabeza pequeña y desprovista de cuernos. Estos animales frecuentan principalmente las Pampas de América, y también los terrenos del estrecho de Magallanes.

Es fácil adivinar la acogida que sus compañeros harían á Baxter y al americano cuando volvieran al campamento, el uno tirando de la madre con las cuerdas de las bolas, y el otro con un cabrito debajo de cada brazo. Puesto que su madre les daba aún de mamar, era fácil criarlos sin demasiado trabajo, y ¡quién sabe si esto sería el núcleo de un futuro rebaño, muy conveniente para la colonia! Doniphan sintió mucho no haber podido tirar á alguna de aquellas piezas; pero tuvo que confesar que, para cogerlas vivas, las bolas valían más que las escopetas.

Comieron, ó más bien cenaron, alegremente. La vicuña, atada á un árbol, se puso á pacer, mientras sus pequeñuelos saltaban alrededor de ella.

La noche no fué tan tranquila como lo había sido en la llanura de *Sandy-desert*. Esta parte del bosque era visitada por animales más temibles que los chacales, y cuyos gritos participaban á la vez del aullido y del ladrido. A las tres de la mañana la alarma fué grande, porque esta vez eran verdaderos rugidos los que se oían.

Doniphan, de guardia al lado del fuego, con su escopeta en la mano, no había creído necesario todavía despertar á sus compañeros; pero aquellos rugidos se hicieron tan violentos, que Gordon y los demás se despertaron.

—¿Qué sucede? preguntó Wilcox.

—Debe de ser una manada de fieras que ronda por aquí, dijo Doniphan.

—Serán jaguares ó conguares, respondió el americano.

—Unos y otros se parecen mucho.

—No del todo, Doniphan; el conguar es menos peligroso que el jaguar. Pero cuando van en manadas, son carnívoros muy temibles.

—Estamos prontos á recibirlos, replicó Doniphan.

Y sin esperar respuesta, se puso á la defensiva, mientras sus compañeros se armaban con los revólvers.

—No tiréis hasta que estéis muy seguros de dar en el blanco, aunque creo que la hoguera impedirá que esos animales se acerquen aquí...

—¡No están lejos! exclamó Cross.

En efecto, cerca debían andar, á juzgar por la inquietud de *Phann*, á quien detenía su amo con mucho trabajo. Pero la oscuridad no permitía distinguir absolutamente nada en el interior del bosque.

Sin duda aquellas fieras tenían por costumbre venir á beber de noche en el arroyuelo, y encontrando el sitio ocupado, demostraban su desagrado por formidables rugidos. ¿Se contentarían con esto, ó sería preciso rechazar una agresión cuyas consecuencias podían ser funestas?

De repente, á unos veinte pasos, se divisaron bultos que se movían, y Doniphan disparó su arma, después de lo cual se oyeron rugidos más violentos. Los viajeros entonces, con los revólvers empuñados, estaban prontos á hacer fuego, si las fieras se precipitaban sobre el campamento.

Baxter cogió una rama encendida, y la lanzó vigorosamente del lado en que se veían ya unos ojos relucientes como carbones encendidos.

Un instante después, aquellos animales, uno de los cuales debió ser herido por Doniphan, abandonaron el sitio, perdiéndose en las profundidades del bosque.

—¡Ya se marcharon! exclamó Cross.

—¡Buen viaje! añadió Service.

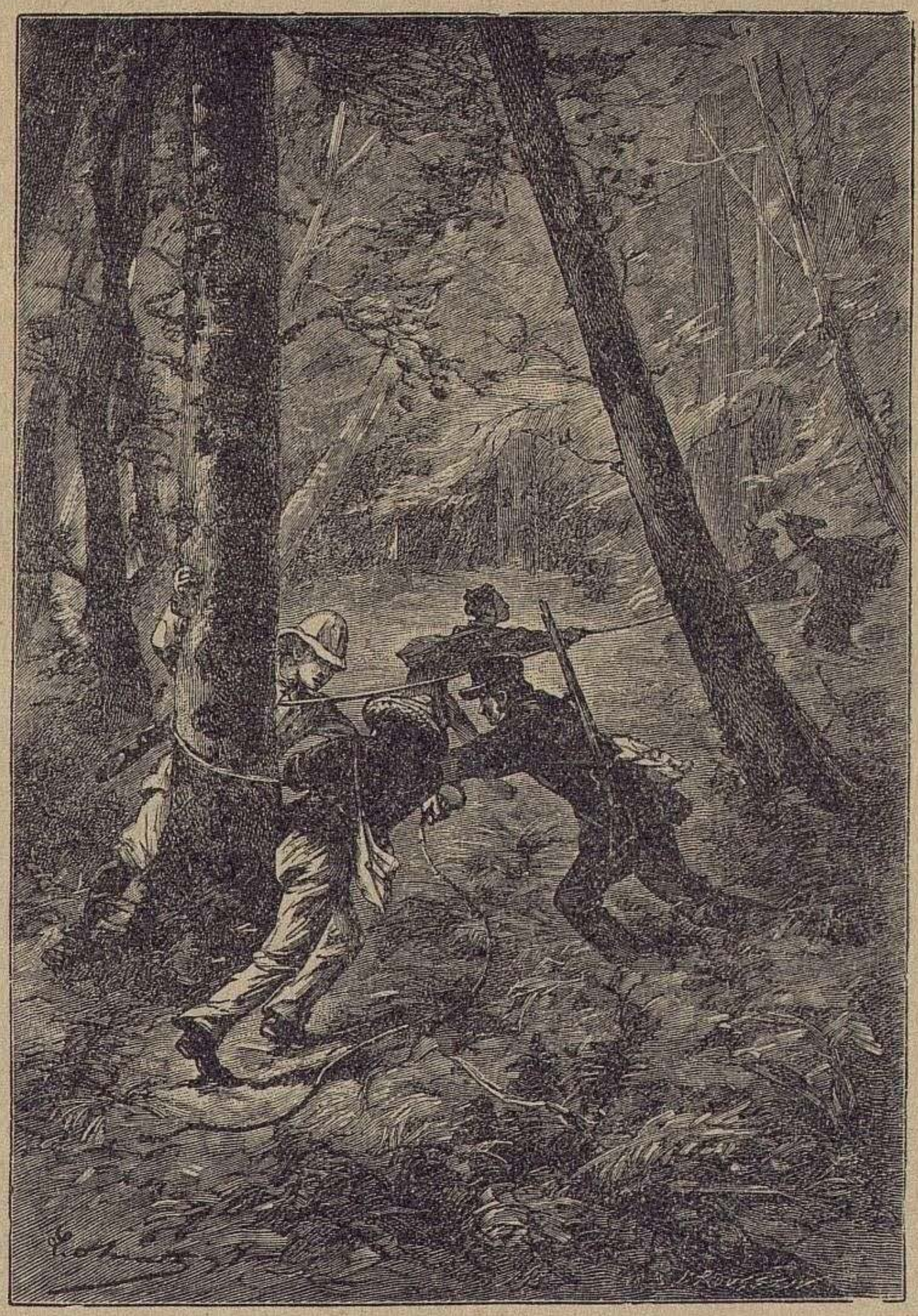
—¿Y no pueden volver? preguntó Cross.

—No es probable, respondió Gordon; pero es prudente que velemos hasta que sea de día.

Pusieron más leña en la hoguera, cuya viva llama fué alimentada hasta las primeras luces del alba, á cuya hora levantaron el campamento y se internaron en la espesura para ver si alguna de aquellas fieras había muerto del tiro.

A unos veinte pasos el suelo estaba impregnado de sangre, y hubiera sido muy fácil encontrar á aquel animal, con la ayuda de *Phann*, si Gordon no hubiera juzgado inútil aventurarse en lo interior del bosque. Así es que no pudieron saber si aquellas fieras eran jaguares, conguares ú otros carnívoros no menos peligrosos;

M.C.D. 2018



El guanaco hubiera arrastrado a Baxter...

pero lo importante era que todos estuviesen sanos y salvos.

Puestos nuestros expedicionarios de nuevo en marcha á las seis de la mañana, no tenían tiempo que desperdiciar si querían recorrer en el día las nueve millas que á *Dike-creek* separaban de *Frenchden*.

Service y Webb se encargaron de llevar las pequeñas vicuñas, y la madre no se hizo de rogar para seguir á Baxter, que la llevaba atada.

El camino, al pie de *Auckland-hill*, era poco variado. A la izquierda se extendía, cual verde cortina formada por la frondosidad de los árboles, tan pronto apiñados hasta no ser fácil penetrar, como menos espesos y dejando algunos claros. A la derecha, una muralla perpendicular, cuya altura crecía á medida que oblicuaba al Sur.

A las once almorzaron, y para no perder tiempo, comieron los fiambres que llevaban consigo, poniéndose en seguida en camino, andando con mucha rapidez, y parecía que nada vendría á retrasar su marcha, cuando á eso de las tres un tiro sonó debajo de los árboles.

Doniphan, Webb y Cross, acompañados por *Phann*, se encontraban á un centenar de pasos más adelante; sus compañeros no podían verlos ya, pero oyeron estos gritos:

—¡Alerta... compañeros, alerta!

Estas voces tenían por objeto avisar á Gordon, á Wilcox, á Baxter y á Service para que estuviesen con cuidado.

De repente un animal de gran talla apareció en la espesura

M.C.D. 2018

Baxter, que acababa de enarbolar el azo, lo lanzó, después de haberle dado vueltas por encima de su cabeza; y lo hizo con tanta destreza, que el nudo corredizo de la larga correa se arrolló al cuello del cuadrúpedo, que procuraba en vano desembarazarse de él; mas como era en extremo vigoroso, hubiera arrastrado á Baxter, si Gordon, Wilcox y Service no hubiesen cogido el otro extremo del lazo, que ataron al tronco de un corpulento árbol.

Casi en seguida, Webb y Cross salían del bosque, seguidos por Doniphan, que exclamó con tono de mal humor:

—¡Maldito animal!... ¡No sé cómo he errado el tiro!

—Baxter no ha errado, compañero, respondióle Service; y aquí le tenemos, vivo y muy vivo.

—¡Qué importa, si tendremos que matarlo! replicó Doniphan.

—¡Matarlo! repuso Gordon. ¡Matarlo, cuando tan á propósito nos viene para el tiro!

—¡Esto! exclamó Service.

—Es un guanaco, respondió Gordon, y estos animales se estiman mucho en las cuadras de la América del Sur.

Por útil que pudiera ser ese guanaco, Doniphan sintió mucho no haberle matado; pero se guardó muy bien de dar á conocer su pensamiento, y se acercó para examinar de cerca aquella hermosa muestra de la fauna chairmaniana.

Aunque la Historia natural clasifique al guanaco en la familia de los camellos, no se parece en nada al animal de este nombre, tan común en el Africa Septentrional. El guanaco, con su largo cuello, su fina cabeza, sus piernas largas y delgadas, señal de agilidad, y su piel aleonada con manchas blancas, no era inferior á los más hermosos caballos de raza americana. Seguramente que podrían emplearle en rápidas carreras, amansándolo primero y amaestrándolo después, como se hace, según dicen, en las granjas de la Pampas argentinas.

Además, este animal es bastante tímido, y cuando Baxter aflojó el nudo corredizo, que casi la estrangulaba, no dió señales de quererse escapar, y fué fácil conducirle atado con la cuerda del lazo, cual si fuese una brida.

Decididamente aquella excursión al Norte de *Family-Lake* iba á ser provechosa para la colonia. El guanaco, la vicuña y sus cachorritos, el descubrimiento del árbol de té, de las trulcas y del algarrobo, merecían que se hiciera una buena acogida á Gordon, y sobre todo á Baxter, que no teniendo nada de vanidoso, como Doniphan, no se enorgullecía por sus triunfos.

El americano estaba contentísimo viendo que el lazo y las bolas prestaban grandes servicios. Es verdad que Doniphan era un excelente tirador, con quien se podía contar; pero su destreza costaba siempre algunas cargas de pólvora y de plomo.

Gordon se propuso alentar á sus compañeros para que se amaestrasen en el ejercicio en que Baxter era ya profesor, y cuyo ejercicio utilizan los indios con mucha ventaja.

Según el mapa, quedaban aún cuatro millas que recorrer antes de llegar á *French-den*, y nuestros jóvenes se apresuraron para llegar antes del anochecer.

No le faltaban ganas á Service de montar sobre el guanaco con el fin de hacer su entrada triunfal en aquella magnífica montura; pero Gordon no quiso permitirlo, por no estar amansado aún, cual convenía para servirse de él.

—Supongo que cuando le domestiquemos no nos dará muchas coces, dijo; y en el caso, poco probable, de que no quisiera dejarse montar, será preciso, por lo menos, que tire del carro. ¡Paciencia, pues, Service, y no olvides la lección que recibiste del avestruz!

A las seis divisaron *French-den*.

El pequeño Costar, que jugaba en *Sport-terrace*, dió la noticia de la llegada de sus compañeros. Briant, seguido de los demás, aceleró el paso hasta unirse con los que esperaban, quienes con alegres *¡hurras!* acogieron la vuelta de los exploradores, después de algunos días de ausencia.

FIN DEL CUADERNO SEGUNDO

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

INDICE DEL SEGUNDO CUADERNO

Páginas.

I.—Visita á la cueva.—Muebles y utensilios.—Las bolas y el lazo.—El reloj.—El cuaderno casi ilegible.—El mapa del náufrago.—En dónde se hallan.—Vuelta al campamento.—La orilla derecha del río.—La hondonada.—Las señales de Gordon 6

II.—Relato de la exploración.—Se deciden á dejar el *Sloughi*.—Descarga y rompimiento del yate.—Una borrasca que acaba con él.—Acampados debajo de la tienda.—Construcción de una balsa.—Carga y embarque.—Dos noches en el río.—Llegada á *French-den* 11

III.—Primeras disposiciones en el interior de *French-den*.—Descarga de la balsa.—Visita á la tumba del náufrago.—Gordon y Doniphan.—La hornilla de la cocina.—Caza de pelo y de pluma.—El nandú.—Proyectos de Service.—Se acerca el invierno 19

IV.—Ensanche de *French-den*.—Ruido sospechoso.—Desaparición de *Phann*.—Reaparición de éste.—Apropiación y mudanza del *hall*.—Mal tiempo.—Nombres dados á las diversas partes del territorio.—La isla Chairmán.—El jefe de la colonia 27

V.—El programa de estudios.—Observancia del domingo.—Bolas de nieve.—Doniphan y Briant.—Grandes fríos.—La cuestión de combustible.—Expedición á *Trans-woods*.—Excursión á la *Bahía Sloughi*.—Focas y pingüinos.—Un castigo público 37

VI.—Últimos fríos.—El carro.—La primavera.—Service y su nandú.—Preparativos para una expedición al Norte.—Las madrigueras.—Fauna y flora.—Extremidad de *Family-Lake*.—*Sandy-Desert* 47

VII.—Camino que siguieron para la vuelta.—Excursión al Oeste.—Trulca y algarrobo.—Arbol de té.—El torrente de *Dike-creeck*.—Vicuñas.—Noche intranquila.—Guanacos.—Destreza de Baxter para lanzar las bolas y el lazo.—Vuelta á *French-den* 54

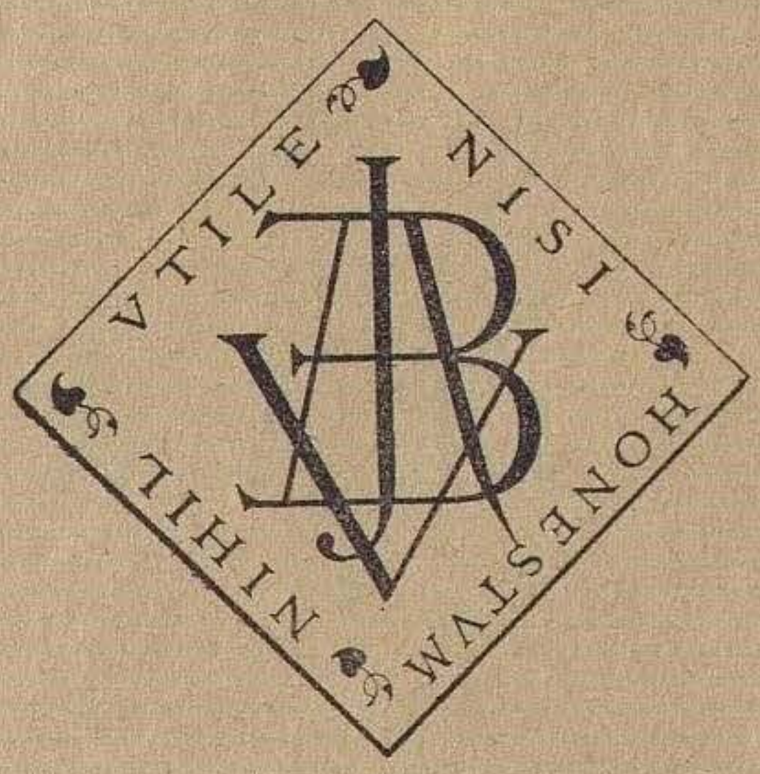
M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

JULIO VERNE

DOS AÑOS DE VACACIONES

M.C.D. 2018



M.C.D. 2018

DOS AÑOS

DE

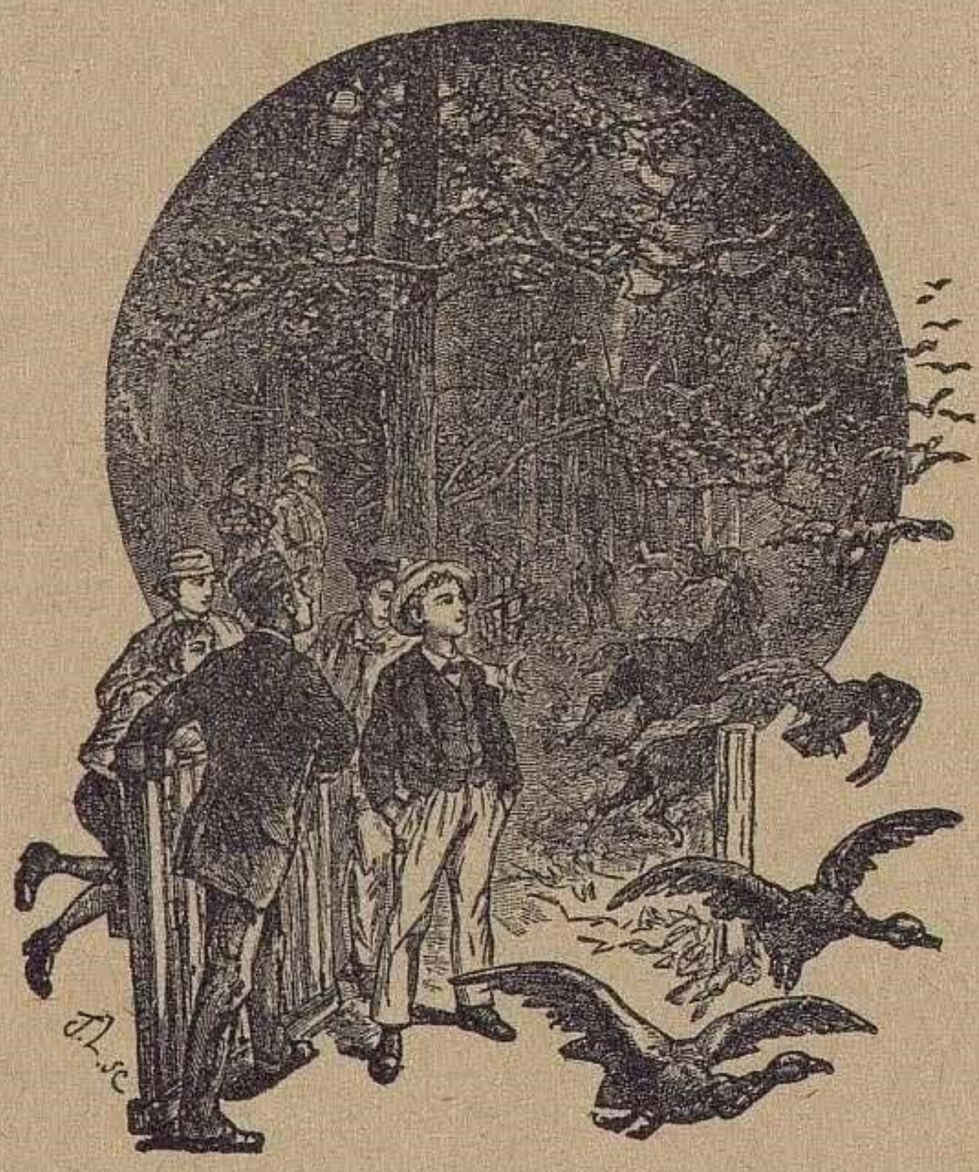
VACACIONES

POR

JULIO VERNE

VERSION ESPAÑOLA

CUADERNO TERCERO



SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS
EDITORES
10, Calle de Campomanes, 10
MADRID

M.C.D. 2018

Es propiedad de los editores; quedan cumplidos los requisitos que ordena la ley.

Imprenta Helénica, Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid.—Teléfono 18014.

M.C.D. 2018

DOS AÑOS DE VACACIONES

I

Inquietud de Briant por Santiago.—Construcción del cercado.—Azúcar de arce.—Exterminio de las zorras.—Nueva expedición á «Sloughibay.»—El carro enganchado.—Matanza de focas.—Las fiestas de Navidad.—Hurras á Briant.

Ninguna novedad había ocurrido en *French-den* durante la ausencia de Gordon. El jefe de la pequeña colonia no tenía más que alabanzas para Briant, á quien los pequeños demostraban un sincero cariño; y si Doniphan no fuera de un natural tan altanero y envidioso, hubiera apreciado también sus buenas cualidades; mas por desgracia no sucedía así, y merced al ascendiente que ejercía sobre Wilcox, Webb y Cross, éstos hacían causa común con él cuando se trataba de contrariar al joven francés, tan diferente por carácter de sus compañeros anglo-sajones.

Briant no se cuidaba de ello; cumplía con lo que consideraba su deber, sin preocuparse jamás de lo que se pensaba de su conducta. Su gran pesar era la actitud de su hermano, á quien había interrogado de nuevo, sin obtener más respuesta que ésta:

M.C.D. 2018

—No... hermano... no. ¡No tengo nada!

—¿No quieres confesarlo? le dijo. ¡Haces mal!... ¡Sería un gran consuelo para ti, lo mismo que para mí! ¡Cada día observo que estás más triste y más sombrío!... Vamos, soy tu hermano mayor, y tengo derecho á saber la causa de tu pena... ¿Qué falta has cometido?

—Hermano, respondió por fin Santiago, como si no pudiese resistir á algún secreto remordimiento; lo que he hecho... tú tal vez... me lo perdonarías... pero los demás...

—¡Los demás!... ¡Los demás!... exclamó Briant. ¿Qué quieres decir, Santiago?

Las lágrimas corrieron por las mejillas del pobre niño; pero á pesar de la insistencia de su hermano, sólo dijo:

—¡Más adelante lo sabrás todo!... ¡Más adelante!...

Después de esta respuesta, puede comprenderse fácilmente cuál sería la inquietud de Briant. ¿Qué falta tan grave podía haber cometido Santiago? Eso es lo que quería saber, de cualquier modo que fuese; así es que cuando Gordon hubo de volver de su excursión, le habló de lo confesado á medias por su hermano, rogándole interviniera en el asuunto.

—¿Para qué? le respondió con mucha cordura el americano. Más vale dejar á Santiago que obre con entera libertad. Lo que ha hecho será alguna falta cuya importancia exagera. Esperemos, pues, á que espontáneamente se explique.

Desde el inmediato día, 9 de Noviembre, los jóvenes colonos se pusieron á la faena, pues el trabajo no faltaba. En primer lugar, fué preciso atender á las reclamaciones de Mokó, cuya despensa empezaba á estar desprovista, no obstante que las redes, ballestas, lazos y trampas habían funcionado varias veces. En realidad, lo más urgente era caza mayor, y para obtenerla hacíase preciso construir trampas bastante fuertes con que coger vicuñas, pécaris y guaçulis sin gastar pólvora ni plomo, y á este operación consagraron todo el mes de Noviembre, que corresponde á Mayo en las latitudes del hemisferio septentrional.

El guanaco, la vicuña y sus cachorritos habían sido instalados provisionalmente debajo de los árboles más cercanos á la gruta, y allí, atados con largas cuerdas, que les permitían moverse en cierto radio, pacían tranquilamente. Esto les bastaba durante el buen tiempo; pero como para el invierno sería necesario arreglarles un abrigo más conveniente, Gordon proyectó construir al pie de *Auckland-hill,* del lado del lago y junto á la puerta del *hall,* un establo con algún terreno alrededor á manera de corral, y cercado todo por una empalizada.

Pusieron manos á la obra, y un verdadero taller se organizó bajo la dirección de Baxter. Era un gusto ver á aquellos muchachos manejar con más ó menos destreza las herramientas de carpintería que habían encontrado en una caja á bordo del *Sloughi.* Si echaban á perder alguna cosa, no se descorazonaban por esto, y volvían á empezar de nuevo. Arboles de un grueso mediano, cortados á flor de tierra y despojados de su ramaje, sirvieron de pies derechos para formar la empalizada, de un espacio bastante grande para que una docena de animales pudiesen vivir allí con toda comodidad. Estos troncos, bien hundidos en el suelo y unidos por travesaños, eran suficientes para resistir al empuje de las fieras, caso de que tratasen de franquearlo ó derribarlo. El establo, cuyo techo cubrieron con una lona embreada, fué construído con el maderamen de la obra muerta del buque, ahorrándose de ese modo el trabajo de aserrar unos cuantos árboles para proveerse de tablas. Una seca y espesa cama, un buen alimento de hierba, musgo y hojas de que se haría gran acopio, era todo cuanto se necesitaba para que los animales domésticos se conservasen en perfecto estado de salud.

No hay para qué decir que hasta que el cercado se terminara, el guanaco y las vicuñas se recogían todas las noches en *Store-room*, por temor á los chacales, zorras y demás fieras que rondaban de noche demasiado cerca de *French-den.*

Garnett, y Service especialmente, encargados de cuidar esta cuadra, hallaron pronto su recompensa viendo que el guanaco y las vicuñas se amansaban cada día más.

Verdad es que sus cuidados se aumentaron, porque el cercado no tardó mucho en recibir nuevos huéspedes, como fueron un segundo guanaco que se había dejado coger en una de las trampas del bosque, un par de vicuñas, macho y hembra, de que se apoderó Baxter con ayuda de Wilcox, que empezaba también á manejar perfectamente las bolas, y un nandú que *Phann* cogió á la carrera.

Gran alegría recibió Service al ver llegar al avestruz, recordando sin duda al primero que cazaron; pero bien pronto se convenció de que con este animal alcanzaría lo que con el otro; esto es, gastar la paciencia, sin conseguir domesticarlo.

Mientras Garnett y Service, como acabamos de decir, se ocupaban del cuidado de los animales, Wilcox y algunos de sus compañeros no dejaban de preparar trampas y lazos, que iban á mirar todos los días. Iverson y Jenkins, pequeños ambos, tuvieron también su parte de atenciones serias, pues cuidaban con mucho esmero un corral que encerraba algunas avutardas, faisanes, pintadas y *tinamous* que se habían cogido con lazos.

Como se ve, Mokó tenía ahora á su disposición, no sólo la leche de las vicuñas,

M.C.D. 2018

sino también huevos de las aves del corral, y de seguro que hubiera preparado alguna vez cualquier plato de dulce si Gordon no le hubiera recomendado que economizara el azúcar; así es que únicamente los domingos y algún que otro día de fiesta se veía en la mesa un plato extraordinario, con gran contento de Dole y Costar, que se regalaban á boca llena.

Pero si no era fácil fabricar azúcar, ¿sería posible hallar alguna sustancia que hiciera sus veces?

Estudiando sus *Robinsones*, decía Service que no había más que buscar, y que se hallaría, pues así lo había aprendido en ellos. Gordon buscó, pues, y concluyó por descubrir en medio de los matorrales de *Traps-woods*, un grupo de árboles que tres meses más tarde, en los primeros días del otoño, se cubrirían de un follaje de color de púrpura, ofreciendo á la vista un hermoso efecto.

—Son arces, dijo; árboles que dan azúcar.

—¡Arboles de azúcar! exclamó Costar.

—No, goloso, respondió Gordon. He dicho que dan azúcar. No te relamas, pues.

Este era uno de los más importantes descubrimientos que los jóvenes colonos habían hecho desde su instalación en la gruta. Practicando una incisión en el tronco de esos arces, Gordon obtuvo un líquido producido por la condensación de la savia, que, solidificándose, daba una materia azucarada. Aunque inferior en calidad sacarina á los jugos de la caña y de la remolacha, esa sustancia no era menos preciosa para las necesidades de la cocina, y mejor, en todo caso, que los productos similares que se sacan de los abedules en la primavera.

Teniendo azúcar, no tardaron en fabricar licor. Por consejo de Gordon, Mokó ensayó tratar por la fermentación los frutos del trulca y del algarrobo. Después de haberlos machacado en una cuba, valiéndose de una pesada maza de madera, tuvo el gusto de ver que dieron un caldo, cuyo sabor le hizo conocer que hubiera bastado para endulzar las bebidas calientes á falta del azúcar de arce. En cuanto á las hojas cogidas del árbol de té, les pareció que eran casi tan buenas como las de la odorífera planta china; así es que en sus excursiones por el bosque no dejaron de hacer abundante acopio de aquellas salutíferas hojas.

Como se ve, la *isla Chairmán* abastecía á sus habitantes, si no de lo superfluo, á lo menos de lo necesario para la vida. Lo que les faltaba, con gran pesar suyo, eran legumbres frescas y verduras, teniendo que contentarse con las que estaban en conserva, y que Gordon economizaba lo que podía. Briant procuró cultivar aquellas batatas, vueltas al estado silvestre, que el náufrago francés había sembrado al pie del acantilado; pero su ensayo no dió resultado satisfactorio. Felizmente, el apio, según se recordará, crecía en abundancia en las orillas del lago; y no habiendo razón, por lo tanto, para economizarlo, hacía las veces de las verduras, sin que por eso perdieran la esperanza de hallar con qué reemplazarlo en alguna de sus excursiones por el campo.

Las redes tendidas durante el invierno en la orilla izquierda del río, habían sido transformadas para la caza en la estación cálida, y muchas perdices y otros pájaros se dejaron prender en ellas.

Doniphan tenía muchas ganas de explorar la vasta región de *South-moors*, al otro lado del río *Zealand;* mas no se atrevió á aventurarse á través de aquellos inmensos pantanos, cubiertos en gran parte por las aguas del lago, mezcladas con las del mar en la época de las crecidas.

Wilcox y Webb cogieron cierto número de agutis tan grandes como liebres, cuya carne blancuzca y algo seca, es intermedia entre la del conejo y la del puerco. Hubiera sido muy difícil cogerlos á la carrera, aun con la ayuda de *Phann*; pero cuando estos animales se hallan en su madriguera, basta silbar suavemente para atraerlos al orificio y apoderarse de ellos.

Diferentes veces nuestros jóvenes cazaron también algunas mofetas, glotones-grises y zorrillos, parecidos á las martas por su hermosa piel negra rayada de blanco, si bien tienen la contra de que exhalan un olor fétido.

—¿Cómo pueden sufrir ellos mismos el hedor que despiden? preguntó Iverson.

—¡Ya lo creo! ¡Por la costumbre! respondió Service.

El lago, poblado de una infinidad de peces, les daba, entre otros, hermosas truchas; pero tenían también el defecto de conservar, á pesar de la cocción y del condimento, un gusto á cieno nada agradable. Es verdad que podían recurrir á la pesca, en *Sloughi-bay*, de aquellas ricas merluzas que se refugiaban á millares entre las algas y los *fucus*, y luego, cuando llegara la época en que los salmones remontan el río *Zealand*, Mokó procuraría hacer un buen acopio de este pescado, que, conservado en salmuera, aseguraría un buen alimento para el invierno.

Por una indicación de Gordon, que se valía de todos los medios para escatimar las municiones, Baxter se ocupó en fabricar algunos arcos de flexibles ramas de fresno y flechas de caña con un clavo en su remate, lo que permitió á Wilcox y á Cross, los mejores tiradores de la colonia después de Doniphan, matar de vez en cuando alguna caza menuda.

Sin embargo, por más opuesto que era Gordon, según hemos dicho, á que se gastase la pólvora, se presentó una circuns-

M.C.D. 2018

tancia que le obligó á apartarse de su hatual propósito.

Un día, era el 7 de Diciembre, Doniphan le llamó aparte y le dijo:

—Estamos infestados de chacales y zorras. Vienen á manadas durante la noche, destruyen los lazos y se comen la caza que allí encuentran. ¡Es menester acabar con ellos de una vez!

—¿No se pueden poner tramp[illegible]ijo Gordon, que comprendía demasia[illegible].en lo que su compañero quería.

—¡Trampas!... respondió Doniphan, que no había perdido nada de su desdén para aquellos artefactos de caza. ¡Trampas! Si se tratara solamente de los chacales, son bastante estúpidos y se dejan coger en ellas algunas veces; pero las zorras son muy diferentes; en gran manera astutas, desconfían, á pesar de todas las precauciones que toma Wilcox, y el mejor día nos encontraremos con que en nuestro corral y cercado no quedará una ave.

—Pues bien, ya que es necesario, respondió Gordon, concedo algunas docenas de cartuchos; pero procurad no desperdiciar los tiros.

—Está bien, cuenta con ello, Gordon. La próxima noche nos pondremos en acecho al paso de estos animales, y haremos tal matanza, que no los volveremos á ver en mucho tiempo.

Esa destrucción era, en efecto, urgente. Las zorras de aquellas regiones, en particular las de América del Sur, son, según parece, más ladinas aún que las de Europa, pues hacen grandes estragos en los alrededores de las haciendas, teniendo bastante inteligencia para cortar las tiras de cuero con que amarran los caballos ó las reses en los pastos.

Llegada la noche, Doniphan, Briant, Wilcox, Baxter, Webb, Cross y Service fueron á apostarse en los alrededores de un *covert*, nombre que se da en el Reino Unido á unos anchos espacios de terrenos, salpicados de breñas y zarzales. Este *covert* estaba situado cerca de *Traps-woods*, por el lado del lago.

Phann no era de la partida, porquehubiera perjudicado más bien que ayudado en aquella emboscada, toda vez que no se trataba de seguir una pista. Además, las zorras no dejan ninguna emanación á su paso, y por eso, los mejores perros no encuentran su huella.

Eran las once cuando Doniphan y sus compañeros se pusieron en acecho.

La noche estaba muy oscura, y ni el más ligero soplo de la brisa turbaba el silencio que reinaba en el bosque, permitiendo oir el paso de las zorras por la seca hierba.

Un poco antes de las doce, Doniphan notó la aproximación de una manada de aquellos animales, que atravesaban el esteri para ir á beber al lago.

Los cazadores esperaron, no sin impaciencia, que hubiera unos veinte reunidos, lo que necesitó algún tiempo, porque avanzaban con mucha circunspección, comosi hubieran adivinado que les tendían alguna emboscada. De repente, á una señal de Doniphan, varios tiros se oyeron, dando todos en el blanco, pues cinco ó seis zorras rodaron por el suelo, mientras que las demás, huyendo, se escabullían por derecha é izquierda; pero casi todas iban mortalmente heridas. Al amanecer se encontraron diez de estos animales tendidos entre los matorrales; y como la matanza duró tres noches seguidas, la pequeña colonia se libró de aquellas peligrosas visitas que amenazaban la vida de los habitantes del cercado, y además proporcionó á los muchachos unas cincuenta hermosas pieles de un gris plateado, que, destinadas á alfombras ó á abrigos, podían prestarles gran servicio.

El 15 de Diciembre se verificó una gran expedición á la bahía *Sloughi*; y como el tiempo no podía ser mejor, Gordon decidió que todos formasen parte de ella, cosa que celebraron los niños con gran alegría. Saliendo al amanecer, era probable que estuvieran de vuelta antes de la noche; pero si sobreviniera algún percance que los retrasara, ningún inconveniente había en que acamparan debajo de los árboles.

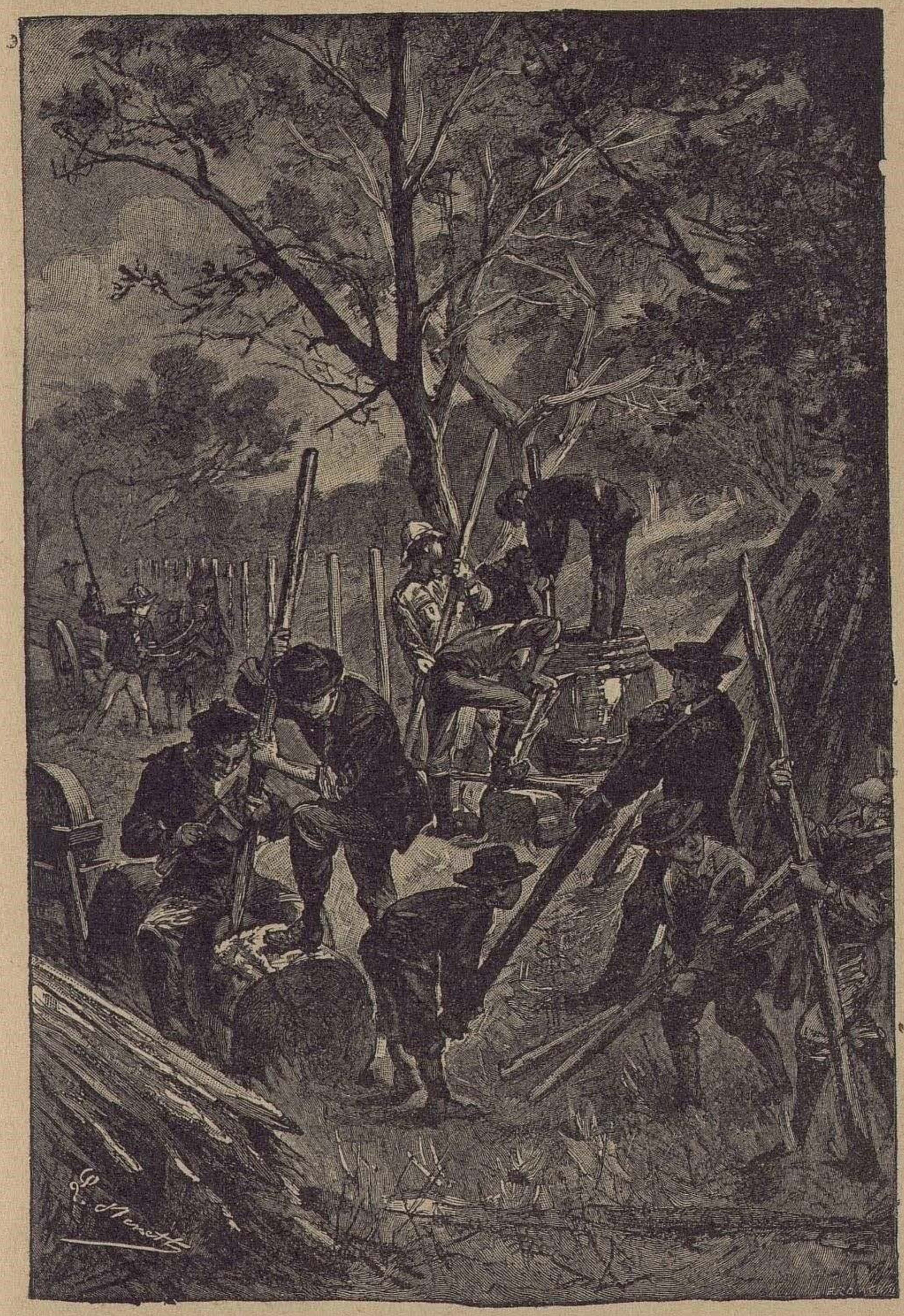
Esta expedición tenía por principal objeto cazar las focas que en la época de los fríos frecuentaban el litoral de *Wrech-coast* para utilizar su aceite; porque como las grasas y líquidos combustibles para alumbrado se consumieron en grandes cantidades durante las largas noches de invierno, estaban ya á punto de faltar, no quedando de las velas que habían hallado fabricadas por el náufrago francés, más que dos ó tres docenas; así es que urgía aprovisionarse de ellas, y eso preocupaba mucho al previsor Gordon.

Mokó había conservado, es verdad, alguna grasa de los rumiantes, roedores y animales de toda clase; pero como no era mucha, se consumiría muy pronto con el gasto diario. ¿No sería posible obviar este inconveniente con alguna sustancia que diera la naturaleza, preparada ya, ó sin preparación? A falta de aceite vegetal, ¿no podría la pequeña colonia suministrarse aceites animales?

Era seguro que así sucedería si llegaban á matar cierto número de aquellas focas que venían á solazarse en el banco de arrecifes de *Sloughi-bay* durante el verano; pero era menester apresurarse, porque estos anfibios no tardarían en buscar las aguas más al Sur, en los parajes del Océano austral.

Como se ve, la proyectada expedición tenía una gran importancia, y los preparativos se hicieron de modo que diera felices resultados.

M.C.D. 2018



Se construyó un cercado, diestramente ideado por Baxter.

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

Hacía algún tiempo que Service y Garnett se habían aplicado, con regular éxito, á enganchar á los dos guanacos para amaestrarlos en el tiro, á cuyo efecto Baxter había fabricado unas cabezadas ó jáquimas, urdiendo filamentos vegetales con tirillas cortadas de pedazos de lona; y si aún no se les podía montar, ya era posible, por lo menos, dedicarlos al arrastre del carro, que, como se recordará, habían, aunque toscamente, construído.

El vehículo fué cargado con municiones, provisiones de boca y diversos utensilios, entre otros una ancha vasija y media docena de barriles vacíos, que volverían llenos de aceite de foca, pues más valía despedazar aquellos animales al lado del mar que llevarlos á *French-den*, en donde el aire se hubiera viciado con aquellos malos olores.

Partieron al amanecer, andando sin dificultad las dos primeras horas. El carro no iba muy deprisa, á causa de que el suelo, bastante desigual, de la orilla derecha del río *Zealand*, no se prestaba á la tracción de los guanacos; pero las dificultades aumentaron considerablemente cuando tuvieron que rodear la hondonada de *Bogwoods* entre los árboles del bosque; y como las piernecitas de Dole y de Costar se resintieron mucho en aquella caminata, Gordon, por indicación de Briant, les dijo que subieran al carro para que descansaran sin necesidad de interrumpir el viaje.

Hacia las ocho, mientras que los guanacos surcaban con trabajo la orilla de la hondonada, unos gritos fuertes, lanzados por Cross y Webb que iban delante, llamaron la atención de Doniphan, que inmediatamente, y seguido luego por todos los demás, acudió á ver lo que sucedía.

En medio del cieno de *Bog-woods*, y á un centenar de pasos de distancia, se revolcaba un enorme cuadrúpedo. El joven cazador conoció ser un hipopótamo, que, felizmente para él, desapareció antes de que fuera posible mandarle una bala.

—¿Qué clase de animal es ése tan grande? preguntó Dole asustado.

—Es un hipopótamo, le respondió el americano.

—¡Un hipopótamo! ¡Vaya un nombre extraño!

—Es, como si dijéramos, un caballo anfibio, dijo Briant.

—¡Pero no se parece en nada al caballo! repuso Costar.

—No, exclamó Service, y creo que sería mejor que le hubieran llamado *puercopótamo*.

Esta reflexión, natural y lógica, provocó una alegre carcajada en los pequeños.

Ya eran más de las diez cuando nuestros viajeros llegaron á la playa de *Sloughi-bay* é hicieron alto cerca de la orilla del río, en el mismo sitio en que acamparon durante la construcción de la balsa.

Un centenar de focas se hallaban allí retozando entre las rocas ó calentándose al sol. Las había hasta encima de la arena, más allá de los arrecifes.

Estos anfibios no debían estar acostumbrados á la presencia de los hombres, que sin duda no habían visto jamás, puesto que la muerte del náufrago francés se remontaba á unos veinte años atrás; así es que, abandonando su acostumbrada prudencia, las más viejas no se habían puesto de centinela para avisar á las demás si se presentaba algún peligro. Sin embargo, era preciso no asustarlas de antemano, porque no hubieran tardado en desaparecer, con perjuicio de los colonos.

El primer cuidado de los expedicionarios cuando llegaron, fué echar una ojeada hacia el horizonte; pero el mar se encontraba completamente desierto: la *isla Chairmán* estaba lejos, sin duda, de todo camino marítimo.

Podía suceder, no obstante, que algún buque pasara cerca de aquellos parajes, y en este caso, un puesto de observación colocado en el acantilado, ó bien en el cabo, con uno de los cañones del *schooner* para hacer las señales, hubiera sido mejor que el mástil clavado en *Auckland-hill*; mas como para esto sería necesario permanecer constantemente allí, y lejos, por consiguiente, de *French-den*, Gordon lo juzgaba impracticable, y hasta el mismo Briant, á quien preocupaba siempre la idea de volver al lado de su familia, era de la opinión que Gordon.

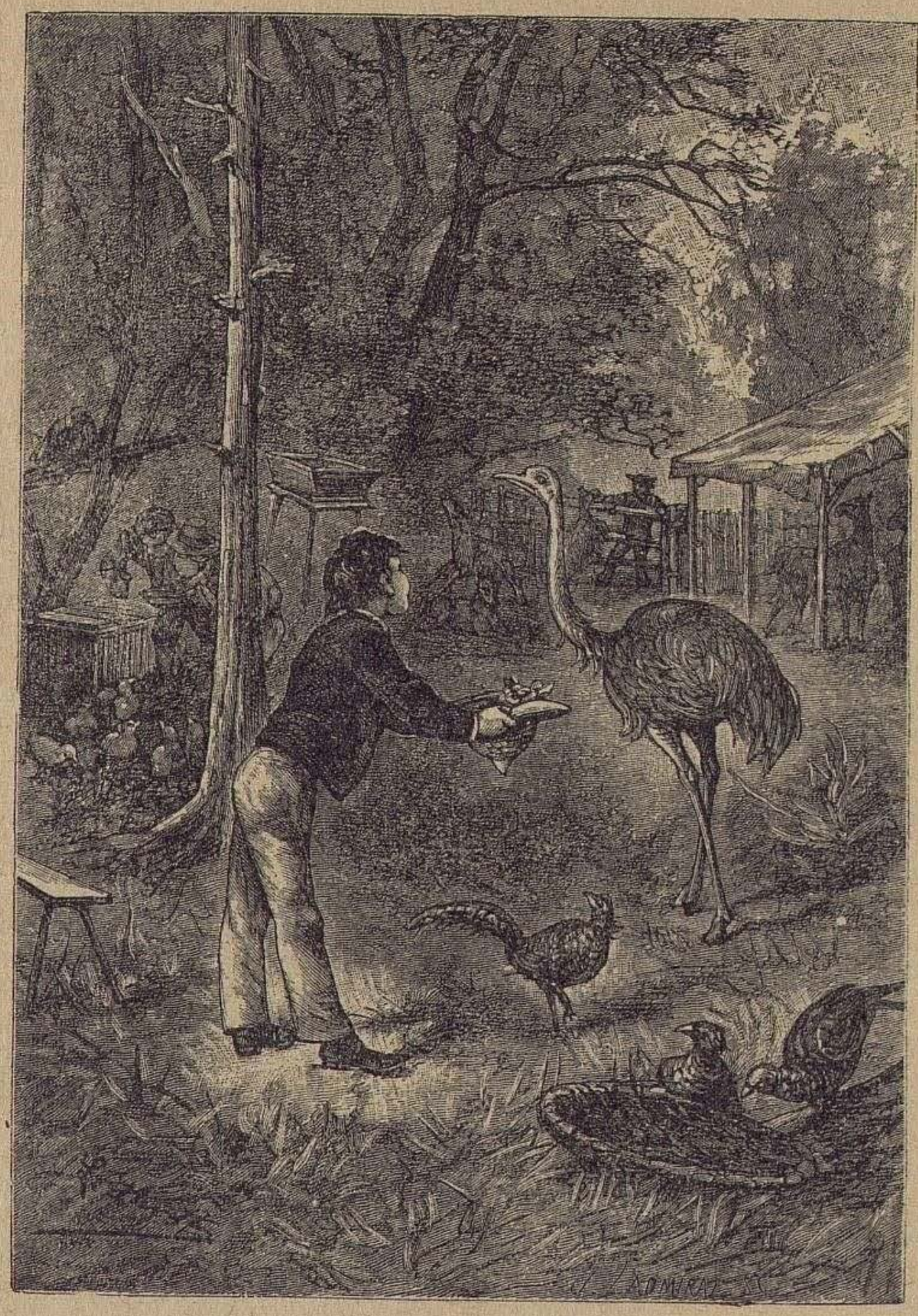
Sensible ciertamente fué para todos que *French-den* no estuviera al lado de *Sloughi-bay*.

Después de un rápido almuerzo, y en el momento en que el sol de medio día convidaba á las focas para que se calentasen en la playa, los colonos se prepararon para cazarlas. Durante esta operación, Iverson, Jenkins, Dole y Costar se quedaron en el campamento, bajo la custodia de Mokó para atender á los guanacos, que pacían debajo de los árboles, y para cuidar de que *Phann* estuviese amarrado, pues no convenía soltarle en medio de aquel rebaño de anfibios.

Todas las armas de fuego de la colonia habían sido llevadas, juntamente con una buena cantidad de municiones, que Gordon no había escatimado esta vez, porque se trataba del interés general.

Ya dispuestos para la cacería, comprendieron que lo primero que debía hacerse era cortar la retirada á las focas por el lado del mar, á cuyo fin Doniphan, que tenía (por unánime consentimiento de sus compañeros) el cuidado de dirigir la maniobra, les mandó que bajasen hasta la embocadura del río, escondiéndose cuanto pudiesen en el ribazo, y después seguir por detrás de los arrecifes, de cuyo modo cerrarían el paso á las focas.

M.C.D. 2018



Á pesar de los buenos deseos de Service...

Este plan fué ejecutado con mucho acierto, y los cazadores, separados por una distancia de quince á veinte metros uno de otro, formaron un semicírculo sobre el mar y la playa.

Entonces, á una señal de Doniphan, todos se levantaron y dispararon sus escopetas; cada tiro hizo una víctima. Las focas que no habían sido heridas, asustadas por el ruido de los tiros, se precipitaron dando brincos hacia los arrecifes, persiguiéndolas los colonos con los revólvers. Doniphan, entregado por completo á su pasión favorita, hacía cosas maravillosas, mientras que sus compañeros le imitaban lo mejor que podían.

Esta matanza sólo duró pocos minutos; aunque los anfibios fueron perseguidos hasta las últimas rocas. Los que sobrevivieron desaparecieron en las olas, dejando unos veinte muertos en la playa.

La expedición, como se ve, había salido bien, y los cazadores, de vuelta á su campamento, se instalaron debajo de los árboles para quedarse allí unas treinta y seis horas, según sus cálculos.

Ocuparon toda la tarde en una tarea que no dejaba de ser repugnante; pero como era indispensable, todos se pusieron resueltamente á la faena. En primer lugar, era necesario transportar todas las focas á la arena, lo que no dejó de ser algo penoso, porque aquellos animales, de regular tamaño, pesaban mucho.

Mientras tanto, Mokó preparó la vasija encima de dos piedras, la llenó de agua del río, y encendió lumbre. Las focas, partidas en trozos de cinco ó seis libras, fueron colocadas en ella, y después de algunos instantes de ebullición, comenzó á desprenderse un aceite muy claro, que nadaba en la superficie, y con el cual llenaron los toneles.

Como la ocupación á que se habían entregado era muy desagradable, por causa del punzante hedor que despedía la carne

M.C.D. 2018

Los cazadores aguardaron que las zorras estuvieran reunidas.

al cocerse, todos se tapaban las narices y eran de oir las bromas que se ocurrían á aquella gente alegre, con motivo de tan ingrato perfume; pero era necesario obrar á pesar de todo, y hasta el delicado *lord Doniphan* no escaseó su trabajo, que empezó de nuevo al amanecer.

Al fin del segundo día, Mokó había recogido algunos centenares de galones de aceite, que parecieron bastar para el alumbredo de *French-den* durante todo el invierno, de lo cual se alegraron mucho, toda vez que no les sería dable recoger más por entonces, porque las focas no volverían á presentarse en los arrecifes, y era seguro que no se dejarían ver ya en la bahía hasta que el tiempo les hiciera olvidar el espanto que habían sufrido.

Al rayar el alba del día tercero, los colonos levantaron el campamento. La víspera por la tarde, el carro había sido cargado con los barriles y demás utensilios; así es que llegado el momento de marchar, no hubo más que enganchar los guanacos y salir andando, como lo hicieron, pero siendo la carga de mayor peso que antes, los guanacos caminaban con gran lentitud, no sólo por la pesadez del vehículo, sino por ir el terreno cuesta arriba, hasta *Family-Lake*.

En el momento de la partida se oían los graznidos ensordecedores de mil aves de rapiña, que, viniendo del interior de la isla, se disputaban los restos de aquellas carnes muertas, de que pronto no quedaría ni rastro.

Después de un postrer saludo á la bandera del Reino Unido, que flotaba en la cresta del alcantilado, y después de una postrera mirada hacia el horizonte del Pacífico, la colonia se puso en marcha, remontando la orilla derecha del *Zealand*.

Ningún incidente se produjo durante la vuelta. A pesar de las penalidades del camino, los guanacos, ayudados por los colonos en los pasos difíciles cumplieron

M.C.D. 2018

bien su cometido y llegaron á la gruta antes de las seis de la tarde.

Los días que siguieron á aquella expedición fueron empleados en los trabajos habituales. Probaron el aceite en los faroles, y vieron con satisfacción que, no obstante su clase inferior, bastaría para el alumbrado, librándose así de pasar á oscuras las largas noches de invierno.

Navidad, tan alegremente festejada por los anglo-sajones, se acercaba. Gordon quiso que se celebrara del modo más solemne que les fuera posible, pues sería como un recuerdo dirigido á la patria querida, como un envío de los afectos del corazón hacia sus desconsoladas familias.

Gordon anunció, pues, que los días 25 y 26 de Diciembre serían días de asueto. Se celebraría la Nochebuena en la isla *Chairmán*, como se celebra en otros países el día de año nuevo.

Esta proposición fué acogida con manifestaciones de gran júbilo; habría ciertamente, según dispuso el americano, una gran comida, para la que Mokó prometía esmerarse mucho, toda vez que la despensa se hallaba bien provista; Service y el negrito conferenciaban frecuentemente respecto á tan importante asunto culinario, mientras que Dole y Costar, engolosinados de antemano, acechaban sin cesar para ver si sorprendían el secreto de sus deliberaciones.

El gran día llegó por fin.

Encima de la puerta del *hall*, ó sea la de la sala, colocaron Baxter y Wilcox artísticamente unas cuantas banderas y banderolas, lo que daba á *French-den* un aspecto de fiesta.

Por la mañana, un cañonazo disparado por Doniphan despertó alegremente los ecos de *Auckland-hill*.

En seguida los niños vinieron á ofrecer á los mayores sus felicitaciones, que les fueron paternalmente devueltas. Costar recitó un pequeño discurso dirigido al jefe de la colonia, dándole las gracias en nombre de todos sus súbditos por el acierto con que los gobernaba.

Cada cual se puso sus mejores trajes; el tiempo estaba magnífico y hubo, antes y después del almuerzo, paseos por las orillas del lago y distracciones diversas en *Sport-terrace*.

Habían llevado consigo muchos de aquellos juegos tan en uso en Inglaterra, y que se componen de bolos, pelotas, mazas y roquetas; así es que podían jugar al *golf*, que consiste en rodar bolas de goma hasta hacerlas entrar en algunos de los agujeros hechos á larga distancia; al *foot-ball*, cuya grandísima pelota de cuero se lanza con el pie; á los *bowls*, ó sean bolos de madera ovalados, de los que hay que corregir con destreza la desviación debida á su forma, y, en fin, á los *fives*, que se parece á nuestro tradicional juego de pelota.

El día fué muy divertido, y los pequeños especialmente se entregaron por completo á la alegría propia de sus pocos años. No hubo discusiones ni querellas. Briant se dedicó á entretener á los niños, si bien con el disgusto de no poder conseguir que su hermano Santiago participase de sus diversiones, y Doniphan, con sus parciales Webb, Cross y Wilcox, jugaban separados de los demás, á pesar de las observaciones del juicioso americano. Por fin, cuando una nueva descarga de artillería anunció la hora de la comida, y los jóvenes colonos se sentaron á la mesa.

Sobre ésta, cubierta con blanquísimo mantel, se veía un árbol de Navidad, colocado en el centro y rodeado de flores. De sus ramas pendían banderitas inglesas, americanas y francesas.

Es verdad que Mokó se había distinguido en la elección de los manjares, y se mostró muy satisfecho por los plácemes que le dirigieron, así como á Service, su colaborador.

Un agutí estofado, un salmorejo de *tinamous*, una liebre asada, rellena de hierbas aromáticas, una avutarda con los alones levantados, como presentan á los faisanes en *belle vue*, tres cajas de legumbres en conserva, un *pudding*, ¡y qué *pudding*! dispuesto en forma de pirámide, con las tan apreciadas pasas de Corinto mezcladas con frutas de algarrobo, y que estuvo más de ocho días remojándose en un baño de *brandy*; luego algunas copas de clarete, licores, te y café.

El aniversario del cristianismo en la isla *Chairmán* fué, como se ve, bastante festejado por sus habitantes.

Al final de la comida Briant brindó por Gordon, quien contestó brindando á su vez y bebiendo á la salud de la colonia y en recuerdo de sus respectivas familias.

En fin, Costar se levantó, y en nombre de los niños dió las gracias á Briant por los desvelos y los cuidados que había tenido para con ellos.

El joven francés no pudo ocultar la viva emoción que le embargaba oyendo los *¡hurras!* que resonaron en honor suyo, y que solamente no encontraron eco en el corazón de Doniphan.

II

Preparativos para el próximo invierno.—Proposición de Briant.—Partida de Briant, de Santiago y de Mokó.—Travesía de «Family-Lake.»—El «East-river.»—Un puertecito en la embocadura.—El mar en el Este.—Santiago y Briant.—Vuelta á «French-den.»

Ocho días después empezó el año 1861, y en aquella parte del hemisferio austral nuestros jóvenes colonos se hallaban en pleno verano.

M.C.D. 2018

Hacía cerca de diez meses que los náufragos del *Sloughi* habian encallado en aquella isla, á mil ochocientas leguas de Nueva Zelandia.

Durante este período, hay que reconocerlo así, su situación había mejorado poco á poco, y parecía asegurada la vida material. ¡Pero estaban siempre solos en una tierra desconocida! Los únicos socorros que podían esperar tenían que venir de fuera. ¿Llegarian antes de concluir el verano, ó se verían obligados á sufrir los rigores de un nuevo invierno, tan crudo en aquella región? Hasta aquí habían gozado de una perfecta salud, merced á la previsión del jefe de aquella sociedad, que lo vigilaba todo, lo que no dejaba á veces de provocar algunas murmuraciones por su severidad, pues Gordon no permitía imprudencia alguna ni excesos de ninguna clase; máxime cuando hacíase preciso prevenir cualquiera de esas enfermedades que no perdonan, sino raras veces, á los niños. En suma; si el presente era llevadero, el porvenir no dejaba de inspirar serias inquietudes, y Briant, á cualquier precio que fuera, hubiera querido abandonar la *isla Chairmán*.

Esto era de todo punto imposible.

Con la única embarcación que poseían, con aquella débil canoa, era un disparate crasísimo atreverse á emprender una travesía que podía ser larga, si la isla no pertenecía á algún grupo del Pacífico, ó si el continente más cercano estuviera á algunos centenares de millas; pues aun cuando dos ó tres de los más atrevidos se sacrificasen para ir en busca de una tierra al Este, ¿á cuántos peligros no se expondrían antes de alcanzarla? Y en cuanto á construir un buque bastante grande para atravesar el Pacífico, ¿podían ellos hacerlo? Seguramente que no, por ser un trabajo que superaba á sus fuerzas,

El pobre Briant no sabía qué imaginar para la salvación de todos.

Esperar, y siempre esperar; trabajar para hacer más cómoda, cada día la habitación en la gruta, era lo único que podía procurarse.

Luego, si no en el presente verano, porque la necesidad de prevenirse contra las bajas temperaturas apremiaba, en el siguiente y lo antes posible, acabarían de reconocer su isla.

Convencidos de esto, cada cual se consagró resueltamente á su faena, pues recordando lo riguroso que era el invierno en aquella latitud, y teniendo presente que durante semanas y meses el mal tiempo les obligaría á encerrarse en el *hall*, no querían desperdiciar la ocasión de precaverse contra el frío y el hambre, enemigos los más capitales y crueles que allí se podían presentar.

Para combatir el frío en *French-den* era menester acaparar combustible, y por corto que fuera el otoño, seguramente que no acabaría sin que Gordon hiciese almacenar una cantidad suficiente de leña para alimentar las estufas noche y día. Hacíase también necesario pensar en el ganado que estaba en el cercado y en el corral; trasladarlo á *Store-room*, ó sea á la gran habitación destinada á cocina y comedor, sería muy incómodo y hasta antihigiénico. Lo mejor, por lo tanto, era procurar sostener la temperatura del establo á un grado conveniente, caldeándola por medio de un hogar; y en la construcción de éste, Baxter, Briant, Service y Mokó emplearon el primer mes del año.

En cuanto á las provisiones de boca para la invernada, Doniphan y sus compañeros de caza se encargaron de abastecer la despensa, á fin de que el jefe de cocina no diese rienda suelta á su mal humor. Todos los días recorrían las trampas, y lo que no servía para el alimento diario, iba á aumentar las reservas, de las que, dispuestas con diferentes preparaciones, el negrito cuidaba con gran esmero.

Por largo, pues, que fuese el invierno, la comida no había de faltar.

Hacía ya muchos días que Briant pensaba en hacer una nueva exploración para reconocer la parte oriental de *Family-Lake*. Quería saber si había allí bosques, pantanos ó dunas, y si ofrecía nuevos recursos que pudieran utilizarse. Habló de ello con Gordón, considerando necesaria aquella expedición, por el motivo que á seguida expuso.

—Aunque nos consta que el mapa del náufrago francés Francisco Baudoin es bastante exacto, dijo Briant, me parece que no estaría demás reconocer el Pacífico, al Este de nuestra isla. Tenemos á nuestra disposición excelentes anteojos, cosa que no poseía mi compatriota, y ¿quién sabe si no descubriremos algunas tierras que él no pudo ver? Su mapa presenta la *isla Chairmán* como solitaria; mas muy bien podrá no ser así.

—La misma idea te persigue sin cesar, le respondió Gordon, y tienes muchas ganas de salir de aquí...

—Lo confieso, amigo mío; estoy cierto de que piensas como yo. ¿No debemos encaminar todos nuestros esfuerzos á volver lo más pronto posible al seno de nuestras familias?

—Puesto que lo quieres, sea, respondió el americano. Organizaremos una expedición.

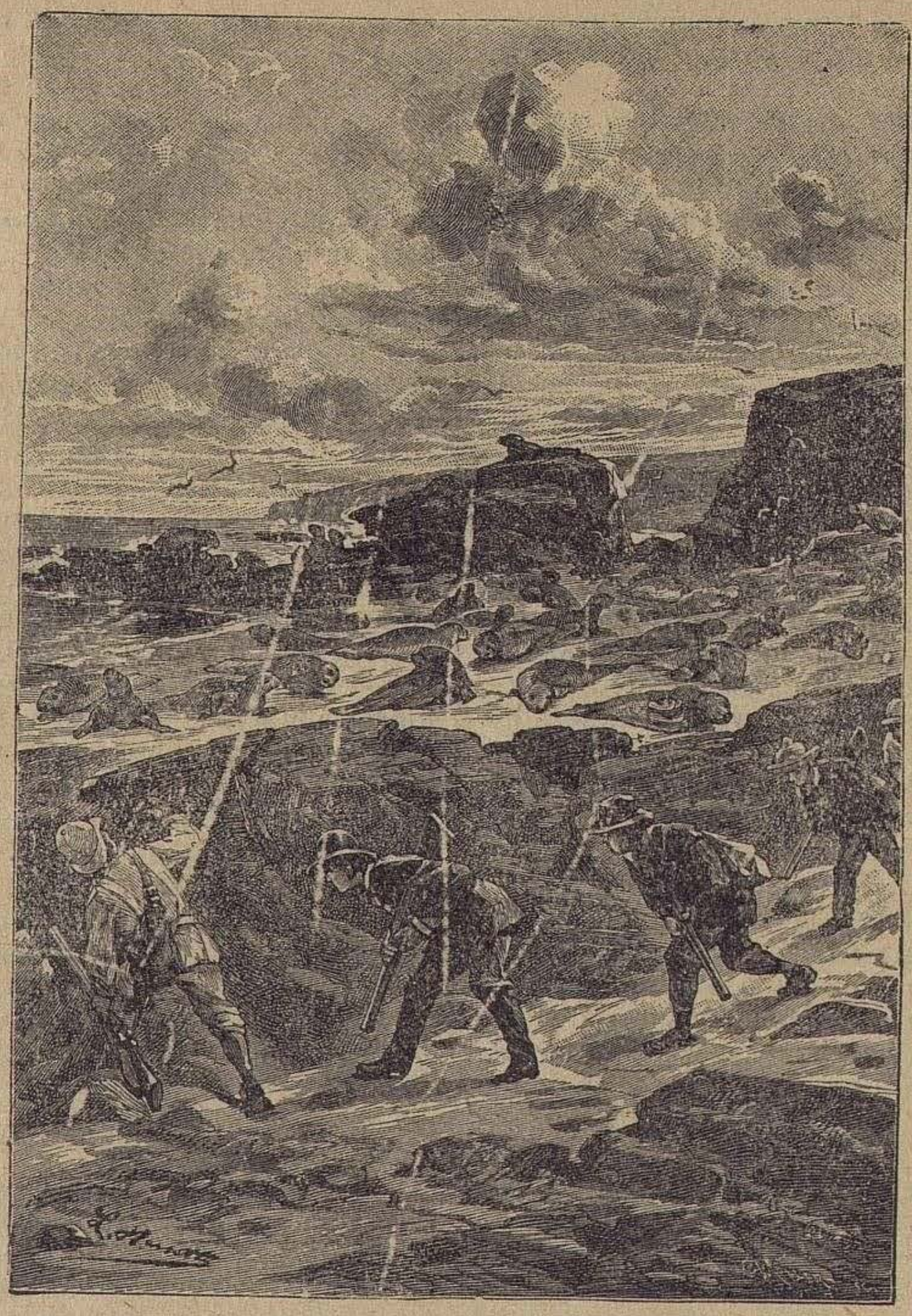
—¿En la que todos tomaremos parte? preguntó Briant.

—No; pero deberán acompañarte seis ó siete de nuestros compañeros.

—Es demasiado. Siendo tantos, no habría más remedio que dar vuelta al lago por el Norte ó por el Sur, y esto exigiría mucho tiempo y mucha fatiga.

—¿Qué te propones, entonces?

M.C.D. 2018



El plan fué ejecutado con suma prudencia.

—Atravesarlo con la canoa, y para esto basta que vayamos tres.

—¿Y quién gobernará la embarcación?

—Mokó, respondió Briant. Conoce las maniobras, y yo entiendo algo también. Con una vela, si el viento nos favorece, ó con dos remos en el caso contrario, navegaremos fácilmente y recorreremos en poco tiempo las cinco ó seis millas que mide el lago en dirección al río, que, según el mapa, atraviesa los bosques del Este, y bajaremos hasta su embocadura.

—Está bien, respondió Gordon. Apruebo tu idea, y yo acompañaré con gusto á Mokó en este viaje exploratívo.

—No, amigo mío; yo lo haré, puesto que no estuve en la expedición al Norte del lago. Ahora me toca á mí ser útil á mis compañeros, y rociamo...

—¡Uuh! exclamó Gordon. ¿Cuántos servicios no nos has prestado ya, mi querido Briant? Te has sacrificado más que ninguno, y te debemos mucho agradecimiento.

—¡Vamos, Gordon; exageras! Todos hemos cumplido con nuestro deber. Vamos: ¿está ya convenido?

—Como gustes. ¿Quién será el tercer expedicionario? No te propongo á Doniphan porque...

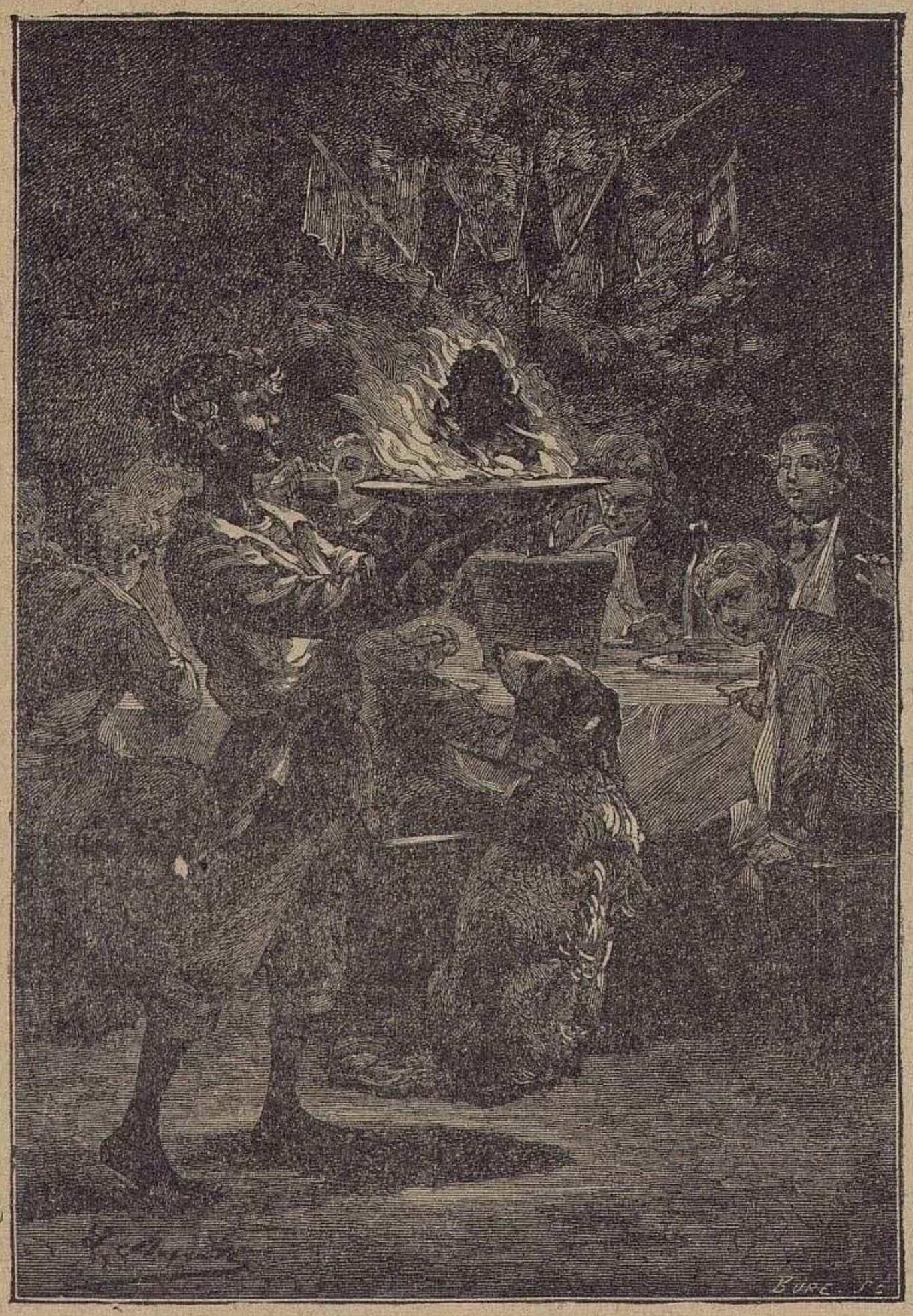
—¡Oh, le aceptaría por compañero con mucho gusto! respondió Briant. No tiene mal corazón; es valeroso, diestro, y si no fuera por su carácter envidioso, sería un buen camarada; creo que se enmendará cuando comprenda que no procuro sobrepujarle en nada, y llegaremos á ser un día, estoy cierto de ello, muy buenos amigos; pero he pensado llevarme á otro...

—¿A quién?

—A mi hermano; su estado me apesadumbra cada día más. Alguna falta grave tiene que reprocharse, y no quiere decirlo. Tal vez durante esta excursión, estando solo conmigo...

—Tienes razón; llévate á Santiago, y empieza ya tus preparativos de marcha.

M.C.D. 2018



Mokó desempeñó perfectamente su cometido.

—No serán largos, pues nuestra ausencia no durará más que veinticuatro ó treinta y seis horas.

Aquel mismo día el americano participó á sus compañeros la proyectada expedición. Doniphan se mostró muy despechado por no tomar parte en ella; y como se quejara á Gordon, éste le hizo comprender que las condiciones en que iba á hacerse el viaje no permitían que fueran más de tres personas, y que, como Briant la había ideado, justo era que la pusiera en ejecución.

—¡Todas las preferencias son siempre para él! ¿No es verdad, Gordon?

—Eres injusto, Doniphan; injusto para con Briant y para conmigo.

Doniphan no insistió y se reunió á sus parciales Wilcox, Cross y Webb, con quienes pudo hablar á sus anchas de la contrariedad que experimentaba.

Cuando el grumete supo que iba á trocar sus funciones de cocinero por las de patrón de canoa, no pudo ocultar su alegría, y, sobre todo, siendo para acompañar á Briant, á quien profesaba un entrañable cariño.

Service haría las veces de Mokó, regocijándose mucho de ello, pensando que podría guisotear á su antojo sin que nadie le estorbara, y Santiago pareció bastante satisfecho por ir con su hermano y por dejar la gruta algunos días.

La canoa fué aparejada con una vela latina que Mokó envergó y enrolló á lo largo del mástil. Se llevaron dos escopetas, tres revólvers, municiones en cantidad suficiente, tres mantas de viaje, provisiones líquidas y sólidas, capotes de hule para caso de lluvia, cuatro remos, y no olvidaron la copia del mapa del náufrago, para anotar nombres á medida que fueran descubriendo nuevas partes dignas de mención.

El día 4 de Febrero, á eso de las ocho de la mañana, y después de haberse des-

M.C.D. 2018

pedido de sus compañeros, Briant, Santiago y Mokó se embarcaron en el dique del río *Zealand*. El tiempo era hermosísimo y soplaba una ligera brisa del Sudeste. La vela fué desplegada, y colocado Mokó en la popa, asió el gobernalle, dejando á Briant el cuidado de tener la escota. Aunque la superficie del lago se hallaba apenas rizada, la canoa sintió vivamente el efecto de la brisa, y cuando se encontró algo adentro, su velocidad se aceleró hasta el punto de que media hora más tarde los colonos que observaban el curso de la embarcación desde *Sport-terrace* no divisaban ya más que un puntito negro, que pronto se perdería de vista.

Mokó estaba, como hemos dicho, en la popa, Briant en medio y Santiago se sentó á proa, al pie del mástil. Durante una hora divisaron aún las altas cimas de *Auckland-hill;* luego todo desapareció, y sin embargo, no divisaban aún la orilla opuesta del lago, que, según sus cálculos, no debía de estar muy lejos. Desgraciadamente, como sucede casi siempre cuando el sol va tomando fuerza, el viento dejó de soplar, no manifestándose ya sino por algunas ráfagas.

—Es de sentir, dijo Briant, que la brisa no haya durado todo el día.

—Peor sería, Sr. Briant, dijo Mokó, que el viento fuera contrario.

—¡Eres filósofo, Mokó!

—No sé lo que significa esa palabra, respondió el grumete; pero tengo por costumbre conformarme con los acontecimientos.

—¡Pues en eso consiste la filosofía!

—Bien por la filosofía, y pongámonos á remar, Sr. Briant, porque es de desear que alcancemos la orilla antes de que anochezca. Después de todo, si no llegamos á desembarcar, no tendremos más remedio que resignarnos á los caprichos de la suerte.

—Tienes razón, y voy á tomar un remo; coge tú el otro, y que Santiago cuide del timón.

—Dime lo que tengo que hacer, Mokó, respondió Santiago, y maniobraré lo mejor que pueda,

El negrito amainó la vela, que no se hinchaba ya, pues el viento se había echado por completo, y los tres muchachos almorzaron muy de prisa; colocado luego á proa el grumete, Santiago sentado á popa y su hermano en el centro, la canoa, vigorosamente dirigida, navegó á todo correr, virando algo á Noroeste, según indicaba la brújula.

La embarcación se hallaba entonces en el centro de aquella vasta extensión de agua, y cual si estuviera en alta mar, la superficie del lago se veía rodeada por una línea periférica de cielo. Santiago observaba con mucha atención el Este, para ver si aparecía la costa opuesta á *French-den*.

A eso de las tres, el grumete, mirando con el anteojo, dijo que divisaba algunas señales que indicaban la aproximación de la tierra, y un poco más tarde Briant se cercioró de que Mokó no se equivocaba. A las cuatro, algunas copas de árboles se mostraban por encima de una ribera bastante baja, consistiendo en esto sin duda la razón de que desde la cima del cabo *False-sea-point* Briant no hubiera podido verlos. La *isla Chairman* no encerraba, pues, otra altura que la del acantilado entre *Sloughi-bay* y *Family-Lake*.

Faltaban aún dos ó tres millas para llegar á la orilla oriental. Briant y Mokó manejaban los remos con ardor, cansándose bastante, porque el sol calentaba mucho. En algunos sitios las aguas eran tan claras, que dejaban ver el fondo, lleno de plantas acuáticas, en las que retozaban millares de peces de varias clases.

Por fin, á las seis de la tarde la canoa atracó en un ribazo que cubría las ramas de grandes encinas y de pinos marítimos.

Este ribazo, bastante elevado, no se prestaba á un desembarque, y fué necesario seguir navegando media milla aún hacia el Norte.

—He aquí el río señalado en el mapa, exclamó de pronto Briant.

—Ya lo veo, y me parece regular que le bauticemos, dijo Mokó.

—Tienes razón. Llamémosle *East-river*, puesto que corre hacia Oriente.

—Está bien, dijo Mokó; y ahora no tenemos más que seguir su curso para llegar á la embocadura.

—Eso lo haremos mañana, Mokó; pasaremos aquí la noche, y al amanecer dejaremos que la canoa siga la corriente, lo que nos permitirá examinar ambas orillas.

—¿Desembarcamos? preguntó Santiago.

—Sí, respondió Briant, y acamparemos debajo de los árboles.

Los tres muchachos saltaron á la orilla, que limitaba una pequeña caleta, y después de amarrar fuertemente la canoa al tronco de un árbol, desembarcaron las armas y las provisiones, encendieron un buen fuego debajo de una enorme encina, cenaron galleta y carne fiambre, y envolviéndose después en las mantas, no tardaron en dormirse profundamente. Como medida de prevención, cargaron las armas; pero la noche pasó sin incidente alguno.

—¡Vamos, en marcha! exclamó Briant despertándose el primero á las seis de la mañana.

En algunos minutos estuvieron prontos, y la canoa entró en la corriente; mas ésta era tan rápida, que fué necesario recurrir á los remos para mantener la embarcación en medio del río.

—Es probable, dijo Mokó, que si el mar dista de aquí más de cinco ó seis millas, una sola marea baste para llevarnos á

M.C.D. 2018

él, pues esta corriente es mucho más veloz que la del *Zealand*.

—¡Ojalá sea así! respondió Briant; pero á la vuelta creo que necesitaremos tres ó cuatro para remontar el curso de este río.

—Tenéis razón, señor Briant; y, si os crece, nos volveremos en seguida...

—Sí; en cuanto lleguemos al mar y veamos hay ó no alguna tierra cerca de la isla.

La canoa corría con una velocidad que Mokó apreciaba en una milla por hora. El *East-river* seguía una dirección casi rectilínea, y su lecho era más profundo que el del *Zealand* y menos ancho, lo cual explicaba la rapidez de su corriente y hacía temer á Briant el encuentro de algunos torbellinos que les impidiera seguir su ruta.

Se hallaban en pleno bosque, en medio de una vegetación muy vigorosa, del mismo género que la de *Traps-voods*, con la única diferencia de que aquí las encinas, los alcornoques y los pinos eran en mayor número que allí.

Briant, aunque menos instruído en botánica que Gordon, conoció cierto árbol, de cuya clase se ven muchos ejemplares en Nueva Zelandia.

Este árbol, que desplegaba su copa á unos sesenta pies del suelo, presentaba unas frutas cónicas de tres ó cuatro pulgadas de largo, puntiagudas y revestidas por una especie de escama reluciente.

—¡Debe ser el pino que da los piñones! exclamó Briant.

—Si no os equivocáis, dijo Mokó, detengámonos un instante, porque vale la pena de que lo hagamos así.

Y atracaron la canoa á la orilla izquierda, adonde Briant y su hermano saltaron, volviendo poco después con una buena provisión de piñones. Precioso hallazgo para los golosos de la pequeña colonia y también para los demás, porque, según les dijo más tarde Gordon, dicha fruta da un excelente aceite.

Aquel bosque debía ser tan rico, por lo menos en fauna, como el que estaba cerca de *French-den*, pues Briant vió á través de los árboles muchos nandús, vicuñas, algunos guanacos y otros animales, que ciertamente hubieran ofrecido á Doniphan, si allí se encontrara, buenas ocasiones para lucir su destreza; mas Briant no hizo caso tampoco de los deseos que á él mismo asaltaron, en atención á que, teniendo bastantes provisiones de boca, no quería malgastar sus municiones.

Las once serían cuando notaron que el bosque se presentaba menos frondoso, pues se veía de vez en cuando algún claro entre los árboles, y además la brisa traía ciertas emanaciones que anunciaban la proximidad del mar, hasta que algunos minutos despues, más allá de un grupo de magníficas encinas, vieron los niños de repente una línea azulada en el horizonte.

La corriente arrastraba siempre la canoa, aunque con menos rapidez, y la marea no tardaría mucho en hacer sentir sus efectos en el *East-river*, cuya anchura era en aquel sitio de cuarenta á cincuenta pies. Llegaron, por fin, cerca de las rocas que se levantaban en el litoral, y Mokó arrimó la canoa á la orilla izquierda, la ató fuertemente, é hizo que Briant y su hermano desembarcaran detrás de él.

¡Qué aspecto tan diferente á la del Oeste de la *isla Chairmán* ofrecía esta costa! En ella había también, como en *Sloughi-bay*, una profunda bahía, pero con la circunstancia de que la del Oeste tenía una ancha playa de arena, rodeada por un banco de arrecifes, mientras que la que acababan de descubrir presentaba un gran amontonamiento de rocas, en las que, según lo vió Briant, hubieran podido hallar veinte grutas en vez de una.

Esta costa era, por consiguiente, perfectamente habitable, y si el *schooner* hubiera encallado en aquel sitio, hubiesen podido ponerlo al abrigo de los huracanes en la embocadura del río, que formaba un puerto natural, en el que no faltaba agua ni aun en la bajamar.

Briant fijó en primer lugar sus miradas en la extremidad de aquella vasta bahía, que se desarrollaba en un sector de unas quince millas entre dos puntas arenosas, y que más bien merecía llamarse golfo

Estaba completamente desierta, pues ni siquiera el más pequeño buque se veía en su perímetro, que por cierto se dibujaba con mucha limpieza. En cuanto á continente ó tierra, nada se veía, absolutamente nada. La *isla Chairmán* estaba tan sola por el Oriente como por el Occidente; el náufrago francés había tenido razón al no señalar en su mapa ninguna tierra en aquellas direcciones.

Si dijéramos que Briant experimentó un gran desengaño, sería apartarnos de la verdad. Esperaba aquel aislamiento; mas, sin embargo de eso, creyó oportuno dar á aquella parte de la isla el nombre de *Deception-bay* (bahía del Desengaño).

—¡Vamos, dijo; no es por aquí por donde tomaremos el rumbo á Nueva Zelandia!

—¡Bah, señor Briant! replicó Mokó; ya nos iremos algún día por este camino ó por otro. Pero mientras tanto, me parece que debíamos almorzar.

—Sea, respondió Briant; pero apresurémonos. ¿A qué hora podremos empezar á remontar la corriente?

—Si quisiéramos aprovechar la marea, sería menester nos embarcáramos ahora.

—En este momento es imposible, dijo Briant. Tengo empeño en observar mejor el horizonte, y quiero subirme á alguna roca cuya altura me permita dominar la playa.

—Entonces tendremos que esperar la

M.C.D. 2018

siguiente pleamar, que no se hará sensible en el *East-river* hasta las diez de la noche.

—¿Temes navegar á esa hora? preguntó Briant.

—No, señor, y lo haremos sin peligro, pues estamos en el plenilunio. Además, el curso del río es tan recto, que basta gobernar con los palos, aun cuando baje la marea; y si la corriente se hiciera demasiado fuerte, haremos alto al amanecer.

—Bien, Mokó, estamos de acuerdo; y puesto que podemos disponer de algunas horas, aprovechémoslas para completar nuestra exploración.

Todo el tiempo que pasó entre el almuerzo y la comida, los tres muchachos lo emplearon en recorrer aquella parte de la costa, abrigada por grandes grupos de árboles que avanzaban hasta la base misma de las rocas. En cuanto á la caza, no faltaba en más ó menos abundancia. Briant mató un par de *tinamous* para la comida de la tarde.

El aspecto característico de aquel litoral era el amontonamiento de enormes rocas de granito, con un desorden verdaderamente grandioso, que se parecía al campo de Karnac, cuya irregular disposición no es debida á la mano del hombre. Allí se veían aquellas profundas excavaciones, que se llaman *chimeneas* en ciertos países antiguamente habitados por los celtas, y no hubiera sido difícil instalarse entre sus paredes. Briant halló, en un espacio de menos de media milla, más de una docena de grutas, tan abrigadas todas, que el muchacho se preguntaba por qué razón el náufrago francés no se había establecido en aquella parte de la isla. No podía dudarse de que la había visitado, puesto que estaba señalada en el mapa, y es que, sin duda, establecido ya en *French-den* antes de su exploración hasta la bahía del Este, no quiso mudar de vivienda. A eso de las dos, cuando el sol empezaba á declinar, el momento pareció favorable para proceder á una minuciosa investigación del mar. Briant, Santiago y Mokó intentaron trepar por un montón de rocas que se parecía á un oso monstruoso, y que se elevaba á un centenar de pies por encima del puerto: si llegaron á su cima, no fué sin grandes riesgos. Desde allí, mirando hacia atrás, se dominaba el bosque, que se extendía hasta el lago; en el Sur, la vista abarcaba una gran extensión de dunas amarillentas y entrecortadas por algunos grupos de abetos; en el Norte, el contorno de la bahía terminaba en una punta que formaba el límite de una llanura arenosa situada algo más allá. En suma, la *isla Chairmán* no era fértil más que en su parte central, en donde el agua del lago le daba vida, desahogándose en varios ríos que salían de sus orillas.

Briant dirigió después su catalejo hacia la parte oriental del horizonte, y nada vió por aquel lado; nada más que la inmensidad del mar, circunscrita por la bóveda celeste.

Una hora llevaban ya de incesante observación los tres muchachos, é iban ya á bajarse, cuando Mokó detuvo á Briant.

—¿Qué es lo que hay allá lejos? preguntó señalando al Noroeste.

Y Briant fijó el catalejo en el punto indicado.

Allí, casi en el límite del horizonte, se veía como una mancha blancuzca, que hubiérase podido confundir con una nube si el cielo no hubiera sido de una sin igual pureza; y después de haberse fijado mucho Briant, aseguró que aquella cosa no se movía, y que su forma no variaba de ningún modo.

—No comprendo lo que es, dijo; como no sea una montaña...

Algunos instantes después, habiendo bajado bastante el sol hacia su ocaso, se observó que la mancha había desaparecido. ¿Existiría por allí alguna tierra, ó la mancha blancuzca no era más que un reflejo luminoso del agua? Esta última hipótesis fué la que Santiago y Mokó admitieron, aun cuando Briant conservó para sí algunas dudas respecto de ella.

Concluída la exploración, volvieron á la embocadura del *East-river*, y Santiago recogió alguna leña para que el negrito preparase el asado de *tinamous*.

Después de comer, Briant y su hermano fueron á dar un paseo por la playa, esperando la hora de la marea para embarcarse, y Mokó siguió por la orilla izquierda del río en busca de piñones. Cuando volvió, empezaba á oscurecer, y aun cuando al llegar al lado de la canoa vió que ambos hermanos no habían regresado, como no podían estar muy lejos, el grumete no se inquietó por aquella tardanza; pero como oyera gritos y gemidos, se sobrecogió en gran manera. No se equivocaba: aquella voz era la de Briant. ¿Le amenazaría algún peligro?

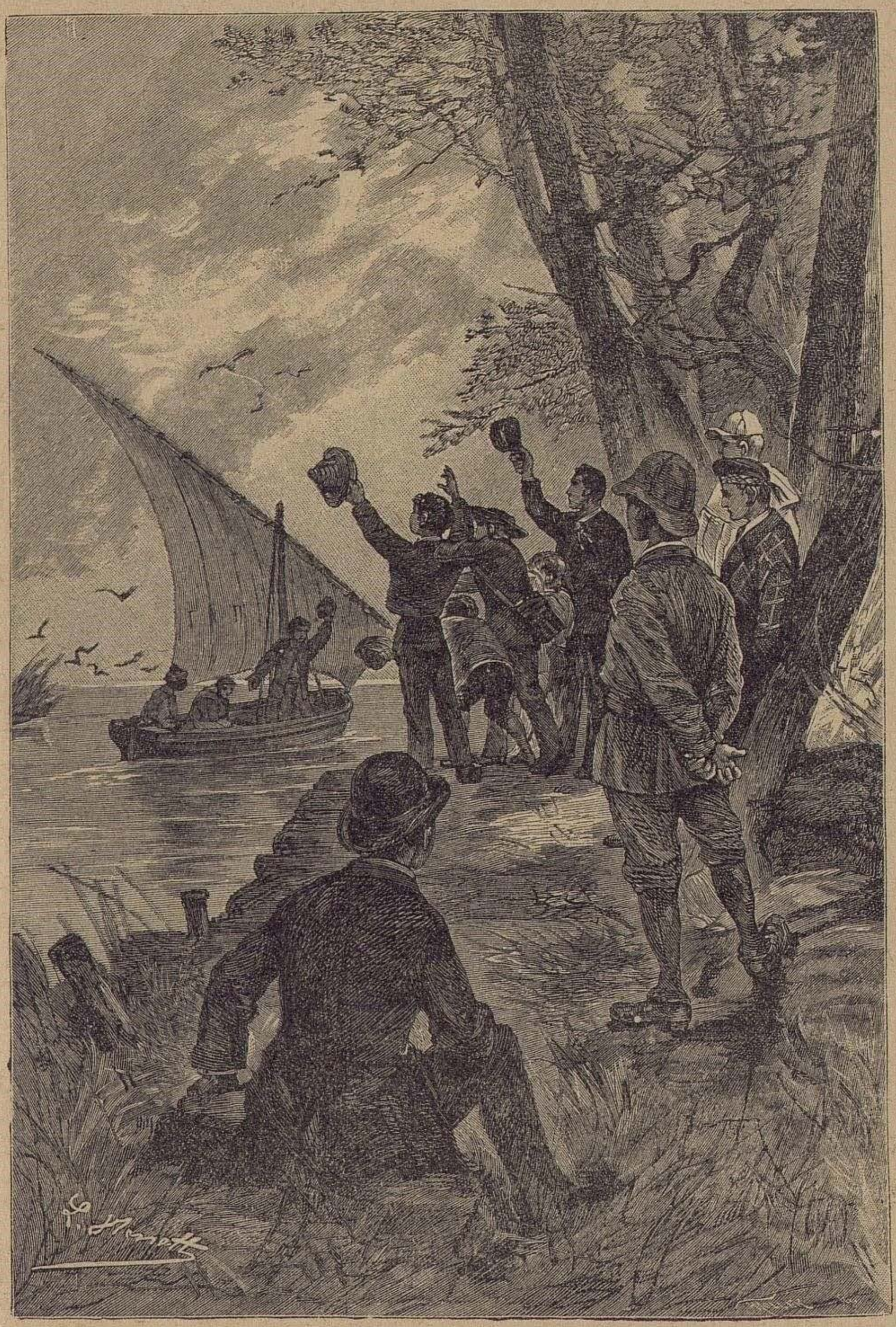
El pobre negrito no titubeó un solo instante en correr hacia la playa; mas después de haber dado la vuelta á las últimas rocas que cerraban el puertecito, lo que vió le impidió seguir adelante.

Santiago estaba arrodillado á los pies de su hermano. Parecía implorarle gracia y pedirle perdón. Esos eran los gemidos que Mokó había escuchado.

El grumete, por discreción, hubiera querido retirarse, pero era demasiado tarde. Lo oyó todo, y comprendió de lo que se trataba. Conocía ya la falta que Santiago había cometido, y que acababa de confesar á su hermano, oyendo que éste exclamaba:

—¡Desgraciado!... ¿Cómo? ¿Eres tú... tú quien ha hecho eso?... Tú tienes la culpa...

M.C.D. 2018



Briant, Santiago y Mokó se embarcaron.

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

—Perdóname, hermano mío, perdóname!...

—¡Hé aquí el motivo que te alejaba de tus compañeros!... ¡Les tenías miedo!... ¡Y lo comprendo!... ¡Ah! ¡Que no lo sepan nunca!... ¡No!... ¡Nunca, ni una palabra!...

Mokó hubiera dado cualquier cosa por no haber sorprendido aquel secreto; pero como le repugnaba fingir con Briant, algunos instantes después, encontrándose á su lado en la canoa, le dijo en voz baja:

—Señor Briant, todo lo he oído.

—¡Cómo! ¿Sabes que Santiago?...

—Sí, y es menester perdonarle...

—¿Le perdonarán los demás?

—Tal vez, respondió Mokó; pero más vale que no sepan nada, y, por mi parte, tened la seguridad de que seré mudo.

—¡Ah! ¡Gracias, mi buen Mokó! murmuró Briant apretándole la mano.

Durante las dos horas que tardaron en embarcarse, el joven no dirigió la palabra á su hermano, que, sentado al pie de una roca, estaba aún más abatido que antes de ceder á las instancias de Briant confesándole su culpa.

Hacia las diez, la marea empezó á subir, y los tres muchachos se colocaron en la canoa, que fué rápidamente arrastrada por la corriente. La luna, que salió temprano, alumbraba lo bastante para que la navegación se hiciera sin peligro hasta las doce y media, hora en que la bajamar les obligó á empuñar los remos; mas durante una hora apenas si adelantaron media milla.

Briant propuso que se detuvieran hasta el amanecer, esperando la pleamar, y así lo verificaron. A las seis de la mañana prosiguieron su ruta, y á las nueve estaban en las aguas de *Family-Lake*.

Allí Mokó desplegó la vela, y con una buena brisa que vino á favorecerles, se dirigieron hacia *French-den*.

A las seis de la tarde, y después de una feliz travesía, durante la que Briant y su hermano no habían hablado una palabra, la canoa fué vista por Garnett, que pescaba á la orilla del lago.

Algunos instantes después nuestros exploradores saltaban á tierra, acogiéndolos Gordon con grandes muestras de cariño.

III.

El pantano salado. — Los zancos. — Exploración por el «South-moors». — En previsión del invierno. — Diferentes juegos. — Entre Doniphan y Briant. — Intervención de Gordon. — Inquietudes por el porvenir. — Elecciones del 10 de Junio.

Briant juzgó prudente ocultar aún á Gordon el secreto sorprendido por Mokó, respecto á la falta cometida por su hermano; pero en cuanto al relato de su expedición, lo hizo detalladamente cuando todos sus compañeros estaban reunidos. Describió en todas sus partes la costa oriental de la *isla Chairmán*, el curso del *East-river*, á través de los bosques que separan el lago de la costa, bosques muy abundantes en árboles de hoja perenne. Afirmó que su instalación hubiera sido mucho más fácil en aquella parte del litoral, añadiendo, sin embargo, que no había por qué abandonar *French-den*. En cuanto á lo que á todos preocupaba, es decir, á la proximidad de alguna tierra, Briant declaró que no había descubierto ninguna; no obstante, hizo mención de aquella mancha blancuzca que descubrió en el horizonte, y cuya presencia se explicaba, prometiéndose examinarle de nuevo cuando hicieran otras excursiones. En suma, lo que por desgracia era demasiado cierto, es que la *isla Chairmán* debía hallarse á muchos centenares de millas de cualquier continente ó archipiélago.

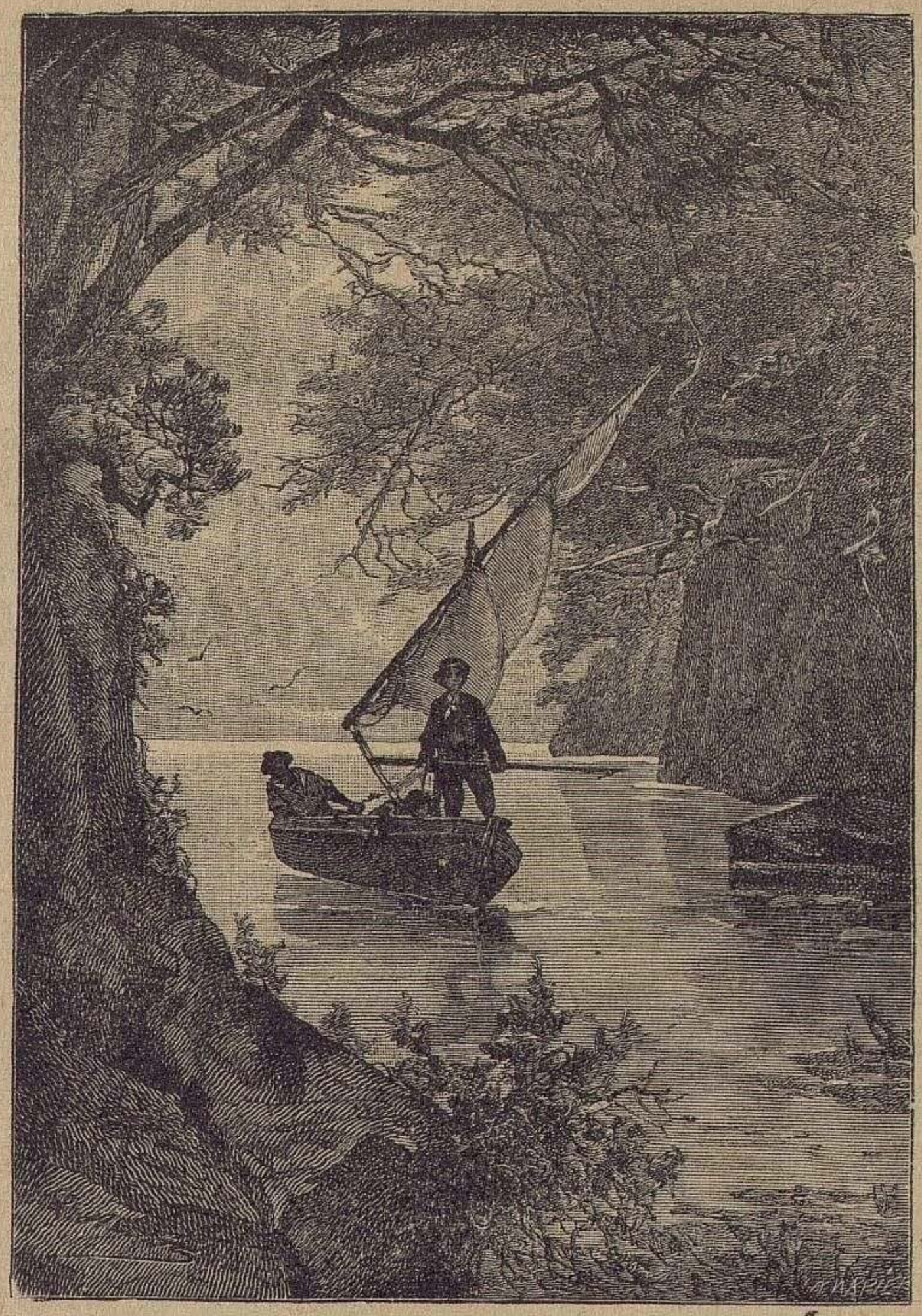
Convenía, pues, armarse de ánimos para luchar contra las contrariedades de la vida, y concretarse á esperar la presencia de casuales ó incalculados socorros; y así es que cada cual se dió de nuevo al trabajo para preparar todo lo necesario en previsión del próximo invierno, sobresaliendo Briant en celo y en valor. Este buen muchacho parecía menos comunicativo que antes de su reciente excursión, demostrando, como su hermano, una propensión á apartarse de los demás. Gordon, al notar este cambio en el carácter de su amigo, observó también que siempre que se presentaba una ocasión de hacer algo en que se corrieran peligros, Briant se lo encargaba á Santiago, y éste lo desempeñaba apresuradamente y sin murmurar. Como Briant no dijo jamás una palabra respecto de esto, Gordon no quiso preguntarle nada, si bien tenía casi la certeza de que ambos hermanos habían tenido una explicación.

El mes de Febrero se pasó en diversos trabajos. Habiendo notado Wilcox que muchos salmones remontaban el río *Zealand*, se tendieron redes de una á otra orilla, cogiéndose en ellas buena cantidad de aquel sabroso pescado. La necesidad de conservarlos obligó á los colonos á proveerse de una cantidad bastante grande de sal, y, al efecto, Briant y Baxter hicieron varios viajes á *Sloughi-bay*, estableciendo allí una pequeña salina en la arena, en donde la sal se posaba después que las aguas del mar se habían evaporado bajo la acción de los rayos solares.

Durante la primera quincena de Marzo, tres ó cuatro de nuestros colonos exploraron parte de la comarca pantanosa de *South-moors*, que se extendía en la orilla izquierda del río *Zealand*.

Doniphan fué el que ideó aquel recono-

M.C.D. 2018



Atracaron la canoa á la orilla izquierda.

cimiento, y Baxter fabricó al efecto algunos pares de zancos, pues como aquel pantano estaba en algunos sitios cubierto de una capa de agua, aquellos zancos les permitirían aventurarse, sin mojarse los pies, haste encontrar un terreno seco.

Hechos aquellos preparativos, Doniphan, Webb y Wilcox, después de atravesar el río en la canoa, desembarcaron en la orilla izquierda, llevando cada cual su escopeta.

Al saltar en el ribazo, calzáronse los zancos para entrar en el pantano.

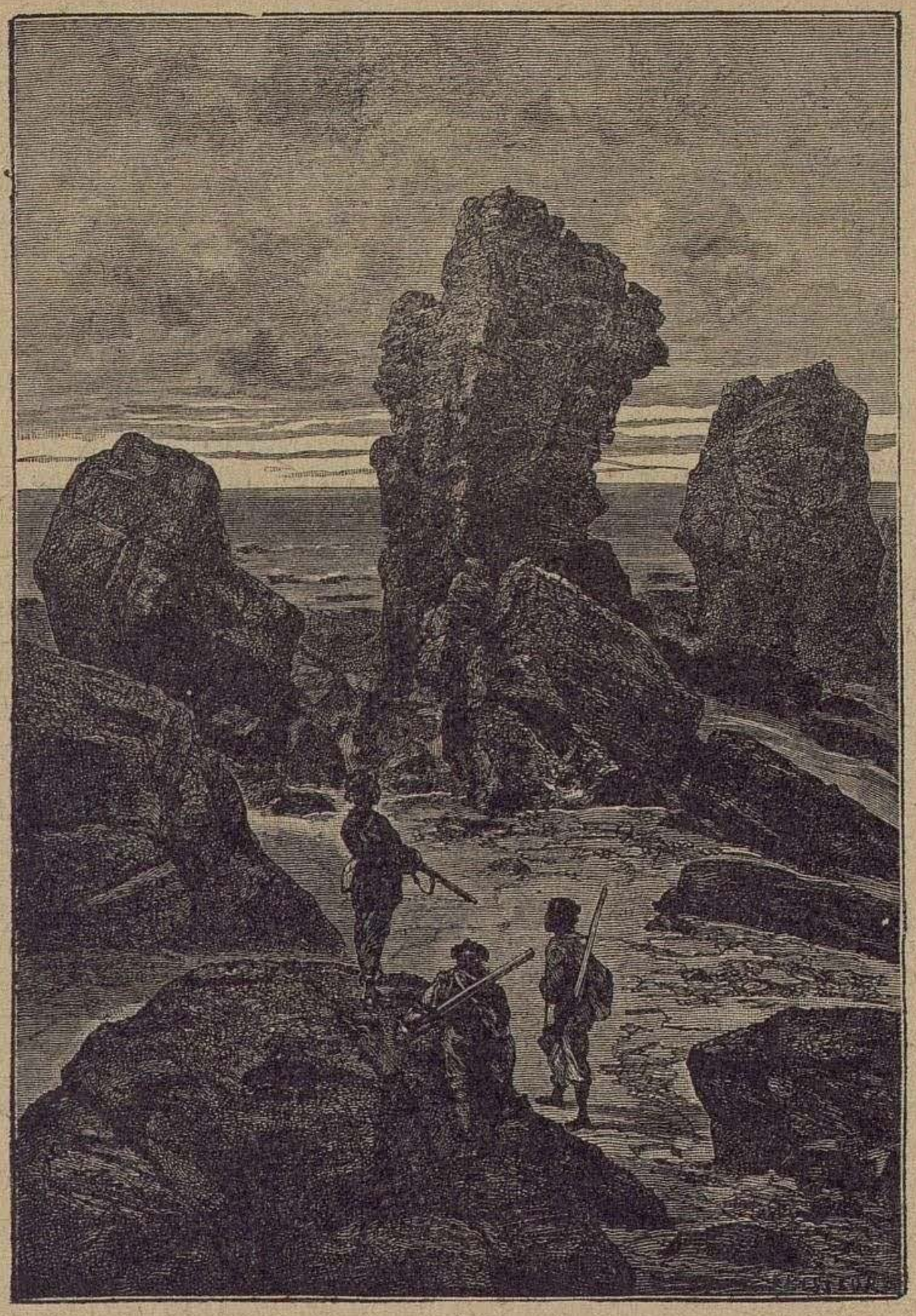
Phann los acompañaba; pero como el fiel animal no temía mojarse las patas, saltaba regocijado por los charcos de agua.

Después de andar una milla al Suroeste, Doniphan, Wilcox y Webb llegaron á una parte seca, en donde, quitándose los zancos, pudieron perseguir la caza con más comodidad.

Millares de aves acuáticas se presentaron á su vista: chochas, becadas, ánades, gallinetas, cercetas y otras varias. Doniphan y sus dos compañeros hubieran podido matar centenares de aquellas aves, sin desperdiciar ni una perdigonada; pero fueron razonables y se contentaron con algunas docenas de volátiles que *Phann* iba á recoger y traía á las manos, como perro bien enseñado.

Sin embargo, Doniphan tuvo la tentación, aun cuando resistió á ella, de matar algunos otros animales que, á pesar del talento culinario de Mokó, no hubieran podido comerse, aun guisados. Allí había algunas de esas hermosas zancudas, cuya cabeza está adornada con un penacho de blancas plumas. Pero nuestro joven cazador no pudo contenerse al ver una bandada de *flamencos*, con las alas de color de fuego, muy aficionados á las aguas salobres, y cuya carne es tan sabrosa como la de la perdiz. Estos volátiles, colocados en fila, estaban confiados

M.C.D. 2018



Contemplaron enormes rocas de granito, en grandioso desorden.

en la vigilancia de sus espías y centinelas, quienes dieron un chillido parecido al sonido de una trompeta, en el momento en que notaron el peligro. Al ver aquellas magníficas muestras de la ornitogía de la isla, Doniphan se abandonó á sus instintos, echó á correr, y Webb y Wilcox le siguieron sin resultado alguno, pues los *flamencos* huyeron con tanta velocidad, que en un instante se perdieron de vista. Doniphan y sus compañeros ignoraban que, aproximándose con cuidado, pueden tirarse con toda comodidad esas aves, pues las detonaciones las aturden, pero no las hacen huir. En vano fué que los jóvenes cazadores buscaran aquellos soberbios palmípedos, que medían más de cuatro pies desde la punta del pico al extremo de la cola; porque, dada la señal por los centinelas, desaparecieron todos hacia el Sur, antes de que tuvieren siquiera tiempo de preparar las escopetas.

No obstante. los muchachos no se arrepintieron de haber hecho aquella correría, pues volvieron con bastante caza prometiéndose renovarlas, toda vez que los primeros fríos harían más fructuosas sus excursiones.

Gordon lo preparaba todo para que! fríos no le cogieran desprevenido; así es que hizo un acopio tal de combustible para caldear también el establo y los corrales, que aun cuando el invierno durase seis meses ó más, ni el aceite de foca para el alumbrado, ni la leña, les había de faltar

Estos trabajos no impedían seguir el programa de estudios. Los mayores daban lecciones á los pequeños, y durante las conferencias que se celebraban dos veces á la semana, Doniphan seguía haciendo alarde de su superioridad, cosa que le granjeaba pocos amigos, pues fuera de sus parciales, ninguno de los demás le quería bien.

Y sin embargo, contaba suceder á Gordon en la jefatura de la isla, cuando don-

M.C.D. 2018

tro de dos meses terminase éste en sus funciones.

Lleno de amor propio, pensaba que le pertenecía por todos conceptos, y consideraba como una injusticia el que antes no le hubiesen elegido. Wilcox, Cross y Webb le alentaban con aquellas ideas, y tanteaban el terreno respecto á la futura elección, diciéndole que juzgaban asegurado el éxito.

Doniphan, no obstante, no tenía mayoría entre sus compañeros; los más pequeños, especialmente, no parecían dispuestos en su favor, ni tampoco en el de Gordon.

Todo esto no pasaba inadvertido para el americano, y aunque podía ser reelegido, no manifestaba empeño en conservar el puesto, comprendiendo claramente que la severidad que había usado durante *su año de presidencia* le había enajenado los votos. Sus maneras algo duras y su espíritu, demasiado práctico á veces, habían desagradado en muchas ocasiones á sus gobernados, y Doniphan confiaba en ese descontento, pues le consideraba como un motivo más para que la elección recayera en él.

Como se ve, cuando el día de la votación llegase, habría sin duda una lucha interesante y digna de ser presenciada.

Lo que los pequeños reprochaban principalmente á Gordon, era su economía, demasiado exagerada y sostenida, respecto á los platos de dulce. Además, los reñía irremisiblemente cuando entraban en la gruta con una mancha ó un desgarrón, y, sobre todo, cuando los zapatos estaban rotos, pues necesitando éstos incesantes composturas, hacían muy grave la cuestión de calzado. Luego, con pretexto de que perdían muchos botones, les obligó á que todas las noches le presentaran sus trajes; y si por desgracia algún botón faltaba, les arrestaba ó les privaba de los postres. Entonces Briant intervenía, interceciendo tan pronto por Jenkins como por Dole, y esto le hacía popular. Los niños sabían también que los dos cocineros, Service y Mokó, eran muy adictos á Briant, y si éste fuera algún día jefe de la *isla Chairmán*, podían prometerse un bello porvenir, que no carecería de golosinas.

¡Y véase de qué nimiedades penden algunas veces las cosas de la vida! Esta colonia, ¿no es ciertamente la imagen viva de la sociedad, y estos niños que, como todos, tienden á exhibirse desde el principio de su existencia, no son el fiel retrato de los hombres *serios* en sus manifestaciones de ciudadanos?

En cuanto á Briant, ni siquiera el buen muchacho se ocupaba de la cuestión electoral; trabajaba sin cesar, no economizando su fatiga ni la de su hermano; eran siempre los primeros en ponerse á la faena y los últimos en dejarla, como si el deber fuera mayor para ellos que para los otros.

Todos se ocupaban en algo, según las prescripciones reglamentarias de la colonia; mas no invertían el día entero en el trabajo y en el estudio, pues el programa había reservado algunas horas para recreo, en atención á que, para gozar de buena salud, es conveniente entregarse á ejercicios gimnásticos.

Nuestros muchachos cumplían con ese precepto de la higiene, subiendo, á fuerza de puños, á los árboles, estribándose en los bordes de una cuerda enrollada al tronco; saltaban anchos espacios apoyándose en un largo palo; se bañaban en el lago, y los que no sabían nadar, pronto lo aprendieron; verificaban carreras, recibiendo un premio el primero que llegaba á la meta, y se ejercitaban también en el manejo de las bolas y del lazo.

Otras veces se distraían con alguno de aquellos juegos, tan en uso entre los jóvenes ingleses, pues poseían, además de los que hemos mencionado ya, el *crocket* y los *rounders*, que consisten, con pequeñas diferencias entre sí, en lanzar, por medio de un largo palo, una pelota sobre unas clavijas de madera puestas en cada uno de los ángulos de un vasto pentágono regular; los *quoits*, que exigen mucha fuerza en los brazos y buen golpe de vista. Conviene describir este último juego con algunos detalles, porque cierto día fué causa de una reyerta, muy de sentir, entre Briant y Doniphan.

Era el 25 de Abril por la tarde. Ocho de los colonos repartidos en dos campos, Doniphan, Webb, Cross y Wilcox, por un lado, y Briant, Baxter, Garnett y Service por otro, jugaban una partida de *quoits* en *Sport-terrace*.

En la superficie de ese terreno plano, dos *hobs*, ó sean dos barras de hierro cilíndricas, habían sido clavadas á una distancia de unos cincuenta pies una de otra. Cada una de los jugadores estaba provisto de dos *quoits*, especie de tejoletas ó planchitas de metal redondas, con un agujero en el centro y más delgadas en la circunferencia que en el medio.

Los jugadores deben lanzar aquellas sucesivamente, de modo que una encaje en la primera barra y después la otra en la segunda. Si el que tira acierta, gana dos puntos por cada tejoleta que ensarte; mas si los tejos no encajan, pero se acercan á las barras, se apuntan solamente un tanto.

Aquel día la animación de los jugadores era grande, y como Doniphan estaba de un lado y Briant del otro, cada cual se esforzaba en que la victoria perteneciera á su campo.

Ya se habían jugado dos partidas, ganando la primera Briant y sus compañeros con siete tantos, mientras que sus ad-

M.C.D. 2018

versarios ganaron la segunda con seis.

Estaban jugando la tercera, que era la decisiva; ambos campos tenían cinco puntos, y no quedaban más que dos tejoletas para tirar.

—A tí te toca, Doniphan, fíjate bien, dijo Webb; estamos en lo último y se trata de ganar.

—No tengas cuidado, replicó éste.

Y se puso en actitud de tirar, los pies bien colocados uno delante del otro, teniendo el tejo en la mano derecha, el cuerpo algo inclinado y ligeramente vuelto sobre el flanco izquierdo para asegurar mejor la puntería.

Se veía que aquel vanidoso muchacho ponía todo su cuidado en aquella jugada; apretaba los dientes y estaba pálido y ceñudo.

Después de haber apuntado con cuidado, lanzó el tejo de modo que describiese un arco, y lo lanzó vigorosamente, pues la clavija estaba á una distancia de cincuenta pies.

El tejo no alcanzó la barra sino en su borde externo, y, en vez de encajarse en ella, cayó á tierra, no ganando, por consiguiente, más que un tanto.

Doniphan no pudo detener un gesto de despecho, hiriendo iracundo el suelo con el pie.

—¡Es lástima! dijo Cross; pero aún no hemos perdido.

—¡No por cierto! añadió Wilcox; tu tejo está al pie de la barra, y como Briant no encaje el suyo, le desafío á que dé mejor.

En efecto, si el tejo que este último iba á lanzar no se ensartaba en la clavija, perdía la partida, porque era muy difícil que estuviera más cerca de la meta que el de Doniphan.

—¡Apunta bien!... ¡Apunta bien!... exclamó Service.

Briant no respondió, á fin de no herir la susceptibilidad de Doniphan; y si quería asegurar la partida, más era por consideración á sus compañeros que por complacencia propia.

Se puso en posición y arrojó con tanta destreza el tejo, que éste quedó perfectamente encajado en la barra.

—¡Siete puntos! exclamó triunfalmente Service. Hemos ganado la partida.

Doniphan se adelantó vivamente.

—¡No!... ¡No habéis ganado! dijo.

—¿Por qué? preguntó Baxter.

—¡Porque Briant ha hecho trampa!

—¿Yo? dijo éste palideciendo intensamente.

—Sí, respondió Doniphan; no tenías los pies en la raya, pues te has adelantado dos pasos.

—¡No es cierto! exclamó Service.

—¡Te equivocas! repuso Briant; mas aun cuando fuese verdad lo que dices, debo observarte que habría sido un error de mi parte, y que no permitiré diga nadie que he faltado á la lealtad en el juego.

—¡Hombre, hombre! ¿No *permitiré* has dicho? repitió Doniphan con un movimiento de hombros.

—¡Y lo repito! respondió Briant que empezaba ya á no ser dueño de sí mismo. Y en primer lugar, te probaré que mis pies estaban perfectamente colocados en la raya.

—¡Sí... sí!... dijeron Baxter y Service.

—¡No... no!... replicaron Webb y Cross.

—¡Ved la huella de mis zapatos en la arena! repuso Briant. Y como Doniphan no ha podido equivocarlos, yo le digo que ha mentido adrede.

—¡Que miento yo! exclamó Doniphan, acercándose lentamente á su compañero.

Webb y Cross se colocaron detrás de éste para apoyarle, mientras que Baxter y Service estaban prontos á ayudar á Briant, caso de que hubiera lucha.

Doniphan había tomado la actitud de los boxeadores; tiró su chaqueta, dobló hasta el codo las mangas de su camisa y arrolló su pañuelo alrededor de su muñeca.

Briant, que había recuperado su sangre fría, quedaba inmóvil como si le repugnara batirse con uno de sus compañeros y dar tal ejemplo á los demás colonos.

—Has hecho mal en insultarme, Doniphan, y te portas peor aún provocándome.

—En efecto, respondió Doniphan con tono del más profundo desprecio; siempre se hace mal provocando á losque no saben responder á las provocaciones.

—Si no lo hago, dijo Briant, es porque no me conviene.

—¡Porque tienes miedo!

—¡Miedo yo!

—¡Sí, porque eres un cobarde!...

Briant, al oir aquel nuevo insulto, levantó sus mangas y avanzó resueltamente hacia Doniphan.

Ambos adversarios estaban ya prontos á la pelea.

En muchos colegios ingleses esa lucha que se conoce en Inglaterra con el nombre de *boxe*, forma en cierto modo parte de la educación, y se ha notado que los jóvenes hábiles en dicho ejercicio, muestran más paciencia y mansedumbre que los demás, y no buscan querellas por un *quítame allá esas pajas*.

Briant, en su calidad de francés, no era partidario de esa pelea á puñetazos, siempre dirigidos á la cara, y dicho se está que no tenía tanta habilidad como su adversario, quien, en honor de la verdad, era diestrísimo en el pugilato.

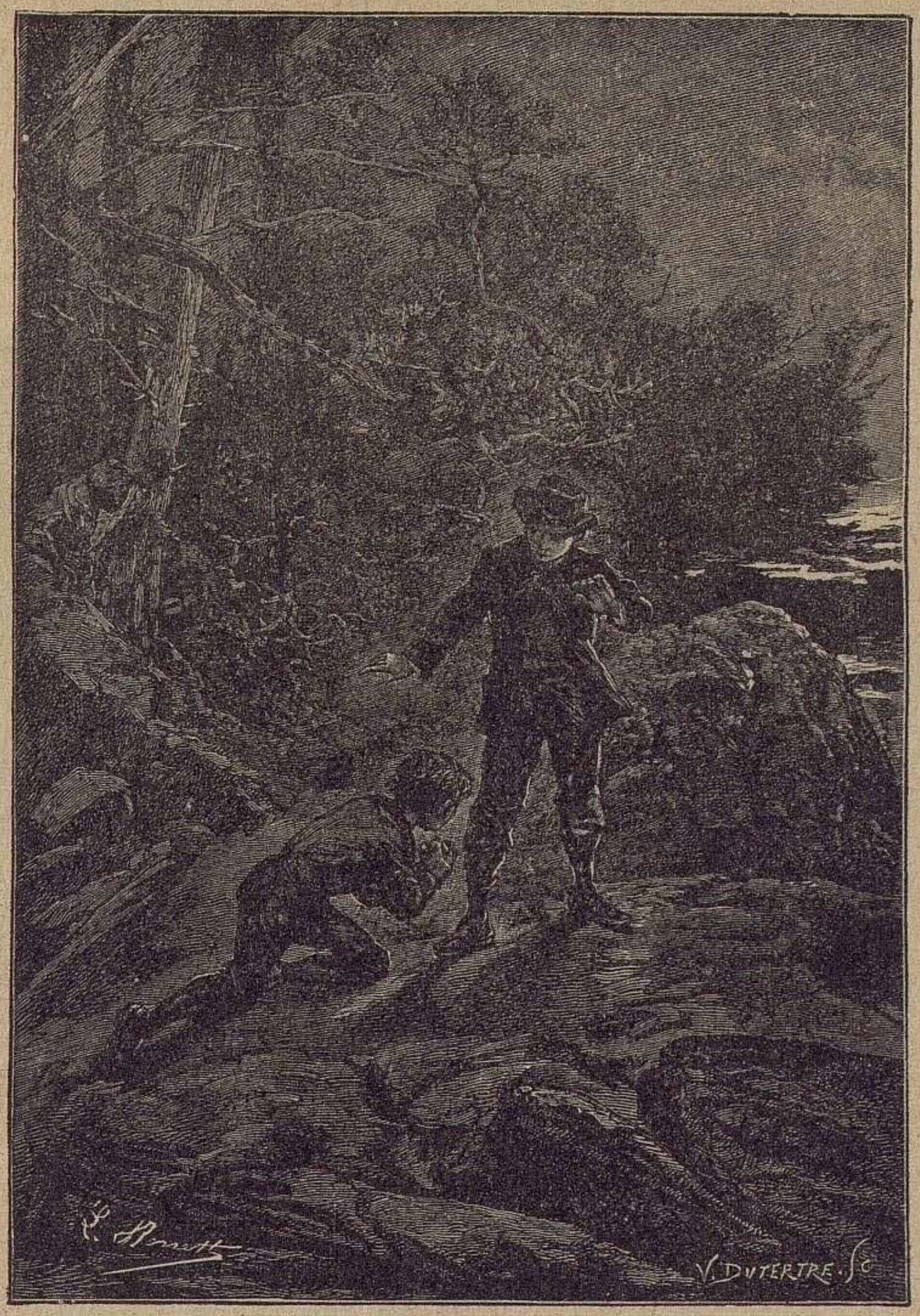
La lucha iba á comenzar, cuando Gordon avisado por Dole, se apresuró á intervenir.

—¡Briant' .. ¡Doniphan!... exclamó.

—¡Me ha llamado embustero!.. dijo este último.

—¡Después de haberme dic'
hacía trampas en el juego,
llamado cobarde!... resp'

M.C.D. 2018



—¡Perdóname, hermano mío!

En aquel momento todos estaban reunidos al lado del americano, mientras que ambos adversarios habían retrocedido algunos pasos; Briant estaba cruzado de brazos, y Doniphan en la misma postura que antes de la llegada del jefe de la colonia.

—Doniphan, dijo entonces Gordon con tono severo; conozco á Briant, y estoy cierto de que el provocador no ha sido él, sino tú.

—¡Verdaderamente, Gordon; bien se conoce que siempre estás en contra de mí!...

—¡Cuando lo mereces! respondió el americano.

—¡Lo mismo me da! Pero que la culpa sea de Briant ó mía... ¡Si rehusa batirse, es un cobarde!

—¡Y tú un mal muchacho, que das muy malos ejemplos á tus compañeros!... ¡Cómo! ¿No te basta que nos hallemos en una situación grave, sino que procuras sembrar la discordia entre nosotros, y atacas sin cesar al mejor de todos cuantos estamos aquí?...

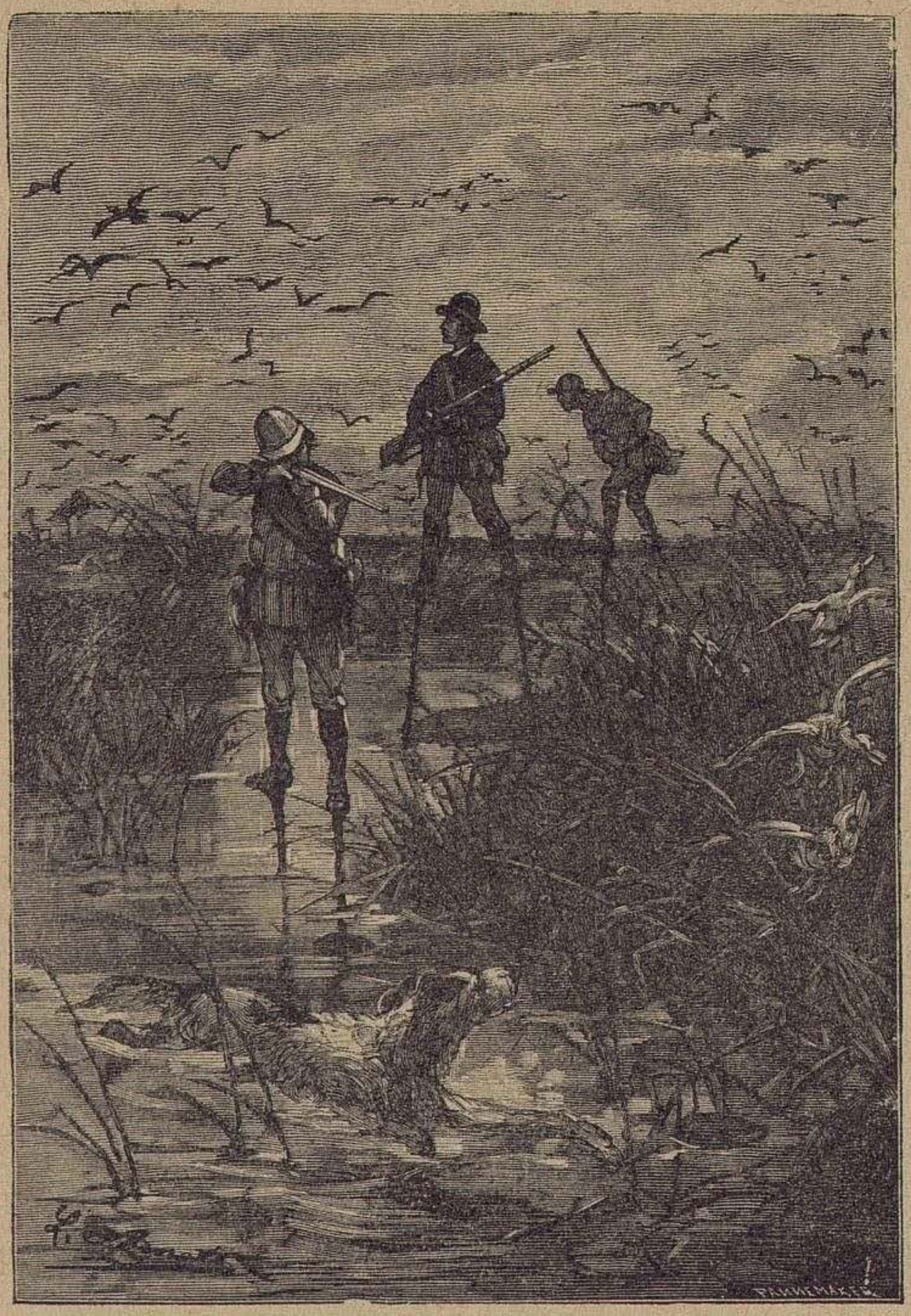
—Briant, da las gracias á Gordon, dijo Doniphan. Y ahora... ¡en guardia!

—¡Pues bien, no! exclamó el americano. ¡Soy vuestro jefe, y me opongo á todo acto de violencia entre vosotros! Briant, entra en *French-den*. ¡En cuanto á ti, Doniphan, ve adonde te plazca á desahogar tu ira, y no vuelvas por aquí hasta que comprendas que yo he cumplido con mi deber!

—¡Bien dicho! exclamaron todos, menos los parciales de Doniphan. ¡Hurra por Gordon!... ¡Hurra por Briant!...

Ante esa igualdad de pareceres, no hubo más remedio que obedecer. Briant entró en el *hall*, y cuando Doniphan volvió á la hora de acostarse, no demostró intención alguna de volver á empezar la querella. Sin embargo, se conocía que guardaba en su corazón un gran rencor, que su enemistad para con Briant había crecido, y que no

M.C.D. 2018



Phann no temía mojarse las patas.

aprovecharía la lección que el americano le había dado en presencia de sus compañeros.

Estas disensiones eran muy sensibles, por lo mucho que afectaban á la tranquilidad de la pequeña colonia, pues ejerciendo Doniphan sobre Webb, Cros y Wilcox una influencia tal que le daban la razón en todo, ¿no era de temer una excisión en lo porvenir?

La calma quedó restablecida, aunque las pasiones no acalladas, y desde aquel día nadie hizo alusión á la pasada discordia, continuando los trabajos preventivos contra los rigores del invierno, que ya no se haría esperar.

En la primera semana de Mayo el frío se hizo sentir lo bastante para que Gordon diera la orden de que se encendieran las estufas y se alimentasen sin cesar día y noche, haciéndose preciso también caldear el establo y demás dependencias; cuidado que correspondía á Garnett y á Service.

En aquella época algunas aves se preparaban para la emigración. ¿Hacia qué regiónes se dirigían? Sería, sin duda, á las comarcas septentrionales del Pacífico ó del continente americano, que les ofrecían un clima más benigno que el de la isla *Chairmán*.

Entre aquellos pájaros, ocupaban el primer lugar las golondrinas, maravillosos emigrantes capaces de recorrer con gran rapidez distancias considerables. Briant, preocupado sin cesar en buscar un medio de salir de la isla, ideó aprovechar la marcha de aquellas aves, para dar á conocer la situación de los náufragos del *Sloughi*. A este fin, cogió algunas docenas de dichos pájaros, cosa fácil, pues habían llegado á anidar hasta el interior de *Storeroom*, y les colgó en el cuello un diminuto saquito de tela, que encerraba un escrito indicando poco más ó menos en qué parte del Pacífico debería ser buscada la *isla Chairmán*, rogando al mismo tiempo.

M.C.D. 2018

al que fuera aquel papel, que escribiera lo ocurrido á Auckland, capital de Nueva Zelandia.

Hecho esto, soltaron las golondrinas los jóvenes colonos, y llenos de emoción, les dijeron: *Hasta la vuelta*, mirando cómo desaparecían en dirección del Noroeste.

Era una esperanza tal vez ilusoria, y sin embargo, Briant hizo muy bien en no desperdiciar aquel medio que la Providencia ponía á su alcance.

Las primeras nieves empezaron á caer el 25 de Mayo, ó sea algunos días antes que el anterior; pero si bien ese adelanto podía ser indicio de un invierno más riguroso que el precedente, por fortuna, y gracias á la previsión de su jefe, no faltarían á nuestros colonos ni luz, ni calor, ni alimentación sana y abundante, habiéndoles ya obligado el jefe á ponerse trajes de abrigo, pues el americano velaba sin cesar para que las medidas higiénicas se observaran con todo rigor.

Durante este último período fué cuando la colonia de *French-den* se resintió de una secreta agitación, y mil sutilezas y ardides bullían en aquellas jóvenes cabezas, pues estaba concluyéndose el año de mando conferido á Gordon.

Todo se volvían conciliábulos, y hasta puede decirse intrigas, que tenían intranquila á aquella sociedad en miniatura. Ya se sabe que el americano quería no mezclarse en nada, pues le era indiferente que le reeligieran ó no; y Briant, como era de origen francés, no podía pensar siquiera en gobernar una colonia compuesta en su mayor parte de ingleses.

Sin demostrarlo en la más mínima cosa, el verdaderamente inquieto, con motivo de aquella elección, era Doniphan. Con su inteligencia nada común y su valor, del que nadie dudaba, era evidente que hubiera tenido muchas probabilidades de triunfo su candidatura, si su carácter altanero y envidioso, y su afán de dominar en todo, no hubiesen empañado sus buenas cualidades.

A pesar de los vehementes deseos que abrigaba de obtener el mando, se le vió, ya fuese porque creyera firmemente sucecer á Gordon, ó bien porque su orgullo le impidiera pedir votos, afectar una completa indiferencia, dejando á sus amigos Wilcox, Cross y Webb que trabajasen para asegurarle el sufragio.

Llegó el 10 de Junio.

Por la tarde se procedería al escrutinio. Cada cual debía escribir en un pedacito de papel el nombre de aquel para quien quería dar su voto, y la mayoría de los sufragios decidiría la elección.

La colonia contaba con catorce votantes, pues Mokó, en su calidad de negro, no podía pretender, ni pretendía tampoco, ser elector. Siete votos y uno más fijarían la elección del nuevo jefe.

La votación empezó á las dos, bajo la presidencia de Gordon, que llenó sus funciones con aquella seriedad propia de los anglo-americanos.

El resultado del sufragio fué el siguiente:

Briant.	8	votos.
Doniphan.	3	»
Gordon.	1	»

Ni este último ni Doniphan quisieron votar. Briant dió su voto á Gordon.

Al oir proclamar aquel resultado, Doniphan no pudo ocultar su desencanto, ni la profunda irritación que experimentaba.

Briant, muy sorprendido por haber obtenido mayoría de votos, estuvo á punto de rechazar la honra que se le dispensaba; pero sin duda una idea que se le vino á la imaginación, mirando á su hermano, le hizo reflexionar, y dijo:

—¡Gracias, compañeros; acepto!

Y desde aquel día Briant era jefe de la colonia durante un año.

IV.

El mástil de las señales. — Grandes fríos. — El flamenco. — Destreza de Santiago. — Desobedieneia de Doniphan y de Cross. — La niebla. — Santiago entre las brumas. — Los cañonazos de «French-den» — Los puntos negros. — Actitud de Donipahn.

Lo que sus compañeros se habían propuesto eligiendo á Briant, era recompensarle por su carácter servicial, por el valor de que había dado tantas pruebas y por su incansable celo en pro del común interés. Desde el día en que había tomado el mando del *schooner* durante la travesía de Nueva Zelandia á la *isla Chairmán*, no había retrocedido ante ningún peligro ni rehuído ningún trabajo; y aun cuando su nacionalidad era diferente de la de los demás colonos, todos le querían, y particularmente los pequeños.

No es de extrañar, por lo tanto, que todos votaran por él.

Doniphan y sus parciales eran los únicos que se negaban á reconocer las cualidades de que estaba adornado Briant; pero en su fuero interno bien sabían que obraban injustamente.

Aun cuando Gordon comprendía que esa elección había de aumentar la disidencia, y no obstante abrigar el temor de que Doniphan y sus parciales obrasen de un modo que diera que sentir, no por eso dejó de felicitar calurosamente al elegido, pues tenía un espíritu demasiado justo para no aprobar lo hecho. Por su parte, él quedaba en mejor aptitud para entregarse por completo á la contabilidad de *French-den*, que era su ocupación favorita.

No tardó mucho en saltar á la vista de

M.C.D. 2018

todos que Doniphan y sus amigos estaban resueltos á no soportar el estado actual de cosas; pero Briant se propuso no darles la más mínima ocasión de queja, para que no se entregasen á ningún exceso.

En cuanto á Santiago, fué una gran sorpresa para él ver que su hermano aceptaba el cargo que se le confiaba.

—¿Quieres, pues?... le dijo, sin acabar de expresar su pensamiento, que Briant completó, respondiéndole en voz baja:

—Sí, quiero que estemos en posición de hacer mucho más de lo que hemos hecho hasta aquí para redimir tu falta.

—Gracias, hermano, respondió Santiago; y te suplico no me escatimes el trabajo.

Antes de que los grandes fríos impidiesen toda excursión á *Sloughi-bay*, Briant tomó una medida que no dejaba de tener su utilidad.

Ya se acordarán nuestros lectores de que un mástil, como señal, se había puesto en lo alto del acantilado; mas como el pabellón izado en la punta de aquél estaba hecho jirones, importaba colocar allí algo á propósito para resistir la incesante y furiosa acción de las tormentas invernales. Por consejo de Briant, Baxter construyó con juncos, que abundaban en la orilla del pantano, una especie de globo que no se destrozaría con los aires, puesto que podría correr por los intersticios que dejaban los juncos trenzados. Terminado aquel trabajo, hicieron una última excursión á la bahía *Sloughi* el día 17 de Junio, y aquel globo, visible en un radio de varias millas, sustituyó al pabellón del Reino Unido.

A la vuelta á *French-den*, viendo Briant que el termómetro bajaba de un modo sensible, hizo que colocaran la canoa en el ángulo del contrafuerte, y la cubrieron con una tela embreada para que se conservase mejor.

Baxter y Wilcox tendieron algunos lazos y abrieron nuevas trampas en el límite de *Traps-woods*, colocando también las redes en el río para recoger los peces que las violentas brisas del Sur arrastrarían al interior de la isla.

Alguna que otra vez Doniphan y sus amigos, montados en los zancos, hacían alguna excursión á *South-moors* y volvían cargados de caza, economizando, por supuesto, los tiros, dado que, en cuanto al gasto de municiones, Briant se mostraba tan parco como lo había sido Gordon.

En los primeros días de Julio el río empezó á helarse, y no tardaría en suceder lo mismo con el lago, pues la temperatura bajaba sin cesar, toda vez que después de unas violentas ráfagas. el aire había mudado á Sudeste, el cielo se despejó, y el termómetro señalaba á la sazón veinte grados bajo cero.

El programa establecido para el invierno volvió á imperar en las mismas condiciones que el anterior. Briant velaba constantemente para que todos cumplieran con su deber, mas sin abusar jamás de su autoridad, y era de ver cómo Gordon le ayudaba, dando á los demás ejemplo de obediencia; Doniphan y sus amigos, dicho sea en su honor, no dieron muestra alguna de insubordinación. Se ocupaban diariamente en ir á registrar las trampas y lazos, servicio que les había sido particularmente encargado; pero continuaban en su costumbre de vivir en cierto modo separados de sus compañeros, cuchicheando entre sí y no mezclándose en las conversaciones, ni aun en las veladas. ¿Preparaban acaso alguna maquinación? ¡Quién podía saberlo! En suma, Briant no tenía que reprenderles en nada, contentándose con ser justo para todos, y haciendo muchas veces con su hermano, que rivalizaba en celo con él, los trabajos más duros y penosos. Gordon notó que en aquellos días el carácter de Santiago se iba modificando, y Mokó veía con placer que el pobre niño tomaba ya parte en los juegos de sus compañeros.

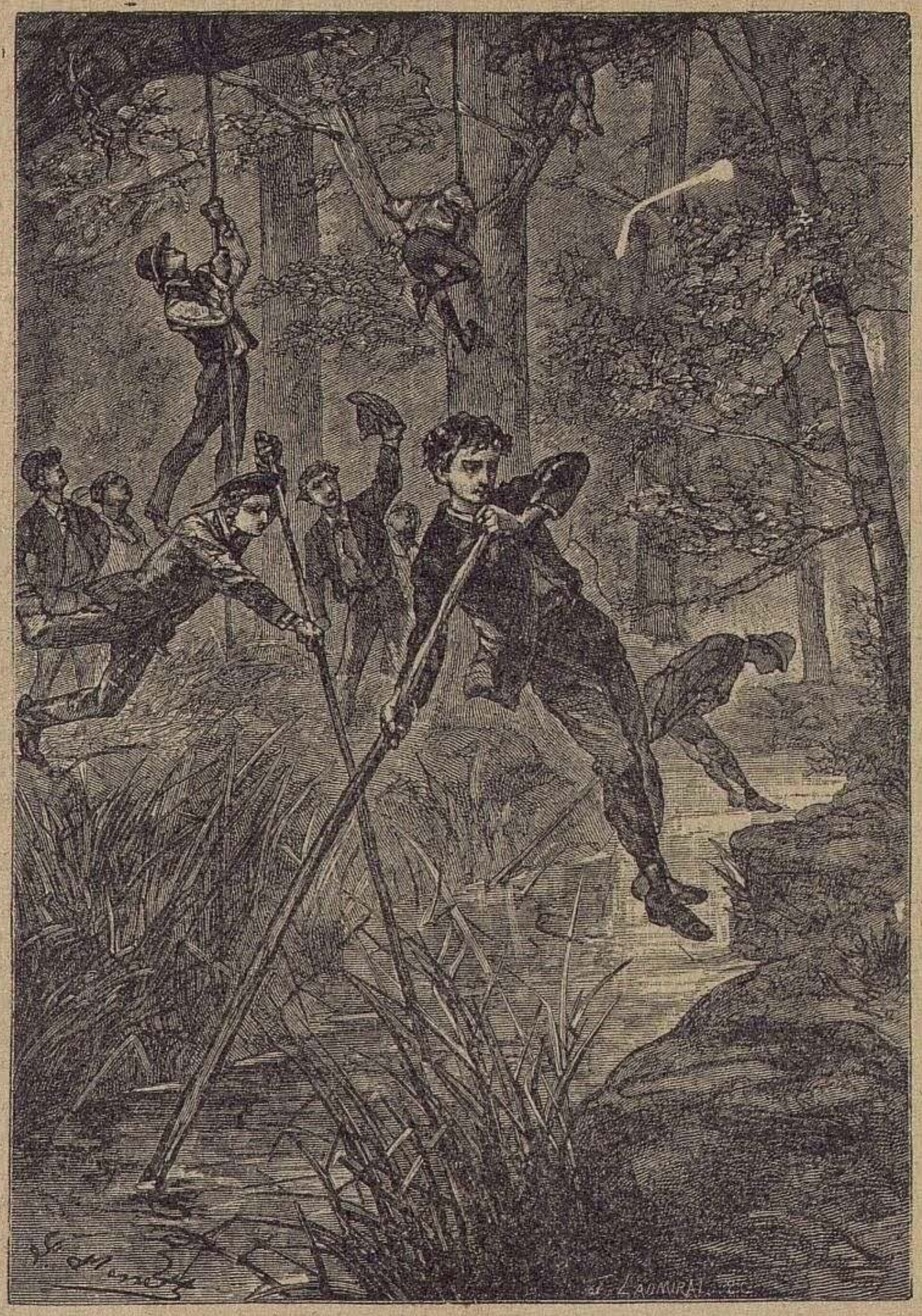
Los estudios llenaban aquellas horas interminables que el frío obligaba á pasar en el hogar. Jenkins, Dole, Iverson y Costar hacían sensibles progresos en sus lecciones con los mayores, quienes, instruyendo á los pequeños, se instruían á su vez. Luego, durante las largas veladas, se leían en alta voz reseñas de viajes, por más que Service hubiera preferido la lectura de sus Robinsones. Algunas veces también el acordeón de Garnett hacía las delicias de los contertulios, acompañando los cantos de los chicos, y concluído el concierto, cada cual ocupaba su camita.

La constante preocupación de Briant era la vuelta á Nueva Zelandia, no opinando en esto como Gordon, que no pensaba más que en la organización de la colonia en la *isla Chairmán*. Los esfuerzos de Briant en pro de su idea fija constituían, á su entender, el objetivo principal de su presidencia. Pensaba sin cesar en aquella mancha blancuzca que había distinguido en *Deception-bay*. ¿Será aquella la tierra? se preguntaba. Y si lo fuese, ¿por qué no construir una embarcación para ir hasta allí? Pero cuando hablaba con Baxter de estas cosas, éste movía la cabeza, comprendiendo que semejante trabajo superaba á sus fuerzas.

—¡Ah! exclamaba muchas veces Briant. ¿Por qué no somos más que niños, cuando era preciso que fuéramos hombres?

Durante las largas noches de invierno, aunque parecía que la gruta debía estar al abrigo de cualquier asechanza, hubo, sin embargo, algunas alarmas, producidas por los chacales que rondaban por los alrededores; mas Doniphan y algunos otros sacaban de las estufas pedazos de leña en-

M.C.D. 2018



Saltaban anchos espacios, apoyándose en largos palos.

cendidos y los tiraban á aquellas fieras, lo cual bastaba para espantarlas.

Dos ó tres veces también se presentaron algunos jaguares y conguares; pero á éstos se les recibía á tiros, y aun cuando jamás se acercaban lo bastante para ser heridos mortalmente, se conseguía ahuyentarlos, librando así á la cerca de los ataques de aquellos carnívoros.

El 24 de Julio, Mokó tuvo ocasión de desplegar su talento culinario en la preparación de una pieza de caza, con la que se regalaron mucho nuestros jóvenes.

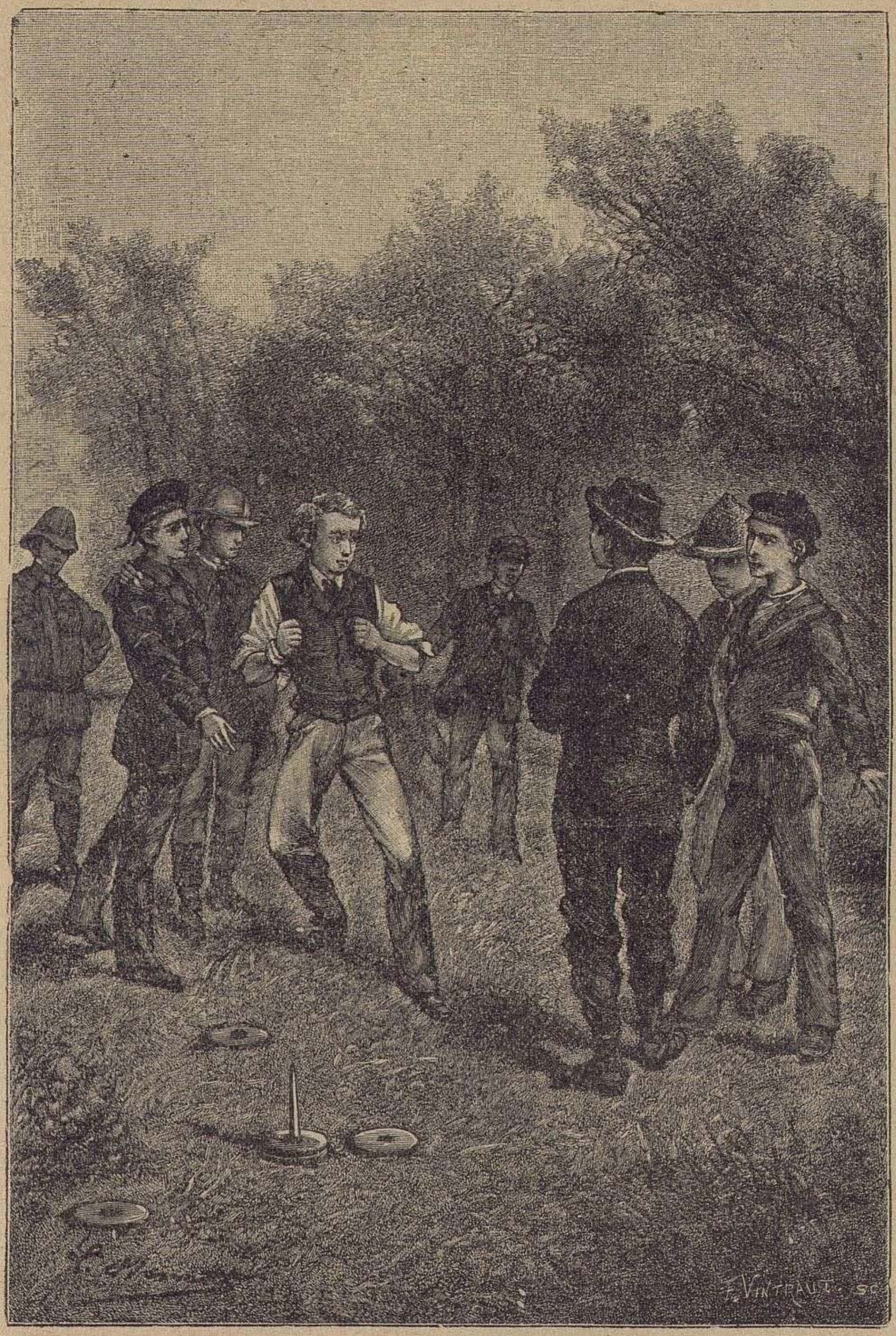
Wilcox, ayudado por Baxter, había fabricado y tendido á cierta altura lazos de nudo corredizo para coger caza mayor. Esta clase de lazos se colocan, por lo regular, en los bosques frecuentados por gamos, y no es raro que produzcan buenos resultados.

En *Traps-woods* no fué un gamo el que se dejó coger, pero sí un magnífico *flamenco*, que se enganchó en aquel nudo corredizo con tanta desgracia, que cuando Wilcox fué á registrarlo, halló al animal completamente ahogado. Aquella ave, perfectamente desplumada, vaciadas sus entrañas, relleno el vientre con hierbas aromáticas y asada, ofreció un excelente plato; hubo un pedazo de pechuga y de muslo para cada cual, y hasta un trocito de lengua, que es, seguramente, el mejor bocado que puede comerse en este mundo.

La primera quincena de Agosto se señaló por cuatro días de un frío excesivo; Briant se sobrecogió viendo que el termómetro había bajado hasta treinta grados bajo cero, y prohibió á los pequeños todo contacto con el aire exterior, pues no se podía salir de *French-den* sin que la falta de todo calor se sintiese hasta en la medula de los huesos, y los mayores no salían más que en caso de necesidad, ó bien cuando lo exigía el cuidado de los habitantes del corral.

Aquel excesivo frío duró, felizmente,

M.C.D. 2018



Doniphan adoptó la actitud de los boxeadores.

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

muy poco, toda vez que, saltando el viento al Oeste, ocasionó espantosas borrascas, que no causaron ningún daño en la gruta, porque para derribar aquel acantilado hubiera sido necesario la acción de un gran terremoto. El arbolado fué el que más sufrió; pero eso resultaba conveniente para los muchachos, quienes se ahorrarían el trabajo cuando tuvieran que renovar su provisión de combustible.

Estas borrascas modificaron el estado de la atmósfera, hasta el punto de que los grandes fríos tuvieron fin, y desde entonces el termómetro subió á 7 y 8 grados bajo cero.

En la segunda quincena de Agosto pudo Briant proseguir las faenas en el exterior, exceptuando la pesca, por estar aún el río muy congelado; pero hicieron muchas visitas á las trampas y á los lazos, no faltando casi nunca carne fresca en la mesa de *Store-room*.

El cercado aumentó también muy pronto su población, pues además de una manada de polluelos de avutarda y de las pintadas, la vicuña dió á luz cinco hijuelos, que Garnett y Service cuidaban con mucho interés.

Siendo el hielo bastante consistente, Briant tuvo la idea de proporcionar á sus compañeros una diversión muy apreciada en Nueva Zelandia. Baxter fué encargado de construir algunos pares de patines, cosa que alegró sobremanera á los jóvenes colonos, encantados por la ocasión de desplegar su habilidad en aquel ejercicio.

El 25 de Agosto, pues, hacia las once de la mañana, Briant, Gordon, Doniphan, Webb, Cross, Wilcox, Baxter, Garnett, Service, Jenkins y Santiago salieron de *French-den*, dejando á Iverson, Doniphan y Costar al cuidado de Mokó y de *Phann* para ir á buscar un sitio en el que la capa de hielo presentara una extensión propicia para patinar. Briant se proveyó de una corneta para llamar á sus gobernados en el caso de que su ardor les llevara demasiado lejos, al deslizarse sobre la corteza helada del lago.

Habían almorzado bien antes de salir, contando estar de vuelta para la hora de comer, y no tenemos por qué decir que Doniphan y Cross llevaron sus escopetas por si se presentaba la ocasión de cortar los vuelos á alguna atrevida ave acuática que pretendiese ser testigo de la habilidad, torpeza ó temeridad de los colonos; por más que Briant y Gordon, que no eran aficionados á los patines, acompañaron á los demás para evitar cualquier imprudencia.

Necesitaron andar cerca de tres millas hasta hallar un sitio á propósito para el ejercicio que iban á practicar, porque cerca de la gruta los hielos no ofrecían ni la profundidad ni la tersura requeridas para esta clase de diversiones. Se detuvieron, por fin, después de atravesar *Traps-woods*, en un magnífico campo de maniobras que hubiera bastado para un ejército de patinadores.

Antes de dar la señal para empezar el juego, Briant reunió á sus compañeros y les dijo:

—Supongo que no necesito recomendaros que seáis cuerdos, y que este ejercicio no sea cuestión de amor propio. Si no hay por qué temer que el hielo se rompa, esto puede suceder con los brazos y con las piernas. No os alejéis demasiado, y en el caso en que esto sucediera, no olvidéis que Gordon y yo os esperamos aquí; y cuando oigáis el sonido de la corneta, es señal de que todos debéis volver á uniros con nosotros.

Después de estas recomendaciones, los patinadores se lanzaron al lago, tranquilizándose Briant viéndolos desplegar gran habilidad. Hubo algunas caídas sin consecuencia, que provocaron la risa de todos.

Sin contradicción alguna, los mejores patinadores eran Doniphan, Cross, y sobre todo Santiago, que sobresalía por la velocidad y precisión con que trazaba las más complicadas curvas; hacía maravillas patinando hacia adelante ó hacia atrás, con un pie ó con los dos, derecho ó encorvado, y describiendo círculos con perfecta regularidad y destreza.

Briant experimentaba gran satisfacción al ver que su hermano por fin tomaba parte en las diversiones.

Es indudable que Doniphan, apasionado por todos los ejercicios corporales, sentía alguna sorda envidia por el triunfo de Santiago, pues no tardó mucho en alejarse de la orilla, á pesar de las recomendaciones de Briant; y haciendo una seña á Cross, le gritó:

—¡Eh, Cross! Veo allí una bandada de ánades; allá, al Este. ¿No la ves tú?

—Sí.

—Tienes tu escopeta y yo la mía. ¿Vámonos á cazar?

—¡Pero Briant ha prohibido!...

—¡Déjame en paz con tu Briant!... ¡En marcha!... Y á escape.

En un momento los dos muchachos anduvieron media milla persiguiendo á aquellas aves.

—¿Adónde irán? dijo Briant.

—Han visto algunos pájaros, respondió Gordon, y el instinto de la caza...

—¡Di más bien el de la desobediencia! repuso Briant.

—¿Pero temes que les suceda algo?

—¡Quién sabe! Es una imprudencia alejarse... Mira la distancia que han recorrido ya

Y, en efecto, Doniphan y Cross no aparecían á lo lejos más que como dos puntos negros sobre el horizonte del lago, y si bien es verdad que tenían tiempo suficiente para volver, porque el día duraría aun

M.C.D. 2018

El *flamenco* se había estrangulado.

algunas horas, era, no obstante, una imprudencia retirarse tanto, porque en aquella época del año era de temer cualquier cambio repentino en la atmósfera, producido por la modificación del aire.

Juzguen nuestros lectores cuál fué el disgusto de Briant cuando á eso de las dos de la tarde el horizonte se ocultó repentinamente por la interposición de una espesa capa de niebla.

¡Qué inquietud! Doniphan y Cross no aparecían, y los vapores acumulados no permitían ver la orilla oriental.

—¡He aquí lo que yo temía! exclamó Briant. Y ahora, ¿cómo encontrarán su camino?

—¡Toca la corneta! respondió Gordon.

Briant dió tres golpes prolongados, y escuchó, esperando que aquellos atolondrados muchachos le respondieran con algún tiro; pero ni él ni el americano oyeron nada.

La bruma, cada vez más espesa, se desarrollaba á menos de un cuarto de milla de la ribera, y como se elevaba al mismo tiempo hacia las zonas superiores, ocultaba completamente el lago.

Briant llamó entonces á los que se hallaban más inmediatos, quienes no tardaron á reunírsele.

—¿Qué haremos? preguntó Gordon.

—Todo cuanto se pueda para encontrarlos antes de que se extravíen entre la niebla. Es menester que uno de nosotros vaya siguiendo la misma dirección que han tomado y procure que oigan la corneta.

—¡Estoy pronto! dijo Baxter.

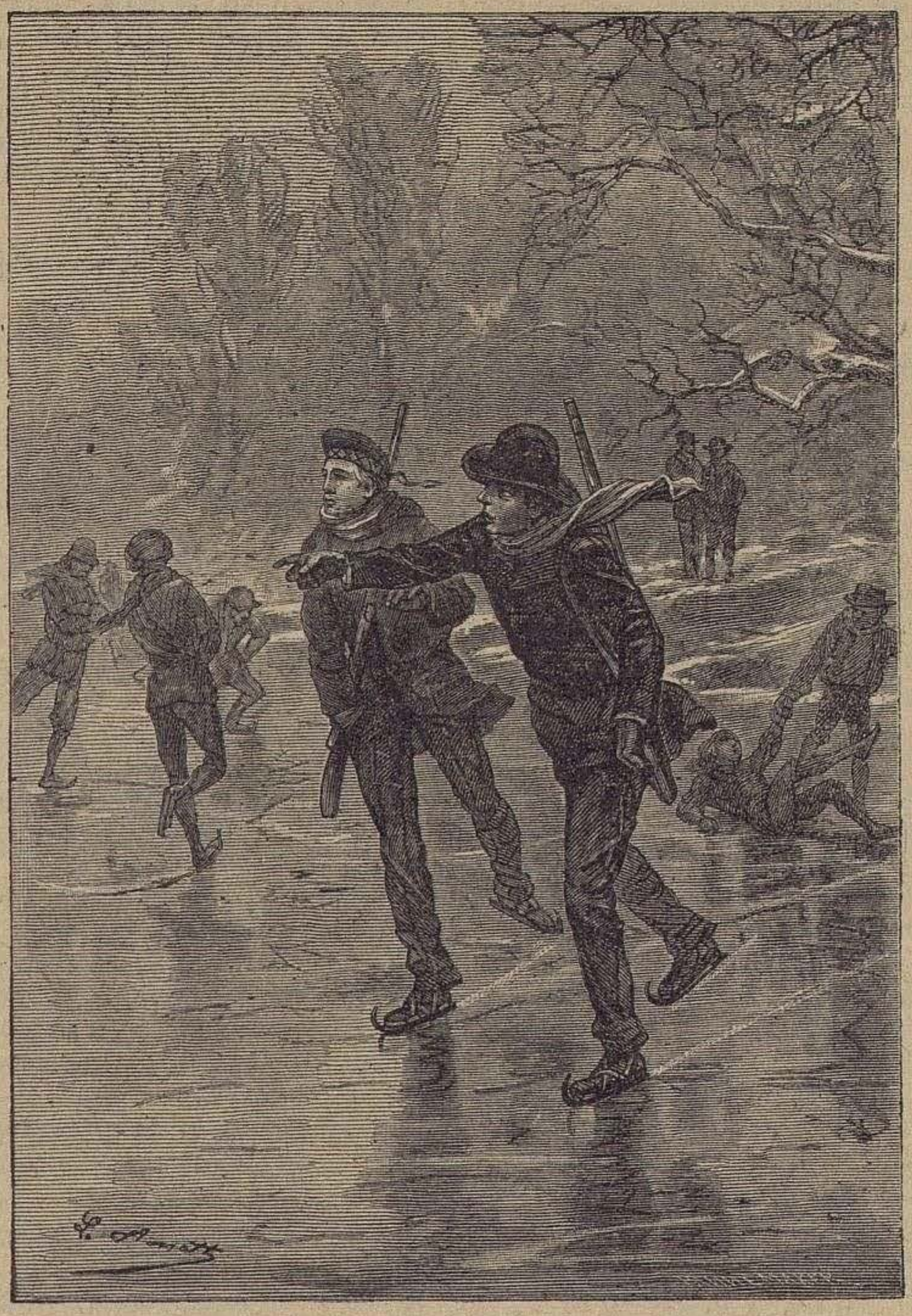
—¡Nosotros también! dijeron otros dos ó tres.

—¡No... yo iré! dijo Briant.

—¡Yo, yo, hermano mío! dijo Santiago, con mis patines los alcanzaré pronto.

—Pues bien, respondió Briant; ve, Santiago, y escucha con cuidado, por si oyes algún tiro... Toma esta corneta, con lo

M.C.D. 2018



—¡Allá, al Este! ¿no la ves tú? dijo Doniphan.

que podrás darles á conocer tu presencia.

—¡Bueno, hermano mío!

Un instante después Santiago había desaparecido entre las brumas, cada vez más opacas.

Briant, Gordon y los demás escuchaban atentamente el sonido de la corneta; pero pronto la distancia recorrida por Santiago apagó por completo aquel sonido.

Pasó media hora sin que se oyera ninguna señal que indicara que los ausentes volvían á la orilla.

¿Qué sería de ellos si la noche los sorprendiera en el lago?

—¡Si siquiera tuviéramos armas de fuego! exclamó Service; tal vez...

—¡En la gruta las hay!... No perdamos un instante... ¡En marcha!... dijo Briant.

Era el mejor partido que podían tomar, pues importaba sobre todo indicar, lo mismo á Santiago que á Doniphan y á Cross, la dirección que debían seguir para encontrar la orilla de *Family-Lake*.

En menos de media hora Briant y sus compañeros recorrieron las tres millas que los separaba de *French-den*.

En esta ocasión no se trataba de economizar la pólvora. Wilcox y Baxter cargaron sus escopetas, y tiraron hacia el Este. Ninguna contestación se oyó.

Eran ya las tres y media. La niebla tenía tendencia á ser más densa á medida que el sol bajaba hacia el horizonte, y era de todo punto imposible ver nada de lo que hubiera en la superficie del lago.

—¡Preparemos el cañón! dijo Briant.

Uno de los dos que poseían fué arrastrado hasta el medio de *Sport-terrace*, y puesto en conveniente puntería; lo cargaron con un cartucho con pólvora sola y Baxter iba á disparar, cuando Mokó le sugirió la idea de poner un taco de hierba untado de grasa, para que la detonación tuviera más fuerza, y el grumete no se equivocaba.

El tiro salió.

M.C.D. 2018

En medio de una atmósfera tan perfectamente tranquila, era imposible que aquel estampido no se oyera á muchas millas de distancia.

Escucharon... ¡Nada aún!

Durante una hora se hicieron disparos de diez en diez minutos. No podía admitirse que Doniphan, Cross y Santiago se equivocasen sobre la significación de aquellas descargas, que de seguro oirían, pues dichas detonaciones debían repercutir en toda la superficie del lago, porque, como sabe todo el mundo, la niebla es gran propagadora de los sonidos.

Por fin, un poco antes de las cinco, algunos tiros se dejaron oir por el Noroeste.

—¡Son ellos! exclamó Service.

Y en seguida Baxter contestó á aquellas señales con un disparo.

Algunos instantes después se divisaron dos sombras á través de las brumas, que estaban menos densas en la orilla que en el centro de *Family-Lake*.

Eran Cross y Doniphan.

Santiago no venía con ellos.

Nuestros lectores pueden figurarse la angustia que se apoderó de Briant. Su hermano no pudo encontrar á los dos cazadores, que ni siquiera habían oído el sonido de la corneta. En el momento de la partida de Santiago en busca de Doniphan y de Cross, éstos, procurando orientarse, habían tomado ya la dirección de la gruta, mientras que Santiago les buscaba al Este; y si aquellos imprudentes muchachos no hubieran oído los cañonazos, jamás hubieran hallado su camino.

Briant, entregado á su dolor, no se acordaba de dirigir una reprimenda á Doniphan por su desobediencia, que podía ocasionar muy tristes consecuencias. Si Santiago se viese reducido á pasar la noche en el lago con una temperatura tal vez de diez ó doce grados bajo cero, ¿podría resistir un frío tan intenso?

—¡Soy yo el que debía haber ido... yo, sí! repetía sin cesar Briant, á quien Gordon y Baxter procuraban consolar.

Dispararon aún algunos cañonazos, que Santiago hubiera oído seguramente si se hubiese hallado en las cercanías de *French-den*, á cuyos disparos hubiera contestado tocando la corneta.

Y ya la noche llegaba, y con ella aumentaba el peligro; pero, sin embargo, una circunstancia favorable se produjo al anochecer. La brisa que empezó á soplar del Oeste, como todas las tardes, á la puesta del sol rechazó las nieblas hacia el Este, siendo, por lo tanto, menores las dificultades con que tendría que luchar el pobre Santiago para llegar á *French-den*.

Para auxiliarle en medio de la oscuridad de la noche, una sola cosa podía hacerse, cual era la de encender una gran fogata en la ribera á fin de que sirviese de señal; y ya Wilcox, Baxter y Service amontonaban hierba seca, cuando dijo Gordon:

—¡Esperad!

Y miraba con el anteojo hacia Noroeste.

—Me parece que veo un punto negro que se mueve, dijo.

Briant cogió el anteojo.

—¡Alabado sea Dios! ¡Es él! exclamó. ¡Es Santiago! ¡Sí, es él!...

Y todos empezaron á palmotear de alegría, lanzando gritos que podían oirse á una milla de distancia.

Santiago adelantaba rápidamente; sus patines se deslizaban en el hielo con la rapidez de una flecha; algunos minutos más, y llegaba.

—¡Parece que no viene solo! exclamó Baxter, que no pudo detener un gesto de sorpresa.

Y, en efecto, fijándose con más atención, se veía que otros dos puntos negros se movían á unos cien pies detrás de él.

—¿Qué será?... dijo Gordon.

—¡Hombres!... respondió Baxter.

—¡No!... ¡Parecen animales!... dijo Wilcox.

—¡Fieras, tal vez!... exclamó Doniphan.

Y no se equivocaba; cogió su escopeta, y sin titubear un instante avanzó al encuentro de Santiago.

En pocos minutos le alcanzó, y disparó sobre los dos animales, que desaparecieron en seguida.

Eran dos osos, que nuestros colonos no esperaban hallar entre la fauna de la *isla Chairmán*, no habiendo visto ninguno hasta entonces. ¿Vendrían de fuera, aventurándose en los témpanos que flotaban por el mar? Esto parecería indicar que algún continente no estaban lejos. Bueno sería pensar en ello.

Fuera lo que fuese, Santiago estaba en salvo, y su hermano le apretaba contra su corazón.

Después de muchas felicitaciones, abrazos y apretones de manos, el valeroso muchacho contó que habiendo tocado varias veces la corneta para llamar á sus compañeros, él también se extravió en lo más espeso de las brumas, encontrándose en la imposibilidad de orientarse cuando oyó los primeros cañonazos.

—No puede ser más que el cañón de *French-den*, me dije; y procuré saber por qué lado venía el sonido. Me hallaba entonces á varias millas de la orilla, en el Noroeste del lago; en seguida me dirigí con toda la velocidad posible en la dirección indicada, cuando de repente, en el momento en que la niebla empezaba á desaparecer, me encontré en presencia de dos osos, que se abalanzaron á mí. A pesar del peligro, la calma no me abandonó un solo instante, y merced á la rapidez de mi carrera, pude escapar; mas si me hubiera caído, estaba perdido sin remedio.

M.C.D. 2018

Y entonces, llevando aparte á Briant, le dijo en voz baja:

—Gracias, hermano; gracias por haberme permitido...

El jefe de la colonia le apretó la mano sin contestar.

Y luego, cuando Doniphan iba á pasar el umbral del *hall*, le dijo Briant:

—Te había prohibido alejarte, y ya ves cómo tu desobediencia ha podido ocasionar una gran desgracia. Sin embargo, aunque te hayas portado mal, Doniphan, debo darte las gracias por haber salvado á mi hermano, y te las doy de todo corazón.

—He cumplido con mi deber, y nada más, respondió con mucha frialdad aquel altanero muchacho, sin tocar siquiera la mano que Briant le había tendido.

V

Una parada en la punta Sur del lago. — Doniphan, Cross, Wilcox y Webb.—Separación.—La región de los «Downs-lands.»— El «East-river.—Bajando á la orilla izquierda.—Llegada á la embocadura.

Seis semanas después de estos acontecimientos, un día, á las cinco de la tarde, cuatro de los jóvenes colonos acababan de detenerse en la extremidad meridional de *Family-Lake*.

Era el 10 de Octubre. La influencia primaveral comenzaba ya á hacerse sentir. Los árboles empezaban á revestirse de tiernas hojas, y una agradable brisa rizaba ligeramente la superficie del lago, alumbrado aún por los últimos rayos del sol, que doraba la vasta llanura de *South-moors*. Numerosas bandadas de pájaros volvían gorjeando á buscar sus guaridas nocturnas en la enramada del bosque ó en las grietas del alcantilado. Sólo algunos árboles de hojas persistentes, como las encinas y los pinos, rompían la monótona aridez de aquella parte de la *isla Chairmán*. El marco vegetal del lago estaba truncado en dicho sitio, y para volver á encontrar la espesa cortina formada por los bosques, era menester recorrer algunos kilómetros por una ú otra orilla.

En aquel momento, un buen fuego encendido al pie de un pino marítimo despedía un agradable olor, proveniente de dos ánades que se asaban delante de un hogar colocado entre dos piedras. Después de cenar, cuatro valientes muchachos que allí estaban no tenían más que envolverse en sus mantas, y mientras que uno de ellos se quedaría velando, los otros tres se entregarían á las dulzuras del sueño.

Aquellos cuatro jóvenes eran Doniphan, Cross, Webb y Wilcox, y he aquí en qué circunstancias se habían separado de sus compañeros.

Durante la últimas semanas de este segundo invierno que los jóvenes colonos acababan de pasar en *French-den*, las relaciones se habían puesto muy tirantes entre Doniphan y el jefe de la colonia. Nuestros lectores no habrán olvidado con qué despecho vió aquél la elección de su rival, y esto había sido causa de que su carácter se hiciera más irritable y más envidioso aún, no resignándose, sin gran trabajo, á someterse á la jefatura de Briant, y no resistiéndose muchas veces abiertamente á sus mandatos, por saber muy bien que la mayoría de sus compañeros no le habría apoyado. No obstante, en varias ocasiones manifestó tan mala voluntad, que Briant no había tenido más remedio que reprocharle su conducta. Desde los incidentes que ocurrieron el día en que patinaron en el lago, su insubordinación aumentó considerablemente, y Briant comprendió que iba á llegar el momento en que se vería obligado á castigar su rebeldía.

Hasta entonces, muy inquieto por lo que pasaba, Gordon había conseguido que Briant se contuviera; pero éste sentía que su paciencia se agotaba, y que en pro del común interés, y para el mantenimiento del buen orden, un acto de autoridad se hacía necesario. En vano el americano amonestaba á Doniphan para atraerle á mejores sentimientos, pues nada adelantó, adquiriendo sólo la convicción de que si alguna vez tuvo algún ascendiente sobre aquel muchacho tan soberbio, lo había perdido enteramente, porque Doniphan no le perdonaba el haber hecho muchas veces causa común con su rival.

Esto tuvo por resultado destruir la concordia tan necesaria para la tranquilidad de los habitantes de *French-den*, notándose de tiempo atrás que existía así como una incomodidad moral, que hacía muy penosa la existencia.

Excepción hecha de las horas de la comida, Doniphan y sus parciales Cross, Webb y Wilcox, completamente dominados por él, hacían vida separada de los demás. Cuando el mal tiempo les impedía ir de caza, se reunían en un rincón del *hall*, hablando siempre en voz baja.

—Estoy cierto, dijo un día Briant al americano, de que traman alguna cosa.

—¡Pero no en contra tuya! respondió Gordon. ¡No será para ocupar tu puesto! ¡Doniphan no se atreverá!... ¡Todos estamos contigo; bien lo sabes tú, y él no lo ignora!...

—Es posible que piense en separarse de la colonia.

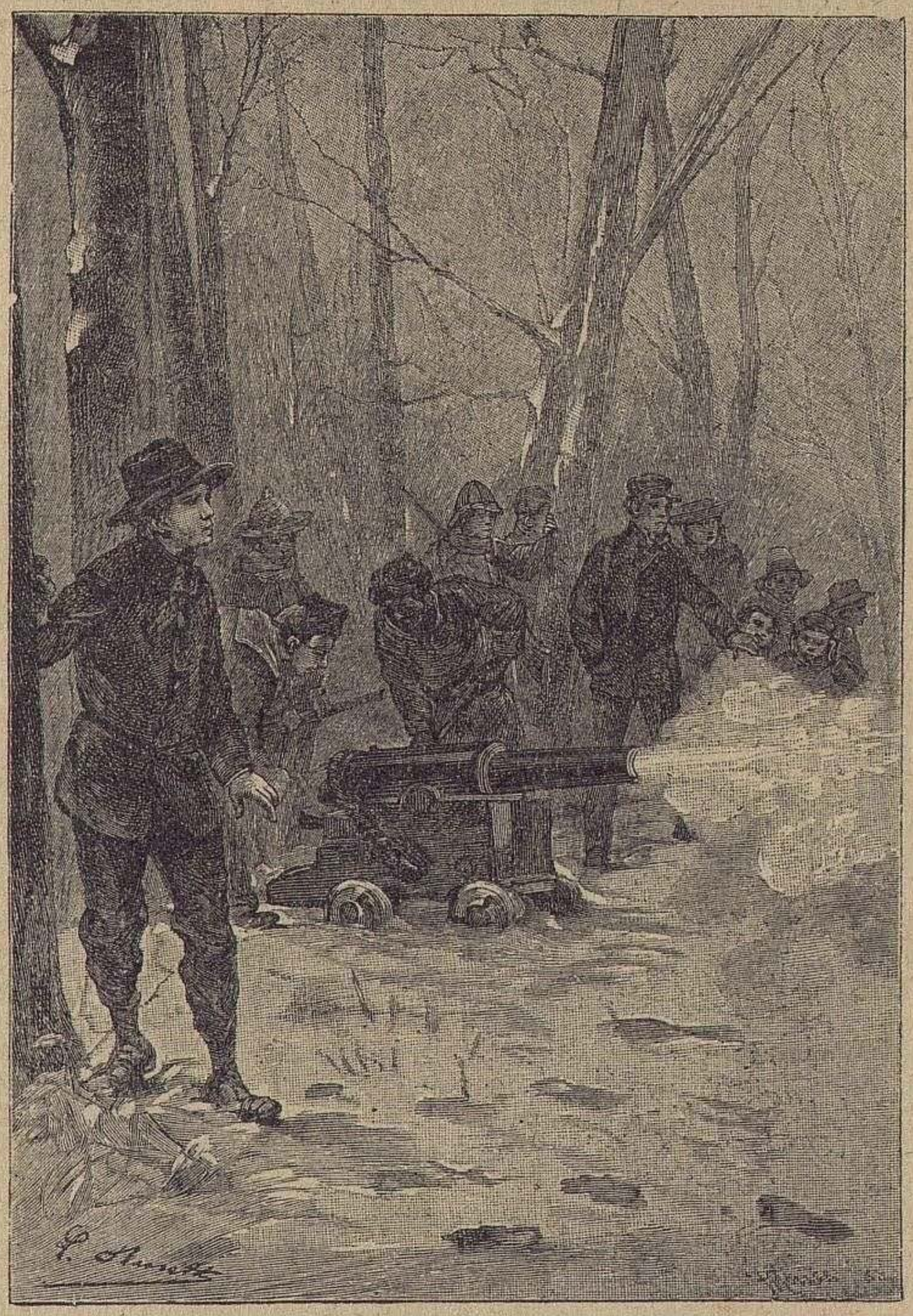
—Es de temer, Briant, y me parece que no tenemos derecho para impedírselo.

—¿Qué harán lejos de nosotros?

—Tal vez no traten de eso.

—Te equivocas, Gordon; y tanto es así, que he visto á Wilcox copiar el mapa del

M.C.D. 2018



El tiro salió.

náufrago, y eso lo hace, de seguro, para llevárselo.

—¿Wilcox ha hecho eso?

—Sí, amigo mío; y en verdad, no sé si para que cesara este estado de cosas, valdría más que dimitiera mi cargo en favor tuyo ó del mismo Doniphan... De este modo quitaría todo motivo de rivalidad...

—¡No, Briant! respondió el americano con energía. ¡No!... ¡Faltarías á tus deberes para con aquellos que te han elegido, y para contigo mismo!...

Pasaron los últimos fríos. En los primeros días de Octubre, el tiempo mejoró tanto, que las superficies del lago y del río se deshelaron por completo, y entonces, en la velada del 9 del indicado mes, Doniphan dió á conocer la decisión que había tomado de dejar la gruta con sus tres amigos Webb, Cross y Wilcox.

—¿Queréis abandonarnos? dijo Gordon.

—¿Abandonaros?... ¡No, Gordon! respondió Doniphan. Sólo hemos formado el proyecto de establecernos en otra parte de la isla.

—¿Y por qué? preguntó Baxter

—Por una razón muy sencilla; porque deseamos vivir á nuestro antojo, y además, lo digo con toda franqueza, porque no queremos recibir órdenes de Briant.

—¿Qué tienes que reprocharme, Doniphan?

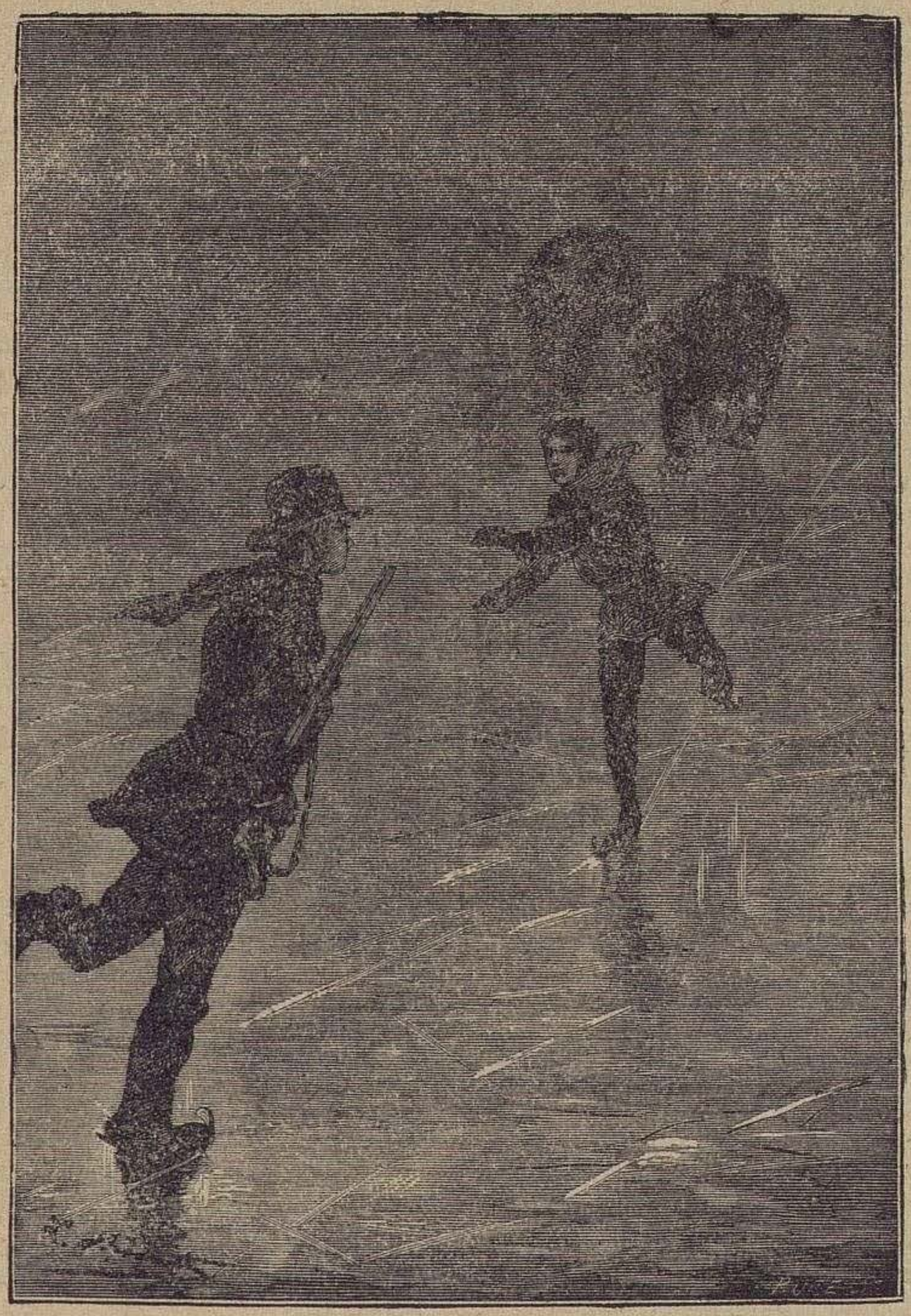
—Nada, sino que seas nuestro jefe, respondió este último. Lo ha sido ya un americano, ahora es un francés el que nos gobierna... Ya no falta más sino que nombren á Mokó...

—¿Hablas en serio? preguntó Gordon.

—Lo serio es, respondió Doniphan con altanería, que si place á nuestros compañeros tener por jefe á uno que no sea inglés, semejante cosa no acomoda ni á mis amigos ni á mí.

—Está bien, respondió Briant; sois libres, y podéis marchar y llevaros la parte de los objetos que os correspondan.

M.C.D. 2018



Doniphan avanzó al encuentro de Santiago.

—Jamás hemos dudado de ello, Briant, y desde mañana abandonaremos vuestra compañía.

—¡Ojalá no tengáis que arrepentiros de vuestra determinación! añadió Gordon, comprendiendo que toda insistencia sería inútil.

He aquí el proyecto que Doniphan había resuelto poner en ejecución.

Cuando Briant hizo el relato de su excursión á la parte oriental de la isla, afirmó que la pequeña colonia hubiera podido instalarse allí en muy buenas condiciones, pues las rocas presentaban muchas grutas; los bosques confinaban con la playa, y el *East-river* abastecía aquella comarca de agua dulce y abundante. La caza de pelo y de pluma abundaba en sus orillas; en fin, la vida debía de ser allí, por lo menos, tan cómoda como en *French-den*. Además, la distancia no era grande entre este punto y *Deception-bay* para impedir toda comunicación, en caso de absoluta necesidad.

Después de haber reflexionado seriamente en todas aquellas ventajas, Doniphan decidió á Wilcox, Webb y Cross para que fuesen á establecerse con él en el otro litoral de la isla.

El insurrecto, llamémosle así, no se proponía atravesar el lago, sino seguir la orilla hasta la punta meridional, doblarla y remontarse por la parte opuesta hasta el *East-river*, explorando de paso una comarca que no conocían, y continuar el curso del río hasta su embocadura. El camino era bastante largo, unas quince ó dieciséis millas; pero sus compañeros y él lo recorrerían cazando, y de este modo Doniphan evitaba el embarque en la canoa, cuya maniobra exigía manos más expertas que las suyas. No quería llevarse más que el *halkett-boat*, ó sea la barquita de goma, para atravesar los ríos que encontrasen en la parte oriental.

Esta primera expedición no tenía otro objeto que reconocer el litoral de *Decep-*

M.C.D. 2018

tion-bay, para escoger el sitio más conveniente en que fijarse de un modo definitivo; así es que no queriendo incomodarse llevando bagaje, no tomaron más que dos escopetas, cuatro revólvers, dos hachas, municiones en cantidad suficiente, cañas de pescar, mantas de viaje, una brújula de bolsillo, la canoa de cautchuc y algunas conservas, porque no dudaban que la caza les daría lo suficiente para alimentarse durante una excursión que no duraría más que seis ó siete días, dejando para cuando volvieran á *French-den*, después de haber hallado una vivienda á su gusto, el recoger los objetos que les pertenecían y conducirlos en el carro.

Cuando Gordon, ó algunos otros de sus compañeros, fueran á visitarles, se les haría buena acogida; pero en cuanto á participar de la vida común en las condiciones actuales, estaban decididos á no consentirlo jamás.

Al amanecer del día siguiente, en que participaron al jefe de la colonia su determinación, Doniphan, Cross, Wilcox y Webb se despidieron, mostrándose muy tristes por aquella despedida los que quedaban en *French-den*. Doniphan y sus amigos estaban tal vez más conmovidos de lo que aparentaban, aunque muy decididos á realizar su proyecto, en el que la terquedad tenía mucha parte. Después de atravesar el río *Zealand* en la canoa, que Mokó volvió otra vez al lado del dique, se alejaron sin apresurarse demasiado, examinando aquella parte inferior de *Family-Lake*, que se estrechaba poco á poco, formando punta; y también la inmensa llanura de *South-moors*, de la que no se veía el fin ni al Sur ni al Este.

Doniphan mató algunas aves; pero comprendiendo que no debía desperdiciar las municiones, se contentó con lo necesario para el alimento del día.

El cielo estaba cubierto, pero sin amenaza de lluvia, y la brisa parecía estar fija al Nordeste. Durante aquel día, los cuatro muchachos recorrieron apenas cinco ó seis millas, y llegando á las cinco de la tarde á la extremidad del lago, se detuvieron allí para pasar la noche.

Tales son los acontecimientos que tuvieron lugar en *French-den* desde los últimos días de Agosto hasta el 11 de Octubre.

Doniphan, Cross, Wilcox y Webb estaban ahora lejos de sus compañeros, de los que ninguna consideración hubiera debido separarlos. ¿Hallábanse aislados ya? ¡Tal vez sí!

Pero decididos á realizar su proyecto hasta el fin, no pensaban sino en crearse una nueva existencia en algún otro punto de la isla *Chairmán*.

Después de una noche bastante fría, que pudieron soportar merced á una buena lumbre, se dispusieron á partir. La punta meridional de *Family-Lake* presentaba un ángulo muy agudo en la unión de ambas orillas, de las quela de la derecha se dirigía casi en rumbo recto hacia el Norte. En la parte oriental la comarca aparecía pantanosa, aun cuando el agua no inundaba el suelo, algunos pies más alto que el nivel del lago. Algunas tumescencias cubiertas de hierba y sombreadas por árboles raquíticos, eran los únicos accidentes que presentaba aquella región, á que Doniphan dió el nombre de *Downs-lands*, ó sea tierra de las dunas; pero no queriendo aventurarse á través de lo desconocido, resolvió seguir la orilla hasta llegar al *East-river* y continuar después por el mismo camino que recorriera en otro tiempo Briant, proponiéndose explorar después la región de *Downs-lands* hasta la costa.

Sus compañeros y él discutieron este proyecto antes de ponerse en marcha.

—Si las distancias están exactamente marcadas en el mapa, dijo Doniphan, debemos hallar el *East-river* á unas siete millas de la punta del lago, y podremos estar allí esta noche sin cansarnos demasiado.

—¿Y por qué no acortamos la distancia, dirigiéndonos hacia el Nordeste, á fin de llegar precisamente á la embocadura?

—En efecto; eso nos ahorraría lo menos la tercera parte del camino, añadió Webb.

—Sin duda, respondió Doniphan; pero no me parece prudente aventurarnos por sitios desconocidos, á trueque de tener que retroceder después, mientras que, siguiendo la orilla del lago, es muy probable que ningún obstáculo nos impida llegar al rio.

—Y además, añadió Cross, tenemos interés en explorar el curso del *East-river*.

—Nos interesa en gran manera, replicó Doniphan, pues ese río establece una comunicación directa entre la costa y el lago, y además, siguiendo aquella ruta, tendremos ocasión de visitar también la parte del bosque que atraviesa.

Dicho esto, se pusieron en marcha á buen paso. Una estrecha calzada, tres ó cuatro pies más alta que el lago, le dominaba á la izquierda, mientras que la llanura de las dunas se extendían hacia la derecha. El suelo, que subía de una manera bastante sensible, permitía suponer que el aspecto de aquella región variaría completamente algunas millas más allá.

Y así sucedió.

A eso de la una, Doniphan y sus amigos se detuvieron para almorzar en el borde de una pequeña ensenada, sombreada por algunas hayas. Desde allí, y hasta donde alcanzaba la vista, no se divisaba más que una masa confusa de árboles que ocultaban el horizonte.

Un aguti, que Wilcox mató aquella ma-

M.C.D. 2018

ñana, hizo los gastos del almuerzo, que Cross, especialmente encargado de llenar las funciones de Mokó, preparó lo mejor que pudo, y apenas concluyeron de almorzar, los cuatro muchachos se volvieron á poner en marcha, siguiendo siempre la orilla de *Family-Lake*

El bosque, cuyo límite era el lago, tenía poco más ó menos las mismas especies de árboles que *Traps-woods*, habiendo en éste más pinos y encinas que abedules y hayas; pero todos eran soberbios por sus dimensiones.

Doniphan notó también, con gran satisfaccion, que la fauna era tan variada como en la parte occidental, pues vió varios guanacos, vicuñas y una bandada de nandús, que huyeron á toda prisa, después de haber apagado su sed. Las liebres maras, los *tucutucos*, los pécaris y la caza de pluma pululaban en los matorrales.

A las seis de la tarde hicieron alto en un sitio en que la orilla estaba cortada por una corriente que servía de desagüe al lago; era el *East-river*, río de que ya hemos hablado, y que no les fué difícil reconocer, porque Doniphan descubrió debajo de un grupo de árboles, en el fondo de una estrecha caleta, huellas recientes de un campamento, es decir, las cenizas de un hogar.

Allí fué donde Briant, Santiago y Mokó habían pasado la primera noche de su expedición á *Deception-bay*.

Doniphan y sus amigos acamparon, pues, en el mismo sitio, y durmieron debajo de los mismos árboles que habían servido de abrigo á aquellos.

Ocho meses antes, cuando Briant se detuvo en aquel lugar, estaba muy lejos de pensar que cuatro de sus compañeros vendrían allí á su vez con la intención de vivir separados de los demás, en aquella parte de la *isla Chairmán*.

Y tal vez Cross, Wilcox y Webb, viéndose lejos de la abrigada mansión de *French-den*, sintieron algún pesar por haber cometido semejante calaverada; pero su suerte estaba ahora ligada á la de Doniphan, y éste tenía demasiada vanidad para reconocer sus culpas, excesiva terquedad para renunciar á sus proyectos, y gran envidia para consentir en doblegarse ante su rival.

Al amanecer, el cabecilla propuso atravesar inmediatamente el *East-river*.

—Necesitamos hacerlo, dijo; hagámoslo, pues, ahora, y caminando con ligereza llegaremos antes de concluir el día á su embocadura, que no dista de aquí más de cinco ó seis millas.

—Luego, dijo Cross, como en aquella orilla fué donde Mokó hizo provisión de piñones, los cogeremos nosotros también, pues son muy sabrosos.

Desdoblaron el *halkett-boat*, y puesto en el agua, Doniphan atravesó el río. Una cuerda atada en la popa, y que Wilcox sostenía por la punta, sirvió para atraerle otra vez, y así pasaron todos á la orilla opuesta.

Después de esto, Wilcox se echó el barquichuelo á la espalda, y emprendieron otra vez la marcha, que no dejó de ser bastante penosa, á causa de la altura de las hierbas, de los árboles derribados por los huracanes y de los muchos charcos que tuvieron que rodear. Doniphan hizo notar á sus amigos que el náufrago francés no había dejado huella alguna de su paso en aquella parte de la isla, como lo hizo en los bosques de *Traps-woods*; y sin embargo, no era dudoso que la había explorado, puesto que el mapa de Francisco Baudoin indicaba con toda exactitud el curso del *East-river*.

A las doce se detuvieron para almorzar en el sitio precisamente en donde se hallaban los piñones. Cross cogió cierta cantidad de aquella fruta, que les sirvió de postre, y después continuaron su marcha durante un espacio de dos millas, no sin luchar con las penosas dificultades que les ofrecía la espesura del matorral, haciéndoles detener á cada paso.

Tanta demora fué causa de que nuestros jóvenes no llegasen hasta el anochecer al límite del bosque; y como la oscuridad no permitía reconocer el litoral, decidieron pernoctar en aquel sitio, desde donde se oía perfectamente el mugido de las olas.

Como es consiguiente, organizaron el campamento, y algunos pájaros asados les sirvieron de comida, ó más bien de cena, si tenemos en cuenta lo avanzado de la hora, acostándose en seguida, habiendo antes convenido, por prudencia, alimentar el fuego durante toda la noche, quedando Doniphan encargado de aquel cuidado durante las primeras horas, siendo relevado después por otro y otro hasta el amanecer.

Wilcox, Cross y Webb, tendidos debajo del ramaje de un enorme pino, y muy cansados por la marcha de aquel día, se durmieron inmediatamente.

Mucho trabajo le costó á Doniphan luchar con el sueño; pero, sin embargo, resistió, y cuando llegó el momento de su relevo, sus compañeros disfrutaban de un reposo tan dulce, que no quiso despertar á ninguno; y como en el bosque reinaba una tranquilidad tan perfecta que permitía gozar allí de tanta seguridad como en *French-den*, después de echar algunas brazadas de leña en el hogar, Doniphan se tendió al pie del árbol, cerró en seguida los ojos, y, durmiéndose, no los volvió á abrir hasta el momento en que el sol subía majestuosamente por el vasto horizonte del mar.

M.C.D. 2018

VI

Exploración de «Deception-bay». — «Bear-rock-harbour.» — Proyectos de vuelta á «French-den.» — Reconocimiento por el Norte de la isla. — El «North-creek.» — Espantosa borrasca. — Noche de alucinaciones. — Al amanecer.

El principal cuidado de nuestros muchachos cuando se levantaron, fué el de bajar por la corriente del agua hasta la embocadura del río, y cuando llegaron no pudieron menos de mirar con avidez aquel mar que veían por primera vez.

Estaba desierto.

—Y sin embargo, dijo Doniphan, si, como todo lo hace creer, la *isla Chairmán* no se halla lejos del continente americano, las naves que salen del estrecho de Magallanes yendo hacia los puertos de Chile y del Perú tienen que correrse al Oriente, y he aquí una razón más para que vivamos en esta costa, que si bien ha recibido de Briant el nombre de *Deception-bay*, espero que no justificará por mucho tiempo una denominación de tan mal agüero.

Aun cuando Doniphan, al hablar de tal modo, procuraba quizás dar una disculpa, ó á lo menos un pretexto por haberse separado de sus compañeros de *French-den*, la verdad es que, bien considerado, tenía razón al decir que era probable el paso de algún buque por aquella parte del Pacífico al Oriente de la *isla Chairmán*, para arribar á los puertos de la América del Sur.

Doniphan observó el horizonte con el anteojo, visitó después la embocadura del *East-river* y vió, como lo había visto Briant, que la Naturaleza había formado allí un puertecito, en el que cualquier buque podía estar al abrigo del viento y del embate de las olas. Si el *Sloughi* hubiese arribado á aquella parte de la *isla Chairmán*, hubiera sido fácil impedir que encallara y conservarle intacto para utilizarle en ocasión propicia.

Detrás de las rocas que formaban el puerto se agrupaban los primeros árboles del bosque, que se extendían, no sólo hasta el lago, sino también en dirección al Norte, en donde la mirada no distinguía otra cosa que un horizonte de verdura. En cuanto a las aberturas ó grutas de las masas graníticas del litoral, Briant no había exagerado, y, por lo tanto, no tenían más que escoger; así es que Doniphan, encontrando prudente no alejarse mucho del río, se decidió por una, que además era tan abrigada, por lo menos, como *French-den*, con la ventaja de que tenía más amplitud, pues comprendiendo una serie de concavidades anejas, se podrían hacer habitaciones separadas, destinadas á varios usos y servicios.

Aquel día fué empleado en explorar la costa en una extensión de dos millas. Doniphan y Cross mataron algunos *tinamous*, mientras que Wilcox y Webb pescaban en el *East-river*, cerca de su embocadura, en donde cogieron media docena de peces y algunos mariscos que abundaban entre las rocas. No les faltarían, pues, variados alimentos en su nueva morada.

Nuestros lectores no habrán olvidado que en su excursión á la embocadura del río, Briant había subido á una altísima roca, que presentaba la forma de un oso gigantesco. Doniphan se admiró de aquella singular hechura, y como toma de posesión bautizó el puertecito dominado por aquella enorme piedra con el nombre de *Bear-rock-harbour*, ó sea puerto de la roca del oso, que figura ahora en el mapa de la *isla Chairmán*.

Doniphan y Wilcox subieron por la tarde á *Bear-rock* para examinar detenidamente la bahía; pero nada extraordinario vieron, ni tierra, ni buque, ni siquiera aquella mancha blancuzca de que había hablado Briant.

Comieron al anochecer debajo de un magnífico grupo de árboles, cuyas ramas caían sobre el rio, y después trataron de esta cuestión: ¿Convenía volver inmediatamente á *French-den* para traer los objetos necesarios á su instalación definitiva en la gruta de *Bear-rock*?

—Me parece, dijo Webb, que no debemos retrasarnos, porque si volvemos por el Sur del lago, necesitamos algunos días.

—Pero, replicó Wilcox, cuando volvamos aquí, ¿no sería mejor atravesar el lago y seguir el curso del río? Lo que Briant ha hecho, ¿por qué no lo haríamos nosotros?

—Ganaríamos tiempo y nos ahorraríamos mucha fatiga, añadió Webb.

—¿Qué te parece, Doniphan? preguntó Cross.

Doniphan reflexionaba sobre aquella proposición, que ofrecía grandes ventajas.

—Tienes razón, Wilcox, respondió; embarcándose en la canoa gobernada por Mokó...

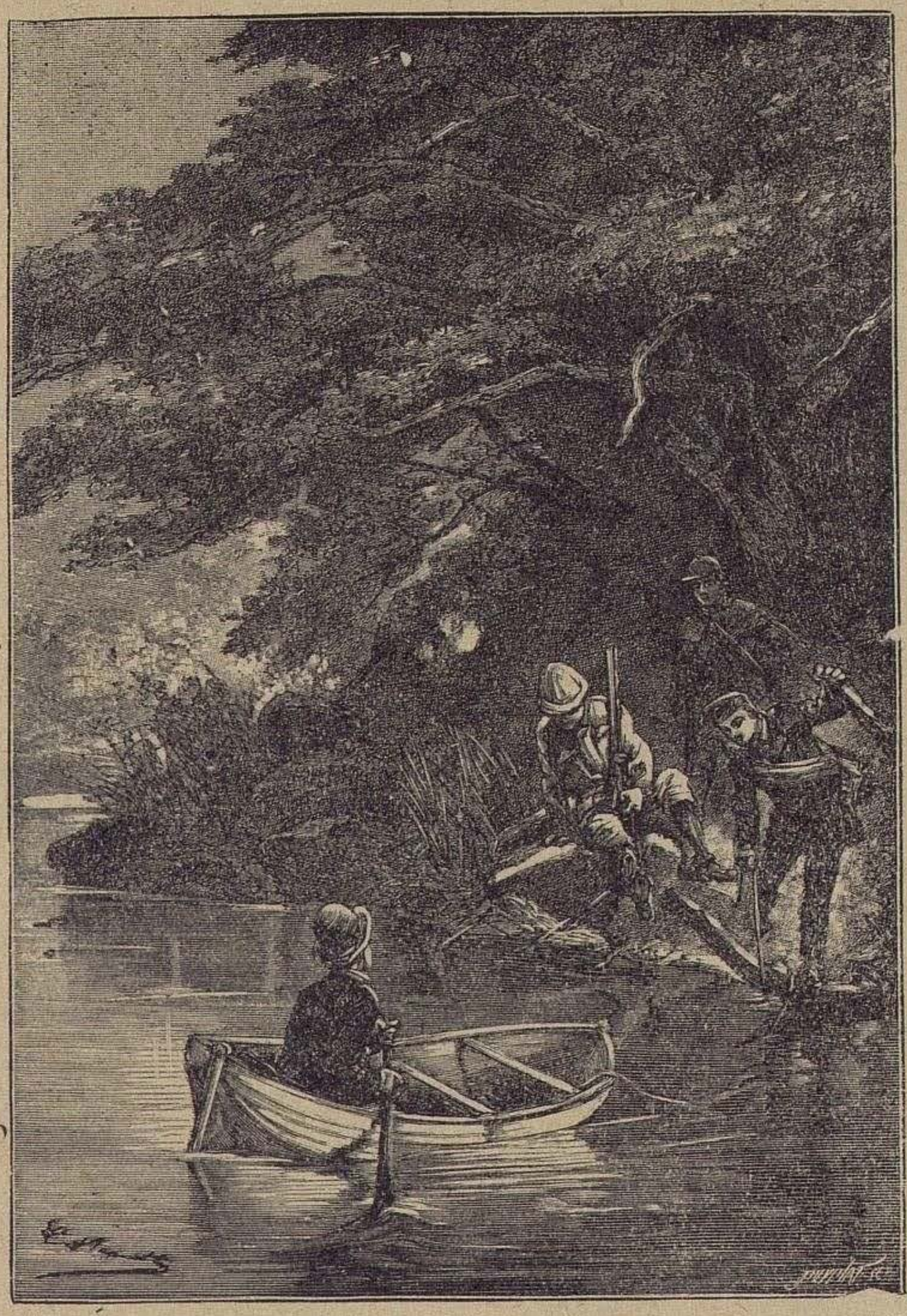
—Si el grumete consiente en ello, replicó Webb con tono de duda.

—¿Y por qué no había de consentir? repuso Doniphan. ¿No tengo yo tanto derecho en mandarle como Briant? Además, no se trata de otra cosa sino de que nos guíe por el lago...

—¡Será preciso que obedezca! exclamó Cross; porque si nos viésemos obligados á transportar por tierra todo nuestro material, no acabaríamos nunca, y además el carro no puede atravesar el bosque; es necesario, pues, servirnos de la canoa...

—¿Y si rehusan dárnosla? repuso Webb.

M.C.D. 2018



Doniphan y sus amigos acamparon en la ribera.

—¡Rehusar! exclamó Doniphan. ¿Quién puede rehusárnosla?

—Briant. ¿No es el jefe de la colonia?

—¡Él rehusar! repitió Doniphan. ¿Aquella embarcación es acaso más suya que nuestra?... Si Briant se permitiera negármela...

Doniphan no acabó su pensamiento; pero bien se veía que ni sobre este punto ni sobre cualquiera otro el imperioso muchacho se sometería jamás á los consejos de su rival; mas, como dijo muy bien Webb, era inútil discutir esta cuestión, siendo su parecer que Briant les facilitaría todos los medios necesarios para que se instalasen en *Bear-rock*, y, por lo tanto, lo que había que hacer era decidir si volverían en seguida á *French-den*.

—Me parece lo más acertado, dijo Cross.

—Entonces, mañana mismo.

—No, respondió Doniphan. Antes de partir quisiera reconocer la parte Norte de la isla. En cuarenta y ocho horas podemos estar de vuelta aquí. ¡Quien sabe si no hay en aquella dirección alguna tierra que el náufrago francés no haya podido ver, y que, por tanto, no figura en el mapa! Sería poco razonable instalarse aquí sin saber á qué atenerse en este punto.

Doniphan tenía razón, y aun cuando este proyecto ocasionaba un retraso de dos ó tres días, se decidió que se pondría en ejecución sin más tardanza.

Al día siguiente, 14 de Octubre, los cuatro muchachos partieron al amanecer, y tomaron el rumbo Norte, siguiendo el contorno del litoral.

En una extensión de tres millas, las rocas se desarrollaban entre el bosque y el mar, no teniendo en su base más que una playa arenosa de unos cien pies de ancho.

A las doce, Doniphan y sus compañeros hicieron alto para almorzar, dejando detrás de sí la última roca

En aquel sitio encontraron una nueva corriente de agua que desembocaba en la

M.C.D. 2018

bahía; pero observado su curso Sudeste y Nordeste, daba lugar á suponer que no salía del lago, como *East-river*. Dicha corriente, que iba á parar á una estrecha ensenada, salía después de ella, atravesando la región superior de la isla. Doniphan le llamó *North-creek*, esto es, arroyuelo del Norte, porque en realidad no merecía otro calificativo.

Sin titubear lo atravesaron en el barquichuelo de goma, y no tuvieron después más que costear el bosque, cuyo límite era la orilla izquierda.

Poco después de ponerse nuevamente en marcha, se oyeron dos detonaciones.

Eran dos tiros disparados por Doniphan y Cross en las circunstancias siguientes:

Eran las tres de la tarde; siguiendo los expedicionarios el curso del *North-creek*, se habían corrido hacia Noroeste más de lo que convenía, puesto que querían llegar á la costa septentrional, y se disponían á variar de rumbo, cuando Cross detuvo á Doniphan exclamando:

—¡Mira!... ¡Mira allí!...

Y señalaba una enorme masa de un rojo oscuro que se agitaba entre las altas hierbas y por entre los juncos de la orilla del riachuelo y por debajo de las ramas de los árboles, que se inclinaban hasta el agua.

Doniphan hizo señas á Wilcox y Webb de que no se moviesen, y seguido de Cross, con la escopeta preparada, se deslizaron sin hacer ruido hacia aquella enorme masa.

Era un animal de gran tamaño, que se hubiera parecido á un rinoceronte si su cabeza hubiera tenido cuernos, y si su labio inferior fuera más prolongado.

Un instante después, sonó un tiro, y en seguida otro; Doniphan y Cross habían descargado casi á un tiempo sus escopetas; pero como se hallaban á una distancia de ciento cincuenta pies, el plomo no produjo ningún efecto en la dura piel de aquel animal, que, saltando al ribazo, desapareció en el bosque.

Pero Doniphan, que había tenido tiempo bastante para observarle, conoció que era un anfibio completamente inofensivo; un *anta*, animal que suele encontrarse á veces en las cercanías de los ríos del Sur de América.

En aquel lado de la *isla Chairmán*, la vegetación se desarrollaba de un modo asombroso; los árboles estaban de tal manera apiñados, que no dejaban penetrar ni un rayo de sol á través de su fronda, y como las hayas se encontraban allí por millares, aquel sitio recibió el nombre de *Breechs-forest* (bosque de hayas).

Durante aquel día anduvieron nueve millas, quedándoles otro tanto para alcanzar el Norte de la isla, adonde llegarían al siguiente día.

Al amanecer, volvieron á ponerse en camino, pues como el tiempo amenazaba variar, tenían necesidad de apresurar su marcha. El aire del Poniente soplaba con violencia, y las nubes, aunque sostenidas en una zona bastante elevada para esperar que no se resolvieran tan pronto en agua, indicaban una próxima tormenta; pero como arrostrar el viento, aún muy fuerte, no era gran cosa para unos muchachos ya acostumbrados á hacer frente á los temporales más duros, apretaron el paso, no sin luchar contra la borrasca, que les cogía de lado.

Aquella jornada fué muy penosa, y era de temer que la noche fuera peor que el día.

En efecto, á eso de las cinco de la tarde el ruido del trueno se dejó oir en medio del fulgor de los relámpagos.

Doniphan y sus compañeros no retrocedieron; la idea de que se aproximaban al Norte les alentaba, y como el bosque seguía siempre muy frondoso, tendrían el recurso de guarecerse debajo de los árboles para resguardarse de la lluvia; pero el viento se desencadenaba con demasiado empuje para que lloviera, y además la costa no debía de estar lejos ya.

Hacia la ocho, el mugido de la resaca, ese ruido que no se confunde con ningún otro, llegó á los oídos de nuestros jóvenes, indicándoles la presencia de un banco de arrecifes en aquella parte de la isla.

El cielo, velado ya por espesos vapores, se oscurecía poco á poco, y era menester que se apresuraran si habían de aprovechar los últimos rayos de luz en mirar el mar á lo lejos. Más allá de los árboles se hallaba una playa de un cuarto de milla de ancho, en la que las espumosas olas saltaban después de chocar contra los arrecifes del Norte.

Los jóvenes, aunque muy cansados, tuvieron todavía bastante ánimo para echar á correr, pues querían, por lo menos, echar una ojeada por aquella parte del Pacífico antes de que faltase por completo la luz. ¿Sería un mar, ó tan sólo un estrecho canal que separaba aquella costa de un continente ó de una isla?

De repente, Wilcox, que marchaba á algunos pasos delante de los demás, se paró, señalando una masa negruzca que se veía en la orilla de la playa. ¿Tendrían que habérselas con algún monstruo marino, ó tal vez con alguna ballena ó ballenato encallado en la arena?

Era una embarcación, acostada por la banda de estribor; y más allá, en la orilla de la playa, Wilcox vió dos cuerpos humanos, echados en la arena á pocos pasos de la tumbada nave.

De pronto, nuestros jóvenes cambiaron la dirección de su carrera, y emprendieron la marcha hacia el punto de la playa en donde se hallaban aquellos cuerpos tendidos en la arena, y cadáveres tal vez.

Llegaron; mas sobrecogidos de espan-

M.C.D. 2018

to, y no pensando siquiera en que aquellos desgraciados podían conservar todavía un resto de vida, ni en que importaba prodigarles cuidados inmediatos, volviéronse precipitadamente á buscar un refugio debajo de los árboles.

La noche se presentó oscura, y los relámpagos que la alumbraban de cuando en cuando no tardaron en apagarse también. En medio de aquellas profundas tinieblas, el viento rugía, mezclándose con el ruido de las olas al estrellarse contra los arrecifes.

¡Qué tempestad tan horrible! Los árboles crujían por todas partes, y no sin peligro para los que se resguardaban debajo de sus ramas; pero era imposible acampar en la playa, pues la arena, levantada por el viento, azotaba la cara como si fuera metralla.

Durante toda la noche, Doniphan y sus amigos permanecieron en el mismo sitio, sin poder cerrar los ojos, sufriendo cruelmente con el frío, pues no habían podido encender lumbre en atención á que se hubiera esparcido en seguida á diestra y siniestra, con peligro de incendiar las ramas muertas amontonadas en el suelo.

Y luego, la emoción los tenía desvelados. ¿De dónde vendría aquella barca?... Y esos náufragos, ¿á qué nación pertenecerían?... ¿Habría alguna tierra en las cercanías, puesto que una embarcación había abordado á la isla? ¿Provendría tal vez de algún buque grande que se perdiera en lo más fuerte de la borrasca?

Aquellas preguntas eran tan naturales, como admisibles estas hipótesis, que Doniphan y Wilcox, apretados uno contra el otro, efecto de haberse sobrecogido de estupor, se comunicaban en voz baja.

La situación de ánimo de nuestros jóvenes era penosa, y además sus cerebros, exaltados, padecían grandes alucinaciones; se les figuraba oir gritos lejanos, y cuando el aire cedía algunos instantes, escuchaban con atención, preguntándose si otros náufragos no estaban errantes por la playa. ¡No! Era una ilusión de sus sentidos. Nada se oía, aparte de los mugidos de la violenta tempestad.

Ya repuestos un poco de la excitación que sufrieran, y más en calma, se arrepintieron de haber cedido al primer movimiento de espanto, y querían volver á la playa; pero se encontraron faltos de la fuerza moral y física necesaria. Ellos que, entregados á sí mismos desde hacía tanto tiempo, se creían hombres, comprendían en aquel instante que no eran más que niños en presencia de los primeros seres humanos que hallaron desde el naufragio del *Sloughi*.

Pero al fin, recuperada por completo la tranquilidad de espíritu, reflexionaron que, á pesar de todo, tenían un deber que cumplir. Al amanecer volverían á la playa, abrirían una fosa en la arena y darían sepultura á los dos cadáveres, después de rezar por el descanso de sus almas.

¡Qué interminable les pareció la noche! Les parecía que el alba no llegaría nunca para disipar sus horrores. ¡Si siquiera hubieran podido darse cuenta del tiempo consultando sus relojes!.. pero fué imposible encender una cerilla, aun resguardándola con las mantas.

Wilcox tuvo la idea de recurrir á un medio muy sencillo para saber la hora. Se había fijado muchas veces en que dando cuerda á su reloj, el *remontoir* daba doce vueltas por las veinticuatro horas, ó sea una vuelta para cada dos horas. Había dado cuerda á las ocho; bastábale, pues, contar el número de vueltas que quedaban, para saber las horas que habían trascurrido. Cogió su reloj, y no teniendo que dar más que cuatro vueltas para que tuviera toda la cuerda, comprendió que debían de ser las cuatro de la madrugada, y que, por consiguiente, el día no tardaría en aparecer.

En efecto; poco después los primeros albores de la mañana se dejaron ver por el Oriente. La borrasca no se había calmado, y como las nubes bajaban hacia el mar, la lluvia les alcanzaría antes de que pudieran llegar á *Bear-rock*.

Esto les contrarió bastante; pero como tenían que cumplir con su deber para con los náufragos, apenas hubo alguna claridad, se dirigieron hacia la playa, luchando contra el empuje del vendaval.

La embarcación estaba encallada cerca de una pequeña duna; mas los dos cuerpos que habían visto tendidos y con aspecto cadavérico, ya no estaban allí...

Doniphan y Wilcox examinaron el circuito; pero... nada, ni siquiera las huellas.

—¡Esos desgraciados, exclamó Wilcox, debían de estar vivos, puesto que han podido levantarse!...

—¿En dónde estarán? preguntó Cross.

—¿En dónde estarán, dices? respondió Doniphan señalando el mar. ¡Pues allí, adonde seguramente la marea baja los ha arrastrado!

Y este último se corrió hasta los arrecifes para mirar con su anteojo la superficie de las aguas.

No vió nada.

Los cuerpos de los náufragos habían sido acaso sepultados en el líquido y revuelto elemento.

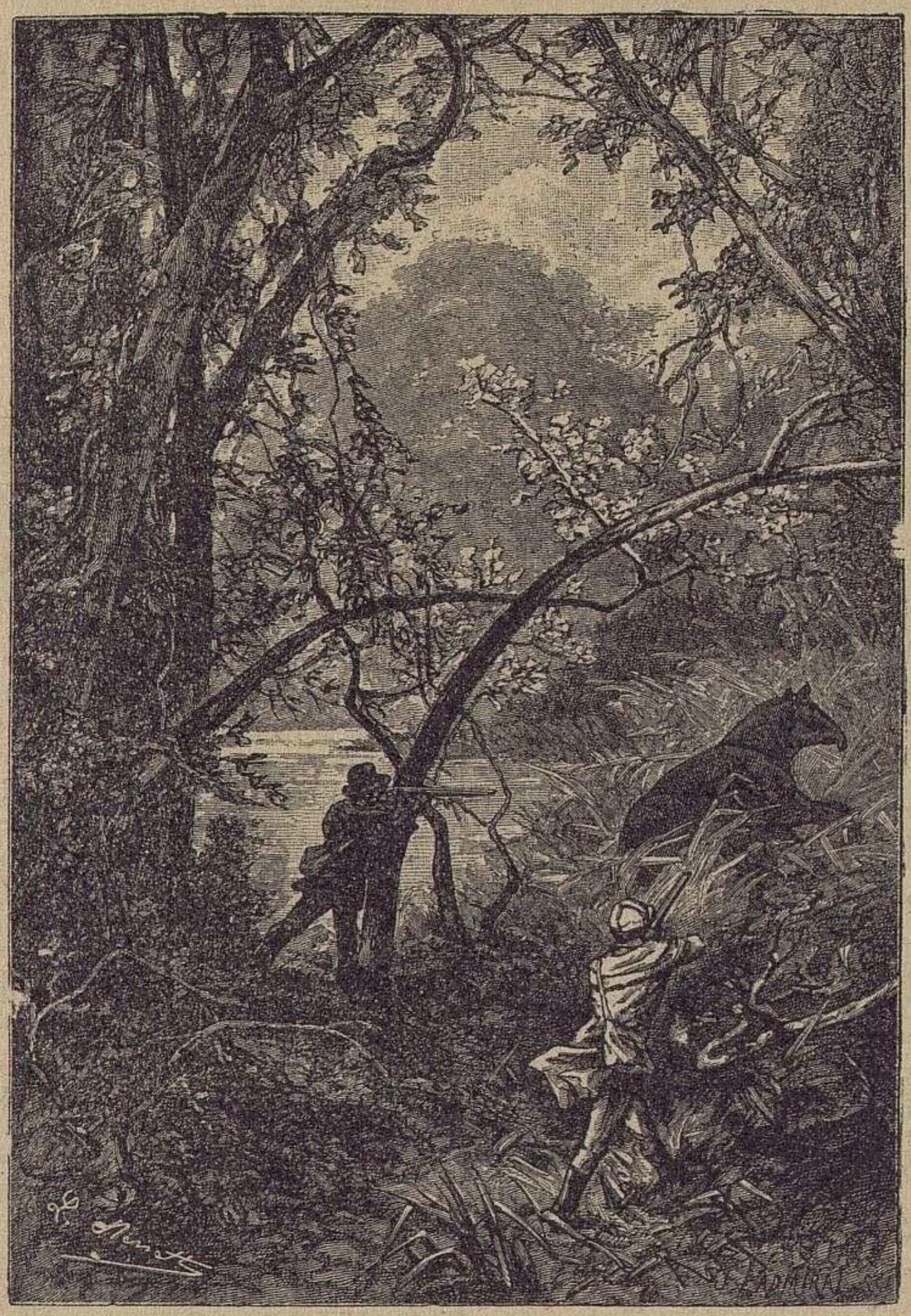
Doniphan entonces se reunió con sus amigos, que estaban al lado de la abandonada chalupa.

Tal vez encontrarían allí alguno que sobreviviera á la catástrofe.

La embarcación estaba vacía.

Era una chalupa de buque mercante, con un puente en la proa, y cuya eslora contaba unos treinta pies. No se hallaba ya en estado de navegar; la obra muerta

M.C.D. 2018



Era un animal de gran tamaño.

de escribor había sido hundida hasta la línea de flotación, efecto de los choques que sufriera al encallarse. Un trozo de mástil, roto en su base, algunos pedazos de vela enganchados acá y acullá, y restos de cuerdas era todo cuanto quedaba de sus aparejos. No hallaron ni provisiones, ni utensilios, ni armas. ¡Nada en los cofres, nada en ninguna parte!

En la popa, dos nombres indicaban á qué buque había pertenecido, y cuál era su procedencia:

SEVERN—SAN FRANCISCO

¡San Francisco! ¡Uno de los puertos del litoral de California!...

El barco era de nacionalidad americana.

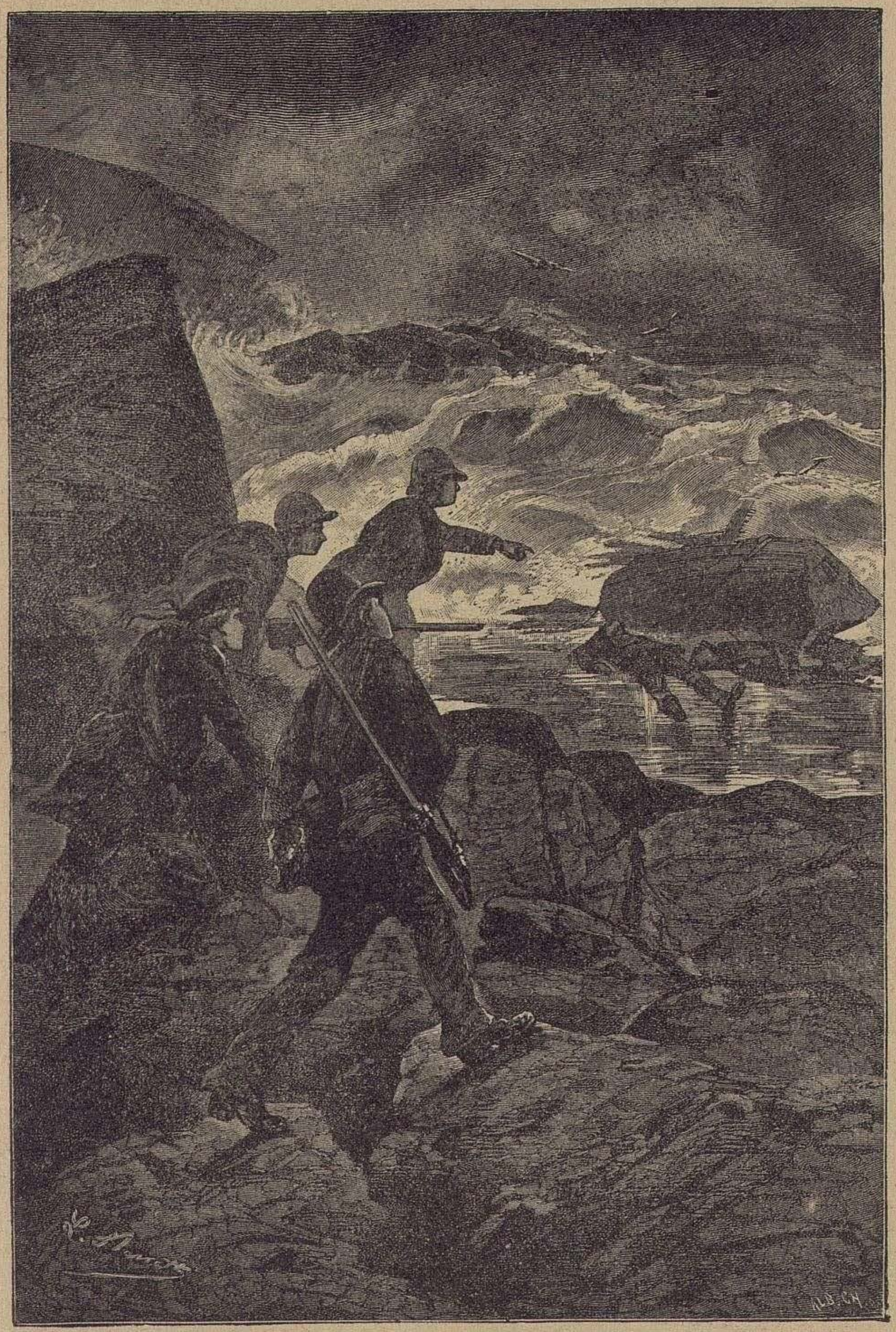
La costa sobre la que los náufragos del *Severn* habían sido arrojados por la tempestad, no tenía más que el mar por horizonte.

VII

Una idea de Briant.—Alegría de los pequeños.—Construcción de una cometa.—Experiencia interrumpida.—Kate.—Los supervivientes del «Severn.»—Peligros que corren Doniphan y sus compañeros.—Abnegación de Briant.—Todos reunidos.—La situación tal cuales.—Precauciones tomadas.—Modificación en la vida.—El árbol «vaca.»

Desde la partida de los colonos insurrectos la tristeza se apoderó de los demás compañeros, pues todos vieron con grandísimo pesar aquella separación, cuyas consecuencias podían ser muy graves en lo porvenir. Seguramente que Briant no tenía nada que echarse en cara; pero su pena era cada vez mayor, por ser su jefatura la causa de aquella excisión.

M.C.D. 2018



Wilcox mostraba dos cuerpos tendidos en la arena.

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

En vano Gordon procuraba consolarle, diciéndole:

—¡Ya volverán, Briant, y más pronto de lo que ellos creen! Por más terco que sea Doniphan, las circunstancias podrán más que él. Apostaría cualquier cosa á que antes de los fuertes fríos estarán de vuelta en *French-den*.

Briant sacudió la cabeza, no atreviéndose á contestar. Era posible que alguna circunstancia los reuniera otra vez; pero conociendo el carácter de Doniphan, tenía que ser muy grave la situación para verse obligado á regresar.

«Antes de los fuertes fríos,» había dicho Gordon. ¿Estarían, pues, condenados los jóvenes colonos á pasar un tercer invierno aún en la *isla Chairmán*? ¿No recibirían ningún socorro antes de la indicada época? ¿Tan así había que admitir que aquellos parajes del Pacífico no serían frecuentados por ningún buque, ni siquiera mercante, que llegara á ver el mástil y la bandera colocados en la cresta de *Auckland-hill*?

Ciertamente que aquella señal, izada sólo á doscientos pies de altura sobre el nivel de la isla, no podía ser vista desde muy lejos; así que, después de ensayar, pero en vano, con Baxter, formar el plano de una embarcación capaz de resistir el embate de las olas, Briant tuvo la ocurrencia de construir una cometa enorme.

—No nos faltan ni cuerdas ni tela, dijo; y dando á aquel aparato dimensiones suficientes, podría sostenerse en una zona bastante elevada, de mil pies tal vez.

—Menos los días en que falte el aire, replicó Baxter.

—Son muy raros, respondió Briant, y en los tiempos de completa calma la recogeríamos; pero, salvo en ese caso, nos serviría, pues fijada en el suelo por el extremo de la cuerda, seguiría por sí misma los cambios de la brisa, sin necesidad de ocuparnos de su dirección.

—Hagamos el ensayo, dijo Baxter.

—Además, repuso Briant, si fuera visible de día á una gran distancia, podría serlo también de noche atando en su rabo uno de los faroles que poseemos.

La idea de Briant no dejaba de ser practicable, y en cuanto á su ejecución, no ofrecía ninguna dificultad para muchachos que se habían divertido muchas veces en lanzar cometas al espacio en las praderas de Nueva Zelandia.

Cuando el proyecto de Briant fué conocido de los pequeños, su alegría no tuvo límites. Jenkins, Iverson, Dole y Costar tomaron la cosa como una diversión, regocijándose con el pensamiento de que subiría más alto de lo que podían imaginar, prometiéndose gran distracción con ella.

—¡Le pondréis una cola muy larga! decía uno.

—¡Y grandes orejas! añadía otro.

—Habrá que pintar en ella un polichenela, que bailará bien allá arriba.

—Y lanzaremos otras pequeñas en su busca.

Cierto es que lo que aquellos niños consideraban como una diversión, encerraba una idea muy seria, y que podía producir los mejores resultados.

Baxter y Briant pusieron manos á la obra dos días después de la marcha de Doniphan y de sus amigos.

—¡Cómo abrirán los ojos, exclamó Service, cuando vean aquella máquina en el aire! ¡Es una lástima que mis Robinsones no hayan tenido jamás semejante idea!

—¿Se verá de todos los puntos de nuestra isla? preguntó Garnett.

—Y de mucho más lejos aún, respondió Briant.

—¿La verán desde Auckland? dijo Dole.

—¡Ay, no! respondió Briant sonriendo; pero Doniphan y los demás sí, y tal vez esto los decida á volver.

Como se ve, el buen muchacho no tenía más pensamiento fijo que el de los ausentes, ni más deseo que uno: el de que esta funesta separación acabara pronto.

Aquel día y los siguientes se emplearon en la construcción de la cometa, á la que Baxter dió una forma octógona. La armadura, ligera y resistente, se hizo con una especie de caña, muy á propósito para el caso, que crecía á orillas del lago, cubriéndola con una tela delgada, impregnada de cautchuc, que servía para cubrir las claraboyas del *Sloughi*; telas tan impermeables que ni siquiera el aire podía pasar á través de su tejido. En cuanto á la cuerda, se buscaría una muy fuerte y bien retorcida, de unos dos mil pies de largo y capaz de resistir una gran tensión.

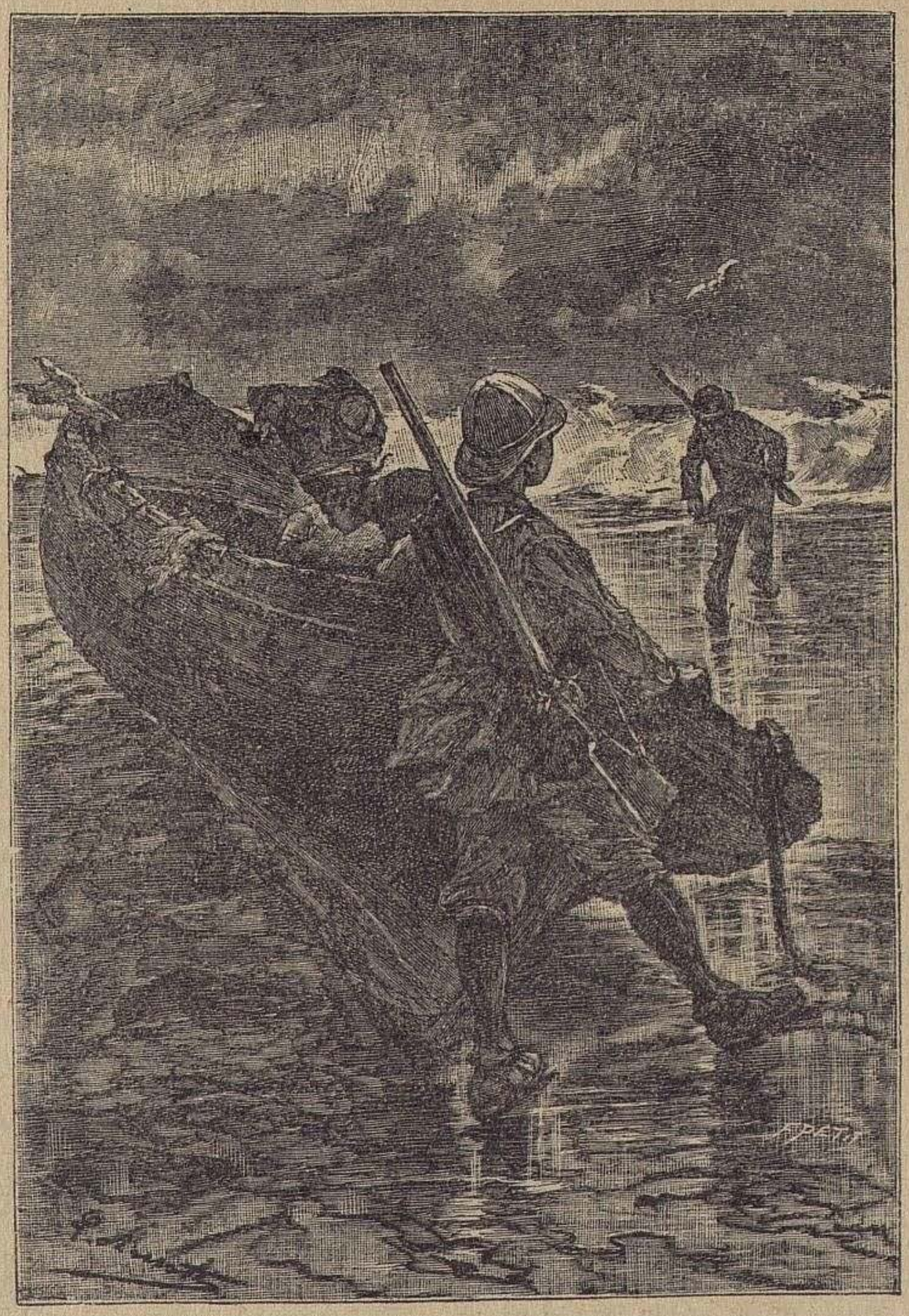
No tenemos por qué decir que aquel aparato se adornaría con una magnífica cola, destinada á mantenerlo en equilibrio cuando alguna capa de aire le inclinara á uno ú otro costado.

Aquella cometa estaba tan bien construída, que hubiera podido, sin demasiado peligro, elevar con ella á cualquiera de los colonos; pero no se trataba de eso, y bastaba que fuera bastante sólida para resistir á las frescas brisas, bastante grande para alcanzar cierta altura, y que se viera en un radio de cincuenta ó sesenta millas.

Nuestros lectores comprenderán fácilmente que esta cometa no podía ser sostenida por las manos de ninguno de nuestros jóvenes, pues hubiera arrastrado á todos ellos juntos. La cuerda se enrollaría en una de las cabrias del *schooner*, que se fijaría con mucha fuerza en el suelo de *Sport-terrace*, para que pudiera resistir la tracción del *Gigante de los aires*, nombre que se dió á la cometa, y que los niños admitieron con gran algazara.

Aquella tarea se acabó el 15 de Octubre

M.C.D. 2018



La embarcación estaba vacía.

por la tarde, y Briant dejó para el día siguiente la operación de remontarla, en presencia de todos sus compañeros: mas no fué posible proceder a la experiencia, porque, habiéndose desencadenado una violenta tormenta, fué preciso esperar á que abonanzara el tiempo.

Era la misma tempestad que tan mala noche hizo pasar á Doniphan y á sus amigos en la parte septentrional de la isla, y que también hizo romper la chalupa de los náufragos americanos contra los arrecifes de aquella costa, á los que bautizaron más tarde con el nombre de *Severn-shores*, escollos del *Severn*.

El 16 de Octubre, aun cuando hubo alguna más calma, la brisa era todavía demasiado violenta para que Briant se atreviera á lanzar su aparato aéreo. Por la tarde el tiempo se modificó en sentido favorable, y nuestros colonos convinieron en que aquella experiencia tendría lugar al siguiente día, fecha que iba á tener mucha importancia en los anales de la *isla Chairmán*.

A pesar de que era viernes, Briant, dejando á un lado todas esas preocupaciones, no quiso retrasar más la operación de remontar la cometa, pues soplaba una ligera brisa, constante y suave, muy conveniente para que se sostuviera á gran altura, proponiéndose bajarla al anochecer, á fin de atarle un farol en la cola, cuya luz quedaría visible toda la noche.

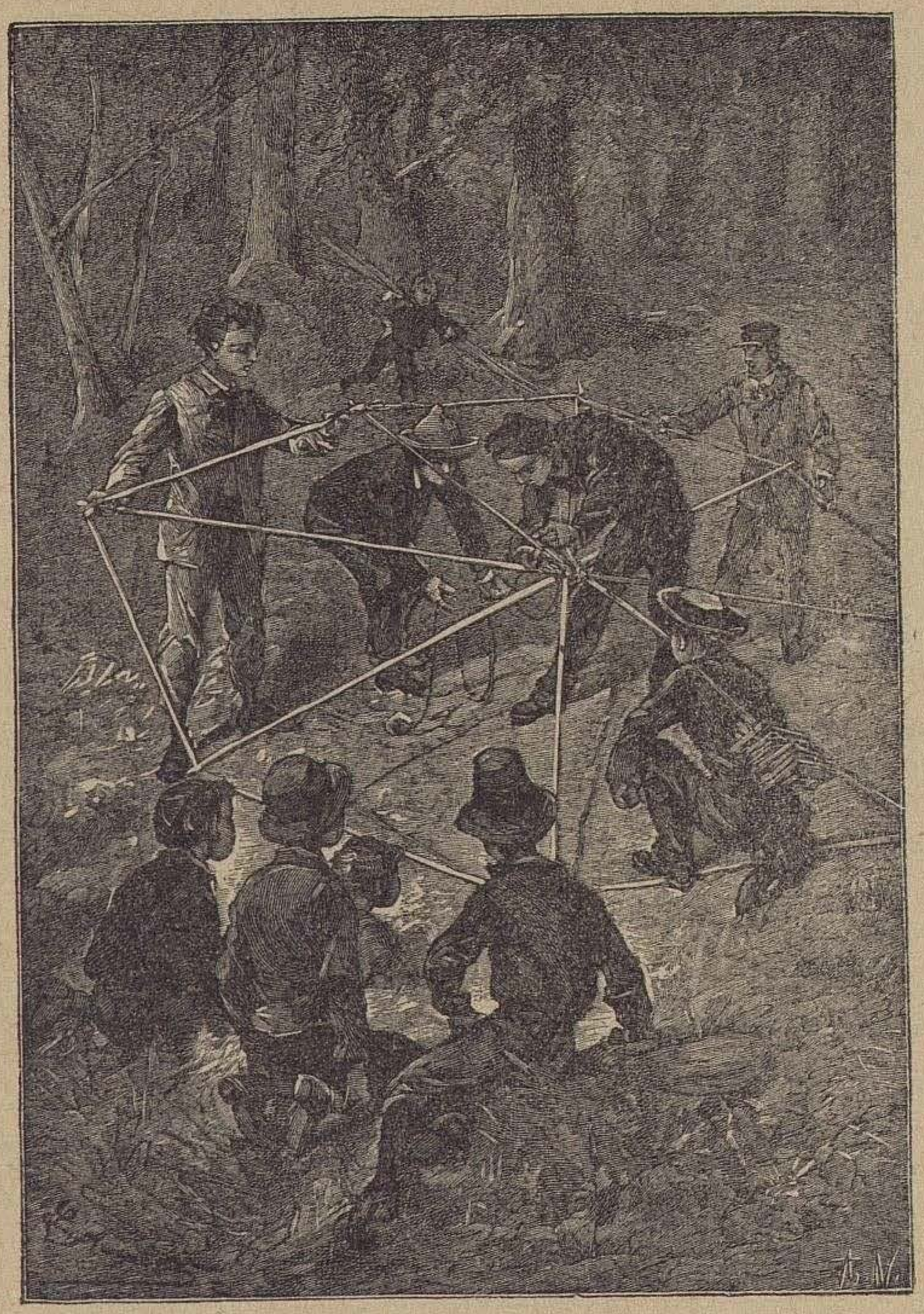
La mañana fué consagrada á los últimos preparativos, que duraron hasta una hora después que acostumbraban á almorzar, en cuyo instante se reunieron todos en *Sport-terrace*.

—¡Qué buena idea ha tenido Briant! repetían sin cesar los pequeños dando palmadas.

Era la una y media.

El aparato, tendido en el suelo, con su largo rabo desplegado, iba á ser entregado á la acción de la brisa, no esperando más

M.C.D. 2018



Baxter y Briant empezaron á construir la cometa.

que una señal de Briant; pero éste mandó suspender la maniobra.

La causa de aquella orden fué la extraña conducta de *Phann*, que llamó la atención del jefe de la colonia. El inteligente animal iba precipitadamente hacia el bosque, lanzando tan quejumbrosos ladridos, que en verdad no podian menos de sorprender á los colonos.

—¿Qué tiene *Phann*? preguntó Briant.

—Habrá olfateado alguna fiera debajo de los arboles, respondió el americano.

—¡No puede ser eso, pues ladraría de otro modo....

—¡Vamos á verlo! exclamó Service.

—¡Pero no sin armas! respondio Briant.

Service y Santiago entraron en la gruta, saliendo á poco rato cada cual con una escopeta cargada.

—Venid, dijo Briant.

Y los tres, acompañados de Gordon, se dirigieron hacia la orilla de *Traps-woods*; no se veia á *Phann*, mas se le oía siempre. Briant y sus compañeros andarían apenas cincuenta pasos, cuando vieron al perro parado delante de un árbol, en cuyo pie yacía una forma humana.

¡Era una mujer tendida allí, inmóvil y muerta al parecer! Una mujer, cuyo traje era de tela bastante basta, y pañuelo de lana oscura atado á la cintura; sus ropas estaban todavia en buen estado, y aun cuando aquella desgraciada no representaba más de cuarenta ó cuarenta y cinco años, y se dejaba ver que era de constitución robusta, su cara presentaba las huellas de grandes sufrimientos. Agotadas sus fuerzas, y tal vez hambrienta, había perdido el conocimiento, pues se notaba que un ligero soplo pasaba por sus labios entreabiertos.

¡Juzguen nuestros lectores cuál no sería la emoción que experimentaron los jóvenes colonos en presencia de la primera criatura humana que se presentaba á su vista desde su llegada á la *isla Chairman*

M.C.D. 2018

—¡Respira!... ¡Respira!... exclamó Gordon. Es sin duda el hambre y la sed...

En seguida Santiago echó á correr y trajo un poco de galleta y un frasquito de *brandy*.

Entonces Briant, inclinándose hacia aquella pobre mujer, entreabrió sus labios y llegó por fin á introducir en su boca algunas gotas del fortificante licor.

La mujer hizo un movimiento; sus párpados se levantaron; su mirada se animó á la vista de aquellos muchachos reunidos en torno suyo... y luego llevó con avidez á su boca el trozo de galleta que le presentaba Santiago.

Era evidente que la infeliz se estaba muriendo de necesidad y de fatiga.

Pero ¿quién era aquella mujer? ¿Sería posible cambiar con ella algunas palabras y comprenderla?

Pronto salieron de dudas.

La desconocida se incorporó, y dijo en inglés:

—¡Gracias, hijos míos, gracias!

Media hora más tarde, Briant y Baxter, que la llevaron en brazos, la sentaron en un sillón en el *hall*, y ayudados por Gordon, la prodigaron todos los cuidados que su estado requería.

En cuanto recuperó sus fuerzas, se puso á contar su historia. He aquí lo que dijo, y ya comprenderán nuestros lectores lo mucho que debió su relato interesar á los jóvenes colonos.

Esta mujer, de origen americano, había vivido mucho tiempo en los territorios de For-West, en los Estados Unidos. Se llamaba Catalina Ready, ó sencillamente Kate. Ejercía, desde veinte años atrás, el cargo de ama de llaves en casa de William Penfield, que habitaba en Albany, capital del Estado de New-York.

Hacía un mes que esa familia, queriendo irse á Chile, en donde vivía uno de sus parientes, habían ido á San Francisco, puerto principal de California, para embarcarse en el navío mercante *Severn*, mandado por el capitán John F. Turner. Este buque iba á Valparaíso, y los señores Penfield tomaron pasaje en él con Kate, á quien miraban como de la familia.

El *Severn* era un hermoso buque, y hubiera llegado sin duda con toda felicidad á su destino, si los ocho tripulantes, nuevamente reclutados, no hubieran sido unos miserables de la peor especie. Nueve días después de la salida del puerto de San Francisco, uno de ellos, llamado Walston, ayudado por sus compañeros Brandt, Rock, Henley, Book, Forbes, Cope y Pike, provocó una rebelión, de cuyas resultas murieron el capitán y el segundo, al mismo tiempo que el señor y la señora Penfield.

El objeto de aquellos infames era, después de apoderarse del barco, dedicarse á la trata de negros, que se efectuaba aún en algunos puntos de la América del Sur.

Sólo dos personas se habían salvado á bordo: Kate, por quien intercedió Forbes, menos cruel que sus cómplices, y el timonel Evans, que era indispensable para gobernar el buque.

Aquellas horribles escenas tuvieron lugar en la noche del 7 al 8 de Octubre, cuando el *Severn* se hallaba á unas doscientas millas de la costa chilena.

Bajo pena de muerte, obligaron á Evans á maniobrar de modo que doblara el cabo de Hornos para ir al Oeste de Africa; pero algunos días después, sin que jamás se supiera á qué atribuirlo, un incendio se declaró á bordo, y en pocos instantes su violencia fué tal, que Walston y sus compañeros ensayaron en vano salvar el *Severn* de una completa destrucción. Uno de ellos, Henley, pereció precipitándose en el mar para escapar del fuego. Fué preciso abandonar el buque; echaron en la chalupa algunas provisiones, municiones y armas, y se alejaron en el momento en que el *Severn* zozobraba en medio de las llamas. La situación de los náufragos era por demás crítica, puesto que doscientas millas los separaba de las tierras habitadas; y en verdad que hubiera sido justo que se hundiera también la chalupa con aquellos malvados, si Kate y Evans no se hubieran hallado en ella.

Cuarenta y ocho horas después de la pérdida del buque, estalló una violenta tormenta que hizo más terrible aún aquella situación, y la chalupa, roto su mástil y con las velas hechas jirones, fué empujada por el viento hacia la costa de la *isla Chairmán*, en donde se destrozó en los arrecifes de la parte oriental, en la noche del 15 al 16.

Walston y sus compañeros, cansados por la lucha que sostuvieron contra la tempestad, y agotadas en parte las provisiones, estaban aniquilados por el frío y la fatiga, cuando la barquichuela chocó contra los arrecifes. Una ola arrastró consigo entonces á cinco de aquellos malvados, y los otros dos fueron lanzados á la arena, mientras que Kate caía del lado opuesto.

Estos dos hombres quedaron desvanecidos durante bastante tiempo, sucediendo lo mismo á Kate; pero ésta, recuperando pronto el uso de sus sentidos, quedóse, sin embargo, inmóvil, esperando que fuera de día para ir, en el supuesto de que los demás habían perecido, en busca de asistencia, toda vez que se hallaba en tierra, y oyó á eso de las tres de la mañana unos pasos que hacían crujir la arena cerca de la embarcacion.

Eran Walston, Brandt y Rock, que habían escapado de la ola que los arrastró, y que después de atravesar el banco de arrecifes y de llegar al sitio en que yacían sus compañeros Forbes y Pike, se apresuraron á hacerlos volver en sí, hablando

M.C.D. 2018

después, mientras Evans esperaba á un centenar de pasos, custodiado por Cope y Rock.

He aquí la conversación que tuvieron, y que Kate oyó perfectamente.

—¿En dónde estamos? preguntó Rock.

—No lo sé, respondió Walston. Pero poco importa. No nos quedemos aquí; bajemos hacia el Este, y cuando llegue el día, veremos lo que se hace.

—¿Y nuestras armas? dijo Forbes.

—Aquí están, con las municiones que han quedado intactas, respondió Walston.

Y sacó del cofre de la chalupa cinco fusiles y varios paquetes de cartuchos.

—Es poco, añadió Rock, para defenderse en este país de salvajes.

—¿Dónde está Evans? preguntó Brandt.

—Allí, respondió Walston, bajo la custodia de Cope y de Rock. Quiera ó no quiera, es preciso que nos acompañe; y si se resiste, me encargo de hacerle obedecer.

—¿Y qué ha sido de Kate? preguntó Rock. ¿Se habrá salvado?

—¡Kate! respondió Walston; nada hay que temer de ella. La he visto caer por encima de la borda antes de que la chalupa encallara; estará ya en el fondo del mar.

—Más vale así, replicó Rock. Sabía demasiado.

—No le hubiera durado mucho tiempo su sabiduría, añadió Walston, sobre cuyas intenciones no había lugar á equivocarse.

Kate, que todo lo oyó, estaba resuelta á huir después de la partida de los marineros del *Severn*.

Algunos instantes después, Walston y sus compañeros, sosteniendo á Forbes y á Pike, cuyas piernas apenas podían tenerlos, se marcharon, llevándose las armas, las municiones y cuanto quedaba de provisiones en las cajas de la chalupa, es decir, algunas libras de carne salada, algo de tabaco y dos ó tres calabazas llenas de aguardiente.

En cuanto estuvieron á alguna distancia, Kate se levantó; era ya tiempo, pues la pleamar iba alcanzando la playa, y un poco más tarde hubiera sido arrastrada por las olas.

Se comprenderá ahora por qué Doniphan, Wilcox, Webb y Cross no hallaron por la mañana á los náufragos, porque Walston y su banda habían partido ya en dirección al Este, mientras que Kate, tomando el lado opuesto, se dirigía sin saberlo, hacia la punta septentrional de *Family-Lake*, llegando allí en la tarde del 16, con sus fuerzas agotadas por el hambre y la fatiga. Algunas frutas silvestres fueron su único alimento, y sacando bríos de su misma flaqueza, siguió la orilla izquierda del lago, anduvo toda la noche y toda la mañana del 17, hasta que por fin cayó completamente aniquilada en el sitio en que la hallaron nuestros colonos.

Tales fueron los acontecimientos, de los que Kate hizo minucioso relato; acontecimientos de suma gravedad, pues demostraban hallarse en la *isla Chairmán*, en donde los náufragos del *Sloughi* habían vivido con tanto sosiego, siete hombres capaces de todos los crímenes. Y si descubrieran *French-den*, ¿qué suerte estaría reservada á nuestros niños? ¿Titubearían en atacarlos? No. ¿Los atarían, dejándolos perecer de hambre ó expuestos á ser devorados por las fieras? Todo había que temerlo. Aquellos bandidos tenían un interés demasiado grande, y eran hombres de suyo crueles, á juzgar por los antecedentes. Nada les detendría para apoderarse del material, de las provisiones, de las armas, de las municiones y de las herramientas, que tan útiles podían serles para poner la chalupa en estado de navegar. Y llegado este caso, ¿qué resistencia podrían oponer Briant y sus compañeros? Si Walston permanecía en la isla, un día ú otro descubriría la colonia y agrediría indefectiblemente á los jóvenes, sin ningún género de consideraciones.

Oyendo el relato de Kate, Briant no tenía más que un pensamiento, y era el de que si el porvenir se hacía presente con grandes peligros, éstos serían mayores para Doniphan, Wilcox, Webb y Cross, ignorantes de la presencia de los nuevos náufragos en la isla; con la circunstancia agravante de que aquéllos estaban explorando precisamente la parte adonde éstos se dirigían. Un solo tiro bastaría para llamar la atención de Walston, y entonces los cuatro jóvenes caerían en poder de aquellos malvados, de los que no había que esperar piedad alguna.

—Es menester ir en su socorro, exclamó Briant; es preciso enterarles inmediatamente del peligro.

—Y traerlos aquí, añadió Gordon. Más que nunca, importa que estemos todos reunidos, para que tomemos las medidas necesarias contra un ataque de aquellos malhechores.

—Sí, respondió Briant; y puesto que es preciso que nuestros compañeros vuelvan, volverán; te lo aseguro. Iré yo á buscarlos.

—¿Tú, Briant?

—Yo, sí.

—Pero ¿cómo?

—Me embarcaré en la canoa con Mokó. En algunas horas atravesaremos el lago y bajaremos el *East-river*, como lo hemos verificado ya; y si la suerte nos favorece, espero llegar antes que los bandidos á la embocadura del río.

—¿Cuándo piensas partir?

—Esta noche, respondió Briant, cuando la oscuridad nos permita atravesar el lago sin ser vistos.

—¿Voy contigo, hermano? preguntó Santiago.

M.C.D. 2018

La mujer hizo un movimiento.

—No, replicó Briant. Es indispensable que volvamos en la canoa, y á duras penas cabremos seis en ella.

—¿De modo que estás decidido? preguntó Gordon.

—Completamente decidido, respondió Briant.

Era, en realidad, el mejor partido que podían tomar, no sólo para bien de los ausentes, sino de la colonia entera.

Cuatro compañeros más, y no de los menos vigorosos, servirían mucho para la defensa; pero no había tiempo que perder si habían de reunirse todos en *French-den* antes de veinticuatro horas.

Como podrán comprender nuestros lectores, ya no se podía lanzar la cometa por los aires, pues hubiera sido una gran imprudencia. No es á los buques á los que hubiera llamado ahora la atención, sino á Walston y á sus cómplices; y Briant, en previsión de lo que pudiera suceder, mandó que se quitara también el mástil y la tablita que se hallaban colocados en el acantilado.

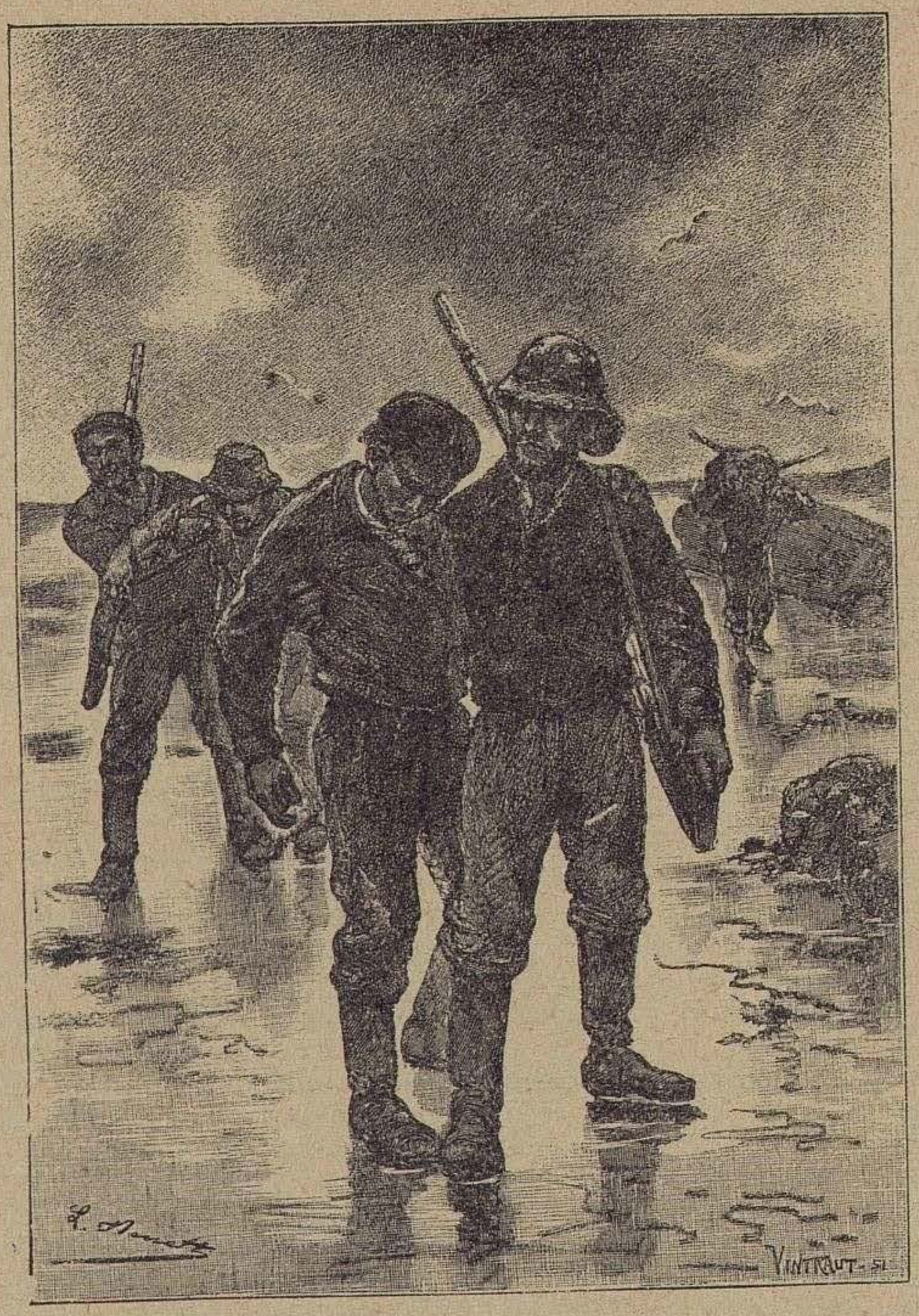
Hasta la noche quedaron todos encerrados en la gruta, contando sus aventuras á Kate. La excelente mujer no pensaba ya en sí misma, condoliéndose de la situación de aquellos niños. Si habían de quedarse juntos en la *isla Chairmán*, se proponía ser para ellos una sirviente llena de abnegación, queriéndolos cual si fuera una madre, y ya empezaba á dar expansión á sus afectos, pues abrazaba á los pequeños, sentándolos en sus rodillas y cubriéndolos de caricias.

En recuerdo de sus novelas predilectas, Service propuso que la llamaran *Viernecitas*, como hizo Crusoé con su compañero de imperecedera memoria, puesto que fué también un viernes el día que Kate entró en *French-den*.

Y luego añadió:

—De esos malhechores hemos de pensar lo mismo que de los salvajes de *Ro-*

M.C.D. 2018



Walston y sus compañeros sostenian á Forbes y Pike.

binsón. En todos aquellos libros se habla de ellos, y siempre son vencidos.

A las ocho, los preparativos de marcha estaban acabados.

Mokó, cuya abnegación no retrocedía ante ningún peligro, se alegraba mucho de acompañar á Briant en su expedición.

Ambos se embarcaron, llevando algunas provisiones, y armados cada uno con un revólver y un cuchillo de monte. Después de despedirse de sus compañeros, que no les vieron marchar sin pena, desaparecieron pronto en medio de la oscuridad que invadía el lago. Si seguía la brisa del Norte, que se había levantado á la puesta del sol, favorecería mucho á nuestros navegantes.

La noche era muy oscura, circunstancia que permitía á Briant pasar inadvertido. Gobernando la canoa por medio de la brújula, tenía la certidumbre de llegar sin obstáculo á la opuesta orilla. Briant y Mokó miraban siempre en aquella dirección, temiendo divisar alguna fogata, la que indicaría en aquel sitio la presencia de Walston y de sus compañeros, pues Doniphan debía estar acampado en la embocadura del *East-river*.

En dos horas la canoa atravesó el lago, y se detuvo en el mismo sitio en que la atracó Mokó en su primera expedición á aquella comarca. Todo estaba en calma, y ningún ruido se sentía debajo de los árboles inclinados sobre el agua; no se oía el aullido de ninguna fiera ni el chillido de las aves nocturnas, así como tampoco se veía ningún fuego sospechoso.

Sin embargo, á eso de las diez y media, Briant, que estaba sentado en la popa, cogió á Mokó por un brazo.

A algunos centenares de pasos del *East-river*, y en la orilla derecha, se veían los restos de un fuego que despedía una moribunda claridad en las sombras de la noche. ¿Quién estaría allí acampado?...

M.C.D. 2018

¿Waston, ó Doniphan?... Importaba saberlo antes de entrar en el río.

—Voy á desembarcar, Mokó, dijo Briant.

—¿No queréis que os acompañe? preguntó el grumete en voz baja,

—¡No!... ¡Más vale que vaya yo solo! ¡Habrá menos peligro de que me vean!

Briant saltó á tierra, y después de recomendar á Mokó que no se moviera, empuñó su cuchillo, bien decidido á no servirse del revólver sino en caso extremo.

Después de subir al ribazo, el valeroso muchacho se deslizó por debajo de los árboles.

De repente se detuvo; le pareció ver á unos veinte pasos una sombra que se arrastraba entre la hierba, como acababa de hacerlo él.

Y en aquel instante sonó un formidable rugido, seguido de un enorme brinco.

Era un jaguar de gran tamaño, y Briant oyó en seguida una voz que gritaba:

—¡Socorro!.. ¡Socorro, á mí!...

Briant conoció la voz de Doniphan. Era él, en efecto. Sus compañeros habíanse quedado en el campamento, á orillas del río.

Doniphan, derribado por el jaguar, se revolvía, sin poder hacer uso de sus armas.

Wilcox, despertado por los gritos, acudió con la escopeta preparada para hacer fuego.

—¡No tires!... ¡No tires!... exclamó Briant.

Y antes de que Wilcox pudiera conocerle, Briant se precipitó sobre la fiera, que se volvió contra él, mientras que Doniphan se levantaba con presteza.

Felizmente Briant pudo echarse á un lado, después de herir al jaguar con su cuchillo, y lo hizo con tanta rapidez, que ni Doniphan ni Wilcox tuvieron tiempo de intervenir. El animal, herido mortalmente, cayó en el momento en que Webb y Cross se lanzaban á socorrer á Doniphan.

Pero poco faltó para que la victoria costara cara á Briant, uno de cuyos hombros había sido rasgado por las garras del jaguar.

—¿Cómo es que te hallas aquí? preguntó Wilcox.

—Más tarde lo sabréis, respondió Briant. ¡Venid conmigo, venid pronto!...

—No antes de que te haya dado las gracias, dijo Doniphan. ¡Me has salvado la vida!...

—He procedido como tú lo hubieras hecho en mi lugar, replicó Briant. No hablemos más de eso, y seguidme.

Aun cuando la herida del generoso joven no fuera grave, se hizo preciso vendarla fuertemente con un pañuelo; y mientras Wilcox se ocupaba de esto, el jefe de la colonia puso a sus amigos al corriente de la situación.

¡De modo que aquellos hombres que Doniphan creyó cadáveres y arrastrados por la pleamar, estaban vivos y andaban errantes por la isla! ¡Eran malhechores cubiertos de sangre! ¡Una mujer había naufragado con ellos en la chalupa del *Severn*, y esa mujer estaba en *French-den!*... ¡Ya no había seguridad en la *isla Chairmán!* He aquí por que Briant había gritado á Wilcox que no tirara sobre el jaguar, por miedo de que la detonación se oyera, y por qué no usó más arma que el cuchillo para matar al jaguar.

—¡Ah, Briant, vales más que yo! exclamó Doniphan en un arranque de agradecimiento y muy conmovido.

—No, Doniphan; no, amigo mío, respondió Briant. Y puesto que me entregas tu mano, no la suelto hasta que me prometas volver allá.

—Sí, Briant, es preciso, respondió Doniphan. Cuenta conmigo. En adelante seré el primero en obedecerte. Al amanecer partiremos...

—No, en seguida, repuso Briant, para llegar sin que nos vean.

—¿Y cómo? preguntó Cross.

—Mokó está aquí, nos espera con la canoa. Íbamos á entrar en el *East-river*, cuando divisé la lumbre que habíais encendido.

—¡Y llegaste á tiempo para salvarme! repitió Doniphan.

—Y también para llevarte á *French-den*.

¿Cómo Doniphan y sus amigos se hallaban allí, en vez de estar en la embocadura del río?

Ahora lo sabremos.

Después de dejar la costa de los *Severnshores*, los cuatro muchachos volvieron al puerto de *Bear-rock*, en la tarde del 16, y al amanecer del día siguiente, como habían convenido, remontaron por la orilla izquierda del río, hasta el lago, en donde hicieron alto para llegar después á *French-den*.

Algunos instantes después, todos entraron en la canoa; mas como era muy pequeña para los seis, hubo que maniobrar con mucha precaución.

El regreso se hizo con mucha felicidad, pues la brisa era favorable y Mokó gobernó la barquichuela con notabilísimo acierto.

La alegría con que Gordon y los demás acogieron á los ausentes, allá cuando hacia las cuatro de la mañana desembarcaron en el dique del río *Zealand*, es de las que no pueden describirse.

Grandes peligros los amenazaban; pero á lo menos estaban todos en *French-den*.

La colonia se hallaba completa, ó más bien aumentada por aquella buena Kate, náufraga en las playas de la *isla Chairmán*, después de haber sido testigo de un espantoso drama en el mar.

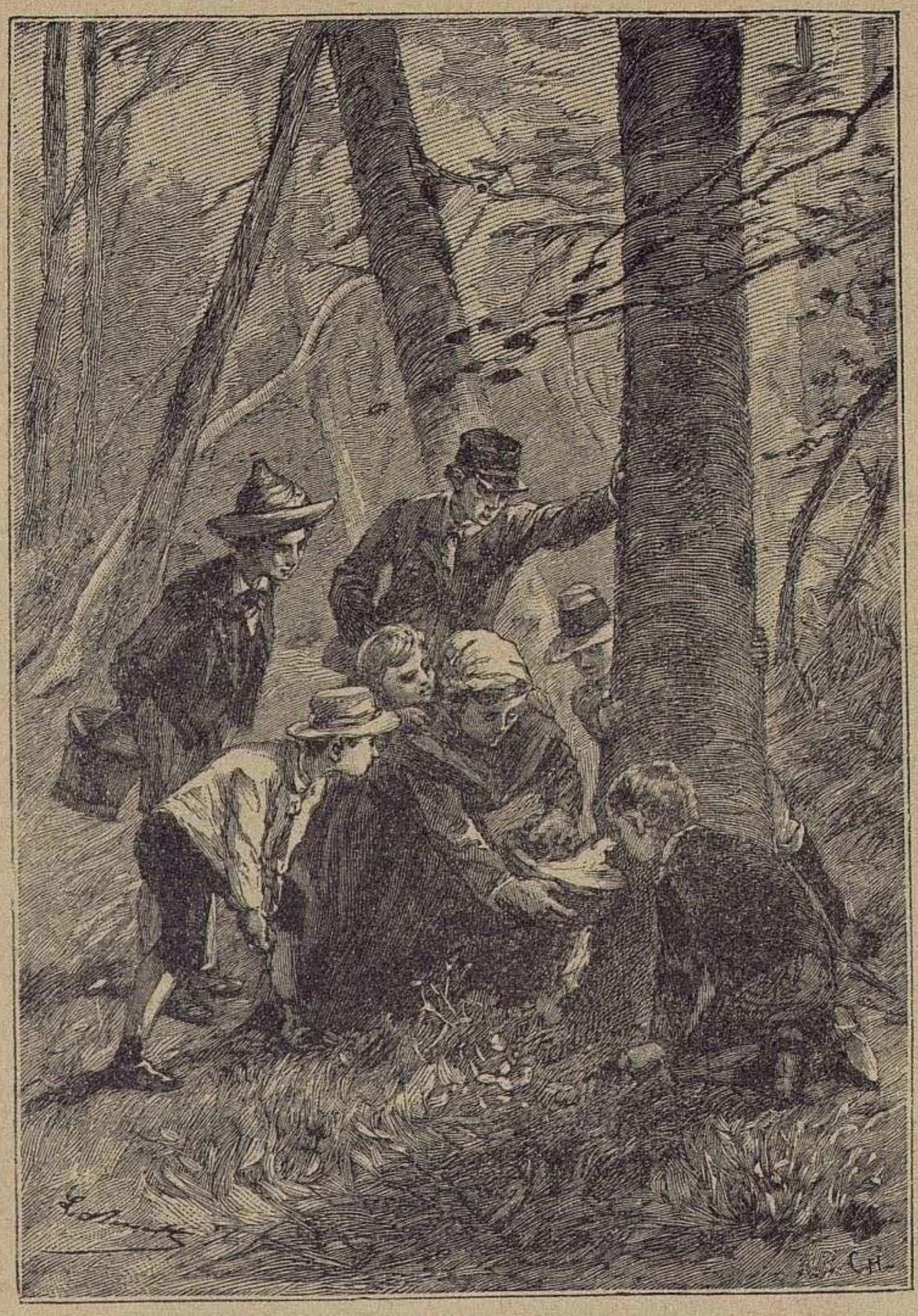
En adelante reinaría en la gruta una

M.C.D. 2018

Briant hundió su cuchillo en el pecho del jaguar.

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018



El árbol *vaca* destilaba un jugo de apariencia lechosa.

perfecta concordia, que nadie osaría turbar. Doniphan experimentaría quizás algún pesar por no ser jefe de los jóvenes colonos; pero indudablemente habia vuelto á mejores sentimientos. Sí; aquella separación de algunos días hubo de producir sus frutos, y ya más de una vez, sin embargo de no decir nada á sus compañeros, sin querer confesar sus culpas, nacidas al calor de su amor propio, cuando éste se sobreponía al interés; más de una vez, repetimos, dió señales de comprender con claridad lo censurable de aquel acto que su torquedad y su orgullo le habían hecho cometer. Por otra parte, Wilcox, Cross y Webb experimentaban la misma impresión; así es que después de la abnegación de Briant, Doniphan modificó su carácter y dominó sus bastardas pasiones para consagrarse al bien suyo y de todos sus compañeros.

Y hacía bien, porque la situación era gravísima.

Serios peligros amenazaban á *Frenchden*, expuesto á los ataques de siete malhechores vigorosos y armados. El interés de Walston era sin duda alguna marcharse cuanto antes de la *isla Chairmán*; pero si llegara á sospechar la existencia de una pequeña colonia, bien provista de cuanto carecía él, no vacilaría en agredirla, siendo así que todas las ventajas estarían de su parte. Los jóvenes se vieron obligados, pues, á tomar minuciosas precauciones, á no alejarse del río *Zealand* ni á aventurarse, sin gran necesidad, por los alrededores del lago, mientras Walston y su banda no abandonasen la isla.

Briant preguntó á Doniphan si cuando él y sus amigos volvían de *Severn-shores* á *Bear-roch*, habían visto ú oído algo que que pudiera hacerles sospechar la presencia de los marineros del *Severn*.

—Nada hemos notado, respondió Doniphan. Es verdad que para volver á la embocadura del *East-river* no hemos se-

M.C.D. 2018

guido el mismo camino que habíamos tomado antes, remontándonos hacia el Norte.

—Es, sin embargo, cierto que Walston se dirigió al Este, dijo Gordon.

—Estamos de acuerdo, repuso Doniphan; pero ha debido seguir la costa, mientras que nosotros volvíamos directamente por *Beeck-forest*. Mirad el mapa, y os convenceréis de que la isla forma una curva muy pronunciada más arriba de *Deception-bay*. Allí hay una vasta comarca, en donde aquellos malvados habrán tal vez buscado un refugio, sin apartarse demasiado del sitio en que está encallada la chalupa; pero tal vez Kate pueda decirnos en qué paraje se halla la isla que habitamos.

Kate, interrogada ya respecto del particular por Briant y por Gordon, no había sabido contestarles. Después del incendio del *Severn*, cuando Evans tomó la dirección del chalupa, maniobró de modo que pudiese arribar, según dijo, al continente americano, del cual *Chairmán* no podía estar muy lejos, pero jamás le había oído pronunciar el nombre de esta isla; sin embargo, como los archipiélagos de aquella costa debían hallarse relativamente cerca, era probable que Walston quisiera llegar allí, y que, por lo tanto, tuviese interés en quedarse en el litoral del Este.

—Como no sea, dijo Briant, que Walston, al llegar á la embocadura del *East-river*, y encontrando allí huellas de vuestro campamento, tenga la idea de indagar algo más.

—¿Qué huellas? respondió Doniphan. Un montón de ceniza apagada. ¿Qué podrá deducir de ello? Que la isla está habitada; pues bien, en ese caso aquellos miserables no pensarían más que en ocultarse...

—Sin duda, replicó Briant, como no descubran que la población de esta isla se reduce á unos cuantos niños. ¡Procuremos, pues, por todos los medios posibles que no sepan quiénes somos! Y dime, Doniphan: ¿recuerdas si has descargado tu escopeta estando en las cercanías de *Deception-bay*?

—No, y es cosa extraordinaria, respondió sonriendo Doniphan, porque me gusta por demás quemar pólvora. Desde que abandonamos la costa, estábamos suficientemente provistos de caza, y ninguna detonación ha podido divulgar nuestra presencia en aquellos sitios. Ayer, durante la noche, Wilcox estuvo á punto de tirar sobre el jaguar; pero felizmente llegaste á tiempo de impedírselo, y también de salvarme la vida, arriesgando la tuya.

—Te repito otra vez, Doniphan, que no hice más que lo que tú hubieras hecho en mi lugar. Y ahora, amigos míos, nada de tiros ni excursiones á *Traps-woods*, y vivamos con lo que tenemos en reserva.

Desde su llegada á *French-deñ*, Briant fué objeto de los cuidados necesarios para la curación de su herida, que se cicatrizó muy pronto, no quedándole más que alguna incomodidad en el brazo, que desapareció pocos días después.

El mes de Octubre había concluído, y Walston no había sido visto todavía en los alrededores del río *Zealand*. ¿Se habría marchado en la chalupa después de repararla? No era cosa imposible, porque Kate recordaba que tenía un hacha, además de un fuerte cuchillo, de esos que los marineros llevan siempre consigo; y como la madera no faltaba tampoco cerca de *Severn-shores*, bien pudo corregir, aunque toscamente, cualquier avería, y arriesgarse al mar en aquella embarcación.

De todos modos, como ignoraban lo que podía suceder, sus costumbres tuvieron que modificarse. Las excursiones quedaron prohibidas, no verificando más que la que realizaran Baxter y Doniphan para quitar el mástil colocado en lo alto de *Auckland-hill*.

Una vez en este sitio, Doniphan paseó la vista con el anteojo por las masas de árboles que se redondeaban hacia Levante, y aun cuando no podía ver el litoral oculto detrás de *Beeck-forest*, si alguna columna de humo se hubiera elevado en el aire, la vería seguramente, y esto habría bastado para indicar que Walston y los suyos estaban acampados en aquella parte. Doniphan no vió nada por allí, ni tampoco por los alrededores de *Sloughi-bay*, cuyos parajes estaban siempre desiertos.

Desde que las excursiones se suspendieron y las escopetas estaban en descanso, los cazadores habían tenido que renunciar á su ejercicio predilecto; pero como no faltaban lazos cerca de *French-den*, la mesa se hallaría siempre surtida de alimentos frescos, aparte de los que suministraban las avutardas y los *tinamous* del corral, pues multiplicados en gran cantidad, Service y Garnett se vieron obligados á sacrificar buen número de ellos. También habían hecho una buena provisión de hojas del árbol de té y de savia de arce, que tan fácilmente se transforma en azúcar. No era, pues, necesario reponer el almacén, porque aun cuando el invierno llegara antes de que nuestros jóvenes colonos recuperasen su libertad, estaban suficientemente provistos de aceite para el alumbrado, y de conservas y caza para la despensa.

En aquella época un nuevo descubrimiento vino á aumentar el bienestar de *French-den*.

Este descubrimiento no fué debido á Gordon, sino á Kate.

Había en el límite de *Bog-woods* cierto número de árboles que medían de cincuenta á sesenta pies de altura; dichos árboles

M.C.D. 2018

no habían sido cortados para leña, porque su madera es muy fibrosa y no servía para alimentar las estufas. Sus hojas eran de forma oblonga, con una espina en la punta.

Desde el primer día en que Kate los vió, 25 de Octubre, exclamó:

—¡He aquí el árbol *vaca*!

Dole y Costar, que la acompañaban, se echaron á reir.

—¿Cómo el árbol *vaca*? dijo el uno.

—¿Lo comen las reses vacunas? preguntó el otro.

—No, hijos míos, no, respondió Kate. ¡Si se llama así, espor que da leche, y mejor que la de vuestras vicuñas!

Al entrar en la gruta, Kate dió parte de su descubrimiento á Gordon. Este llamó en seguida á Service, y ambos fueron con Kate á la orilla de *Bog-woods*. Después de examinar detenidamente el árbol en cuestión, el americano creyó que era un *galactendron*, que crece en gran número en los bosques de la América del Norte, y el muchacho no se equivocaba.

Era un precioso descubrimiento, pues basta hacer una ligera incisión en la corteza de aquellos vegetales para que salga por ella un jugo de apariencia lechosa, que tiene el gusto y las propiedades nutritivas de la leche de vaca; y además, cuando se deja que ese jugo se coagule, da un excelente queso y produce también una cera muy pura, parecida á la de las abejas, pudiéndose fabricar con ella velas de excelente calidad.

—¡Pues bien! exclamó Service. ¡Si es el árbol *vaca*, es preciso ordeñarlo!

Sin sospecharlo siquiera, el alegre muchacho acababa de usar las palabras de que se sirven los indios cuando van á sacar aquella leche.

Gordon hizo una incisión en el tronco, y Kate recogió lo menos dos litros de aquel líquido en un cacharro que había traído al efecto.

Era un hermoso licor blanco, de gusto muy apetitoso, que encierra los mismos elementos que la leche de vaca, y es aún más nutritivo, más consistente y de un sabor mucho más agradable. La vasija fué vaciada en un instante, y Costar se relamía lo mismo que hubiera podido hacerlo un gatito. Mokó estaba también muy satisfecho por aquel hallazgo, pensando en las buenas cosas que podría hacer con aquella leche, que no habría que economizar, pues el *rebaño de galactendrons* era numeroso y no estaba lejos.

Es verdad que la *isla Chairmán* tenía recursos suficientes para una numerosa colonia. La alimentación de los jóvenes estaba asegurada para mucho tiempo; y con esto y con la llegada de Kate, de aquella buena mujer que, queriendo ya á los niños como una madre, les prodigaría minuciosos cuidados, bien puede decirse que todo se reunía para hacerles la vida más fácil y agradable.

¡Lástima grande que no hubiera seguridad en la isla!...

¡Cuántos descubrimientos pudieran obtenerse organizando exploraciones en las partes desconocidas del Este, y era preciso renunciar á ellos! ¿Podrían algún día emprender de nuevo sus excursiones sin tener que precaverse más que del encuentro de alguno que otro animal carnívoro, menos peligroso, de seguro, que aquellas fieras humanas, de las que ahora debían guardarse constantemente?

En los primeros días de Noviembre ninguna huella sospechosa se había observado todavía en las cercanías de *Frenchden*. Briant se preguntaba muchas veces si los marineros del *Severn* estarían aún en la isla; pero como Doniphan había visto el mal estado de la chalupa, destrozada completamente por las puntas de los arrecifes, dudaba de que hubieran podido componerla.

FIN DEL CUADERNO TERCERO

M.C.D. 2018

ÍNDICE DEL CUADERNO TERCERO

Páginas.

I.—Inquietud de Briant por Santiago.—Construcción del cercado.—Azúcar de arce.—Destrucción de las zorras.—Nueva expedición á *Sloughi-bay*.—El carro enganchado.—Matanza de focas.—Las fiestas de Navidad.—¡Hurra por Briant..... 5

**II.—Preparativos para el próximo invierno.—Proposición de Briant.—Partida de Briant, de Santiago y de Mokó.—Travesía de *Family-Lake*.—El *East-river*.—Un puertecito en la embocadura.—El mar en el Este.—Santiago y Briant.—Vuelta á *Frech-den*..... 14

**III.—El pantano salado.—Los zancos.—Exploración por el *South-moors*.—En previsión del invierno.—Diferentes juegos.—Entre Doniphan y Briant.—Intervención de Gordon.—Inquietudes por el porvenir.—Elecciones del 10 de Junio..... 23

**IV.—El mástil de las señales.—Grandes fríos.—El *flamenco*.—Destreza de Santiago.—Desobediencia de Doniphan y de Cross.—La niebla.—Santiago entre las brumas.—Los cañonazos de *Frech-den*.—Los puntos negros.—Actitud de Doniphan..... 30

**V.—Una parada en la punta Sur del lago.—Doniphan, Cross, Wilcox y Webb.—Separación.—La región de los *Downs-lands*.—El *East-river*.—Bajando la orilla izquierda.—Llegada á la embocadura..... 39

**VI.—Exploración de *Deception-bay*.—*Bear-rock-harbour*.—Proyectos de vuelta á *French-den*.—Reconocimiento por el Norte de la isla.—*El North-reek*.—Espantosa borrasca.—Noche de alucinaciones.—Al amanecer..... 44

**VII.—Una idea de Briant.—Alegría de los pequeños.—Construcción de una cometa.—Experiencia interrumpida.—Kate.—Los supervivientes del *Severn*.—Peligros que corren Doniphan y sus compañeros.—Abnegación de Briant.—Todos reunidos.—La situación tal cual es.—Precauciones tomadas.—Modificación en la vida.—El árbol *vaca*..... 49

M.C.D. 2018

JULIO VERNE

DOS AÑOS DE VACACIONES

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

DOS AÑOS

DE

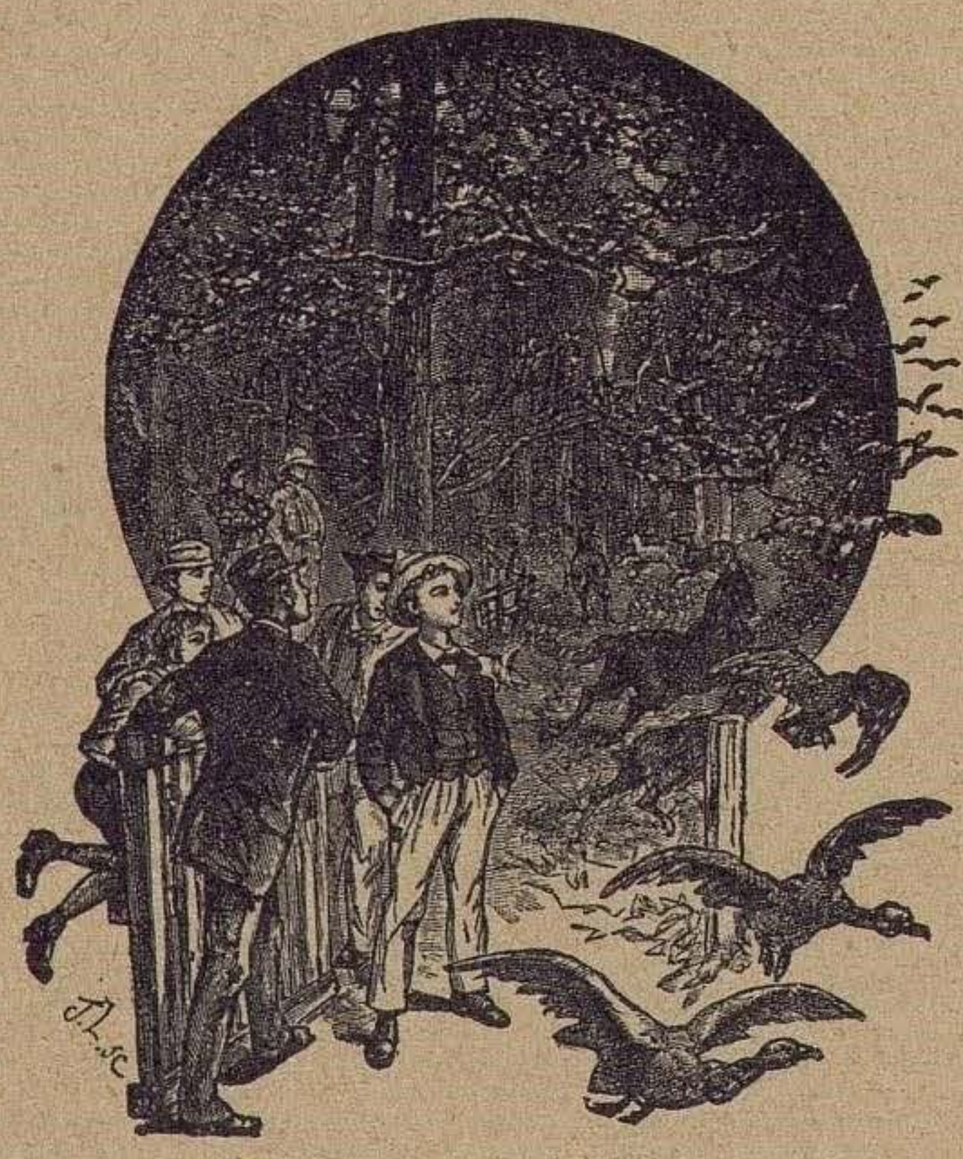
VACACIONES

POR

JULIO VERNE

VERSION ESPAÑOLA

CUADERNO CUARTO



SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS
EDITORES
10, Calle de Campomanes, 10
MADRID

M.C.D. 2018

Es propiedad de los editores; quedan cumplidos los requisitos que ordena la ley.

Imprenta Helénica, Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid.—Teléfono 18014.

M.C.D. 2018

DOS AÑOS DE VACACIONES

Lo que importaba saber.—Una proposición de Kate.—Briant acosado por una idea.—Su proyecto.—Discusión.—Hasta mañana.

La situación de los colonos de la *isla Chairmán* se hacía cada día más insostenible, y era preciso salir de dudas á toda costa.

Briant tuvo muchas veces la idea de reconocer, yendo él á la descubierta, la región situada al Este del lago, y Doniphan, Baxter y Wilcox se brindaban para acompañarle; pero obrando así corrían el riesgo de caer en manos de Walston, y, por consiguiente, enterarle de que sus adversarios eran poco temibles; así es que Gordon, cuyos consejos eran siempre escuchados, hizo que Briant desistiera de aquel proyecto.

Entonces Kate hizo una proposición

M.C.D. 2018

que no presentaba ninguno de aquellos peligros.

—Señor Briant, dijo una noche cuando todos los colonos estaban reunidos en el *hall:* ¿queréis permitir que me ausente mañana al amanecer?

—¿Queréis dejarnos, Kate?

—Sí. No podéis permanecer más tiempo en esta incertidumbre; y para saber si Walston está ó no en la isla, pienso ir al mismo sitio en que nos arrojó la tempestad. Si la chalupa se halla todavía allí, es señal de que no ha podido partir aún... Y si ya no está, será prueba de que no tendremos que temer nada de él.

—Lo que queréis hacer, Kate, respondió Doniphan, es exactamente lo mismo que hemos propuesto ejecutar Briant, Baxter, Wilcox y yo.

—Es verdad; pero lo que es peligroso para vosotros, no lo es para mí.

—Sin embargo, dijo Gordon. ¡Si volvieseis á caer en manos de Walston!...

—Pues bien, replicó aquella digna mujer; me hallaría en la misma situación en que estaba antes de huir.

—¿Y si aquel miserable quisiera mataros, lo que es muy probable?... dijo Briant.

—Puesto que me he escapado una vez, replicó Kate, ¿por qué no lo haría otra, y sobre todo ahora, que conozco el camino de *French-den?* Y además, si pudiera huir en compañía de Evans, á quien yo enteraría de cuanto os concierne, ¡de qué utilidad sería para vosotros el valiente timonel!...

—Si Evans hubiera tenido posibilidad de escaparse, respondió Doniphan, ya lo hubiese hecho... ¿No tiene acaso gran interés en hacerlo?

—Doniphan lleva razón, dijo el americano. Evans conoce los secretos de Walston y de sus cómplices, quienes no titubearán en matarle cuando ya no le necesiten para gobernar la chalupa. Pues bien; si no ha huido, es que está muy custodiado.

—¡O que haya pagado ya con su vida alguna tentativa de evasión! repuso Doniphan. De modo, Kate, que si volviera cogeros...

—Haré cuanto me sea posible para no caer de nuevo en sus manos.

—No, replicó Briant; ¡jamás permitiremos os arriesguéis así! Más vale buscar otro medio menos peligroso para saber si Walston ha abandonado la isla ó permanece aún en ella.

Rechazados el plan del jefe de la colonia y la proposición de Kate, era preciso tomar muchas precauciones y cuidar de no cometer ninguna imprudencia.

Admitiendo que Walston estuviese aún allí, parecía que no tenía intención de explorar el terreno, pues varias veces ya Briant, Doniphan y Mokó recorrieron *Family-Lake* en noches muy oscuras, sin notar nunca ninguna claridad sospechosa en la opuesta orilla ni debajo de los árboles que estaban agrupados cerca del *East-river*.

Era, sin embargo, muy penoso vivir en tales condiciones; así es que Briant se devanaba sin cesar los sesos discurriendo algún medio que los sacara de tantas dudas y ansiedades. Bastaría tal vez para ello subir á una conveniente altura y vigilar desde ella; pero desgraciadamente el acantilado no pasaba de doscientos pies de elevación, y, por lo tanto, no dominaba por completo aquella comarca.

¿Qué hacer, sin exponerse á serios peligros? La imaginación de Briant no se daba un momento de reposo. De pronto se apoderó de su espíritu una idea tan sumamente peligrosa, y hasta insensata, que la rechazó en seguida; pero se había fijado de tal modo en su cerebro, que, dándola vueltas, concluyó por considerarla practicable.

Nuestros lectores no habrán olvidado que la operación de remontar por los aires la cometa se suspendió á causa de la llegada de los náufragos de *Severn*.

Pues bien, Briant se decía: puesto que aquella cometa no puede servir ya para señales, será tal vez posible utilizarla para operar el reconocimiento de la isla, tan necesario para nuestra tranquilidad.

M.C.D. 2018

¡Sí! Esa era la idea que se había apoderado de la imaginación del muchacho. Recordaba haber leído en un periódico inglés que á últimos del pasado siglo una mujer había tenido el valor de elevarse en los aires, suspendida de una cometa, especialmente fabricada para aquella peligrosa ascensión (1).

Pues bien; lo que una mujer había hecho, ¿no podía hacerlo un muchacho? ¿Qué importaba que su tentativa ofreciese peligros? Los riesgos no eran nada en comparación de los resultados que se obtendrían, de seguro; y tomando todas las precauciones exigidas por la prudencia, ¿por qué no había de tener éxito aquella operación? Aun cuando Briant no estuviera en estado de calcular matemáticamente la fuerza ascensional que necesitaría un aparato de ese género, se decía que ya lo tenía preparado, y que bastaría darle dimensiones más grandes y más sólidas. Al subir la cometa podía él ascender con ella, y elevándose á algunos centenares de pies dominaría grandes extensiones de terreno, llegando tal vez á descubrir de ese modo algún fuego en la parte de la isla comprendida entre el lago y *Deception-bay*.

No tomen nuestros lectores á risa la idea de este valeroso y audaz muchacho, por haber llegado á creer que su proyecto era practicable; lo era, en efecto, y además ofrecía menos peligros de lo que se puede creer á primera vista.

Bien madurado ya el plan en la mente de Briant, no restaba más que hacerlo aprobar por sus compañeros; así es que la tarde del 4 de Noviembre rogó á Gordon, Doniphan, Wilcox, Webb y Baxter que fueran á conferenciar con él, y cuando se reunieron, les hizo conocer su propósito de utilizar la cometa.

(1) Lo que meditaba Briant iba á hacerse en Francia. Algunos años más tarde, una cometa que media veinticuatro pies de ancho por veintisiete de largo, de forma octógona, cuya armazón pesaba setenta y ocho kilogramos, y la tela y cuerdas cuarenta y cinco (ciento treces en todo), levantó fácilmente un saco de tierra que pesaba setenta kilos.

—¿Utilizarla? dijo Wilcox. ¿Qué quieres decir con esto? ¿Lanzarla al aire?

—Sin duda, respondió Briant; remontarla, puesto que se hizo con ese objeto.

—¿En medio del día? preguntó Baxter.

—No, porque en este caso, Walston y sus compañeros la verían, mientras que de noche...

—Lo mismo sucederá si la pones una luz, replicó Doniphan.

—Es que no se la pondré.

—¿De qué servirá entonces? preguntó Gordon.

—Para ver si los marinos del *Severn* están aún en la isla.

Y Briant, no sin alguna inquietud, temeroso de que lo desecharan, expuso su pensamiento en pocas palabras.

Sus compañeros no se admiraron por el atrevimiento de Briant: estaban ya tan familiarizados con los peligros, que una ascensión nocturna, ejecutada en tales condiciones, les pareció muy practicable. Gordon era el único que se preguntaba si su amigo hablaba formalmente.

—Sin embargo, dijo Doniphan: ¿será esa cometa bastante grande para soportar el peso de uno de nosotros?

—No lo creo, replicó Briant, y pienso que debemos darle mayor tamaño y más solidez.

—Queda por saber, dijo Wilcox, si una cometa podrá resistir...

—No es dudoso; lo puede, afirmó Baxter.

—Además, una ascensión idéntica se ha verificado ya, añadió Briant.

Y citó el caso de aquella mujer que cien años antes había intentado con éxito aquella experiencia.

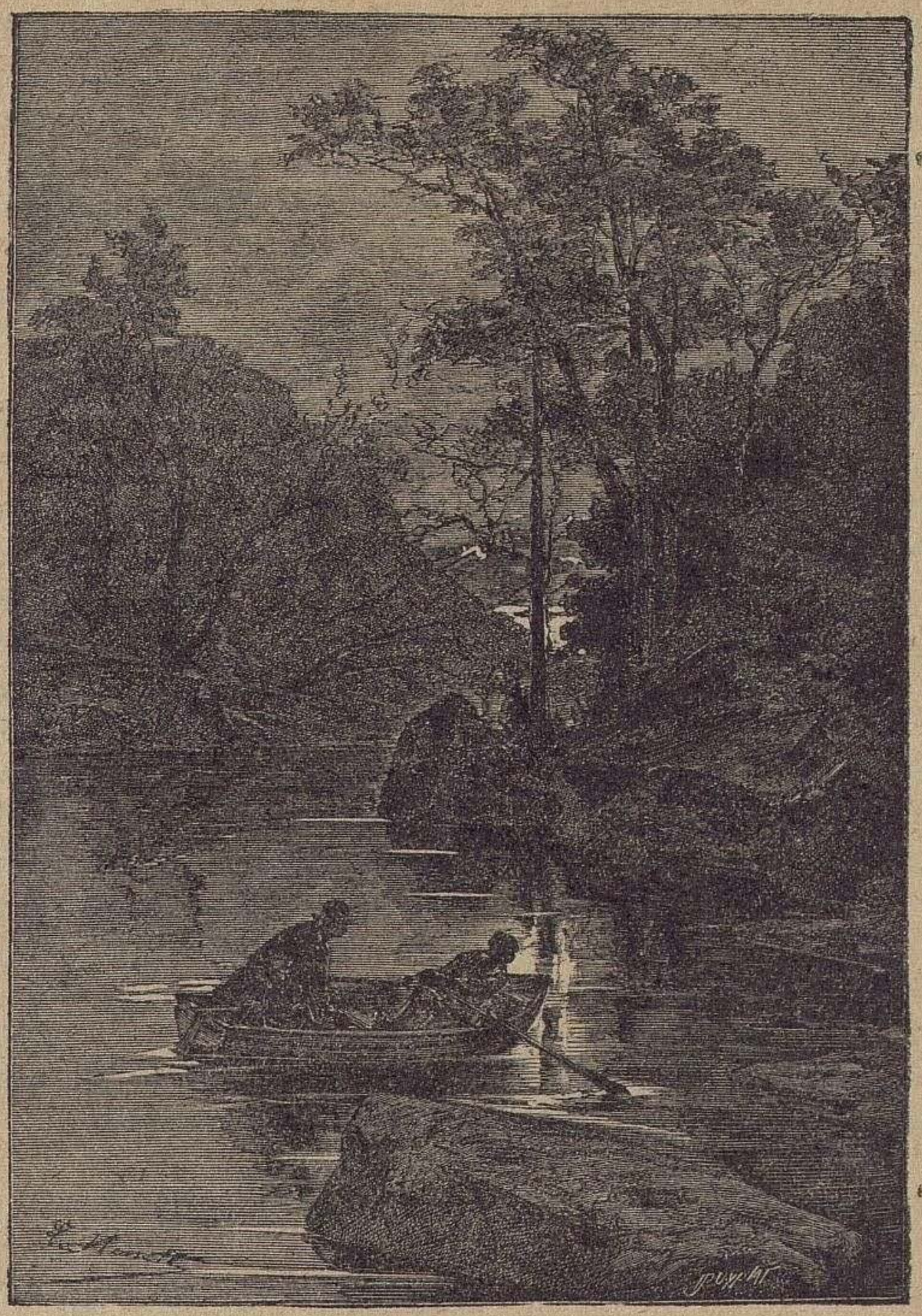
—Todo depende, prosiguió, de las dimensiones del aparato y de la fuerza del aire en el momento de la ascensión.

—¿A qué altura crees que será preciso subir? preguntó Baxter.

—Me parece que á unos seiscientos ó setecientos pies, respondió Briant, se podría ver un fuego encendido en cualquier punto de la isla.

—Pues bien, es menester hacerlo un se-

M.C.D. 2018



Briant, Doniphan y Mokó examinaban las orillas del lago.

guida, exclamó Service. ¡Estoy cansado de no poder ir y venir á mi antojo!...

—¡Y nosotros de no poder registrar las trampas! añadió Wilcox.

—¡Y yo de no atreverme á disparar un tiro! replicó Doniphan

—Hasta mañana, pues, dijo Briant.

Y luego, cuando se encontró solo con Gordon, éste le dijo

—¿Piensas formalmente en realizar tu proyecto?...

—Por lo menos quiero probar.

—¡Es peligroso!

—Tal vez menos de lo que parece.

cuál de nosotros consentirá en arriesgar su vida en esa atrevida excursión aérea?

—¡Tú el primero, Gordon; sí, tú mismo, si la suerte te designa!

—¡Ah! ¿Es la suerte la que ha de decidir?...

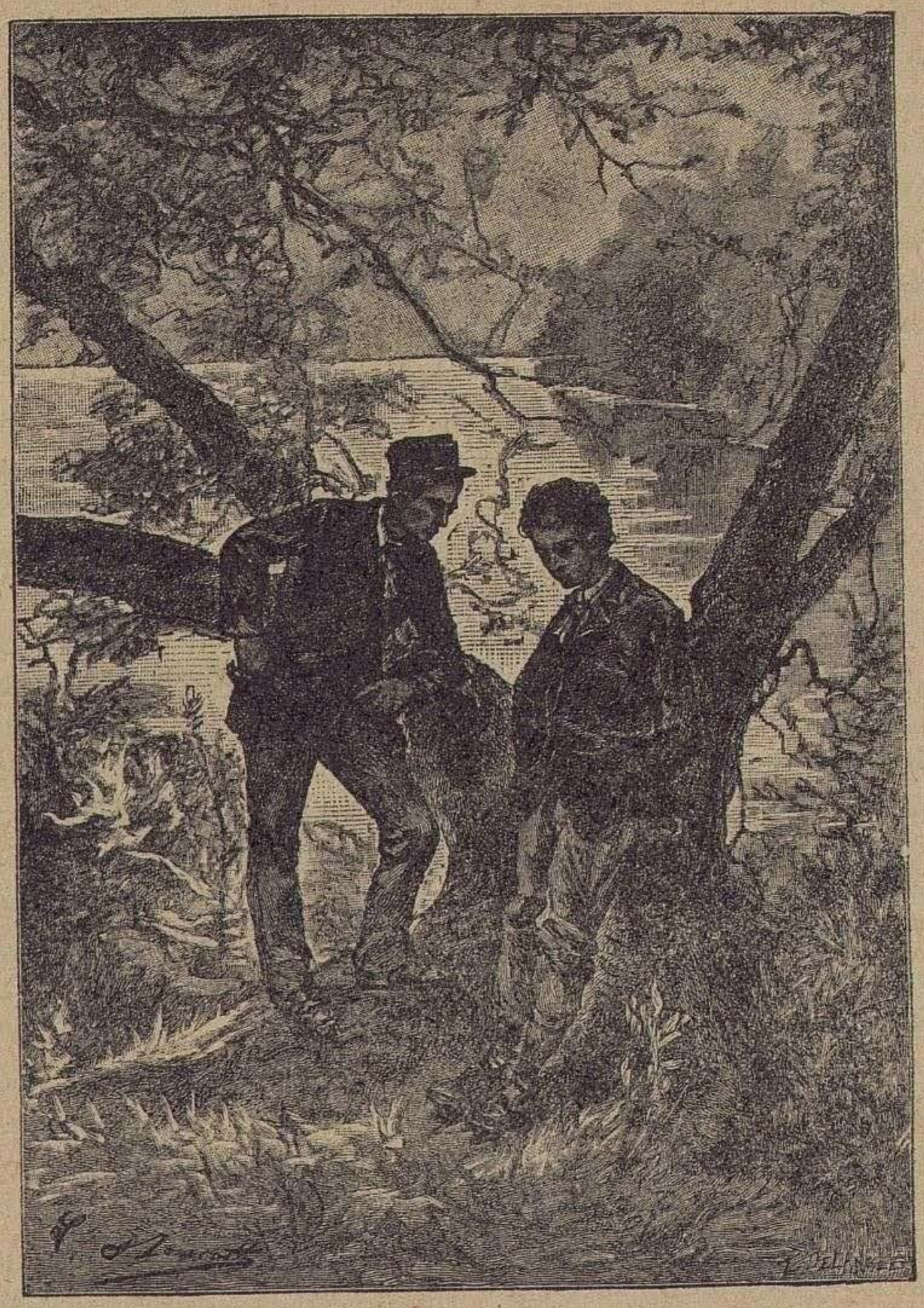
—¡No, Gordon! ¡Es necesario que el que verifique aquella ascensión lo haga con plena voluntad!...

—¿Está hecha tu elección?

—¡Tal vez!

Y Briant se marchó, después de apretar la mano del americano.

M.C.D. 2018



—¿Está hecha tu elección? preguntó Santiago.

II

Primer ensayo.—Agrandamiento del aparato.—Segundo ensayo.—Suspensión hasta el día siguiente.—Proposición de Briant.—Ofrecimientos de Santiago.—La confesión.—La idea de Briant.—En los aires á media noche.—Lo que se ve.—El viento refresca.—Desenlace.

En la mañana del 5 de Noviembre, Briant y Baxter pusieron manos á la obra; pero antes de dar á la cometa dimensiones más considerables, juzgaron necesario saber el peso que podría resistir tal cual era. Esto permitiría llegar á darle la suficiente superficie para desenvolver una fuerza capaz de soportar un peso que no debía ser inferior de ciento veinte á ciento treinta libras.

No fué preciso esperar á la noche para esta primera experiencia, pues soplando entonces viento del Sudoeste, Briant dijo que no había ningún inconveniente en aprovecharlo, siempre que la cometa no se elevara muy alta, para que no se viera desde la ribera oriental del lago.

La operación salió á las mil maravillas

M.C.D. 2018

pudiendo apreciarse con exactitud que el aparato levantaba un peso de veinte libras, pues se valieron de una romana encontrada entre el material del *Sloughi*.

La cometa fué tendida en el suelo de *Spart-terrace*.

Primero Baxter consolidó su armadura por medio de cuerdas que se unían en un nudo central, como las ballenas de un paraguas á la anilla que se desliza por el mango.

Después la agrandaron por medio de un suplemento de cañas y el aumento de nuevas telas, para lo que Kate se mostró muy diestra, pues no faltaban en *French-den* ni hilos ni agujas.

Si Briant ó Baxter hubieran estado más instruídos en mecánica, hubieran tenido en cuenta, para construir el aparato, los cálculos más indispensables, como son el peso, la superficie plana, el centro de gravedad, el de presión del aire, que se confunde con el de configuración, y por fin el punto en que está atada la cuerda; esto sentado, hubieran deducido fácilmente cuál sería el poder ascensional de la cometa y la altura que podía alcanzar, no dejando de saber también la fuerza que habría de tener la cuerda para resistir la tensión; circunstancia muy atendible para la seguridad del observador.

Felizmente la cuerda encontrada entre el material del *schooner*, y que medía cerca de dos mil pies, era muy fuerte; sin contar que cuando el aire no sopla con violencia es sabido que las cometas resisten con moderación, siempre que el punto de enlace de los tirantes esté bien escogido. Era preciso, por lo tanto, arreglar con cuidado dichos tirantes, pues de ellos depende que el aparato se incline ó se mantenga recto en la capa de aire en que se coloca, y también regula su estabilidad.

Para este nuevo empleo la cometa no necesitaba tener cola, cosa que ponía de mal humor á Dole y á Costar; pues aun cuando llevaría el apéndice necesario para su equilibrio y para conducir al aeronauta, no sería ni en la forma ni en la extensión que ellos deseaban.

Después de tantear mucho, Baxter y Briant observaron que convendría colocar el peso de resistencia en el tercio de la armadura, fijándolo en uno de los travesaños que extendían la tela en el sentido de la anchura. Dos cordeles de gran consistencia, amarrados á aquel travesaño, le sostendrían de modo que se encontrara suspendido á unos veinte pies más abajo.

Prepararon una cuerda como de cuatrocientas varas, lo que, deducida la curva, permitiría elevarse á setecientos ú ochocientos pies del suelo.

En fin, para disminuir en lo posible los peligros de una caída en el caso de cualquier avería, se convino en que la ascensión habría de verificarse encima del lago; pues en la desgracia de caer al agua, la distancia desde aquel punto á la orilla cualquier regular nadador podía fácilmente salvarla. Siempre sería peligrosa, pero nunca seguramente tan fatal como si se verificase sobre una superficie sólida, teniendo en cuenta que el descenso se haría con relativa lentitud.

Terminado el aparato, pudo apreciarse que tenía setenta metros superficiales en cuadro. Era de forma octógona; su radio se extendía hasta cerca de quince pies, y cada uno de los lados, cuatro. Con su fuerte armadura y su tela, completamente impermeable, no era dudoso que al aire levantaría fácilmente un peso de ciento veinte libras.

La barquilla en que el aeronauta se había de colocar era sencillamente una canasta de mimbres encontrada en el *Sloughi*, bastante profunda para que cualquiera de los colonos que entrara en ella estuviera hundido hasta el pecho, regularmente ancha para que tuviera libertad en sus movimientos, y suficientemente abierta para salirse pronto, en caso necesario.

Este trabajo, que se empezó el día 5, no se concluyó hasta el 7 por la tarde, y por consiguiente se dejó para el otro día la experiencia preparatoria, que daría á conocer el poder ascensional del aparato y su grado de estabilidad en el aire.

Durante aquellos últimos días nada he-

M.C.D. 2018

bía venido á modificar la situación. Varias veces unos ú otros habíanse quedado largas horas en observación sobre el acantilado; pero nada sospechoso habían visto, ni al Norte, entre el límite de *Traps-woods* y *French-den*, ni al Sur, más allá del río, ni al Oeste del lado de *Sloughi-bay*, ni en el lago que Walston hubiera podido querer reconocer antes de dejar la isla.

Ninguna detonación se había oído tampoco.

Briant y sus compañeros podían creer, fundados en estos indicios, que los malhechores habían abandonado definitivamente la *isla Chairmán*; mas ¿podrían por fin volver de nuevo á sus costumbres?

Eso es lo que la proyectada experiencia iba á demostrarles.

Una suprema dificultad se presentó á la imaginación de los jóvenes colonos.

¿Cómo haría la señal de que bajaran la cometa el que subiera á la barquilla?

Y he aquí lo que expuso Briant, cuando Doniphan y Gordon le interrogaron sobre este punto.

—Una señal luminosa es imposible, respondió Briant, pues Walston podría verla; así es que Baxter y yo hemos recurrido al siguiente procedimiento. Tomaremos un bramante de un largo igual al de la cuerda de la cometa, y después de haber agujereado una bala de plomo, pasaremos por ella el bramante, que se atará á la barquilla, mientras que la otra punta quedará aquí, en las manos de uno de nosotros. Cuando se quiera bajar, se soltará la bala, que se deslizará por el bramante, dando la señal de la bajada.

—¡Perfectamente ideado! respondió Doniphan.

Estando ya todo dispuesto, no faltaba más que proceder al previo ensayo; y como la luna no salía hasta las dos de la madrugada, viendo que era el viento favorable, convinieron en verificarlo aquella misma noche.

A las nueve la oscuridad era profunda. Algunas nubes corrían á través del espacio, y parecía seguro que á cualquier altura que se elevara la cometa no podría ser vista desde ninguna parte.

Grandes y pequeños asistieron al acto, ciertamente con más placer que emoción, toda vez que no había de ir nadie en el cesto.

La cabria del *Sloughi* había sido colocada en el centro de *Sport-terrace*, y sólidamente fijada en el suelo para que resistiera á la tracción de la cometa, disponiéndose también la larga cuerda de tal modo que se desenrollara sin esfuerzo, al mismo tiempo que el bramante destinado á dar la señal de bajada. Briant colocó en el cesto un saco de tierra, que pesaba exactamente ciento treinta libras, peso superior al de cualquiera de sus compañeros.

Doniphan, Baxter, Wilcox y Webb se colocaron al lado del aparato, á unos cien pasos de la cabria. A una señal de Briant, debían levantarlo poco á poco, por medio de cuerdas atadas á los travesaños de la armadura; y en cuanto aquel aparato hubiera dado presa al viento, Briant, Gordon, Cross y Garnett, que estaban al lado de la cabria, soltarían la cuerda, dejándola á la sola acción de la cometa.

—¡Atención! exclamó Briant.

—¡Estamos prontos! respondió Doniphan.

—¡Soltad!

La cometa se levantó poco á poco, apoyándose en el aire.

—¡Dad cuerda! gritó Wilcox.

En seguida el torno fué dando vuelta á impulsos de la tensión, viendo todos que aquel gran fantasma, con su canasta por apéndice, subía lentamente por el espacio.

Aunque fuera una gran imprudencia, gritos y vivas acompañaron en su ascensión al *Gigante de los aires*, que pronto desapareció en la oscuridad, con gran disgusto de los pequeños, quienes no hubieran querido perderle de vista mientras se balanceaba encima de *Family-Lake*.

Kate les dijo al momento:

—No os desconsoléis, hijos míos. Más tarde, cuando ya no haya peligro, sobre-

M.C.D. 2018

rán de día al *Gigante*, y, si sois buenos, se os permitirá le mandéis correos.

Aun cuando ya no se le veía, comprendían que la cometa tiraba con regularidad y sin demasiada fuerza, lo cual era una prueba de que el punto de unión de los tirantes estaba dispuesto como convenía.

Briant, queriendo que el ensayo fuera tan completo como lo permitían las circunstancias, dejó que la cuerda se desenrollara hasta el extremo, pudiendo entonces apreciar su grado de tensión, que nada tenía de anormal. La cometa debía hallarse á una altura de seiscientos ó setecientos pies, y aquella maniobra no había durado más que diez minutos.

Concluída la experiencia, cada cual, á su vez, cogió los manubrios para enrollar de nuevo la cuerda; sólo que esta operación fué mucho más larga, pues duró lo menos una hora.

Lo mismo que para la caída de un globo, la maniobra para la de una cometa es lo que más cuidado necesita, si se quiere que se verifique sin choque. Por fortuna, la brisa era constante y el descenso se hizo con el mayor éxito, apareciendo de nuevo el octógono de lienzo en la sombra y cayendo suavemente casi en el mismo punto en donde se había elevado.

Prolongados vivas acogieron la vuelta, como habían saludado la marcha.

Ya recogida la cometa, fué sujetada fuertemente al suelo, para que no diera presa al viento, ofreciéndose Baxter y Wilcox á velar toda la noche, por lo que pudiera ocurrir.

Al día siguiente, 8 de Noviembre, se haría la ascensión definitiva.

Briant no decía nada, y parecía profundamente absorto en sus reflexiones.

¿En qué pensaba? ¿Era en los peligros que presentaba una ascensión intentada en condiciones tan excepcionales, ó en la responsabilidad que asumía dejando á uno de sus compañeros arriesgarse en aquella frágil barquilla?

—Entremos en la gruta ya, dijo Gordon; es tarde...

—¡Esperad un instante! Gordon, Doniphan, tengo que haceros una proposición.

—Habla, respondió Doniphan.

—Acabamos de ensayar la cometa, repuso Briant, y ese ensayo ha salido bien, porque las circunstancias nos han favorecido. ¿Sabemos acaso el tiempo que hará mañana, y si el viento permitirá mantener el aparato encima del lago? Y eso no obstante, mi parecer es no diferir la operación definitiva.

Nada más razonable, en efecto, puesto que estaban resueltos á hacerlo; así es que nadie contestó á aquella proposición. En el momento de entregarse á tales peligros, los más intrépidos hubieran titubeado.

Y, sin embargo, cuando Briant añadió:

—¿Quién quiere subir?...

—¡Yo!... dijo Santiago con viveza.

Y casi en seguida:

—¡Yo!... exclamaron á un tiempo Doniphan, Baxter, Wilcox, Cross y Service.

Hubo después un instante de silencio, que Briant no se apresuró á interrumpir.

Santiago fué el primero que habló.

—Hermano, dijo, yo soy el que debe subir; sí, yo. ¡Te lo suplico!... ¡Déjame partir!...

—¿Y por qué tú más bien que yo... ó cualquier otro? replicó Doniphan.

—¿Sí?... ¿Por qué? preguntó Baxter.

—¡Porque debo hacerlo así! respondió el niño.

—¿Debes?... dijo Gordon.

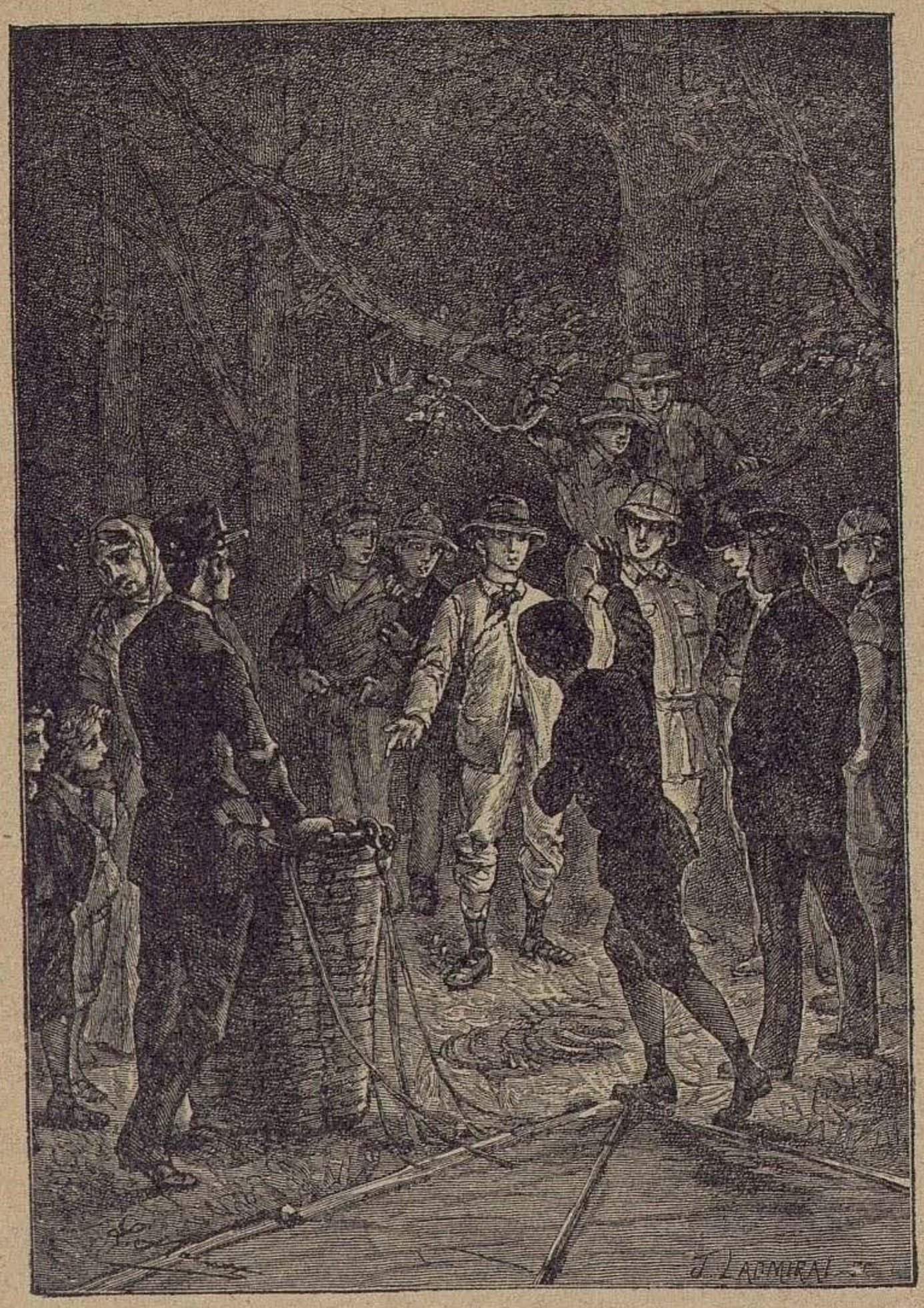
—¡Sí!

El americano, que había cogido la mano de Briant para preguntarle lo que Santiago quería decir, le sintió temblar en la suya; y si la noche no hubiera sido tan oscura, le hubiera visto palidecer y bajar la vista.

—¿Qué dices, hermano?... repuso Santiago con tono resuelto, muy extraño en un niño de aquella edad.

—¡Responde, Briant!—dijo Doniphan. Santiago dice que tiene el deber de sacrificarse!... Ese deber, ¿no lo tenemos acaso también nosotros?... ¿Qué le obliga á reclamar la prioridad?

M.C.D. 2018



—¡Yo! exclamó Santiago.

—Lo que he hecho, respondió el niño; lo que he hecho... Voy á decíroslo...

—¡Santiago! exclamó Briant, queriendo impedir que su hermano hablara.

—No, repuso Santiago con voz entrecortada por la emoción. ¡Deja que confiese!... ¡Este secreto me pesa demasiado!... ¡Gordon, Doniphan; si estáis aquí... todos... lejos de vuestros padres... en esta isla.. yo... yo sólo tengo la culpa de ello! . ¡Si el *Sloughi* ha sido llevado á alta mar, es que por imprudencia... no... por broma... he desatado la amarra que le sujetaba en el muelle de Auckland!... ¡Sí, una broma!... ¡Y luego, cuando ví que el buque se iba solo, perdí la cabeza!... ¡No llamé cuando aún era tiempo!... ¡Y, una hora después... en medio de la noche... en alta mar!... ¡Ah! ¡Perdón, compañeros, perdonadme!...

Y el pobre muchacho sollozaba, á pesar de que Kate procuraba consolarle.

—¡Bien, Santiago! dijo entonces Briant. Has confesado tu culpa, y ahora quieres arriesgar tu vida para purgarla, ó á lo menos para reparar en parte el mal que has hecho...

—¿Y no lo ha reparado ya bastante? dijo Doniphan abandonándose á su natural generosidad. ¡Veinte veces se ha ex-

M.C.D. 2018

Puesto para favorecernos!... ¡Ah, Briant! Me explico ahora perfectamente el por qué se presentaba siempre tu hermano cuando había algún peligro que correr, y siempre se hallaba pronto para sacrificarse... He aquí por qué fué á buscarnos á Cross y á mí en medio de la niebla... arriesgando su vida... ¡Sí, amigo Santiago; te perdonamos de todo corazón, y no necesitas ya reparar tu falta!...

Todos rodeaban al niño, le cogían las manos, y, sin embargo, los sollozos no dejaban de desgarrarle el pecho. Ya se sabía ahora por qué aquel muchacho, el más alegre de todo el colegio Chairmán, y también el más travieso, se había vuelto tan triste y se apartaba siempre de los demás. Luego, por mandato de su hermano, y también por su propia voluntad, se le había visto ofrecer su persona cuantas veces había que correr un peligro. Y aún no creía haber hecho bastante: ¡pedía todavía sacrificarse por los demás!...

En cuanto Santiago pudo hablar, dijo:

—¡Ya lo veis, yo soy, yo, el que debe partir!... ¿No es verdad, hermano?

—¡Bien, Santiago, bien! repitió Briant, que atrajo á su hermano á sus brazos.

Después de la confesión que el joven acababa de hacer, y de la reclamación que presentaba para que se le dejase cumplir con su deber, en vano fué que Doniphan y los demás procuraran intervenir; no había más remedio que dejarle entregarse á la brisa, que manifestaba cierta tendencia á refrescar.

Santiago dió un apretón de manos á sus compañeros, y luego, antes de ir á colocarse en la canasta, de la que habían quitado el saco de tierra, se volvió hacia Briant. Este estaba inmóvil, á algunos pasos detrás del torno.

—¡Abrázame, hermano! dijo Santiago.

—¡Sí!... ¡Abrázame! respondió Briant, dominando su emoción. O, más bien, soy yo el que te abraza, pues yo soy el que va á partir...

—¿Tú?... exclamó Santiago.

—¿Tú?... ¿Tú?... repitieron Doniphan y ervice.

—¡Sí!... ¡Yo!... Que la falta de Santiago sea reparada por su hermano ó por él, poco importa. Además, cuando tuve la idea de esta experiencia, ¿habéis podido creer que mi intención era dejar la realización para otro?...

—¡Hermano! exclamó Santiago. ¡Te lo ruego!

—¡No, Santiago!

—Entonces, dije Doniphan, reclamo á mi vez.

—¡No, Doniphan! respondió Briant con tono que no admitía réplica. ¡El que partirá seré yo!... ¡Así lo quiero!

—¡Ya lo esperaba, Briant! dijo Gordon apretando la mano de su amigo.

Algunos minutos después, Briant, metido en la canasta, dió orden de que levantaran al *Gigante*, y así lo hicieron.

El aparato, poco ayudado por el viento, subió lentamente al principio, hasta que, aumentada la presión, Baxter, Wilcox, Cross y Service, colocados en la cabria, fueron soltando la cuerda, al mismo tiempo que Garnett, que tenía el bramante de aviso, iba soltando también.

En diez segundos, el *Gigante de los aires* desapareció en la sombra, en medio de un profundo silencio.

El intrépido jefe de ese pequeño mundo, el generoso Briant, desapareció con él.

El aparato se elevaba, sin embargo, con regular lentitud, y la constancia de la brisa le aseguraba una perfecta estabilidad; apenas se balanceaba, y Briant no notaba ninguna de esas oscilaciones que hubieran hecho muy peligrosa su situación. Así es que se tenía inmóvil, con ambas manos agarradas á las cuerdas de suspensión de la canasta, que se mecía con un ligero movimiento de columpio.

Briant experimentó una extraña impresión cuando se sintió suspendido en el espacio por aquel ancho plano inclinado, que se estremecía al empuje de la corriente aérea. Le parecía que era llevado por alguna fantástica ave de presa, ó más bien que se hallaba debajo de las alas de un enorme murciélago negro. Pero, merced á la energía de su carácter, pudo con-

M.C.D. 2018

sangre fría que las circunstan-emandaban.

Diez minutos después que el cometa dejó el suelo de *Sport-terrace*, un pequeño sacudimiento indicó que el movimiento ascensional había acabado. La altura alcanzada verticalmente debía ser entre seiscientos y setecientos pies encima del suelo de la isla.

Briant, muy dueño de sí mismo, tendió el bramante pasado por la bala, y luego se colocó de modo conveniente para poder observar cuidadosamente el espacio, agarrándose con una mano á una de las cuerdas de suspensión, y teniendo el anteojo en la otra.

Debajo de él reinaba una oscuridad profunda. El lago, los bosques, el alcantilado, formaban una masa confusa, de la que no se podía distinguir ningún detalle. En cuanto á la periferia de la isla, se dibujaba en el mar que la rodeaba, y desde el punto en que se hallaba, Briant la abarcaba con la vista en todo su conjunto.

En verdad que si esta ascensión hubiera podido hacerse en pleno día, tal vez hubiera visto alguna isla ó algún continente, si existían, en un radio de cincuenta ó sesenta millas.

Si hacia el Oeste, el Norte y el Sur el horizonte estaba demasiado nebuloso para que pudiera distinguir algo, no sucedía así en dirección al Este, en donde parte del firmamento, momentáneamente libre de nubes, dejaba ver algunas estrellas.

Y precisamente por aquel lado, una claridad bastante intensa atrajo la atención de Briant.

—¡Es un fuego! se dijo. ¿Habrá establecido Walston su campamento por aquel lado?... ¡No!... ¡Ese fuego está demasiado lejano, y se encuentra ciertamente muchísimo más allá que la costa de la isla!... ¿Será un volcán en erupción? ¿Habrá acaso una tierra en los parajes del Este?

Y se presentó á su imaginación el recuerdo de aquella mancha blanquecina que distinguió en su excursión á *Deception-bay*.

—Sí, se dijo; era de aquel mismo lado... ¿Sería aquella mancha el reflejo de la nieve? ¡Debe haber al Este una tierra bastante cerca de aquí!

Briant fijó su anteojo en aquella claridad, que la oscuridad de la noche hacia más visible. No cabía duda; allí había alguna montaña informe, cercana á un ventisquero, y que pertenecía á un continente ó á un archipiélago, cuya distancia no excedía de treinta millas.

En aquel momento Briant divisó otra luz mucho más cerca de él, á unas cinco ó seis millas, y por consiguiente en la superficie de la isla, al Oeste de *Family-Lake*.

—No me equivoco esta vez, pensó Briant; es en la orilla del bosque, cerca del litoral.

Pero esa luz no hizo más que encenderse y apagarse en seguida, pues á pesar de una atenta observación, Briant no la volvió á ver.

Su corazón latía con violencia, y su mano temblaba de tal modo, que le era imposible sostener el anteojo con suficiente precisión.

Cerca de la embocadura del *East-river* había un fuego de campamento; lo había visto, y notó bien pronto que su luz se reflejaba aún en los árboles.

De modo que Walston y sus amigos estaban acampados en aquel sitio, cerca del puertecito de *Bear-rock*. ¡Los asesinos del *Severn* no habían abandonado aún la *isla Chairmán*!

Los colonos estaban siempre expuestos á una agresión, y ya no había seguridad en *French-den*.

¡Qué decepción tan cruel experimentó Briant! Era evidente que Walston, encontrándose en la imposibilidad de reparar la chalupa, había tenido que renunciar á hacerse al mar para dirigirse á una de las cercanas tierras, si es que se hallaba alguna en aquellas regiones.

Briant, habiendo terminado sus observaciones, juzgó inútil prolongar su exploración aérea, y se preparó para bajar. El viento aumentaba sensiblemente, y ya las oscilaciones hacíanse más fuertes, impri-

M.C.D. 2018

siendo á la canasta un balanceo que haría la bajada más difícil.

Después de asegurarse de que el bramante de avisos estaba bastante tirante, Briant soltó la bala, que en algunos segundos llegó á la mano de Garnett.

En seguida la cuerda empezó á arrollarse en la cabria, atrayendo el aparato hacia el suelo; pero al mismo tiempo que la cometa bajaba, Briant seguía mirando aún en dirección á las claridades que había visto, asegurándose de que no se había equivocado, pues volvió á ver la que creía una erupción volcánica, y también el fuego cerca del litoral.

Con la más viva impaciencia Gordon y sus compañeros esperaban la señal de bajada; y ¡cuán largos les habían parecido los veinte minutos que Briant acababa de pasar en el espacio!

Doniphan, Baxter, Wilcox, Service y Webb maniobraban vigorosamente sobre los manubrios de la cabria, pues ellos también habían observado que el viento tomaba fuerza y soplaba con menos regularidad. Sentían sus efectos por las sacudidas que daba la cuerda, y no pensaban sin angustia que Briant debía sufrirlas de rechazo.

El torno funcionó, pues, para enrollar los mil doscientos pies de cuerda que se habían soltado antes. El viento seguía aumentando, y tres cuartos de hora después de la señal dada por Briant, era ya fortísimo.

En aquel momento el aparato debía de estar aún á más de cien pies de altura por encima del lago.

De repente se produjo una violenta sacudida, y Wilcox, Doniphan, Service, Baxter y Webb, á los que faltó el punto de apoyo, estuvieron á punto de caer al suelo.

¡La cuerda acababa de romperse!

Y en medio de los gritos de terror, este nombre fué repetido veinte veces:

—¡Briant!... ¡Briant!...

Algunos minutos después, el intrépido y valiente joven saltaba en la orilla del lago, y llamaba con voz fuerte.

—¡Hermano!... ¡Hermano!... exclamo Santiago, que fué el primero en abrazarle.

—¡Walston está aquí todavía!

Esto es todo lo que dijo Briant en cuanto sus compañeros se unieron á él.

En el momento en que la cuerda se rompió, Briant habíase sentido arrastrado, no á una caída vertical y vertiginosa, sino oblicua y lenta, porque la cometa hacía en algún modo el efecto de un paracaídas. Lo que importaba hacer era salirse de la canasta antes de que llegara á la superficie del lago; y Briant, que conservaba toda su sangre fría, se tiró con tiempo, y siendo, como era, buen nadador, ganó pronto la orilla, distante de cuatrocientos á quinientos pies, á lo sumo.

Y durante este tiempo la cometa, desembarazada de su peso, desapareció por el Noroeste, arrastrada por el viento, que se hacía cada vez más fuerte.

III

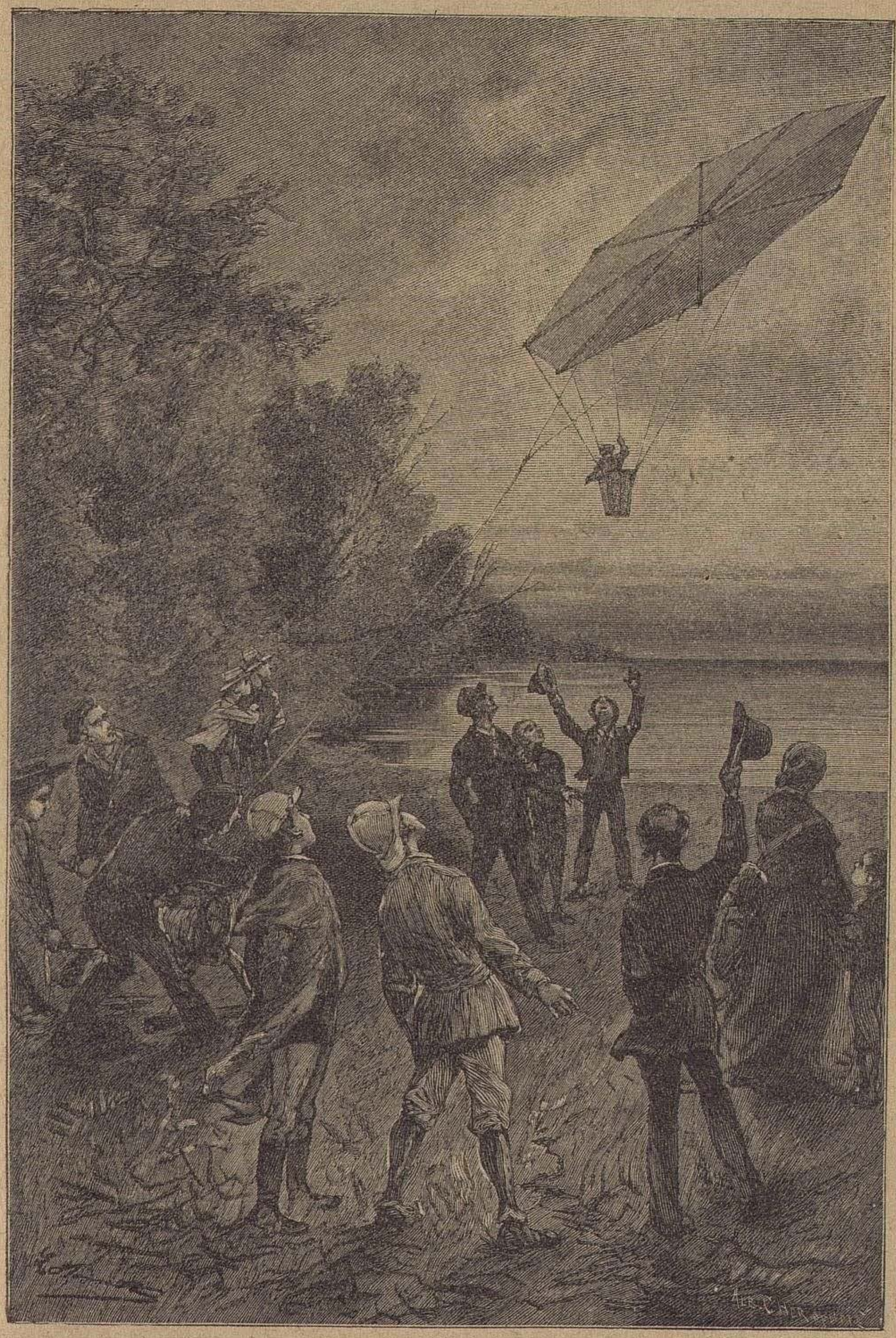
La chalupa del «Severn.»—Costar enfermo.—Llegada de las golondrinas.—Desaliento.—Las aves de rapiña.—El guanaco muerto de un tiro.—Una pipa rota.—Vigilancia más activa.—Violenta tormenta.—Una detonación fuera.—Un grito de Kate.

Al día siguiente, después de una mala noche, en la que Mokó estuvo también de guardia en *French-den*, los jóvenes colonos, cansados por las emociones de la víspera, no se despertaron hasta muy tarde, y apenas se levantaron, Gordon, Doniphan, Briant y Baxter pasaron á *Storeroom*, en donde Kate se entregaba á sus acostumbradas faenas.

Allí hablaron de su situación, que no dejaba de inspirarles serias inquietudes.

Y, en efecto, como dijo muy bien Gordon, quince días hacía ya que Waiston y sus compañeros estaban en la isla; y si la chalupa no había sido reparada, era sin duda porque carecían de las herramientas necesarias para ello.

M.C.D. 2018



La cometa inclinada por la brisa...

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

—Así debe ser, respondió Doniphan, pues no está aquella embarcación tan destrozada, que no admita compostura. Si nuestro *Sloughi* no hubiera tenido más desperfectos que los que tiene la chalupa, hubiéramos llegado á ponerlo en estado de navegar.

Pero si Walston no había partido, no parecía tampoco que tuviera intención de quedarse en la *isla Chairmán*, toda vez que, si así fuera, hubiera indefectiblemente practicado ya alguna excursión por el interior, en cuyo caso *French-den* hubiera recibido su visita.

Y á propósito de esto, Briant habló de las observaciones que había hecho durante su ascensión respecto á las tierras que debían existir por el lado del Este, y á una distancia relativamente corta.

—No habréis olvidado lo que os dije á la vuelta de mi expedición á la embocadura del *East-river*, referente á una mancha que observé en el horizonte, y que no sabía cómo explicar.

—Ni Wilcox ni yo hemos visto cosa que se le parezca, respondió Doniphan, por más que procuramos buscarla.

—Mokó la vió lo mismo que yo, repuso Briant.

—Puede que exista, replicó Doniphan. Pero ¿qué motivo tienes para creer que estemos cerca de un continente ó de un grupo de islas?

—Helo aquí, dijo Briant. Mientras observaba ayer el horizonte en aquella dirección, noté una claridad, muy visible, fuera de los límites de la costa, y que no puede provenir sino de un volcán en erupción, de lo que deduzco que existe una tierra en estos parajes. Los marineros del *Severn* no deben ignorarlo, y harán, por lo tanto, cuanto les sea posible para alcanzarla.

—No es dudoso, dijo Baxter. ¿Qué interés tienen en quedarse aquí? Y seguramente por no haber podido carenar su chalupa es por lo que no estamos todavía unos de ellos.

Lo que Briant acababa de comunicar á sus compañeros era de suma importancia, pues esto les daba la certidumbre de que la *isla Chairmán* no se hallaba, como ellos creían, tan distante de alguna tierra del Pacífico; pero lo que agravaba las cosas es que Walston, abandonando la costa de *Severn-shores*, habíase aproximado en unas doce millas, y que le bastaba ahora remontar el curso del río para llegar al lago, y contornear éste por el Sur para descubrir á *French-den*.

Briant tomó medidas muy severas en vista de esta eventualidad. Las salidas se redujeron á lo estrictamente necesario, sin pasar jamás de la orilla izquierda del río hasta el límite de *Bog-woods*. Baxter disimuló la empalizada del cercado con ramajes y hierbas, así como las puertas de *Store-room* y del *hall*, prohibiéndose terminantemente mostrarse en la parte comprendida entre el lago y el acantilado. Era en verdad muy triste tener que sujetarse á tan minuciosas precauciones, añadidas á las dificultades de la situación.

Nuevos motivos de inquietud tuvieron aún nuestros colonos en aquella época. Costar cayó enfermo de calenturas, que pusieron su vida en grave peligro. Gordon tuvo que recurrir al botiquín del *Sloughi*, con gran temor de cometer algún error. Felizmente Kate hizo las veces de madre de aquel pobre niño, cuidándole con ese prudente cariño, que es como un instinto en las mujeres, y no dejó de velarle noche y día. Gracias á esos cuidados la fiebre desapareció y la convalecencia hubo de comenzar pronto, siguiendo sin contrariedades hasta la completa reposición de la salud en el niño.

¿Se había hallado Costar en peligro de muerte? Difícil sería decirlo; pero si los cuidados no hubieran sido tan inteligentes, es muy posible que la fiebre hubiera llegado á agotar por completo las fuerzas del pequeño enfermo.

Sí; si Kate no hubiera estado allí, ¡Dios sabe lo que hubiera sucedido! No nos cansaremos de repetirlo; la excelente mujer había reconcentrado toda su afección en los más pequeños de la colonia, y no cesaba de acariciarlos y cuidarlos.

M.C.D. 2018

Lo que más la preocupaba era el cuidado de la ropa blanca, que estaba ya muy gastada, después de veinte meses de constante uso. ¿Cómo renovarla cuando no pudiera servir ya? ¿Y los zapatos? Por mucho esmero que tuvieran, y no desdeñando ir descalzos cuando el tiempo lo permitía, estaban ya en muy mal estado. Todo esto daba mucho pesar á la buena Kate.

En la primera quincena de Noviembre hubo frecuentes chubascos; pero desde el día 17 el barómetro señaló buen tiempo, y el período de los calores empezó; los árboles y arbustos se cubrieron de hojas y de flores, y los habituales huéspedes de *South-moors* habían vuelto en gran número, con gran pesar de Doniphan, por no poder entregarse á la caza de las aves acuáticas, y de Wilcox, que no podía tender los lazos. Sin embargo, algunos volátiles se dejaron coger cerca de *French-den*, y un día Wilcox halló uno de aquellos emigrantes que el invierno había enviado hacia los desconocidos países del Norte. Era una golondrina, que llevaba aún el saquito que Briant ató debajo de una de sus alas, y que contenía las señas de los jóvenes náufragos del *Sloughi*. Pero ¡ay! el mensajero no traía respuesta.

Durante aquellos largos días ociosos, ¡cuántas horas pasaban aburriéndose en el *hall*! Baxter, encargado del diario, no tenía ya ningún incidente que relatar, y antes de cuatro meses empezaría el tercer invierno para los habitantes de la *isla Chairmán*.

Excepción hecha de Gordon, que estaba siempre ocupado en los detalles administrativos, los demás se hallaban sin cesar entregados á un completo desaliento. Briant, el valeroso Briant, se sentía también sin ánimos ya, aunque ponía sumo cuidado en no darlo á conocer, procurando combatir aquel estado de sus compañeros por medio del estudio, de las conferencias y de las lecturas en alta voz; les recordaba continuamente su país y sus familias, afirmándoles que los volverían á ver algún día. En fin, se ingeniaba cuanto podía para darles bríos, temiendo que la desesperación se apoderara de ellos. Felizmente no sucedió así, pues acontecimientos muy graves les obligaron á entrar en actividad, así física como intelectual.

El 21 de Noviembre, hacia las dos de la tarde, Doniphan estaba pescando en las orillas de *Family-Lake*, cuando su atención fué vivamente atraída por los gritos discordantes de unos veinte pájaros que revoloteaban encima de la orilla izquierda del río; y si esos volátiles no eran cuervos, se les parecían mucho.

Doniphan no se hubiera preocupado por la presencia de aquellas aves si su modo de obrar no le sorprendiera. En efecto, aquellos animales describían grandes órbitas, cuyo radio disminuía á medida que se acercaban á la tierra, y luego, reunidos en grupos, se precipitaron sobre el suelo.

Allí sus graznidos redoblaron; pero Doniphan procuró en vano espantarlos en medio de las altas hierbas, entre las que habían desaparecido.

Tuvo entonces el pensamiento de que debía hallarse en aquel sitio el cadáver de algún animal; así es que, deseoso de saber á qué atenerse, volvió á *French-den* y rogó á Mokó que le pasara con la canoa al otro lado del río.

Ambos se embarcaron, y diez minutos después se deslizaban por entre las hierbas. En seguida aquellas aves echaron á volar, protestando con su feo graznido contra los importunos que se permitían turbar su comida.

En aquel sitio yacía el cuerpo de un guanaco, muerto hacía poco tiempo, pues conservaba aún algún calor vital.

Doniphan y Mokó, poco deseosos de utilizar para la despensa los restos de la comida de las aves de rapiña, se disponían á marcharse, cuando una idea se presentó á su imaginación. ¿Cómo y por qué había venido á caer el guanaco en el límite del pantano, lejos de los bosques del Este, que no abandonaban casi nunca?

Doniphan examinó el animal, y vió que tenía en el flanco una herida que aún manaba sangre.

M.C.D. 2018

Briant se arrojó con tiempo al lago.

—Este guanaco debe haber recibido un tiro, dijo Doniphan.

—Y aquí está la prueba de ello, respondió el grumete, que, habiendo abierto la herida con su navaja, extrajo una bala.

Esta era más bien del calibre de un fusil que de una escopeta de caza. Walston, pues, ó uno de sus compañeros, había herido á aquel animal.

Doniphan y Mokó, dejando aquel cuerpo inerte á los volátiles, volvieron á la gruta, donde conferenciaron con sus compañeros.

Era evidente que el guanaco había sido herido por uno de los marineros del *Severn*, puesto que ni Doniphan ni ninguno de los colonos había disparado un tiro desde hacía más de un mes; pero lo que importaba saber era en qué momento y en qué sitio había el animal sido muerto.

Pareció admisible que el hecho ocurriera cinco ó seis horas antes, á lo más, tiempo suficiente para que el guanaco, después de atravesar los *Downs-lands*, pudiera llegar cerca del río. De aquí se deducía esta consecuencia: que durante aquella mañana, uno de los compañeros de Walston había debido ponerse á cazar, acercándose á la punta meridional del lago, y que la banda de aquellos malhechores, después

M.C.D. 2018

de atravesar el *East-river*, se aproximaba poco á poco á *French-den*.

La situación se agravaba, aunque el peligro no fuese tal vez inminente aún. En efecto, en el Sur de la isla se extendía aquella vasta llanura, cortada por muchos arroyos, estanques y sembrada de dunas, en donde la caza no hubiera bastado para la alimentación de aquellos forajidos. Era de presumir, pues, que Walston no se hubiese aventurado á atravesar *Downslanda*.

Era preciso, sin embargo, refinar la vigilancia y obrar con más prudencia aún, porque si tenían alguna probabilidad de rechazar la agresión, hasta cierto punto esperada, entraba por mucho para ello que los jóvenes no fuesen sorprendidos fuera de su morada.

Tres días después, otro hecho más significativo todavía vino á acrecentar los temores, y demostró que la seguridad estaba más que nunca comprometida.

El 24, á eso de las nueve de la mañana, Briant y Gordon se hallaban al otro lado del río *Zealand*, adonde habían ido para ver si convendría establecer una especie de malecón que cerrara el estrecho sendero que había entre el lago y el pantano, pues al abrigo de esta trinchera, llamémosla así, hubiera sido fácil á Doniphan, acompañado de sus compañeros que mejor manejasen las armas, emboscarse rápidamente en el caso de que vieran con tiempo la llegada de Walston y su banda.

Ambos muchachos se hallaban á trescientos pasos del río, cuando Briant pisó un objeto, que aplastó. No puso cuidado en ello, pensando que era alguna concha traída hasta allí por las grandes mareas que invadían *South-moors*; pero Gordon, que iba detrás de él, se detuvo y dijo:

—Espera, Briant, espera.

—¿Qué ocurre?

Gordon se bajó y cogió el objeto aplastado.

—¡Mira! dijo.

—Eso no es una concha; es...

—¡Una pipa!

Y, en efecto, Gordon tenía en la mano una pipa negruzca, cuyo tubo estaba roto al ras del hornillo.

—Puesto que ninguno de nosotros fuma, dijo Gordon, esta pipa ha sido perdida por...

—Por uno de los bandidos de Walston, continuó Briant; á no ser que haya pertenecido al náufrago francés que nos ha precedido en la *isla Chairmán*.

—No, repuso Gordon; esta pipa, cuyas roturas son recientes, no ha podido ser propiedad de Francisco Baudoin, muerto hace veinte años; su dueño, quien quiera que sea, la ha perdido hace poco en este sitio, y los restos de tabaco adheridos á ella, lo demuestran bien claramente. Es, pues, indudable, que algunos días, ó tal vez algunas horas antes, Walston, ó uno de sus secuaces, ha llegado hasta esta orilla de *Family-Lake*.

Gordon y Briant volvieron en seguida á *French-den*, y Kate, á quien Briant enseñó el hallazgo, afirmó haber visto aquella pipa en manos de Walston.

No cabía duda de que los malhechores habían dado la vuelta á aquella parte del lago, y era muy posible que durante la noche hubieran avanzado hasta la orilla del río *Zealand*.

En presencia de tan amenazadoras eventualidades, Briant, de acuerdo con los demás, se ingenió para organizar una vigilancia más activa aún. Durante el día se estableció un punto de observación permanente en la cima de *Auckland-hill* para señalar en seguida la aproximación de cualquier peligro; y de noche, dos de los mayores quedarían haciendo guardia en las puertas del *hall* y de *Store-room*, en acecho de cualquier ruido sospechoso. Ambas puertas fueron sólidamente atrancadas, y tenían todo dispuesto de manera que en brevísimo tiempo podían levantar por dentro una resistente y fuerte barricada con piedras y otros objetos. Las ventanas, afortunadamente estrechas, servirían de troneras para los dos cañones, con los que defenderían, con uno, la fachada que daba al río, y con el otro, la de *Family-Lake*. Los fusiles, revólvers y escopetas

M.C.D. 2018

fueron revisados y dispuestos para usarlos á la primera voz de alarma.

Kate aprobaba todos aquellos preparativos. Esta enérgica mujer no dejaba traslucir nada de su inquietud, demasiado justificada cuando pensaba en los azares tan inciertos de una lucha con los marineros del *Severn*. Los conocía bien, y temía que, no estando suficientemente armados, atacaran por sorpresa, á pesar de la más exquisita vigilancia.

¡Y para combatir á aquellos malvados, no había más que algunos muchachos, el mayor de dieciséis años apenas! ¡En verdad que la partida era por demás desigual! ¡Ah! pensaba aquella buena mujer. ¿Por qué no se hallaba allí el valeroso Evans? ¿Por qué no la había seguido en su huida?

Tal vez él habría organizado mejor la defensa para resistir á los ataques de Walston.

Desgraciadamente no era así, y parecía como muy posible que el pobre timonel hubiera sido ya víctima de aquellos bandidos, por haber sido testigo de sus fechorías.

Llegó sin novedad el 27 de Noviembre. Hacía dos días que se había desarrollado un calor sofocante; grandes nubarrones pasaban por encima de la isla, y algunos truenos anunciaban una tormenta próxima á estallar.

Aquella noche Briant y sus compañeros entraron más pronto que de costumbre en el *hall*, después de tomar la precaución de arrastrar, como todos los días, las camas al interior de *Store-room*. Y luego, cerrando bien las puertas, se consagraron al descanso, no sin haber concluído el rezo nocturno y dedicado un recuerdo á sus familias.

A las nueve y media, la tormenta estaba en todo su apogeo.

El *hall* se iluminaba por el intenso resplandor de los relámpagos que penetraba por las rendijas de las puertas y ventanas. La luz de los relámpagos se prolongaba, uniéndose uno con otro, y parecía que el acantilado se estremecía al repercutir de los truenos. Era uno de esos meteoros sin lluvia ni viento, tan terribles, porque las nubes, completamente inmóviles, descargan en un mismo sitio toda la electricidad acumulada en ellas, y no basta á veces una noche entera para agotarla.

Costar, Dole, Iverson y Jenkins, hechos un ovillo en su camita, temblaban á cada nuevo trueno, y, sin embargo, nada tenían que temer en aquella inquebrantable cueva. Podría el rayo caer veinte veces, cien veces, en la cima del acantilado, y de seguro que no atravesaría las paredes de *French-den*, tan resistentes al fluido eléctrico como inaccesibles á la borrasca.

De vez en cuando Briant, Doniphan y Baxter se levantaban, entreabrían la puerta y volvían á entrar en seguida, cegados por los relámpagos.

De diez á once no cesó un momento de tronar, y sólo un poco antes de las doce empezaron á mediar algunos intervalos entre los truenos, que disminuían, alejándose. El aire comenzó entonces á soplar, rechazando las nubes que se habían aproximado al suelo, y la lluvia principió á caer, con lo cual los niños empezaron á tranquilizarse. Dos ó tres cabecitas, escondidas debajo de las mantas, empezaban á destacarse. No habían dormido, á pesar de ser la hora del sueño para ellos; así es que Briant y los demás se preparaban á acostarse después de tomar las precauciones habituales, cuando *Phann* dió señales de una verdadera agitación; se ponía de manos y se abalanzaba á la puerta del *hall*, dejando oir gruñidos sordos y continuos.

—¿Habrá olfateado algo? dijo Doniphan procurando calmar al perro.

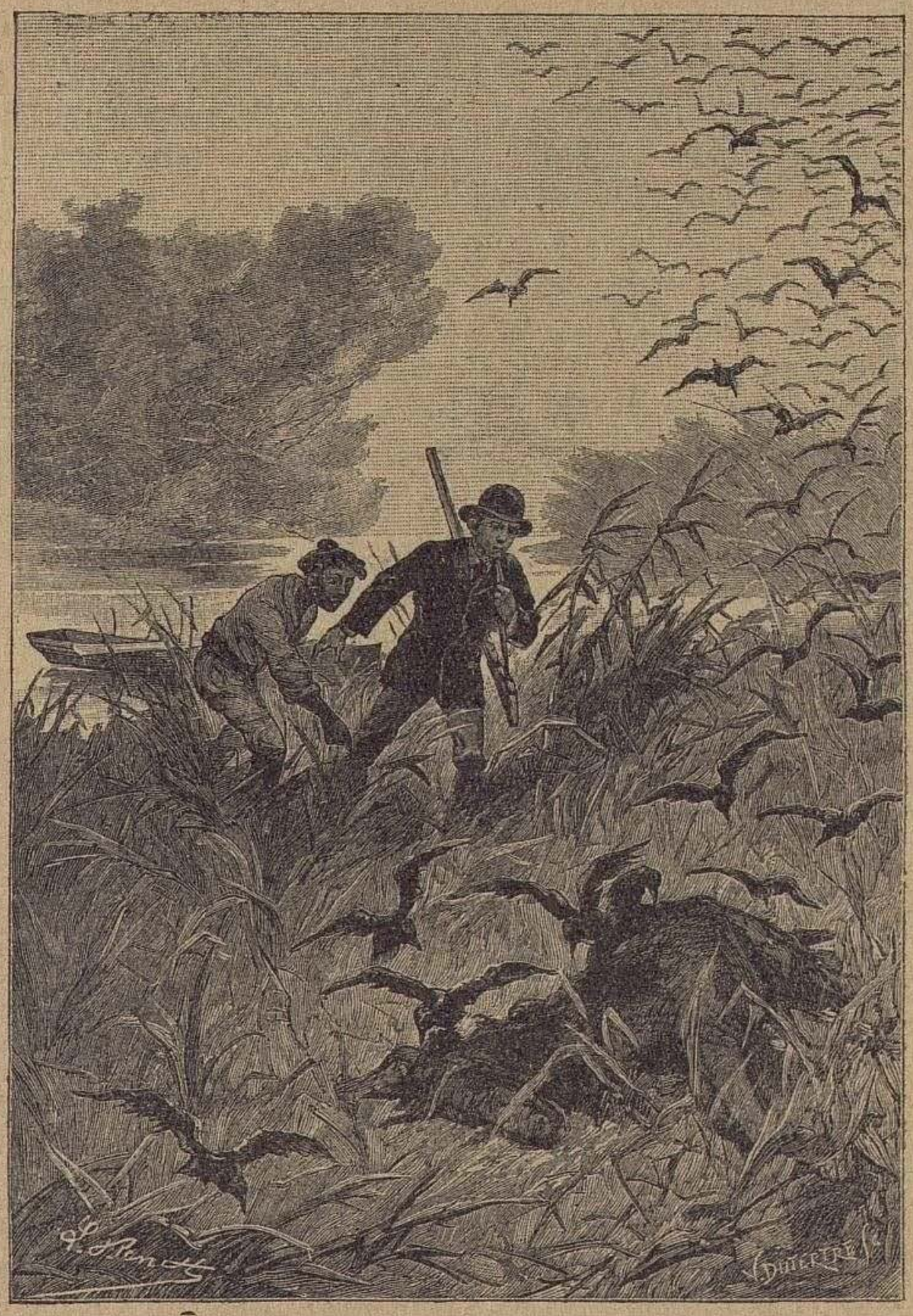
—En varias circunstancias ya le hemos visto obrar así, respondió Baxter, y el inteligente animal jamás se equivocó.

—Antes de acostarnos es preciso averiguar lo que esto significa, dijo Gordon.

—Sea, dijo Briant; pero, de todos modos, que nadie salga, y preparémonos para la defensa.

Cada cual tomó su fusil y su revólver, y luego Doniphan avanzó hasta la puerta

M.C.D. 2018



Hallaron entre las fieras un guanaco muerto.

del *hall*, y Mokó á la de *Store-room*. Ambos, con el oído pegado contra el montante de la ventanilla, no oyeron ningún ruido, á pesar de que no cesaba la agitación de *Phann*, que se puso á ladrar con tanta furia un momento después, que Gordon no pudo calmarle. Esto era muy de sentir, porque si en los instantes de calma era posible que nuestros jóvenes oyeran el ruido de los pasos de cualquiera, con más motivo se oirían desde el exterior los ladridos del perro.

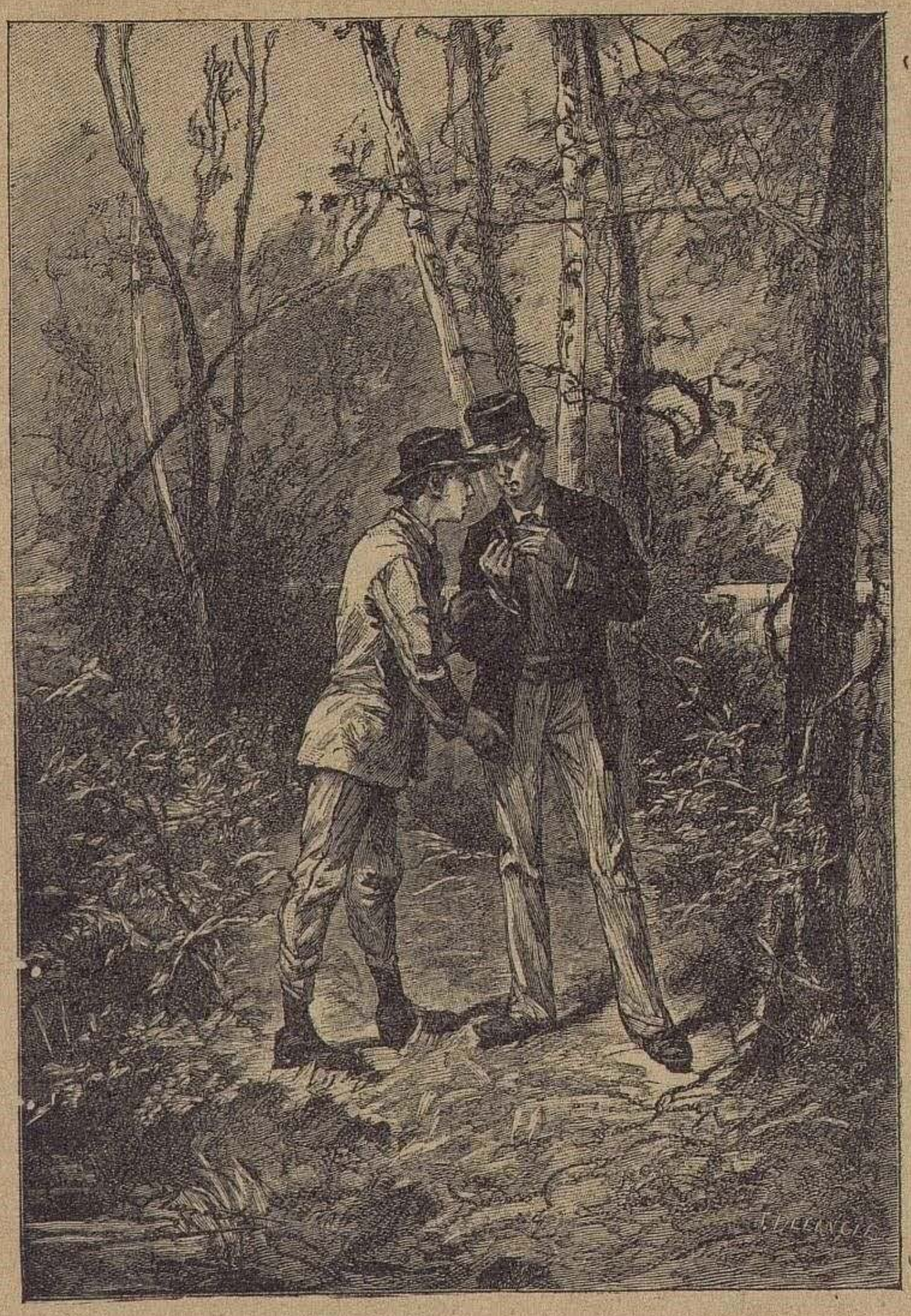
De repente sonó una detonación, y por cierto que no podía confundirse con el sonido del trueno. Era un tiro que acababan de disparar á menos de trescientos pasos de *French-den*.

Todos los muchachos prepararon sus armas; Doniphan, Baxter, Cross y Wilcox, con sus fusiles, estaban apostados en las puertas, dispuestos á hacer fuego sobre cualquiera que intentara forzarlas, mientras que los demás empezaban á amontonar las piedras preparadas para las barricadas, cuando una voz gritó desde fuera:

—¡Socorro!... ¡Socorro!...

Allí había un ser humano, en peligro de muerte sin duda, y que reclamaba auxilio.

M.C.D. 2018



—¡Mira! dijo Briant.

—¡Socorro!... repitió la voz, y esta vez á muy pocos pasos de la gruta.

Kate, cerca de la puerta, escuchaba anhelante. Creía haber reconocido una voz amiga.

—¡Es él! exclamó.

—¿El?... dijo Briant. ¿Quién es él?...

—¡Abrid!... ¡Abrid!... repetía Kate.

Doniphan y Wilcox abrieron la puerta, y un hombre, chorreando agua, se precipitó en el *hall*.

Era Evans, el piloto del *Severn*.

IV

Kate y el piloto.—El relato de Evans.—Después del naufragio de la chalupa.—Walston en el puerto de «Bear-rock.»—El cometa.—«French-den» descubierto.—Huida de Evans.—La travesía del río.—Proyectos.—Proposición de Gordon.—Tierras del lado de Oriente.—La «isla Chairmán-Hannover.»

La inesperada aparición de Evans sorprendió de tal manera á nuestros jóvenes, que se quedaron inmóviles; pero luego,

M.C.D. 2018

por un movimiento instintivo, se aproximaron todos á él como á su salvador.

Era un hombre de veinticinco á treinta años, ancho de espaldas, de cuerpo vigoroso, ojos muy vivos, frente descubierta, fisonomía tan inteligente como simpática, y andar firme y resuelto.

Su cara estaba oculta en parte por una barba inculta, que no había sido cortada desde el naufragio del *Severn*.

Apenas entró Evans, se volvió y colocó su oído contra la puerta, que habían cerrado con presteza. No oyendo nada, avanzó hasta en medio del *hall;* allí miró con la luz del farol á los jóvenes colonos que le rodeaban, y murmuró estas palabras:

—¡Sí!... ¡Niños!... ¡Nada más que niños!...

De repente, su fisonomía se animó; su cara estaba radiante de alegría, y sus brazos se abrieron.

Kate se adelantaba hacia él.

—¡Kate!... exclamó. ¡Kate viva!...

Y la cogió las manos como para asegurarse bien de que no eran las de una muerta.

—¡Sí, viva, Evans! respondió Kate. ¡Dios me ha salvado, como á usted, y El es quien le envía en socorro de estos niños!

El piloto contaba con la mirada los muchachos reunidos en el *hall*.

—¡Quince, dijo; y sólo cinco ó seis que estén en estado de defenderse!... ¡No importa!

—¿Estamos en peligro de que nos ataquen, señor Evans? preguntó Briant.

—No, hijo mío, no; por lo menos en este instante, respondió el piloto.

Todos, pequeños y grandes, tenían muchas ganas de conocer la historia de Evans, especialmente cuanto había ocurrido desde el naufragio de la chalupa, y ninguno tenía ya ganas de dormir; pero antes era preciso que aquel buen hombre se mudase de traje, pues estaba chorreando agua, y que tomase algún alimento. Si sus ropas estaban en aquel estado, es porque había atravesado á nado el río *Zealand;* y si estaba medio muerto de cansancio y de hambre, es porque ni había comido ni descansado durante doce horas seguidas.

Briant le llevó inmediatamente á *Store-room*, en donde Gordon puso á su disposición buenos trajes de marineros, y luego Mokó le sirvió un buen trozo de carne fiambre, galleta, algunas tazas de té bien caliente y un buen vaso de *brandy*.

Un cuarto de hora después, Evans, sentado delante de la mesa del *hall*, hacía el relato de los acontecimientos que habían ocurrido desde que los marineros del *Severn* habían sido arrojados por la tormenta á aquella isla.

—Algunos instantes antes de que la chalupa encallara, dijo, cinco hombres, y yo entre ellos, fuimos lanzados sobre los primeros arrecifes. No sufrimos más que algunas contusiones; pero nos fué muy difícil librarnos de la resaca en medio de la oscuridad y con un mar furioso.

Sin embargo, después de grandes esfuerzos, llegamos sanos y salvos fuera del alcance de las olas, Walston, Brandt Rock, Book, Cope y yo. Dos faltaban, Forbes y Pike. ¿Habían muerto, ó se habían salvado cuando la chalupa encalló? Nada sabíamos de ellos, y en cuanto á Kate, pensaba ya no volverla á ver.

Y diciendo esto, el piloto no ocultaba su emoción, ni el placer que experimentaba por volver á ver á la valerosa mujer que había escapado, con él, del degüello del *Severn*. Después de haber estado ambos á merced de aquellos asesinos, se hallaban, por de pronto, libres de su poder, si no fuera de su alcance en lo porvenir.

Evans continuó:

—Cuando llegamos á la playa, necesitamos algún tiempo para encontrar la chalupa. Debió encallar á eso de las siete y eran cerca de las doce cuando la hallamos tumbada sobre la arena, y ese retraso consistió en que bajamos á lo largo de la costa de...

—De los *Severn-shores*, dijo Briant. Ese es el nombre que le han dado algunos de nuestros compañeros que habían descubierto la embarcación del *Severn* antes de que Kate nos contara su historia.

M.C.D. 2018

—¿Antes?... preguntó Evans muy sorprendido.

—Sí, maestro Evans, dijo Doniphan. ¡Llegamos á aquel sitio la misma tarde del naufragio, cuando dos de vuestros compañeros estaban tendidos en la arena!... Pero al llegar el día fuímos á buscarlos para darles sepultura, y ya habían desaparecido.

—En efecto, repuso el piloto; ya comprendo cómo todo esto se encadena. Forbes y Pike, á quienes creíamos ahogados, ¡y ojalá lo hubieran estado, porque tendríamos dos bribones menos! habían sido sido lanzados á algunos pasos de la chalupa; allí fueron hallados por Walston y los demás, quienes le reanimaron con algunas gotas de aguardiente.

Por fortuna para ellos y por desgracia para nosotros, las cajas de la embarcación no habían sido destrozadas, ni siquiera alcanzadas por el agua del mar. Las municiones, cinco fusiles y lo que quedaba de provisiones, fué sacado de la chalupa, pues era de temer que se destrozara completamente todo eso en la próxima marea.

Después abandonamos el sitio del naufragio, siguiendo la costa en dirección al Este.

En aquel momento uno de esos bribones hizo notar que Kate no había parecido. Walston respondió: «¡Se la ha llevado una ola, y más vale así!» Lo que me hizo pensar que si aquellos bribones se alegraban por la desaparición de Kate, á quien ya no necesitaban, sucedería lo mismo conmigo cuando no les hiciera falta. ¿Pero dónde estabais, Kate?

—Cerca de la embarcación, del lado del mar, respondió ella. No podían verme, y oí cuanto dijeron... Después que se marcharon, me levanté, y para no volver á caer en manos de aquellos miserables huí en dirección opuesta, y treinta y seis horas después, medio muerta de hambre, fuí recogida por estos buenos muchachos y traída á *French-den*.

—¡*French-den*!... repitió Evans.

—Es el nombre que tiene nuestra morada, dijo Gordon, en recuerdo de un náufrago francés que la habitó muchos años antes que nosotros.

—¡*French-den*!... ¡*Severn-shores*!... dijo el piloto; ¡veo, hijos míos, que habéis dado nombres á las diversas partes de la isla!... ¡Está muy bien hecho!...

—Sí, señor Evans, y nombres muy bonitos, replicó Service: hay otros muchos: *Family-Lake*, *Downs-lands*, *South-moors*, *New Zealand*, *Traps-woods*...

—¡Bueno!... ¡Bueno!... ¡Me enseñaréis todo esto... más tarde... mañana!... Mientras tanto, continúo mi historia... ¿No se oye nada fuera?

—Nada, respondió Mokó, que estaba de guardia cerca de la puerta del *hall*.

—Bien, dijo Evans; prosigo.

Una hora después de haber abandonado la chalupa, llegamos á unos pequeños grupos de árboles, en donde establecimos nuestro campamento. Al día siguiente, y sucesivamente, volvimos al sitio del naufragio, procurando reparar la barca; pero no teniendo más que un hacha, fué imposible ponerla otra vez en estado de hacerse á la mar, aun para una pequeña travesía, y además el sitio era de suyo incómodo para reparaciones de aquel género.

Partimos, pues, para buscar un campamento en un lugar menos árido, en el que la caza nos diera el alimento diario, y al mismo tiempo que estuviera cerca de un río para tener agua dulce, porque nuestra provisión estaba completamente agotada.

Más tarde, siguiendo la costa en una extensión de doce millas próximamente, llegamos á un pequeño río...

—¡El *East-river*! dijo Service.

—¡Bien por el *East-river*! respondió Evans. Allí, en el fondo de una vasta bahía...

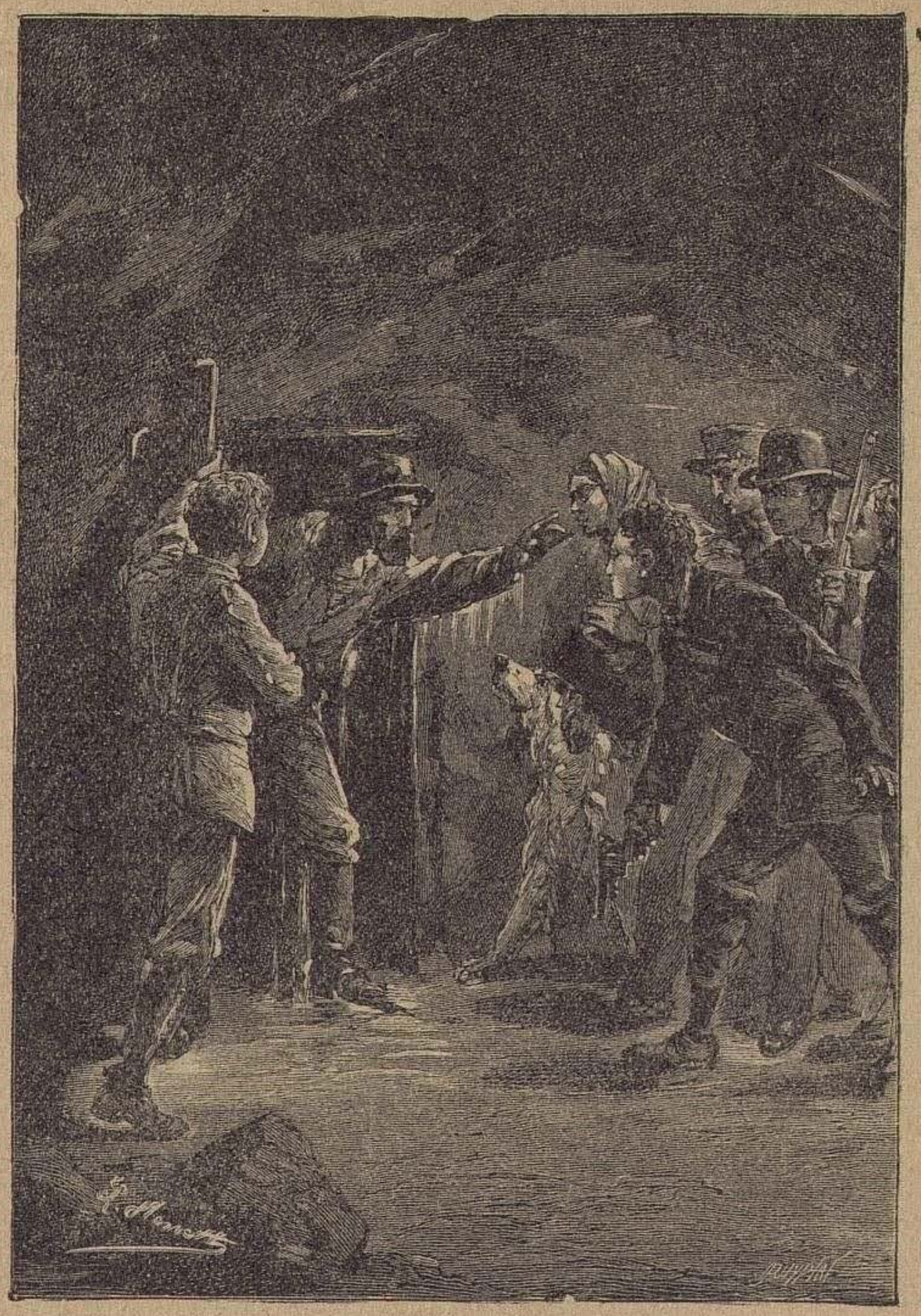
—¡*Deception-bay*! replicó Jenkins.

—¡Vaya por *Deception-bay*! dijo el piloto sonriendo. Hay un puerto en medio de las rocas...

—¡*Bear-rock*! exclamó Costar á su vez.

—¡Sea *Bear-rock*, mi chiquitín! respondió el marino, aprobando el nombre con un movimiento de cabeza. Nada era más fácil que instalarse en aquel sitio, y si

M.C.D. 2018



Un hombre, empapado en agua, penetró en la habitación.

podíamos lleva allí la embarcación, que de seguro la primera tempestad acabaría de demoler en el sitio en que se hallaba, tal vez llegásemos á carenarla.

Volvimos, pues, á buscarla, y cuando la aligeramos todo lo que fué posible, la pusimos á flote, y aun cuando se llenaba de agua, conseguimos arrastrarla por la misma orilla y traerla al puerto, en donde se halla ahora en perfecta seguridad.

—¿Está la chalupa en *Bear-rock?* dijo Briant.

—Sí, hijo mío, y creo que sería posible componerla si tuviésemos las herramientas necesarias...

—¡Nosotros las tenemos, señor Evans! respondió con viveza Doniphan.

—Eso es lo que ha supuesto Walston, cuando la casualidad le hizo saber que la isla estaba habitada y por quién.

—¿Cómo ha podido saberlo? preguntó Gordon.

—Hélo aquí, respondió Evans. Hace ocho días Walston, sus compañeros y yo (pues jamás me dejaban solo), hacíamos un reconocimiento por el bosque. Después de tres ó cuatro horas de marcha, remontando el curso del *East-river*, llegamos á las orillas de un vasto lago, de donde salía aquel río; y allí ...¡juzgad cuál no sería nues-

M.C.D, 2018

Conseguimos arrastrarla por la misma orilla y traerla al puerto.

tra sorpresa al encontrar un singular aparato caído en la ribera!... Era una especie de armazón hecho con cañas y cubierto con una tela...

—¡Nuestra cometa! exclamó Doniphan.

—¡Nuestra cometa, que cayó en el lago, y que el viento empujó hasta allí! añadió Briant.

—¡Ah! ¿Era una cometa? dijo Evans. A fe mía, no lo adivinamos, y esa máquina llamaba mucho nuestra curiosidad. No podía haberse hecho sola, y no cabía duda de que había sido fabricada en la isla. Esta se hallaba, por lo tanto, habitada... Pero ¿por quién?... Esto era lo que importaba á Walston saber. En cuanto á mí, desde aquel día tomé la resolucion de huir. Cualesquiera que fuesen los habitantes de la isla, aun cuando fueran salvajes, no podían ser peores que los asesinos del *Severn*. Desde aquel día no me perdieron de vista ni un momento.

—¿Y cómo ha sido descubierto *Frenchden*? preguntó Baxter.

—Ya llego á ello, respondió el marino; pero antes de que prosiga mi relato decidme para qué os ha servido esa enorme cometa. ¿Era una señal?

Gordon contó entonces lo que habían hecho, con qué objeto se hizo, cómo Briant

M.C.D. 2018

había arriesgado su vida por la salvación de todos, y de qué modo se enteró de que Walston no había aún abandonado la isla.

—¡Sois un atrevido muchacho! dijo Evans, que tomó la mano de Briant y se la apretó como pudiera hacerlo con un hombre.

Y luego continuó:

—Comprenderéis fácilmente que Walston no tuvo desde entonces más que una preocupación: saber quiénes eran los habitantes de esta isla, que nos era desconocida. Si indígenas, tal vez pudiera entenderse con ellos; si náufragos, era posible que poseyeran las herramientas que le faltaban, y en este caso no le rehusarían su concurso para poner la chalupa en estado de hacerse á la mar.

Las indagaciones empezaron, pues, con mucha prudencia, en verdad. Avanzábamos poco á poco explorando los bosques de la orilla derecha del lago para aproximarnos á la punta del Sur; pero no descubrimos ni un ser humano, ni oímos detonación alguna por aquella parte de la isla.

—Eso consistía, dijo Briant, en que ninguno de nosotros se alejaba ya de *French-den*, y en que estaba prohibido disparar un solo tiro.

—¡Y sin embargo, habéis sido descubiertos! ¡Pero no podía ser de otro modo! En la noche del 23 al 24 de Noviembre uno de los compañeros de Walston llegó cerca de aquí, por la orilla meridional del lago. La mala suerte quiso que al pasar entreviera una claridad que filtraba á través de las paredes del alcantilado; fué sin duda la luz del farol, que se vió un instante por la puerta que abriríais para entrar ó salir alguno. Al día siguiente, Walston se dirigió por este sitio, y se quedó oculto parte de la noche entre las altas hierbas que crecen cerca del río...

—Ya lo sabíamos, dijo Briant.

—¿Lo sabíais?

—Sí, pues en aquel sitio, Gordon y yo hemos hallado los fragmentos de una pipa que Kate ha reconocido como perteneciente al forajido que acabáis de nombrar.

—¡Justamente! repuso Evans. Walston la perdió durante su excursión, lo que le contrarió vivamente; pero ya, en cambio, la existencia de la pequeña colonia le era conocida. Mientras estuvo acechando, vió á la mayor parte de vosotros ir y venir por la orilla derecha del río... Walston volvió y dió parte á sus compañeros de que no había aquí más que unos cuantos muchachos, de los que siete hombres se desharían fácilmente. Una conversación que sorprendí entre Brandt y él me enteró de lo que preparaban contra *French-den*.

—¡Monstruos! exclamó Kate; no hubieran tenido piedad de estos pobres niños.

—¡No, Kate! respondió Evans. ¡La misma que tuvieron del capitán y de los pasajeros del *Severn*! Son monstruos, como lo habéis dicho muy bien, y los manda el más cruel de todos, ese Walston, que, así lo espero, no escapará al castigo que merecen sus crímenes.

—En fin, Evans, dijo Kate; habéis llegado á escaparos; ¡gracias á Dios!

—Sí, mi buena Kate, repuso el marinero.

—La hemos puesto *Viernecitas*, interrumpió Service. Ya os explicaré el motivo.

—Bien, contestó Evans; mas continuaré mi relato. Hará como cosa de doce horas que aprovechando una ausencia de Walston y de otros cuatro que me dejaron bajo la vigilancia de Forbes y de Rock, me escapé, confiado en que no me sería difícil hacer perder mis huellas á aquellos bandidos.

Eran poco más ó menos las diez de la mañana cuando eché á correr á través del bosque... Casi en seguida Forbes y Rock lo advirtieron y empezaron á perseguirme. Estaban armados con sus fusiles, y yo no tenía más que un cuchillo de marino para defenderme y mis piernas para correr como un galgo.

La persecución duró todo el día. Cortando oblicuamente por medio del bosque, llegué á la orilla izquierda del lago, tuve que dar la vuelta á la punta, pues sabía, por la conversación que yo había oído, que estabais establecidos en las orillas de un río que corre hacia Oeste.

M.C.D. 2018

¡Jamás he corrido tanto, ni tanto tiempo tampoco! ¡Cerca de quince millas en un día! ¡Mil diablos! Aquellos bribones corrían tanto como yo, y sus balas corrían todavía más. Varias veces silbaron á mis oídos. ¡Figaráos! yo sabía su secreto; si me escapaba, temían de que os avisara; era preciso apoderarse de mí otra vez. ¡Verdad es que si no hubiesen tenido armas de fuego los hubiera esperado á pie firme con mi cuchillo en la mano, y los hubiera muerto, ó ellos á mí! ¡Sí, Kate; mejor hubiera querido morir que caer en manos de aquellos bandidos!

Esperaba yo, sin embargo, que aquella condenada persecución acabaría con la noche; pero no sucedió así. Yo había contorneado la punta del lago, y oía siempre á Forbes y á Rock detrás de mí. La tempestad, que amenazaba desde hacía algunas horas, estalló entonces, é hizo más difícil mi huida, pues á la luz de los relámpagos aquellos bandidos podían distinguirme en el ribazo. Llegué, por fin, hasta muy cerca de la orilla del río; tan cerca, que no distaba de ella ni cien pasos. Si consiguiera atravesarlo, pensaba yo, me consideraría en salvo, pues jamás se atreverían ellos á vadearlo sabiendo que se hallaban en las cercanías de *French-den*.

Cobré ánimo, aceleré la marcha, y ya iba á alcanzar el agua, cuando uno de los últimos relámpagos iluminó el espacio, y en seguida se oyó una detonación....

—La que nosotros oímos también, dijo Doniphan.

—Seguramente, repuso el piloto. Una bala me rozó el hombro; di un salto, y me precipité al río. Después de algunas brazadas llegué á la ribera opuesta, y me escondí entre las hierbas, mientras que Forbes y Rok miraban el agua y decían: «¿Le has dado?—Respondo de que sí.»

—Entonces está en el fondo.—Seguramente, y ya está muerto, y bien muerto.—Un estorbo menos. Y se marcharon.

—¡Sí; un estorbo menos!... Lo mismo dijeron de Kate. ¡Ah, bribones! ¡Ya veréis si he muerto!... Algunos instantes después me incorporé y me dirigí hacia el ángulo del acantilado. El ruido de unos ladridos llegó hasta mí... llamé... la puerta de *French-den* se abrió, y... ¡ahora, añadió Evans señalando con la mano en dirección al lago, á nosotros toca, muchachos, concluir con esos malvados y desembarazar de ellos la isla!

Estas palabras las pronunció con una energía tal, que todos se levantaron con ademán de seguirle; pero él les calmó en el acto, diciéndoles que ahora tocaba á ellos referir su historia, y entonces contaron á Evans todo cuanto les había pasado en veinte meses. Le describieron las condiciones en que el *Sloughi* salió de Nueva Zelandia; le pintaron con vivos colores su larga travesía por el Pacífico hasta la isla; el descubrimiento del náufrago francés; la instalación de la pequeña colonia en *French-den*; las excursiones durante el verano; los trabajos del invierno, y, por fin, le hicieron un minucioso relato, salpicado de chistes y de felices ocurrencias, de cuantas peripecias les acaecieron hasta llegar á conseguir tener las cosas necesarias para la vida tranquila que llevaban antes de la llegada de Walston y de sus cómplices.

—¿Y desde hace veinte meses ningún buque ha pasado á la vista de la isla? preguntó Evans.

—Ninguno hemos visto, dijo Briant.

—¿Habéis establecido señales?

—Sí; colocamos un mástil en lo más alto del acantilado.

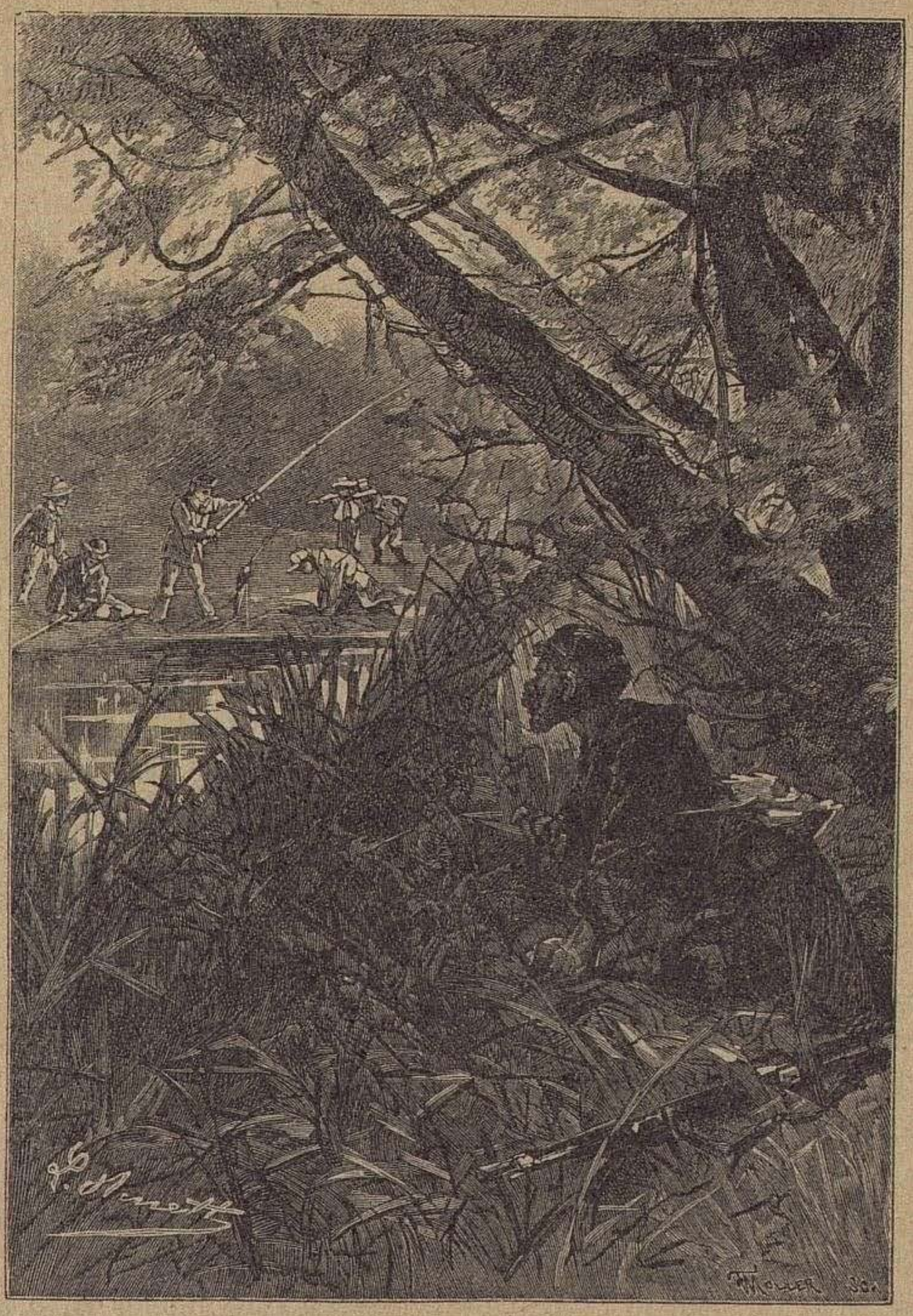
—¿Y no ha producido ningún efecto?

—No, señor Evans, respondió Doniphan; pero es preciso que sepáis que hace seis semanas le echamos abajo para que no llamara la atención de Walston.

—Hicísteis muy bien, hijos míos. Ya sabe aquel bribón á qué atenerse respecto á vosotros; así es que es preciso estar con cuidado.

—Desde luego, dijo Gordon, puesto que tenemos que vérnoslas con semejantes miserables, y no con gente honrada, á quienes hubiéramos ayudado de tan buena gana, adquiriendo nuestra colonia. sin duda alguna, más fuerza, mientras que

M.C.D. 2018



Walston, oculto entre las hierbas, observaba á los muchachos.

ahora tendremos que luchar, defende nuestra vida, y, después de todo... ¡quién sabe cuál será el resultado!

—Dios, que os ha protegido hasta ahora, hijos míos, respondió Kate, Dios no os abandonará... ¡Ya os ha enviado á Evans!

—¡Evans!... ¡Viva Evans!... exclamaron todos los niños á una.

—Contad conmigo, muchachos, respondió el piloto, como cuento con vosotros, y os prometo que nos defenderemos bien.

—Sin embargo, dijo Gordon: ¿no sería posible evitar esa lucha, si Walston consintiera en abandonar la isla?

—¿Qué quieres decir? preguntó Briant.

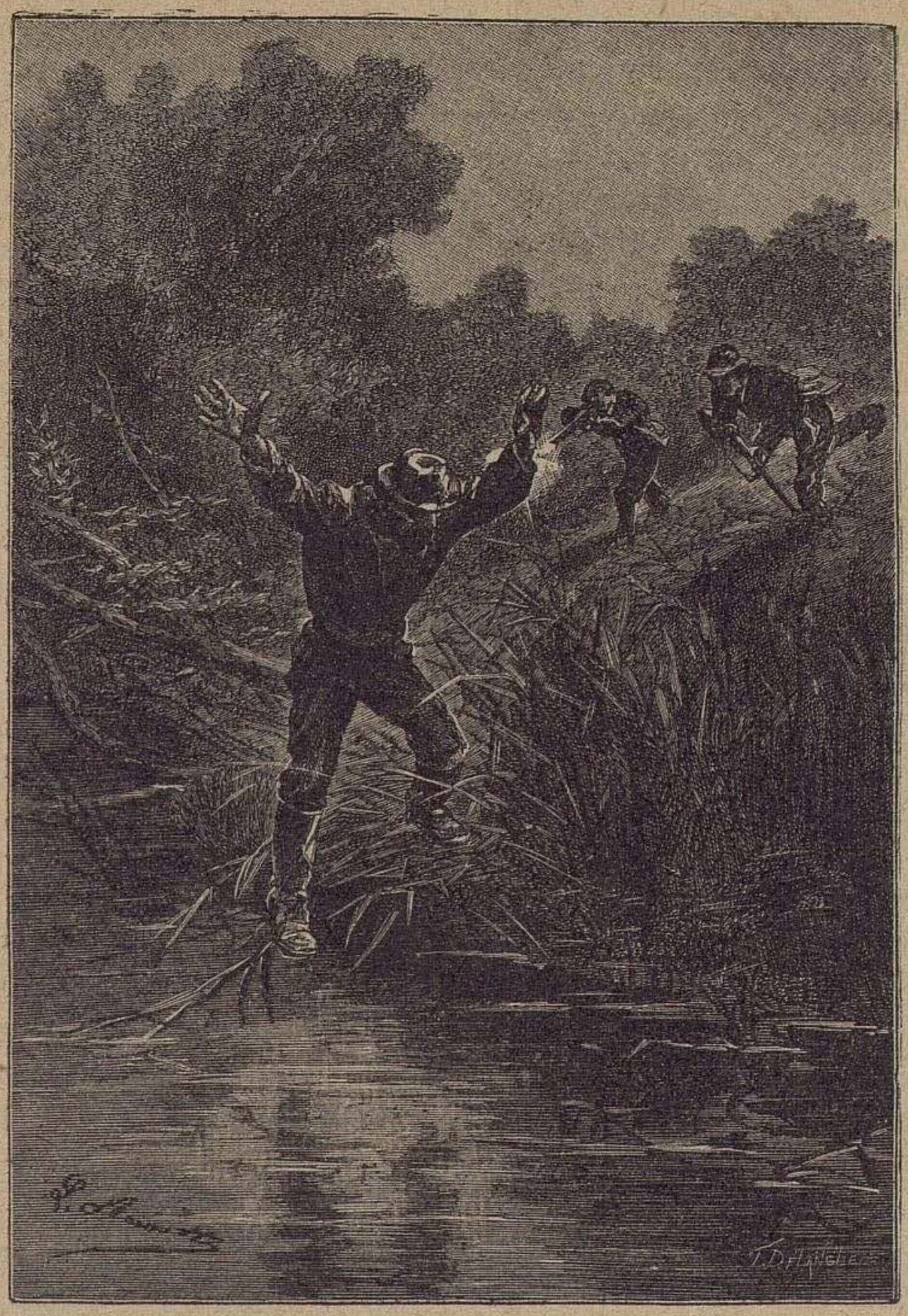
—Que si sus compañeros y él no se han marchado ya, es porque no han podido componer la chalupa. ¿No es así, Evans?

—Seguramente que sí.

—Pues bien; si se les propusiera prestarles todas las herramientas necesarias, tal vez aceptasen. Bien comprendo que es cosa repugnante entablar relaciones con los asesinos del *Severn*; pero dejará de serlo desde el momento en que lo hagamos para librarnos de ellos y para impedir un ataque que puede costar mucha sangre. ¿Qué pensáis de esto, Evans?

Este escuchó muy atentamente lo pro-

M.C.D. 2018



Una bala me rozó el hombro...

puesto, que demostraba en su autor un gran sentido práctico y daba á entender que no se abandonaba jamás á la influencia de las primeras impresiones, así como acusaba al mismo tiempo un carácter que le hacía mirar con calma cualquier situación, por difícil que fuera, dando esto á conocer al piloto que aquel muchacdo era el más formal de todos, por lo que su proposición le pareció digna de ser atendida.

—Decís bien, señor Gordon; cualquier medio sería bueno para evitar la presencia de aquellos malhechores, valiendo más, en efecto, que se marcharan después de haberles proporcionado los medios de carenar la chalupa, que entablar una lucha cuyo resultado puede ser dudoso. Pero ¿es posible fiarse de Walston? Cuando estéis en relaciones con él, ¿no aprovechará la ocasión de intentar sorprender á *French den* y de apoderarse de lo que os pertenece? Puede creer también que habéis salvado algún dinero de vuestro naufragio, y, creedme, esos bribones no procurarán otra cosa más que haceros daño, en cambio de vuestros favores. Son almas pervertidas, que no saben lo que es agradecimiento. Y, no lo dudéis; entenderse con ellos es lo mismo que perderse.

—¡No, no, no!... exclamaron Baxter y

M.C.D. 2018

Doniphan, á los que se unieron todos los demás con una energía que causó mucho placer al piloto.

—¡No!... añadió Briant. No queremos nada con Waiston ni con su cuadrilla.

—Luego, repuso Evans, no son sólo herramientas lo que necesitan, sino también municiones. Que tienen bastante para atacarnos, es demasiado cierto, por desgracia; pero cuando traten ellos de recorrer otros parajes, lo que les quede de plomo y de pólvora no será suficiente. Entonces os pedirán tales cosas; las exigirán. ¿Se lo daréis?...

—No por cierto, respondió Gordon.

—Pues bien; procurarán apoderarse de todo por la fuerza, y no habréis conseguido otra cosa que retrasar la lucha en peores condiciones para nosotros.

—Tenéis razón, señor Evans, replicó el americano. Estemos á la defensiva y esperemos.

—Es el mejor partido que podemos tomar. Y además, tengo, para esperar, un motivo que me alienta más que otro alguno.

—¿Cuál es?

—Prestadme atención. Walston, como sabéis muy bien, no puede abandonar la isla sino con la chalupa del *Severn*.

—Es evidente, replicó Briant.

—Evidentísimo: esa embarcación puede repararse, os lo afirmo, y si Walston ha renunciado á ponerla en estado de navegar, es por falta de lo necesario.

—Si no fuera por eso, estaría ya lejos de aquí, dijo Baxter.

—Tenéis razón, hijo mío. Pues bien; si dais á ese malvado los medios de reparar la chalupa, no dudo que abandonase la idea de saquear *French-den*, cosa conveniente para nosotros; pero no vacilemos tampoco en creer que con seguridad se apresurará á emprender la marcha sin ocuparse para nada de nuestra pequeña colonia

—Me extraña que no lo haya hecho ya, exclamó Service.

—¡Mil diablos! Si tal hubiera sido, replicó Evans, se valdría de la chalupa, y entonces, ¿cómo podríamos marchar de aquí nosotros?

—¡Cómo, señor Evans! dijo Gordon. ¿Contáis con esa embarcación para dejar la isla?

—¡Pues ya lo creo!

—¿Para ir á Nueva Zelandia atravesando el Pacífico? añadió Doniphan.

—¿El Pacífico?... No, hijos míos, respondió Evans; pero sí para llegar á un punto cercano, en donde esperaríamos la ocasión de volver á Auckland.

—¿Lo pensáis así, señor Evans? repuso Briant.

Y al mismo tiempo, tres ó cuatro de sus compañeros acosaron á preguntas al buen marino.

—Pero ¿cómo es posible que esa embarcación baste para una travesía de varios centenares de millas? dijo Baxter.

—¡Centenares de millas!.... repuso el piloto. ¡Nada de eso; unas treinta, cuando más!...

—¿No estamos, por ventura, en una isla? preguntó Doniphan. ¿Acaso el mar no rodea toda esta tierra?

—Por el Poniente, respondió Evans; pero al Sur, al Este y al Norte no hay más que canales que se atraviesan fácilmente en sesenta horas.

—¿De modo que no nos equivocábamos pensando que había tierras en las cercanías? dijo Gordon.

—No os engañabais, no. Y son hasta muy grandes las que existen por la parte oriental.

—Sí, por el lado de Levante, exclamó Briant. Aquella mancha blancuzca y aquel resplandor que distinguí en esa dirección.

—¿Una mancha blancuzca, decís? replicó el piloto. Debe ser algún ventisquero, y el resplandor de que habláis, la llama de un volcán, cuya situación debe constar en los mapas. Pero, vamos á ver, muchachos: ¿en dónde creéis hallaros?

—¡En una isla, sola, en medio del Pacífico! respondió el americano

—¡Una isla, sí! Sola, no. ¡Tened por cierto que pertenece á uno de los numerosos archipiélagos sembrados en la costa

M.C.D. 2018

de la América del Sur! Pero ¿cómo es que, habiendo dado nombres á los cabos, bahías, ríos, etc., no me habéis dicho aún el de la isla?...

—*Isla Chairmán;* le dimos el de nuestro colegio, respondió Doniphan.

—*¡Isla Chairmán!...* repitió el marino. ¡Pues de hoy en adelante tendrá dos, puesto que se llamaba ya isla de Hannover!

Terminado este diálogo, procedieron á las medidas de vigilancia acostumbradas y se fueron á descansar, después de preparar una cama en el *hall* para el buen Evans. Los jóvenes colonos se hallaban bajo la influencia de una doble impresión, capaz de turbar su sueño; de un lado la perspectiva de una sangrienta lucha, y de otro la posibilidad de volver al seno de sus familias.

El piloto dejó para el día siguiente la conclusión de sus explicaciones, indicando en el atlas la posición exacta de la isla Hannover, y mientras que Mokó y Gordon velaban, la noche acabó tranquilamente en *French-den*.

V

de Magallanes.—Las tierras y las islas que le rodean.—Establecimientos que hay en ellas.—Proyectos para el porvenir.—¿La fuerza ó la astucia?—Rock y Forbes.—Los falsos náufragos.—Acogida hospitalaria.—Entre once y doce de la noche.—Un tiro de Evans.—Intervención de Kate.

El Estrecho de Magallanes, descubierto en 1520 por el ilustre navegante portugués, es un canal de unas trescientas ochenta millas, cuya curva se dibuja de Oeste á Este, desde el cabo de las Vírgenes, en el Atlántico, hasta el de los Pilares, en el Pacífico. Se halla rodeado por costas muy accidentadas, y dominado por montañas de tres mil pies sobre el nivel del mar; está lleno de bahías, en las que hay infinidad de puertos de refugio, ricos en agua dulce, y en donde los buques pueden renovar sus provisiones; se ve cercado por espesos bosques, en los que abunda la caza y retumba con el estrépito de millares de cascadas, cuyas aguas se precipitan en innumerables caletas; y, por último, ofrece á los barcos que llegan de Oriente ó de Occidente un paso mucho más corto que el de Lemaire, entre la Tierra de los Estados y la Tierra de Fuego, con la ventaja de estar menos acosado por las tormentas que el del Cabo de Hornos.

Los españoles, que durante medio siglo fueron los únicos que visitaron las tierras magallánicas, fundaron en la península de Brunswick el establecimiento de Port-Famine. A los españoles siguieron los ingleses Drake, Cavendish, Chidley, Hawkins; luego fueron los holandeses de Weert, de Cord, de Noort, con Lemaire y Schouten, quienes descubrieron en 1610 el Estrecho de ese nombre. Y, por fin, desde 1696 á 1712, los franceses Degesnes, Beauchesne-Gouin y Frezier aparecieron allí.

Durante aquella época, dichos parajes fueron visitados por los navegantes más célebres de fines de aquel siglo, Anson, Cook, Byron, Bougainville y otros.

Desde entonces, el Estrecho de Magallanes fué una de las vías más frecuentadas para el paso de uno á otro Océano, sobre todo desde que el vapor, que no teme ni á los vientos desfavorables ni á las corrientes contrarias, permite atravesarle en condiciones excepcionales de navegación.

Tal es el Estrecho que el 28 de Noviembre Evans mostraba en el atlas de Stieler á Briant, Gordon y demás colonos.

La Patagonia, última región de la América del Sur, la Tierra del Rey Guillermo y la península de Brunswick, forman el límite septentrional del Estrecho; en el Sur se halla rodeado por ese archipiélago magallánico, que comprende las grandes islas de la Tierra de Fuego, la de Desolación, las islas Clarence, Holte, Gordon, Navarín, Wollaston, Stewart y otras muchas menos importantes, hasta el último grupo de las Ermitas, de las que la más avanzada entre ambos Oceanos no se

M.C.D. 2018

otra cosa que la última cima de la alta cordillera de los Andes, y que se llama el Cabo de Hornos.

Por el Este se ensancha entre el cabo de las Vírgenes, de la Patagonia, y el del Espíritu Santo, de la Tierra de Fuego; pero no sucede lo mismo por el Oeste, y así Evans se lo hizo observar á los moradores de *French-den*. Por aquel lado se encuentra el viajero innumerables islotes, islas, archipiélagos, estrechos, canales y brazos de mar, siendo por un paso situado entre el promontorio de los Pilares y la punta meridional de la gran isla de la Reina Adelaida, por donde el Estrecho desemboca en el Pacífico. Más arriba de esta embocadura se desarrolla una serie de islas, caprichosamente agrupadas, desde el Estrecho de lord Nelson hasta el grupo de las Chonos y de las Chiloë, que confinan con la costa chilena.

—Y ahora, añadió Evans, fijáos más allá del Estrecho de Magallanes, en esta isla, sólo separada por canales, al Sur de la de Cambridge, y de las de Madre de Dios y Chatam, al Norte. Pues bien; esta isla, situada á los cincuenta y un grados de latitud, es la de Hannover; la misma á que habéis dado el nombre de *Chairmán*, y que habitáis desde hace veinte meses.

Briant, Gordon y Doniphan, inclinados sobre el atlas, miraban con curiosidad aquel punto señalado por Evans, aquella isla que creían tan lejana de toda tierra, y que estaba tan cerca de la costa americana.

—¡Cómo! dijo Gordon: ¿no estamos separados de la Patagonia más que por esos brazos de mar?

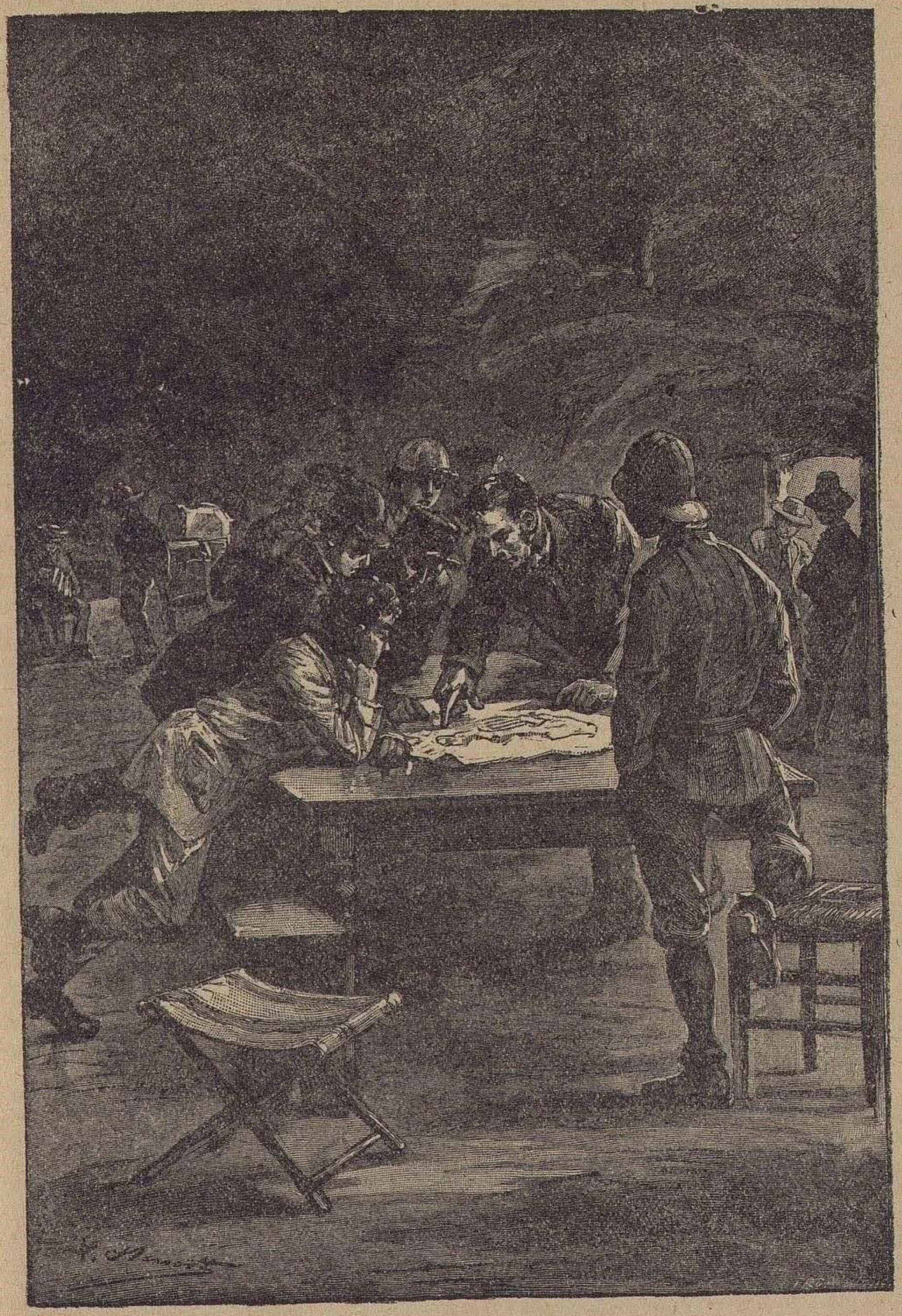
—Así es, hijos míos, respondió Evans; pero entre ésta y el mencionado continente no existen sino islas tan desiertas como la que habitamos. Si hubierais llegado á tierra americana, os hubiera sido preciso andar centenares de millas para alcanzar los establecimientos de Chile ó de la República Argentina. ¡Y cuántas fatigas no hubiérais experimentado, sin contar los muchos peligros que habríais arrostrado, toda vez que los indios *puelches*, errantes á través de las pampas, son poco hospitalarios! Me parece, sin ningún género de duda, que ha sido una felicidad para vosotros, puesto que teníais asegurada la existencia material, el no haber podido abandonar esta isla, si bien, Dios mediante, espero podremos dejarla juntos.

De modo que los canales que rodean la isla Hannover no miden en ciertos sitios más que quince ó veinte millas de ancho, y de seguro que Mokó, con un buen tiempo, hubiera podido atravesarlos sin cuidado alguno hasta en la canoa; y si Briant, Gordon y Doniphan, en sus excursiones al Norte y al Este, no habían podido ver aquellas tierras, es debido á que están en extremo bajas. En cuanto á la mancha blanca, era uno de los ventisqueros del interior, y la montaña en erupción uno de los volcanes de las regiones magallánicas.

Briant observó también otra cosa, mirando con atención el mapa, y es que la casualidad los había llevado durante sus excursiones á los puntos del litoral más lejanos de las cercanas islas; y si bien es verdad que Doniphan llegó hasta *Severnshores*, y hubiera podido divisar desde allí la costa meridional de la isla Chatam, como aquel día estaba el horizonte tan nublado por los vapores de la borrasca, era imposible distinguir nada. Para divisar las lejanas tierras que se hallaban en las inmediaciones hubiera sido preciso ir, ya á *North-cape*, desde donde eran visibles la isla Chatam y la de Madre de Dios, situadas más allá del Estrecho de la Concepción, ó bien á *South-cape*, desde cuyo punto se podrían ver las puntas de las islas de la Reina, Reina Adelaida ó Cambridge, y quizás también al extremo del litoral de *Downs-lands*, que domina las cimas, divisando desde allí la isla Owen ó los ventisqueros de las tierras del Sudeste.

Los jóvenes colonos jamás habían llevado sus exploraciones tan lejos; y en cuanto al mapa de Francisco Baudoin, Evans no pudo explicarse el por qué aquellas islas y tierras no estaban indicadas allí. Puesto que el náufrago frances había podido determinar con bastante exactitud

M.C.D. 2018



Evans, Briant, Gordon y Doniphan examinaban el attlas de Stleler.

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

la configuración de la isla Hannover, es que había dado la vuelta á la costa. Sería preciso admitir que las brumas se lo habían impedido.

Y en el caso en que Briant y sus compañeros llegaran á apoderarse de la chalupa del *Severn* y á repararla, ¿hacia qué lado la dirigirían?

Esta fué la pregunta que le hizo Gordon.

—Hijos míos, respondió Evans; no procuraré remontar ni al Norte ni al Este. Cuanto más camino hagamos por mar, mejor será para nosotros. Es seguro que con una buena brisa la embarcación podría llevarnos hacia algún puerto chileno, en el que nos acogerían muy bien; pero el mar es muy bravío en aquellas costas, mientras que los canales del archipiélago nos ofrecerán una travesía fácil.

—En efecto, respondió Briant. Mas, ¿encontraremos en aquellos parajes algún establecimiento y los medios necesarios para volver á Auckland?

—Así lo creo, respondió Evans. Mirad conmigo el mapa. Después de pasar el archipiélago de la Reina Adelaida, ¿adónde llegamos por el canal Smith? Al Estrecho de Magallanes, ¿no es verdad? Pues bien; casi á la entrada de aquel Estrecho está situado el puerto de Zamar, que pertenece á la Tierra de la Desolación, y allí podremos ponernos en el camino que nos conduzca á la patria.

—¿Y si no encontramos ningún buque? preguntó Briant; ¿esperaremos á que pase alguno?

—No, señor Briant. Seguid conmigo el Estrecho de Magallanes. ¿Veis aquella gran península de Bruswick?... Pues allí, en la bahía Fonescue, en el puerto Galantes, en donde los buques paran muchas veces; y si es preciso ir más allá y doblar el cabo Froward, al Sur de la Península, encontraremos la bahía de San Nicolás ó de Bougainville, en la que se detienen los barcos que pasan el Estrecho; y en fin, más allá, si queremos ir, está Port-Famine, y más al Norte, Punta Arena.

El piloto tenía razón. Una vez en el Estrecho, la chalupa tendría muchos puntos en donde poder parar, y por lo tanto nuestros jóvenes se hallarían en condiciones de volver al seno de sus respectivas familias, sin contar con el posible encuentro de buques con rumbo á Australia ó á Nueva Zelandia. Si Puerto Tamar, Puerto Galante y Puerto Famine ofrecen pocos recursos, Punta Arena, por el contrario, está provista de todo lo necesario para la existencia. Aquel gran establecimiento, fundado por el Gobierno chileno, forma un verdadero pueblo, edificado en el litoral, con una bonita iglesia, cuyo campanario se levanta airoso entre los soberbios árboles de la península de Brunswick. Está en plena prosperidad, mientras que Puerto Famine, que data del siglo XVI, no es ya más que una ruina.

Además, en la época presente existen más al Sur otras colonias, que son á menudo visitadas por expedicionarios científicos, entre otras la de Liwya, en la isla Navarín, y principalmente la de Voshovia, en el canal de Beagle, más arriba de la Tierra de Fuego. Esta última, merced á la abnegación de los misioneros ingleses, ayuda mucho á las investigaciones de aquellas regiones, en las que los franceses han dejado numerosas huellas de sus pasos, como lo atestiguan los nombres de Dumas, Cloué, Pasteur, Chanzy, Grévy, dados á ciertas islas del archipiélago magallánico.

La salvación de los jóvenes colonos era cierta, pues, si llegaban al Estrecho de Magallanes. Es verdad que para eso era necesario carenar la chalupa y apoderarse de ella, lo que no sería posible sino después de reducir á la impotencia á Walston y sus cómplices.

Y si la embarcación estuviera todavía en el sitio en que Iboulphan la había visto en la costa de *Severn-shores*, hubiera sido posible apoderarse de ella, porque Walston, á la sazón instalado allá por *Deception-bay*, ó sea á unas quince millas de distancia, no hubiera tenido fácilmente noticia de semejante hecho. Lo que aquel bandido pudo realizar, Evans hubiera po-

M.C.D. 2018

dido hacerlo también: es decir, conducir la chalupa, no á la embocadura del *East-river*, sino á la del río *Zealand*, y remontarlo hasta llegar á *French-den*. Allí las reparaciones se hubieran emprendido en mejores condiciones, baio la dirección del marino, y una vez aparejada y cargada con municiones, provisiones de boca y con algunos objetos convenientes ó necesarios, abandonar la isla antes de que los malhechores se hubieran puesto en estado de atacarlos.

Por desgracia, esto no podía ejecutarse ya. La cuestión de partida no podía resolverse sino por la fuerza, bien sea tomando la ofensiva, ó estándose á la defensiva. Nada podían hacer mientras no vencieran á la tripulación del *Severn*.

Evans inspiraba ciega confianza á los jóvenes colonos, nacida al abrigo de las simpatías y de la sinceridad con que se expresaba, y muy especialmente debida al entusiasmo con que Kate les había hablado de él.

Desde que el marino había podido cortarse el pelo y la barba, su fisonomía aparecía distinta, y pudo verse que su cara revelaba tanta franqueza y sinceridad como atrevimiento, energía y valor, sin que su carácter, resuelto y firme, le estorbase para ser capaz de todos los sacrificios. Kate tenía razón cuando decía que Evans era un enviado del cielo que acababa de aparecer en *French-den*. ¡Era, en fin, un *hombre* en medio de aquellos niños!

Perfectamente conocida ya la situación de la colonia, sacados los jóvenes de la ignorancia en que se hallaban, y estudiados todos los medios, Evans quiso enterarse de los recursos con que podría contar para sostener la resistencia que pensaba oponer al ataque de los bandidos.

Store-room y el *hall* le parecieron convenientemente dispuestos para la defensa. Examinados sus frentes, se veía que el uno dominaba el ribazo y el *Zealand*, y el otro *Sport-terrace* hasta la orilla del lago. Las ventanillas podían servir para hacer fuego en aquellas direcciones, quedándose á cubierto Con sus ocho fusiles los sitiadores podrían tener á raya á los sitiadores y ametrallarlos con los dos cañoncitos. si se aventuraban por las cercanías de la gruta. En cuanto á los revólvers, hachas y cuchillos, todos sabrían servirse de ellos si se llegara á un combate cuerpo á cuerpo.

Evans aprobó la precaución tomada por Briant de haber amontonado piedras en el interior para impedir que las puertas fuesen derribadas; pues si ellos eran fuertes dentro, es preciso no olvidar que fuera serían débiles, toda vez que no eran más que seis muchachos de trece á quince años contra siete hombres vigorosos, acostumbrados al manejo de las armas y de una audacia tal, que no retrocedían ni ante el asesinato.

—¿Los consideráis como temibles malhechores? preguntó Gordon.

—¡Sí, muy temibles!

—Menos uno de ellos, que, á mi parecer, no está enteramente viciado, cual es Forbes, el que me salvó la vida, dijo Kate.

—¡Forbes! exclamó Evans. ¡Mil diablos! Que haya sido arrastrado por los malos consejos de sus compañeros, ó por el miedo que les tenía, lo cierto es que ayudó á cometer los asesinatos del *Severn*. Además, ¿no me persiguió ayer con tanto encarnizamiento como Rock? ¿No ha tirado sobre mí como sobre una fiera? ¿No se alegró, creyéndome muerto? ¡No, mi buena Kate; mucho me temo que no valga más que los demás! Si os salvó la vida es porque sabía que aquellos bandidos os necesitaban todavía, y bien seguro es que no se quedará atrás cuando se trate de marchar contra *French-den!*

Algunos días pasaron sin que nada sospechoso llamase la atención de los jóvenes colonos, que observaban los alrededores desde lo alto del alcantilado. Esto no dejaba de sorprender á Evans, que, conociendo los proyectos de Walston, y sabiendo el interés que tenía en apresurarse, se preguntaba por qué desde el 27 al 30 de Noviembre no había hecho todavía ninguna demostración.

Entonces tuvo idea de que aquel malva-

M.C.D. 2018

do procuraría tal vez usar de astucia, en vez de emplear la fuerza para penetrar en *French-den*, y comunicó su pensamiento á Briant, Gordon, Doniphan y Baxter, con los que conferenciaba muchas veces.

—Mientras estemos encerrados en la gruta, dijo, Walston tendrá mucho qué hacer para derribar las puertas, si no tiene quien se las abra; y, por lo tanto, es fácil que quiera entrar aquí por astucia...

—¿Y cómo? preguntó Gordon.

—Puede ser de un modo que se me ha ocurrido, respondió Evans. Ya sabéis, hijos míos, que solamente Kate y yo somos los que podíamos denunciar á aquellos criminales. Pues bien; aquel bandido cree que Kate ha perecido en el naufragio; y en cuanto á mí, no tiene duda de que he perecido en el río, después de haber recibido los tiros de Forbes y de Rock, pues no ignoráis que los he oído felicitarse de mi muerte. Walston debe, pues, creer que nada sabéis; que no sospecháis siquiera su presencia en la isla, y que si uno de ellos se presentara aquí, le acogeríais como se acoge á un náufrago. ¡Después de entrar uno en la plaza, no le sería difícil introducir á los demás, lo que haría imposible toda resistencia!

—Pues bien, respondió Briant; si Walston, ó cualquier otro de su cuadrilla, se presenta para pedirnos hospitalidad, le recibiremos á tiros...

—¡Cómo! ¿No sería mejor agasajarlo y condolernos de su situación?... dijo el americano.

—¡Quizás sí, señor Gordon! replicó el marino. ¡Mejor era eso! Astucia contra astucia. Así es que, si sucede lo que preveo, deliberaremos después.

Y tenía razón.

En efecto, era necesario obrar con mucha cautela, pues si las cosas marchaban bien, si Evans se hacía dueño de la chalupa, era permitido creer que la hora de la libertad no tardaría en llegar. Pero ¡cuántos peligros tenían que arrostrar aún! Y después, cuando llegara la hora de marchar hacia Nueva-Zelandia, ¡Dios sabe si estarían todos vivos!

Al día siguiente, la mañana pasó sin novedad de ninguna especie. El marino, acompañado de Doniphan y Baxter, recorrió media milla en dirección á *Transwoods*, ocultándose detrás de los árboles agrupados en la base de *Auckland-hill*. Nada sospechoso llamó su atención ni la de *Phann*, que los seguía; pero por la tarde, un poco antes de la puesta del sol, se dió la voz de ¡alerta! Webb y Cross, de guardia en el alcantilado, bajaron precipitadamente, y dijeron que dos hombres se acercaban por el ribazo meridional del lago, en la orilla opuesta del río *Zealand*.

Kate y Evans, queriendo no ser conocidos, entraron en seguida en *Store-room*, y luego, mirando por las ventanillas, conocieron á Rock y á Forbes.

—Es indudable, dijo el marino, que quieren obrar con astucia, y que van á presentarse como náufragos.

—¿Qué hacemos? preguntó Briant.

—Acogerlos, respondió Evans.

—¡Recibir bien á aquellos miserables! exclamó Briant. ¡Jamás podré hacerlo!

—Me encargo de ello, replicó Gordon.

—¡Bien, señor Gordon! repuso el marino. ¡Y sobre todo, que no sospechen nuestra presencia aquí! Kate y yo nos presentaremos cuando sea tiempo.

Evans y su compañero se colocaron en una de las covachas del pasillo, cuya puerta cerraron.

Algunos instantes después, Gordon, Briant, Baxter y Doniphan acudían á la orilla del *Zealand*. Al verlos, los dos hombres fingieron una gran sorpresa, á la que Gordon respondió con otra no menos grande.

Rock y Forbes parecían muertos de fatiga, y cuando llegaron al río, he aquí las palabras que se cambiaron de una á otra orilla.

—¿Quién sois?

—¡Unos desgraciados náufragos que acaban de encallar en el Sur de esta isla, con la chalupa del *Severn*!

—¿Sois ingleses?

—¡No, americanos!

—¿Y vuestros compañeros?

M.C.D. 2018

—¡Han perecido! ¡Solos hemos escapado del naufragio, y estamos ya sin fuerzas! ¿A quién tenemos el gusto de hablar?

—A los colonos de la *isla Chairmán*.

—Que los colonos tengan piedad de nosotros y nos recojan, pues estamos sin recursos y...

—Siempre tienen los náufragos derecho á la asistencia de sus semejantes... respondió Gordon. ¡Seáis bienvenidos!

A una señal del americano, Mokó saltó á la canoa, amarrada cerca del dique, y condujo á los dos bribones á la orilla derecha del *Zealand*.

Sin duda que Walston no tuvo que detenerse mucho para elegir entre los suyos los dos de más agradable aspecto físico; todos eran igualmente repugnantes. La cara de Rock no era á propósito para inspirar confianza, ni aun á niños poco acostumbrados á descifrar lo bueno y lo malo en una fisonomía humana; y aun cuando este bandido había procurado tomar el aire de hombre de honradez, tenía todo el tipo de un malvado, con su frente deprimida y su mandíbula inferior muy pronunciada. Forbes, en el que, según el dicho de Kate, todo sentimiento de humanidad no estaba perdido todavía, se presentaba con regular aspecto. No se diferenciaba gran cosa del otro; mas servía mejor para el caso, y ese fué el motivo porque Walston se lo había dado por compañero.

Ambos representaron bastante bien su papel; no obstante, temiendo despertar alguna sospecha si dejaban que les dirigiesen preguntas demasiado categóricas, pretextaron más fatiga que necesidad, y pidieron que se les permitiese descansar y pasar la noche en *French-den*, lo que se les concedió. Al entrar, no se le escapó á Gordon que los falsos náufragos no dejaron de dirigir miradas investigadoras sobre la disposición del *hall*, y demostraron bastante sorpresa cuando vieron el material defensivo que poseía la pequeña colonia, y, sobre todo, el cañón colocado en la ventanilla.

Resultó de esto que los jóvenes colonos, or que repugnaba mucho el papel que desempeñaban, no tuvieron por qué continuarlo, puesto que Rock y Forbes tenían prisa por acostarse, dejando para el día siguiente el relato de sus aventuras.

—Un haz de hierbas nos bastará, dijo Rock; pero como no quisiéramos incomodaros, si tuvieseis otra habitación...

—Sí, respondió Gordon; la que nos sirve de cocina; podéis instalaros en ella hasta mañana.

Rock y su compañero pasaron a *Store-room*, cuyo interior examinaron de una ojeada, después de cerciorarse de que la puerta daba al lado del río.

En verdad que aquellos dos bandidos, viéndose acogidos de un modo tan afable, debían creer que para vencer á aquellos inocentes no había necesidad de cavilar mucho.

Rock y Forbes se tendieron en un rincón de *Store-room;* no iban á estar solos, es verdad, puesto que Mokó dormía también allí; pero poco les importaba, porque estaban muy decididos á estrangularle si no dormía profundamente. A la hora convenida, estos malvados debían abrir la puerta de *Store-room*, y Walston, que esperaría en el ribazo con sus demás secuaces, se haría dueño de la gruta.

A eso de las nueve, cuando Rock y Forbes aparentaban estar dormidos, Mokó entró, y no tardó en acostarse, pronto á dar la señal de alerta.

Briant y los demás se habían quedado en el *hall*, y cuando cerraron la puerta del pasillo, Evans y Kate se unieron á ellos. Todo había ocurrido como dijo el piloto, y no dudaba de que Walston y los demás estuviesen en los alrededores esperando el momento de penetrar en la morada de los jóvenes.

—¡Estemos alerta! dijo.

Dos horas pasaron, y Mokó se preguntaba si Rock y Forbes no dejaban su maquinación para otra noche, cuando un ligero ruido llamó su atención, y á la luz del farol vió que Rock y su compañero abandonaban el rincón en que se habían tendido, y se arrastraban hacia la puerta.

Esta se hallaba, como puedes calcular

M.C.D. 2018

nuestros lectores, reforzada con un montón de gruesas piedras, verdadera barricada que hubiera sido muy difícil, por no decir imposible, derribar.

Los dos malvados, al hallarse con aquel inconveniente, empezaron á quitar aquellas piedras, amontonándolas una á una contra la pared de la derecha. En pocos minutos la puerta quedó completamente expedita, no necesitándose más que quitar la barra que la sujetaba por dentro para que la entrada de *French-den* quedase libre; pero en el momento en que Rock, después de retirar la barra, abrió la puerta, una mano se apoyó con fuerza sobre su hombro.

Se volvió, y reconoció al piloto.

—¡Evans! exclamó. ¡Evans aquí!..

—¡Venid todos, muchachos! gritó el piloto.

Briant y sus compañeros se precipitaron en seguida en *Store-room*, y allí, Forbes, cogido por cuatro de los más fuertes, fué puesto en estado de no poder huir.

En cuanto á Rock, con un movimiento rápido, rechazó á Evans, dándole una cuchillada que le hirió levemente en el brazo izquierdo, y luego, abriendo la puerta, se lanzó fuera. No había andado diez pasos, cuando estalló una detonación. Era el marino, que acababa de tirar sobre Rock, pero, según todas las apariencias, el fugitivo no había sido alcanzado por la bala, pues ningún grito se dejó oir.

—¡Mil diablos!... ¡No he matado á ese bribón! Pero en cuanto al otro... no se me escapará... ¡Siempre será uno menos!

Y con el cuchillo en la mano se acercó á Forbes.

—¡Piedad, piedad!... gritó aquel miserable, á quien los jóvenes sujetaban en el suelo.

—¡Sí, piedad, Evans! repitió Kate, que se colocó entre el piloto y Forbes. ¡Perdónale, puesto que me salvó la vida!...

—¡Sea! respondió Evans. ¡Consiento en ello, Kate, á lo menos en este momento!

Y Forbes, fuertemente atado, fué encerrado en una pieza á propósito, y custodiado con vigilancia suma.

Luego, la puerta de *Store-room* volvió á cerrarse y á ser atrancada con las piedras, quedando todos en vela hasta el amanecer.

Interrogatorio de Forbes.—La situación.—Un proyectado reconocimiento.—Evaluación de fuerzas.—Restos de campamento.—Briant desaparecido.—Doniphan en su socorro.—Herida grave.—Gritos en «French-den.»—Aparición de Briant.—Mokó dispara un cañonazo.

Por más cansados que estuvieran (y debían estarlo mucho) aquella noche ninguno de los habitantes de *French-den* pensó en descansar. No era dudoso ya que Walston emplearía ahora la fuerza, puesto que la astucia no le había servido de nada, toda vez que Rock debió decirle que Evans se hospedaba en *French-den*, y que, por consiguiente, sus proyectos de ataque estaban completamente descubiertos.

Al amanecer, el marino, Briant, Doniphan y Gordon salieron de la gruta con mucho cuidado. A la salida del sol, las brumas matinales, condensadas poco á poco, dejaron completamente visible el lago, cuyas aguas se rizaban con una ligera brisa del Este.

Todo estaba tranquilo en los alrededores de *French-den*, lo mismo por la parte de *Traps-woods* que por la del río *Zea land*. En el interior del cercado, los animales domésticos iban y venían como de costumbre, y *Phann* no daba ninguna señal de alarma. Ante todo, Evans quiso saber si el suelo conservaba huellas de pasos, y las vió, en efecto, especialmente cerca de la gruta, cruzándose en todas direcciones é indicando bien á las claras que Walston y los suyos habían avanzado durante la noche hasta el río, esperando que Rock y Forbes les abriesen la puerta de *Store-room*.

En cuanto á manchas de sangre, no vie-

M.C.D. 2018

Mokó vió á Rock y á Forbes que se arrastraban hacia la puerta.

ron ninguna; prueba de que Rock ni siquiera había sido herido.

Evans se preguntaba si Walston había venido por el Sur del lago, como los falsos náufragos, ó por el Norte. En este último caso era de suponer que Rock había huido en dirección á *Traps-woods* para unirse á sus compañeros.

Como importab amucho aclarar este hecho, se decidió interrogar á Forbes para saber qué camino había seguido Walston. ¿Consentiría aquél en hablar? Y, si hablaba, ¿diría la verdad? En agradecimiento de que Kate le había salvado la vida, ¿se despertaría algún buen sentimiento en su corazón? ¿Olvidaría que era para hacerles traición por lo que había pedido hospitalidad á los huéspedes de *French-den*?

Evans, queriendo él mismo interrogarle, volvió al *hall* y abrió la puerta del camaranchón en donde Forbes estaba encerrado; aflojó sus ligaduras, y lo llevó al *hall*.

—Forbes, dijo Evans; el engaño que tú y Rock habíais meditado, os ha salido mal, pero importa que yo sepa cuáles son los proyectos de Walston; tú debes conocerlos: ¿cuáles son?

El bandido tenía baja la cabeza, no atreviéndose á mirar ni siquiera á los mucha-

M.C.D. 2018

Sonó una detonación...

cho[illegible] pronunciaban el interrogatorio, y guardaba silencio.

Kate observino.

—Forbes, dijo; mostrasteis ya una vez alguna piedad cuando impedísteis que vuestros compañeros me matasen durante el degüello que tuvo lugar en el *Severn*. Pues bien: ¿no haréis nada para salvar á estos niños de una suerte más horrible aún?...

Forbes no respondió.

—Os han perdonado la vida cuando merecíais la muerte, repuso Kate. ¿No existe ya en vuestro corazón ni un ápice de buen sentimiento? Después de hacer tanto mal, podéis volver todavía al camino del bien. ¡Reflexionad á qué horrible crimen prestabais vuestro concurso!...

Un hondo suspiro salió penosamente del pecho de Forbes.

—¿Y qué puedo yo hacer? preguntó con voz sorda.

—Puedes decirnos, repuso Evans, qué queríais hacer anoche, y lo que piensan hacer más tarde. ¿Esperabas á Walston y á los demás para introducirlos aquí apenas abrierais la puerta?...

—Sí, contestó Forbes.

—¿Y hubierais matado á estos niños, que tan bien os acogieron?

M.C.D. 2018

Forbes bajó aún más la cabeza, y esta vez no tuvo bastante fuerza para contestar.

—Y ahora, dime: ¿por qué lado Walston y los demás han venido hasta aquí?

—Por el Norte del lago, respondió Forbes.

—¿Mientras que tú y Rock veníais por el Sur?

—Sí.

—¿Han recorrido ya la parte Oeste de la isla?

—Aún no.

—¿En dónde estarán ahora?

—No sé...

—¿Nada más puedes decirnos, Forbes?

—¡No, Evans, no; os lo aseguro!...

—¿Crees que Walston volverá?

—Sí.

Indudablemente que Walston y los suyos, asustados por el tiro de Evans, y comprendiendo que estaban descubiertos, habían juzgado prudente esconderse, esperando una ocasión más favorable.

El buen marino, pensando que Forbes no podía darle ya ningún detalle más, lo llevó de nuevo á su encierro.

La situación seguía en el mismo estado de gravedad.

¿En dónde se hallaría ahora Walston? ¿Estaría acampado debajo de los árboles de *Traps-woods*? Forbes no pudo decirlo.

Y sin embargo, importaba mucho saberlo; así es que el piloto pensó operar un reconocimiento en aquella dirección, aun cuando no se verificaría seguramente sin peligro.

A las doce, Mokó llevó algún alimento al prisionero, que estaba muy abatido, y que apenas probó. ¿Qué pasaba en el alma de aquel desgraciado? ¿Estaría su conciencia entregada al remordimiento?

Después de almorzar, Evans dió á conocer á los jóvenes el proyecto que concibió de avanzar hasta el límite de *Traps-woods*, porque tenía gran empeño en saber si los malhechores estaban aún en los alrededores de *French-den*. Esta proposición fué aceptada sin discusión, y se tomaron las necesarias precauciones para hacer frente á cualquiera eventualidad.

Walston y sus compañeros no eran ya más que seis, desde la captura de Forbes, mientras que la colonia se componía de quince muchachos, sin contar Kate y Evans, diecisiete entre todos. De ese número era necesario eliminar á los pequeños, que no podían tomar parte directa en la lucha. Decidieron, pues, que, mientras Evans operaba el reconocimiento proyectado, con los mayores, Iverson, Jenkins, Dole y Costar quedarían en el *hall* con Kate; Mokó y Santiago, libres para el servicio doméstico, y Baxter de vigilancia, acompañando los demás á Evans. Ocho muchachos contra seis hombres en toda la fuerza de la edad, no hacían la partida muy igual, si bien es verdad que los colonos irían armados cada cual con una buena escopeta y un revólver, mientras que Walston y su cuadrilla no poseían más que cinco fusiles. Un combate á distancia, y en estas condiciones, presentaba alguna condición de éxito, tanto más que Doniphan, Wilcox y Cross, que eran muy buenos tiradores, aventajaban en esto á los marineros americanos. Además, las municiones no habían de faltarles, mientras que los bandidos no poseían ya, con seguridad, más que unos cuantos cartuchos.

Eran cerca de las dos de la tarde cuando la infantil tropa se formó para ponerse en marcha, bajo la dirección de Evans.

Baxter, Santiago, Mokó, Kate y los pequeños entraron otra vez en *French-den*, cuyas puertas cerraron, pero no apuntalaron, para el caso de que los expedicionarios tuvieran que resguardarse rápidamente.

Ni por el Sur ni por el Este había nada que temer; pues para seguir aquella dirección hubiera sido preciso que Walston fuese á *Sloughi-bay*, para seguir luego por la orilla del *Zealand*, caminata muy larga por cierto; habida consideración de esto, y teniendo en cuenta lo que dijo Forbes, era de presumir que los forajidos no estaban en aquellos parajes; así es que Evans no podía temer ser cogido por la espalda, puesto que el ataque no podía venir más que por el Norte.

M.C.D. 2018

Los muchachos y el marino avanzaron con mucha prudencia, siguiendo la base de *Auckland-hill*. Más allá del cercado, las malezas y los grupos de árboles les permitían llegar al bosque sin descubrirse demasiado.

Evans marchaba á la cabeza de su pequeño ejército, no sin reprimir á cada momento el ardor de Doniphan, siempre pronto á ir á vanguardia. Después de pasar por la tumba del náufrago francés, el piloto creyó oportuno sesgar algo para acercarse á la orilla del lago.

Phann, á quien Gordon procuraba en vano detener, parecía olfatear algo, pues no apartaba su nariz del suelo, y dió á conocer muy pronto que seguía una pista.

—¡Atención! dijo Briant.

—Sí, respondió Gordon; y no es la pista de un animal. Ved el modo de obrar de *Phann*...

—Deslicémonos por entre las hierbas, replicó Evans, y vos, que sois buen tirador, Sr. Doniphan, si uno de esos bribones se pone á vuestro alcance, no perdáis el tiro, pues yo os aseguro quo no habréis jamás empleado mejor una bala.

Algunos instantes después llegaban á los primeros grupos de árboles de *Traps-woods;* allí había huellas de una reciente parada, pues se veían ramas medio consumidas y cenizas calientes todavía.

—Aquí es, de seguro, en donde Walston y los suyos han pasado la última noche, dijo Gordon.

—Y han estado tal vez hasta hace poco, respondió Evans. Me parece que debemos dirigirnos hacia el acantilado.

Apenas acabó de decir estas palabras, cuando se oyó una detonación hacia la derecha, y una bala, después de rozar la cabeza de Briant, se clavó en el árbol en que éste se apoyaba.

Casi en seguida sonó otra, acompañada de un grito desgarrador, viéndose al mismo tiempo, como á unos cincuenta pasos de distancia, caer á tierra, por entre los árboles, el cuerpo de un hombre.

Apenas se oyó el tiro que pudo matar á Briant, Doniphan descargó su escopeta en dirección del humo que acababa de oirse.

Y entonces el perro salió escapado, ladrando con furia.

—¡Aquí, *Phann*, aquí!... gritó Gordon.

Pero el perro no obedeció, y Doniphan, llevado por su ardor, se lanzó detrás del animal.

—¡Adelante! dijo Evans. ¡No podemos dejarle comprometerse solo!

Un momento después, habiéndose reunido con Doniphan, se detenían todos delante de un cuerpo tendido en medio de las hierbas, y que no daba ya señales de vida.

—¡Este es Pike! dijo el marino. ¡El bribón está bien muerto! Si el diablo sale de caza hoy, no se volverá con las manos vacías! ¡Uno menos!

—Los demás no deben estar muy lejos, dijo Wilcox.

—No, muchacho, no lo están; pero no nos quedemos al descubierto... ¡De rodillas, pronto, de rodillas!

Tercera detonación, viniendo de la izquierda. Esta vez Service, que no se bajó bastante pronto, recibió una rozadura en la frente.

—¿Estás herido? exclamó Gordon corriendo hacia él.

—¡No es nada, Gordon, no es nada! respondió Service. ¡Un simple arañazo!...

En estos momentos les importaba mucho no separarse, porque aún quedaban cinco de los bandidos que, en vez de intimidarse por la muerte de Pike, debían de estar en acecho á corta distancia, detrás de los árboles; así es que Evans y los demás, teniendo esto presente, se agazaparon entre las hierbas, formando un grupo compacto, prontos á la defensa por cualquier lado que viniera la agresión.

De repente Garnett exclamó:

—¿En dónde está Briant?

—¡Ya lo veo! respondió Wilcox.

En efecto, aquel muchacho había desaparecido, y como en ese instante se oyeron furiosos ladridos de *Phann*, era de temer que el atrevido joven estuviera peleando con alguno de los bandidos

—¡Briant... Briant!... gritó Doniphan.

M.C.D. 2018

Y todos, sin consideración alguna, se lanzaron sobre las huellas del perro. Evans no pudo detenerlos; iban de árbol en árbol ganando terreno.

—¡Cuidado, Evans, cuidado! exclamó de repente Cross, tirándose al suelo.

Instintivamente bajó el marino la cabeza, en el momento en que una bala pasaba á algunas pulgadas de su cuerpo.

Y luego, enderezándose, divisó á uno de los compañeros de Walston, que huía á través del bosque.

Era precisamente Rock, que se le había escapado la víspera.

—¡Para ti, Rock! gritó.

Hizo fuego, y Rock desapareció, como si el suelo se hubiera hundido debajo de sus pies.

—¿Habré errado otra vez el tiro? dijo Evans. ¡Mil diablos! ¡Sería tener muy mala suerte!

Todo esto había pasado con brevedad, y en aquel mismo instante los ladridos del perro se oían muy cerca. Casi en seguida Doniphan exclamó á algunos pasos:

—¡Firme, Briant, firme! Aquí estamos.

Evans y sus compañeros se lanzaron por aquel lado, y vieron á Briant luchando con Cope.

Este miserable acababa de derribar al muchacho, é iba á herirle con su cuchillo, cuando Doniphan, llegando á tiempo para desviar el golpe, se echó sobre Cope, sin tener tiempo de coger su revólver.

Y fué el que recibió la cuchillada en medio del pecho... cayendo al suelo sin proferir un solo grito.

Cope, observando entonces que Evans, Garnett y Webb procuraban cortarle la retirada, huyó en dirección al Norte. Tiraron sobre él, pero desapareció, y *Phann* volvió sin haber podido alcanzarle.

Apenas levantado, Briant corrió al lado de Doniphan y le sostenía la cabeza, procurando reanimarlo.

Evans y los demás muchachos se aproximaron también, después de cargar de nuevo sus armas.

En realidad, Walston había llevado la peor parte, puesto que Pike había muerto, y Cope y Rock estaban probablemente fuera de combate.

Por desgracia, Doniphan había sido herido en el pecho, y mortalmente al parecer. Sus ojos estaban cerrados, y su cara tenía el color de la cera; no hacía ningún movimiento, ni oía siquiera la voz de Briant, que le llamaba.

El marino se inclinó sobre el cuerpo del joven, abrió su chaqueta, y desgarrando la camisa empapada en sangre, descubrió una herida, muy profunda, al parecer, á la altura de la cuarta costilla del lado derecho; y aun cuando el aspecto de Doniphan ofrecía serios temores, si el pulmón no había sido tocado por la punta del cuchillo, podía concebirse alguna esperanza de salvación, aunque vaga y sin fundamento serio.

—¡Llevémosle á *French-den!* dijo Gordon. ¡Sólo allí es donde podremos cuidarle!...

—¡Y salvarle! exclamó Briant. ¡Ah, mi pobre amigo!... ¡Es por mí por quien te has arriesgado!...

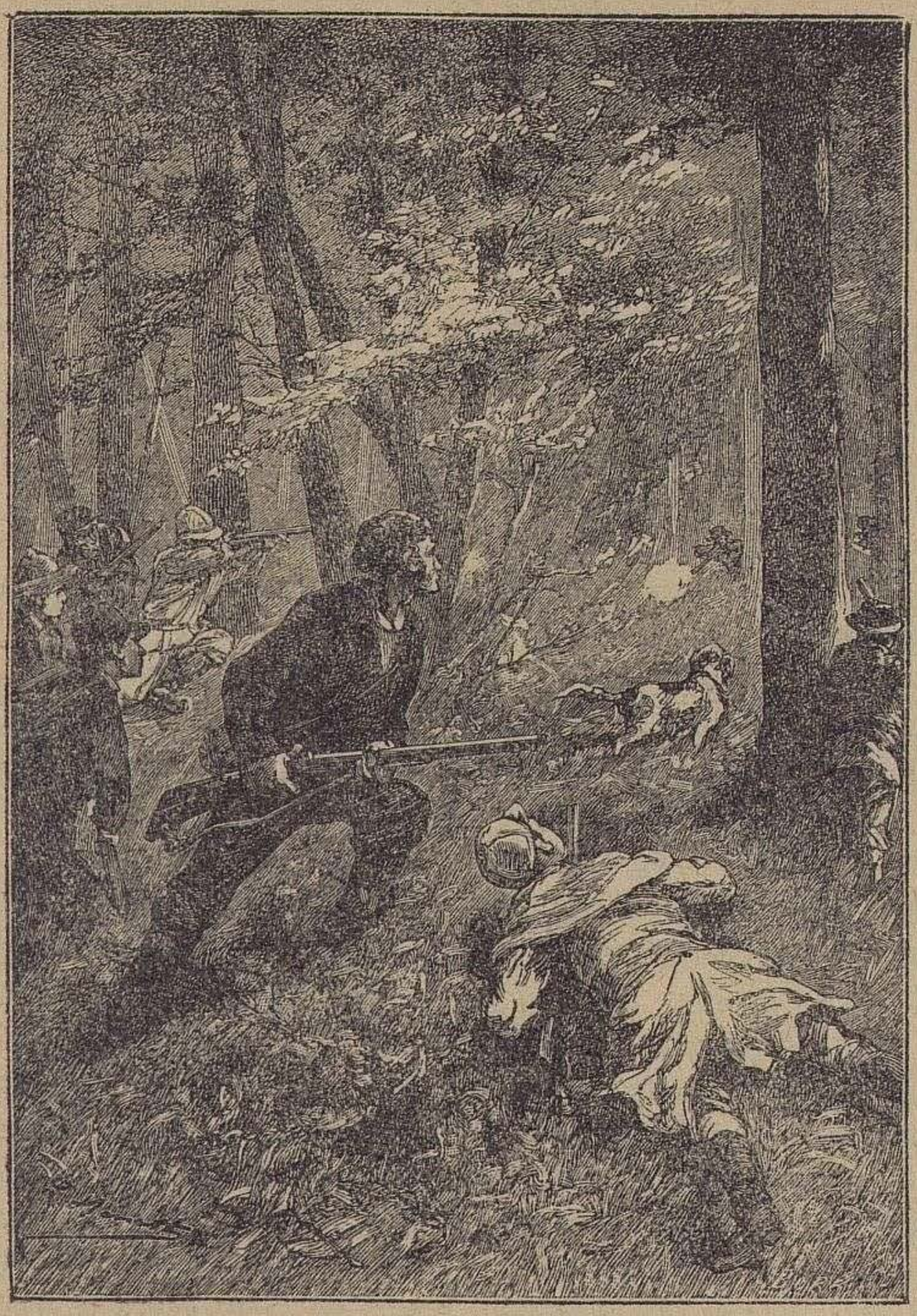
Evans aprobó la proposición de llevar á Doniphan á *French-den;* con tanto más motivo, cuanto que la lucha parecía suspendida, quizás porque Walston, viendo las cosas mal paradas, hubiera tomado el partido de pronunciarse en retirada hacia las profundidades de *Traps-woods*.

Sin embargo, una cosa preocupaba al marino, y es que no había visto á Walston, ni á Brandt, ni á Book, que eran tal vez los más temibles de la cuadrilla.

El estado de Doniphan exigía que le transportaran con muchísimo cuidado y sin sacudidas, para lo cual Wilcox y Service hicieron una especie de parihuelas con ramas y hojas, en la que tendieron al pobre muchacho, siempre privado de conocimiento, y luego cuatro de sus compañeros le levantaron con mucha suavidad, mientras que los demás le rodeaban con el arma cargada y el revólver en la mano.

La comitiva volvió directamente por la falda del acantilado, pues de ese modo no tenían que ejercitar su vigilancia sino por la espalda. Algunas veces el pobre Doni-

M.C.D. 2018



¡Bajáos, Evans, bajáos! gritó Cross agachándose.

phan suspiraba tan lastimosamente, e Gordon hacía señas de que se detuvieran para escuchar su respiración.

Las tres cuartas partes del camino llevaban ya andadas en estas condiciones, y aun cuando no quedaban ya más que unos setecientos ú ochocientos pasos para llegar á la gruta, no veían aún la puerta, á causa de que la ocultaba una parte saliente del acantilado.

De repente se oyeron gritos hacia el *Zealand*, y *Phann* echó á correr en aquella dirección.

Era evidente que Walston y sus dos compañeros atacaban á *French-den*.

En efecto, he aquí lo que pasó, según supieron más tarde.

Mientras que Rock, Cope y Pike, emboscados debajo de los árboles de *Trapswoods*, distraían y entretenían á la pequeña tropa que Evans mandaba, Walston, Brandt y Book habían subido al acantilado por el lecho, seco á la sazón, del torrente de *Dike-creek*, y luego, atravesando á toda prisa la meseta, bajaron á *Auckland-hill* por una pendiente que conducía á la orilla del río, y próxima á *Storeroom*. Una vez allí, derribaron la puerta y entraron en la gruta. ¿Llegaría Evans á tiempo para evitar una catástrofe?

M.C.D. 2018

El marino tomó bien pronto su partido. Mientras que Cross, Webb y Garnett quedaron al lado de Doniphan, á quien no podían dejar solo, Gordon, Service, Wilcox y él se dirigieron rápidamente á *French-den*.

Lo que vieron en cuanto divisaron *Sport-terrace*, era cosa para quitarles toda esperanza.

En aquel momento Walston salía por la puerta del *hall*, llevando hacia el río á uno de los niños.

Ese niño era Santiago. Kate se precipitaba sobre el bandido y procuraba en vano arrancárselo.

Poco después, Brandt apareció también, llevándose á Costar en la misma dirección.

Baxter se arrojó sobre este último bandido; pero, violentamente rechazado, rodó por el suelo.

En cuanto á los demás pequeños, no se les veía, ni tampoco á Mokó. ¿Habrían sido asesinados, y estarían en el interior de la gruta?

Walston y Brandt ganaban terreno. ¿Tendrían acaso, y para mayor desgracia de los prisioneros, la posibilidad de atravesar el río de otro modo que á nado?

Sí, sin duda, porque Book estaba allí, cerca de la canoa que habían sacado de *Store-room*.

Llegados ya á la orilla izquierda, estarían los tres en salvo, porque antes de que pudieran cortarles la retirada alcanzarían su campamento de *Bear-rock* con Santiago y Costar, que les servirían de rehenes.

Así es que Evans, Briant, Gordon, Cross y Wilcox, comprendiendo el pensamiento de aquellos desalmados, corrían cuanto podían, esperando llegar á *Sport-terrace* antes de que Walston, Book y Brandt estuvieran en seguridad del otro lado del río, porque darles caza y detenerlos con las balas no era cuerdo, pues eso equivaldría á exponerse á herir ó matar á los niños.

Pero Pe[illegible] allí. ¡Animal valiente y desalmado! Dió un salto, y cogió á Brandt por la garganta. El miserable, para defenderse del perro, tuvo que soltar á Costar.

Walston arrastraba siempre á Santiago hacia el río.

De repente un hombre se lanzó fuera del *hall*.

Era Forbes.

¿Vendría á reunirse á sus compañeros después de forzar la puerta de su encierro? Walston lo creyó así.

—¡A mí, Forbes!... ¡Ven... ven!... le gritó.

Evans se detuvo entonces, é iba á hacer fuego, cuando vió que Forbes se arrojó sobre Walston, á fin de arrancarle su presa.

Este, sorprendido por aquella agresión que no esperaba, tuvo que abandonar á Santiago, y, volviéndose, hirió con su cuchillo á Forbes, que cayó á los pies de Walston.

Todo esto pasó en tan poco tiempo, que Evans y sus compañeros se hallaban aún á unos cien pasos de *Sport-terrace*.

Walston quiso coger de nuevo á Santiago para llevarlo á la canoa, en la que Brandt, que se había desembarazado del perro, le esperaba ya; mas no tuvo tiempo para ello, porque Santiago, que estaba armado con un revólver, lo descargó á boca de jarro sobre el pecho del infame asesino, quien, á pesar de hallarse gravemente herido, pudo llegar arrastrándose hasta sus dos compañeros, que, cogiéndole en sus brazos, le embarcaron, y empujando vigorosamente la canoa, se pusieron en fuga.

En aquel momento una fuerte detonación retumbó, llenando el río de metralla y haciendo zozobrar la canoa.

Era Mokó que acababa de pegar fuego á la mecha del cañón colocado en la ventana de *Store-room*.

Excepción hecha de los dos miserables que habían desaparecido debajo de los árboles de *Traps-woods*, la *isla Chairmán* estaba libre de los asesinos del *Severn*, arrastrados hacia el mar por la corriente del *Zealand*.

M.C.D. 2018

VII

Reacción.—Los heroes de la batalla.—Fin de un desgraciado.—Excursión por el bosque.—Convalecencia de Doniphan.—En el puerto de «Bear-rock.»—Compostura de la chalupa.—Marcha emprendida el día 5 de Febrero.—Bajando el río «Zealand.»—Saludo á «Sloughi-bay.»—La última punta de la «isla Chairmán.»

Una nueva era empezaba ahora para los colonos de la *isla Chairmán*.

Después de tanto batallar hasta entonces con el fin de asegurar su existencia en condiciones bastante difíciles, iban en estos momentos á trabajar, intentando un supremo esfuerzo para volver á ver á sus familias y á su país.

A la grande y prolongada excitación producida por la lucha, siguió una reacción muy natural. Estaban como aniquilados por su victoria, y el peligro pasado les parecía ahora mayor que antes.

Ciertamente que después del primer encuentro en *Traps-woods*, las probabilidades de vencer eran mayores; pero sin la intervención tan inesperada de Forbes, se hubieran escapado Walston, Book y Brandt, y no se hubiera atrevido Mokó á tirar aquel cañonazo, que hubiera alcanzado á Santiago y á Costar, lo mismo que á sus secuestradores. ¿Qué hubiera sucedido después?... ¿A qué exigencias no hubieran tenido que someterse para libertar á aquellos niños? Así es que cuando Briant y sus compañeros pudieron contemplar con frialdad la situación en que se habían encontrado, experimentaron una especie de espanto, cosa muy fácil de explicar; mas ya por fortuna había pasado lo peligroso, y aun cuando no sabían á punto fijo lo que había sido de Rock y de Cope, era innegable que la seguridad había vuelto á imperar en la *isla Chairmán*.

En cuanto á los héroes de la batalla, habían sido felicitados como lo merecían; Mokó, por su cañonazo descargado tan a tiempo, y Santiago por la sangre fría que había demostrado al tirar sobre Walston. Costar también lo hubiera hecho, según dijo, si hubiera tenido una pistola; mas como no la tenía...

Phann tuvo también su buena parte de caricias, y, como premio, un magnífico hueso lleno de tuétano, con que Mokó le gratificó por haber atenazado con sus colmillos á aquel bribón de Brandt, que se llevaba un niño.

Después del cañonazo disparado por el grumete, Briant volvió apresuradamente hacia el sitio en donde quedó el herido, y algunos instantes después Doniphan, siempre sin conocimiento, fué colocado en el *hall*, mientras que Forbes, que había sido levantado del suelo por Evans, estaba tendido en la cama de *Store-room*, y durante toda la noche Kate, Gordon, Briant, Wilcox y el marino velaron al lado de ellos.

Saltaba á la vista que Doniphan estaba peligrosamente herido; mas como respiraba con bastante regularidad, era de suponer que el pulmón no había sufrido detrimento alguno. Kate recurrió, para curar la herida del muchacho, á las hojas del aliso, que, machacadas y colocadas encima de la parte dañada, son muy eficaces para impedir la supuración interna, y esos árboles se hallaban en abundancia en las orillas del *Zealand*. Forbes estaba herido en el vientre, y comprendía que no había salvación para él; así es que cuando volvió en sí y vió á Kate, que con tanto esmero le asistía, le dijo:

—¡Gracias, mi buena Kate, gracias! ¡Pero todo es inútil; estoy perdido!...

Y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Como el remordimiento se había apoderado del corazón de aquel desgraciado, que, más bien que malo, había sido arrastrado por los nocivos consejos y letales ejemplos de sus malvados amigos, sintió rebelarse todo su ser al considerar la horrible suerte que amenazaba á los jóvenes colonos, y eso le hizo arriesgar su vida para defenderlos.

—¡Ten esperanza, Forbes! le dijo

M.C.D. 2018

Evans. Has borrado tus crímenes... ¡Vivirás!...

¡No! El infortunado debía morir; así es que, á pesar de los cuidados que le fueron prodigados, se agravó cada vez más, y durante los cortos momentos de descanso que le dejaba el dolor, su mirada, inquieta, se volvía hacia Kate y hacia Evans, como diciéndoles:

—¡He vertido sangre, y la mía corre en expiación de mis crímenes!...

A eso de las cuatro de la madrugada, Forbes expiró. Murió arrepentido, perdonado por los hombres y por Dios, que le evitó una larga agonía, pues sin notable sufrimiento exhaló el último suspiro.

Al día siguiente le enterraron en una fosa abierta cerca del sitio en que descansaban los restos del náufrago francés, y dos cruces indican ahora el sitio que ocupan aquellas tumbas.

Sin embargo, la presencia de Rock y de Cope constituía todavía un peligro, y la seguridad no sería completa mientras no estuvieran en estado de no hacer daño.

Evans resolvió, pues, concluir con ellos de una vez antes de ir al puerto de *Bear-rock*.

Gordon, Briant, Baxter, Wilcox y él partieron aquel mismo día con el fusil al brazo y el revólver á la cintura. *Phann* los acompañaba, pues bien podían fiarse de él para descubrir una pista.

Las averiguaciones no fueron ni largas ni difíciles, y aun podemos añadir que ni peligrosas.

Los colonos no tenían ya nada que temer de los dos cómplices de Walston. Cope, cuyas huellas pudieron seguirse en medio de los matorrales de *Traps-woods*, fué hallado muerto á algunos centenares de pasos del sitio en que recibió una bala. Encontraron también el cadáver de Pike, que Doniphan mató al principio de la refriega. En cuanto á Rock, que desapareció tan inopinadamente como si se hubiera hundido en el suelo, Evans tuvo bien pronto la explicación de su fin, pues aquel bandido cayó mortalmente herido en una de las trampas preparadas por Wilcox, y allí lanzó su alma al abismo de la eternidad.

Los tres cadáveres fueron enterrados en dicha trampa, de la que nuestros colonos hicieron una sepultura, y después Evans y los muchachos volvieron á *Frenchden* con la buena noticia de que ya no tenían nada que temer.

La alegría hubiera sido completa sin la peligrosa herida de Doniphan.

Al día siguiente, Evans y los mayores discutieron los proyectos que debían tener inmediata ejecución. Lo que importaba antes que nada era entrar en posesión de de la chalupa del *Severn*. Esto exigía un viaje á *Bear-rock*, en donde se procedería á los trabajos de reparación de aquella barca, y se convino en que Evans, Briant y Baxter fuesen allí por el lago y el *East-river*, porque era más seguro y más corto á la vez.

La canoa, que fué encontrada en un remanso del río, no había sido alcanzada por la metralla, que pasó por encima de ella.

Embarcaron herramientas, provisiones, municiones y armas, y con un buen viento partieron al comenzar la mañana del 6 de Diciembre, bajo la dirección de Evans.

La travesía de *Family-Lake* se hizo con bastante rapidez, no necesitándose siquiera aflojar ni apretar la escota, á causa de lo igual y constante que fué la brisa.

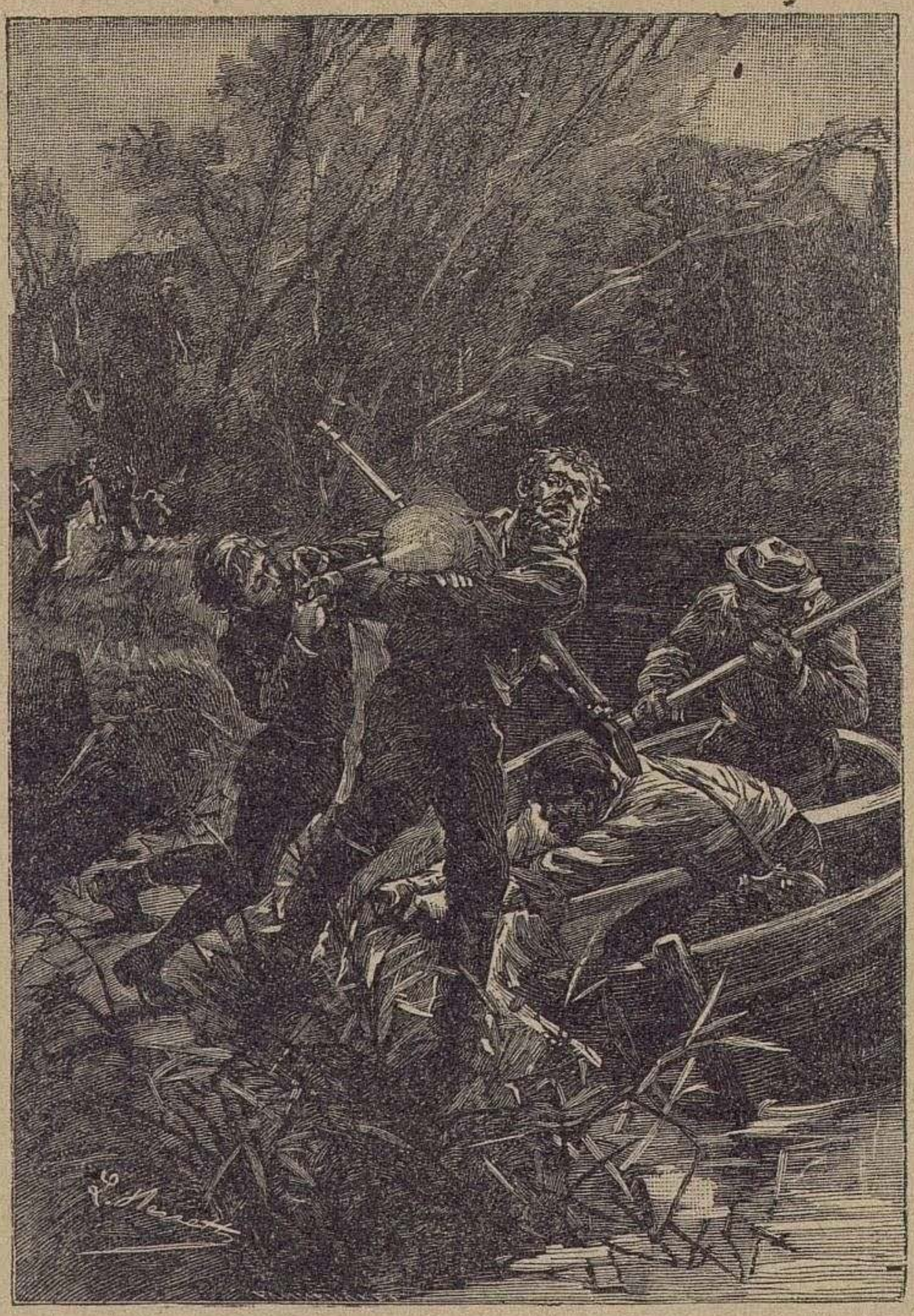
Antes de las once y media, Briant enseñaba al marino la pequeña caleta por la que las aguas del lago se vertían en el lecho del *East-river*, y la canoa, ayudada por el reflujo, penetró por entre las dos orillas del río.

No lejos de la embocadura, la chalupa yacía en la arena de *Bear-rock*.

Después de un examen muy detallado de las reparaciones que necesitaba, he aquí lo que dijo Evans:

—Hijos míos, tenemos herramientas, es verdad, pero nos falta madera con que reparar la obra muerta, y como en *Frenchden* hay precisamente tablas y costillas del *Sloughi*, si pudiéramos llevar esta embarcación hasta el *Zealand*...

M.C.D. 2018



Santiago descargó el revólver en medio del pecho de Walston.

—Estaba yo pensando en lo mismo, replicó Briant. ¿Y no sería posible hacerlo así, señor Evans?

—Me parece que sí, repuso el marino. Puesto que la chalupa ha venido desde *Severn-shores* hasta aquí, bien puede ir desde *Bear-rock* hasta el *Zealand*. Allí el trabajo se hará con más facilidad, y desde *French-den* partiremos para llegar á *Slough-bay*, por donde entraremos en el mar.

Siendo este proyecto realizable, y no imaginándose ninguno mejor, decidieron aprovechar la pleamar del día siguiente para remontar el *East-river*, remolcando la chalupa con la canoa.

Lo primero que hizo Evans fué calafatear el barco lo mejor que pudo con las estopas que había traído de *French-den*, cerrándole cuantas vías de agua hubo de notarle, ocupación que no terminó hasta muy entrada la tarde, pasando después la noche con mucha tranquilidad en la gruta que Doniphan y sus compañeros habían elegido para albergue en su primera excursión á *Deception-bay*.

Al amanecer del siguiente día pusieron la chalupa á remolque de la canoa, y zarparon en cuanto empezó la marea alta; pero al comenzar la bajamar les costó gran trabajo remolcarla, á causa de la pesadez

M.C.D. 2018

que le daba la mucha agua que entraba por las hendeduras que no se habían podido tapar, y este retraso fué motivo de que hasta las cinco de la tarde no llegaran al lago.

El marino no juzgó prudente exponerse, en tales condiciones, á los peligros de una travesía nocturna, máxime cuando, teniendo el aire propenso á echarse, era muy probable que refrescase con los primeros rayos del sol, como sucede casi siempre durante la estación del verano.

Acamparon, pues, en aquel sitio, y después de comer con muy buen apetito, se echaron á dormir con la cabeza apoyada en el tronco de un árbol y los pies delante de una buena hoguera, que ardió toda la noche.

—¡Embarquémonos! Esta fué la primera palabra que pronunció Evans cuando el alba empezó á reflejarse en el lago.

Así como lo esperaban, la brisa del Norte tomó incremento á la salida del sol, y no podían, por lo tanto, pedir un tiempo más favorable para tomar el rumbo de *French-den*.

Aparejaron la vela, y poniendo la canoa la proa al Oeste, comenzó á remolcar de nuevo la pesada embarcación, llena casi hasta el borde.

Ningún incidente ocurrió durante la travesía de *Family-Lake*. Evans, por prudencia, estaba siempre pronto á cortar el cable de remolque en el caso de que la chalupa se fuera á pique, pues de no hacerlo así, hubiera arrastrado consigo la canoa, cosa grave en verdad, porque si la chalupa se hubiera perdido, ¡sabe Dios cuándo hubieran podido abandonar aquella isla!

Por fin, á las tres de la tarde las alturas de *Auckland-hill* se dejaron ver, y á las cinco la canoa y la chalupa entraban en el *Zealand* y eran amarradas en el dique. Grandes vivas acogieron la llegada de los tripulantes, á quienes no contaban ver en muchos días.

Durante aquella corta ausencia, el estado de Doniphan había mejorado algo; así es que el pobre muchacho podía responder á las cariñosas palabras que le dirigía Briant. Su respiración era más libre, y eso hacía creer á todos que el pulmón no estaba dañado. Kate renovaba de dos en dos horas el emplasto de hojas de aliso, y como la herida presentaba muy buen aspecto, juzgaban sus compañeros que se cerraría muy pronto. La convalecencia, sin duda, había de ser muy larga; pero la creían de marcha segura, dada la excelente constitución del enfermo.

La reparación de la chalupa empezó en seguida. Costó mucho trabajo sacarla del río; pero, por fin, merced á las medidas tomadas por el marino, la vieron pronto en la orilla. Aquella barca tenía treinta pies de largo por seis de ancho, dimensiones suficientes para que cupieran en ella los diecisiete pasajeros que componían la colonia.

Evans, tan buen carpintero como marino, elogió en alto grado la destreza de Baxter. Los materiales no faltaban, ni tampoco las herramientas. Con los restos de la armadura del *Sloughi* pudieron arreglar la parte del costillaje roto, las tablas averiadas de la obra muerta, y con la estopa vieja, mojada en resina, tan abundante allí, calafatearon perfectamente todas las junturas.

La chalupa tenía puente á proa; lo compusieron y prolongaron hasta su tercio, cosa que aseguraba un abrigo en caso de mal tiempo, sin embargo de que no era de temer en aquella época del año. Los pasajeros podrían estar debajo ó encima de aquel puente, según les conviniera. El mástil de gavia del yate sirvió de palo mal yor, y Kate, según las indicaciones del marino, cortó una vela de mesana, otra más pequeña y un foque para proa. Con aquel aparejo la embarcación estaría mejor equilibrada y aprovecharía el viento por cualquier punto que viniera.

Estos trabajos duraron treinta días, acabándose el 8 de Enero, no quedando ya más que algunos insignificantes detalles, pues Evans quiso que esta embarcación estuviera en estado de navegar sin peligro alguno a traves de los canales del archi-

M.C.D. 2018

piélago magallánico y que recorriera, si fuera necesario, algunos centenares de millas en el caso de que fuese preciso llegar hasta el establecimiento de Punta Arena, en la costa oriental de la península de Brunswick.

Navidad se celebró por segunda vez en *French-den* con cierto aparato, y también el día de año nuevo de 1862, que los colonos esperaban no concluir en la isla.

Doniphan, muy débil aún, pero cuya convalecencia estaba bastante adelantada, salía ya del *hall*, y aun cuando el aire puro y un alimento nutritivo le devolvieron pronto sus fuerzas, sus compañeros no quisieron partir antes de que estuviera en estado de soportar una travesía de algunas semanas sin temor á una recaída.

Mientras tanto, los jóvenes seguían su vída habitual, sólo que las lecciones y las conferencias estuvieron algo descuidadas, pues los pequeños se consideraban como en vacaciones.

Wilcox, Cross y Webb volvieron á sus interrumpidas cacerías en *South-moors* y en *Traps-woods*. Desdeñaban ya las trampas y los lazos, á pesar de los consejos de Gordon, siempre avaro de las municiones; así es que se oían detonaciones muy frecuentes, y la despensa se enriquecía con carne fresca, cosa que daba pábulo á la alegría del buen Mokó, ocupado ya en preparar conservas para el viaje.

¡Con cuá to ardor hubiera Doniphan perseguido oda aquella caza de pelo y de pluma, ahor que no tenían por qué economizar las municionas! Mucho sentimiento le ca saba el no poderse reunir con sus compañeros; mas era menester resignarse y no cometer ninguna imprudencia. En fin, durante los diez últimos días de Enero, Evans procedió al cargamento de la embarcación. Briant y los demás tenían muchas ganas de llevarse todo cuanto habían salvado del naufragio del *Sloughi*; pero era imposible por falta de sitio, y fué preciso hacer una elección de lo que más conviniera.

En primer lugar, Gordon puso aparte el dinero que recogió á bordo del yate, del que necesitarían tal vez los jovenes colonos; luego, Mokó embarcó suficientes provisiones para el alimento de diecisiete personas durante tres semanas, y algo más por si acaso algún temporal los obligara á desembarcar en alguna de las islas del archipiélago antes de llegar á Punta Arena, Puerto Galante ó Puerto Tamar.

Lo que quedaba de municiones se encerró en las cajas de la chalupa, lo mismo que los fusiles y revólvers. Doniphan quiso también llevar los dos cañoncitos, sin perjuicio de que, si la necesidad obligaba para desembarazar el buque, podrían deshacerse de ellos más tarde.

Briant ordenó que se embarcara también toda la ropa, todos ó la mayor parte de los libros, los principales utensilios de cocina, y, en fin, los instrumentos necesarios para la navegación, relojes marinos, anteojos, brújulas, faroles y hasta la barquilla de goma. Wilcox escogió las mejores entre las redes y las cañas de pescar para utilizarlas por el camino.

En cuanto al agua dulce, después de cogerla en el *Zealand*, la encerraron en unos diez barriles, que fueron bien colocados en el fondo, no olvidando lo que quedaba de *brandy*, aguardiente y demás licores fabricados con los frutos del trulca y del algarrobo.

El cargamento terminó el día 3 de Febrero. Ya no quedaba más que fijar la fecha de la marcha, caso de que Doniphan pudiera soportar el viaje.

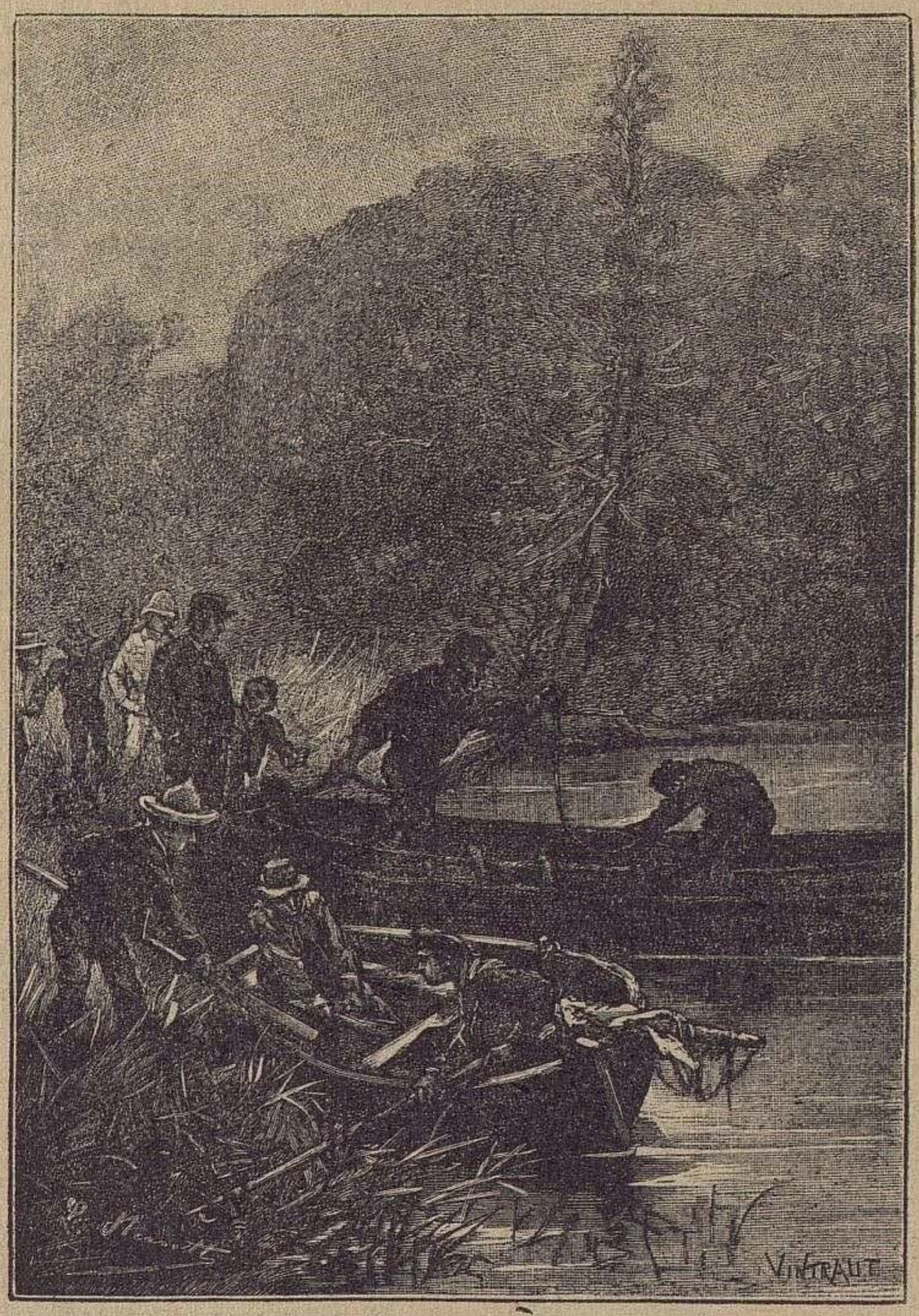
El valeroso muchacho estaba cada día mejor; su herida se hallaba completamente cicatrizada, el apetito había vuelto, y apoyado en el brazo de Briant ó de Kate, daba un paseíto de algunas horas por *Sport-terrace*.

—¡Partamos, partamos! decía. Tengo muchas ganas de que nos embarquemos. El mar me repondrá por completo.

Fijaron la marcha para el 5 de Febrero.

La víspera, Gordon devolvió la libertad á todos los animales domésticos. Guanacos, vicuñas, avutardas y demás aves de corral, huyeron á escape. ¡Tan irresistible es el instinto de la libertad!

M.C.D. 2018



La canoa y la chalupa entraban en el río *Zealand*.

—¡Ingratos! exclamó Garnett. ¡Después de los cuidados que les hemos prodigado, cómo huyen!

—¡Así es el mundo! dijo Service con tono tan irónico, que aquella filosófica reflexión excitó la risa de todos.

El día 5 los jóvenes colonos se embarcaron, llevando la canoa á remolque.

Pero antes de soltar la amarra, Briant y sus compañeros quisieron reunirse por última vez ante las tumbas de Francisco Baudoin y de Forbes; y allí, con gran recogimiento, rezaron una postrera oración por el alma de aquellos dos desgraciados.

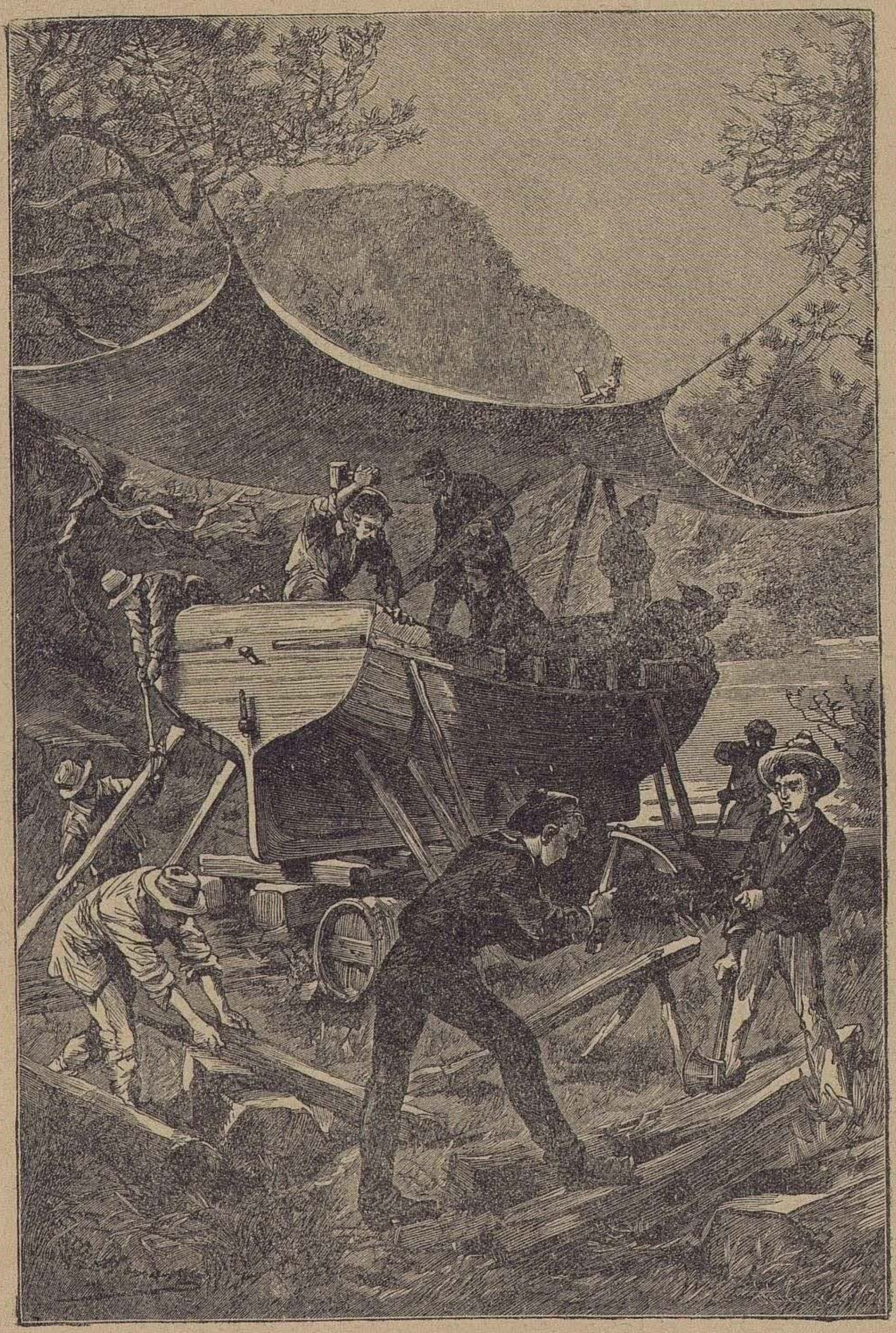
Doniphan se colocó en la popa al lado de Evan, encargado del timón. Á proa, Briant y Mokó estaban agarrados á las escotas, aun cuando podía contarse más bien con la corriente del *Zealand* que con la brisa interceptada por la masa enorme de aquel acantilado, á quien habían dado por nombre *Auckland-hill*.

Los demás muchachos y *Phann* se colocaron según el capricho de cada cual en la parte anterior del puente.

Desataron, por fin, la amarra, y los remos hendieron el agua.

Tres *hurras* saludaron entonces á aquella hospitalaria morada, que durante muchos meses había ofrecido tan seguro al-

M.C.D. 2018



Los trabajos de reparación de la chalupa duraron treinta días.

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

hergue á los jóvenes colonos, y no sin grande emoción, sobre todo el americano, vieron desaparecer *Auckland-hill* detrás de los árboles del ribazo.

La chalupa, bajando el río *Zealand*, no podía ir más deprisa que la corriente, y á eso de las doce, cerca de la hondonada de *Bog-woods*, Evans tuvo que echar el ancla, pues siendo aquella parte del río poco profunda, no era difícil que la embarcación encallara á causa de su mucho cargamento, por lo cual creyeron muy prudente esperar la marea alta á fin de poder de esta manera continuar su marcha aprovechando el reflujo.

Esta parada duró seis horas, tiempo que consumieron los pasajeros en comer, jugar y conversar, excepción hecha de Wilcox, Cross y Webb, que distrajeron el tiempo en matar algunas chochas á la entrada de *South-moors*, ó sea en los pantanos.

Desde la popa, Doniphan mató también un par de aves que revoloteaban en la orilla derecha. ¡Ya estaba completamente bueno!

Era ya muy tarde cuando la embarcación llegó á la embocadura del río; y como la oscuridad no permitía guiarse á traves de los arrecifes, Evans, como marino prudente, quiso esperar al siguiente día para hacerse al mar.

La noche pasó muy tranquila, pues en cuanto las aves marinas volvieron á sus nidos, un profundo silencio reinó en *Sloughi-bay*. La mañana se presentó magnífica; era menester, pues, aprovecharla, y Evans mandó largar velas, y la chalupa, dirigida por una mano experta, salió del río *Zealand*.

En aquel momento todas las miradas se fijaron en la cima de *Auckland-hill*, y después en las últimas rocas de *Sloughi-bay*, que desaparecieron dando la vuelta á *American-cape*. Entonces nuestros colonos tiraron un cañonazo, seguido de un triple *hurra*, mientras que el pabellón inglés era izado en la punta del mástil.

Ocho horas más tarde, la chalupa entraba en el canal de la isla *Cambridge*, doblaba *South-cape* y seguía los contornos de la isla *Adelaida*.

La última punta de la *isla Chairmán* acababa de desaparecer en el horizonte.

VIII

Entre canales.—Retraso por causa vientos contrarios.—El Estrecho.—El «steamer Grafton».—Vuelta á Auckland.—Acogida hecha á los jóvenes náufragos en la capital de Nueva Zelandia.—Evans, Mokó y Kate.—Conclusión.

No es necesario referir los detalles de aquel viaje por los canales del archipiélago magallánico, pues no tuvo incidente desagradable de ninguna clase, toda vez que el tiempo se presentó constantemente hermoso, y además en todos aquellos canales, de seis á siete millas de ancho, no había que temer las borrascas, que serían poco peligrosas

El 11 de Febrero, la chalupa, siempre empujada por un viento favorable, desembocó en el Estrecho de Magallanes, por el canal de Smith, entre la costa Oeste de la isla de la Reina Adelaida y las montañas de la Tierra del Rey Guillermo. A la derecha se elevaba el pico Santa Ana, y á la izquierda, en el fondo de la bahía de Beaufort, se veían algunos de aquellos ventisqueros que había entrevisto Briant al Este de la isla Hannover, á la que los jóvenes colonos seguían llamando *isla Chairmán*.

Todo iba perfectamente á bordo, y se notaba que el aire, cargado de vapores salinos, era excelente para Doniphan, pues comía y dormía muy bien, y se sentía bastante fuerte para desembarcar en cualquier parte y continuar nuevamente con sus amados compañeros, si la necesidad les obligaba de nuevo á ello, en su vida de Robinsones

El día 12, la chalupa llegó á la vista de la isla Tamar, en la Tierra del Rey Guillermo, cuyo puerto, ó mejor bien caleta, esta-

M.C.D. 2018

oa desierta á la sazon, decidiéndose por esta causa Evans á tomar la dirección del Suroeste, á través del Estrecho de Magallanes.

Por un lado, se desarrollaban las áridas y planas costas de la tierra de la Desolación, desprovista de aquella exuberante vegetación con que se engalanaba la *isla Chairmán*; y por el otro las sinuosidades, quebraduras y vertientes tan caprichosamente presentadas de la península Crooker.

Por allí era por donde Evans pensaba buscar algún paso hacia el Sur, para doblar el cabo Froward y remontar por la costa Este de la península de Brunswick, á fin de poder arribar al establecimiento de Punta Arena.

Pero no fué necesario, por fortuna, ir tan lejos.

En la mañana del día 12, Service, que estaba de pie en la proa, exclamó:

—¡Humo á estribor!

—Ese humo que crees ver, acaso sea un fuego encendido por algunos pescadores, dijo Gordon.

—¡No!... Más bien parece de un *steamer*, replicó Evans.

Y, en efecto, en aquella dirección las tierras estaban demasiado lejos para que pudiera divisarse el humo de un campamento de pescadores.

En seguida Briant se lanzó á las gavias y subió hasta la punta del mástil, exclamando á su vez:

—¡Un buque!... ¡Un buque!...

Este se halló muy pronto á la vista. Era, en efecto, un *steamer* de unas novecientas toneladas, que marchaba con una velocidad de once á doce millas por hora.

Hurras y tiros partieron de la chalupa, que había sido vista, y diez minutos después se acercaba al costado del *steamer Grafton*, que llevaba el rumbo á Australia.

En un instante, el capitán, llamado *Tom Long*, se puso al corriente de las aventuras del *Sloughi*, cuya pérdida conocía ya, pues aquel suceso tuvo eco lo mismo en Inglaterra que en América.

Tom Long se apresuró á recoger á bordo los pasajeros de la chalupa, y les ofreció además llevarlos á Auckland, aunque para ello tenía que apartarse algo de su ruta, puesto que el *Grafton* iba con destino á Melbourne, capital de Adelaida, al Sur de las tierras australianas.

La travesía se hizo con mucha rapidez, y el *Grafton* arribó á Auckland el 25 de Febrero.

Con sólo algunos días de diferencia, habían pasado dos años desde que los quince jóvenes alumnos del colegio Chairmán habían sido arrastrados por el mar, á mil ochocientas leguas de Nueva Zelandia.

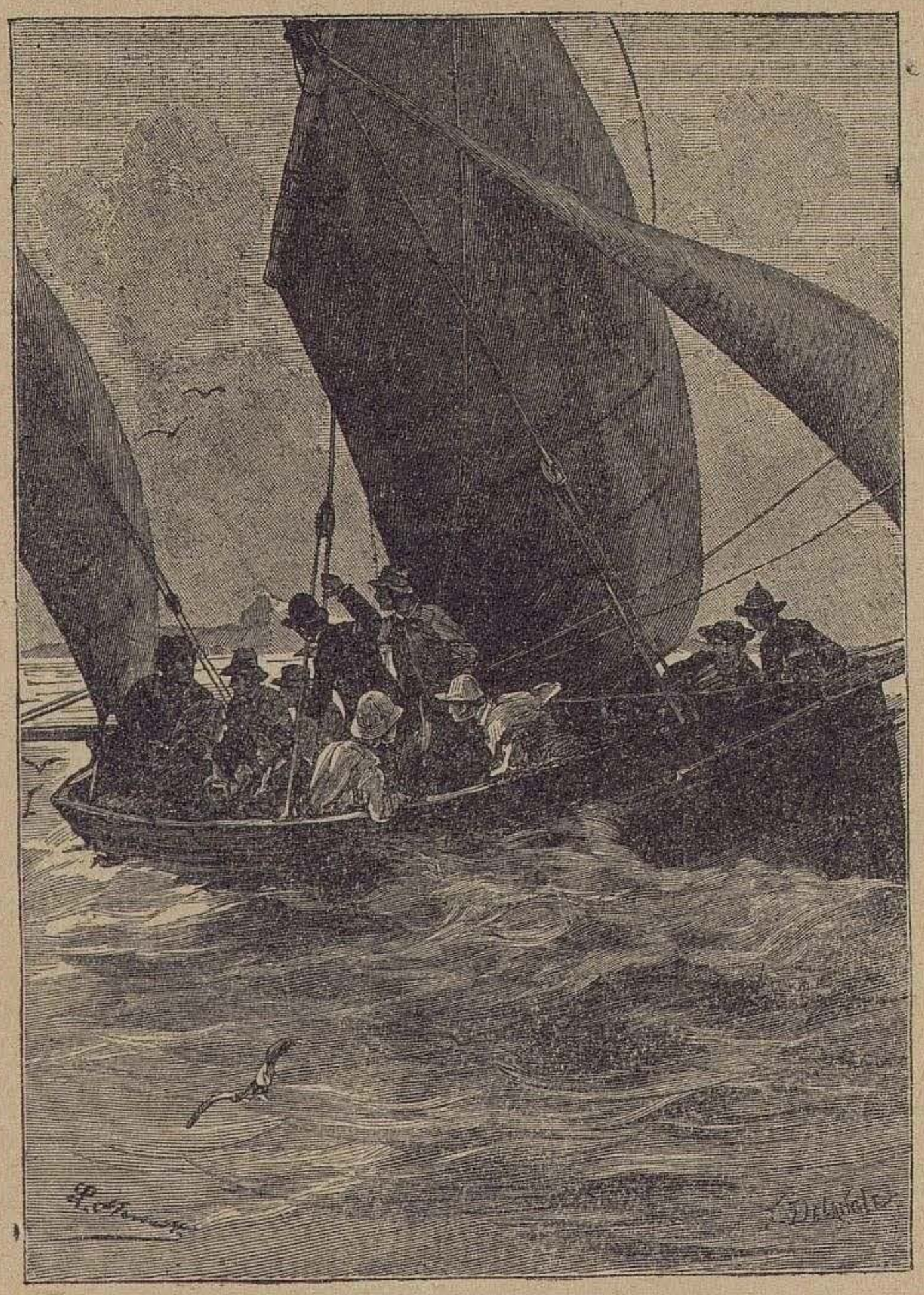
¿Para qué describir la alegría de aquellas familias al encontrarse con aquellos hijos que creían hundidos para siempre en las aguas del Pacífico? No faltaba ni uno de los que la tempestad se había llevado hasta los parajes de la América del Sur.

La noticia de tan fausto suceso cundió con rapidez por la ciudad, y todos los habitantes acudieron para vitorear á aquellos intrépidos jóvenes, aun antes de que tuvieran tiempo de caer en brazos de sus familias.

Como la población entera estaba deseosa de conocer en detalles cuanto había pasado en la *isla Chairmán*, Doniphan dió algunas conferencias á este propósito, y las notas que Baxter con tanto cuidado redactaba diariamente en *French-den*, fueron impresas y publicadas, vendiéndose millares de ejemplares, siendo después reproducidos en todos los idiomas por los periódicos de ambos hemisferios, pues no había nadie á quien no hubiera afectado la catástrofe del *Sloughi*. La prudencia de Gordon, la abnegación de Briant, la intrepidez de Doniphan y la resignación de todos aquellos niños, fueron universalmente admiradas.

¿Y Kate, Mokó y Evans? Gran parte de los plácemes y felicitaciones fueron para ellos; ya porque se habían librado milagrosamente de tantas desgracias, ya también, y muy en particular, por la asiduidad

M.C.D. 2018



El tiempo les fué constantemente bueno.

.e habían tenido en el cuidado y salvación de aquellos niños.

Con el fin de recompensar á Evans, se hizo una suscrición pública, que dió lo suficiente para regalar á tan bravo marino un buque mercante, el *Chairmán*, del que sería á un tiempo capitán y propietario, con la condición de que Auckland fuera siempre su punto de parada. Y cuando el buen piloto volvía de algún viaje, las familias de *sus muchachos*, como él decía, le dispensaban la más cordial acogida.

Mokó, el intrépido Mokó, fué agregado al buque *Chairmán*, y encargado á Evans para que cuidase de él como si fuera su hijo, y á su lado si hiciera hombre, creándose una posición y una fortuna, que bien merecidas tenía.

En cuanto á la excelente Kate, los Briant los Garnett, los Wilcox y demás se la disputaban, pero concluyó por fijarse definitivamente en casa de Doniphan, á quien salvó la vida por sus maternales cuidados.

—

Ha terminado nuestro relato, y como conclusión moral, he aquí lo que debe tenerse presente de él, que justifica, á nues-

M.C.D. 2018

tro parecer, su título de Dos AÑOS DE VACACIONES.

Verdad es que no hay en ningún colegio alumnos que cometieran jamás la locura de exponerse á pasar sus días de asueto en semejantes circunstancias; pero los niños, leyendo este libro, deben siempre tener presente que con orden, celo y valor, no hay ninguna situación, por mala que sea, que no se pueda vencer; y no olvidar, sobre todo pensando en los jóvenes náufragos del *Sloughi*, que experimentados por grandes contratiempos, y acostumbrados al duro aprendizaje de la vida, á su vuelta los pequeños eran casi adolescentes, y los mayores casi hombres.

FIN DE DOS AÑOS DE VACACIONES

M.C.D. 2018

INDICE DEL CUARTO CUADERNO

Páginas.

I.—Lo que importaba saber á los colonos.—Una proposición de Kate.—Briant acosado por una idea.—Su proyecto.—Discusión.—Hasta mañana..... 5

II.—Primer ensayo.—Agrandamiento del aparato.—Segundo ensayo.—Suspensión hasta el día siguiente.—Proposición de Briant.—Ofrecimiento de Santiago.—La confesión.—La idea de Briant.—En los aires á media noche.—Lo que se ve.—El viento refresca.—Desenlace..... 9

III.—La chalupa del *Severn*.—Costar enfermo.—Llegada de las golondrinas.—Las aves de rapiña.—El guanaco muerto de un tiro.—Una pipa rota.—Vigilancia más activa.—Violenta tormenta.—Una detonación fuera.—Un grito de Kate..... 18

IV.—Kate y el piloto.—El relato de Evans.—Después del naufragio de la chalupa.—Walston en el puerto de *Bear-rock*.—El cometa.—*French-den* descubierto.—Huida de Evans.—La travesía del río.—Proyectos.—Proposición de Gordon.—Tierras del lado de Oriente.—La *isla Chairmán-Hannover*..... 25

V.—El Estrecho de Magallanes.—Las tierras é islas que le rodean.—Establecimientos que hay en ellas.—Proyectos para el porvenir.—¿La fuerza ó la astucia?—Rock y Forbes.—Los falsos náufragos.—Acogida hospitalaria.—Entre once y doce de la noche.—Un tiro de Evans.—Intervención de Kate..... 35

VI.—Interrogatorio de Forbes.—La situación.—Un proyectado reconocimiento.—Evaluación de fuerzas.—Resto de campamento.—Briant desaparecido.—Doniphan en su socorro.—Herida grave.—Gritos hacia *French-den*.—Aparición de Briant.—Mokó dispara un cañonazo..... 43

VII.—Reacción.—Los héroes de la batalla.—Fin de un desgraciado.—Excursión por el bosque.—Convalecencia de Doniphan.—En el puerto de *Bear-rock*.—Compostura de la chalupa.—Marcha emprendida el día 5 de Febrero.—Bajando el río *Zealand*.—Saludo á *Sloughi-bay*.—La última punta de la *isla Chairmán*..... 51

VIII.—Entre canales.—Retraso por causa de vientos contrarios.—El Estrecho.—El *steamer Grafton*.—Vuelta á Auckland.—Acogida en la capital de Nueva Zelandia.—Evans, Mokó y Kate.—Conclusión..... 58

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

JULIO VERNE

HISTORIA DE LOS GRANDES VIAJES

Y DE

LOS GRANDES VIAJEROS

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

DESCUBRIMIENTOS DE LA TIERRA

HISTORIA

DE LOS

GRANDES VIAJES

Y DE LOS

GRANDES VIAJEROS

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

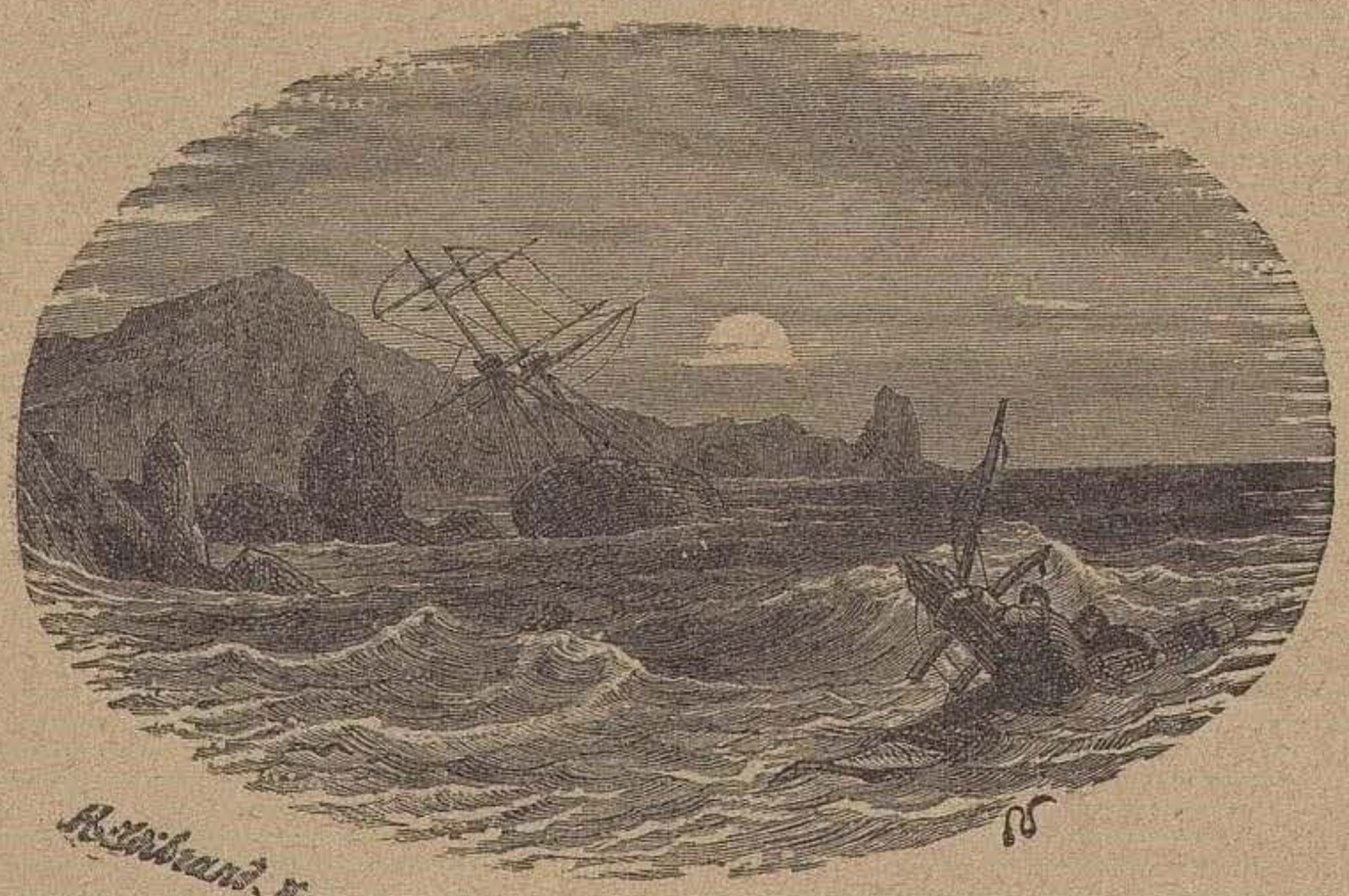
JULIO VERNE

VERSIÓN ESPAÑOLA

CONTIENE ESTA OBRA LOS VIAJES DE

HANNON.—HERODOTO.—PHYTEAS.—NEARCO.—EUDOXO.—CÉSAR.—ESTRABON
PAUSANIAS.—FACHIAN.—COSMAS INDICOPLEUSTES.—ARCULFO.—WILLIBAL.—SOBEIMAN
BENJAMÍN DE TUDELA.—PLAN DE CARPIN.—RUBRUQUIS.—MARCO POLO
JUAN DE BETHENCURT.—CRISTÓBAL COLÓN

EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS



MADRID
SAENZ DE JUBERA, HERMANOS
EDITORES
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10

M.C.D. 2018

Es propiedad de los editores; quedan cumplidos los requisitos que oraena la ley.

Est. Tipográfico.—J. Sánchez de Ocaña.—Tutor. 16. Madrid. Teléfono 32374.

M.C.D. 2018

DESCUBRIMIENTOS DE LA TIERRA

HISTORIA

DE LOS

GRANDES VIAJES

Y DE LOS

GRANDES VIAJEROS

CAPITULO PRIMERO.

VIAJEROS CÉLEBRES ANTERIORES Á LA ERA CRISTIANA.

Hannon (505). — Herodoto (484). — Pytheas(340).—Nearco(326).—Eudoxio(146). —César (100).—Estrabon (50).

Hannon el Cartaginés.—Las islas Afortunadas, el Cuerno de la Tarde, el Cuerno de Mediodia, el golfo del rio del Oro.—Herodoto: visita el Egipto, la Libia, la Etiopia, la Fenicia, la Arabia, la Babilonia, la Persia, la India, la Media, la Colquida, el mar Caspio, la Escitia, la Tracia y la Grecia.—Pytheas explora las riberas de la Iberia y de la Céltica, la Mancha, la isla de Albion. las Oreadas, la tierra de Thulé.—Nearco visita la costa asiática desde el Indio hasta el golfo pérsico.—Eudoxo reconoce la costa occidental de Africa.—César conquista la Galia y la Gran Bretaña.—Estrabon recorre el Asia interior, el Egipto, la Grecia y la Italia.

El primer viajero que nos presenta la historia en el órden cronológico, es Hannon á quien envió el senado de Cartago á colonizar algunas partes de las costas occidentales del Africa. El relato de esta expedicion se escribió en lengua pérsica, se tradujo al griego y se conoce con el título de *Periplo de Hannon* (1). ¿En qué época vivió este explorador? Los historiadores no están acordes, acerca de este punto; pero la version mas probable señala la fecha de 505 antes de J. C., á su exploracion de las costas africanas.

Hannon dejó á Cartago con una flota de sesenta bajeles de cicuenta remos cada uno, que conducian treinta mil personas y los víveres necesarios para un largo viaje. Estos emigrantes, que asi puede llamárseles, estaban destinados á poblar las nuevas ciudades que los cartagineses se proponian fundar en las costas occidentales de la Libia, es decir, del Africa.

La flota traspuso felizmente las columnas de Hércules, esas montañas de Gibraltar y de Ceuta que dominan el Estrecho y se aventuró á avanzar sobre el Atlántico, haciendo rumbo hacia el Sur. Dos dias despues de haber pasado el estrecho fondeó á la vista de la costa y fundó la ciudad de Thymaterion. Despues se hizo á la mar, dobló el cabo de Solois; creó nuevas colonias y se internó hasta la desembocadura de un gran rio africano, en cuyas riberas acampaba una tribu de pastores nómadas. Despues de haber hecho un tratado de alianza con estos pastores, el navegante cartaginés continuó su exploracion hácia el Sur. De esta suerte llegó cerca de la isla de Cerneo, situada en el fondo de una bahía, cuya circunferencia medía cinco estadios, ó sean, nuevecientos veinte y cinco metros. Segun el diario de Hannon, esta isla debia hallarse situada, relativamente á las columnas de Hércules, á igual distancia á la que separa de Cartago á estas columnas. ¿Qué isla era aquella? Sin duda un islote perteneciente al grupo de las Afortunadas.

Emprendióse nuevamente la navegacion, y llegó Hannon á la desembocadura del rio Cretes que formaba una especie de bahía interior. Los cartagineses remontaron este rio siendo recibidos á pedradas por sus naturales que eran de raza negra. Abundaban en aquellos parajes los cocodrilos y los hipopótamos.

Efectuada esta exploracion, su flota volvio á Cerneo y doce dias despues llegó á la vista de una re-

(1) Mr. Bouganville ha publicado recientemente una traduccion del viaje de Hannon, acompañándola con notas muy eruditas.

M.C.D. 2018

gion montañosa donde abundaban los árboles odoríferos y las plantas balsámicas, y penetró en un vasto golfo cerrado por una llanura. Esta region, apacible durante el dia, se iluminaba por la noche con torrentes de llamas que provenian de hogueras encendidas por los salvajes, ó de la combustion expontánea de las yerbas secas despues de la estacion de las lluvias.

Pasados cinco dias, Hannon dobló el cabo llamado el Cuerno de la Tarde. Allí, segun sus propias espresiones «oyó el sonido de pitos, el ruido de címbalos y de tamboriles, y los clamores de un pueblo innumerable.» Los adivinos que acompañaban la espedicion cartaginesa aconsejaron que huyese de esta espantosa tierra, y habiendo sido obedecidos, la flota volvió á emprender su rumbo hacia latitudes mas bajas.

Llegó á un cabo que formaba un golfo llamado el Cuerno del Mediodía. Segun Mr. d' Avezac, este golfo debia ser la misma desembocadura del rio del Oro que desagua en el Atlántico, cerca del trópico de Cáncer. En medio de este golfo se veia una isla habitada por gran número de gorillas, que los cartagineses tomaron por salvajes velludos. Los cartagineses consiguieron apoderarse de tres de ellos «hembras» á quien se vieron obligados á matar; ¡tan indómita fue la rabia de aquellas hembras de los monos!

Este Cuerno del Mediodía fue ciertamente el límite á que llegó la espedicion púnica. Algunos pretenden que no pasó del cabo de Bojador que se extiende á dos grados mas abajo del trópico; pero parece que ha prevalecido la opinion contraria. No bien llegó á este punto Hannon que comenzaba á escasear de víveres, volvió á hacer rumbo hacia el Norte, y entró en Cartago, donde hizo grabar la relacion de su viaje en el templo de Baal Moloch.

Despues del esplorador cartaginés, el mas ilustre de los viajeros de la antigüedad durante los tiempos históricos fue el sobrino del poeta Panyasis, cuyas poesías rivalizaban entonces con las de Homero y de Hesiodo, el sabio Herodoto, llamado el *padre de la historia*. Por nuestra parte, separaremos al viajero del historiador y seguiremos al primero por las comarcas que recorrió.

Herodoto nació en Halicarnaso, ciudad del Asia Menor en el año 484 antes de J. C. Su familia era rica, y pudo por medio de sus vastas relaciones comerciales favorecer los instintos de esplorador que en él se revelaban. En esta época se hallaban muy divididas las opiniones sobre la forma de la tierra. La escuela pitagórica comenzaba á enseñar, no obstante, que debia ser redonda. Pero Herodoto no tomó parte alguna en esta discusion que apasionaba á los sabios de la época, y, joven todavía, se alejó de su patria, con el objeto de esplorar con el mayor cuidado las comarcas conocidas en su tiempo, sobre las cuales solo existian datos inseguros.

Salió pues de Halicarnaso en el año 464, á la edad de veinte años. Segun todas las probabilidades, se dirigió desde luego hacia el Egipto visitando á Memfis, Heliópolis y Tebas. Hizo en este viaje útiles observaciones sobre los desbordamientos del Nilo refiriendo las diversas opiniones de la época sobre las fuentes de este rio que los egipcios adoraban como un Dios. «Cuando se ha desbordado el Nilo, dice, no se ve mas que las poblaciones, las cuales descuellan por encima de las aguas semejantes á las islas del mar Egeo.» Refiere tambien las ceremonias religiosas de los egipcios, sus piadosos sacrificios, su solicitud en asistir á las fiestas de la diosa Isis, principalmente en Busiris, cuyas ruinas se ven todavía cerca de Busyr; su veneracion para con los animales salvajes ó domésticos á quienes consideran como sagrados, y á los que tributan honras fúnebres. Describe con la exactitud del naturalista al cocodrilo del Nilo, su estructura, sus costumbres, el modo de apoderarse de él; despues el hipopótamo, el tupinambis (1), el fénix, el ibis (2) y las serpientes consagradas á Júpiter. Nadie ha sido tan exacto al tratar de las costumbres egipcias; describe los usos domésticos, los juegos, los embalsamamientos en que tanto sobresalian los químicos de aquella época. Despues traza la historia del país desde Menes, su primer rey; describe la ereccion de las pirámides y la manera como fueron construidas en tiempo de Cheops, el laberinto situado cerca del lago Mœris y cuyos restos fueron descubiertos en 1799; el lago Mœris que pretende haber sido abierto por mano del hombre, y las dos pirámides que se levantan sobre sus aguas; admira en extremo el tempio de Minerva en Sais, los templos de Vulcano y de Isis, erigidos en Menfis, y el colosal monólito para cuyo trasporte de Elefantina á Sais emplearon tres años dos mil marineros.

Despues de haber visitado escrupulosamente el Egipto, pasó Herodoto á la Libia, es decir, al Africa propiamente dicha; pero el jóven viajero no pudo imaginarse que se estendia esta region mas allá del Trópico de Cáncer puesto que supone que los fenicios pudieron dar la vuelta á este continente y volver á Egipto por el estrecho de Gibraltar. Herodoto enumera tambien los pueblos de la Libia los cuales no eran mas que simples tribus nómadas que habitaban las costas marítimas; despues, mas adelante en el interior de las tierras infestadas por fieras, cita á los Ammonienses que poseian el célebre templo de Júpiter Ammon, cuyas ruinas han sido descubiertas al Nordeste del desierto de Libia, á quinientos kilómetros del Cairo. Da tambien preciosos pormenores sobre las costumbres de los Libios, describe sus usos, habla de los animales que pueblan el territorio, serpientes de un tamaño prodigioso, leones, elefantes, osos, áspides, asnos con cuernos, probablemente rinocerontes, monos cinocéfanos, «animales sin cabeza, con ojos en el pecho», zorros, hienas, puerco-espines, carneros salvajes, panteras, etc, Despues termina diciendo que toda esta comarca se halla únicamente habitada por dos poblaciones indígenas, los Libios y los Etiopes.

Segun Herodoto, encuéntranse ya Etiopes mas allá de Elefantina. Pero ¿viajó el sabio esplorador efectivamente por esta comarca? Sus comentadores lo dudan; lo probable es que supiera por los egipcios los pormenores que dá Meroe de su capital sobre el culto que se tributa á Júpiter y á Baco, y sobre la longevidad de los habitantes. Pero es indudable, porque lo dice terminantemente él mismo que se hizo á la vela hacia Tiro en Fenicia, donde admiró los dos magníficos templos de Hércules. Despues hizo un viaje á Thasos, y se aprovechó de las noticias que recogió en el mismo terreno para trazar una historia abreviada de la Fenicia, de la Siria y de la Palestina.

Desde estas comarcas, Herodoto vuelve á bajar al Sur hacia la Arabia, al país á que llama la Etiopía de Asia, es decir la parte meridional de la Arabia, que cree ser el último país habitado. Considera á los Arabes como el pueblo que guarda mas religiosamente sus juramentos; sus únicos dioses son Uranio y Baco; su comarca produce en abundancia el incienso, la mirra, la canela, el cinámomo, el ledon (3); y suministra el viajero interesantes pormenores sobre la recoleccion de estas sustancias odoríferas.

Despues volvemos á encontrar á Herodoto en aquellas célebres comarcas que él llama indistinta-

(1) Lagarto del Africa.

(2) Ave del órden de las Zancudas, que tienen como sagrada los egipcios, y de la cual cuidaban en los mismos templos, condenando á muerte al que la hacia daño.

(3) Género de las plantas de la familia de las ericaceas, cuyas hojas se emplean algunas veces como infusion astringente y aromatica y para los mismos usos que el té. (Diccionario enciclopédico de los señores Gaspar.)

M.C.D. 2018

mente Asiria ó Babilonia. Primeramente describe con suma minuciosidad la gran ciudad de Babilonia que los reyes del pais habitaban desde la destruccion de Nínive, y cuyas ruinas no son actualmente mas que montículos esparcidos por las dos orillas del Eufrates, á setenta y ocho kilómetros al Sud Sudeste de Bagdad. El Eufrates, grande, profundo y rápido, dividia entonces la ciudad en dos partes. A un lado se elevaba el palacio fortificado del rey, al otro el templo de Júpiter Belus que tal vez fue construido en el sitio mismo de la torre de Babel. Herodoto habla en seguida de las dos reinas Semíramis y Nitocris, y refiere cuánto hizo esta última para asegurar el bienestar y la seguridad de su capital. Pasa despues á describir las producciones de la comarca, el cultivo del trigo, de la cebada, del mijo, del sésamo, de la vid, de la higuera, de la palmera. Describe, en fin, los trages de los habitantes y termina hablando de sus costumbres, en particular de las concernientes á los matrimonios que se hacian por medio de pregon público.

Despues de haber esplorado la Babilonia, Herodoto fué á Persia, y como el objeto de su viaje era recoger sobre el terreno los documentos relativos á las prolongadas guerras de Persia y de Grecia, tuvo que visitar el teatro de estos combates cuya historia queria escribir. Principia, pues, citando la costumbre que tenian los persas de no reconocer forma humana en los dioses, no levantándoles templos ni altares, y contentándose con adorarles desde la cúspide de las montañas. Cita en seguida sus costumbres domésticas, su indiferencia por la carne, su aficion á las golosinas, su pasion por el vino, la costumbre de tratar los asuntos serios despues de haber bebido con esceso, la curiosidad por saber los usos estranjeros, su afan por los placeres, sus virtudes guerreras, su bien entendida severidad para la educacion de los niños, su respeto á la vida del hombre y hasta del esclavo, su horror á la mentira y á contraer deudas, y su resignacion para con los leprosos, cuya enfermedad probaba que «el desgraciado habia pecado contra el Sol.»

La India de Herodoto, segun M. Vivien de Saint Martin, no comprende casi mas que la comarca regada por los cinco afluentes del Pendjab actual, agregándole el Afghanistan. Allí fue á donde se dirigió el jóven viajero al abandonar el reino de Persia. Para él, los indios constituian el pueblo mas numeroso de los conocidos. Unos tenian morada fija, otros eran nómadas. Los del Este, llamados Padeos (1) mataban á los enfermos y á los ancianos y se los comian. Los del Norte, que son los mas valientes é industriosos, recogian las arenas auríferas. La India era para Herodoto la última comarca habitada al Este, y advierte «que á las estremidades de la tierra les ha tocado en cierto modo lo mas hermoso de toda ella, asi como la Grecia tiene la temperatura mas agradable.»

El infatigable Herodoto pasa en seguida á la Media. Hace la historia de estos pueblos que fueron los primeros en sacudir el yugo de los asirios. Los medos fundaron la inmensa ciudad de Ecbatana rodeada de siete murallas concéntricas, y fueron reunidos en un solo pueblo bajo el reinado de Dejoces. Despues de haber traspuesto las montañas que separan la Media de la Cólquida, el viajero griego penetró en el pais ilustrado por las proezas de Jason, y estudió con la exactitud que le era peculiar sus usos y costumbres. Parece que Herodoto llegó á conocer perfectamente la posicion topográfica del mar Caspio, pues dice que «es un mar por sí solo,» y que no tiene comunicacion alguna con otro. Este mar Caspio está limitado, segun él, al Oeste con el Cáucaso, al Este con una dilatada llanura que habitan los masagetas, los cuales podrian muy bien ser escitas de nacion segun opinion admitida por Arriano y Diodoro de Sicilia. Estos mesagetas adoraban únicamente al Sol, é inmolaban caballos en honor suyo. Herodoto habla aquí de los grandes rios, uno de los cuales, el Araxes, debe ser el Volga, y el otro, Ister, debe ser el Danubio.

El viajero pasó despues á Escitia. —, los escitas eran diversas tribus que poblaban el territorio comprendido especialmente entre el Danubio y el Don, es decir, una porcion considerable de la Rusia de Europa. Los escitas tenian la costumbre de sacarles los ojos á los prisioneros. No se dedicaban al cultivo porque eran pueblos nómadas. Herodoto refiere las diversas fábulas que oscurecen el orígen de la nacion escita, y en las que desempeñó Hércules un papel muy importante. Cita despues los diversos pueblos ó tribus que componian esta nacion, mas no parece que visitara las comarcas situadas al Norte del Ponto Euxino. Entra en una descripcion muy minuciosa de las costumbres de estos pueblos y se deja llevar por una sincera admiracion hácia el Ponto Euxino, la mar inhospitalaria. Las dimensiones que da de este mar Negro, del Bósforo, de la Propéntide, del Palus-Meotides, del mar Egeo, son bastante exactas. Despues nombra los grandes rios que desaguan en ellos, el Ister ó Danubio, el Borystenes ó Dnieper, el Tanais ó Don, y termina refiriendo cómo se hizo la alianza, y por consiguiente la union de los escitas y de las Amazonas, lo cual esplica por qué las jóvenes del país no podian casarse antes de haber matado á un enemigo.

Despues de una rápida permanencia en Tracia, durante la cual reconoció que los getas eran los mas valientes de esta raza, llegó Herodoto á Grecia, objeto final de sus viajes, y pais donde queria recoger los últimos documentos necesarios para la historia.

Visitó los sitios ilustrados por los principales combates entre griegos y persas, tales como el paso de las Termópilas, del que hace una escrupulosa descripcion, la llanura de Maraton, el campo de batalla de Platea, y de allí volvió al Asia Menor, recorriendo su litoral donde habian fundado los griegos numerosas colonias.

Al volver á entrar en Caria, en Halicarnaso, el célebre viajero no tenia veintiocho años, pues á esta edad fue cuando, en el año de la primera olimpiada, ó 456 años antes de Jesucristo, leyó su historia en los Juegos Olímpicos. Su patria se hallaba entonces oprimida por Lygdamis, y tuvo que retirarse á Samos. Poco despues, consiguió derribar al tirano, pero la ingratitud de sus conciudadanos le obligó á emprender nuevamente el camino del destierro. En 414 asistió á la fiesta de los Panateneas (1) donde leyó su obra enteramente concluida, provocando un entusiasmo universal (2), y hácia el fin de su vida se retiró á Italia, á Thurium, donde murió en el año 406 antes de la era cristiana, dejando la reputacion de haber sido el viajero mas importante y el historiador mas célebre de la antigüedad.

(1) Pueblos de la India que habitaban en la costa de Coromandel. Se alimentaban de carne cruda, y sus costumbres son desconocidas. (D. de G.)

(1) Fiestas que se celebraban en Atenas en honor de Minerva, diosa tutelar de esta ciudad. (D. de G.)

(2) La Grecia, dice un notable escritor, aplaudió con entusiasmo al historiador que se presentaba á ella bajo los auspicios de las Musas. Tucídides, que asistió á la lectura, lloró de admiracion. Testigo de estas nobles lágrimas de un jóven de quince años, Herodoto predijo al padre la gloria que esperaba á su hijo. Animado Herodoto con votos tan honrosos, empleó otros doce años en perfeccionar su historia, y se puso á recorrer nuevamente ciertas partes de la Helenia, que no creia haber estudiado con bastante profundidad. La fiesta de los Panateneos celebrada en el año 444 de nuestra era, vió un segundo triunfo de Herodoto, quien habiendo leido su obra completa ante el pueblo de Atenas, recibió como recompensa cívica una suma de 10 talentos (cerca de 54,000 francos). La sensacion causada por esta lectura fue tal, que el historiador Eusebio creyó deber consignar su recuerdo en su crónica.

M.C.D. 2018

Despues de Herodoto, salvaremos siglo y medio para citar al médico Ctesias, contemporáneo de Xenofonte, que publicó la relacion de un viaje por la India, que es lo mas verosímil no efectuase, y llegaremos cronológicamente al marsellés Pytheas, el cual era á un tiempo mismo viajero, geógrafo y astrónomo, una de las ilustraciones de su época. Hácia el año 340 fue cuando Pytheas se aventuró á llegar con un solo bagel mas allá de las columnas de Hércules; pero en vez de ir hácia el Sur siguiendo la costa africana, como habian hecho los cartagineses sus precursores, remontó hácia el Norte, corriéndose por las costas de la Iberia y de la Céltica hasta los puntos avanzados que forman actualmente al cabo de Finisterre: despues se embarcó en el canal de la Mancha, llegando á Inglaterra, á la isla de Albion, cuyo primer esplorador iba á ser. En efecto, desembarcó en diversos puntos de la costa, y entró en relaciones con sus habitantes, gente sencilla, honrada, sóbria, dócil é industriosa, que hacian un gran comercio en estaño.

El navegante galo, aventurándose mas hácia el Norte, pasó las islas Orcadas situadas en la punta estrema de Escocia y se elevó á una latitud tan alta que durante la estacion de verano, la duracion de la noche no escedia de dos horas. Despues de seis dias de navegacion, llegó á una tierra llamada Thulé, probablemente la Jutlandia ó la Noruega, de la cual no pudo pasar. «Más allá, dice, no habia ni mar, ni tierra, ni aire.» Volvió, pues, pasos atras, y modificando su primera direccion, llegó á la embocadura del Rhin donde habitaban los Ostiones, y un poco mas lejos los Germanos. Desde este punto, ganó las bocas del Tanais, que se supone ser el Elba ó el Oder, y volvió á Marsella un año despues de haber salido de su ciudad natal. Pytheas al mismo tiempo que un atrevido navegante era un sabio notable; fue el primero que reconoció la influencia de la luna sobre los mares, y el que observó que la estrella polar no ocupa exactamente el punto por donde se supone que pasa el eje del globo (1).

Algunos años despues de Pytheas, hácia el 326 antes de Jesucristo, un viajero griego, macedonio, se hizo ilustre en la carrera de los esploradores. Fue este Nearco, natural de Creta, almirante de Alejandro, quien tuvo por mision visitar toda la costa meridional del Asia, desde la embocadura del Indo hasta el Eufrates.

Cuando el conquistador Alejandro tuvo el pensamiento de operar un reconocimiento que debia asegurar la comunicacion de la India con el Egipto, se encontraba con su ejército á ochocientas millas sobre el alto curso del Indo. Confió, pues, á Nearco una flota compuesta, segun es de creer, de treinta y tres galeras, de navíos de dos puentes y de gran número de barcos de trasporte. Formaban la tripulacion de esta flota que podia contar con cerca de ochocientas velas, dos mil hombres. Nearco bajó por el Indo en cuatro meses escoltado desde ambas riberas por los ejércitos de Alejandro. No bien llegó el conquistador á las bocas del gran rio, empleó siete meses en explorar el Delta; Nearco se hizo mas tarde á la vela, y siguió la costa que forma en el dia el límite del reino de Beluchistan.

Nearco se dió á la mar el 2 de octubre, es decir, un mes antes para que el monzon de invierno (1) imprimiera una direccion favorable á su viajc, favoreciendo sus proyectos. No obstante, el principio de su viaje fue muy contrariado, pues apenas logró avanzar en los primeros cuarenta dias ochenta millas al Oeste. Sus primeros descansos le condujeron á Stura y Coreestis. nombres que no corresponden á ninguna de las poblaciones que hay actualmente en aquella costa. Despues llegó á la isla de Crocala, que forma la bahía moderna de Caranthey. Combatida la flota por los vientos. despues de haber doblado el cabo de Monza, se refugió en un puerto natural, que el almirante tuvo que fortificar para defenderse de los ataques de los bárbaros, los sangarianos actuales, que forman todavía una tribu de piratas.

Veinticuatro dias despues, el 3 de noviembre, se hizo Nearco nuevamente á la vela; pero los golpes de viento obligaron con frecuencia al navegante á hacer escala en diversos puntos de la costa, y en tales circunstancias tuvo que guardarse contra los ataques de los Arabitas, esos feroces Belutchas modernos á quienes los historiadores orientales representan «como gentes bárbaras, con sus largos cabellos en desórden, que dejan crecer la barba, y semejantes á los faunos y los osos.» Hasta entonces no habia sobrevenido á la flota macedonia ningun accidente grave, mas el dia 10 de noviembre, sopló con tal violencia el viento, que hizo naufragar dos galeras y un navío. Nearco fondeó entonces en Crocala, y se proveyó de vituallas con un convoy de granos que le habia expedido Alejandro. Cada embarcacion recibió víveres para diez dias.

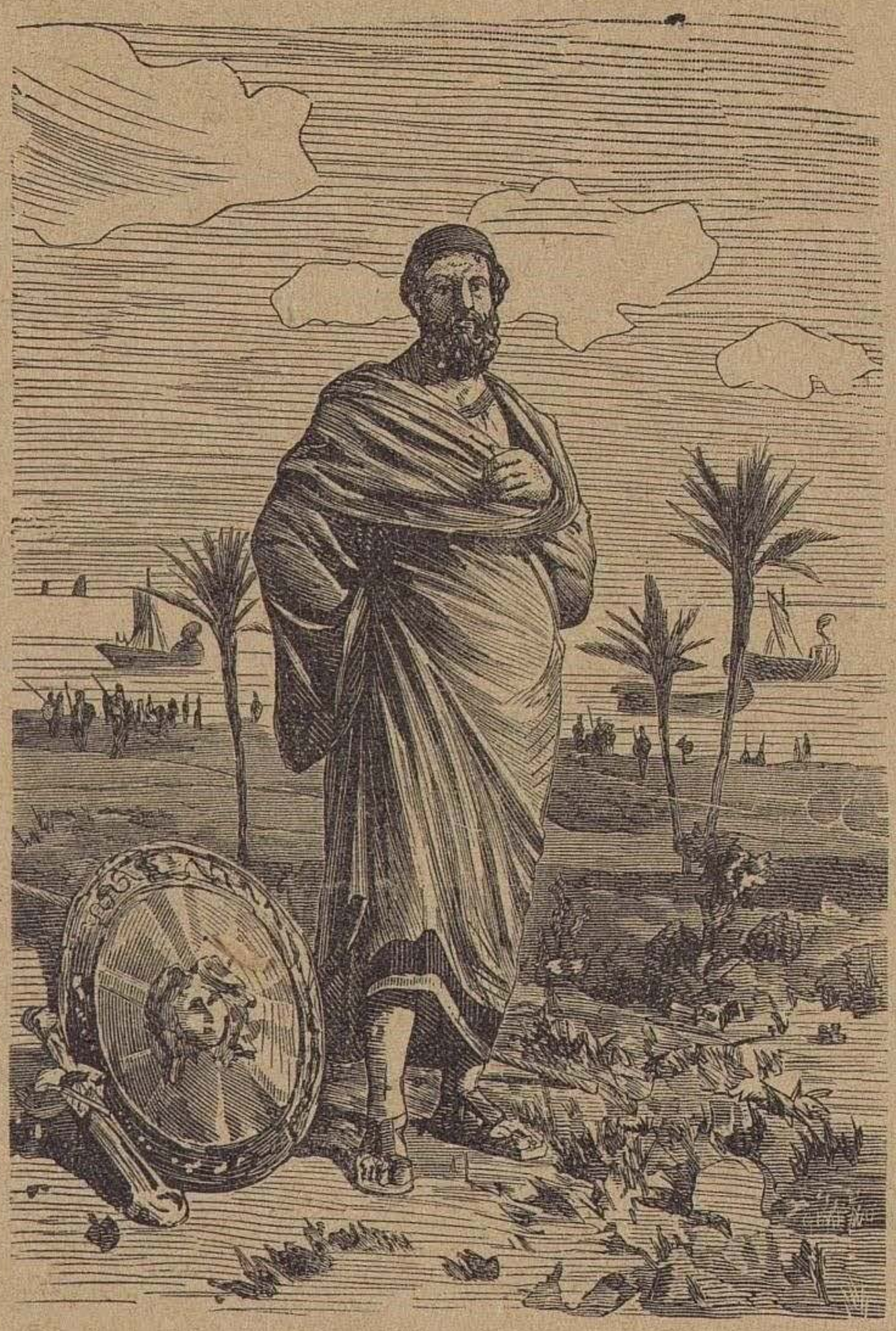
Despues de diversos incidentes de navegacion y de una corta lucha con los bárbaros de la costa, llegó Nearco á la estremidad del territorio de los oritas que se marca con el nombre de el cabo Moran por la geografía moderna. Al llegar á este punto de su narracion espone Nearco que cuando se hallaba el sol á la mitad de su carrera hiriendo verticalmente los objetos, no proyectaba sombra alguna; pero indudablemente padeció un error, porque en esta época el astro del dia se hallabà en el hemisferio Sur, en el trópico de Capricornio, y por otra parte, los buques de Nearco se hallaron siempre alejados algunos grados del trópico de Cáncer. Así pues, ni aun en pleno estío, se hubiera podido producir semejante fenómeno.

La navegacion continuó en mejores condiciones cuando se regularizó el monzon del Este. Nearco recorrió la costa de los Ictiófagos, los *comedores de pescados*, tribus miserables que carecen enteramente de pastos, y que se ven obligadas á alimentar sus ovejas con los productos del mar. La flota comenzó á sufrir nuevamente por falta de víveres. Dobló el cabo de Posmi, donde tomó Nearco un piloto indígena. Los bajeles impulsados favorablemente por algunas brisas de la tierra, pudieron avanzar con rapidez. La costa era menos árida, hallándose adornada á trechos con algunos árboles. Nearco llegó á un pueblecillo de los Ictiófagos, que no nombra, donde, careciendo de víveres, se apoderó por sorpresa de los que encontró con perjuicio de los habitantes que tuvieron que ceder á la fuerza.

(1) Pytheas fue uno de los hombres mas notables que vió nacer la antigua Gaula; fue un astrónomo hábil, viajero intrépido, que tuvo el doble mérito de haber observado bien, y de haber escrito igualmente bien lo que vió. Desgraciadamente, de las dos obras que debian trasmitirnos el relato de sus espediciones, no ha quedado mas que el título y algunos pasajes diseminados en las obras de Estrabon, de Plinio y de Hiparco. Dichas obras se titulan: «Del Océano» y «el Periplo.» Háse agitado una gran cuestion entre los críticos antiguos y modernos, la de si Pytheas habia efectivamente viajado ó no por sí; si sus relaciones eran el relato de observaciones personales, ó el resúmen de opiniones de viajeros anteriores ó contemporáneos. Polibio y Estrabon, que reconocen su exactitud en muchos casos, la niegan en otros. Pero entre nosotros Sanson, Gassendi, Rudbek, Bougainville, y el polaco Lelewell, le han defendido con toda la fuerza de sus sabios raciocinios. Gosseene le ha atacado rudamente en sus investigaciones sobre la Geografía de los antiguos. Debe advertirse desde luego que los fragmentos de Pytheas se nos han trasmitido por intermediarios, cuya exactitud ha podido ser sospechosa por Estrabon, siempre muy prevenido contra todos los viajeros, y por Plinio, aficionado á lo maravilloso. Los viajes de Pytheas llevan el sello de la verdad, y si bien se encuentran en ellos algunos errores é ideas extrañas, esto es debido á las ideas de su tiempo, y á ciertas relaciones de personas poco instruidas á quienes tuvo que consultar.

(1) Viento reglado ó periódico que sopla en algunos mares, particularmente en el de la India, algunos meses de una parte y los demas de la opuesta.

M.C.D. 2018



Nearco.

Los bajeles llegaron á Canasida, que no es otra que el pueblo de Churbar, cuyas ruinas se ven aun en la bahía de este nombre. Pero principiaba á faltar nuevamente el trigo. Nearco arribó sucesivamente á Canata, Trois y Dagasira, sin encontrar en estas miserables poblaciones con qué reponer los víveres. Sus habitantes carecian de carne y de trigo, y no podian determinarse á comer tortugas que tanto abundan en estos parajes.

No bien llegó la flota casi á la entrada del golfo Pérsico, se encontró frente á frente de una manada de ballenas. Los marineros se espantaron y quisieron huir: pero Nearco animándoles con sus palabras, les hizo atacar á los enemigos á quienes no tardaron en dispersar.

No bien llegaron los bajeles á la altura de la Carmania, modificaron un poco su direccion hácia el Oeste, y se mantuvieron entre el Occidente y el Norte. Las costas eran fértiles, abundando por do quiera en campos de trigo, pastos y toda clase de árboles frutales, menos olivos. Nearco hizo escala en Badis, el Jask actual; y, despues de haber doblado el promontorio de Maceta ó Mussendon, descubrieron los navegantes la entrada del golfo Pérsico, al cual Nearco, conforme con los geógrafos árabes, llama impropiamente Mar Rojo.

Nearco penetró en el golfo, y llegó al sitio llamado Harmozia, que mas adelante dió nombre á la isleta de Ormuz. Allí supo que el ejército de Alejandro estaba á solo cinco jornedas, y se apresuró á desembarcar, á fin de reuirse con el conquistador. Este, no habiendo recibido noticias de su flota en veintiuua semanas no esperaba ya volverla á ver. Fácil es pues de concebir su alegría cuando se presentó á su vista el almirante, aunque enflaquecido y demudado por las fatigas. Para solemnizar pues, su regreso, hizo Alejandro celebrar juegos gimnásticos, y dió gracias á los dioses por medio de grandes sacrificios. Despues, queriendo Nearco recobrar el mando de su flota para conducirla hasta Susa, volvió á Harmozia, y se hizo á la mar, invocando antes á Júpiter-Salvador.

La flota visitó diversas islas, probablemente las de Arek y de Kismis, poco tiempo despues, encallaron

M.C.D. 2018

los bajeles, pero la marea alta volvió á ponerlos á flote; doblaron pues el promontorio de Bestion y tocaron en Keish, isla consagrada á Mercurio y á Vénus, y límite de la Carmania, pues allí comenzaba la Persia. Los navíos siguieron la costa persica, visitando diversos puntos, Guillam, Inderabia, Shevu, Konkun y Sita-Reghio, donde Nearco recibió un convoy de trigo que le envió Alejandro.

Despues de muchos dias de navegacion llegó la flota á la embocadura del rio Endian, que separa la Persia de la Susiana. Desde allí descubrió la entrada de un gran lago abundante en pesca, llamado Cataderbis, y que se halla situado en la comarca que actualmente lleva el nombre de Dorghestan. Finalmente fondeó delante de la ciudad babilónica de Degelá, en las fuentes mismas del Eufrates, despues de haber reconocido toda la costa comprendida entre el Indo y el Eufrates. Nearco se reunió por segunda vez con Alejandro, quien le recompensó con magnificencia y le conservó en el mando de la flota. Alejandro deseaba tambien emprender el reconocimiento de toda la costa árabe hasta el Mar Rojo, pero le sorprendió la muerte sin haber podido realizar sus proyectos.

Créese que posteriormente Nearco llegó á ser gobernador de la Lycia y de la Pamfilia. En sus ratos de ócio escribió él mismo la relacion de sus viajes, relacion que se perdió, pero de la que afortunadamente habia hecho Arriano un análisis completo en su *Historia Indica*. Es probable que Nearco fuera muerto en la batalla de Ipsus, dejando la reputacion de hábil navegante, cuyo viaje es un hecho muy notable en la historia de la navegacion (1).

Debemos citar al presente una aundaz tentativa que se hizo en esta época por Eudoxio de Cyzico, geógrafo que floreció en el año 146 de Jesucristo, en la córte de Evergetes II. Despues de haber visitado el Egipto y las riberas de la India, este atrevido aventurero tuvo el pensamiento de dar la vuelta al Africa, vuelta que no debia efectuarse sino mil seiscientos años despues por Vasco de Gama. Eudoxio fletó un gran navío y dos grandes barcas, y se aventuró por las olas desconocidas del Atlántico. Es difícil determinar hasta donde condujo estas embarcaciones. Como quiera que sea, despues de haber aprendido la lengua de los naturales, á quienes consideró como etiopes, volvió á la Mauritania; de allí á Iberia, é hizo los preparativos de un nuevo viaje de circunnavegacion alrededor del Africa. ¿Efectuó realmente este viaje? No puede contestarse á esta pregunta, y aun debe añadirse que Eudoxio, mas valeroso que probo, ha sido tenido por un impostor por muchos sábios.

Dos nombres nos quedan que mencionar entre los viajeros ilustres antes de la era cristiana. Estos nombres son los de César y Estrabon. César que nació cien años antes de J. C. fue sobre todo un conquistador, cuyo objeto no era la exploracion de nuevos países. Recordaremos pues únicamente que en el año 58 emprendió la conquista de la Galia, y que en los diez años que duró su vasta empresa llevó sus legiones victoriosas hasta las riberas de la Gran Bretaña, cuyas provincias se hallaban habitadas por pueblos de orígen germánico.

En cuanto á Estrabon, que nació en Capadocia, 50 años antes de J. C., se distinguió mas bien como geógrafo que como viajero. Sin embargo, recorrió el Asia menor, el Egipto, la Grecia, la Italia, y vivió por largo tiempo en Roma, donde murió en los últimos años del reinado de Tiberio. Estrabon ha dejado una geografía dividida en diez y siete libros que ha llegado á nosotros en su mayor parte. Esta obra forma, con la de Ptolomeo, el monumento mas importante que ha legado la antigüedad á los geógrafas modernos.

(1) Los fragmentos que nos ha conservado Arriano del diario de viaje que llevó Nearco, hae sido publicados por Vincent con la traduccion inglesa (Oxford, 1809, en 4.°), y por Gier en sus *Alexandri historiarum scriptores ætate supparis* (Leipzig, 1844).

CAPITULO II.

VIAJEROS CÉLEBRES DE LOS NUEVE PRIMEROS SIGLOS.

Pausanias (174).—Fa-Hian (399).—Cosmas Indicopleustes (5....)—Arculfo (700).—Willibald (725).—Soleyman (851).

Plimio, Hippalus, Arriano y Ptolomeo.—Pausanias visita la Atica, la Corintsa, la Laconia, la Mesenia, la Elida, la Acaya, la Arcadia, la Beocia y la Fócida.—Fa Hian esplora el Kantcheu, la Tartaria, la India del Norte, el Penjad, Ceylan y Java.—Cosmas Indicopleustes y la topografía cristiana del universo.—Arculfo describe á Jerusalen, el valle de Josafat, el Monte Olivete, Belen, Jericó, el Jordan, el Libano, el Mar Muerto. Cafarnaunn, Nazaret, el Monte Tabor, Damasco, Tiro, Alejandría Constantinopla.—Willibald y los Santos Lugares.—Soleyman recorre el mar de Oman, Ceylan, Súmatra, el Golfo de Siam y el mar de la China.

Durante los dos primeros siglos de la era cristiana, fue muy acentuado el movimiento geográfico, bajo el aspecto puramente científico, pero los viajeros propiamente dichos, es decir, los esploradores y los descubridores de paises nuevos fueron ciertamente muy contados.

Plimio, en el año 23 de J. C. consagró los libros 3, 4, 5 y 6 de su *Historia Natural* á la geografía. En el año 50, Hippalus, hábil navegante, encontraba la ley de los monzones del Océano indio y enseñó á los navegantes á entrar en alta mar, para efectuar, favorecidos por estos vientos constantes, su viaje de ida y vuelta á las Indias en el intervalo de un solo año. Arriano, un historiador griego, que nació en el año 105, compuso su *Periplo del Ponto-Euxino*, y procuró fijar con suma exactitud las comarcas que se habian descubierto en las esploraciones precedentes. Por último, el egipcio Claudio Ptolomeo, hácia el año 175, cordinando los trabajos de sus antecesores, publicó una geografía célebre, á pesar de sus graves errores, en la cual se establece por primera vez sobre una base matemática la situacion de las poblaciones, su longitud y latitud.

El primer viajero de la era cristiana, cuyo nombre haya sobrevivido, es Pausanias, escritor griego que habitó en Roma en el segundo siglo, y de que nos queda una relacion que compuso hácia el año 175. Este Pausanias precedió al escritor francés contemporáneo Joanne, en la redaccion de las *Guias del viajero*, efectuando, respecto de la Grecia antigua, lo que el ingenioso y laborioso francés, relativamente á las diversas comarcas de Europa. Su reseña es un manual exacto, escrito con sobriedad, preciso en sus pormenores, y en el cual los viajeros del segundo siglo, podian recorrer con fruto las diversas provincias de la Grecia.

Pausanias describe minuciosamente la Atica, y con especialidad Atenas y sus monumentos, sus sepulcros, sus arcos, sus templos, su ciudadela, su areópago, su academia y sus columnas. Del Atica pasa á la Corintia, y esplora las islas de Egina y de Eacea. Despues de la Corintia, estudia con cuidado la Laconia y Esparta, la isla de Citeres, la Mesenia, la Elida, la Acaya, la Arcadia, la Beocia y le Fócida. En esta narracion se mencionan los caminos de las provincias, y las calles de las ciudades, sin olvidar el aspecto general de las diversas comarcas de Grecia. Pero no obstante, Pausanias no añadió ningun descubrimiento nuevo á los que habian mencionado sus predecesores. Pausanias fue un viajero que se limitó á esplorar con exactitud la Grecia; mas no fue un

M.C.D. 2018

descubridor. Sin embargo, su relato ha sido aprovechado por todos los geógrafos y comentadores que han tratado de Grecia y del Peloponeso, habiendo podido llamarle con razon un sabio del siglo XVI, «un tesoro de la mas antigua y rara erudicion (1).»

Cerca de ciento treinta años despues del historiador griego, un viajero chino, un monge, emprendió á fines del siglo IV, una esploracion de los paises situados al Occidente de la China. Háse conservado hasta el dia la relacion de su viaje, y es preciso asociarse á los sentimientos de Mr. Charton, que considera este relato, «como un monumento tanto mas precioso, cuanto que nos aparta de nuestro punto de vista esclusivo de la civilizacion oriental.»

Fa-Hian, acompañado de varios monges, queriendo salir de la China por la parte de Occidente, atravesó algunas cordilleras, y llegó al país que forma en el dia el Kan-tcheu, situado no lejos de la gran muralla. Alli se le agregaron algunos Samaneos (2). Cruzaron el rio Cha-ho y un desierto que Marco-Polo debia esplorar ochocientos años despues, y pudieron llegar, al cabo de diez y siete dias de marcha, al lago del Lobo, que se encuentra en el Turkestan chino actual. Todos los reinos que visitaron posteriormente estos religiosos, se parecian en sus usos y costumbres, solo se diferenciaban en la lengua.

Poco satisfechos de la acogida que recibieron en la comarca de los Ouiguros, cuyos habitantes no tienen nada de hospitalarios, se aventuraron hácia el Sudeste, en un país desierto, cuyos rios vadearon con suma dificultad. Despues de treinta y cinco dias de marcha, la pequeña caravana llegó al reino de Khotan, en Tartaria, que contaba «muchas veces diez mil religiosos.» Fa-Hian y sus compañeros fueron recibidos en monasterios especiales, y despues de haber esperimentado una detencion de tres meses, pudieron asistir á la procesion de las imágenes, gran fiesta comun á los budistas y á los brahamanes, en la cual pasean las imágenes de los dioses en un carro magnificamente adornado, por las calles sembradas de flores, y entre nubes de perfumes.

Terminada la fiesta, los religiosos partieron de Khotan y se dirigieron al reino que forma en el dia el canton de Kouke-yar. Despues de un descanso de quince dias, vuelve á encontrárseles mas hácia el Sur, en un país que forma el Balistan moderno, país frio y montañoso donde no madura otro grano que el trigo. Allí, los religiosos hicieron uso de sus cilindros, en que están arrolladas las oraciones, los cuales hacen girar los fieles con suma rapidez. Desde este reino pasó Fa-Hian á la parte oriental del Afghanistan, y no necesitó menos de un mes para atravesar unas montañas cubiertas de nieves perpétuas, y en las cuales afirma que existen dragones venenosos.

Al otro lado de esta cordillera, los viajeros se encontraron en la India del Norte, en aquel país regado por las primeras aguas que forman el Sin ó el Indo. Luego, despues de haber atravesado los reinos de U-tchang, Su-ho-to y Kian-tho-wei, llegaron á Fo-lu-cha, que debe ser la ciudad de Peichaver, situada entre Kabul y el Indo; y veinticuatro leguas mas al Oeste, á la ciudad del Hilo, construida en la orilla de un afluente del rio Kabul. En todas estas ciudades, Fa-Hian habla especialmente de las fiestas y costumbres relativas al culto de Foe, que no es otro que Budha.

Los religiosos, al dejar á Hilo, tuvieron que atravesar los montes Hindus Kusch, que se elevan entre Tokharestan y el Gándhara. Allí, era tan intenso el frio, que uno de los compañeros de Fa-Hian cayó para no volver á levantarse. Despues de mil fatigas, la caravana pudo llegar á la ciudad de Banú, que todavía existe; y volviendo á pasar el Indo en la parte media de su curso, entró en el Pendjab. Desde allí, bajando hácia el Sudoeste, con intencion de atravesar la parte septentrional de la península índica, llegó á Mahtura, ciudad de la provincia actual de Agra, y atravesando el gran desierto salado que se halla al Este del Indo, recorrió un país que Fa-Hian llama «el reino central, cuyos habitantes, buenos y piadosos, sin magistrados, ni leyes, ni suplicios, sin alimentarse de sér alguno viviente, sin carnicerías y sin tabernas, viven felices en la abundancia y la alegria, bajo un clima en que el frio y el calor se templan mútuamente.» Es e reino es la India.

Continuando Fa Hian su macha hácia el Sudoeste, visitó el distrito actual de Ferukh-abad, en el que puso el pie Budha al descender del cielo por una triple escalera de preciosos peldaños. El religioso viajero se estiende largamente acerca de las creencias del budhismo. Desde alli partió á visitar la ciudad de Kanudja, situada en la orilla derecha del Ganges, al cual da el nombre de Heng. Esta es la tierra de Budha por escelencia. Donde quiera que se sentó el dios, han levantado sus fieles altas torres, y los piadosos peregrinos no dejan de acudir al templo de Tchi-huan, donde Foe se entregó durante veinticuatro años á maceraciones voluntarias. Contemplando el lugar sagrado donde Foe devolvió la vista á quinientos ciegos «sintió el corazon de los religiosos un vivo dolor.»

Volviendo á emprender su camino, visitaron á Kapila, á Gorakphur, en la frontera del Nepol, á Kin-i-na-Kie, parages célebres por los milagros de Foe, y llegaron al Delta del Ganges, á la célebre ciudad de Palian-Fu, en el reino de Magadha, pais muy rico, habitado por gente compasiva y justa, que gustaba de discusiones filosóficas. Despues de haber subido el pico del Buitre que se eleva en el nacimiento de los rios Dahder y Banurha, Fa-Hian siguió la corriente del Ganges, visitó el templo de Isis-Patenea muy frecuentado en otro tiempo por los magos *voladores*, llegó á Benarés en el «reino resplandeciente», y mas allá todavía, á la ciudad de To-mo-li-ti, situada en la embocadura del rio, á poca distancia del sitio que ocupa actualmente Calcuta.

Disponiéndose por entonces una caravana de mercaderes á hacerse á la mar, con la intencion de ir á la isla de Ceylan, Fa-Hian se embarcó con ellos, y al cabo de catorce dias de navegacion, desembarcó en las riberas de la antigua Taprobana (1) sobre la cual el mercader griego Jambolo habia dado algunos siglos antes pormenores muy curiosos. El religioso chino volvió á encontrar en este reino todas las tradiciones legendarias que se refieren al dios Foe, y permaneció dos años ocupándose de investigaciones bibliográficas. Dejó á Ceylan para marchar á Java, á donde llegó despues de una malísima travesía, durante la cual, cuando se oscurecia el cielo, «no se veian mas que grandes olas que chocaban entre sí, relámpagos de color de fuego, tortugas, cocodrilos, mónstruos marinos y otros prodigios.»

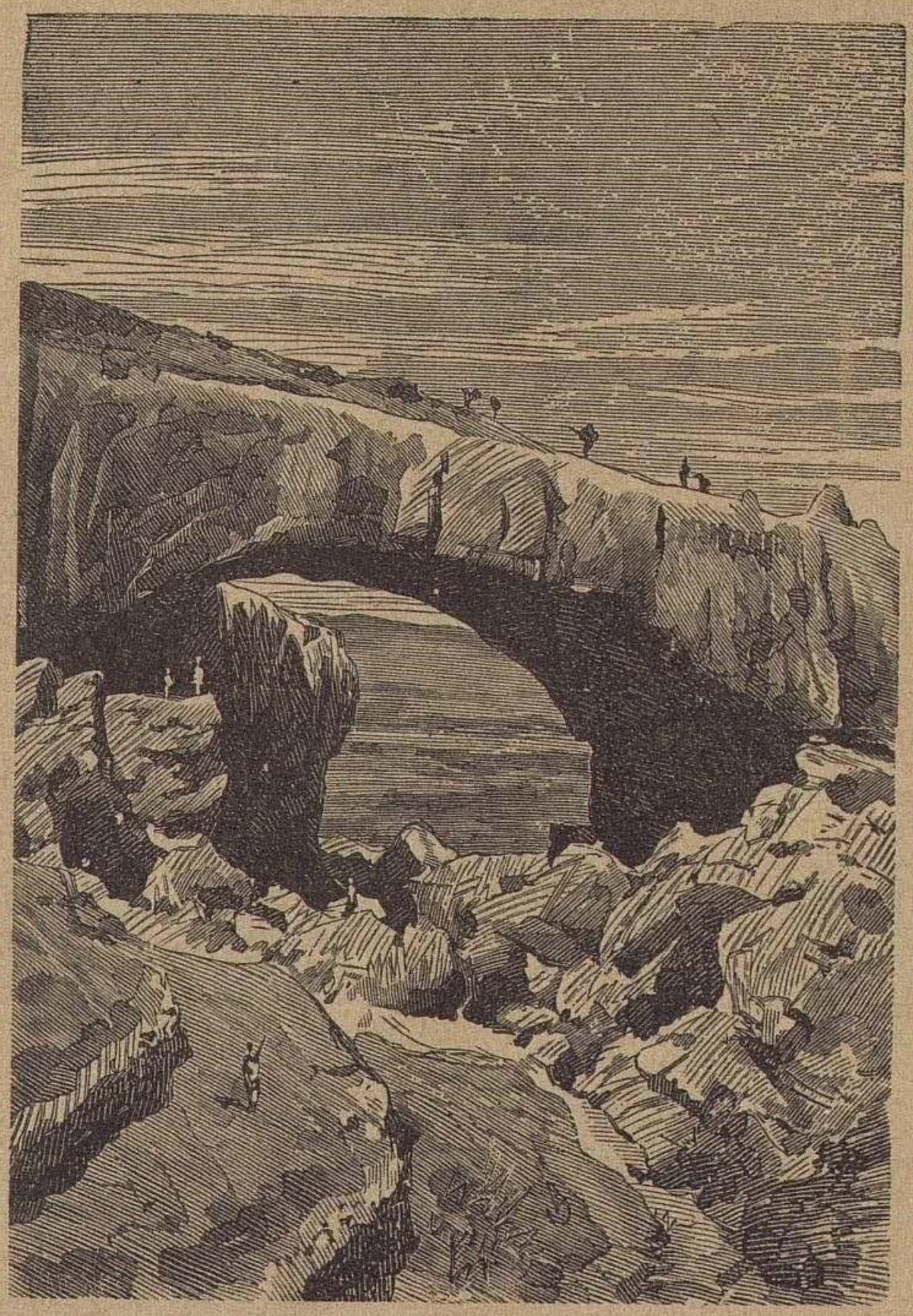
Despues de cinco años de permanencia en Java, Fa-Hian se embarcó para Canton; pero los vientos le contrariaron todavía, y despues de haber soportado mil fatigas, tuvo que desembarcar en el actual Chan-tung; luego, habiendo permanecido algun tiem-

(1) Pausanias tituló su obra «Periegesis» descripcion, ó mas bien narracion de viaje por Grecia, y la dividió en diez libros, cada uno de los cuales lleva el nombre de la comarca á cuya descripcion se ha consagrado. Esta obra puede decirse que es la única fuente segura de consulta sobre muchas cuestiones de arte y de arqueología, especialmente cuando habla Pausanias como testigo ocular, puesto que ha mezclado una multitud de relatos místicos que se refieren directamente á los objetos que describe. La primera edicion de la obra de Pausanias la publicó Mosurus en Venecia en 1513. Mr. Duboner ha dado otra en la biblioteca griega publicada por los hermanos Didot en 1845.

(2) Nombre de los sectarios de la religion mas antigua establecida en la India. Se cree que los gimnosofistas de que hablan los antiguos eran los samaneos (N. de T.)

(1) Antigua Ceylan.

M.C.D. 2018



Puente natural en el Líbano.

po en Nan-king, volvió á entrar en Sian-fu, su ciudad natal, despues de diez y ocho años de ausencia.

Tal es la relacion de este viaje, del cual ha hecho M. Abel de Remusat, una escelente version francesa, y que suministra pormenores muy interesantes sobre las costumbres de los tártaros y de los indios, particularmente, en lo relativo á sus ceremonias religiosas.

Al monge chino, sucede, siguiendo el órden cronológico, en el siglo VI, un viajero egipcio llamado Cosmas Indicopleustes, nombre que Mr. Charton traduce de este modo: «Viajero cosmográfico en la India.» Era este un mercader de Alejandría, que despues de haber visitado la Etiopía y parte del Asia, se hizo monge á su regreso (1).

Su narracion lleva el titulo de *Topografía cristiana del universo* (2). No se halla en ella detalle alguno sobre los viajes de su autor, pero el principio de la obra se compone de discusiones cosmográficas para probar que la tierra es cuadrada, y que está encerrada con los demás astros en un gran cofre oblongo; siguen despues varias disertaciones sobre las funciones de los ángeles, y una descripcion del trage de los sacerdotes hebreos. Cosmas describe tambien la historia natural de los animales de la India y de Ceylan, y cita el rinoceronte, el toro-ciervo que puede utilizarse para los usos domésticos, la girafa, el toro salvaje, la cabra almizclada, cuya caza tiene por objeto recoger «su sangre perfumada,» el unicornio á quien no considera como un animal quimérico, el jabalí, á quien llama puerco ciervo, el hipopótamo, la foca, el delfin, y la tortuga. Despues de los animales, Cosmas decribe el pimiento, arbusto tan quebradizo y delicado, como los sarmientos mas delgados de la vid, y el cocotero, cuyo fruto tiene un sabor dulce como el de las nueces verdes (1).

Desde los primeros tiempos de la era cristiana, se

(1) Floreció en el siglo VI, bajo el imperio de Justiniano.
(2) La escribió en lengua griega hácia el año 536.

(1) La obra de Cosmas describiendo las plantas y los animales de la India, se publicó por Thevenot en las Relaciones de diversos viajes curiosos.

M.C.D. 2018

apresuraban los fieles á visitar los Santos Lugares, cuna de la nueva religion. Estas peregrinaciones llegaron á ser cada dia mas frecuentes, y la historia ha conservado el nombre de los principales personajes que acudian á Palestina durante las primeras edades del cristianismo.

Uno de estos peregrinos, el obispo francés Arculfo, que vivia á fines del siglo VII, nos ha legado la narracion circunstanciada de su viaje.

Principia por exponer la situacion topográfica de Jerusalen, y describe la muralla que rodea á la ciudad santa. Visita en seguida la iglesia en forma de rotonda, construida en el Santo Sepulcro, la tumba de Jesucristo y la piedra que la cierra, la iglesia de Santa María, la construida en el Calvario y la basílica de Constantino, edificada en el sitio donde se encontró la Vera Cruz. Estas diferentes iglesias se hallan agrupadas en un edificio único que encierra tambien el sepulcro de Cristo y el Calvario en cuya cumbre fue crucificado.

Arculfo baja en seguida al valle de Josafat, situado al Este de la ciudad, donde se elevan la iglesia que encierra el sepulcro de la Vírgen y la tumba de Absalon, que él llama torre de Josafat. Despues sube el Monte Olivete que hace frente á la ciudad, mas allá del valle, y reza en la gruta donde oró Jesús. Se dirige entonces al monte Sion, situado fuera de la ciudad, hácia el Sur; contempla al pasar la higuera gigantesta en la cual, segun la tradicion, se ahorcó Judas Iscariote, y por fin visita la iglesia del Cenáculo, actualmente destruida.

Dando vuelta á la ciudad por el valle de Siloe, y volviendo á subir el torrente Cedron, retorna el obispo al Monte Olivete, cubierto de ricas mieses de trigo y de cebada, de yerbas y de flores, y describe desde la cumbre de la Montaña Santa el sitio en que se verificó la Ascension de Jesucristo á los cielos. Allí han levantado los fieles una grande iglesia circular, con tres pórticos abovedados, la cual no tiene techo ni bóveda, quedando á cielo raso. «No se ha cubierto »el interior de la iglesia, dice la relacion del obispo, »á fin de que este lugar, donde se fijaron por última »vez las divinas plantas, cuando el Señor se elevó al »cielo sobre una nube, sea un camino siempre abier»to hasta el cielo, á donde conduzca las oraciones de »los fieles. Cuando se construyó esta iglesia de que »hablamos, no se pudo embaldosar como el resto del »edificio el sitio donde descansaron los piés del Se»ñor, pues conforme se iban aplicando las losas de »mármol, la tierra, como si rehusara soportar cosa »alguna humana, las arrojaba á la cara de los opera»rios. Además, todavía conserva el polvo, como en»señanza eterna, la huella de los divinos zapatos, y »aunque diariamente la fé de los que visitan estos »lugares recoge este polvo, y con él la huella, vuel»ve esta á aparecer sin cesar, y la tierra la conserva »eternamente.»

Despues de haber explorado el campo de Bethania, en medio del gran bosque de los Olivos donde se halla el sepulcro de Lázaro, y la iglesia situada á la derecha, en el sitio mismo donde Cristo acostumbraba á hablar con sus discípulos, Arculfo fué á Belen, pueblo que se halla situado á dos horas de la ciudad santa, al Sur del valle de Zefrahim. Describe el lugar del nacimiento del Señor, que no es mas que una semi-gruta natural, abierta al extremo del ángulo oriental del pueblo, encima de la cual se halla la iglesia construida por Santa Elena; despues describe los sepulcros de los tres pastores que al nacer el Señor, fueron circundados de una claridad celestial, el sepulcro de Raquel, las tumbas de los cuatro patriarcas Abraham, Isaac, Jacob y Adan, el primer hombre. En seguida fué á ver la montaña y la encina de Mambré, á cuya sombra dió Abraham en otro tiempo hospitalidad á los ángelos.

Despues visitó Arculfo á Jericó, ó mas bien el sitio que ocupaba esta ciudad, cuyas murallas se desplomaron al sonido de las trompetas de Josué. Exploró el lugar en que los hijos de Israel, despues de haber pasado el Jordan, hicieron su primer descanso en la tierra de Canaan; contempló en la iglesia de Gálgala las doce piedras que los israelitas sacaron por órden del Señor, del torrente sin agua y seco. Siguió las riberas del Jordan, y reconoció á la derecha en un remanso del rio, y á una hora de camino del Mar Muerto, en medio de un sitio pintoresco plantado de magníficos árboles, el lugar donde el Señor fue bautizado por San Juan, en cuyo sitio mismo se ha colocado una cruz que cubren por completo las aguas blanquizcas del rio cuando están crecidas.

Despues de haber recorrido las riberas del Mar Muerto, cuyas aguas salobres gustó: despues de haber buscado en Fenicia la falda del Líbano, donde se hallan las fuentes del Jordan: despues de haber explorado la mayor parte del lago de Tiberiades, y visitado el pozo de Samaria, donde dió de beber á Jesucristo la Samaritana, la fuente del desierto donde bebia San Juan Bautista, la vasta llanura de Gazan, «ya nunca mas cultivada,» en la que bendijo Jesús cinco panes y dos peces, Arculfo bajó despues hácia Cafarnaun, cuyos restos no existen ya, se trasladó á Nazaret, donde pasó su infancia Jesús, y á Galilea, terminando en el monte Thabor su viaje propiamente dicho á los Santos Lugares.

La relacion del obispo contiene tambien pormenores geográficos é históricos sobre otras ciudades que visitó, tales como la ciudad real de Damasco, cruzada por cuatro grandes rios «para su recreo.» Tiro, metrópoli de la provincia de Fenicia, que estando separada en otro tiempo del continente, fue unida á él por el muelle de Nabucodonosor; Alejandría, en otro tiempo capital del Egipto, á donde llegó el viajero cuarenta dias despues de haber salido de Jaffa, y finalmente Constantinopla, en donde visitó con frecuencia la vasta iglesia en que se conserva «el madero sagrado de la cruz donde el Salvador murió crucificado por la salvacion del género humano.»

Finalmente, la relacion de aste viaje, que fue dictada por el obispo al abad de San Columbano, termina recomendando á los lectores que imploren la clemencia divina á favor del santo prelado Arculfo, y que rueguen tambien á Jesucristo, juez de todos los siglos, por el triste pecador que sirvió de amanuense.

Algunos años despues que el obispo francés, emprendió el mismo viaje un peregrino inglés con un objeto piadoso, y lo realizó casi con las mismas condiciones.

Este peregrino se llamaba Willibald, y pertenecia á una rica familia, que segun todas las probabilidades habitaba el condado de Suthampton. A consecuencia de una larga enfermedad, sus padres le consagraron á Dios, y pasó su juventud en ejercicios piadosos en el monasterio de Waltheim. No bien llegó á la adolescencia, Willibald resolvió ir á Roma, con el objeto de rezar á Dios en la iglesia consagrada al apóstol San Pedro, y sus vivas instancias determinaron á su padre Ricardo, á su hermano Wimebaldo y á su jóven Hermana Walpurge á acompañarle.

La piadosa familia se embarcó en Hamble-Haven, en la primavera del año 721, y remontando el Sena, fué á desembarcar cerca de la ciudad de Ruan. Willibald da pocos pormenores sobre su viaje hasta Roma. Despues de pasar por Cortona, ciudad de la Liguria, y por Luca en Toscana, donde Ricardo sucumbió de resultas de las fatigas del viaje, el 7 de febrero de 722; despues de haber pasado los Apeninos durante el invierno, los tres hermanos entraron en Roma, donde pasaron el resto del invierno, habiendo sufrido violentas calenturas.

M.C.D. 2018

No bien recobró la salud Willibald, formó el proyecto de proseguir su peregrinacion hasta los Santos Lugares. Envió, pues, á sus hermanos á Inglaterra, y partió en compañía de algunos religiosos. Fueron á Nápoles por Terracina y Gaeta, donde se hicieron á la vela para Reggio en Calabria, y para Catana y Siracusa en Sicilia; luego, tomando definitivamente la vía del mar, despues de haber tocado en Cos y en Samos, desembarcaron en Efeso, en el Asia Menor, donde se encuentran los sepulcros de San Juan Evangelista, de María Magdalena y de los Siete Durmientes, que son siete cristianos martirizados en el reinado del emperador Decio.

Despues de haber permanecido algun tiempo en Strobe- en Patara, y por último en Mitylene, capital de la isla de Lebos, se trasladaron los peregrinos á Chipre, visitaron igualmente á Pafos y Constanza, y por fin se les encuentra en número de siete, en la ciudad fenicia de Edissa, donde existe el sepulcro del apóstol Santo Tomás.

Al llegar á este sitio Willibald y sus compañeros, fueron tomados por espias y aprisionados por los sarracenos; pero el rey, por recomendacion de un español, les hizo poner en libertad. Los peregrinos salieron de la ciudad á toda prisa, y desde aquel momento es su itinerario casi igual al del obispo Arculfo. Visitaron á Damasco, en Siria, á Nazaret en Galilea, Caná, donde se puede ver una de las ánforas milagrosas, el monte Thabor, en que se efectuó el milagro de la Transfiguracion; Tiberiades, situada en el mismo punto donde el Señor y Pedro anduvieron sobre las olas; Magdalena, donde vivian Lázaro y sus hermanas; Cafarnaum, donde resucitó Jesús á la hija del príncipe; Betsaida de Galilea, patria de Pedro y de Andrés; Corosain, donde curó el Señor á los endemoniados; Cesárea, donde le fue entregada á Pablo la llave del Cielo; el lugar donde fue bautizado Jesucristo, Gálgala, Jericó y Jerusalen.

La Ciudad Santa, el valle de Josafat, el Monte Olivete, Belen, Thema, donde Herodes hizo degollar á los inocentes, el valle de Laura, Gaza, recibieron la visita de los piadosos peregrinos. En esta ciudad, mientras se celebraban los divinos oficios en la iglesia de San Matías, refiere Willibald que perdió de improviso la vista, la cual no volvió á recobrar hasta que llegó á Jerusalen, dos meses despues, al entrar en la iglesia de Santa Cruz. En seguida recorrió el valle de Diospolis, á diez millas de Jerusalen; de allí pasó á las orillas del mar Sirio, visitando á Tiro, Sidon y Trípoli. De allí, por el Líbano, Damasco y Cesárea, fué Willibald á Emans, pueblo de la Palestina, donde brota la fuente en que Jesucristo se lavó los piés, y finalmente á Jerusalen, en donde los viajeros permanecieron durante toda la estacion de invierno.

Los infatigables peregrinos no limitaron á esto su exploracion. Vuelve á encontrárseles sucesivamente en Ptolemaida, llamada actualmente San Juan de Acre, en Emessa, en Jerusalen, en Damasco, en Samaria, donde están los sepulcros de San Juan Bautista, de Abdias y de Eliseo; en Tiro, donde, preciso es confesarlo, el piadoso Willibald defraudó á la aduana ocultando una partida de bálsamo de Palestina, muy apreciado entonces, y que se hallaba sujeto á ciertos derechos. En Tiro, despues de una larga permanencia, pudo embarcarse para Constantinopla, donde él y sus compañeros vivieron por dos años, y finalmente, regresaron todos por Sicilia, la Calabria, Nápoles y Capua. El peregrino inglés llegó al monasterio de Monte Casino, habiendo estado ausente de su patria durante diez años. Sin embargo, aun no habia llegado para él la hora del reposo. El pontífice Gregorio III le encargó un obispado creado nuevamente en Franconia, á la sazon que tenia cuarenta y un años, y ocupó no obstante esta silla episcopal por espacio de cuarenta y cinco años, habiendo fallecido en el de 745. En el año 938, fue canonizado Willibald por el papa Leon VII.

Terminaremos la lista de los viajeros de los nueve primeros siglos de la Iglesia, citando á un tal Soleyman, mercader de Basora, que habiendo partido del golfo Pérsico, llegó á los confines del Asia y desembarcó en las costas chinas. Esta narracion contiene dos partes distintas; la una, redactada en el año 851 por el marino Soleyman, que fue quien realmente hizo este viaje; la otra escrita en 878 por un geógrafo, Abu-Zeyd-Hassan, con el objeto de completar la primera. Segun la opinion del orientalista Reinaud, esta narracion «suministra nueva luz sobre las relaciones comerciales que existian en el siglo IX entre las costas del Egipto, de la Arabia y de los paises ribereños del golfo Pérsico, por una parte, y por otra, de las vastas provincias de la India y de la China.»

Soleyman partió del golfo Pérsico, se surtió de agua dulce en Mascata y visitó primeramente la segunda mar, es decir, la mar Larevy de los árabes, ó mar de Oman, segun la geografía moderna. Vió un pez de una masa enorme, probablemente un cachalote, á quien los prudentes navegantes procuraron espantar tocando la campana; despues un tiburon, en cuyo vientre se encontró otro mas pequeno, que tambien encerraba otro menor todavía, «ambos vivos,» dice el viajero con manifiesta exageracion. Despues de haber descrito la rémora (1), el dactilóptero (2) y el marsuino (3), recorre el mar de Herkend comprendido entre las Maldivas y las islas de la Sonda, en donde contó por lo menos mil novecientas islas, cuyas riberas están llenas de graddes trozos de ambar gris. Entre estas islas, gobernadas por una mujer, cita principalmente con su nombre árabe á Ceilan y su pesquería de perlas, á Sumatra, rica en minas de oro, y habitada en parte por antropófagos, las Nicobar y las Andaman, cuyas tribus se componen aun hoy dia de caníbales. «El mar de Herkend dice, se levanta á veces en trombas furiosas, que estrellan las naves y arrojan á la costa una inmensa cantidad de peces muertos, y aun peñascos y trozos de montañas. Cuando se encrespan las olas de este mar, presenta el agua al aspecto del fuego.» Soleyman la cree frecuentada por una especie de mónstruo que devora á los hombres, y en el cual han creido reconocer los comentadores al voraz pez llamado perro de mar del género escualo.

No bien llegó á Nicobar, Soleyman, despues de haber permutado con sus habitantes hierro por cocos, cañas de azúcar, bananas y vino de coco, atravesó la mar de Kalah-Bar, que baña la costa de Malaca; luego, al cabo de diez dias de navegacion por la mar de Schelaheth, se dirigió para hacer agua hácia un lugar que podria ser Singapore; despues volvió á subir al Norte por la mar de Kedrenj, que debe ser el golfo de Siam, para llegar á la vista de Pulo-Oby, situado al Sur de la punta de Cambodje.

Entonces se abrió ante los navíos del mercader de Basora la mar de Senf, estension de agua comprendida entre las Molucas y el Indo-China. Fué á vituallarse á la isla de Sander-Foulat, situada hácia el cabo Varela, y de allí se lanzó á la mar de Sandjy ó de China, y un mes mas adelante entró en Khan-

(1) Género de peces cuyo principal carácter consiste en tener un disco plano, situado en el vértice del cráneo, compuesto de varias láminas transversales movibles y dentadas en su borde. Por medio de este órgano se adhieren á cualquiera cuerpo, y es muy comun verlos pegados á la piel áspera de las lijas y de los tiburones. Se llama así este pez porque los antiguos decian que detenia el curso de los barcos.

(2) Género de peces compuesto de dos especies, de las conocidas con el nombre de peces voladores, y que se distinguen de todas las demás por la facultad que tienen de elevarse á mayor altura sobre las aguas; una de ellas se encuentra en el Mediterráneo, y la otra en el mar de las Indias.

(3) Mamífero del género del delfin.

M.C.D. 2018

ru, puerto chino en la actual ciudad de Tche-Kiang, donde tenian costumbre de abordar las embarcaciones de aquella epoca.

El resto de la relacion de Soleyman completada por Abu-Zeid-Hasan, solo contiene pormenores, noticias minuciosas sobre las costumbres de los indios, de los chinos y de los habitantes del Zendj, comarca situada en la costa oriental del Africa. Pero no es ya el viajero quien habla, y estos pormenores que dá los volvemos á encontrar, mas interesantes y mas exactos en las relaciones de sus sucesores.

Para resumir los trabajos de los esploradores que recorrieron la tierra diez y seis siglos antes de la era cristiana y nueve siglos despues, debemos decir que desde la Noruega hasta los confines del imperio chino, pasando por el Atlántico, el Mediterráneo, el Mar Rojo, el Océano Indico y el mar de la China, esta inmensa estension de costas fue en gran parte conocida y visitada por los antiguos. Habianse intentado atrevidas esploraciones tierra adentro en Egipto hasta la Etiopía, en Asia Menor hasta el Cáucaso, en la India y la China hasta la Tartaria, y si bien faltaba todavía la exactitud matemática para determinar los diversos puntos descubiertos por los viajeros, por lo menos los usos, las costumbres de los habitantes, las producciones de los diversos paises, los modos de efectuar los cambios, las costumbres religiosas, eran suficientemente conocidas; los navíos, aprovechándose de los vientos, podian arriesgarse con mas confianza por los mares; las carabanas sabian dirigirse con mas seguridad al interior del continente, y gracias á este conjunto de conocimientos, difundidos por los escritos de los sabios, el comercio tomó un impulso considerable en el último período de la edad media.

CAPITULO III.

VIAJEROS CÉLEBRES DEL X AL XIII SIGLOS.

Benjamin de Tudela (1159-1173).—Plan de Carpin (1245-1247).—Rubruquis (1253-1254).

Los escandinavos en el Norte, la Islandia y la Groenlandia.—Benjamin de Tudela visita Marsella, Roma, la Valaquia, Constantinopla, el Archipiélago, la Palestina, Jerusalen, Belén, Damasco, Balbek, Nínive, Bagdad, Babilonia, Basora, Ispahan, Schiraz, Samarkanda, el Thibet, el Malabar, Ceylan, el Mar Rojo, el Egipto, la Sicilia, la Italia, la Alemania y la Francia.—Plan de Carpin; esplora el país del Coman y del Kangita, el Tuderskan moderno.—Usos y costumbres de los tártaros.—Rubruquis y el Mar Azof, el Volga, el país de los Baskires, Caracorum, Astrakan y Derbend.

Durante el siglo X y principios del XI, verificóse en el Norte de Europa un movimiento geográfico bastante considerable. Noruegos y galos audaces se habian aventurado á internarse en los mares septentrionales, y si hubiera de creerse á ciertos relatos mas ó menos auténticos, llegaron hasta el Mar Blanco y visitaron las comarcas que en el dia poseen los samoyedos. Algunos llegan á pretender que el príncipe Madoc visitó el continente americano.

Puede afirmarse, no obstante, que fue descubierta Islandia hácia el año 851 por aventureros escandinavos, y que no tardaron en colonizarla los normandos. Por esta época se habia refugiado un noruego en una tierra nueva, situada al estremo Oeste de Europa, y maravillado de su lozana y verde apariencia, la dió el nombre de Tierra-Verde ó Groenlandia; pero eran difíciles las comunicaciones con esta porcion del continente americano, y segun parece y asegura el geógrafo Cooley, «un bajel empleaba cinco años para ir y volver de la Noruega á la Groenlandia.» Sin embargo, algunas veces, en los inviernos rigurosos, helábase el Océano septentrional en toda su estension, y un tal Hollur-Geit pudo ir á pie desde Noruega á Groenlandia conducido por una cabra. Pero no olvidemos que nos ocupamos todavía de los tiempos legendarios, y que estas regiones hiperbóreas abundan en tradiciones maravillosas.

Volvamos á los hechos reales probados, incontestables, y refiramos el viaje de un judío español, cuya veracidad se halla afirmada por los mas sabios comentadores.

Este judío era hijo de un rabino de Tudela, ciudad del reino de Navarra, y se llamaba Benjamin de Tudela. Es de creer que su objeto, al viajar, fuera conocer el número de los correligionarios dispersos por la superficie del globo. Pero cualquiera que fuese su idea, durante catorce años, de 1160 á 1173, esploró casi todo el mundo conocido, y su relacion forma un documento minucioso que gozó de grande autoridad en el siglo XVII.

Benjamin de Tudela salió de Barcelona, y llegó á Marsella por Tarragona, Gerona, Narbona, Beziers, Montpellier, Lunel, Pousquiers, Saint-Gilles y Arlés. Despues de haber visitado dos sinagogas y á los principales judíos de esta ciudad, se embarcó para Génova, donde llegó su navío cuatro dias despues. Los genoveses eran entonces los dueños del mar y hacian la guerra á los pisanos gente valiente, que lo mismo que los genoveses, dice el viajero, no tienen reyes ni príncipes, sino únicamente jueces que designan segun su voluntad.

Despues de haber visitado á Luca, Benjamin de Tudela llegó en seis dias á la gran Roma. Alejandro III era papa á la sazon, y contaba judíos entre sus ministros. Entre los monumentos de la ciudad eterna, cita Benjamin de Tudela mas especialmente San Pedro y San Juan de Letran; pero sus descripciones son sumamente áridas. Desde Roma fué á Nápoles, por Cápua y Puzoles, casi inundada entonces, donde no vió otra cosa notable que los quinientos judíos que habitaban en ella. Despues, atravesando á Salerno, Amalfi, Benevento, Ascoli, Trani, San Nicolás de Bari, Tarento y Brindis, llegó á Otranto, en el golfo de este nombre, habiendo cruzado la Italia sin recoger nada interesante en esta curiosa comarca.

Por ingrata que sea la nomenclatura de las ciudades, no diremos visitadas, sino citadas por Benjamin de Tudela, no debemos omitir una sola, porque el itinerario del viajero judío es sumamente exacto, y muy útil seguirle en el mapa que Lelewel trazó para él espresamente. Desde Otranto á Zeitun, en Valaquia, sus etapas fueron Corfú, el golfo de Arta, Aquelous, antigua ciudad de Etolia, Anatolia en Grecia, en el golfo de Patrás, Patrás, Lepanto, Crisa, edificada al pie del Parnaso, Corinto, Tebas, cuyos dos mil judíos son los mejores obreros de la Grecia en el arte de fabricar la seda y la púrpura; despues Negroponto y Zeitun.

Aquí comienza la Valaquia, segun el viajero español. Los valacos corren como cabras y bajan de las montañas para saquear y robar en las tierras de los griegos. Desde este punto Benjamin de Tudela pasó á Constantinopla, por Garnicki, pequeña aldea del golfo Volo; Armiros, puerto frecuentado por los venecianos, los genoveses y los pisanos; Bissina, ciudad actualmente destruida; Salonicki, la antigua Tesalónica, Dimitritzi, Darma, Christópoli y Abydos.

El viajero dá aquí algunos pormenores sobre aquella gran capital de todo el país griego. En ella reinaba á la sazon el emperador Manuel Commeno, y habitaba un palacio que habia levantado á orillas del mar. En él se elevaban columnas de oro y de plata pura, y «un trono de oro y de piedras preciosas, encima del cual pende una corona de oro sostenida por una cadena de oro tambien, la cual cae precisamente en la cabeza del rey cuando se sienta allí. Tiene esta corona piedras de tan gran valor, que nadie puede estimarlas. Por la noche no se necesita luz, por verse

M.C.D. 2018

perfectamente á favor del brillo que despiden las piedras.» El viajero añade que la ciudad está muy poblada; que acuden á ella mercaderes de todas partes, y que bajo este concepto solo puede compararse con Bagdad. Sus habitantes van vestidos con trages de sedá, cubiertos de bordados y adornados con franjas de oro; de suerte que al verles á caballo parecen hijos de reyes; pero no tienen corazon ni valor para la guerra, sosteniendo soldados mercenarios de todos los paises que se baten por ellos. Benjamin de Tudela se lamenta de que no haya judíos en la ciudad, por habérseles llevado mas allá de la torre de Galata, cerca de la entrada del puerto. Allí se cuentan cerca de dos mil quinientos de dos sectas, los rabinitas y los caraitas, entre los cuales hay muchos obreros en seda y algunos ricos mercaderes, y todos ellos son sumamente odiados por los griegos, que los tratan duramente. Ninguno de aquellos opulentos judíos tiene el derecho de montar á caballo, escepto uno tan solo, el egipcio Salomon, médico del rey. En cuanto á los monumentos de Constantinopla, cita Benjamin el templo de Santa Sofía, que posee tantos altares como dias tiene el año, é innumerables columnas, candelabros de oro y de plata; despues el hipódromo, que en el dia es el mercado de los caballos, en el cual se hace luchar, para recreo del pueblo, leones, osos, tigres, ocas salvajes y hasta pájaros.»

Cuando salió de Constantinopla, Benjamin de Tudela visitó la antigua Bizancio, Gallípoli y Kilia, puerto de la costa oriental; luego se embarcó y recorrió las islas del archipiélago, Mitilene, Chio, que hace el comercio del jugo del alfónsigo, Samos, Rodas y Chipre. Despues, haciéndose á la vela hácia la tierra de Aram, pasó por Messis, por Antioquía, donde admiró la distribucion de las aguas, y por Lataquia para llegar á Trípoli, que habia sufrido recientemente un terremoto que se dejó sentir en todo el país de Israel. De Trípoli tocó en Beyruth, en Sidon, en Tiro, célebre por su púrpura y por sus fábricas de vidrio, en Acre, en Khaifa, cerca del monte Carmelo, en que se halla la gruta de Elías, en Cafarnaum, en Cesárea, ciudad magnífica, en Kakon, en Samaria, edificada en medio de una campiña cruzada de arroyuelos y rica en jardines, vergeles, viñedos y olivares, en Naplusa, en Gabaon, y llegó á Jerusalen.

En la ciudad santa el judío español no podia ver nada de lo que hubiera admirado un cristiano sin duda alguna. Para él Jerusalen no era mas que una pequeña ciudad defendida por tres murallas y muy poblada de jacobitas, de sirios, griegos, georgianos y de francos, que hablaban toda clase de idiomas. Posee dos hospitales, en uno de los cuales hay siempre cuatrocientos caballeros, dispuestos á ir á la guerra; un gran templo, que es el sepulcro de «aquel hombre,» calificacion que da el Talmud á Jesucristo, y una casa en la cual los judíos, mediante cierto cánon, tienen el privilegio de hacer tintes. Por lo demás, los correligionarios de Benjamin de Tudela no eran numerosos en Jerusalen, pues apenas pasaban de doscientos que habitaban en la torre de David, en un rincon de la ciudad.

Fuera de Jerusalen, cita el viajero la tumba de Absalon, el sepulcro de Osías, la fuente de Siloé, cerca del torrente Cedron, el valle de Josafat, el Monte Olivete, desde cuya cumbre se divisa el mar de Sodoma. A dos parasangas (1), ó dos leguas de allí, se eleva la indestructible estátua de la mujer de Lot, y el viajero afirma que «aun cuando los rebaños que pasan junto á ella lamen continuamente esta estátua de sal, crece y se repone de contínuo, volviendo á quedar como estaba anteriormente.»

Desde Jerusalen, Benjamin de Tudela, despues de haber escrito su nombre en el sepulcro de Raquel, segun la costumbre de los judíos que pasan por aquel sitio, se trasladó á Belén, donde contó doce tintorerías israelitas; y luego se dirigió á Hebron, ciudad actualmente desierta y arruinada.

Despues de haber visitado en la llanura de Makfela las tumbas de Abraham y de Sara, de Isaac y de Rebeca, de Jacob y de Lia, pasando por Beith-Jaberim, Scilo, el monte Morija, Beith-Nubi, Rama, Jaffa, Jabneh, Azotos, Ascalon edificada por Esdras el sacrificador, Lud, Serain, Sufurieh, Tiberias, donde se encuentran baños calientes «que salen del fondo de la tierra» por Gish, Meirum que todavía es lugar de peregrinacion para los judíos, por Alma, Kadis, Belinas, cerca de la caverna en donde nace el Jordan, el viajero judío, saliendo por fin de la tierra de Israel, llegó á Damasco.

Hé aquí la descripcion que hace Benjamin de Tudela, de la ciudad de Damasco, donde comienza el país de Nureddin, rey de los turcos.

«La ciudad es muy grande y muy hermosa; está ceñida de murallas; el terreno abunda en jardines y vergeles á quince millas á la redonda, no habiendo en toda la tierra país tan fértil como éste. La ciudad se halla situada al pie del monte Hermon, donde nacen los dos rios Amana y Pharphar, el primero de los cuales pasa por en medio de la ciudad, llegando sus aguas por medio de acueductos á las casas de los grandes, y á las plazas y mercados. Este país comercia con todo el resto del mundo. El Pharphar riega con sus aguas los jardines y los vergeles que están fuera de la ciudad. Los ismaelitas tienen en Damasco una mezquita llamada Goman-Dammesec, es decir, sinagoga de Damasco. No hay un edificio semejante en toda la tierra. Se dice que en otro tiempo fue un palacio de Benhadad. Hay en ella una muralla de vidrio, construida por arte mágico, con tantas troneras ó agujeros como dias tiene el año solar; el sol, descendiendo doce grados, segun el número de las horas del dia, entra cada dia por uno de estos agujeros, pudiendo saber cada cual la hora que es, segun el agujero por donde entra el sol. En el interior del palacio hay construidas casillas de oro y plata, que pueden contener tres personas, que quieran lavarse ó bañarse.»

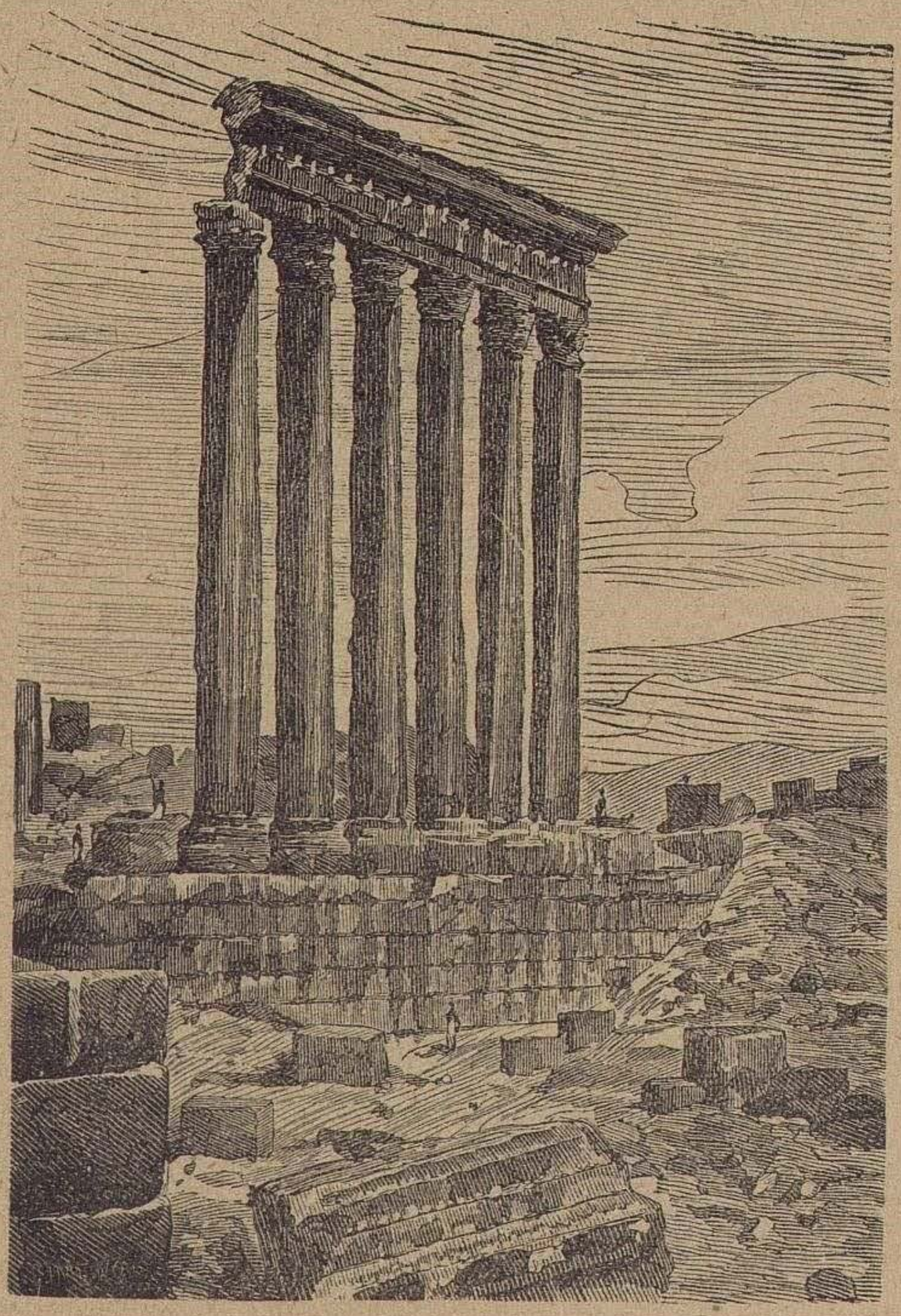
Despues de Galaad y Salkah, situada á dos jornadas de Damasco, llegó Benjamin de Tudela á Balbek, la Heliópolis de los griegos y de los romanos, construida por Salomon en el valle del Líbano; luego á Tadmor, edificada sobre las ruinas de Palmira con grandes piedras. Luego, pasando por Cariatin, se detuvo en Hama, destruida en parte por el terremoto que en 1157 destrozó muchas ciudades de la Siria.

Sigue en la relacion del viajero una árida nomenclatura de poblaciones, de que se limita á dar solamente los nombres, Halab, Belés, Kalatdjabar, Racca, Harran, la ciudad principal de los sabeos, Nísibe, Djeziret, cuyo nombre turco es Kora. Mussul en el Tigris, donde comienza la Persia, Nínive, punto de partida del cual vuelve el viajero hácia el Eufrates, Rahaba, Karkesia, Juba, Abkera, y en fin Bagdad, residencia del califa.

Bagdad agrada mucho al viajero israelita; es una gran ciudad de tres millas de circunferencia, con hospital para los enfermos ordinarios y para los judíos. De todas partes acuden á ella sábios filósofos hábiles en toda clase de ciencias, y magos esperimentados en toda clase de encantamientos. Es residencia y capital de un califa, que segun ciertos anotadores, debe ser Mostaidjed, que reinaba en la Persia occidental y en las riberas del Tigris. Este califa poseia un gran palacio en medio de un parque, regado por un afluente del Tigris y poblado de animales salvajes. Este soberano puede ser propuesto,

(1) Medida de caminos entre los Persas, que comprendia 40, 50 ó 60 estadios. (N. de C.)

M.C.D. 2018



Ruinas de Balbek.

bajo cierto concepto, como ejemplo á todos los potentados de la tierra. Es un hombre de bien, amante de la verdad, afable y político con todos aquellos que se acercan á él. Vive solamente del trabajo de sus manos, fabrica cobertores marcados con su sello, que hace vender en el mercado por los magnates de su córte, á fin de proveer á los gastos de su manutencion. Sale tan solo de su palacio una vez al año, en la fiesta del Ramadan, para ir á la mezquita que está en la puerta de Bassora, donde desempeña las funciones de iman (1) esplicando la ley á su pueblo. Despues vuelve á su palacio por un camino diferente, y la ruta que ha seguido se vigila todo el año, á fin de que ningun transeunte profane las huellas de sus pasos. Los hermanos del califa habitan su mismo palacio; son tratados con toda clase de honores y distinciones y tienen bajo su mando ciudades y aldeas, cuyas rentas les permiten pasar una vida agradable: mas como se rebelaron en cierta ocasion contra su soberano, se hallan atados con cadenas de hierro y tienen guardias delante de sus habitaciones.

Despues de haber notado estas particularidades, Benjamin de Tudela bajó por el ángulo de la Turquía de Asia, regado por el Tigris y el Eufrates y pasó por Gihiagin y Babilonia, ciudad arruinada, cuyas calles se estienden á treinta millas de circuito. Vió de paso el horno ardiente donde fueron arrojados Ananás, Misael y Azarias, y vió asimismo Hillah y la torre de Babel, que describe en estos términos: «Allí está la torre que edificaron los dispersos. Era de ladrillo, sus cimientos ocupaban cerca de dos millas de estension: la anchura de la torre era de doscientos cuarenta codos y su elevacion era de cien canas. A cada diez codos habia rampas, que dando vueltas alrededor de la torre, formando espiral, conducian hasta arriba. Desde esta torre se descubria el espacio de veinte millas, porque el pais es llano; pero el

(1) Ministro de la religion mahometana que recita las oraciones, lee en alta voz el Coran, predica, asiste á los enfermos y bendice (D. de C.)

M.C.D. 2018

fuego del cielo que cayó sobre la torre la aplano y arrasó hasta sus cimientos.»

Desde Babel se dirigió el viajero á la sinagoga de Ezequiel, situada sobre el Eufrates, verdadero santuario al que afluyen los creyentes para leer el gran libro escrito por mano del profeta. Despues pasó por Alkotzonaih, Ain-Japhata, Lefras, Kefar, Kufa, Sura, donde hubo una célebre universidad judía; Shafjathib, suya sinagoga se halla edificada con piedras de Jerusalen, y cruzando el desierto del Yemen tocó en Thema, Tilimas, Caibar, que contaba cincuenta mil israelitas, en Waseth, y finalmente entró en Bassorah, que está en el Tigris, casi á la estremidad del golfo Pérsico.

Acerca de esta importante y mercantil ciudad no da el viajero pormenor alguno; pero desde allí se dirigió probablemente á Karna y visitó el sepulcro del profeta Esdras; despues entró en Persia y permaneció en Chuzestan, gran ciudad, arruinada en parte, que divide el Tigris en dos mitades, la una rica, la otra pobre, unidas ambas por un puente, sobre el cual, por motivo de equidad, está colgado el féretro de Daniel.

Benjamin de Tudela continuó su viaje por la Persia, pasando por Rudbar, Holwan, Mulehet y Amaría, donde comienza la Media; en este punto cuenta que apareció David-el-Rey, el cual no es otro que el Jesus de los judíos. Despues llegó, por Hamadan, donde existen las tumbas de Mardoqueo y de Ester, y por Dabrestan llegó á Ispahan, capital del reino, que mide doce millas de circuito.

La relacion del viajero aparece aquí algun tanto oscura. Siguiendo sus notas se le vuelve á encontrar en Shiras, probablemente en el canton de Herat, en Afghanistan; despues en Samarkand, y por último al pié del Thibet. Desde este punto estremo, situado al Nordeste, regresó á Nisapur y á Chuzestan en las orillas del Tigris. Aquí debió embarcarse bajando despues de dos dias de navegacion á El-Cachif, ciudad de Arabia, situada en el golfo Pérsico, donde se esplotan pescaderías de perlas. Luego, en siete dias de navegacion, despues de haber atravesado el mar de Oman, debió llegar á Chulan, hoy dia Quilon, en la costa del Malabar.

Benjamin de Tudela estuvo en las Indias, en el reino de los que adoran el Sol, hijos de Cush, contempladores de los astros. En este país se produce la pimienta, la canela y el gengibre. Veinte dias despues de haber salido de Chulan, llegaba el viajero á las islas Cinrag, es decir, á Ceylan, cuyos habitantes son fanáticos adoradores del fuego.

¿Desde Ceylan fue Benjamin de Tudela á la China? No puede afirmarse. Benjamin considera el viaje por mar muy peligroso, pues naufragan muchas embarcaciones. Asi, pues, preconiza nuestro viajero el siguiente medio singular para librarse del peligro. «Se toman, dice, muchas pieles de buey; si llega el viento á amenazar al buque, el que quiere librarse se mete en una de estas pieles; la cose por dentro para que no penetre el agua en ella y despues se arroja al mar; entonces, algunas de esas águilas grandes, llamadas grifos, al verle cree que es un animal, baja, lo coge y se lo lleva á tierra. De allí lo traslada á alguna montaña ó á algun valle para devorarlo, y entonces el hombre que se ha ocultado en la piel mata al águila con su cuchillo; y saliendo despues de su piel se marcha á buscar algun lugar habitado. Son muchas las personas que se han salvado de esta manera.»

Mas adelante vuelve á encontrarse nuevamente á Benjamin de Tudela en Ceylan; despues, probablemente en la isla de Socotra, á la entrada del golfo Pérsico y posteriormente en Sabid; atravesando entonces el Mar Rojo, llega á las comarcas de la Abisinia, que él llama «la India en tierra firme.» Desde allí, siguiendo la corriente del Nilo, atravesando la comarca de Assuan, llega á la aldea de Holvan y por el desierto de Sahara, donde el viento derriba y envuelve las caravanas con una capa de arena, llega á Zavila, Kous, Kaium y Misraim, es decir, el Cairo.

Misrain, segun dice el viajero, es una gran ciudad adornada de plazas y de tiendas. No llueve allí nunca; pero el Nilo, que se desborda una vez al año, riega el país, «en una estension de quince jornadas» y le comunica estraordinaria fertilidad

Al dejar Benjamin de Tudela á Misraim fué á Gizet, sin mirar sus pirámides, á Ain-Schams, á Boutig, á Zifita, á Damira, deteniéndose en Alejandría, edificada por Alejandro el Grande. La ciudad, dice, es muy comercial y acuden á ella gentes de todas las partes del mundo; sus plazas y sus calles están muy concurridas, y son tan largas que no se les vé el fin. Estiéndese un dique de una milla mar adentro, el cual sostiene una torre que levantó el conquistador, y en cuyo remate habia dispuesto un mirador de cristal, «desde donde se podia ver á cincuenta jornadas de distancia todos los buques que acudieran de la Grecia ó del Occidente á hacer la guerra ó á perjudicar de otra suerte á la ciudad.» Esta torre sirve tambien actualmente, si ha de creerse al viajero, «de señal para todos los que navegan hácia Alejandría, porque se la descubre desde cien millas, bien sea de dia ó de noche, por medio de una gran antorcha que se enciende.» ¿Qué servian, comparados con esta torre, nuestros faros cuya luz alcanza á lo mas á treinta millas aunque sea luz eléctrica?

Damietta, Sunbat, Ailah, Refidim y la aldea de Thor, al pié del Sinaí, fueron visitadas por el viajero judío. De vuelta a Damietta se hizo á la mar y desembarcó, veinte y dos dias despues, en Mesina. Queriendo continuar efectuando aun el censo de sus correligionarios, volvió á subir por Roma y Luca á la Mauriana y á San Bernardo. Cita gran número de ciudades de Alemania y Francia, donde se han refugiado los judíos; los cuales, segun el resúmen que hace Chateaubriand, en vista del itinerario de Benjamin de Tudela, ascendian á setecientos sesenta y ocho mil ciento sesenta y cinco.

Finalmente, para terminar, habla el viajero de París, que sin duda visitó, de esa gran ciudad que pertenecia al rey Luis y que se halla situada én las orillas del Sena. «Encierra, dice, discípulos de sabios que no tienen iguales en el dia en toda la tierra; los cuales se aplican dia y noche al estudio de la ley, son muy hospitalarios para con todos los estranjeros, y demuestran su amistad y su fraternidad con todos sus hermanos judios.»

Tal es este viaje de Benjamin de Tudela, que constituye un monumento importante de la ciencia geográfica á mediados del siglo XII, y que por medio de la designacion del nombre actual de cada poblacion citada en el relato, le hemos hecho fácil de seguir consultando los mapas modernos (1).

Al nombre de Benjamin de Tudela, sucede en el órden cronológico el de Juan de Plan de Carpin, á quien algunos autores llaman simplemente Carpini. Era este un franciscano, que nació hácia el año 1182, en una aldea del distrito de Perusa, en Italia. Conocidos son los progresos que hicieron las hordas mongolas bajo el mando del ambicioso Gengis Khan. En 1206, dice, el hábil jefe habia hecho de Caracorum antigua ciudad turca, situada en la Tartaria, al Norte

(1) Su relacion, escrita en hebreo y en la que se encuentra una multitud de sucesos curiosos, pero de que debe hacerse uso con circunspeccion, fue impresa por primera vez en 1543 en Constantinopla, y reimpresa despues muchas veces. Arias Montano publicó una traduccion en latin, en Ambere (1572). Hay tambien traducciones inglesas, holandesas y francesas. La edicion de Asher en Lóndres, 1841, contiene el texto hebreo vocalizado con la traduccion inglesa á la vista y preciosas notas.

M.C.D. 2018

de la China, la capital de su imperio. Bajo su sucesor Ogadai, se estendió la dominacion de los mongoles hasta la China central, y este soberano bárbaro, armando un ejército de seiscientos mil hombres invadió la Europa. Rusia, Georgia, Polonia, Moravia, Silesia, Hungría, llegaron á ser teatro de luchas sangrientas que terminaban siempre en favor de Ogadai. Considerábase á estos mongoles como demonios lanzados por un poder infernal, viéndose el Occidente sériamente amenazado por su invasion.

El papa Inocencio IV envió al Khan de Tartaria una embajada, la cual solo obtuvo una respuesta arrogante y poco satisfactoria Al mismo tiempo envió nuevos embajadores á los tártaros del Nordeste, á fin de detener la irrupcion de los mongoles y eligió para jefe de esta embajada al franciscano Carpini, que era considerado á la sazon como un diplomático inteligente y hábil.

Carpini, acompañado de Estéban, de Bohemia, se puso en camino el dia 6 de abril de 1245. Dirigióse desde luego á Bohemia; el rey de este país le dió carta de recomendacion para los parientes que tenia en Polonia y cuya influencia debia facilitar á los embajadores su entrada en Rusia. Carpin y su compañero llegaron sin dificultad hasta los Estados del Duque de Rusia, donde por consejo de este se procuraron pieles de castor y de otros animales para regalárselas á los jefes tártaros. Provisto de esta suerte se dirigió Carpini hácia el Nordeste y llegó á Kiew, entonces capital de la Rusia y actualmente residencia del gobierno de este nombre; pero no sin haber tenido que tamerlo todo de los lituanios, que eran enemigos de la Cruz y recorrian entonces la comarca.

El gobernador de Kiew persuadió á los enviados del Papa á cambiar los caballos que llevaban, por otros tártaros, habituados á descubrir la yerba debajo de la nieve. A í montados llegaron los embajadores á la ciudad de Danilon, donde cayeron gravemente enfermos; pero no bien se restablecieron, compraron un carruaje y á pesar del frio y de la nieve continuaron su camino. En cuanto llegaron á Kaniew, sobre el Dnieper, se encontraron en la primer ciudad del imperio mongol. Desde este punto, les hizo conducir al campamento de los tártaros, un jefe bastante brutal, á quien fue preciso hacer mas tratable por medio de regalos.

Aquellos bárbaros, despues de haberles recibido bastante mal, los dirigieron al duque de Corrensa que mandaba un ejército de vanguardia de sesenta mil hombres. Este general, ante el que tuvieron que arrodillarse, los envió, custodiados por tres tártaros, al príncipe Bathy, que era el jefe mas poderoso despues del emperador.

En el camino habia preparados relevos de caballos, de suerte que el viaje se hizo á grandes jornadas, de dia y de noche siempre á trote. El franciscano atravesó de esta manera el país de los Comanes, comprendido entre el Dnieper, el Tanais, el Volga y el Jack, subiendo con frecuencia por rios helados, y por fin llegó á la córte del príncipe Bathy, en las fronteras del país de los Comanes.

«Al conducirnos á la presencia de aquel príncipe, dico Carpini, se nos advirtió que era preciso pasar por entre dos fuegos, para que si por casualidad teníamos algun mal designio contra su señor y dueño, ó si llevábamos algun veneno, pudiera el fuego fraguar nuestros planes, á lo cual nos conformamos y para desvanecer toda sospecha.»

El príncipe ocupaba un trono en medio de su corte y de sus oficiales, dentro de una magnífica tienda de finísimo lino. Tenia fama de ser muy afable para con los suyos, pero muy cruel en la guerra. Carpini y Estéban se colocaron á su izquierda.

Era el Viernes Santo. Fueron presentadas al príncipe las cartas papeles, traducidas en su lengua. El príncipe las leyó con mucha atencion, y envió á los delegados del papa á su tienda, donde se les sirvió por toda cena una pequeña escudilla de mijo.

Al dia siguiente, hizo llamar Bathy á los dos embajadores y les mandó que se presentaran al emperador, con cuyo objeto partieron el dia de Pascua con dos guias; pero como se alimentaban únicamente con mijo, agua y sal, los infelices viajeros no tenian muchos ánimos; sin embargo, se les obligó á marchar muy rápidamente, cambiando de caballos cinco ó seis veces al dia. La parte de la Comania que atravesaban estaba casi desierta; á causa de haber sido esterminados por los tártaros la mayor parte de sus habitantes, Los viajeros penetraron en el pais de los Kangites, al Este de la Comania, en muchos de cuyos puntos escasea el agua. En esta provincia, las escasas tribus que encontraban, se ocupaban únicamente en la cria del ganado, sufriendo la dura servidumbre de los mongoles.

Carpini necesitó todo el tiempo que média entre la octava de Pascua y la Ascension para atravesar el país de los Kangites, y penetró despues en la comarca de los Biserminos, es decir, de los musulmanes, que corresponden al Turkestan moderno. No se veia por do quiera mas que ciudades, villas y castillos arruinados. Despues de atravesar esta region montañosa, desde la Ascension hasta la octava de San Juan, es decir, hasta el 1.° de julio, entraron los enviados del Papa en Kara-Kitay. El gobernador de esta provincia los recibió bien, y para honrarles hizo bailar en su presencia á sus dos hijas con los principales personajes de su córte.

No bien salieron de Kara-Kitay, los viajeros cabalgaron durante muchos dias á lo largo de un lago situado al Norte de la ciudad de Yeman, que debe ser segun M. Remusat, el lago Kesil-Bach. Allí habitaba Ordu, el capitan mas antiguo de los tartaros.

Carpini y Estéban descansaron todo un dia en aquel punto donde no les faltó la hospitalidad. Despues, volvieron á partir á través del país frio y montañoso de los Nemans, pueblos nómadas que vivian bajo tiendas, y al cabo de algunos dias de camino, cruzaron el país de los mongoles, lo cual les duró tres semanas á pesar de la rapidez de su marcha. Finalmente, el dia de la Magdalena, es decir el 22 de julio, llegaron al punto donde se hallaba el emperador, ó mas bien, aquel que iba á ser emperador, porque todavía no se habia hecho su eleccion.

Este futuro soberano se llamaba Cuyné, el cual pagó generosamente los gastos que habian hecho los enviados del Papa; pero no pudo recibirlos porque no era todavia emperador y no se ocupaba de ningun asunto político. Sin embargo una carta del príncipe Bathy, le habia enterado de las razones que habian determinado al Papa Inocencio IV, á enviarle los embajadores.

Despues de la muerte de Ogaday, desempeñaba la regencia del Imperio mongol la emperatriz viuda, madre del príncipe de Cuyné. Esta princesa fue, pues, la que recibió al franciscano y á su compañero en audiencia solemne en una tienda de púrpura que podia contener dos mil personas.

«Estando allí vimos, dice Carpini, una gran asamblea de duques y príncipes que habian acudido de todas partes con sus gentes, y que montados á caballo, se hallaban esparcidos por los campos y colinas. El primer dia se vistieron todos de blanco, el segundo de rojo y entonces fue cuando Cuyné llamó á la tienda; el tercer dia se vistieron de color violeta y el cuarto de finísima escarlata ó carmesí. En una empalizada próxima á la tienda, habia dos grandes puertas, por una de las cuales debia entrar solamente el emperador. No habia en esta puerta ningun centinela, no obstante permanecer de par en par abierta,

M.C.D. 2018

y á pesar de eso nadie se atrevia á entrar y salir por allí, sino por otra puerta donde habia centinelas con espadas, arcos y flechas; de suerte que si alguno se aproximaba á la tienda mas de los límites marcados, si lo podian coger, era apaleado, y si no, se le hacia huir á flechazos. Habia muchos señores que llevaban en los armeses de sus caballos, á nuestro juicio, mas de veinte marcos de plata

Pasóse un mes completo antes que Cuyné fuera proclamado emperador, y los enviados del Papa tuvieron que esperar hasta su eleccion, para poder ser recibidos por él. Carpini aprovechó estos dias para estudiar las costumbres de aquellas curiosas hordas, de suerte que se hallan en relacion de su viaje pormenores interesantes sobre este particular.

El país le pareció en general montañoso y arenisco con muy poca tierra vegetal. Apenas se encuentra en él leña; así es que los emperadores y los príncipes, solo se calientan quemando estiercol de los animales. A pesar de ser la comarca estéril, se mantienen fácilmente en ella los ganados. El clima es desigual. En verano son frecuentes las tempestades causando los rayos numerosas víctimas. El viento es tan fuerte que derriba con frecuencia á los ginetes. Hay terribles granizadas, y durante la permanencia de Carpini, se repitió este fenómeno con tal intensidad que se ahogaron ciento cuarenta personas, al producirse el deshielo. En suma es un país muy dilatado, pero mas pobre y miserable de lo que se puede espresar.

Carpini hace tambien de los tártaros un retrato muy exacto y que revela en él notables cualidades de observador. «Tienen, dice, mucha distancia entre los ojos y las mejillas, cuyos pómulos son muy salientes; su nariz es achatada y chica; sus ojos muy pequeños y sus párpados se elevan hasta sus cejas. Son muy delgados, de cintura estrecha y de estatura mediana la mayor parte; la barba majestuosa, pero muchos tienen algunos pelos en el labio superior y en la barba, los cuales dejan crecer sin contarlos nunca. En la cabeza llevan coronas como las de nuestros sacerdotes, y desde una oreja á otra se afeitan unos tres dedos de ancho, dejando crecer hasta las cejas los cabellos que quedan entre su corona y lo afeitado. A un lado y otro de la frente, llevan el cabello medio cortado; en lo restante lo dejan crecer tan largo como las mujeres, formando con él dos trenzas que se atan detrás de las orejas. Tienen los pies bastante pequeños.»

Los hombres y las mujeres son muy difíciles de distinguir unos de otras, porque no se diferencian en nada sus trages: van vestidos con túnicas forradas de pieles, abiertas de arriba abajo, y en la cabeza llevan largos gorros de bucaran ó de púrpura que se ensanchan en la parte superior. Viven en casas en forma de tiendas, hechas con varas y palos que pueden desarmarse fácilmente y trasportarse en bestias de carga. Otras que hay mas grandes se trasladan enteras en carros, siguiendo á sus dueños al través del país.

Los tártaros creen en un Dios creador de todas las cosas, así visibles como invisibles, que premia ó castiga segun los méritos. Pero adoran tambien el Sol, la Luna, el fuego, la Tierra y el Agua, y se postran ante ídolos de fieltro hechos á semejanza del hombre. Son poco tolerantes y han martirizado á Miguel de Turnigow y Teodoro, á quienes ha colocado la Iglesia Griega en el número de los santos, porque se negaron á prosternarse hacia el Mediodia, segun acostumbran hacer todos los tártaros, como les ordenaba el príncipe de Bathy. Estos pueblos son supersticiosos; creen en los encantamientos y hechicerías, y admiten que el fuego lo purifica todo. Cuando muere uno de sus señores, se le entierra con una mesa, un plato de carne, una taza de leche de yegua, una yegua con su potro, y un caballo ensillado y embridado.

Los tártaros son muy obedientes á sus jefes; evitan la mentira; huyen de las discusiones; son entre ellos raros los homicidios y las vías de hecho; cometen pocos robos y jamás encierran los objetos preciosos. Soportan sin quejarse el ayuno y la fatiga, el calor y el frio, jugando, cantando y bailando en toda ocasion, pero son propensos á la embriaguez: su principal defecto consiste en ser orgullosos, despreciar á los estranjeros, y en no estimar en nada la vida humana.

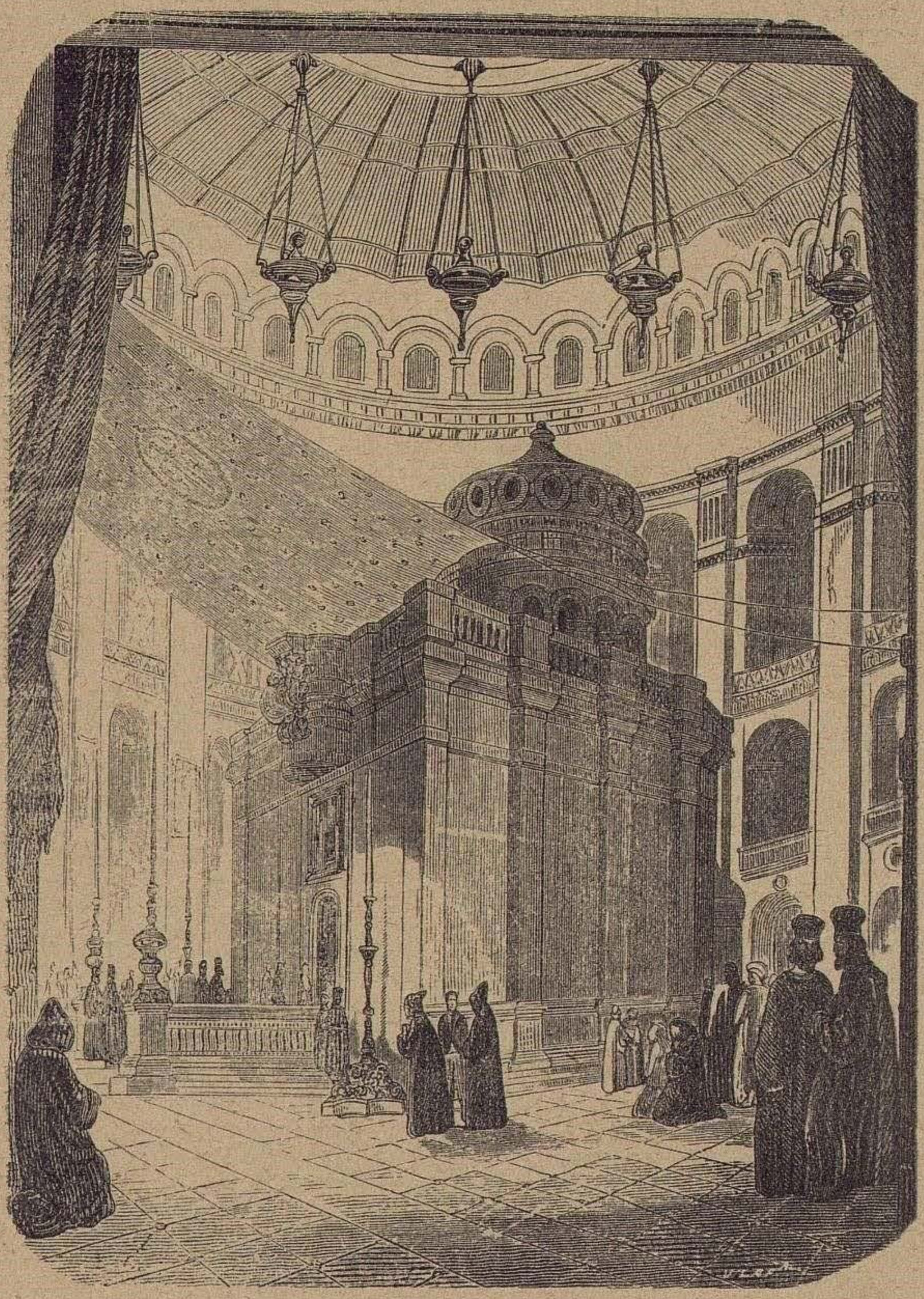
Para concluir de pintarlos, Carpini añade, que estos bárbaros comen toda clase de carnes, como la de perro, de lobo, de caballo, y aun en ocasiones, la carne humana. Su bebida consiste en leche de yegua, de oveja, de cabra, de vaca y de camello. No conocen ni el vino, ni la cerveza, ni el aguamiel, sino solamente licores embriagadores. Por otra parte, son muy súcios, no desdeñando á falta de otro comestible, los ratones, los murciélagos ni las sabandijas: no lavan nunca los platos y escudillas en que comen, ó las lavan con los mismos guisos; jamás limpian sus vestidos, ni permiten que otros los limpien, «sobre todo cuando truena.» Los hombres no se sujetan á ningun trabajo: cazar, tirar el arco, cuidar de los ganados, montar á caballo; hé aquí todas sus ocupaciones. Las jóvenes y las mujeres no desdeñan estos ejercicios porque son muy diestras y muy audaces: además, las mujeres curten las pieles y hacen los vestidos; guian los carros y los camellos y verifican estos diversos trabajos tanto mejor cuanto que son numerosos en las familias, pues estos bárbaros polígamos compran muy caras cuantas mujeres pueden mantener.

Tal es el resúmen de las observaciones hechas por Carpini durante el mes que permaneció en Sira-Orda, esperando la eleccion del emperador. En breve indicaron ciertos síntomas hallarse ésta próxima. En efecto, cantábase delante de Cuyné cuando salia de su tienda, se le saludaba con lindas varillas que tenian en su estremo un copo de lana escarlata. A cuatro leguas de Sira-Orda, en una llanura, y en la márgen de un arroyuelo habíase preparado una tienda destinada á la coronacion. Estaba tapizada de púrpura por dentro y sostenida por dos columnas incrustadas de láminas de oro. Por fin, el dia de San Bartolomé se reunió una numerosa asamblea en la que todos los concurrentes oraban de contínuo con el rostro vuelto hácia el Mediodia, prosternacion idólatra á que el franciscano y su compañero rehusaron asociarse. Despues colocado Cuyné en la silla imperial doblaron ante él la rodilla los duques y el pueblo. Estaba consagrado.

Acto continuo Carpin y Estéban fueron admitidos á presencia del nuevo emperador. Registróseles primero y despues entraron en la tienda imperial al mismo tiempo que otros embajadores, que llevaban ricos presentes. En cuanto á ellos, pobres enviados del Papa, nada tenian que ofrecer. ¿Resintióse de esto su recepcion? No lo sabemos, pero Carpini y Estéban esperaron largo tiempo antes de poder hablar con Su Magestad tártara sobre los asuntos que allí les llevaban. Los dias se pasaban; los enviados eran muy mal tratados y se morian materialmente de hambre y de sed, cuando el dia de San Martin, el intendente y los secretarios del emperador hicieron que se presentasen á su presencia y les entregaron para el Papa varias cartas; que terminaban con estas soberbias palabras, fórmula final de los soberanos asiásticos: «Adoramos á Dios, y con su auxilio, destruiremos toda la tierra desde el Oriente hasta el Occidente.»

Hácia el dia de Santa Brigida, partieron los embajadores, y durante todo el invierno, caminaron por

M.C.D. 2018



Vista interior de la iglesia del Santo Sepulcro, en Jerusalem.

desiertos helados. Por la Ascension, llegaban á la córte del príncipe Bathy, quien les dió pasaportes, y no volvieron á entrar en Kiew hasta quince dias antes de San Juan del año 1247. El 9 de octubre, nombraba el Papa á Carpini arzobispo de Antivari en Dalmacia, y este célebre viajero murió en Roma por el año de 1251 (1).

La mision de Carpini no produjo en suma ningun resultado y los tártaros permanecieron siendo cuanto hasta entonces, hordas feroces y salvajes. Sin embargo, seis años despues del regreso del franciscano, otro monge menor llamado Guillermo de Rubruquis, de orígen belga, fue enviado cerca de aquellos bárbaros que habitaban la tierra situada entre el Don y el Volga. Hé aquí cuál era el objeto de la mision.

En aquella época, San Luis guerreaba con los sarracenos de Siria, y mientras él hostigaba á los infieles, un príncipe Mongol, Erkaltay les atacaba por la parte de la Persia, haciendo una diversion favorable al rey de Francia. Circuló pues el rumor de que este príncipe se habia convertido al cristianismo, y deseando San Luis asegurarse del hecho encargó al monge Rubruquis que observara á Erkaltay en su propio país.

(1) Al sentir Carpini próxima su muerte se ocupó en escribir la relacion de su viaje; pero dejó sacar copias de él, y así se esplica la existencia de muchas versiones diferentes. La biblioteca imperial de París posee dos manuscritos de ellas; la del Museo británico otra; Kakluyt ha publicado otra. Vicente de Beauvais la ha dedicado treinta y un capítulos de su *Speculum historiale* Créese que sea la relacion original otro manuscrito que se conserva en la Biblioteca de Leyde, el cual ha pertenecido á Duchesne y á Bossio, y ha sido publicado recientemente en las Memorias de la Sociedad geográfica de París

M.C.D. 2018

En el mes de junio de 1253, se embarcaron Rubruquis y sus compañeros para Constantinopla, llegando desde allí á la desembocadura del Don, en la mar de Azof, donde se encontraban muchos godos, descendientes de las tribus germánicas. Al llegar á la Tartaria, los enviados del rey de Francia fueron bastante mal tratados, pero al presentar sus cartas, el gobernador Zagathai, pariente del Khan, se los facilitó carros, caballos y bueyes para su viaje.

Partieron pues, y al dia siguiente encontraron un pueblo ambulante; eran unos carros cargados de casas que pertenecian al gobernador. Los viajeros vivieron durante diez dias con esta tribu que no se distinguia verdaderamente por su generosidad, y á no ser por sus provisiones de galleta Rubruquis y sus compañeros se hubieran muerto de hambre sin duda alguna. Al llegar al extremo del mar Azof, se dirigieron hácia el Este, pasando por un árido desierto, sin un árbol y sin una piedra. Era el país de los Comanes, que habia atravesado mas al Norte Carpini. Rubruquis, dejando al Sur las montañas habitadas por las poblaciones circasianas, llegó despues de un viaje fatigoso de dos meses, al campo del príncipe Sartach, establecido en las orillas del Volga.

Allí estaba la córte del príncipe, hijo de Baatu-Khan. Habia en ella seis mujeres, cada una de las cuales poseia un palacio, varias casas y doscientas carretas, algunas de ellas de veinte pies de longitud que eran arrastradas por veintidos bueyes, formando once parejas.

Sartach recibió á los enviados del rey de Francia con suma afabilidad, y viéndoles pobres, les suministró cuanto necesitaban; pero Rubruquis y sus compañeros tuvieron que presentarse ante el príncipe revestidos con sus hábitos sacerdotales. Pusieron pues sobre un cogin una magnífica Biblia, regalo del rey de Francia; un Salterio, regalo de la reina, un misal, un crucifijo y un incensario, y entraron en la estancia del príncipe, teniendo mucho cuidado de no tocar el umbral de la puerta, lo cual hubiera sido una profanacion inescusable Una vez en presencia de Sartach, estos piadosos embajadores entonaron el *Salve Regina*. El príncipe y una de las princesas que asistian á esta ceremonia, examinaron atentamente los ornamentos de los religiosos y les permitieron retirarse. En cuanto á si Sartach era cristiano, Rubruquis no se atrevió á averiguarlo.

Sin embargo, la mision de los enviados del rey San Luis no estaba terminada. Asi fue, que el príncipe les encargó vivamente que fuesen á la córte de su padre. Rubruquis obedeció y llegó al campo del rey, situado en la orilla del rio, por en medio de las tribus mahometanas que se dividian la comarca entre el Don y el Volga.

Allí se verificó la misma ceremonia que en la córte del príncipe Sartach. Los religiosos se revistieron de sus ornamentos de iglesia, y se presentaron así delante de Khan, que ocupaba un sitial dorado tan ancho como una cama. Pero Baatu creyó que no debia tratar por sí mismo con los embajadores del rey de Francia y les envió á Caracorum, córte de Mangu-Khan.

Rubruquis atravesó el país de los Baskirs, visitó á Kenchat y Falach; pasó el Axiarte y llegó á Equius, ciudad cuya posicion no han podido fijar los comentadores: despues, por la tiera de Organum, donde se ve el vasto lago de Balkash, y por el territorio de los Uigurs, llegó á Caracorum, capital ante la cual se habia detenido Carpini, sin entrar en ella.

Esta ciudad, segun Rubruquis, estaba rodeada de murallas de tierra, con cuatro puertas. Dos mezquitas y una iglesia cristiana formaban sus principales monumentos. El monge recogió en esta ciudad algunas noticias acerca de los pueblos vecinos, principalmente acerca de los Taguros, cuyos bueyes, de una raza especial, no son otros que los yacks tan renombrados en el Thibet, y acerca de los thibetanos, cuya mas estraña costumbre consiste en comerse los cadáveres de sus padres, con el objeto de procurarles una honrosa sepultura.

Sin embargo, el gran Khan no estaba entonces en su capital de Caracorum. Rubruquis y sus compañeros tuvieron que marchar á su residencia situada mas allá de las montañas que se elevan en la parte septentrional de la comarca. Al dia siguiente de su llegada, fueron á la córte, con los pies descalzos, conforme á la regla de San Francisco, lo cual fue causa de que se les helaran los dedos de los pies. Introducidos á la presencia de Mangu-Khan, vieron «á un hombre de nariz aguileña y de mediana estatura, tendido en una cama y vestido con una piel magnífica, con manchas como la de una vaca marina.» Hallábase allí rodeado de muchos halcones y otras aves. Ofreciéronse á los enviados del rey de Francia muchas clases de licores, un ponche de arrach, leche de yegua fermentada, y cierta especie de aguamiel. Los enviados se abstuvieron de beber, pero el Khan, menos sobrio que ellos, no tardó en perder la razon bajo la influencia de estas bebidas espirituosas y hubo que levantar la audiencia sin que llenasen los embajadores su mision.

Rubruquis pasó muchos dias en la córte de Mangu-Khan. En ella encontró gran número de prisioneros alemanes y franceses, empleados principalmente en la fabricacion de armas y en la esplotacion de las minas de Boco. Estos prisioneros eran bien tratados por los tártaros, por lo que no se quejaban de su situacion. Despues de haber recibido el Khan varias veces en audiencia á Rubruquis, obtuvo este el permiso de partir, y volvió á Caracorum.

Cerca de esta ciudad se elevaba un magnífico palacio pertenencia de Khan, semejante á una grande iglesia con nave central y otras laterales. Allí es donde se sienta el soberano en un estrado, levantado al extremo septentrional: los hombres se sientan á su derecha y las mujeres á su izquierda. En este mismo palacio se celebran tambien dos veces al año grandes fiestas, en las que todos los señores del pais se reunen alrededor de su soberano

Durante su permanencia en Caracorum, Rubruquis recogió interesantes documentos referentes á los chinos. á sus costumbres, su escritura, etc. Despues, dejando la capital de los mongoles, volvió á emprender el camino que habia ya recorrido; pero no bien llegó á Astrakan en la embocadura del gran rio, descendió hácia el Sur, entró en Siria y custodiado por una escolta de tártaros, lo cual era necesario á causa de existir varias tribus que se entregaban al pillaje, llegó á Derben, la ciudad de las Puertas de Hierro. Desde este punto por Nakshivan, Erzerum, Siwas, Cesarea é Iconium, llegó al puerto de Curch donde se embarcó para regresar á su patria.

El viaje de Rubruquis se parece mucho, por lo dicho, al viaje de Carpini, pero su relacion es menos interesante, y el monje belga parece no hallarse dotado del espíritu observador que caracteriza al franciscano italiano (1).

Con Capini y Rubruquis, concluye la lista de los esploradores que se hicieron celebres en el siglo XIII; pero su renombre debia ser superado con mucho por el del veneciano Marco Polo el viajero mas ilustre de toda aquella época.

(1) Rubruquis escribió el relato de sus peregrinaciones y aventuras en un monasterio de San Juan de Acre, en forma de carta al rey de Francia. Lo ha traducido al inglés Hakluyt, insertándolo en su coleccion. El abate Prevost ha dado un extracto suficiente de él en su historia de los viajes.

M.C.D. 2018

CAPITULO IV.

Marco Polo (1253-1324).

I.

Interés de los mercaderes genoveses y venecianos en provocar exploraciones en el centro de Asia.—La familia Polo y su posicion en Venecia.—Los dos hermanos Nicolás y Mateo Polo.—Su viaje desde Constinopla á la córte del emperador de la China.—Su recepcion en la córte de Kublai-Khan.—El emperador los nombra sus embajadores cerca del Papa.—Su regreso á Venecia.—Marco Polo.—Parte con su padre Nicolás y su tio Mateo á la residencia del rey tártaro.—El nuevo pontífice Gregorio X.—La relacion de Marco Polo escrita en francés dictándosela él mismo por Rusticiano de Pisa.

Los mercaderes genoveses y venecianos no podian permanecer indiferentes á las esploraciones que emprendian audaces viajeros en el Asia central, la India y la China, pues comprendian que aquellas comarcas iban á ofrecer en breve nuevos mercados á sus productos, y que, por otra parte, reportarian inmensos beneficios en Occidente las mercancías de la industria oriental. Los intereses comerciales debian, pues, lanzar á algunos nuevos investigadores por la vía de los descubrimientos. Tales fueron la razones que decidieron á dos nobles venecianos á abandonar su patria y á desafiar todas las fatigas y todos los peligros de aquellos arriesgados viajes, con el objeto de estender sus relaciones comerciales.

Estos dos venecianos pertenecian á la familia Polo originaria de Dalmacia, á quienes sus riquezas, adquiridas en el comercio, habrian colocado en el rango de las familias patricias de Venecia. En 1260, los hermanos Nicolás y Mateo que se encontraban muchos años hcia en Constantinopla, donde habian establecido una sucursal, se dirigieron con una considerable pacotilla de alhajas á la factoría de Crimea que dirigió su hermano mayor Andrés Polo. Desde este punto, subiendo hácia el Nordeste y atravesando el país de Comania, llegaron al campo de Barkai-Khan, situado á orillas del Volga. Este príncipe mongol recibió muy bien á los dos mercaderes venecianos, y les compró todas las alhajas que le ofrecian, por doble precio de su valor.

Nicolás y Mateo permanecieron allí por espacio de un año; pero en aquella época, en 1262, estalló una guerra entre Barkai y el príncipe Hulagú, conquistador de Persia. No queriendo los dos hermanos aventurarse en medio de unas comarcas recorridas por los tártaros, prefirieron ir á Bolghara, que era la principal residencia de Barkai, donde permanecieron durante tres años. Pero habiendo sido vencido Barkai y tomada su capital, los partidarios de Hulagú persuadieron á los dos venecianos á que les siguieran á la residencia del gran Khan de Tartaria, el cual no podia dejar de recibirles perfectamente. Era este Kublai-Khan, cuarto hijo de Gengis-Khan y emperador de la China, y ocupaba entonces su residencia de verano en Mongolia, en la frontera del imperio chino.

Los mercaderes venecianos emprendieron su marcha y emplearon un año entero en cruzar esta inmensa estension de terreno que separa á Bolghara de los límites septentrionales de la China. Kublai-Khan recibió con sumo gusto á estos viajeros extranjeros procedentes de los países occidentales. Les obsequió mucho y les interrogó con solicitud acerca de los acontecimientos que ocurrian entonces en Europa, pidiendo ámplios pormenores sobre los emperadores y reyes, su administracion, y su modo de hacer la guerra; y despues les habló largamente del Papa y de los asuntos de la Iglesia latina.

Mateo y Nicolás que hablaban correctamente el idioma tártaro, respondieron con franqueza á todas las preguntas del emperador. Este concibió entonces la idea de enviar mensajeros al Papa, y rojó á los dos hermanos que fueran sus embajadores cerca de su santidad. Los mercaderes aceptaron con reconocimiento, porque, gracias á este nuevo carácter, se verificaria su regreso con condiciones ventajosas. El emperador hizo escribir sus cartas en lengua turca, pidiendo al Papa que le enviase cien hombres sabios para convertir á los idólatras al cristianismo; despues hizo que se agregase á los dos venecianos uno de sus barones llamado Cogatal, y les encargó que le trajesen aceite de la lámpara sagrada que arde contínuamente en el sepulcro de Jesucristo en Jerusalen.

Los dos hermanos provistos de pasaportes que ponian á su disposicion y caballos en toda la estension del imperio, se despidieron del Khan y se pusieron en camino en 1266. Pero en breve el baron Cogatal cayó enfermo, y los viajeros se vieron obligados á separarse de él y continuaron su camino; y á pesar de todo el auxilio que recibieron, tardaron tres años en llegar á Laias, puerto de la Armenia, conocido actualmente con el nombre de Issus, y situado en el golfo Issico. Dejaron á Laias y llegaron á Acre en 1269. Allí supieron la muerte del Papa Clemente IV, á quien iban enviados. Pero el legado Tebaldo que residia en esta poblacion, recibió á los venecianos, y al saber la mision de que les habia encargado el gran Khan, les dijo que esperasen la eleccion del nuevo Papa.

Mateo y Nicolás que estaban ausentes de su patria hacia quince años, resolvieron volver á Venecia. Marcharon, pues, á Negroponto, y se embarcaron en un buque que los condujo directamente á su ciudad natal.

Al desembarcar Nicolás Polo supo la muerte de su mujer y el nacimiento de un hijo que habia visto la luz algunos meses despues de su partida en 1254. Este hijo se llamaba Marco Polo. Durante dos años los dos hermanos que tenian empeño en cumplir su mision, esperaron en Venecia la eleccion del nuevo Papa; mas no efectuándose ésta, creyeron que no podian diferir por mas tiempo su regreso á la córte del emperador mongol; partieron pues para Acre, llevando consigo al jóven Marco, que no contaba á la sazon mas de diez y siete años. En Acre volvieron á encontrar el legado Tebaldo, quien les autorizó para ir á buscar á Jerusalen aceite de la lámpara del santo sepulcro. Realizada esta mision, volvieron á Acre los venecianos, y á falta de Papa, pidieron al legado cartas para Kublai-Khan, en las cuales debia hacerse mencion de la muerte de Clemente IV. Tebaldo les dió estas cartas, y volvieron los dos hermanos á Laias. Allí con grande alegria, supieron que acababa de ser consagrado Papa el legado Tebaldo con el nombre de Gregorio X, el 1.° de setiembre de 1271. El nuevo elegido les llamó inmediatamente, y el rey de Armenia puso una galera á su disposicion para que les condujera mas rápidamente á Acre. El Papa los recibió con suma satisfaccion, les entregó cartas para el emperador de la China, hizo que se agregasen á ellos dos hermanos predicadores, Nicolás de Viena y Guillermo de Tripoli y les dió su bendicion.

Los embajadores se despidieron entonces de su Santidad, y volvieron á Laias. Pero apenas llegaron á esta ciudad, estuvieron á punto de ser prisioneros por las partidas del sultan mameluco Bibars, que asolaba entonces la Armenia. Los dos hermanos predicadores, poco satisfechos de este comienzo, renunciaron á su viaje á la China, dejando á los dos venecianos y á Marco Polo el cuidado de entregar al emperador mongol las cartas del Papa.

Aquí es donde comienza el viaje propiamente dicho de Marco Polo. ¿Visitó realmente todos los paises y las poblaciones que describe? No, sin duda alguna y en la narracion escrita en francés y que dictó á

M.C.D. 2018

Rusiano de Pisa, se dice rotundamente que «Marco Polo, sabio y noble ciudadano de Venecia, lo vió todo con sus propios ojos, y lo que no vió lo oyó de boca de personas verídicas.» Pero añadamos, sin embargo, que la mayor parte de las ciudades y reinos citados por Marco Polo, fueron realmente recorridos por él. Así, pues, seguiremos el itinerario tal como existe en su relato, indicando solamente lo que el célebre viajero supo de oidas, durante las importantes misiones que le confió el emperador Kublai-Khan. Durante este segundo viaje, no siguieron los dos venecianos exactamente el mismo camino que tomaron cuando fueron por primera vez á visitar al emperador de la China. Entonces pasaron por el Norte de los montes celestes, que son los montes Thian-chan, lo cual alargó bastante su camino. En el segundo viaje volvieron por el Sur de los mismos montes, y no obstante, aunque este camino fuese mas corto que el anterior, necesitaron tres años y medio en recorrerlo, á causa de las lluvias y del desbordamiento de los grandes rios. Este itinerario puede seguirse fácilmente en un mapa de Asia, porque hemos sustituido á los antiguos nombres de la narracion de Marco Polo, los nombres exactos de geografía moderna.

2.

La pequeña Armenia.—La grande Armenia.—El monte Ararat.—La Georgia.—Mosul, Bagdad, Bassora, Tauris.—La Persia.—La provicia de Kirman.—Comadi.—Ormuz.—El Viejo de la Montaña.—Cheburgan.—Balk.—El Balacian.—Cachemira.—Cascegar—Samarkanda.—Cotan.—El desierto.—Tangut.—Caracorum.—Signan-fu.—Tentuc.—La gran muralla.—Ciandu la ciudad actual de Chang-tu.—La residencia de Kublai-kan.—Cambaluc, actualmente Pekin.—Las fiestas del emperador—Sus cacerías.—Descripcion de Peking.—La casa de la moneda y los billetes de banco chinos.—Las postas del imperio.

Al dejar la ciudad de Issus, Marco Polo habla de la pequeña Armenia como de una tierra muy insalubre, cuyos habitantes, en otro tiempo prepotentes, y en la actualidad cuitados y miserables, no tienen otro afan que el de beber mucho. En cuanto al puerto de Issus es el depósito de las preciosas mercancías del Asia y el punto de reunion de los mercaderes de todos los paises. Desde la pequeña Armenia pasó Marco Polo á Turcomania, cuyas tribus sencillas y algun tanto salvajes, esplotan escelentes pastos y crian mulos y caballos afamados; en cuanto á los obreros de las ciudades sobresalen en la fabricacion de tapices y telas de seda. La gran Armenia que Marco Polo visitó en seguida, ofrece en el verano un campamento favorable á los ejércitos tártaros. Allí vió el viajero el monte Ararat, donde se detuvo el arca de Noé despues del diluvio, y en las tierras confinantes con el mar Caspio encontró abundantes fuentes de nafta, que son objeto de una esplotacion importante.

Marco Polo, dejando entonces la Gran Armenia, se dirigió por el Nordeste hácia la Georgia, reino que se estiende por la vertiente meridional de Cáucaso, y cuyos antiguos reyes tenian al nacer, segun dice la tradicion, «una águila dibujada en el hombro derecho.» Los georgianos, segun él, son buenos arqueros y aptos para la guerra. Los obreros del pais fabrican admirables telas de seda y de oro. Allí está aquel célebre destiladero de cuatro leguas de largo, situado entre el Cáucaso y el mar Caspio, que llaman los turcos la Puerta de Hierro, y los europeos el Paso de Derbent, y aquel maravilloso lago del que se cuenta que solo produce pescado durante la cuaresma.

Desde este punto descendieron los viajeros al reino de Mosul y llegaron á la ciudad de este nombre situada en la orilla derecha del Tigris; despues á Bagdad, donde vive el califa de todos los sarracenos del mundo. Marco Polo refiere en este punto de su relato la toma de Bagdad por los tártaros en 1255, y cita una historia maravillosa en apoyo de la máxima cristiana de que la fé levanta montañas; despues indica á los mercaderes el camino que conduce desde esta ciudad al golfo Pérsico y que se hace en diez y ocho dias por el rio, atravesando Basora y el pais de los dátiles.

Desde este punto á Tauris, ciudad persa de la provincia de Adzerbaidjan, aparece interrumpido el itinerario de Marco Polo. Como quiera que sea, vuelve á encontrársele en Tauris, grande y mercantil ciudad, edificada en medio de hermosos jardines, y que hace el tráfico de piedras preciosas y de otras mercancías de alto precio; pero cuyos habitantes sarracenos son malos y desleales. Allí hace la division geografica de la Persia en ocho provincias. Los indígenas de Persia son, segun él, terribles para los mercaderes que no pueden viajar sin ir armados de arcos y de flechas. El principal comercio del pais consiste en caballos y asnos que se envian á Kis ó á Ormuz, y de allí á las Indias. En cuanto á los productos agrícolas, consisten en trigo, cebada, mijo y uvas en abundancia

Marco Polo descendió hácia el Sur hasta Yezd, la ciudad mas oriental de la Persia propiamente dicha, escelente poblacion, noble é industrial. Al dejarla, los viajeros tuvieron que ir durante siete dias, montados por entre magníficas y escabrosas selvas para llegar á la provincia de Kirman. En este punto esplotaban con provecho los mineros en las montañas minas de turquesas, de hierro y de antimonio; ocupábanse tambien gran número de habitantes en hacer bordados á mano, en la fabricacion de arneses y de armas, y en amaestrar halcones para la caza.

Al dejar la ciudad de Kirman, Marco Polo y sus dos compañeros emplearon nueve dias en atrevesar su pais rico y populoso, y llegaron á la ciudad de Comadi, que se supone ser la moderna Memon, bastante decaida en aquella época. La campiña era soberbia; veíanse por todas partes rebaños de hermosos y gordos carneros, bueyes blancos como la nieve, de cuernos cortos y fuertes, y por millares ortegas y otras aves de caza; además magníficos árboles, y principalmente palmeras, naranjos y alfónsigos.

Al cabo de cinco dias de viaje hacia el Mediodia, entraron los tres viajeros en la bella llanura de Formosa, cuyo nombre moderno es Ormuz, regada por caudalosos rios. Despues de otros dos dias de marcha, Marco Polo se encontró en las orillas del golfo Pérsico y en la ciudad de Ormuz, que forma el puerto marítimo del reino de Kirman. Este pais le pareció muy cálido y mal sano, pero rico en dátiles y en árboles de especias. Hallábanse depositados en la ciudad productos naturales, piedras preciosas, telas de seda y de oro, dientes de elefante, vino añejo y otras mercancías; allí acudian numerosas embarcaciones de un solo palo enclavijadas, pero no caveteadas, muchas de las cuales perecian al atravesar el mar de las Indias.

Desde Ormuz, Marco Polo, subiendo hácia el Nordeste, volvió á Kirman; despues se aventuró por caminos peligresos á atravesar un árido desierto donde solo se encuentra agua salobre; (desierto que 1500 años antes atravesó Alejando con su ejército al volver de las bocas del Indus reunido con el almirante Nearco), y siete dias despues entró en la ciudad de Khabis en el reino de Kirman. Al salir de esta ciudad subió en ocho dias, por medio de un desierto hasta Tonocain, que debe ser la capital actual de la provincia de Kimis, ó sea de Damaghan. Aqui Marco Polo suministra algunos pormenores sobre el Viejo de la Montaña, el jefe de los Hashishinos, secta mahometana que se distinguia por su fanatismo reli-

M.C.D. 2018

giosos y sus espantosas crueldades (1). Entonces entró, al cabo de seis dias de marcha, en la ciudad corassana de Cheburgan, la poblacion por escelencia donde son los melones mas dulces que la miel, y despues se trasladó á la noble ciudad de Balk, situada cerca de las fuentes del Oxus. Luego, atravesando un país donde se encuentran algunos leones, llegó á Taikan, estenso mercado de sal, que atrae gran número de traficantes, y á Scasem, que algunos comentadores creen ser la moderna Cunduz. En esta comarca se encontró muchos puerco-espines, los cuales al ser cazados, dice Marco Polo que se reunen todos en grupo, y lanzan contra los perros las espinas que cubren su cuerpo. Sabido es en el dia en qué consiste esta pretendida facultad defensiva del puerco-espin.

Entonces entraron los viajeros en el territorio montañoso de Balacian, comarca fria que produce buenos caballos muy corredores, halcones muy voladores y toda especie de caza; allí hay minas de rubíes orientales, que esplota el rey en provecho propio en una montaña llamada Sighinan, en la que nadie puede poner el pie bajo pena de muerte; recógense tambien en otros lugares minerales de plata y muchas piedras con que se hace «el azul mas fino del mundo,» es decir, el lapiz-lázuli. A diez jornadas de Balacian, se encuentra una provincia que debe ser la Paishora moderna, cuyos habitantes idólatras tienen la tez muy oscura; luego, á siete leguas de camino hácia el Mediodía, está el reino de Cachemira, pais templado, con numerosas ciudades y aldeas, y cuyo terreno lleno de quebrados desfiladeros facilita la defensa. Si Marco Polo hubiera seguido desde este punto mas adelante en igual direccion, hubiera entrado en el territorio de la India, pero subió hácia el Norte, y al cabo de doce dias se encontró en el territorio de Vaccan, regado por la corriente superior del Oxus, y en medio de aquellos magníficos pastos donde pacen inmensos rebaños de carneros salvajes que se llaman berracos. Desde allí, por las comarcas del Pamer y de Belor, territorios montañosos situados entre los sistemas orográficos del Altai y del Himalaya, para atravesar los cuales necesitaron los viajeros cuarenta dias de una marcha penosa, llegaron á la provincia de Cascegar. Aquí fue donde Marco Polo tomó el itinerario de Mateo y Nicolás Polo en su primer viaje, cuando fueron llevados desde Bolghara á la residencia del gran Khan. De Cascegar, Marco Polo se encaminó al Oeste para llegar hasta Samarkand, gran ciudad habitada por cristianos y sarracenos; despues, volviendo á pasar por Carcegar, se dirigió á Yarkund, ciudad frecuentada por las caravanas que hacen el comercio entre la India y el Asia septentrional; entonces, pasando por Cotan, capital de la provincia de este nombre, y Pein, ciudad incierta, situada en una comarca abundante en jaspe y calcedonia, llegó al reino de Circacian, tal vez Kharachar, que debia estenderse sobre las fronteras del desierto de Gobi; al cabo de cinco dias de marcha al través de llanuras arenosas, faltas de agua potable, descansó ocho dias en la ciudad de Lob, que está destruida actualmente, en la que hizo todos sus preparativos para atravesar el desierto que se estiende al Este, «desierto tan largo, dice, que seria necesario un año para atravesarle en toda su longitud; desierto habitado por los espíritus, y en medio del cual resuenan tambores invisibles y otros instrumentos.»

Despues de emplear un mes en cruzar este desierto, llegaron los tres viajeros á la ciudad de Chatcheú, en la provincia de Tangut, edificada en el límite Oeste del imperio chino. Esta provincia contiene pocos comerciantes, pero en cambio hay muchos agricultores que viven del beneficio que les procura el trigo. Entre las costumbres de Tangut, que parece llamaron mas la atencion de Marco Polo, debe citarse la de no quemar los cadáveres hasta el dia fijado por los astrólogos; «y durante el tiempo que permanece el difunto en la casa mortuoria, los parientes que hay en ésta, le dejan sitio en la mesa, sirviéndole de comer y beber como si estuviera vivo.»

Al salir del desierto Marco Polo y sus compañeros hicieron una escursion hácia el Nordoeste, saliendo del desierto, á la ciudad de Amil, y llegaron hasta Ginchintalas, pueblo sobre cuya situacion no se hallan acordes los geógrafos y que se hallaba habitado entonces por idólatras, mahometanos y cristianos nestorianos.

Desde Ginchintalas, volvió Marco Polo á Chatcheú y torno nuevamente su camino hácia el Este, á través del Tangut, por la ciudad de So-ceú, terreno propio para el cultivo del ruibarbo, y por Campicion, el Khan-tcheú de los chinos, entonces capital de todo el Tangut. Campicion era una ciudad importante, poblada de ricos jefes idólatras, polígamos que preferian para casarse á sus primas ó «á la mujer de su padre.» Los tres venecianos permanecieron todo un año en esta gran ciudad. Fácil es, pues, de comprender, en vista de tantas paradas y desviacion, cómo pudo durarles mas de tres años su viaje al través del Asia central.

No bien salió de Khan-tcheú despues de haber caminado durante doce dias, Marco Polo llegó á la ciudad de Etzina, situada en el límite de un desierto de arena. Esto era un nuevo rodeo, pues volvia á subir directamente al Norte; pero el viajero trataba de visitar la célebre ciudad de Caracorum, capital tártara en que Rubruquis habia habitado en 1254.

Marco Polo tenia verdaderamente los instintos de un explorador, y no reparaba en las fatigas cuando trataba de completar sus estudios geográficos. En esta circunstancia y para llegar á la ciudad tártara, tuvo que caminar por espacio de cuarenta dias al través de un desierto sin albergues y sin pastos.

Llegó por fin á Caracorum, ciudad que tenia tres millas de circuito, y que despues de haber sido por largo tiempo la capital del Mogol, fue conquistada por Gengis-Khan, abuelo del actual emperador. Marco Polo hace sobre esto una digresion histórica, en la que refiere las guerras del héroe tártaro contra el famoso preste Juan, soberano que tenia todo el país bajo su dominio.

No bien regresó Marco Polo á Khan-tcheú, caminó por cinco jornadas hácia el Este, y llegó á la ciudad de Erginul, probablemente la ciudad de Liang-Sheu. De allí torció un poco hácia el Sur para visitar á Si-gnan-fu á través de un territorio donde pastaban bueyes salvajes, grandes como elefantes, y los preciosos cervatillos tan celebrados de aquel país. Habiendo vuelto á Liang-sheu al cabo de ocho dias de caminar en direccion al Este llegaron á Cialus donde se fabrican los camelotes mas hermosos

(1) Hassan-Ben-Sabba, el Homari, nació en Persia, donde eran numerosos los libres pensadores á mediados del siglo XI. Hizo sus estudios en Nichapur con el célebre Mowafet. Mas adelante se inició en la doctrina secreta de los Ismaelitas. Habiendo ido á la córte del Cairo, tuvo varias disensiones con el jefe, y fue deportado; pero consiguió escaparse del buque que lo conducia y desembarcar en las costas de Siria. Entonces regresó á Persia, se atrajo numerosos partidarios y fundó una órden secreta, á la manera del órden egipcio. Habiéndose apoderado por ardid en 1090 de la fortaleza de Alamont (Nido de buitres) en las montañas de Rudbar, estendió su poder haciendo asesinar príncipes y hombres de Estado, y redujo á su autoridad muchos castillos, en las montañas al Sur del mar Caspio y en las de Siria. El Viejo era invisible para la generalidad; vivia rodeado de sus adictos, entregado á la molicie y al lujo, siendo obedecido ciegamente por sus innumerables sectarios, instrumentos de que se valia para saciar su ambicion y satisfacer sus rencores ó los ódios de quien le encomendaba su venganza; ciento setenta años pesó esta infernal dominacion sobre el Oriente, cometiendo toda clase de crímenes y manteniendo humillados á los califas y demás príncipes de su tiempo. Durante este período se sucedieron en el señorío de la sociedad siete jefes, los mas de ellos descendientes de Hassan, primer Viejo de la Montaña.

M.C.D. 2018

del mundo, de piel de camello; despues pasó á la ciudad de Tenduc, provincia de este nombre, donde reinaba un descendiente del preste Juan sometido al gran Khan. Tenduc era una ciudad industrial y mercantil. Desde este punto, girando hácia el Norte, subieron los venecianos por Sinda-cheu, mas allá de la gran muralla de la China, hasta Ciagannor, que debe ser Tsaan-Balgassa, linda ciudad donde reside el emperador, cuando quiere disfrutar del placer de la caza con gerifalte (1), porque en este territorio abundan mucho las grullas, las cigüeñas, los faisanes y las perdices.

Finalmente Marco Polo, su padre y su tio llegaron tres dias despues de haber salido de Ciagannor, á la ciudad de Ciandu el Chang-tu actual, que en la relacion de Polo se llama Clemen-fu. Allí fue donde los enviados del Papa fueron recibidos por Kublai-Khan que habitaba entonces su residencia de verano, situada mas allá de la gran muralla al Norte de Cambaluc, en la actualidad Pe-kin, y que era la capital del imperio. El viajero habla poco de la recesciou que se le hizo, pero describe con particular cu dado el palacio del Khan, gran edificio de piedra y de mármol, cuyas habitaciones están todas doradas. Este palacio está edificado en un parque rodeado de muros donde hay corrales para aves y fieras, hermosas fuentes y hasta un edificio construido con cañas tan perfectamente entrelazadas, que no puede penetrarlas la lluvia: es una especie de kiosco que podia desarmarse, y que habitaba el gran Khan durante los meses de junio, julio y agosto, es decir durante la estacion de verano. Dicha estacion no podia menos de ser agradabilísima, puesto que segun dice Marco Polo, estaban encargados de disipar las lluvias, nieblas y el mal tiempo por medio de sortilegios los astrólogos que tenia Khan; el viajero veneciano no pone en duda el poder de tales magos. «Estos sabios, dice, son de dos razas, idólatras; saben mas que todos los otros hombres respecto de artes diabólicas y encantamientos, y aquello que hacen lo efectuan con el auxilio del diablo, si bien, persuaden a las gentes que lo verifican por su santidad y por obra de Dios. Estos magos tienen la costumbre siguiente: cuando ha sido ejecutado un reo condenado á muerte, se apoderan de él, le hacen cocer y se lo comen; pero no se lo comerian si hubiese fallecido de muerte natural. Y sépase que estas gentes de que he hablado, que saben tanto de encantamientos, hacen el prodigio que voy á referir. Cuando el gran Khan está en su salon principal delante de su mesa, que tiene ocho codos de alta, y las copas para su servicio están colocadas en el pavimento de la sala, á distancia de unos diez pasos de la mesa, llenas todas de leche y otras bebidas, estos sabios encantadores hacen tanto con su arte y sus encantos, que las copas llenas se levantan por sí mismas y van á colocarse delante del gran Khan, sin que nadie las toque. Esto lo verifican delante de diez mil personas; y es la pura verdad sin engaño ni exageracion alguna; ademas de que los inteligentes en nigromancia aseguran que esto puede verificarse.»

Marco Polo refiere despues la historia del emperador Kublai que es el mas poderoso de los hombres, y que posee mas tierras y tesoros que nadie tuvo nunca desde nuestro primer padre Adan. Relata asimismo la manera como el gran Khan, de edad entonces de ochenta y cinco años, hombre de mediana estatura bastante grueso, pero de miembros proporcionados, de rostro blanco, de color subido, de hermosos ojos negros, subió al trono en el año 1256 del nacimiento de Jesucristo. Era un buen capitan en la guerra habiéndolo probado bien cuando su tio Naia se rebeló contra él, para disputarle el poder, al frente de cuatrocientos mil ginetes. Pero Kublai-Khan reuniendo «en secreto» trescientos sesenta mil caballos y cien mil infantes marchó contra su tio. «La batalla fue terrible, pues murieron tantos hombres de una y otra parte que fue una maravilla.» Pero Kublai-Khan quedó vencedor y Naian, como príncipe de sangre real, fue cosido vivo dentro de un tapiz, muriendo de esta suerte, en medio de atroces sufrimientos.

Despues de esta victoria entró el emperador triunfante en su capital de Cathay, llamada Cambaluc, que ha llegado á ser poco á poco la actual ciudad de Pekin. Marco Polo tuvo que permanecer en esta poblacion bastante tiempo, hasta el momento en que le confiaron diversas misiones en el interior del imperio. En Cambaluc se levanta el magnífico palacio del emperador, del cual hace el viajero veneciano la descripcion siguiente, que tomamos de la edicion de Mr. Charton y que dará una idea exacta de la opulencia de estos soberanos mongoles.

«Alrededor del palacio corre un gran muro cuadrangular, cada uno de cuyos lados tiene una milla, formando todos juntos cuatro millas de circuito; este muro es muy grueso, de diez pasos de alto, todo blanco y almenado. En cada ángulo de este muro hay un palacio muy bello y rico, en el cual se conservan los arneses del gran Khan, sus arcos, sus aljabas, sus sillas, los frenos de sus caballos, sus cuerdas de arco, y todo lo necesario para la guerra; en medio de cada lienzo del muro hay tambien un palacio semejante á los de los ángulos, de suerte, que son ocho en su totalidad, los cuales están llenos de arneses del gran señor; de manera que en cada uno de ellos hay una especie diferente; en el uno los arcos, en el otro las sillas, y asi de los demás. En este muro hay cinco puertas en el lado del Mediodía. La del centro es muy grande y no se abre sino para que entre ó salga el gran Khan; cerca de esta gran puerta, y á cada uno de sus lados, hay una pequeña por donde entran las demás personas; y aun hay otras dos puertas que tambien sirven de entrada. En el interior del cuadrado que forma este muro hay otra pared mas gruesa que alta, y asimismo otros ocho palacios dispuestos como los anteriores, donde se conservan tambien los arneses del gran señor.»

Segun se cree por esta descripcion, todos los mencionados palacios constituyen los guarda-arneses y la armería del emperador. Pero no parecerá estraño que haya tantos arneses, cuando se sepa que el gran Khan poseia una raza de caballos blancos como la nieve, y entre otras, diez mil yeguas, cuya leche estaba reservada esclusivamente para los príncipes de sangre real.

Marco Polo continúa en estos términos: «Esta pared tiene cinco puertas por el lado del Mediodía, parecidas á las de la muralla de delante. En cada uno de los otros lados las dos paredes solo tienen una puerta. En medio de estos muros está el palacio del gran señor, construido del modo que voy á decir. Es el mayor que he visto nunca. No tiene segundo piso, pero la planta baja está á dos palmos sobre el nivel del suelo. El techo es muy alto las paredes de las salas y de los demás aposentos están todas cubiertas de oro y de plata, y representan dragones, fieras, pájaros, caballos y otros diversos animales, de suerte que no se ve mas que oro y pinturas. El comedor es tan grande y tan ancho, que pueden comer en él mas de seis mil personas. Tiene tantos aposentos que es una maravilla el verlos. Todo es tan grande y está tan bien hecho, que no hay nadie en el mundo que pudiera hacerlo, por mas dinero que tuviese para ello. La parte superior del techo

(1) Ave de rapiña del género de los halcones, de tamaño mayor que el buitre, de color pardo oscuro, con rayas cenicientas en el vientre, las plumas laterales de la cola blancas y las patas rojas. (D. de G.)

M.C.D. 2018

es roja, verde, azul, amarilla y de todos los colores, y está tan bien barnizada que resplandece como el cristal y se divisa desde muy lejos. Este techo es por otra parte tan fuerte y se halla construido con tal solidez, que durará muchísimos años. Entre las dos paredes ó muros hay praderas con hermosos árboles y diversas especies de animales, ciervos blancos, cabras, cervatillos, gamos y otras muchas especies de lindos animales que ocupan todo el terreno comprendido entre los muros, escepto los caminos destinados para las personas. En uno de los costados, hácia el Nordeste, hay un lago muy grande con gran variedad de peces, porque el gran señor ha hecho poner en él muchas especies, de suerte que siempre que désea algunas de dichas clases puede satisfacer su gusto. Dentro del palacio nace un gran rio, fluyendo en él el agua de manera que no se escapa pez alguno, lo cual se ha conseguido poniendo redes de hierro y de bronce. Hácia el Norte, á un tiro de flecha del palacio, ha hecho construir el Khan un montecillo á cien pasos de elevacion y de mas de una milla de circunferencia. Hállase cubierto de árboles que jamás pierden sus hojas, y que siempre están verdes. Es de saber que el gran señor en el momento que se hablaba de algun árbol notable, por grande que fuese, lo hacia arrancar con todas sus raices y con la tierra que le rodeaba y trasladarlo á este montecillo en sus elefantes. De esta suerte reunió los árboles mas hermosos del mundo. El gran señor hizo cubrir toda esta montaña con herrumbre de azur, que es muy verde, de suerte que estando los árboles siempre verdes y lo mismo el monte, no se ve por todas partes mas que verde, hasta el punto de habérsele llamado «el monte verde.» En la cumbre de la montaña hay un hermoso y gran palacio tambien verde. Ofrecen tan bello golpe de vista la montaña, los árboles y el palacio, que todos cuantos los ven esperimentan un gran placer; y el gran señor hizo todo esto para gozar de tan hermosa vista.

Despues del palacio del Khan, cita Marco Polo el de su hijo y heredero; luego describe la ciudad de Cambaluc, antigua poblacion separada de la moderna Taidu por un canal que divide el moderno Pekin en ciudad china y ciudad tártara. El viajero observador minucioso nos dice las acciones y género del emperador. Segun su relacion Kublai-Khan tiene una guardia de honor de dos mil ginetes, pero «no la sostiene porque tenga miedo.» Sus comidas son verdaderas ceremonias sometidas á una severa etiqueta. Siéntase el gran señor en direccion al Norte, en su mesa, que es mas alta que las otras. A su izquierda tiene á su primera mujer; á la derecha, pero mas abajo, á sus hijos, sus sobrinos y parientes. Sírvenle distinguidos barones, los cuales tienen el cuidado de taparse la boca y la nariz con preciosas telas de oro, «para que ni su aliento ni su olor lleguen á los manjares y á las bebidas del gran señor.» Cuando va á beber el emperador, óyese un concierto de instrumentos, y cuando toma una copa en la mano, todos los barones y los espectadores se arrodillan humildemente.

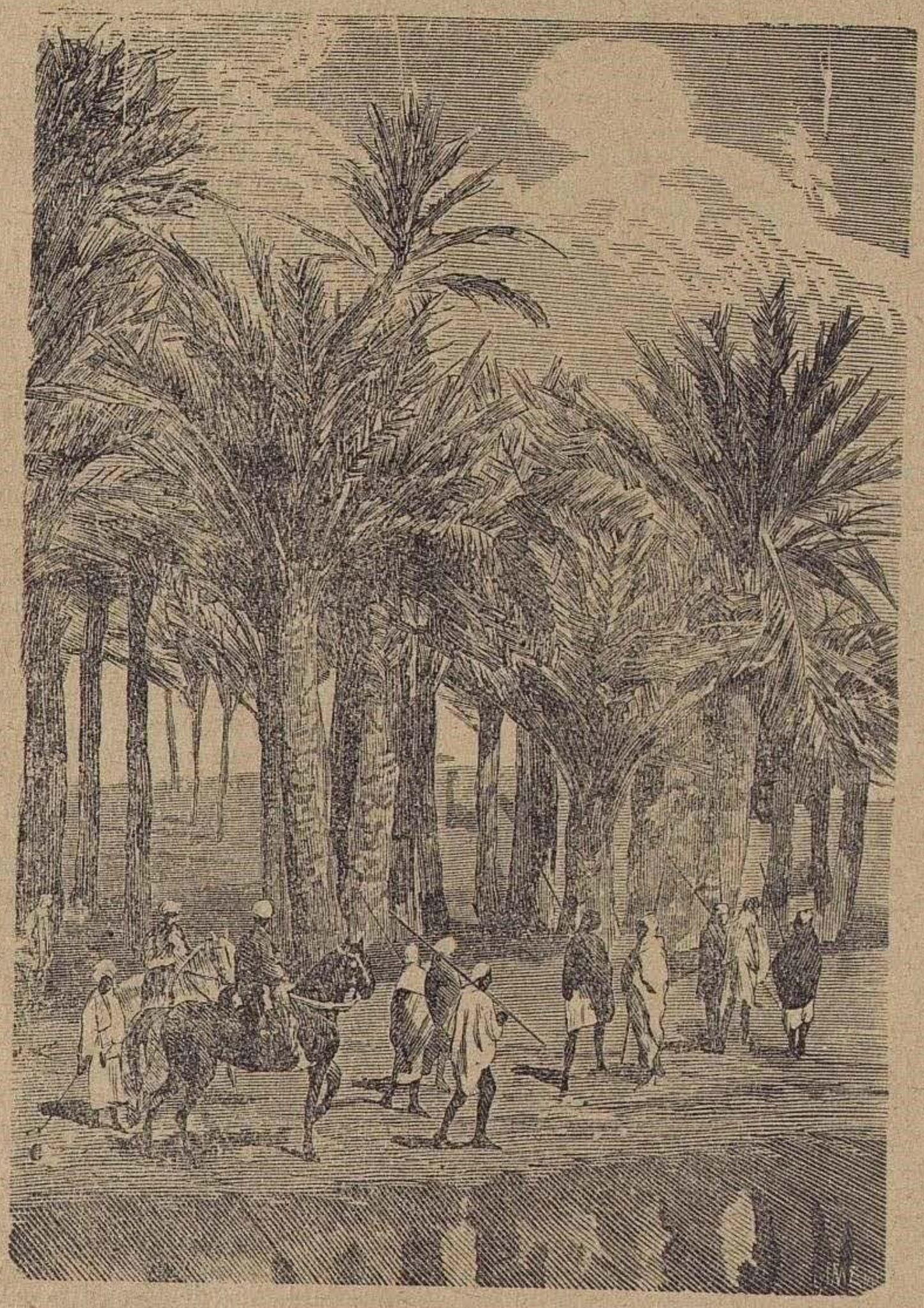
Las principales fiestas del gran Khan las celebra, una en el aniversario de su nacimiento, y la otra á principio de cada año. En la primera, colócanse alrededor del trono doce mil barones, á quienes ofrece el emperador anualmente ciento cincuenta mil trages de seda y oro adornados con perlas; mientras que los súbditos, idólatras ó cristianos, hacen rogativas públicas. En la segunda fiesta, al principio de cada año, el pueblo entero, hombres y mujeres, se visten de blanco, porque es tradicional que el color blanco augura prosperidad futura, y cada cual lleva al soberano regalos de gran valor. Cien mil caballos ricamente enjaezados, cien mil elefantes cubiertos de ricas telas y cargados con la bajilla imperial, y un considerable número de camellos desfilan por delante del emperador.

Durante los tres meses de diciembre, enero y febrero, que el gran Khan permanece en su ciudad de invierno, todos los señores, en un radio de sesenta dias de camino, están obligados á proveerle de jabalís, ciervos, gamos, cervatillos y osos. Por otra parte, el mismo Kublai es un gran cazador, y su montería está muy bien montada y conservada. Tiene leopardos, lobos cervales y grandes leones adiestrados para la caza salvaje, águilas bastante fuertes para cazar lobos, zorras, gamos y cervatillos; y finalmente, perros que se cuentan por millares. Hácia el mes de marzo es cuando el emperador comienza sus grandes cacerías, dirigiéndose hácia el mar, acompañado por no menos de diez mil halconeros, de quinientos gerifaltes, de innumerables azores, y de halcones peregrinos y halcones sagrados. Durante esta escursion, un palacio portátil sustentado sobre cuatro elefantes y revestido por fuera con pieles de leon y por dentro con lienzos bordados de oro, sigue á este rey tártaro que se complace con todo este lujo, propio de la pompa oriental. De esta suerte se adelanta hasta el campo de Chachiri-Mondu, situado en una corriente de agua tributaria del Amor, y levanta su tienda, que es bastante capaz para contener diez mil caballeros ó barones. Este es su salon de recepcion en que da sus audiencias. Cuando quiere retirarse ó entregarse al sueño, encuentra en otra tienda una maravillosa sala alfombrada con pieles de armiño y de cibelina, cada una de las cuales vale dos mil besantes de oro, ó sea unas diez y nueve mil pesetas de nuestra moneda. El emperador permanece allí hasta la Pascua, cazando grullas, cigüeñas, liebres, gamos y cervatillos, y luego regresa á su capital de Cambaluc.

Marco Polo completa este pasaje con la descripcion de esta magnífica ciudad. Enumera los doce barrios que la componen, en los cuales han hecho levantar magníficos palacios los mercaderes ricos. Esta ciudad es en estremo mercantil, y á ella se llevan mas preciosas mercancías que á ninguna otra del mundo. Mil carros cargados de seda entran en ella diariamente, porque es el depósito y el mercado de los productos mas ricos de la India, tales como perlas y piedras preciosas, y á ella acuden á comprarlos desde mas de doscientas leguas á la redonda. Asi es, que para atender á lo que reclama este comercio, ha hecho establecer el gran Khan una casa de moneda, que es para él una fuente inagotable de riquezas. Es verdad que esta moneda, verdadero billete de banco que lleva el sello del soberano, es hecha de una especie de carton fabricado con las cortezas de las moreras. El carton preparado de esta suerte, está cortado de diversas maneras, segun el valor fiduciario que le impone el soberano. Naturalmente, el curso de esta moneda es forzoso. El emperador se sirve de ella para todos sus pagos, la hace circular por todos los paises sometidos á su dominacion, «y nadie puede rehusarla bajo pena de la vida. «Por otra parte los poseedores de piedras preciosas, de perlas, de oro ó de plata, están obligados á llevar varias veces al año sus riquezas á la casa de la moneda, y reciben en cambio aquellas pieles de carton, de manera que el emperador posee de esta suerte todas las riquezas de su imperio.

Segun Marco Polo, el sistema de su gobierno imperial se apoya en una centralizacion escesiva. Dividido el reino en cuatro provincias, está administrado por doce grandes barones que habitan en la ciudad misma de Cambaluc; viven tambien en el palacio de estos barones, los intendentes y empleados que entienden en los asuntos de cada provincia. Alrededor de la ciudad nacen gran numero de caminos muy

M.C.D. 2018



Marco Polo en Ormuz.

bien conservados que van á parar á los diversos puntos del reino; en estos caminos hay dispuestos caballos de posta lujosamente montados, cada ventidos millas de manera que hay siempre doscientos mil caballos preparados para trasportar á los mensajeros del emperador. Además, hay á cada tres millas de cada parada ó relevo, una aldea compuesta de unas cuarenta casas donde viven los correos que llevan á pie los mensajes del gran Khan; estos correos llevan la cabeza comprimida con una cinta y rodeado al cuerpo un cinturon guarnecido de campanillas que se oyen desde lejos; parten al galope, devoran rápidamente sus tres millas, entregan el mensaje al correo que les espera, y de esta suerte tiene el emperador noticias de cien jornadas de distancia en un dia y una noche. Por otra parte, este modo de comunicarse cuesta poco á Kublai-Kan, porque se contenta por toda retribucion con eximir de impuestos á sus correos, y en cuanto á los caballos de relevo, los suministran gratuitamente los habitantes de las provincias.

Pero si el rey tártaro hace uso de esta suerte de su omnipotencia, si oprime con tan pesadas cargas á sus súbditos, en cambio se cuida mucho de sus necesidades y acude con frecuencia en su auxilio. Asi es, que cuando destruye sus cosechas el granizo, no solamente no exige de ellos el tributo acostumbrado, sino que les envia el trigo de sus graneros. Igualmente, cuando ataca una mortandad accidental á los ganados de una provincia, los reemplaza á su costa. En los años que hay buena cosecha, tiene cuidado de acopiar una cantidad considerable de trigo, cebada, mijo, arroz y otros productos para mantener los granos á un precio medio en todo el imperio. Además, manifiesta un afecto especial á los pobres de su buena ciudad de Cambaluc: «Manda hacer un censo de todas las familias de la ciudad que no tienen de qué subsistir, una tiene seis personas, otra ocho, otra diez, mas ó menos, y hace que se les dé trigo y otros granos en la cantidad que necesitan, y á nadie de cuantos van á pedir para á la córte, se les niega nunca. Asi es, que cada dia

M.C.D. 2018

acuden mas de treinta mil personas á buscarlo, teniendo lugar todo el año su distribucion, y poniendo así de manifiesto la gran bondad del señor que se compadece de sus súbditos pobres. Así es, que todos le adoran como á un Dios.» Además, el imperio está administrado con esmero; sus caminos están bien conservados y plantados de árboles magníficos que sirven sobre todo para reconocerlos en las comarcas desiertas. De esta suerte, sin acudir á los bosques no carecen de leña los habitantes del reino, y por otra parte, en el Cathay principalmente, se esplotan numerosas minas que proveen de carbon en abundancia.

Marco Polo residió bastante tiempo en la ciudad de Cambaluc. Es verdad que por su viva inteligencia, su talento, su facilidad en aprender los diversos idiomas del imperio, ue del agrado particular del emperador. Encargado de diversas misiones, no solamente en China, sino tambien en los mares de la India, en Ceylan, en las costas del Coromandel y del Malabar, y en la parte de la Cochinchina vecina á Cambodje, fue nombrado, probablemente en 1277 á 1280, goberna lor de la ciudad de Yang-tcheu y de las otras veintisiete ciudades comprendidas en su jurisdiccion. Gracias á estas misiones, recorrió una grande estension del país y recogió útiles documentos, tanto geográficos como ethnológicos. Vamos, pues, á seguirle cuidadosamente, con el mapa en la mano, en estos viajes de que la ciencia habia de reportar tanto provecho.

3.

Tso-Cheu.—Tai-yen-fu.—Pin-yang-fu.—El rio Amarillo.—Signan-fu.—El Sze-tchuan.—Ching-tu-fu.—El Thibet.—Li kiang-fu.—El Carajan.—Yung-chang.—Mien.—El Bengala.—El Anam.—El Tai-ping.—Cintingui.—Sindafu.—Te-cheu.—Tsi-nan-fu-Luis-tsiu-cheu. Lin-cing.—El Mangi.—Tanga tcheu.—Ciudades del litoral.—Quin-say ó Hang-tcheu-fu.—El Fo kien.

Marco Polo, despues de haber residido en Cambaluc, fue encargado de una mision que le tuvo alejado de la capital, durante cuatro meses. A diez millas mas allá de Cambaluc, descendiendo hácia el Sur, atravesó el magnífico rio de Pe-ho-nor, que él llama Pulisanchi, por un hermoso puente de veinticuatro arcos y de trescientos pasos de longitud, que no tiene igual en todo el mundo. A treinta millas mas abajo encontró Tso-cheu, ciudad industrial donde se trabajaba especialmente madera de sándalo. A diez jornadas de Tso-cheu, llegó á la ciudad moderna de Te-yen-fu, capital del Shan-si, que fue en otro tiempo la residencia del gobierno independiente. Toda esta provincia le pareció rica en viñedos y moreras; la principal industria de la ciudad, era entonces la fabricacion de arneses por cuenta del emperador. A siete jornadas de allí, se hallaba la bella ciudad de Pianfu, en el dia Pin-yan-fu, dedicada especialmente al comercio y al trabajo de la seda. Marco Polo, despues de haber visitado esta ciudad, llegó á las orillas del célebre rio Amarillo, que él llama Caramoran ó rio Negro, probablemente á causa del color de sus aguas, oscurecidas por las plantas acuáticas: despues, á dos jornadas mas adelante, encontró la ciudad de Cacianfu, cuya posicion moderna no ha podido determinarse rigurosamente por los comentadores.

Marco Polo, al salir de esta ciudad, donde no vió nada digno de notarse, cabalgó á través de una hermosa comarca, llena de quintas, de granjas y jardines, y muy abundante en caza. Al cabo de ocho dias de camino, llegó á la noble ciudad de Queneginfu, la antigua capital de la dinastía de los Thang, esto es, la moderna ciudad de Si-gnan-fu, actualmente capital del Shen-si. Allí reinaba el hijo del emperador Mangala, príncipe justo y amado de su pueblo, el cual ocupaba fuera de la poblacion un magnífico palacio, construido en medio de un parque cuyas tapias almenadas, no median menos de cinco millas de circunferencia.

Desde Si-gnan-fu, se dirigió el viajero hácia el Thibet, á través de la moderna provincia de Szetchuan, comarca montañosa, surcada por grandes valles, donde pululan leones, osos, lobos cervales, gamos, cervatillos y ciervos, y al cabo de veintitres dias de marcha, se encontró en los límites de la gran llanura de Acmelec-Mangi. Este país es fértil; surte abundantemente de toda clase de productos y en particular de gengibre, con el que provee á toda la provincia del Cathay. Y es tal la fertilidad del suelo que, segun un viajero francés, M. E. Simon, la hectárea se vende á 30.000 francos, ó sea á tres francos el metro. En el siglo XIII, esta llanura se hallaba cubierta de poblaciones y de castillos y sus habitantes vivian en ella con los frutos de la tierra y con el producto de los ganados y de la caza que suministraba á los cazadores abundante y fácil presa.

Marco Polo llegó entonces á la capital de la provincia de Sze-tchuan, Sindafu, la moderna Ching-tu-fu, cuya poblacion escede actualmente de quinientos mil habitantes. Sindafu media entonces veinte millas de circunferencia, se hallaba dividida en tres partes, rodeadas de un muro particular; cada una de dichas partes tenia un rey antes que se hubiera apoderado de ellas Kublai-Khan. Esta ciudad estaba atravesada por el gran rio Kiang, muy abundante en pescado, ancho como un brazo de mar, cuyas aguas se hallaban surcadas por increible número de embarcaciones. Marco Polo, despues de haber abandonado esta ciudad mercantil é industrial, y de cinco dias de marcha á través de dilatados bosques, llegó á la provincia de Thibet, la cual, segun él mismo dice, «está muy desolada, por haber sido destruida por la guerra.» Esta provincia del Thibet, se halla llena de leones, osos y animales feroces de los que se hubieran defendido difícilmente los viajeros, á no ser por el considerable número de esas cañas maravillosamente gruesas y grandes, llamadas bambús. En efecto los comerciantes y los viajeros que recorren aquellas comarcas por la noche y encienden una gran hoguera con estas cañas, las cuales al arder, hacen tal estrépito y dan tales crujidos, que los leones, los osos y las demás fieras, huyen espantados á lo lejos; por nada del mundo se aproximarian al fuego. Hé aquí cómo se produce este gran ruido: se cogen cañas de esta clase, muy verdes, y se ponen muchas de ellas juntas en una hoguera hecha con leña; al cabo de cierto tiempo que están en el fuego, se retuercen y abren por el medio, con tal estrépito que por la noche se oye á diez millas de distancia, y quien no está acostumbrado á este ruido, siente un gran sobresalto; tan fuerte y espantoso es el estrépito; los caballos que no lo han oido nunca, se asustan tanto que rompen las cuerdas y las riendas y emprenden la fuga, lo cual acontece con frecuencia; pero cuando se sabe que no están habituados á este ruido, se les venda los ojos y se les traba de las cuatro patas, de suerte que al oir aquel estrépito, no pueden huir. De esta manera es como se libran los hombres y los animales, de los leones, osos y demás alimañas que son muy numerosas en este país.» El procedimiento referido por Marco Polo, se emplea todavía en las comarcas que producen el bambú, y verdaderamente el estrépito de estas cañas devoradas por las llamas, puede compararse con el mas violento estampido de los petardos de un fuego artificial.

Segun la relacion del viajero veneciano, el Thibet es una gran provincia que tiene su lenguaje particular y cuyos habitantes idólatras forman una raza

M.C.D. 2018

de ladrones terribles. Hállase atravesada por un importante rio, el Khin cha kiang, cuyas arenas son muy auríferas. En él se recoge en gran cantidad el coral, del cual se hace un gran consumo por las mujeres del pais y tambien para adornar los idolos. El Thibet se hallaba entonces bajo la dominacion del gran Khan.

Marco Polo, al salir de Sindalfu, tomó la direccion hácia el Oeste. Atravesó el reino de Gaindu y llegó probablemente á Li-kiang-fu, capital de esta comarca que forma en el dia el pais de Si mong. En esta provincia visitó un hermoso lago que produce las ostras perleras, cuya pesca está reservada al emperador. Es un pais en que se recoge abundantes cosechas de clavo, de gengibre, canela y otras especias.

Dejando el reino de Gaindu y despues de haber atravesado un gran rio, tal vez el Yrrauady, Marco Polo volviendo hácia el Sudeste, penetró en la provincia de Carajan, region que forma probablemente la parte Nordeste del Yun nan. Segun él mismo dice, los habitantes de esta provincia, casi todos ginetes, se alimentaban con carne cruda de gallina, de carnero, de búfalo y de toro; sistema de alimentarse que era general, sazonando los ricos solamente la carne cruda con una salsa de ajo y de buenas especias. El reino era además frecuentado por grandes culebras y monstruosas serpientes de horrible aspecto. Estos reptiles que serian indudablemente aligatores, eran de diez pasos de largo; tenian dos patas armadas con uñas y colocadas por delante cerca de la cabeza la cual era tan desmesuradamente grande que sus fáuces podian tragarse un hombre.

A cinco jornadas al Oeste de Carajan, Marco Polo haciendo nuevo rumbo hácia el Sur, entró en la provincia de Zardandan, cuya capital Nocian, forma la ciudad moderna de Yung-chang. Todos los habitantes de esta ciudad tenian dientes de oro, es decir, que la moda era entonces cubrir sus dientes con pequeñas láminas de oro, las cuales se quitaban cuando querian comer. Los hombres eran todos ginetes y solo se ocupaban en amaestrar halcones, cazar é ir á guerrear. De los trabajos penosos estaban encargadas las mujeres ó los esclavos. Los Zardandienses no tenian ni ídolos, ni iglesias, pero adoraban al mayor de la familia, es decir, al antepasado, al patriarca. El reparto de los comestibles se hacia por medio de carruajes semejantes á los que usan los panaderos en Francia. No tienen médicos sino solamente hechiceros que cantan, bailan y tocan instrumentos junto al enfermo, hasta que se muere ó se cura.

Al dejar la provincia de los hombres de dientes de oro, Marco Polo, siguiendo por dos dias el gran camino que sirve para el tráfico entre la India y la Indo-China, pasó por Bamo, donde se celebraba tres veces á la semana un gran mercado que atraia á los comerciantes de los paises mas remotos. Despues de haber cabalgado durante quince dias por medio de bosques llenos de elefantes, de unicornios y de otros animales salvajes, llegó á la gran ciudad de Mien, es decir, á la parte del alto Birman, cuya actual capital de construccion reciente se llama Amrapura. Esta ciudad de Mien, que fue tal vez la antigua ciudad de Ava, hoy arruinada, ó la ciudad de Paghan, situada en el Irrauady, poseia una verdadera maravilla arquitectónica, consistente en dos torres, la una construida con hermosas piedras y cubierta enteramente con una lámina de oro de un dedo de recia, y la otra revestida con una lámina de plata, ambas destinadas á servir de sepulcro al rey de Mien, antes que su reino cayese en poder del Khan.

Despues de haber visitado esta provincia, Marco Polo, descendió hasta Bengala, el Bengala actual que en aquella época, 1290, no pertenecia aun á Kublai-khan. Los ejércitos del emperador se ocupaban entonces en conquistar este fértil pais, rico en algodon, en gengibre y en cañas de azúcar, y cuyos magníficos bueyes igualaban en magnitud á los elefantes. Desde allí se aventuró el viajero hasta la ciudad de Cancigú, en la provincia de este nombre, probablemente la actual ciudad de Kassay. Los habitantes de este reino se pinchaban el cuerpo, y por medio de agujas se dibujaban en el rostro, el cuello, el vientre, las manos y las piernas, figuras de leones, dragones y pájaros, considerando como el sér humano mas hermoso al que llevaba mayor número de esta clase de pinturas.

Cancigú es el punto mas lejano á que llegó en el Sur Marco Polo durante este viaje. Al partir de esta ciudad, subió al Nordeste, y por el pais de Amu, que es el Annam y el Tung-King actual, llegó despues de quince dias de camino, á la provincia de Toleman, hoy departamento de Tainping. Allí encontró aquellos hermosos hombres, de piel morena, aquellos valientes guerreros que han coronado sus montañas con fuertes castillos, y cuyo alimento habitual consiste en carne de animales, leche, arroz y especias. Dejando á Toleman, Marco Polo, siguió durante doce dias un rio en cuyas riberas hay numerosas poblaciones. Mr. Charton hace observar justamente que aquí el viajero se aleja del pais conocido con el nombre de la India, mas allá del Ganges, y que regresa hácia la China. En efecto, despues de haber dejado á Toleman, Marco Polo visitó la provincia de Guiqui ó Chintingui y su capital que lleva el mismo nombre. Lo que mas le llamó la atencion en esta comarca, y hay motivo para creer que el audaz esplorador era un cazador resuelto, fue el gran número de leones que recorrian las llanuras y las montañas; pero los comentadores están de acuerdo en que los leones de Marco Polo debian ser tigres, puesto que no existen en China leones. Hé aquí no obstante lo que dice en su relacion: «Hay tantos leones en este país, que no se puede dormir fuera de casa sin peligro de ser devorado por ellos. Lo mismo sucede cuando se va por un rio y hay que detenerse en cualquiera parte, pues es preciso tener cuidado de dormir lejos de tierra, porque de lo contrario, llegan hasta las barcas los leones que son muy grandes y muy peligrosos; pero lo maravilloso es que en esta comarca hay perros que tienen la audacia de asaltar á los leones, aunque es preciso que sean dos los perros, porque un hombre y dos perros pueden mas que un leon.»

Desde esta provincia, Marco Polo subió directamente á Sindifu, capital de la provincia de Sze-tchuan, de donde habia partido para efectuar su escursion al Thibet; y volviendo á emprender el camino ya recorrido, regresó cerca de Kublai-Khan, despues de haber terminado su mision felizmente en la Indo-China. Es verosímil que entonces fuera encargado Marco Polo por el emperador de otra mision en la parte Sudeste de la China, «la mas rica y mas comercial de este vasto imperio, dice Mr. Pauthier en su bella obra sobre el viajero veneciano, y la parte tambien sobre la cual, se han obtenido mas noticias en Europa desde el siglo XVI.

Si hemos de atenernos al itinerario trazado en el mapa de M. Pauthier, Marco Polo, al dejar á Cambaluc, se dirigió al Mediodía á la industriosa ciudad de Ciangli, probablemente la ciudad de Te-cheu, y á seis jornadas de allí á Condinfu, la ciudad actual de Tsi-nan-fu capital de la provincia de Chan-tung, donde nació Confucio. Era entonces esta una gran ciudad, la mas notable de toda esta comarca, muy visitada por los mercaderes de seda, y cuyos maravillosos jardines producian gran cantidad de escelentes frutos. A tres jornadas de marcha de Condinfu, Marco Polo encontró la ciudad de Lin-tsin-cheu, situada al principio del gran canal de Yun-no, y punto de escala de las innumerables embarcaciones

M.C.D. 2018

que llevan mercancías á las provincias del Mangi y del Cathay. Ocho dias despues, atravesó por Ligui, que parece corresponder á la ciudad actual de Lingcing; despues por la ciudad de Pi-ceu, poblacion mercantil de la provincia de Tchiang-su; luego á la ciudad de Cingui, llegando á Caramoran, ó sea al rio amarillo que habia ya atravesado al dirigirse á la Indo-China. En este punto, Marco-Polo se hallaba solamente á una legua de la embocadura de esta gran arteria china. Despues de haberla atravesado, se encontró el viajero en la provincia de Mangi, territorio designado con el nombre de imperio de los Song.

El reino de Mangi, antes de pertenecer á Kublai-khan, era gobernado por un rey pacífico, que no gustaba de los crueles azares de la guerra, y que se mostraba compasivo con los desgraciados. Hé aquí los términos en que habla de él Marco Polo, pues lo hace tan bien, de un modo tan agradable, que nos impulsa á copiar aquí sus mismas palabras: «Este último emperador de la dinastía de los Song gastaba tanto, que era un prodigio. Voy á referir dos rasgos muy nobles de su munificencia. Cada año mantenia á su costa veinte mil criaturas, porque en estas provincias tienen la costumbre las mujeres pobres de abandonar sus hijos en cuanto nacen cuando no pueden criarlos. El rey los mandaba recoger todos, los hacia inscribir bajo el signo y el planeta en que habian nacido, y los daba á criar en diversos lugares, porque allí abundan las nodrizas. Cuando un rico no tenia hijos, acudia al rey, y éste mandaba que le dieran los que queria y que mas le agradaban. Despues el rey, cuando los niños y las niñas llegaban á la edad nubil, los casaba unos con otros y les daba con qué vivir; de esta suerte cada año educaba mas de veinte mil, tanto varones como hembras. Cuando iba por algun camino y veia una casa pequeña en medio de dos grandes, preguntaba por qué aquella casa no era tan grande como las demás, y si se le contestaba que por ser de un pobre que no podia hacerla mayor, mandaba que la edificaran por su cuenta, tan bella y tan alta como las otras. Este rey se hacia servir siempre por dos mil jóvenes de ambos sexos. Hacia tan severa justicia en su reino, que jamás se cometia en él crímen alguno; por la noche, permanecian abiertas las casas de los comerciantes, y nadie quitaba cosa alguna de ellas, y se podia viajar lo mismo de noche que de dia.»

A la entrada de la provincia de Mangi, Marco Polo encontró la ciudad de Coigangui, actualmente Hoaignan-fu, que está situada en las orillas del rio Amarillo, y cuya principal industria consiste en la fabricacion de la sal que estrae de sus pantanos salados. A una jornada de esta ciudad, siguiendo una calzada construida con hermosas piedras, llegó el viajero á la ciudad de Po-in-chen, célebre por sus telas de oro; á la ciudad de Caiu, actualmente Kao-yu, cuyos habitantes son hábiles pescadores y cazadores, despues á la ciudad de Tai-cheu, donde acuden numerosas embarcaciones, y por fin llegó á la ciudad de Yangui.

Esta ciudad de Yangui es la moderna Tang tcheu, de que fue gobernador Marco Polo durante tres años. Es una ciudad muy populosa y comercial, que no mide menos de dos leguas de circunferencia. De Yangui, partió Marco Polo á verificar diversas exploraciones que le permitieran estudiar minuciosamente las ciudades del litoral y del interior.

Primeramente se dirigió el viajero hácia el Oeste, y llegó á la ciudad de Nanghin, que no debe confundirse con el Nan-King actual. El nombre moderno de la primera es Ngan-Khing, y se halla situada en una provincia sumamente fértil. Marco Polo, internándose mas adelante en la misma direccion, llegó á Saianfu, la ciudad moderna de Liang-yang, edificada en la parte septentrional de la provincia de Hu-Kuang. Fue la última ciudad del Mangi que resistió la dominacion de Kublai-Khan. El emperador la sitió durante tres años, y solo se apoderó de esta ciudad, perfectamente defendida, á consecuencia del auxilio de los tres Polos que construyeron poderosas balistas, y aplanaron á los sitiados bajo una lluvia de piedras, algunas de las cuales pesaban hasta trescientas libras.

De Saianfu, retrocedió Marco Polo, con el objeto de esplorar las ciudades del litoral. Volvió, pues, á entrar en Yang-tcheu. Visitó á Singui (Kiu-Kiang), situada sobre el Kiang, de una legua de anchura en aquel sitio, y que puede dar paso hasta á cinco mil buques á la vez; despues fué á Kain-gui, que surte de trigo á la mayor parte de la córte del emperador; á Cinghianfu (Chingiam), donde habia dos iglesias cristianas nestorianas; á Cinguigui, actualmente Tchang-tcheu-fu, ciudad mercantil é industrial, y á Singui, actualmente Sutcheu ó Sucheu, gran ciudad cuya circunferencia es de seis leguas, y que, segun la exagerada relacion del viajero veneciano, no tenia á la sazon menos de seis mil puentes.

Despues de haber permanecido por algun tiempo en Vugui, probablemente Hu-cheu-fu, y en Ciangan, en el dia Kia-hing, Marco Polo, al cabo de dos dias de camino, entró en la noble ciudad de Quinsay. Este nombre significa la «Ciudad del cielo», y esta importante capital se llama tambien actualmente Hang-tcheu-fu. Tiene seis leguas de circuito, y se hallaba atravesada por el rio Tsientan-Kian, que, ramificándose hasta lo infinito, hace de Quinsay otra Venecia. Esta antigua capital de los Song, tiene una poblacion casi tan numerosa como Pekin; el pavimento de sus calles es de losas y ladrillos; cuéntanse en ella, segun Marco Polo, «seiscientas mil casas, cuatro mil establecimientos de baños y doce mil puentes de piedra.» En esta ciudad viven los mas ricos comerciantes del mundo con sus mujeres que son «bellas y angelicales criaturas.» Es residencia de un virey, que gobierna en nombre del emperador mas de ciento cuarenta ciudades, viéndose todavía en ella el palacio del antiguo soberano del Mangi, rodeado de hermosos jardines, de lagos y de fuentes y que contiene mas de mil estancias. El gran Khan saca de esta ciudad y de la provincia inmensos recursos, y cuenta por millares de francos el producto de la sal, del azúcar, de las especias y de la seda que forman los principales productos del país

A una jornada al Sur de Quinsay; despues de haber recorrido un país encantador, Marco Polo visitó á Tampigui (Chao-hin fu), á Vugui (Hu-tcheu) á Ghengin (Kui-tcheu), á Cianscian (Yen tcheu-fu), segun M. Charton á Sui-tchan-yeu, segun M Pautcier, y Cugui (Kiutcheu) última ciudad del reino de Quinsay: despues entró en el reino de Fugui, cuya principal ciudad del mismo nombre, es en el dia Fucheu-fu, capital de la provincia de Fo-kian. Segun Marco Polo, los habitantes de este reino eran guerreros crueles, que jamás perdonaban á sus enemigos, y que se bebian su sangre y se comian su carne. Despues de haber atravesado Quenlifu (Kien-nin-fu) y Un gnen, Marco Polo hizo su entrada en la capital de Fugui, probablemente la ciudad moderna de Huan-tcheu, que sostiene un gran comercio de perlas y piedras preciosas, y despues de cinco jornadas de camino, llegó al puerto de Zaitem, probablemente la ciudad china de Tsuen-theu, punto estremo visitado por él en la esploracion de la China Sud-oriental.

M.C.D. 2018

4.

El Japon.—Partida de los tres Polo con la hija del emperador y los embajadores persas.—Seigo.—Java.—Condor.—Bintang.—Sumatra.—Las islas Nicobar.—Ceylan.—La costa de Coromandel.—La costa de Malabar.—La mar de Oman.—La isla de Socotora.—Madagascar.—Zanzibar y la costa africana.—La Abisinia.—El Jemen, el Hadramant y el Oman.—Ormuz.—Regreso á Venecia.—Una fiesta en la casa de los Polo.—Marco Polo prisionero de los Genoveses.—Muerte de Marco Polo hácia 1323.

Marco Polo despues de haber terminado felizmente la exploracion de que hemos hablado, volvió sin duda á la córte de Kublai-Khan. Confiáronsele diversas misiones que le eran fáciles por su conocimiento de las lenguas mongola, turca, mantchua y china. Es probable que formase parte de una expedicion á las islas de la India, haciendo á su regreso una relacion circunstanciada acerca de la navegacion de aquellos mares todavía poco conocidos, pues se hallan poco determinados los diversos accidentes de su vida desde esta época. Su relacion ofrece detalles circunstanciados sobre la isla de Cipangu, nombre aplicado al grupo de islas que componen el Japon; pero no parece que visitara efectivamente este reino. El Japon era entonces un país célebre por sus riquezas, y hácia 1264, algunos años antes de la llegada de Marco Polo á la córte tártara, Kublai-Khan habia intentado conquistarlo. Su flota llegó felizmente á Cipangu; se apoderó de una ciudadela cuyos defensores fueron pasados á cuchillo; pero una tempestad dispersó los bajeles tártaros, y la expedicion no dió resultado alguno. Marco Polo refiere esta tentativa circunstanciadamente, citando varias particularidades relativas á las costumbres japonesas.

Hacia diez y siete años, sin contar los empleados en el viaje de Europa á China, que Marco Polo, su tio Mateo y su padre Nicolás, se hallaban al servicio del emperador. Tenian vivos deseos de volver á ver su patria; pero Kublai-Khan, que los estimaba y apreciaba en extremo sus méritos, no podia decidirse á dejarles partir. Hizo pues cuanto pudo para que desistieran de su resolucion, y les ofreció inmensas riquezas si consentian en no abandonarle nunca. Los tres venecianos persistieron en su designio de regresar á Europa, pero el emperador se negó resueltamente á autorizar su partida. Marco Polo no sabia cómo burlar la vigilancia de que era objeto, cuando un incidente hizo variar á Kublai-Khan de determinacion.

Un príncipe mongol, llamado Arghun, que reinaba en Persia, habia enviado una embajada al emperador para pedirle en matrimonio á una princesa de la sangre real. Kublai-Khan concedió al príncipe Arghun la mano de su hija Cograta, á quien hizo partir con numerosa comitiva.

Pero las comarcas que intentó atravesar la escolta para ir á Persia no ofrecian seguridad, asi fue que la caravana se vió en breve detenida á causa de motines y rebeliones, tuvo que regresar al cabo de algunos meses, á la residencia de Kublai-Khan. Entonces fue cuando los embajadores persas oyeron hablar de Marco Polo como de un navegante instruido; bastante práctico en el Océano indio, y suplicaron al emperador que le confiase la princesa Cogatra para conducirla á su prometido, surcando aquellos mares, menos peligrosos que el continente.

Kublai-Kan accedió al fin á esta demanda, no sin alguna dificultad. Hizo equipar una flota de catorce bajeles de cuatro mástiles, y los surtió de provisiones para un viaje de dos años. Algunos de estos bajeles contaban con doscientos cincuenta hombres de tripulacion. Era pues por lo visto una expedicion importante y digna del opulento soberaro del imperio chino.

Mateo, Nicolás y Marco Polo partieron con la princesa Cogatra y los embajadores persas. ¿Fue acaso, durante esta travesia, que duró diez y ocho meses, cuando Marco Polo visitó las islas de la Sonda y la India, de que hace una completa descripcion? Puede admitirse hasta cierto punto, sobre todo en lo relativo á Ceylan y al litoral de la península india. Vamos pues á seguirle durante todo el curso de su navegacion y á referir las descripciones que hace de estos paises tan imperfectamente conocidos hasta entonces.

Hácia 1291 ó 1292 fue cuando la flota mandada por Marco Polo dejó el puerto de Zaitem que habia visitado el viajero durante su viaje por las provincias meridionales de la China. Desde este punto, se dirigió directamente á la vasta comarca de Caimba, situada al Sur de la Cochinchina, que comprende la provincia actual de Saigon perteneciente á la Francia. El viajero veneciano habia ya visitado esta provincia, probablemente hácia el año 1280, cumpliendo una mision que le habia encargado el emperador; y en esta época Caimba era tributaria del gran Khan, pagándole cierto número de elefantes. Cuando Marco Polo recorrió este pais antes de la conquista, el rey que lo gobernaba no tenia menos de trescientos veinte y seis hijos, de los cuales ciento cincuenta se hallaban en estado de tomar las armas.

Al dejar la península cambodjiana, la flota se dirigió hácia la pequeña isla de Condor; pero antes de describirla, cita Marco Polo la gran isla de Java, de que nunca habia podido apoderarse Kublai-Khan, isla que posee grandes riquezas, y que produce en abundancia, la pimienta, la nuez moscada, la cubeba, el clavo, y otras preciosas especias. Despues de haber tocado en Condor y en Sundur, al extremo de la península cochinchina, Marco Polo llegó á la isla de Pentam (Bintam), situada cerca de la entrada oriental del estrecho de Malaca, y á la isla de Sumatra, á la cual llama la pequeña Java. «Esta isla, se halla situada tan al Mediodia, dice Marco Polo, que jamás se ve en ella la estrella polar;» lo cual es cierto respecto de los habitantes de su parte meridional. Es una fértil comarca, donde crecen maravillosamente los aloes; y donde se encuentran elefantes salvajes, rinocerontes que Marco Polo llama unicornios, y monos que van en numerosas manadas. La flota tuvo que detenerse durante cinco meses en estas costas á causa del mal tiempo, y el viajero empleó esta temporada en visitar las principales provincias de la isla, tales como Sumatra, Dagrean, Labrin, que cuenta gran número de hombres con rabo, (evidentemente monos) y Fandur, es decir, la isla de Panchor, donde crece el Sagú, del cual se saca una harina que sirve para hacer un pan excelente.

Por fin los vientos permitieron á los bajeles abandonar la pequeña Java; despues de haber tocado en la isla de Necaran, que debe ser una de las de Nicobar, y en el grupo de Andaman, cuyos naturales son aun en el dia antropófagos como en tiempo de Marco Polo, la flota tomando la direccion del Sudeste, arribó á las costas de Ceylan. «Esta isla, dice la relacion, era mucho mayor en otro tiempo, porque tenia tres mil seiscientas millas, segun se ve en el mapamundi de los pilotos de este mar; pero el viento del Norte sopla con tal fuerza en estos parajes que ha hundido parte de esta isla en el agua, «tradicion que todavía se conserva entre los habitantes de Ceylan.» Allí es donde se recogen en abundancia los «buenos y nobles» rubíes, los zafiros, los topacios, las amatistas y otras piedras preciosas, tales como los granates, ópalos, ágatas y sardónicas (1). El rey del país poseia en aquella época un rubí de un palmo de largo, y como el brazo de un hombre de grueso, encendido como el fuego. El gran Khan quiso comprarlo pero no lo consiguió, á pesar de ofrecer á este soberano una ciudad.

(1) Variedad de ágata, de color anaranjado. D. de G.

M.C.D. 2018

A sesenta millas al Oeste de Ceylan encontraron los navegantes la gran provincia de Maabar, que no debe confundirse con Malabar, situada en la costa occidental de la península india. Maabar forma el Sur de la costa de Coromandel, muy estimada por los pescadores de perlas. Hay allí encantadores que hacen á los monstruos marinos, inofensivos para los pescadores; especies de astrólogos cuya raza se ha perpetuado hasta los tiempos modernos. Marco Polo da aquí interesantes pormenores acerca de las costumbres de los indígenas, de la muerte de los reyes del país en honor de los cuales se arrojan los señores al fuego; acerca de los suicidios religiosos, que son frecuentes; sobre el sacrificio de las viudas á quienes aguarda la hoguera á la muerte de sus maridos, sobre las abluciones bicuotidianas á que obliga la religion, sobre la aptitud de los indígenas para llegar á ser buenos fisonomistas, y sobre su confianza en las prácticas de los astrólogos y de los adivinos.

Despues de haber permanecido en la costa de Coromandel Marco Polo se dirigió al Norte hácia el reino de Muftili, cuya capital es actualmente la ciudad de Masuli-patam, poblacion principal del reino de Golconda. Este reino era sabiamente gobernado por una reina, viuda hacia cuarenta años, que quiso permanecer fiel á la memoria de su esposo. En este país, se explotaban ricas minas de diamantes, situadas en montañas desgraciadamente infestadas de gran número de serpientes. Pero los mineros han ideado un medio singular para recoger estas piedras preciosas sin tener nada que temer de los reptiles. «Cogen pues varios pedazos de carne, dice el viajero y los arrojan en aquellos precipicios escarpados á donde nadie puede bajar, y al caer la carne sobre los diamantes quedan estos prendidos en ella. En las montañas viven águilas blancas que cazan las serpientes; cuando estas águilas ven la carne en el fondo de los precipicios, caen sobre ella y le arrebatan; entonces los hombres que han seguido los movimientos del águila, no bien la ven ocupada en comerse la carne, lanzan grandes gritos, el águila espantada emprende el vuelo sin llevarse su presa, temiendo que la sorprendan los hombres, y llegando estos, cogen la carne y los diamantes que han quedado prendidos á ella. A veces tambien, cuando se come el águila los pedazos de carne, arroja los diamantes con su escremento, de los cuales se estraen aquellos.

Despues de haber visitado la pequeña ciudad de Santo Tomás, situada á algunas millas al Sur de Madras, donde reposa el cuerpo del Apóstol Santo Tomás, Marco Polo exploró el reino de Maabar, y mas particularmente la provincia de Lar, de donde son oriundos los «abraimanes» del mundo, probablemente los brahmanes. Estos hombres, llegan segun la relacion, á una larga vejez, gracias á su sobriedad y á su abstinencia; algunos monges alcanzan ciento cincuenta ó doscientos años, alimentándose solamente con arroz y con leche, y bebiendo una mezcla de azufre y azogue. Estos brahmanes son mercaderes hábiles aunque supersticiosos, pero de muy buena fé; no quitan nada á nadie, no matan á ningun ser viviente, cualquiera que sea, y adoran el buey que es para ellos un animal sagrado.

Desde este punto de la costa, volvió la flota á Ceylan donde en 1284 Kublai-Khan habia enviado una embajada que le trajo pretendidas reliquias de Adan, y entre otras dos muelas, porque si hemos de dar crédito á las tradiciones de los Sarracenos, el sepulcro de nuestro primer padre se halla situado en la cumbre de la montaña escarpada que forma el punto mas elevado de la isla (1). Despues de haber perdido de vista a Ceylan, pasó Polo á Cail, puerto que parece haber desaparecido de los mapas modernos, y en el cual tocaban entonces todos los buques procedentes de Ormuz, de Kis y de Aden y de las costas de Arabia. Desde allí, doblando el cabo Comorin, punta de la peninsula, llegaron los navegantes á la vista de Coilum, el Culam actual, que era en el siglo XIII, una ciudad muy comercial. Allí es donde se recoge particularmente la madera de sándalo, y el añil y á donde acuden á traficar en gran número los mercaderes de Levante y Poniente. El país del Malabar es muy fértil en arroz; no faltando animales salvajes, tales como leopardos que Marco Polo llama «leones negros;» y tambien papagayos de diversas especies y pavos reales que son incomparablemente mas bellos que sus congéneres de Europa.

Al dejar la flota á Coilum corriéndose hácia el Norte de la costa de Malabar, llegó á las riberas del reino de Eli, que lleva su nombre de una montaña situada en el límite del Kanara y del Malabar; allí se recoge pimiento, gengibre, azafran y otras especias. Al Norte de este reino, se estendia la comarca que llama el viajero veneciano Melibar, y que se halla situada al Norte del Malabar propiamente dicho. Allí acudian con frecuencia las embarcaciones de los comerciantes del Mangi á traficar con los indígenas de esta parte de la India, los cuales les proveian de cargamentos de especias excelentes, de preciosos bucaranes y de otras mercancías de gran precio; pero sus bajeles eran con frecuencia apresados por los piratas de la costa, que pasaban con razon, por gentes de mar muy temibles. Estos piratas habitaban particularmente en la peninsula de Gohurat en el dia, Gudjarate, hácia la cual se dirigió la flotilla despues de haber reconocido á Tanat, comarca donde se recoge el incienso pardo y de Canbaot, actualmente Kambayet, ciudad que hace un importante tráfico de cueros. Despues de haber visitado á Sumenat, ciudad de la península, cuyos habitantes son idólatras, crueles y feroces; luego á Kesmacoran, probablemente la actual ciudad de Kedge, capital de la comarca de Makran situada al Este del Indo, cerca del mar y la última ciudad de la India entre el Occidente y el Norte; Marca Polo, en vez de subir hácia la Persia, donde les esperaba el prometido de la princesa tártara, se lanzó hácia el Oeste al través del vasto mar de Oman.

Su insaciable pasion de esplorador le arrastró de esta suerte quinientas millas hasta las riberas de la Arabia, donde abordó á las islas Macho y Hembra, asi llamadas porque la una se halla babitada exclusivamente por los hombres y la otra por las mujeres á quienes solo visitan aquellos durante los meses de marzo, abril y mayo. Al dejar estos islottes, la flota hizo vela al Sur hácia la isla de Socotora, situada á la entrada del golfo de Aden, de la cual reconoció Marco Polo algunos puntos. Este esplorador habla de los habitantes de Socotora, como de hábiles encantadores, quienes con sus encantos obtienen todo cuanto quieren, dominando los huracanes y las tempestades: despues, descendiendo todavía mil millas hácia el Sur, impulsó su flota hasta las riberas de Madagascar.

A los ojos del viajero, Madagascar es una de las islas mas grandes y más notables que existen en el mundo. Sus habitantes se dedican al comercio, y particularmente al tráfico de colmillos de elefantes. Mantiénense principalmente con carne de camello que es mas sana y mejor que ninguna otra. Los mer-

(1) Montaña llamada por los indígenas *Hemalelé*, palabra que quiere decir mansion de la nieve. Es la montaña mas elevada que hay en la isla de Ceylan. Tiene 2227 metros de elevacion y es extraordinariamente escarpada en muchos sitios. En su cima se enseña, en una piedra plana, la huella de un pié colosal: dícese que esta huella fue impresa allí por Budha cuando subió al cielo. Con el nombre de Budha sustituyen los mahometanos al de Adan, y á esta circunstancia debe la montaña la denominacion de *Pico de Adan* bajo la cual es conocida. La huella del pié está guarecida con una cubierta de cobre adornada con cuatro filas de pretendidos diamantes. Arboles venerables por su antigüedad circundan el lugar santo.

M.C.D. 2018

caderes que acuden de las costas de la India, solo emplean veinte dias en atravesar el mar de Oman; pero cuando regresan, no necesitan menos de tres meses, á causa de las corrientes contrarias que propenden incesantemente á rechazarlos hácia el Sur. Sin embargo, frecuentan esta isla, porque les suministra madera de sándalo, de que hay bosques enteros, y ambar que cambian por telas de oro y seda con gran ganancia suya. No faltan en este reino animales salvajes ni caza, segun Marco Polo. Encuéntranse allí en numerosas manadas, leopardos, osos, leones, jabalíes, girafas, asnos salvajes, cervatillos, gamos y otras clases de ganado; pero lo que le pareció mas maravilloso fue el pretendido grifo, ese *roc* de que tanto se habla en las *Mil y una Noches*, que al decir de Marco Polo, no es segun se cree generalmente, un animal mitad leon y mitad ave, capaz de llevarse á un elefante entre sus garras. Este pájaro maravilloso, era probablemente el *epyornis maximus* del que se encuentran algunos huevos todavía en Madagascar.

Desde esta isla, Marco Polo, subiendo hácia el Noroeste, llegó á Zanzibar y á la costa africana, cuyos habitantes le parecieron desaforadamente gruesos, pero fuertes y capaces de llevar la carga de cuatro hombres, «lo cual no es de estrañar porque cada uno de ellos come como cinco.» Estos indígenas eran negros y andaban enteramente desnudos; tenian la boca grande, la nariz remangada, los labios y los ojos grandes, descripcion exacta que se aplica todavía á los naturales de dicha parte del Africa. Estos africanos se mantienen con leche, arroz, carne, dátiles, y fabrican el vino con arroz, azúcar y especias. Son guerreros valientes que no temen la muerte, combaten montados en camellos y elefantes armados con un escudo de cuero, una espada y una lanza, y excitan á sus cabalgaduras embriagándolas con un brevaje espirituoso.

En tiempo de Marco Polo, segun la observacion de Mr. Charton, los paises comprendidos bajo la denominacion de la India se dividian en tres partes: la India mayor, es decir, el Indostan y todo el territorio situado entre el Ganges y el Indo; la India menor, es decir, la comarca comprendida desde la costa Oeste de la península hasta la costa de la Cochinchina; finalmente, la India media, esto es, la Abisinia y las riberas arábigas hasta al golfo Pérsico.

Al abandonar á Zanzibar, Marco Polo subiendo nácia el Norte, esploró el litoral, y primeramente la Abasia ó Abisinia, pais muy rico donde se fabrican hermosas telas de algodon y de bucaran Despues llegó la flota hasta el puerto de Zaila, casi á la entrada del estrecho de Bab-el-Mandeb, y finalmente, siguiendo las riberas del Yemen y del Hadramant, reconoció á Aden, puerto frecuentado por todos los navíos que comercian con la India y la China; á Escier, gran ciudad que exporta cantidad considerable de excelentes caballos; á Dafar, que produce un incienso de primera clase; á Calatu, actualmente Kalajate, situada en la costa de Omán, y finalmente, á Cormos, es decir, Ormuz, poblacion que Marco Polo habia ya visitado al ir dasde Venecia á la córte del rey tártaro.

En este puerto del golfo pérsico, fue donde se terminó la travesía de la flota armada por el emperador mongol. La princesa, habia por fin llegado á los límites de la Persia, al cabo de una navegacion que duró diez y ocho meses. Pero su prometido, el príncipe Arghun habia muerto, y el reino se hallaba ensangrentado por una guerra civil. La princesa quedó, pues, depositada en manos del hijo de Arghun el príncipe Ghazan, que no subió al trono hasta 1295, cuando el usurpador, hermano de Arghun fue estrangulado. Ignórase lo que fue de la princesa; pero antes de separarse de Marco, de Nicolás y de Mateo Polo, dióles pruebas de su alto favor.

Probablemente mientras estaba en Persia, fue cuando Marco Polo recogió curiosos documentos sobre la Gran Turquía; pero algunos fragmentos sin hilacion terminan su relato, verdadera historia de los Khanes mongoles de la Persia. Sus viajes de esploracion habian terminado ya. Despues de haberse despedido de la princesa tártara, los tres venecianos, bien escoltados y libres de todo gasto, tomaron el camino de tierra para regresar á su patria. Fueron, pues á Trebisonda, de aquí á Constantinopla y de aquí á Negroponto, donde se embarcaron para Venecia.

Marco Polo volvió á entrar en su ciudad natal en 1295, veinte y cuatro años despues de haber salido de ella. Los tres viajeros, tostados por el ardor del sol, toscamente vestidos con ropas tártaras, habiendo conservado en sus modales y sus usos, las modas del Mongol, y perdido el hábito de hablar la lengua veneciana no fueron reconocidos, ni aun por sus mas próximos parientes. Por otra parte, habiase esparcido hacia largo tiempo el rumor de su muerte, y nadie esperaba volver á verlos nunca. Fueron pues á su casa en el barrio de San Juan Crisóstomo, y la encontraron ocupada por diferentes miembros de la familia Polo. Estos acogieron á los tres viajeros con suma desconfianza, que verdaderamente merecia su pobre apariencia digna de compasion, y no dieron crédito alguno á la extraordinaria relacion que les hizo Polo. Sin embargo, al ver su insistencia, los admitieron en aquella casa de que eran verdaderamente legítimos poseedores.

Algunos dias despues, Nicolás, Mateo y Marco, queriendo destruir hasta las menores sospechas acerca de su identidad, dieron una magnífica comida seguida de una espléndida fiesta, á la que fueron convidados los diversos miembros de su familia y los principales señores de Venecia Cuando estuvieron reunidos todos estos convidados en la sala de recepcion aparecieron los tres Polo vestidos con trages de raso carmesí. Los convidados pasaron á la sala del banquete y comenzó el festin. Despues del primer servicio, Marco Polo, su padre y su tio se retiraron un instante y volvieron espléndidamente vestidos con suntuosas telas de damasco que hicieron pedazos y distribuyeron entre sus convidados. Despues del segundo servicio, volvieron á vestirse con trages todavía mas ricos que los anteriores de terciopelo carmesí, que conservaron hasta el fin del banquete, y entonces volvieron á aparecer vestidos sencillamente segun la moda veneciana.

Los convidados, sorprendidos y maravillados por el lujo de aquellas vestiduras, no sabian cuál era el intento de sus anfitriones, cuando éstos mandaron que les trajesen los vestidos toscos que les habian servido durante su viaje; despues, deshaciendo las costuras y arrancando los dobleces, hicieron esparcirse por el suelo, rubíes, záfiros carbunclos, esmeraldas, diamantes y toda clase de piedras preciosas del mayor precio. Aquellos harapos ocultaban inmensas riquezas. Este espectáculo tan inesperado disipó toda clase de dudas; los tres viajeros fueron inmediatamente reconocidos por quiénes eran realmente, Marco, Nicolás y Mateo Polo, prodigándoles por todas partes las mas sinceras pruebas de afecto

Un hombre tan célebre como Marco Polo, no podia librarse de los honores cívicos; así es que fue llamado á la primera magistratura de Venecia, y como hablara sin cesar de los «millones» del gran Khan que mandaba «millones» de súbditos, se le llamó él mismo, *Señor Millon*.

Hácia esta época, en 1296, estalló una guerra entre Venecia y Génova Una flota genovesa, mandada por Lampa Dorio, surcaba las aguas del Adriático amenazando el litoral. El almirante veneciano. Andrea Dandolo, armó al punto una flota superior en

M.C.D. 2018

numero á la genovesa, y confió el mando de una galera á Marco Polo que pasaba justamente por un navegante afamado. Sin embargo, en la batalla naval del 8 de setiembre de 1296, fueron vencidos los venecianos, y Marco Polo, herido gravemente, cayó en poder de los genoveses. Los vencedores, conociendo y apreciando el valor de su prisionero, le trataron con muchas consideraciones. Fue conducido á Génova, donde las mas nobles familias, ansiosas de oir sus narraciones, le hicieron la mas favorable acogida; pero si ellos no se cansaban de oirle, Marco Polo se cansó al fin de relatar, y habiendo conocido en 1298, durante su cautiverio, á Rusticiano de Pisa, le dictó la narracion de sus viajes.

Habiendo recobrado su libertad en 1299, el ilustre viajero volvió á Venecia donde contrajo matrimonio. Desde esta época, permanece muda la historia sobre los diversos incidentes de su vida. Solo se sabe por su testamento, fechado en 9 de enero de 1323, que dejó tres hijas y se cree que murió hácia esta época á la edada de setenta años.

Tal fue la existencia de este célebre viajero, cuyas narraciones tuvieron una influencia considerable en el progreso de las ciencias geográficas. Poseia en grado eminente el genio de la observacion. Sabia ver las cosas tambien como sabia relatarlas, y los descubrimientos y las esploraciones posteriores no han hecho mas que confirmar la veracidad de su narracion. Hasta mediados del siglo XVIII, los documentos sacados del relato de Marco Polo sirvieron para los estudios geográficos, asi como para las espediciones comerciales á la China, la India y el centro del Asia. Asi es que la posteridad no ha podido menos de aprobar el título que los primeros copistas dieron á la obra de Marco Polo: *El libro de las maravillas del mundo*. (1).

CAPITULO V.

Ibn Batuta (1324-1353).

Ibn Batuta.—El Nilo.—Gaza, Tiro, Tiberias, el Líbano, Balbek, Damasco, Meshed, Bassorah, Bagdad, Tebris, Medina, la meca.—El Yemen.—La Abisinia.—El pais de los Bereberes.—El Zanguebar.—Ormuz.—La Siria.—La Anatolia.—El Asia menor.—Astrakan.—Constantinopla.—El Turkestan.—Hevat.—El Indio.—Delhi.—El Malabar.—Las Maldivas.—Ceilan.—El Coromandel.—La Bengala.—Las islas Nicobar.—Sumatra.—La China.—El Africa.—El Niger.—Tembuctu.

Veinticinco años hacia que Marco Polo habia vuelto á ver á su patria, cuando un hermano menor de la órden de San Francisco, atravesó toda el Asia en 1313 á 1330, desde el Mar Negro hasta los últimos límites de la China, pasando por Trebizonda, el monte Ararat, Babel y la isla de Java. Pero su relacion es tan confusa y su credulidad tan evidente, que no se puede dar importancia alguna á su relato. Lo mismo puede decirse respecto de los viajes fabulosos de Juan de Mandeville de los cuales ha dicho Cooley que se hallan «tan llenos de falsedades, que acaso no exista otra obra parecida en ninguna lengua conocida.»

Para encontrar un sucesor digno del viajero veneciano, es preciso citar á un árabe que hizo con respecto al Egipto, la Arabia, la Anatolia, la Tartaria, la India, la China, la Bengala y el Sudan, lo que Marco Polo habia hecho en una parte relativamente considerable del Asia central. Este hombre ingenioso y audaz á un tiempo mismo, debe ser puesto en el rango de los mas atrevidos esploradores.

Era un teólogo. Llamábase Abd Allah El Lawati, pero se hizo célebre con el sobre nombre de Ibn Batuta. En el año 1324, ó sea el 725 de la Egira, resolvió hacer la peregrinacion de la Meca, y abandonando á Tanger, su ciudad natal, marchóse á Alejandria y despues al Cairo. Durante su permanencia en Egipto, estudió particularmente el Nilo, sobre todo en su desembocadura. Despues trató de subir su curso, pero detenido por los disturbios que ocurrieron en las fronteras de la Nubia, tuvo que desprender el gran rio, y se dió á la vela para el Asia menor.

Despues de haber visitado en Gaza, los sepulcros de Abraham, de Isaac, y de Jacob, fué á Tiro, entonces muy fortificado é inexpugnable por tres puntos; á Tiberias, que no era mas que un monton de ruinas, y cuyos célebres baños estaban enteramente destruidos; Ibn Batuta fue atraido por las maravillas del monte Líbano, que era el punto de reunion de todos los ermitaños de la época, los cuales habian elegido juiciosamente una de las mas bellas comarcas de la tierra para acabar en ella sus dias. Entonces atravesando Balbek y tocando á Damasco en el año 1345, encontró esta ciudad diezmada por la peste. El horrible azote devoraba hasta veinticuatro mil personas diariamente, si hemos de dar crédito al célebre viajero, y sin duda se hubiera desmantelado Damasco en poco tiempo á no ser por la intervencion del cielo que, segun él, cedió á las oraciones del pueblo reunido en la venerada mezquita donde se ve la preciosa piedra que conserva la huella del pié de Mahoma.

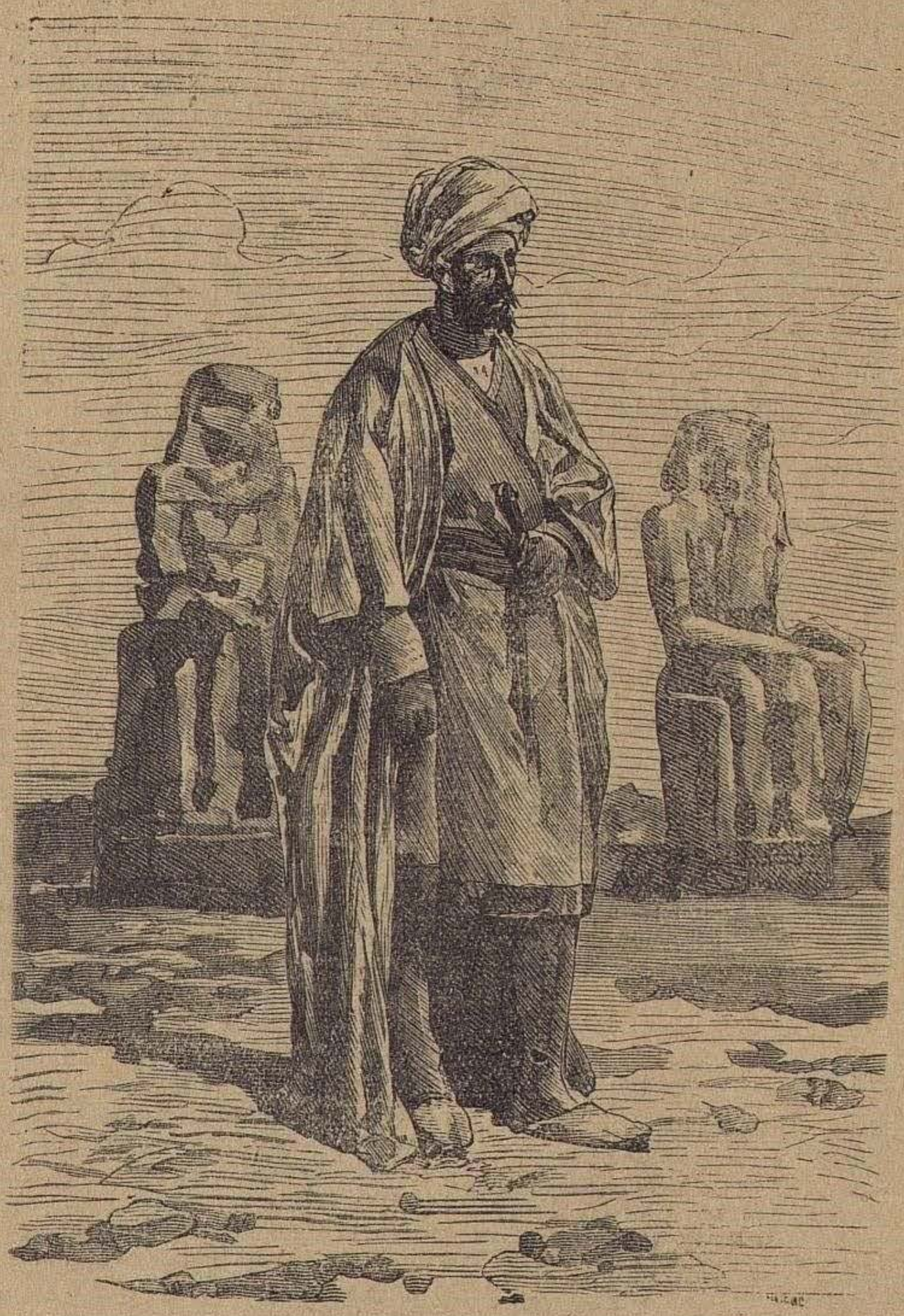
El teólogo árabe, al dejar á Damasco, fue á la ciudad de Meshed, donde visitó el sepulcro de Alí. «Su tumba atrae gran número de peregrinos parabólicos, á quienes basta pasar la noche sobre ella para curarse de su dolencia. Batuta no parece poner en duda la autenticidad de este milagro, que se conoce en todo el Oriente con la denominacion de «cuento del restablecimiento.»

Despues de Meshed, Ibn Batuta, siempre infatigable y arrastrado por el imperioso deseo de ver, marchó á Basora y se internó en el reino de Ispahan, despues en la provincia de Shiras, donde queria hablar con el célebre taumaturgo Mogl Oldin. Desde Shiras pasó á Bagdad; despues á Tebriz, luego á Medina, donde rezó en el sepulcro del profeta, y finalmente á la Meca, donde descansó por espacio de tres años. Sabido es que de esta ciudad santa salen necesariamente caravanas que recorren todo el pais circunvecino. En compañía de algunos de estos audaces comerciantes pudo visitar Ibn Batuta todas las ciudades del Yemen, llegando hasta Aden, en la estremidad del Mar Rojo, donde se embarcó para Zaila, uno de los puertos de la Abisinia. Volvió, pues á poner el pié en tierra africana. Avanzando hácia el pais de los bereberes estudió los hábitos y costumbres de aquellas súcias y repugnantes tribus que se mantienen únicamente con peces y con carne de camello. Ibn Batuta, no obstante, encontró en la ciudad de Mokdashu cierto lujo y comodidad de que conservó un

(1) El gran mérito de Marco Polo es haber sido el primero que ha suministrado á Europa noticias sobre el interior del Asia en una época en que era muy raro emprender viajes á tan remotas comarcas. Con razon consideran algunos autores á Marco Polo como el que puso en vías de inventar la pólvora, la brújula, la imprenta y el astrolabio, por haber visto todo esto en el interior del Asia, y porque los relatos que de ello hace provocaron las meditaciones de los pensadores, Hánse tenido durante siglos enteros por fábulas, varios de los acontecimientes y cosas que refirió, y cuya exactitud ha sido confirmada posteriormente.

No se sabe á punto cierto el idioma en que escribió la descripcion de su viaje. Ramusio dice que fue en latin; Baldelli pretende que en francés. Otros creen que empleó el dialecto veneciano ó el genovés. La primera edicion en lengua italiana pareció en Venecia en 1496. Ramusio la reimprimió en sus *Navegazioni é Viagi*, (2 vol. Venecia, 1559) El conde Juan Bautista Baldelli publicó la primeca edicion crítica, *Viagi di Marco Polo* (4 vol. Florencia, 1559) conforme al texto de *La Crusca*. Los dos primeros volúmenes contienen la *Storia delle Relazioni vicendevoli dell' Europa é dell' Asia* hasta 1298, obra del mismo conde Baldelli: los otros dos contienen el viaje de Marco Polo con el título de *Il Milione di Marco Polo*. El manuscrito parisiense de la relacion del viaje de Marco Polo fue impreso en lengua francesa en 1824, á costa de la sociedad de Geografía. Consúltese á Zurla, *Di Marco Polo e degli altri viaggiatori veneciani* (2 vol.; Venecia, 1819).

M.C.D. 2018



Ibn Batuta.

grato recuerdo. Sus habitantes eran muy gruesos; cada uno de ellos «comia tanto como una comunidad entera,» y apreciaba mucho los manjares delicados, tales como llanten hervido con leche, limoncillos confitados, vayn:lla y gengibre verde.

Despues de haber adquirido conocimiento de este país de los bereberes y principalmente de su litoral, Ibn Batuta resolvió ir á Zanguebar, y atravesando el Mar Rojo fue siguiendo la costa arábiga á Zafar, ciudad situada en el mar de las Indias. La vegetacion de esta comarca era magnífica; el betel, el cocotero y el árbol de incienso formaban frondosas selvas; pero el viajero árabe, impulsado siempre por su espíritu aventurero, siguió mas adelante y llegó á Ormuz, en el golfo Pérsico. Despues de haber recorrido algunas provincias persas, volvemos á encontrarle por segunda vez en la Meca, en el año 1332. Volvia, pues, á entrar en la ciudad santa, tres años despues de haberla abandonado.

Pero esto no era mas que hacer un alto y un instante de descanso en la agitada existencia de Ibn Batuta, porque dejando el Asia por el Africa, este intrépido sabio se arriesgó nuevamente por en medio de las regiones poco conocidas del alto Egipto, y volvió á descender al Cairo. Desde este punto se lanzó á Siria, corrió á Jerusalen, á Trípoli y penetró hasta los turcomanos de la Anatolia, donde la «hermandad de los jóvenes» le hizo una acogida hospitalaria.

Despues de la Anatolia habla la relacion árabe del Asia menor. Ibn Batuta avanza hasta Erzerum, donde le enseñaron un aerolito que pesaba mas de trescientos diez kilógramos. Atravesando despues el Mar Negro, visitó Crim y Kafa. Bulgar ciudad situada en una latitud bastante elevada para notar suficientemente la desigualdad de los dias y de las noches; finalmente llegó á Astrakan, en la embocadura del Volga, donde residia el Klan tártaro durante la estacion de invierno.

La princesa Bailun, mujer de este jefe e hija del emperador de Constantinopla, se disponia á visitar á su padre. Era esta una ocasion muy favorable para esplorar Ibn Batuta la Turquía de Europa. Obtuvo,

M.C.D. 2018

[illegible], permiso de acompañar á la princesa, la cual partió acompañada de cinco mil hombres y de una mezquita portátil que se levantaba en cada estacion. La recepcion de la princesa en Constantinopla fue magnífica, repicándose las campanas con tal estruendo y entusiasmo, que se conmovió el mismo horizonte.

El teólogo obtuvo de los príncipes del país una acogida digna de su fama, y habiendo permanecido en la ciudad durante treinta y seis dias, pudo visitarla detenidamente.

Vése, pues, que en una época en que las comunicaciones eran difíciles y peligrosas entre los diversos países, Ibn Batuta se constituyó en audaz esplorador. Recorrió, pues, el Egipto, la Arabia, la Turquía de Asia y las provincias del Cáucaso; siendo justo que descansara despues de tantas fatigas. Su fama era grande y hubiera satisfecho a un espíritu menos ambicioso. Era incontestablemente el mas célebre viajero del siglo XIV; pero su insaciable pasion le dominó todavía, y el círculo de sus esploraciones debia agrandarse considerablemente.

Partiendo de Constantinopla Ibn Batuta volvió de nuevo á Astrakan. Desde allí, atravesando los áridos desiertos del Turkestan actual, llegó á la ciudad de Chorasm, que le pareció grande y populosa; despues á Burkharah, medio arruinada todavía por los ejércitos de Gengis-Khan. Algun tiempo despues volvemos á encontrarle en Samarkand, ciudad religiosa que agradó mucho al sábio viajero, luego en Balk, á donde no pudo llegar sino despues de haber atravesado el desierto de Khorasan. Esta ciudad no era mas que ruinas y desolacion, por haber pasado por allí los ejércitos bárbaros. Ibn Batuta no pudo detenerse en ella y trató de volver al Oeste, á la frontera del Afghanistan. El país montuoso de Kusistan se le presentaba á su frente; no vaciló en entrar en él, y despues de grandes fatigas, que supo soportar con tanta fortuna como paciencia, llegó á la importante ciudad de Herat.

Este fue el último punto donde se detuvo en el Oeste, resolviendo entonces emprender de nuevo su ruta hácia el Oriente y llegar á los últimos límites del Asia, y las riberas del Océano Pacífico. Si lo hubiera conseguido, hubiese traspasado el círculo de las esploraciones del ilustre Marco Polo.

Púsose, pues, en camino siguiendo el Cabut y la frontera del Afghanistan y llegó hasta las riberas de Sindhi, el Indo moderno por el que descendió hasta su desembocadura. Desde la ciudad de Lahari se dirigió hácia Delhi, grande y hermosa ciudad, de que habian desertado á la sazon sus habitantes para librarse de los furores del emperador Mohammed.

Este tirano, generoso y magnífico en ocasiones, acogió muy favorablemente al viajero árabe, no escaseándole sus favores, pues le nombró juez de Delhi con las tierras y ventajas pecuniarias anejas á dicho cargo. Pero estos honores no debian durar mucho tiempo, pues apareciendo Ibn Batuta comprometido en una pretendida conspiracion, creyó deber suyo abandonar su cargo y se hizo faquir (1) para librarse de la cólera del emperador. Pero Mohammed tuvo el buen gusto de perdonarle y de nombrarle su embajador en China.

La fortuna sonreia aun al animoso teólogo, quien iba á visitar aquellos remotos países con condiciones escepcionales de bienestar y de seguridad, pues estaba encargado de llevar los regalos para el emperador de China, y debian acompañarle dos mil giuetes.

Pero Ibn Batuta no habia contado con los insurgentes que ocupaban las comarcas circunvecinas. Así fue que tuvo lugar un combate entre las gentes de su escolta y los Hindus. Ibn Batuta, separado de sus acompañantes fue apresado, robado, atado y conducido; ¿dónde? no se sabe. Sin embargo, no habiendo perdido la esperanza ni el valor, consiguió escaparse de manos de estos bandoleros; y despues de andar errante por espacio de siete dias, fue recogido por un negro, y por fin conducido á Delhi, presentándose en el palacio del emperador.

Mohammed hizo al punto los preparativos de una nueva espedicion y confirmó al viajero árabe en su cargo de embajador. Esta vez atravesó sin obstáculos la escolta el país insurgente y llegó á Malhabar por Kanoge, Merwa, Gwalior y Barun. Algun tiempo despues, Ibn Batuta entraba en Calicut, que llegó á ser mas adelante el punto de reunion de la provincia de Malhabar, puerto importante, en el que esperó durante tres meses vientos favorables para hacerse á la mar. Aprovechóse de esta involuntaria detencion para estudiar la marina mercante de los chinos que frecuentaban aquella ciudad. Habla con admiracion de sus juncos, (2) verdaderos jardines flotantes, en los cuales se cultiva el gengibre y algunas hortalizas, especie de poblaciones independientes de que poseian gran número algunos ricos particulares.

Cuando llego la estacion favorable, Ibn Batuta escogió para el viaje un pequeño junco, cómodamente preparado, en el cual hizo poner sus riquezas y sus bagajes, y preparó otros trece juncos para trasladar los presentes enviados por el soberano de Delhi al emperador de la China; pero durante la noche una violenta tempestad echó á pique todas las embarcaciones. Afortunadamente Ibn Batuta se habia quedado en tierra para asistir á las oraciones de la mezquita, y su piedad salvó su persona, si bien lo perdió todo, no quedándole mas que el tapiz sobre el cual hacia sus oraciones. Despues de esta segunda catástrofe no se atrevió ya á presentarse delante del soberano de Delhi; pues habia motivo para enojar á un emperador menos impaciente.

Ibn Batuta tomó su partido; abandonó el servicio del emperador y las ventajas anejas á su cualidad de embajador; despues se embarcó para las islas Maldivias, entonces gobernadas por una mujer, y que hacian un gran comercio de hilo de coco. Allí tambien el teólogo árabe fue investido con la dignidad de juez; se casó con tres mujeres, incurrió en la cólera del visir, celoso de su reputacion, y tuvo que fugarse muy en breve. Tenia la esperanza de llegar á la costa de Coromandel; pero los vientos lanzaron su navío hácia la isla de Ceylan. Allí fue recibido Ibn Batuta con grandes consideraciones, y obtuvo del rey el permiso de subir la montaña sagrada de Serendib ó pico de Adam. Su objeto era ver la huella milagrosa, situada en la cumbre del monte, llamada por los indios «Pié de Budha» y por los mahometanos «Pié de Adam.» En su relacion pretende que esta huella mide once palmos de longitud, cálculo muy inferior al que hace un historiador del siglo IX, pues no le da menos de setenta y nueve codos. Añade tambien este historiador, que mientras uno de los pies de nuestro primer padre se apoyaba en la montaña, el otro tocaba en el Océano Indico. Ibn Batuta habla al llegar á este pasaje de grandes monos barbudos, que formaban una parte importante de la poblacion de la isla, la cual se hallaba sometida á un gobierno monárquico, representado por un rey cinocéfalo coronado de hojas de árboles. Sabido es lo que significan todas estas fábulas propagadas por la credulidad de los Hindus.

Desde Ceylan pasó el viajero á la costa de Coromandel, no sin haber esperimentado violentas tempestades. Desde esta costa llegó á la ribera opuesta, atravesando el estremo inferior de la península Indiz,

(1) Religioso mendicante en la India; derviche entre los musulmanes.

(2) Especie de embarcacion que usan en las Indias Orientales. (N. de C.)

M.C.D. 2018

donde se embarcó de nuevo. Pero su navío fue apresado por los piratas, y despojado, casi desnudo y extenuado de hambre, Ibn Batuta llegó á Calicut. Sin embargo, no podia abatirle ó contrariarle desgracia alguna, pues era de la fuerte raza de los grandes viajeros que se templan y fortalecen en el infortunio. En cuanto la generosa hospitalidad de algunos mercaderes de Delhi le permitió volver á empuñar su báculo de viajero, se embarcó nuevamente para las Maldivias, corrió á Bengala, donde admiró sus riquezas naturales, se hizo á la vela para Sumatra, y llegó despues de cincuenta dias de una travesia detestable á una de las islas de Nicobar, situadas en el golfo de Bengala, y quince dias despues llegó por fin á Sumatra, cuyo rey le acogió con gran favor, como acostumbraba hacer con todos los mahometanos. Como Ibn Batuta no era un hombre vulgar, agradó al soberano de la isla, el cual le proveyó generosamente de los medios de volver á la China.

Un junco trasportó al viajero árabe por el «mar tranquilo,» y setenta y un dias despues de haber abandonado á Sumatra, llegó al puerto de Kailuka, capital de un país bastante problemático, cuyos habitantes, hermosos y valientes, sobresalian en el ejercicio de las armas. Desde Kailuka, Ibn Batuta pasó á las provincias chinas y visitó desde luego la magnífica ciudad de Zaitem, probablemente el Tuentcheu de los chinos, que se halla situada un poco al Norte de Nan-King. Así recorrió diversas ciudades de este gran imperio, estudiando las costumbres de aquellos pueblos y admirando sus riquezas, industria y civilizacion; pero no avanzó hasta la gran muralla, á la que llama «el obstáculo de Gog y de Magog (1).» Explorando estos paises inmensos permaneció en la gran ciudad de Cuensi, que comprendia seis ciudades fortificadas. Los azares de sus peregrinaciones le permitieron asistir á los funerales de un Khan que fué enterrado en compañía de cuatro mujeres esclavas, de seis favoritos y de cuatro caballos.

Entre tanto, estallaron turbulencias y desórdenes en Zaitem, que obligaron á Ibn Batuta á abandonar esta ciudad. El viajero árabe desembarcó para Sumatra, y de allí, tocando en Calicut y en Ormuz, entró en la Meca en el año 1348, despues de haber dado la vuelta á la Persia y á la Siria.

La hora del descanso no habia sonado todavía para este infatigable explorador. Al año siguiente, volvia á ver á Tánger, su ciudad natal; luego, despues de haber visitado las comarcas meridionales de España, volvió á Marruecos, se internó en el Sudan, recorrió los paises regados por el Niger, atravesó el gran desierto, entró en Tombuctu (2), haciendo de esta suerte un travecto que hubiera bastado para satisfacer á un viajero menos ambicioso.

Esta debia ser su última expedicion. En 1353, veintinueve años despues de haber abandonado á Tánger por primera vez, volvió á entrar en Marruecos y se estableció en Fez. Ibn Batuta merece ciertamente la reputacion del mas intrepido explorador del siglo XIV, y la posteridad es justa inscribiendo su nombre inmediatamente á continuación del ilustre veneciano Marco Polo.

(1) Nombres de un príncipe y de un pueblo fabulosos, contra los cuales profetiza Ezequiel (cap. 38 y 39.) Los represent como viniendo del Norte y les predice que serán completamente aniquilados cuando invadan á Israel. Refiérense tambien á Gog y Magog los escritores árabes y el Apocalipsis de San Juan (cap. 20, v. 8); pero de modo que Gog y Magog son tan solo el nombre de un pueblo enemigo de Israel, que segun la Escritura habitaba los montes hácia el norte de la Palestina y que debia ser exterminado por la voluntad de Dios. Mahoma habla de ellos en un sentido análogo. Algunos intérpretes opinan que la Sagrada Escritura designa con estas palabras á los Escitas y Tártaros y á los Persas. Otros pretenden que el nombre de Magog designa á las naciones caucásicas poco conocidas por los Hebreos. En tiempo de Jesucristo, Gog y Magog venian á ser sinónimos de Antecristo.

(2) Ciudad del interior de Africa, con 12.000 habitantes, la mayor parte negros, situada á unas 70 jornadas de Trípoli. Es el emporio de la Nigricia, y los moros hacen en ella gran comercio.

CAPITULO VI.

Juan de Bethencurt (1339-1425.)

1.°

El caballero normando.—Sus ideas de conquista.—Lo que se sabia de Canarias.—Cádiz.—El archipiélago de las Canarias.—La Graciosa.—Lanzarote.—Fuert ventura.—Lobos.—Juan de Bethencurt regresa á España.—Rebelion de Berneval.—Entrevista de Juan de Bethencurt y del rey Enrique III.—Visita Gadifer el archipiélago Canario.—La Gran Canaria.—La isla de Hierro.—La isla de Palma.

Juan de Bethencurt, baron de San Martin le Gaillard, nació por el año 1339 en el condado de Eu, en Normandía. Era de buena familia, y habiéndose distinguido en la guerra y en la navegacion, llegó á ser chambelan de Cárlos VI; pero era aficionado á los descubrimientos, y fatigado del servicio de la córte durante la demencia del rey, poco feliz por otra parte en el hogar doméstico, resolvió abandonar su país y hacerse célebre por medio de alguna aventura. Ofrecióselo la ocasion para ello, y hé aquí cómo.

Hay en la costa africana un grupo de islas llamadas Canarias, que llevaron en otro tiempo el nombre de islas Afortunadas. Juba, hijo de un rey de Numidia, las habia explorado, segun se dice, hácia el año 776 de Roma. En la edad media, segun ciertas relaciones, visitaron en parte este interesante grupo los árabes, los genoveses, los portugueses y los españoles. Finalmente, hácia el año 1393, un caballero español, llamado Almonaster, que mandaba una expedicion, verificó un desembarque en Lanzarote, una de las islas Canarias, y trajo consigo, con cierto número de prisioneros, algunos productos que atestiguaban la gran fertilidad de este archipiélago.

Este hecho llamó la atencion del caballero normando. La conquista de las Canarias le sedujo, y como hombre piadoso, resolvió convertir á sus habitantes á la fé católica. Era un caballero valeroso, inteligente, recto y rico en recursos. Abandonó, pues, su palacio de Grainville la Teinturiere, en Caux, y se fué á la Rochela. Allí hizo conocimiento con el buen caballero Gadifer de la Salle, que iba en busca de aventuras. Juan de Bethencurt refirió sus proyectos de expedicion á Gadifer. Este le rogó que probase fortuna en su compañía; cambiáronse entre ellos «muchas frases galanas» que seria largo referir, y el asunto quedó arreglado.

Entre tanto Juan de Bethencurt habia reunido su ejército. Poseia buenas naves suficientemente provistas de gente y de vituallas. Hízose á la vela en compañía de Gadifer, y despues de haberse visto contrariados por los vientos al paso de la isla de Ré, y todavía mas contrariados por las disensiones que estallaban frecuentemente entre los jefes y la tripulacion, llegaron al puerto de Vivero en la costa de Galicia, y luego á la Coruña donde se detuvieron ocho dias Juan de Bethencurt y los que le acompañaban. Los franceses tuvieron algunas cuestiones con cierto conde de Escocia que se mostró algun tanto díscolo; pero todo quedó reducido á un cambio de palabras. El baron se hizo nuevamente á la mar, dobló el cabo de Finisterre, siguió la costa portuguesa hasta el cabo de San Vicente, y llegó al puerto de Cádiz, en donde permaneció por bastante tiempo. Allí se le presentaron algunas dificultades con los mercaderes genoveses, que le acusaban de haberse apoderado de un navío suyo, y tuvo que regresar á Sevilla, donde el rey Enrique III le hizo justicia, dejándole libre de toda reclamacion. Juan de Bethen-

M.C.D. 2018

cart volvió, pues, á Cádiz, donde encontró parte de su tripulacion en plena insubordinacion. Sus marineros, espantados de los peligros de la espedicion, no querian continuar el viaje; pero el caballero francés, conservando consigo á los valientes y despidiendo á los cobardes, hizo aparejar, y saliendo del puerto ganó la alta mar

El buque del baron estuvo detenido tres dias, efecto de calmas que él llama «la bonanza;» despues, mejorando el tiempo, llegó en cinco dias á una de las pequeñas islas del grupo de las Canarias, la Graciosa, y finalmente, á una isla mas importante, Lanzarote, cuya longitud es de 44 kilómetros por 16 de latitud, teniendo casi la magnitud y la forma de la isla de Rodas. Lanzarote abunda en pastos y en buenas tierras de labor, propias para la produccion de cebada. Las fuentes y las cisternas, que son muy numerosas, suministran allí una agua escelente. La planta tintórea llamada orchilla (1) crece allí en abundancia. En cuanto á los habitantes de esta isla, que tienen por costumbre ir casi desnudos, son altos, bien formados, y sus mujeres, que visten largas sayas de cuero que van arrastrando hasta el suelo, son hermosas y honestas.

Juan de Bethencurt, antes de descubrirse sus proyectes de conquista, quiso apoderarse de cierto número de las islas Canarias: pero no conocia el país, y era difícil la operacion. Fuése, pues, al abrigo de un islote del archipiélago, situado mas al Norte, y reuniendo en consejo á sus gentiles hombres, les preguntó su parecer sobre lo que convenia efectuar. El consejo emitió la opinion de que era necesario á toda costa, váliéndose del ardid ó de la seduccion, apoderarse de alguna gente del país. La fortuna favoreció al bizarro caballero. El rey de la isla, Guadarfia, se puso en relacion con él, y juróle obediencia como amigo, no como súbdito. Juan de Bethencurt hizo construir un castillo, ó mejor, un fuerte en la parte Sudoeste de la isla, dejó en él algunos hombres bajo el mando de Berthin de Berneval, hombre diligente, y partió con el resto de su tropa á conquistar la isla de Erbania, que no es otra que Fuerteventura.

Gadifer aconsejó que se verificase un desembarco por la noche, y así se efectuó; despues tomó el mando de una pequeña partida de tropa, y durante ocho dias recorrió la isla sin poder encontrar uno solo de sus habitantes, que se habian refugiado en las montañas. Gadifer, falto de víveres, tuvo que regresar y llegó al islote de Lobos, situado entre Lanzarote y Fuerteventura. Pero allí se rebeló contra él su jefe de la marina, y no sin dificultad volvió Gadifer con el baron al fuerte de la isla de Lanzorote.

Juan de Bethencurt resolvió entonces regresar á España para procurarse provisiones y un nuevo contingente de soldados, porque no podia contar ya con su tripulacion. Encargó, pues, el mando general de la isla á Gadifer, y despidiéndose de toda la compañía, se hizo vela hácia España en un buque perteneciente á Gadifer.

Recordaráse que Juan de Bethencurt habia nombrado á Berthin de Berneval comandante del fuerte de la isla de Lanzorate. Este Berneval era enemigo personal de Gadifer. Apenas habia partido el caballero normando cuando Berneval trató de ganarse á sus compañeros y consiguió arrastar á algunos de ellos, particularmente á los gascones, á rebelarse contra el gobernador. Este, no sospechando en manera alguna de la conducta de Berneval, se ocupaba en cazar lobos marinos en el islote de Lobos, acompañado de su amigo Remonnet de Leveden y de otros muchos. Este Remonnet, habiendo sido enviado á Lanzarote á proveerse de víveres, no encontró á Berneval, porque habia abandonado la isla con sus cómplices para ir á un puerto de la isla Graciosa, donde un patron de barco, engañado por sus promesas, habia puesto el buque á su disposicion.

De la isla Graciosa, el traidor Berneval volvió á Lanzarote y puso el colmo á su maldad, simulando una alianza con el rey de la isla y los canarios. El rey, no pensando que pudiera engañarle un oficial del señor de Bethencurt, en quien tenia entera confianza, fue con ochenta y cuatro súbditos suyos á ponerse en manos de Berneval. Este, cuando estaban durmiendo, hizo que los atasen y condujesen al puerto de la isla Graciosa. El rey, viéndose indignamente engañado, rompió sus ligaduras, libertó á tres de los suyos y consiguió fugarse; pero sus desgraciados compañeros quedaron prisioneros y fueron entregados por Berneval á unos ladrones que los llevaron á vender á tierra estranjera.

A esta infamia agregó Berneval otras. Así, por órden suya, se apoderaron sus compañeros del navío que Gadifer habia enviado al fuerte de Lanzarote para traerle víveres. Remonnet quiso batirse contra estos traidores; pero él y los suyos eran pocos y ni aun pudieron impedir que la banda de Berneval y éste en persona saqueran y destruyeran las provisiones, las herramientas y las armas que Juan de Bethencurt habia reunido en el fuerte de Lanzarote, Despues, no escasearon los insultos al gobernador, esclamando el mismo Berneval: «Quiero que Gadifer de la Salle sepa que si fuera tan jóven como yo, iria á matarle; pero ya que por dicha suya no lo es, no quiero tomarme este trabajo; mas si se me pone en la cabeza, iré á hacerle ahogar en la isla de Lobos, donde podrá pescar lobos marinos.»

Entre tanto, Gadifer y diez de sus compañeros, careciendo de víveres y de agua, estaban en peligro de perecer en la isla de Lobos. Afortunadamente los dos capellanes del fuerte de Lanzarote, habiendo marchado al puerto de la isla Graciosa, lograron enternecer á un patron de barco víctima ya de la traicion de Berneval. Este patron les dió uno de sus compañeros, llamado Ximenez, el cual regresó al fuerte de Lanzarote, Allí habia una fragil barquilla que Ximenez cargó de víveres; luego, embarcándose con cuatro hombres adictos de Gadifer, se arriesgó á ganar el islote de Lobos, que distaba cuatro leguas, franqueando «el paso mas horrible de cuantos hay en esta parte de la mar.»

Entre tanto Gadifer y los suyos sufrian los mas terribles tormentos de hambre y de sed; Ximenez llegó á tiempo para impedir que sucumbieran. Habiendo sabido Gadifer la traicion de Berneval, se embarcó en la barca para regresar al puerto de Lanzarote. Hallábase indignado por la conducta de Berneval con los pobres canarios, á quienes el señor de Bethencurt y él habian jurado proteccion. ¡No! Jamás hubiera imaginado que se hubiese atrevido á maquinar tamaña traicion aquel á quien miraba como uno de los mas adictos de la compañía.

¿Qué hacia Berneval durante este tiempo? Despues de haber hecho traicion á su señor, la hacia tambien á los compañeros que le habian ayudado á perpetrar sus maldades; hacia poner en tierra á doce de ellos, y partia con la intencion de reunirse en España con Juan de Bethencurt y de hacerle aprobar su conducta, refiriéndole los hechos á su manera. Tenia, pues, interés en deshacerse de testigos embarazosos, y los abandonó. Estos desgraciados tuvieron al principio la idea de implorar la generosidad del gobernador y se confesaron con el capellan, que les animó á llevarla á efecto. Pero ellos, temiendo la venganza de Gadifer, se apoderaron de una embarcacion, y en un momento de desesperacion huyeron á tierra de moros. El barco llegó á Berberia, habiéndose ahogado

(1) Especie de liquen ha sido por largo tiempo objeto de un gran comercio por extraerse de él la materia colorante llamada *orseina*. (D. de G.)

M.C.D. 2018

diez de los que se habian acogido á él, y cayendo los otros dos en manos de los paganos que los redujeron á la esclavitud.

En la época en que acontecian estos sucesos en la isla de Lanzarote, llegaba á Cádiz Juan de Bethencurt en la nave de Gadifer. En Cádiz tomó desde luego rigorosas medidas contra los hombres de su tripulacion inclinados á la sedicion, haciendo encarcelar á las cabezas del motin. Despues envió su embarcacion á Sevilla, donde se hallaba á la sazon el rey Enrique III; pero aquella naufragó en el Guadalquivir con gran perjuicio de Gadifer.

Habiendo llegado á Sevilla Juan de Bethencurt, recibió á un tal Francisco Cave, que habia llegado con suma premura de las Canarias y que se ofrecia á regresar á ellas con provisiones para el gobernador; pero el baron de Bethencurt no quiso tomar decision alguna sobre ello antes de haber visto al rey.

En esto, llegó Berneval con sus principales cómplices y algunos naturales de las Canarias, á quienes trataba de vender como esclavos. Este traidor esperaba convertir la traicion en provecho propio y sorprender la buena fe de Juan de Bethencurt; pero habia echado sus cuentas sin un tal Curtille, trompeta de Gadifer, que se hallaba con él. Este valiente soldado denunció las tropelías de Berneval, y á consecuencia de tal denuncia, los bribones fueron encerrados en la cárcel de Cádiz. Curtille hizo conocer tambien la situacion de los naturales de Canarias retenidos á bordo. El caballero normando, no pudiendo abandonar á Sevilla en el momento en que iba á obtener una audiencia del rey, dió órden de que estos insulares fuesen tratados con la consideracion debida; pero mientras ocurria esto, el buque que los llevaba habia marchado á Aragon, donde aquellos infelices prisioneros fueron vendidos como esclavos.

Entre tanto Juan de Bethencurt habia sido introducido en presencia del rey de Castilla, y despues de haberle referido los resultados de su espedicion: «Señor, dijo, vengo á pediros socorro si es que os place; que tengais la bondad de darme licencia para ir á conquistar á la fe cristiana las islas llamadas las Canarias; y puesto que sois rey y señor de todos los paises vecinos y el rey cristiano mas próximo, vengo á implorar vuestra gracia para que os digneis recibirme á haceros de ello homenaje.»

El rey, muy contento, recibió el homenaje del caballero normando. Dióle la señoría de las islas Canarias y además el quinto de las mercancías que vinieran á España de dichas islas. Regalóle asimismo veinte mil maravedís, cerca de quince mil francos, para comprar las provisiones destinadas á abastecer al gobernador Gadifer, y le concedió el derecho de hacer moneda en el país de las Canarias.

Desgraciadamente estos veinte mil maravedís fueron confiados á un hombre de poca fe que se fugó á Francia, llevándose el donativo del rey de Castilla.

Sin embargo, Juan de Bethencurt obtuvo todavía de Enrique III un buque bien equipado, con ochenta hombres de tripulacion y bien provisto de víveres, de armas y de herramientas. Juan de Bethencurt, en estremo reconocido á la generosidad del rey, escribió á Gadifer dándole cuenta de lo que habia hecho, de su grande irritacion y de su sorpresa al saber la conducta de Berneval, en quien habia depositado su confianza, y anunciandole la próxima partida del buque que le habia dado el rey de Castilla.

Durante este tiempo ocurrian graves acontecimientos en la isla de Lanzorote. El rey Guadarfia, resentido con los procedimientos del traidor Berneval habíase rebelado, habiendo sido muertos por los canarios algunos compañeros de Gadifer. Este se hallaba resuelto á exigir el castigo de los culpables, cuando un pariente del rey, el indígena Ache, le propuso apoderarse de Guadarfia y destronarle en beneficio propio. Este Ache era un malvado, que despues de haber hecho traicion á su rey, se proponia vender á los normandos y arrojarlos del país Gadifer no sospechando sus malas intenciones y queriendo vengar la muerte de los suyos, aceptó las proposiciones de Ache, y algun tiempo despues, la víspera de Santa Catalina, fue sorprendido el rey y conducido al fuerte donde le encadenaron.

Algunos dias despues, proclamado Ache nuevamente soberano de la isla, atacó á los compañeros de Gadifer, hiriendo á muchos de ellos mortalmente, pero en la siguiente noche, habiendo logrado escaparse Guadarfia, se apoderó de Ache y le hizo lapidar y quemar inmediatamente.

El gobernador, muy irritado con las violentas escenas que cada dia se renovaban, tomó la resolucion de matar á todos los indígenas, respetando únicamente á las mujeres y á los niños para hacerles bautizar; pero en esta época fue cuando llegó el buque espedido por Juan de Bethencurt, y reclamaron la atencion de Gadifer otros cuidados. Este buque, además de sus ochenta hombres y de las provisiones de que estaba cargado, llevaba una carta en la cual, entre otras cosas, decia Juan de Bethencurt, á Gadifer que habia hecho homenaje al rey de Castilla de las islas Canarias, lo cual no fue del agrado del gobernador porque habia concebido el proyecto de tener parte en aquellas islas; pero disimuló su descontento y acogió benévolamente á los recien llegados.

Hízose al punto el desembarque de los víveres y de las armas, embarcándose al punto Gadifer en el buque para ir á esplorar las islas vecinas. Iba acompañado de Remonnet y de otros muchos, y llevaba consigo dos naturales de Canarias para que le sirviesen de guias.

Gadifer llegó sin tropiezo alguno á la isla de Fuerte Ventura. Algunos dias despues de su desembarque, partió con treinta y cinco hombres á fin de esplorar el país; pero en breve le abandonó la mayor parte de ellos, y solo se quedaron con él trece compañeros, dos de los cuales eran arqueros. Gadifer continuó sin embargo su esploracion. Despues de haber pasado á nado una gran corriente de agua, entró en un magnífico valle á que daban sombra ochocientas palmeras. Luego, habiendo descansado y repuéstose, volvió á emprender su camino á lo largo de una estensa ribera.

Allí aparecieron unos cincuenta indígenas, los cuales, cercando aquella pequeña fuerza, amenazaron esterminarla. Gadifer y sus compañeros opusieron una firme resistencia, logrando hacer huir á sus enemigos, y consiguieron volver á donde estaba su buque, llevándose cuatro mujeres prisioneras.

Al dia siguiente dejó Gadifer á Fuerteventura y fué á abordar á la Gran Canaria, á un gran puerto situado entre Teldes y Argonez. Quinientos indígenas fueron á su encuentro sin hacer demostraciones hostiles; y cambiaron con ellos por anzuelos y objetos de hierro, productos del país, tales como higos y sandragon, sustancia resinosa sacada del dragonero ó dracena cuyo balsámico olor es muy agradable; pero estos canarios se tenian en guardia contra los extranjeros, porque estaban agraviados de las gentes del capitan Lopez, las cuales veinte años antes habian invadido la isla, y no permitieron á Gadifer saltar á tierra.

El gobernador se vió pues obligado á hacerse á la mar sin haber explorado la Gran Canaria, y se dirigió á la isla de Hierro; pero despues de haberla costeado solamente llegó su buque de noche á la isla de la Gomera donde brillaban los fuegos de los indígenas. No bien se hizo de dia, quisieron desembarcar algunos amigos de Gadifer, pero los gomeritas, muy te-

M.C.D. 2018

mibles por su destreza y su intrepidez corrieron al encuentro de los castellanos que se vieron obligados á embarcarse á toda prisa.

Gadifer, muy descontento de la acogida que le hacian estos salvajes canarios resolvió tentar otra vez fortuna en la isla de Hierro. Partió pues y llegó de dia á esta isla donde pudo desembarcar sin obstáculo, y permaneció allí veinte y dos dias.

La isla era magnífica en su parte central. Mas de cien mil pinos la adornaban. Regábanla en muchos sitios arroyos de agua clara y abundante. En ella pululaban las codornices y encontrábanse en abundancia cerdos, cabras y ovejas; pero estaba poco poblada.

Desde esta isla hospitalaria pasaron los conquistadores á la de Palma, donde hicieron fondo en un puerto situado á la derecha de un importante rio. Esta isla era la mas avanzada hácia la parte del Océano. Cubierta de pinos y de otros árboles, regada por buenos rios, revestida con excelentes yerbas, podia prestarse á toda clase de cultivo. Sus habitantes, altos y robustos y bien formados, tenian las facciones graciosas y la piel muy blanca.

Gadifer permaneció poco tiempo en esta isla; sus marineros hicieron agua para el regreso y en dos noches y en dos dias despues de haber costeado las demas islas del archipiélago sin desembarcar en ellas, llegaron al fuerte de Lanzarote, al cabo de una ausencia de tres meses. Durante este tiempo, sus compañeros siempre en guerra con los indígenas, les habian hecho un gran número de prisioneros, y los canarios desmoralizados iban cada dia á rendirse á discrecion y á implorar el sacramento del bautismo. Gadifer, encantado de estos resultados envió á España á uno de sus caballeros con el fin de que diese cuenta á Juan de Bethencurt del estado en que se encontraba á la sazon la colonia de las Canarias.

2.

Regreso de Juan de Bethencurt.—Envidia de Gadifer.— Juan de Bethencurt visita el archipiélago.—Gadifer va á conquistar la Gran Canaria.—Reyerta de los dos señores.—Regresan á España.—Gadifer es censurado por el rey.—Regreso del caballero normando.—Los indígenas de Fuerte Ventura se hacen bautizar.—Juan de Bethencurt vuelve al país de Caux.—Regreso á Lanzarote.—Desembarque en la costa africana.—Conquista de la Gran Canaria, de la isla de Hierro y de la isla de Palma.—Maciot es nombrado gobernador del archipielago.—Juan de Bethencurt, obtiene en Roma del Papa la creacion de un obispado canario.—Su regreso á su país y su muerte.

El enviado del gobernador no habia llegado todavía á Cadiz cuando el baron de Bethencurt desembarcaba en persona en el fuerte de Lanzarote con «una lucida aunque pequeña escolta.» Gadifer y sus compañeros le hicieron muy buen recibimiento, asi como los canarios bautizados. Pocos dias despues el rey Guadarfia fue en persona á entregarse á discrecion y el año 1404, el dia 20 de febrero se hizo cristiano con todos sus compañeros. Los capellanes de Juan de Bethencurt redactaron de acuerdo con él mismo una instruccion muy sencilla comprensiva de los principales hechos del cristianismo, la creacion del mundo, la caida de Adan y Eva, la historia de Noe y de la torre de Babel, la vida de los patriarcas, la historia de Jesucristo y de su muerte y pasion por los judíos, y finalmente, decia la manera como deben entenderse los diez mandamientos de la ley, el Santísimo Sacramento del altar, la Pascua, la confesion y otros puntos.

Juan de Bethencurt era un hombre ambicioso. No contento con haber esplorado y por decirlo así, tomado posesion del archipiélago de las Canarias, soñaba con la conquista de estas comarcas del Africa bañadas por el Océano. Este era su pensamiento secreto al volver á Lanzarote; y no obstante tenia aun mucho que hacer para dar una denominacion efectiva á aquel grupo de islas de las cuales no era mas que señor nominal. Resolvió pues ponerse á la obra, y visitar por sí mismo todas las islas que Gadifer habia ya esplorado.

Pero antes de partir, tuvo una conversacion con Gadifer que es conveniente referir. Gadifer, ponderando sus servicios pidió al baron que le recompensara haciéndole donacion de Fuerte Ventura, de Tenerife y de la Gomera.

—«Amigo mio, le contestó el baron; las islas y el país que quereis no estan aun conquistadas, pero mi intencion no es que perdais vuestro trabajo y que no se os recompense, porque teneis derecho á ello. Ruégoos pues, que terminemos nuestra empresa, permaneciendo entre tanto como hermanos y amigos.

—Muy bien, replicó Gadifer, pero hay una cosa de por medio de que no estoy contento, y es que habeis hecho ya homenage al rey de Castilla de las islas Canarias y que os tituleis señor de ellas.

—En cuanto á lo que decís, respondió Juan de Bethencurt es cierto que he hecho homenage de las islas y que me considero como verdadero señor de ellas, pues que asi place al rey de Castilla. Pero si quereis esperar el fin de esta empresa, para complaceros, no quedareis descontento.

—No pienso permanecer por mucho tiempo en este pais, respondió Gadifer, porque necesito regresar á Francia. No quiero permanecer aquí.»

Despues de esto los dos caballeros se separaron; pero Gadifer se calmó poco á poco y no reusó acompañar á Juan de Bethencurt durante su esploracion por el archipiélago Canario.

El baron de Betencurt bien aprovisionado y mejor armado, se hizo á la vela para Fuert Veentura, permaneció tres meses en esta isla, y para principiar, se apoderó de gran número de indígenas á quienes hizo trasportar á la isla de Lanzarote. No debe causar extrañeza este modo de proceder, que era muy natural en una epoca en que todos los esploradores obraban de esta suerte. Durante su permanencia el baron recorrió toda la isla, despues de haberse fortificado contra los ataques de los indígenas que eran gentes de elevada estatura, fuertes y aferrados á su ley. Edificó pues en la pendiente de una elevada montaña una fortaleza llamada Richeroque, cuyos vestigios se ven todavía en medio de una aldea.

En esta época, y bien que no hubiera olvidado sus agravios y su mal humor que se revelaba con frecuencia en sus palabras, Gadifer aceptó el mando de una compañía que el baron puso á su disposicion para conquistar la Gran Canaria.

Partió el 25 de julio de 1404, pero esta espedicion no tuvo resultado alguno útil. Al principio, fueron muy maltratados los navegantes por la tempestad y los vientos contrarios. Al fin llegaron cerca del puerto de Teldés; pero como se aproximaba la noche y el viento soplaba de firme no se atrevieron á desembarcar en este puerto y fueron mas adelante á la pequeña ciudad de Argyneguy enfrente de la cual permanecieron durante once dias. Excitados allí los naturales por su rey Artamy, prepararon emboscadas, que pudieron ser fatales para la gente de Gadifer. Hubo escaramuzas, efusion de sangre, y los castellanos, no siendo suficientes en número, fueron á pasar dos dias á Teldes; y de allí volvieron á Lanzarote.

Sumamente contrariado por su mal éxito, Gadifer comenzó á no encontrar bien nada de cuanto pasaba á su laredor. Su envidia contra su jefe se acrecentaba cada dia, y se permitia violentas recriminaciones, repitiendo que lo que se habia hecho no era todo obra del baron de Bethencurt, y que no estarian las cosas tan avanzadas si otros no hubieran puesto la mano en ellas. Estas palabras llegaron á oidos del baron.

M.C.D. 2018

que se irritó en estremo y se las censuró al envidioso Gadifer, lo cual ocasionó entre ambos una agria reyerta. Gadifer persistió en su idea de abandonar aquel país, en el cual decia que cuanto mas permaneciera menos ganaria. Precisamente Juan de Bethencurt habia arreglado sus negocios para regresar á España; asi fue que propuso á Gadifer que le acompañara á fin de «proveer á su desacuerdo.» Gadifer aceptó; pero los dos rivales no quisieron ir juntos, y mientras que partia el baron en una nave, Gadifer se daba á la vela en la suya. Ambos llegaron á Sevilla, y Gadifer hizo sus reclamaciones; pero habiéndole dicho el rey de Castilla que no tenia razon y aprobado enteramente la conducta del baron de Bethencurt, Gadifer partió de España volvió á Francia y no regresó jamás á las islas Canarias que habia esperado conquistar por su propia cuenta.

El baron de Bethencurt se despidió del rey casi al mismo tiempo; porque la administracion de la colonia naciente reclamaba imperiosamente su presencia. Antes de su partida, los habitantes de Sevilla, que le estimaban mucho, le hicieron mil regalos y lo que era mas útil, le proveyeron de armas, víveres, oro y plata.

Juan de Bethencurt llegó á la isla de Fuerte Ventura, donde fue recibido con suma alegría por sus compañeros. Gadifer habia dejado al partir á su bastardo Annibal, al cual hizo, no obstante el baron, muy buena acogida.

Los primeros dias de la instalacion del baron de Bethencurt en la isla se señalaron por los numerosos combates que tuvo que sostener con los canarios, los cuales destruyeron la fortaleza de Richeroque, despues de haber quemado una capilla y saqueado los almacenes de provisiones. El baron los persiguió con vigor, concluyendo por obtener la victoria. Mandó una gran parte de sus gentes, que habian permanecido en Lanzarote, y dió sus órdenes para que fuera inmediatamente reconstruida la ciudadela.

Sin embargo volvieron á comenzar los combates, pereciendo muchos canarios, entre otros, cierto gigante de nueve pies de alto, que Juan de Bethencurt hubiera querido coger vivo. El baron no podia fiarse en el bastardo de Gadifer ni en las gentes que le acompañaban. Dicho bastardo habia heredado la envidia de su padre contra el baron; pero necesitando este su ausilio, disimulaba su desconfianza, Por fortuna, sus gentes eran mas numerosas que las que habian permanecido fieles á Gadifer. Pero las recriminaciones de Annibal llegaron á ser tales, que el baron le envió á uno de sus lugartenientes, llamado Juan Courtois, para recordarle su juramento con órden de cumplirlo.

Juan Courtois fue bastante mal recibido, y estuvo á punto de reñir con el bastardo y los suyos, especialmente por causa de ciertos prisioneros canarios que los partidarios de Gadifer retenian indebidamente y no querian devolverles. Annibal tuvo que obedecer, sin embargo; pero Juan Courtois, volviendo á donde estaba el baron, le refirió las insolencias del bastardo y trató de escitar á su señor contra él: «De ninguna manera, le contestó el justo Bethencurt; no quiero que se le haga daño alguno, ni á él ni á los suyos. No debe hacerse todo aquello á que se tiene derecho; antes debemos siempre contenernos y procurar por el honor mas que por el provecho.» Bellas palabras que no serán nunca bastante meditadas.

Sin embargo, á pesar de estas discordias intestinas, continuaba la guerra contra los indígenas y los conquistadores; pero estos, bien armados y «artillados» triunfaban en todos los encuentros. Asi fue que los reyes de Fuerte Ventura, deseosos de parlamentar, enviaron un canario, al baron de Bethencurt para pedirle una tregua. Añadian tambien que su deseo era convertirse al cristianismo. El baron, muy contento con esta idea, respondió que los reyes serian muy bien recibidos, si se le presentaban.

Al punto, el rey de Maxorata, que reinaba en el Nordoeste de la isla, llegó con un séquito de veintidos personas, todas las cuales fueron bautizadas el 18 de enero de 1405. Tres dias de pues, otros veintidos indígenas recibian el sacramento del bautismo. El 25 de enero, el rey que gobernaba la península de Handia, al Sudeste de Fuerte Ventura, se presentó seguido de veintiseis de sus súbditos, que fueron igualmente bautizados. En poco tiempo, todos los habitantes de Fuerte Ventura abrazaron la religion católica.

El baron de Bethencurt, satisfecho con tan feliz resultado, pensó entonces en volver á ver su país. Dejó el mando y el gobierno de las islas á su nuevo lugarteniente Juan Courtois, y partió el último dia de enero, en medio de las lágrimas y de las bendiciones de sus compañeros, llevándose á tres hombres y una mujer de las islas Canarias á los cuales queria enseñar el reino de Francia. Partió, pues, «Dios quiera llevarlo y volverlo á traer» dice la relacion.

En veintiun dias el baron de Bethencurt llegó al puerto de Harfleur, y dos dias despues, volvia á entrar en su mansion de Grainville. Todos los nobles del país salieron á festejarle, y tanto la baronesa como él se hicieron un gran recibimiento. La intencion de Juan de Bethencurt era volverse dentro de un breve plazo á las islas Canarias. Contaba levar consigo á todos sus compatriotas á quienes conviniera seguirle, enganchando gentes de todos los oficios, casadas ó sin casar, á quienes prometió darles tierras. Consiguió, pues, reunir cierto número de emigrantes, entre los cuales habia veintiocho hombres de armas y de ellos veintitres se llevaban á sus mujeres. Habian fletado dos buques para trasportar esta gente, y señalóse para el embarque el dia 6 de mayo. El dia 9 de este mes, el baron de Bethencurt se hizo á la vela y desembarcó en Lanzarote, cuatro meses y medio despues de haber dejado el archipiélago.

El señor normando fue recibido al son de trompetas, clarines, tamboriles, arpas, bocinas y otros instrumentos. Los canarios saludaron con sus danzas y sus cantos el regreso del gobernador, gritando: «¡Ya ha venido nuestro rey!» Juan Courtois fué á toda prisa á presentarse á su capitan que le preguntó como iban los asuntos: «Señor, todo va bien, y cada vez mejor.» respondió el lugarteniente.

Los compañeros del baron de Bethencurt fueron hospedados con él en el fuerte de Lanzarote. El país les agradó mucho. Comian sus dátiles y frutas, que les parecian excelentes, «y nada les hacia daño.»

Despues de haber permanecido por algun tiempo en Lanzarote Juan de Bethencurt partió con sus nuevos compañeros á visitar á Fuerte Ventura. La acogida que recibió aquí no fue menos placentera, sobre todo por parte de los canarios y de sus dos reyes. Estos cenaron con el baron en la fortaleza de Richeroque, que habia hecho reparar Juan Courtois.

El baron de Bethencurt anunció entonces su intencion de conquistar la Gran Canaria, como habia hecho con Lanzarote y Fuerte Ventura. Segun su plan, su sobrino Maciot, á quien habia traido de Francia, debia sucederle en el gobierno de las islas, para que en este país nunca faltase el nombre de Bethencurt. Dió parte de este proyecto al lugarteniente Juan Courtois, quien lo aprovó, añadiendo: «Señor, si Dios quiere, cuando volvais á Francia volveré yo tambien. Soy un mal marido; hace

M.C.D. 2018

cinco años que no veo á mi mujer, y en verdad, que ella no lo siente mucho.»

Fijóse la partida á la gran Canaria en el dia 6 de octubre de 1405. Tres buques trasportaron el pequeño ejército del baron; pero el viento los impelió á la costa africana, pasando mas allá del cabo de Bojador, donde desembarcó Juan de Bethencurt. Hizo un reconocimiento de ocho leguas en el país, y se apoderó de algunos indígenas y de tres mil camellos que llevó á la playa habiendo embarcado en su buque, el mayor número posible de estos animales, pues juzgó oportuno aclimatarlos en las Canarias; el baron dió el buque á la vela, abandonando el cabo de Bojador, que habia tenido el honor de reconocer treinta años antes que los navegantes portugueses.

Durante esta navegacion desde la costa africana á la Gran Canaria, fueron separados por los vientos los tres buques. El uno llegó á Fuerte Ventura, y el otro á la isla de Palma; pero al fin los tres se reunieron en el punto convenido. La Gran Canaria media veinte leguas de longitud y doce de latitud. La parte del Norte era un país llano y la del Sur era montañosa. Los abetos, olivos, higueras y palmeras, formaban verdaderos bosques. Hallábanse en gran cantidad en esta isla ovejas, cabras y perros salvajes. La tierra fácil de labrar, producia anualmente dos cosechas de trigo, y esto sin abono alguno. Sus habitantes formaban un gran pueblo y todos se tenian por nobles.

Cuando hubo verificado su desembarco Juan de Bethencurt pensó en conquistar el país. Desgraciadamente, sus guerreros normandos se hallaban muy envanecidos, y se lisonjeaban de conquistar solamente con veinte hombres toda la Gran Canaria y á sus diez mil indígenas. El baron de Bethencurt, viéndoles tan envanecidos, les recomendó mucho la prudencia, pero ellos no le hicieron el menor caso; lo cual les costtó caro. En efecto; en una escaramuza, durante la que llevaban ventaja en un principio sobre los canarios, llegaron á desbandarse, y habiendo sido sorprendidos entonces por los indígenas, fueron muertos hasta veintidos, entre ellos Juan Courtois, y Annibal, el bastardo de Gadifer.

Despues de este sensible encuentro, el baron de Bethencurt abandonó la GranCanaria para ir á someter á su dominio la isla de Palma. Sus naturales eran gentes de suma destreza en el manejo de la honda, pocas veces erraban el blanco. Asi fue, que en los numerosos combates con los indígenas, hubo muchos muertos de cada parte, aunque mas de la de los canarios, no obstante perecer mas de un centenar de normandos.

Despues de seis semanas de escaramuzas, el baron abandonó la isla de Palma y fué á pasar tres meses á la de Hierro, de siete leguas de largo sobre cinco de ancho, y que tiene la forma de media luna. Su suelo es elevado y llano. Hállase cubierto en muchas partes por bosques de pinos y de laureles. Humedécenlo los vapores retenidos por las altas montañas, haciéndole propio para el cultivo del trigo y de la vid. Es muy abundante en caza, y recorren la campiña multitud de cerdos, cabras y ovejas, en compañía de grandes lagartos que tienen el tamaño de los iguanas de América. En cuanto á los habitantes del país, tanto los hombres como las mujeres son hermosos, alegres, sanos, ágiles de cuerpo, bien proporcionados y muy inclinados al matrimonio. En suma, esta isla de Hierro es una de las mas «agradables» del archipiélago.

El baron de Bethencurt, despues de haber conquistado la isla de Hierro y la de Palma, volvió con sus naves á Fuerte Ventura. Esta isla, de diez y siete leguas de longitud por ocho de latitud, está formada de llanuras y de montañas. Sin embargo, su suelo es menos accidentado que el de las demás islas del archipiélago. Grandes corrientes de agua dulce circulan por debajo de magníficos bosques; pero los euforbios de jugo lechoso y acre que hay en ellas suministran un veneno muy activo. Además abundan allí las palmeras, los olivos y los lentisqueros, asi como cierta planta tintórea, cuyo cultivo no podria menos de ser sumamente productivo. La costa de Fuerte Ventura no ofrece fácil refugio á los grandes buques, pero los pequeños pueden cobijarse en ella con seguridad.

En esta isla fue donde el baron de Bethencurt comenzó á efectuar un repartimiento de tierras entre sus colonos; y lo verificó con tanta equidad y justicia, que todos quedaron contentos con su lote. Los sugetos que habia llevado consigo, sus propios compañeros, quedaban excentos de todo impuesto durante nueve año

La cuestion religiosa y su administracion no podia ser indiferente á un hombre tan piadoso como el baron de Bethencurt. Asi pues, tomó la resolucion de ir á Roma, á fin de obtener para este pais un obispo que «ordenara y ensalzase la fé católica.» Pero antes de partir, nombró á su sobrino Maciot de Bethencurt, lugarteniente y gobernador de todas las islas del archipiélago, á cuyas órdenes debian ejercer dos funcionarios la administracion de justicia; mandó tambien que, se le enviaran dos veces al año, noticias á Normandía y que las rentas de Lanzarote y de Fuerte Ventura se emplearan en edificar dos iglesias

Al partir, dijo á su sobrino Maciot: «Además os doy pleno poder y autoridad para que ordeneis y hagais ejecutar todo cuanto juzgueis útil y honroso, salvando primero mi honor y mi provecho. Seguid lo mas pronto que os sea posible las costumbres de Francia y de Normandía, en lo respectivo á la administracion de justicia y en lo demas que creais conveniente practicar. Asi, os ruego y encargo que en cuanto fuere posible mantengais la paz y union entre todos, que os ameis todos como hermanos, y que especialmente no haya entre vosotros los nobles género alguno de envidia. Ya he señalado á cada uno lo que le concierne hacer; el país es bastante extenso; aplacaos pacificaos unos á otros y auxiliaos mútuamente. No sé qué mas deciros sino que principalmente tengais mútua paz y de este modo todo irá bien.»

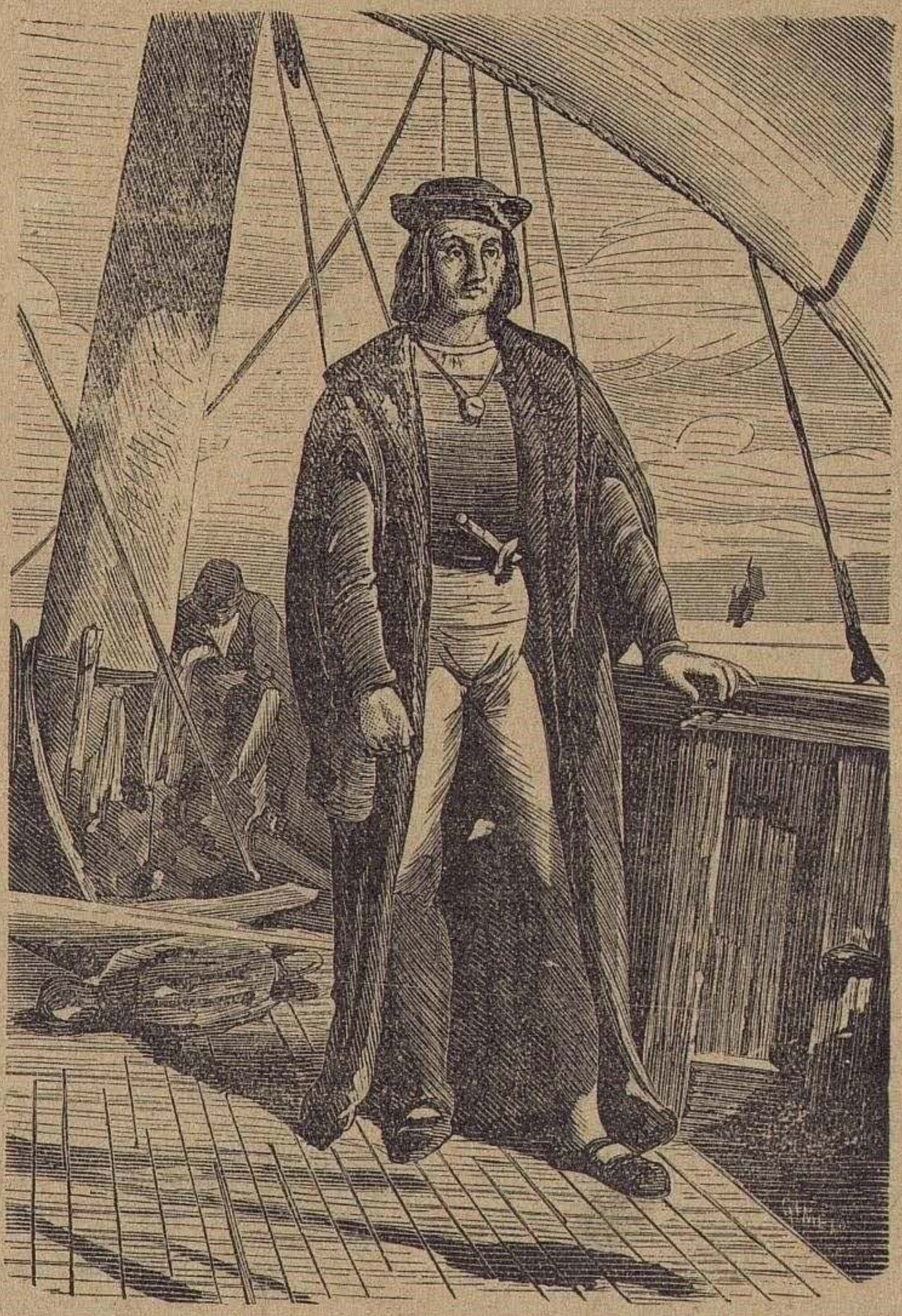
El baron de Bethencurt permaneció tres meses en la isla de Fuerte Ventura, y en las demás; iba caballero en una mula, conversando con las gentes del pais que comenzaban á hablar la lengua normanda. Maciot y otros nobles le acompañaban; y por su parte les indicaba todo aquello que convenia hacer y las medidas prudentes que debian tomar. Despues de haber explorado bien el archipiélago que habia conquistado; anunció que partiria para Roma el 15 de diciembre de aquel año.

Habiendo vuelto á Lanzarote el baron de Bethencurt permaneció allí hasta su marcha á Roma. Entonces ordenó á todos los nobles que le habian acompañado, á sus operarios y á los tres reyes canarios que se reunieron en su presencia dos dias antes de su marcha, á fin de decirles su voluntad y de encomendarles á Dios.

Ninguno faltó á la cita. El baron de Bethencurt les recibió á todos en la fortaleza de Lanzarote donde los trató suntuosamente. Terminada la comida, subió á un sillon un poco alto y reiteró sus recomendaciones relativas á la obediencia que todos debian prestar á su sobrino Maciot, al pago del quinto de todos los productos en beneficio suyo, á la práctica los deberes de cristiano y al amor de Dios. Despues, escogió á los que debian acompañarle á Roma, y se dispuso á partir.

Apenas estuvo aparejado su navio, todos prorumpieron en llanto. Europeos y naturales de Canarias

M.C.D. 2018



Juan de Bethencurt.

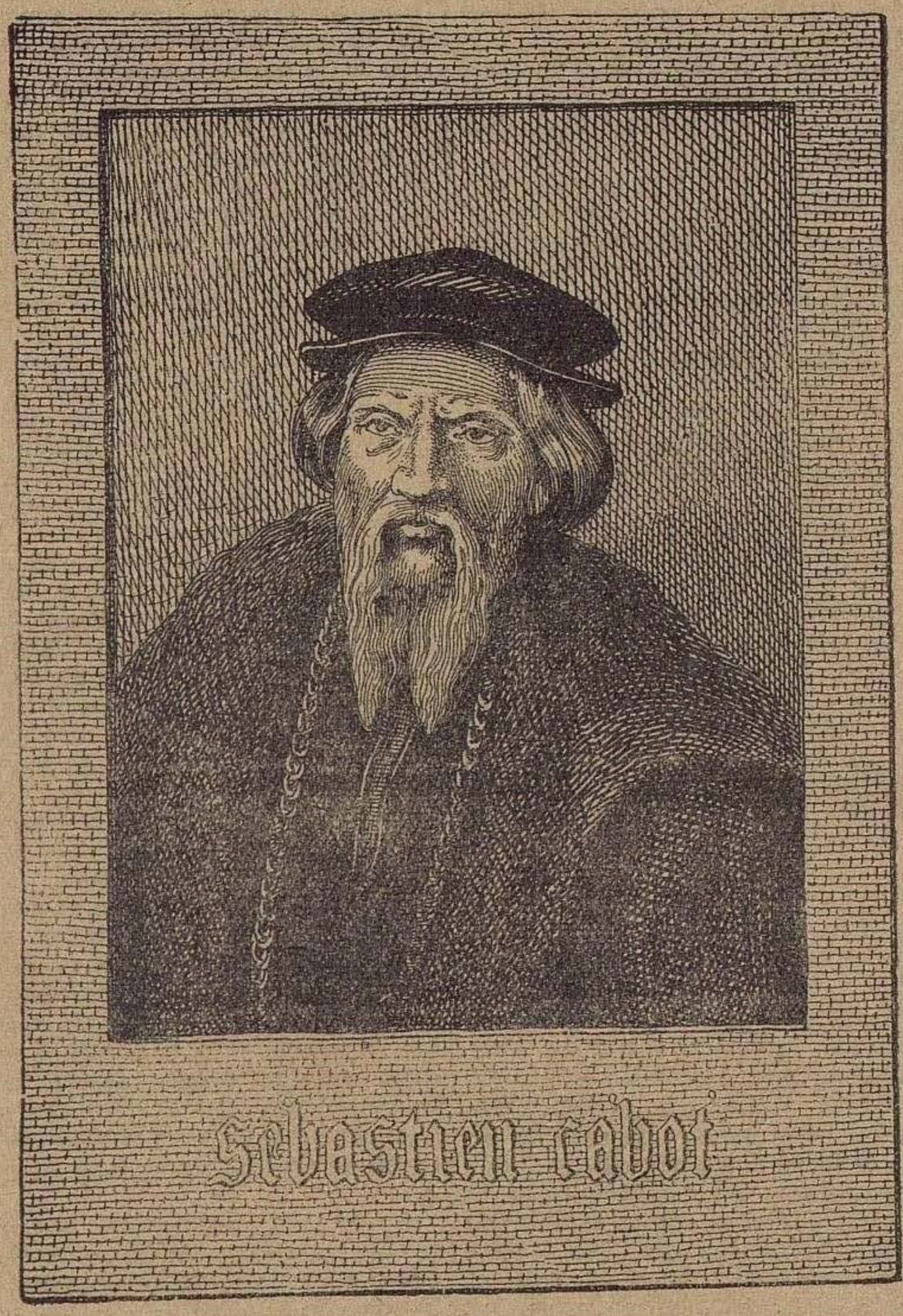
todos lloraban por aquel «equitativo señor,» á quien no esperaban volver á ver nunca. Muchos de ellos se echaron al agua y procuraron detener el buque que lo llevaba. Pero, la vela está hinchada, el señor de Bethencurt parte «¡Dios le guarde con su gracia de todo mal y tropiezo!»

El baron normando llegó en siete dias á Sevilla. Desde allí fué á reunirse con el rey en Valladolid, donde fue recibido con gran favor. Refirió la historia de su conquista al rey de España y le pidió cartas de recomendacion para el Papa, á fin de obtener la creacion de un obispado en las islas Canarias. El rey, despues de haberle tratado perfectamente y de haberle colmado de regalos, le dió las cartas que pedia, y el baron de Bethencurt partió para Roma con una brillante comitiva.

En la ciudad eterna, permaneció el baron por tres semanas. Fue admitido á besar los pies del Papa Inocencio VII, quien al felicitarle por haber conquistado á la fé católica todas las islas Canarias, le cumplimentó por el valor de que habia dado prueba al alejarse tanto de Francia. Despues, fueron expedidas las bulas y tal como lo solicitaba el baron, fue nombrado obispo de todas las islas Canarias, Alberto de Maisons. Finalmente, el baron se despidió del Papa, que le dió su bendicion.

El nuevo prelado se despidió del baron y partió inmediatamente á su diócesis. A su paso por España, entregó al rey las cartas de Juan de Bethencurt; despues, hízose á la vela para Fuerte Ventura, á donde llegó sin dificultad. Maciot que habia sido armado caballero le recibió con grandes consideraciones. Alberto de Maisons organizó inmediatamente su diócesis, gobernando con benevolencia y equidad, predicando con frecuencia, ya en una isla ya en otra, é instituyendo en su iglesia oraciones especiales por Juan de Bethencurt. Maciot era querido de todos igualmente, y en especial de las gentes del país. Es verdad que esta buena época de bonanza solo duró cinco años, porque mas adelante, Maciot, enorgullecido con el ejercicio del poder supremo, entró en la via de las exacciones y fue lanzado del país.

M.C.D. 2018



Sebastián Cabot.

Entre tanto el baron de Bethencurt habia salido de Roma. Pasó pues por Florencia y París, y llegó á Bethencurt, donde fueron á visitar gran número de nobles, en su persona, el rey de las Canarias. No hay que preguntar si fue agasajado, pues si acudió mucha gente en el primer viaje del baron, esta vez acudió mucha mas todavía.

El baron de Bethencurt «ya anciano,» se instaló en Grainville con su esposa, todavía jóven y bella. Recibia con frecuencia noticia de sus queridas islas y de su sobrino Maciot, y tenia esperanzas de regresar á su reino de Canarias; pero Dios no le dió este gusto.

Un dia, en el año 1425, cayó enfermo el baron en su palacio y desde el primer momento se comprendió que iba á morir. Hizo pues su testamento, recibió los Santos Sacramentos de la Iglesia, «y segun dice la relacion, al terminar, se fue de este siglo al otro. ¡Dios le haya perdonado sus culpas! Fue enterrado en Grainville la Teinturiere, en la iglesia de dicha poblacion, delante del altar mayor, y murió en el año 1425.»

CAPITULO VII.

Cristóbal Colon (1436-1506).

I.

Descubrimiento de la isla Madera, de las islas de Cabo Verde, de las Azores, de la Guinea y de Congo.—Cabot y el Labrador.—Tendencias geográficas y comerciales de la edad media.—Error admitido generalmente sobre la distancia que separaba la Europa del Asia.—Nacimiento de Cristóbal Colon.—Sus primeros viajes.—Son rechazados sus proyectos.—Su permanencia en el convento de los Franciscanos.—Es recibido al fin por Fernando é Isabel.—Su tratado de 17 de abril de 1492.—Los hermanos Pinzon.—Armamento de tres carabelas en el Puerto de Palos.—Partida del 3 de agosto de 1492.

El año 1492 es célebre en los análes geográficos. Es la fecha memorable del descubrimiento de América. El genio de un hombre iba, por decirlo asi, á completar el globo terrestre, justificando aquel verso de Gagliuffi:

Unus erat mundus; duo sint, ait iste: fuere.

El antiguo mundo debia pues encargarse de la educacion moral y política del nuevo. ¿Hallábase á la al-

M.C.D. 2018

tura de esta empresa con sus ideas todavía limitadas, sus propensiones semi-bárbaras, sus odios religiosos? Los hechos responderán por sí mismos

¿Qué había pasado entre el año 1405 á fines del cual Juan de Bethencurt acababa de terminar su colonizacion de las Canarias y el año 1492? Puede referirse en pocas líneas.

En 1418, dos gentiles hombres, Juan Gonzalez Zarco y Tristan Vaz Teixeira, intentando doblar el cabo Bojador fueron arrastrados mar adentro y arrojados á un islote á que dieron el nombre de Puerto Santo. Algun tiempo despues, navegando hácia el punto negro que permanecia fijo en el horizonte, descubrieron una estensa isla cubierta de magníficos bosques. Era la isla Madera.

En 1441, Antonio Gonzalez y Nuño Tristan, recorriendo la costa de Africa y doblando por fin el cabo Bojador, avanzaron ciento cincuenta leguas mas allá, hasta el cabo Blanco, esto es, á veintiun grados de latitud; y probablemente, en un segundo viaje, descubrió Tristan algunas islas del cabo Verde y reconoció la costa hasta Sierra Leona. En 1444 Cadamosto doblaba el cabo Verde y exploraba una parte de la costa inferior. Hácia el año 1446, avanzando los portugueses hacia el Oeste mas allá que sus antecesores, llegaron al archipiélago de las Azores. Finalmente, desde 1463 hasta 1484 eran sucesivamente descubiertas la Guinea y la parte septentrional del Congo, y Diego Cano doblando el Cabo de Santa Catalina mas allá del Ecuador, descendian al Sur hasta un punto que no se halla bien determinado.

Vése pues, que todas las exploraciones propendian á dar la vuelta al continente africano, cuya extension no podia presentirse ¿Hasta qué latitud se prolongaba hácia el Sur? ¿Debia esperarse, al darle la vuelta, que fuera posible penetrar en los mares del Asia? Tal era la gran cuestion de aquella época. Un caballero llamado Clemente Diaz, fue quien determinó rigurosamente en 1487 la situacion de esta punta africana, á la que le dió el nombre de cabo de las Tormentas. Vasco de Gama dobló este cabo en 1497, ó sea, cinco años despues del descubrimiento de América. Puede pues afirmarse que si el extremo del Africa se hubiera doblado antes de 1492, si Vasco de Gama hubiera precedido á Colon, es verosímil que se hubiera retardado algunos siglos el descubrimiento del nuevo continente.

En efecto, los navegantes de esta época se mostraban muy tímidos, no atreviéndose á aventurarse en pleno Océano; poco resueltos á arrostrar mares desconocidos, seguian prudentemente la costa africana sin alejarse nunca de ella. Si hubieran pues doblado el cabo de las Tormentas, los marinos hubieran adquirido la costumbre de ir á las Indias por esta via, y ninguno de ellos hubiera pensado en ir al «País de las Especias,» es decir, al Asia, aventurandose al través del Atlántico. En efecto, ¿á quién hubiera ocurrido la idea de buscar el Oriente por las rutas del Occidente?

Precisamente y por tales motivos hallábase esta idea á la órden del dia. «El principal objeto de las empresas marítimas de los portugueses en el siglo XV, dice Cooley, era buscar un paso á las Indias por el Occeano.» Los mas sabios no llegaban á suponer la existencia de un nuevo continente, por razon de equilibrio y de ponderacion del globo terrestre. Diremos mas. Algunas partes del continente americano, habian sido descubiertas Un navegante italiano, Sebastian Cabot en 1487, habia fondeado en un punto del Labrador. Los normandos escandinavos habian desembarcado sin duda en estas costas desconocidas. Los colonos de Groenlandia, habian explorado la tierra de Vinland; pero era tal la disposicion de los espíritus en esta época, tal lo improbable de la existencia de un nuevo mundo, que aquella Groenlandia, aquel Vinland y aquella isla del Labrador, no eran consideradas, sino como una prolongacion de las tierras europeas.

Los navegantes del siglo XV, solo trataban, pues, de establecer comunicaciones mas fáciles con las costas del Asia. En efecto, la ruta de las Indias, de la China y del Japon, comarcas ya conocidas por las maravillosas relaciones de Marco Polo, esta ruta que atravesaba el Asia Menor, la Persia y la Tartaria, era larga y peligrosa. Por otra parte, estas «vias terrestres» no podian ser nunca comerciales, porque los trasportes eran muy difíciles y muy costosos. Era preciso, pues, buscar una comunicacion mas practicable. Asi es que todos los pueblos del litoral europeo, desde Inglaterra hasta España; todas las poblaciones ribereñas del Mediterráneo, al ver abiertos ante sus bajeles los grandes caminos del Atlántico, debian preguntarse y se preguntaban en efecto, si conducian á las costas del Asia.

Habiéndose demostrado la forma esférica de la tierra, era exacto este raciocinio. Marchando siempre hácia el Oeste, se debia llegar necesariamente al Este. En cuanto á la ruta al través del Occeano no podia menos de estar libre. En efecto ¿quién habia de haber previsto ni sospechado jamás la existencia de un obstáculo de mas de tres mil doscientas cincuenta leguas de estension, colocado entre Europa y Asia, y que se llama América?

Es preciso observar, por otra parte, que los sabios de la edad media no creian que las costas del Asia estuvieran situadas á mas de dos mil leguas de las de Europa. Aristóteles suponia el globo terrestre mas pequeño de lo que es realmente. «¿Cuál es la distancia desde las últimas costas de España, hasta la India? decia Séneca. La de muy pocos dias si el viento es favorable á la nave.» Tal era el parecer de Estrabon. Esta ruta entre la Europa y el Asia, debia ser corta. Ademas, debian asegurar la facilidad de las comunicaciones trasoceánica, los puntos de escala, tales como las Azores y las islas Antilla, cuya existencia se admitia en el siglo XV, entre Europa y Asia.

Puede pues afirmarse que este error de distancia tan generalmente admitido, ofreció la ventaja de impulsar á los navegantes de aquella época á intentar la travesía del Atlántico. Si hubieran sabido la verdadera distancia que separa la Europa del Asia, esto es, cinco mil leguas, no se habrian aventurado en los mares del Oeste.

Debemos tambien decir, que algunos hechos daban, ó mas bien parecian dar la razon á los partidarios de Aristóteles y de Estrabon que creian en la proximidad de las costas Orientales. Así, navegando un piloto del rey de Portugal, á cuatrocientas cincuenta leguas del cabo de San Vicente, situado en la punta de los Algarves, encontró un pedazo de madera adornado con esculturas antiguas que solo podian provenir de un continente poco lejano. Cerca de la isla Madera, habian encontrado unos pescadores un poste esculpido y largos bambues que por su forma parecian á los de la península india. Además los habitantes de las Azores, encontraban con frecuencia, en sus playas, pinos gigantescos de una especie desconocida, y un dia recogieren dos cuerpos humanos «cadáveres de ancha faz, dice el cronista Herrera, que no se asemejaban á los de los cristianos.»

Estos diversos hechos agitaban, pues las imaginaciones. Como se ignoraba en el siglo XV la existencia del *Gulf-Stream* (1) que al aproximarse á las costas europeas, les trae resíduos americanos, habia fundamento para atribuir á estos restos un orígen

(1) Gran corriente del Atlántico, cuyas aguas llevadas hácia el O. atraviesan el golfo de Méjico, pasan por el canal de Bahama y suben por las costas de los Estados-Unidos hasta llegar á Terranova.

M.C.D. 2018

puramente asiático. El Asia no se hallaba pues muy distante de Europa y las comunicaciones entre estos dos estremos del viejo continente debian ser faciles.

Asi es que ningun geógrafo de aquella epoca pensaba que pudiera existir un nuevo mundo, lo cual conviene consignar categóricamente. No se trataba, pues, de buscar esta ruta del Oeste, de estender los conocimientos geográficos. No: los que se pusieron á la cabeza de este movimiento y los que preconizaron esta travesía del Atlántico, fueron los mercaderes que solo pensaban en su tráfico y en verificarlo por el camino mas corto.

Debe tambien añadirse que la brújula, inventada segun la opinion mas general, hácia el año 1304, por un tal Flavio Gioja, natural de Amalfi, permitia á las embarcaciones alejarse de las costas y aventurarse fuera de la vista de tierra; además, Martin Behsain y dos médicos de Enrique de Portugal, habian encontrado el medio de guiarse por la altura del Sol y de aplicar el astrolabio (1) á las necesidades de la navegacion.

Admitidas estas ventajas, la cuestion comercial de la ruta del Oeste, era tratada diariamente en España, en Portugal, en Italia, pais donde la ciencia es obra de la imaginacion, respecto de las tres cuartas partes de sus habitantes. Se discutia y se escribia. Sobrescitados los comerciantes, impulsaban á los sabios al estudio. Formábase un grupo de hechos, de sistemas, de doctrinas, siendo ya tiempo de que una sola inteligencia llegara á reunirlos y se los asimilase. Todas estas ideas esparcidas, concluyeron por acumularse en la cabeza de un hombre que tuvo en un grado estraordinario el genio de la perseverancia y de la audacia.

Este hombre fue Cristóbal Colon que nació, segun es lo mas probable, en Génova, hácia el año 1436. Decimos segun lo mas probable, porque las poblaciones de Cogoreo y Nervi reclaman con Savona y Génova, el honor de haberle visto nacer (2). En cuanto al año exacto del nacimiento de este ilustre navegante, varía segun los comentadores, de 1430 á 1445; pero el año 1436 parece corresponder mas exactamente con los documentos menos discutibles.

La familia de Cristóbal Colon era de condicion humilde. Su padre, Domingo Colon, fabricante de lanas, gozaba, no obstante, cierto desahogo que le permitió dar á sus hijos una educacion superior á la comun. El jóven Colon, el mayor de la familia, fue enviado á la universidad de Pavía, á estudiar la gramatica, la lengua latina, la geografía, la astronomía y la navegación.

A los catorce años, dejó Colon los bancos de la escuela, por la cubierta de un navío, y preciso es confesar que, desde esta época hasta 1487, aparece muy oscuro este periodo de su vida. Citemos á este propósito la opinion de Humboldt, que refiere Mr. Charton, cuyo pesar se aumenta «al ver esta incertidumbre respecto de Colon, cuando recuerda las minuciosidades que han conservado los cronistas acerca de la vida del perro Becerrillo y del elefante Abulabahat que Aarun-al-Raschyd envió á Carlomagno!»

Lo que parece mas probable si nos referimos á los documentos del tiempo y á los escritos del mismo Colon, es que el jóven viajero visitó el Levante, el Occidente, el Norte, varias veces la Inglaterra, el Portugal, la costa de Guinea, las islas africanas y tal vez tambien la misma Groenlandia, habiendo navegado á la edad de cuarenta años, «todo cuanto se habia navegado hasta su época.»

Cristóbal Colon habia llegado á ser un buen marino. Su bien sentada reputacion, hizo que le eligieran para mandar las galeras genovesas en la época de la guerra de la república con Venecia. El nuevo comandante hizo en seguida una espedicion á las costas berberiscas por cuenta del rey René de Anjou y finalmente en 1477, fué á reconocer estas tierras encerradas mas allá de los hielos de Islandia.

Terminado felizmente este viaje, volvió Cristóbal Colon á Lisboa, donde habia fijado su domicilio. Allí se casó con la hija de un caballero italiano, Bartolomeo Muniz Perestrello, marino como él y muy entregado á la corriente de las ideas geográficas. Su mujer, doña Felipa, carecia de fortuna como él: asi es que fue necesario trabajar para vivir. El futuro descubridor del Nuevo Mundo se puso á hacer libros de estampas, á fabricar globos terrestres, mapas geográficos, planos náuticos hasta 1484, sin abandonar sus trabajos científicos y literarios. Es muy probable que durante este periodo repasara todos sus estudios y que llegase á adquirir una instruccion muy superior á la de los marinos de su tiempo. ¿Fué tal vez en esta época cuando germinó «la grande idea» por primera vez en su mente? Asi puede suponerse. Cristóbal Colon seguia asiduamente las discusiones relativas á las rutas del Oeste y á la facilidad de las comunicaciones por el Occidente entre la Europa y el Asia. Su correspondencia prueba que participaba de la opinion de Aristóteles sobre la distancia, relativamente corta, que separaba las riberas estremas del antiguo continente. Escribia con frecuencia á los sabios mas distinguidos de su tiempo, á aquel Martin Behaim de quien ya hemos hablado, al célebre astrónomo florentino Toscaneli, cuyas opiniones no dejaron de influir en las de Cristóbal Colon.

En esta época, segun el retrato que de él hace su historiador Washington Irwing, Cristóbal Colon era un hombre de elevada estatura, robusto y de noble presencia. Tenia la cara larga, la nariz aguileña, los pómulos salientes, los ojos claros y llenos de fuego; la tez viva y salpicada de algunas pecas. Era un cristiano de profundas convicciones que cumplia con una fe sincera los deberes de la religion católica.

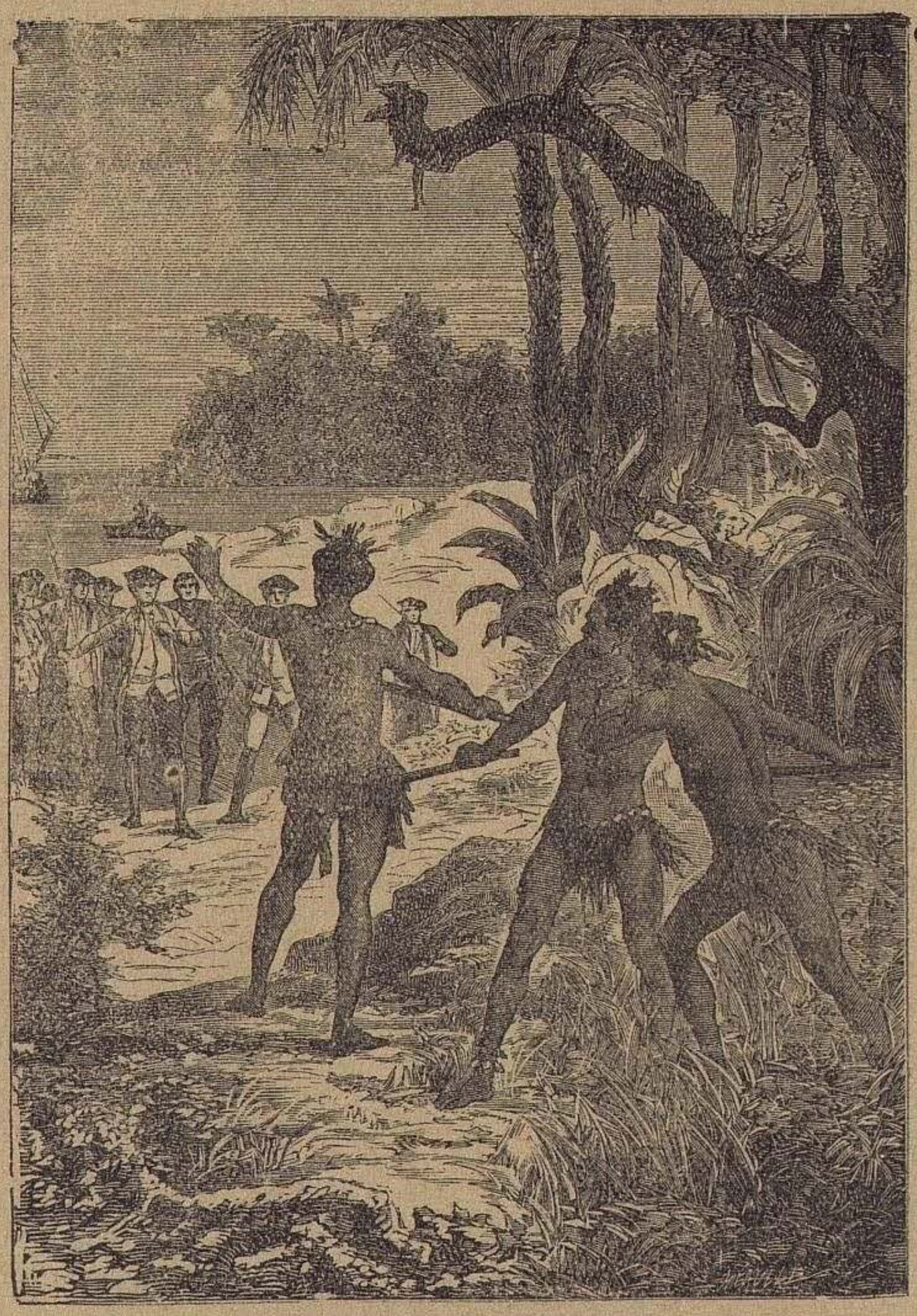
En la épca en que Cristóbal Colon se hallaba en relaciones con el astrónomo Toscanelli, supo que éste, á peticion de Alfonso V, rey de Portugal, habia entregado al rey una Memoria sobre la posibilidad de llegar á las Indias por la via del Oeste. Consultado Colon, apoyó con toda su autoridad las ideas de Toscanelli, favorables á esta tentativa; pero este proyecto no tuvo resultado alguno, porque el rey de Portugal, distraido con las guerras que sostenia con España, murió sin haber podido dirigir su atencion á los descubrimientos marítimos.

(1) Instrumento que se emplea para tomar la altura del polo y de los astros. (D. de G.)

(2) La ciudad de Génova tiene á su favor, para poder gloriarse de haber sido la cuna de Colon, el mayor y mas importante número de testimonios y documentos. Andrés Bernaldez, cura de los Palacios y amigo íntimo de Colon, dice que era de Génova, y lo mismo afirman Agustino Giustiniani, contemporáneo de Colon, en su Salterio Poliglota publicado en Génova en 1516, y Antonio Herrera, autor exactísimo, muy erudito y poseedor de documentos fidedignos. Lo mismo aseguran Alejandro Geraldini, hermano del Nuncio, instructor de los hijos de Fernando é Isabel, é intimo amigo de Colon; Antonio Gallo, Bartolomé Seneraya y Uberto Foglietto, contemporáneos del almirante y naturales de Génova, y otros autores posteriores.

El mismo Colon, en un testamento otorgado en 1498 y admitido despues en los tribunales españoles como argumento en los pleitos con sus descendientes, declara dos veces ser natural de Génova: «siendo yo nacido en Génova,» dice en su contexto, y en el párrafo ó artículo 16 de dicho documento, manifiesta el interés que tomaba por su ciudad nativa, diciendo: «Mando al dicho don Diego, mi hijo, ó á la persona que heredase el dicho mayorazgo, que tenga y sostenga siempre en la ciudad de Génova una persona de nuestro linaje, é le ordene renta con que pueda vivir honestamente, como persona tan allegada á nuestro linaje, y haga pié y raiz en la dicha ciudad como natural de ella, porque podrá haber de la dicha ciudad ayuda ó favor en las cosas del menester suyo, *puesto que de ella salí y en ella nací*.» En un codicilo hecho por Colon en Valladolid á 4 de mayo de 1506, diez y seis dias antes de su muerte, descubierto en el año 1785 en la biblioteca Corsini de Roma, escrito en un breviario que regaló al célebre navegante el Papa Alejandro VII, expresa Colon que dejaba este libro á *su amada patria la república de Genova*.

M.C.D. 2018



Salieron de los bosques tres indios.

Su sucesor Juan II. aceptó con entusiasmo los planes combinados de Colon y de Toscanelli. Sin embargo, con una mala fe que debe denunciarse, trató de despojar á estos dos sabios del beneficio de su proposicion, y sin avisarles, hizo partir una carabela para tentar esta grande empresa y llegar á la China atravesando el Atlantico. Pero no contó con la inesperiencia de sus pilotos, con la tempestad que se declaró contra ellos, y algunos dias despues de su partida, un huracan hizo volver á Lisboa á los marinos del rey de Portugal.

Justamente resentido Cristóbal Colon por esta accion tan poco delicada, comprendió que no podia contar ya con un rey que le habia engañado tan indignamente. Habiendo enviudado, partió de España con su hijo Diego á fines del año de 1484. Créese que se fué á Génova, y despues á Venecia, donde fueron bastante mal acogidos sus proyectos de navegacion transoceánica.

Como quiera que sea, vuelve á encontrársele en España durante el año de 1485. El pobre gran hombre se hallaba sin recursos. Viajaba á pie, llevando en sus brazos á su hijo Diego, de edad de diez años. Pero desde este período de su vida, le sigue la historia paso á paso, no le pierde de vista, y llega á conservar á la posteridad hasta los menores incidentes de esta gran existencia.

Cristóbal Colon se hallaba entonces en Andalucía, á media legua del puerto de Palos Desprovisto de todo, pereciendo de hambre, llamó á la puerta de un convento de franciscanos dedicado á Santa María de la Rábida, y pidió la limosna de un poco de pan y de agua para su hijo y para él.

El guardian del convento, Juan Perez de Marchena, concedió hospitalidad al desdichado viajero. Hízole algunas preguntas y quedó sorprendido de la nobleza de su lenguaje y maravillado de lo atrevido de sus ideas, pues Cristóbal Colon le dió á conocer sus aspiraciones. El marino errante permaneció en este convento hospitalario durante algunos meses. Varios monges ilustrados se interesaron por él y por sus proyectos. Estudiaron sus planes, tomaron noticias de los navegantes acreditados y, preciso es consignarlo, fueron los primeros que creyeron en el genio de Cristóbal Colon. Juan Perez hizo mas; ofreció al padre encargarse de la educacion de su hijo, y le dió una eficaz carta de recomendacion para el confesor de la reina de Castilla.

Este confesor, prior del monasterio del Prado, gozaba de toda la confianza de Fernando é Isabel; pero

M.C.D. 2018

no supo comprender los proyectos del navegante genovés, y no le sirvió de nada cerca de su real penitente.

Cristóbal Colon tuvo que resignarse todavía y esperar. Estableció, pues, su residencia en Córdoba, á donde debia trasladarse en breve la corte, y volvió para procurarse la vida con su oficio de estampero. ¿Podrá citarse en la historia de los hombres ilustres una existencia mas desgraciada y fuera de su centro que la del gran navegante? ¿Podria maltratarle la fortuna con golpes mas redoblados? Pero este hombre de genio, indomable, infatigable, sobreponiéndose á tantas pruebas, no desesperaba. Hallábase poseido del fuego sagrado; trabajaba de continuo, visitando personajes influyentes, difundiendo y defendiendo sus ideas y combatiendo sin cesar con la mas heróica energía. Finalmente, concluyó por obtener la proteccion del gran cardenal, arzobispo de Toledo, Don Pedro Gonzalez de Mendoza, y gracias á él, fue admitido á la presencia del rey y de la reina de España.

Cristóbal Colon debió creer entonces que tocaba el término de sus tribulaciones. Fernando é Isabel acogieron favorablemente su proyecto, que fue sometido al éxamen de un consejo de sabios, de prelados y de religiosos reunidos *ad hoc*, en un convento de dominicos de Salamanca.

Pero el desgraciado so icitante no habia llegado al término de sus vicisitudes. En esta reunion estuvieron todos los jueces contra él. En efecto, sus ideas se rozaban con las cuestiones religiosas tan apasionadas en el siglo XV. Los Padres de la Iglesia habian negado la figura esférica de la tierra, y por consiguiente, puesto que la tierra no era redonda, un viaje de circunnavegacion estaba absolutamente en contradiccion con los testos de la Biblia, y no podia emprenderse lógicamente. «Por otra parte, decian aquellos teólogos, si se llegaba á bajar al otro hemisferio, ¿cómo se podria volver á subir á este?»

Semejante argumento era de gran peso para aquella época. Así, Cristóbal Colon se vió casi acusado del crímen de herejía; y si bien pudo librarse de las malas disposiciones del concilio, quedó aplazado todavía el estudio de su proyecto.

Asi trascurrieron largos años. El pobre hombre de genio, desesperando de conseguir resultado favorable en España, envió á su hermano al rey de Inglaterra, Enrique VII, á ofrecerle sus servicios; pero el rey no le contestó probablemente.

Entonces Cristóbal Colon volvió con una nueva instancia al rey Fernando; pero este se hallaba a la sazon empeñado en su guerra de esterminio contra los moros, y hasts 1492, en que los hubo arrojado de España, no prestó nuevamente oido al genovés.

Esta vez se examinó maduramente el proyecto. El rey consintió en intentar la empresa; pero como es propio de almas bien templadas, Cristóbal Colon quiso imponer sus condiciones. ¡Se regateó á quien iba á enriquecer á España! Colon indignado iba sin duda á abandonar para siempre este ingrato país; pero la reina Isabel, conmovida con la idea de convertir á la fe católica á los infieles del Asia, hizo, conducir á su presencia al navegante y accedió á todas sus demandas.

Así, pues, solamente á los diez y ocho años de haber concebido su proyecto, y á los siete despues de haber salido del monasterio de Palos, fue cuando Colon, que se hallaba entonces en los cincuenta y seis años de edad, firmó en Santa Fe, el 17 de abril de 1492, su tratado con el rey de España.

Nombróse á Cristóbal Colon por convenio solemne gran almirante de todas las tierras que descubriese. Esta dignidad debia pasar á sus herederos y sucesores perpétuamente. Cristóbal Colon fue nombrado virey y gobernador de las nuevas posesiones que esperaba conquistar en la rica comarca del Asia. También debia pertenecerle como patrimonio propio la décima parte de las perlas, piedras preciosas, oro, plata, especias y toda clase de efectos y mercancías de cualquier manera que fueran obtenidas en los límites de su jurisdiccion.

Todo estaba convenido, y Cristóbal Colon iba á ejecutar al fin sus proyectos. Pero, lo repetimos, no pensaba encontrar aquel nuevo mundo cuya existencia en manera alguna sospechaba. Su objeto era «buscar el Oriente por el Occidente, y pasar por la vía del Oeste á la tierra donde se producen las especias.» Hasta se puede certificar que Colon murió en la creencia de que habia llegado á las costas del Asia y sin haber sabido jamás que hubiese descubierto la América. Pero esto no disminuye en manera alguna su gloria. El encuentro del nuevo continente no fue mas que una casualidad. Lo que asegura á Colon una fama inmortal es aquel genio audaz que le impulsó á arrostrar los peligros de un nuevo Océano; á huir de las riberas de donde ningun navegante habia sabido separarse hasta entonces: á aventurarse sobre aquellas olas en las frágiles embarcaciones de aquella época que podia sumergir la primera tempestad; á lanzarse, en fin, en el sombrío espacio desconocido de los mares.

Cristóbal Colon comenzó sus preparativos. Entendióse con los ricos navegantes de Palos, los tres hermanos Pinzon, que hicieron los adelantos necesarios para completar el armamento.

Tres carabelas fueron equipadas en el puerto de Palos. Llamábanse la *Gallega*, la *Niña* y la *Pinta*. La *Gallega* debia mandarla Cristóbal Colon, quien la bautizó con el nombre de *Santa Maria*. La *Pinta* era mandada por Martin Alonso Pinzon, y la *Niña* por los hermanos de este, Francisco Martin y Vicente Yañez Pinzon. Fue dificil encontrar tripulacion, porque se espantaban de la empresa los marineros. Sin embargo, consiguió reunir un efectivo de ciento veinte hombres.

El viernes 3 de agosto de 1492, el almirante franqueaba á las ocho de la mañana la barra de Saltes, situada cerca de la ciudad de Huelva en Andalucía, aventurándose con sus tres carabelas de medio puente sobre las olas del Atlántico.

2

Primer viaje: La Gran Canaria.—Gomera.—Variacion magnética.—Síntomas de rebelion.—¡Tierra, tierra!—San Salvador.—Toma de posesion.—Concepcion.—Fernandina ó Gran Exuma.—Isabela ó isla Larga.—Las Mucaras.—Cuba.—Descripcion de la isla.—Archipiélago de Nuestra Señora.—Isla española ó Santo Domingo.—Islote de la Tortuga.—El cacique á bordo de la *Santa Maria*.—Encalla la carabela de Colon.—Islote de Monte Cristi.—Regreso.—Tempestad.—Llegada á España.—Homenajes tributados á Cristobal Colon.

Durante el primer dia de su viaje, el almirante, que este es el título con que le designan las relaciones, el almirante, dirigiéndose derechamente hácia el Sur, hizo quince leguas antes de ponerse el sol; girando entonces al Sudeste se dirigió á las Canarias á fin de reparar en ellas la *Pinta*, cuyo timon se habia desmontado, tal vez por mala intencion del timonel, á quien asustaba el viaje. Diez dia despues, Cristóbal Colon se hallaba delante de la Gran Canaria, donde reparaba la avería de la carabela. Diez y nueve dias despues fondeaba delante de la Gomera, cuyos habitantes le confirmaron la existencia de una tierra desconocida al Oeste del archipiélago.

Cristóbal Colon no abandonó esta isla antes del 6 de setiembre. Habia recibido aviso de que tres navios portugueses le esperaban con la intencion de cortarle la ruta. Pero sin hacer caso de esta advertencia, se hizo á la vela, evitó hábilmente el encuentro de sus enemigos, tomó exactamente la direccion del Oeste y perdió, en fin, de vista la tierra.

M.C.D. 2018

Durante el curso de su viaje, el almirante tuvo cuidado de ocultar á sus compañeros la verdadera distancia del camino recorrido cada dia; aminorábalo en sus notas cuotidianas para no alarmar demasiado á sus marineros, dándoles á conocer la distancia efectiva en que se hallaban de tierra europea. Observaba tambien diariamente con atencion sus brújulas, y á él es á quien se debe el descubrimiento de la variacion magnética, de que se hizo cargo en sus cálculos. Pero sus pilotos se apuraban mucho viendo á sus brújulas «norn- resiear,» segun su espresion.

— El 14 de setiembre los marineros de la *Niña* vieron una golondrina y un rabo de pico (1). La presencia de estos pájaros podia indicar la existencia de tierras cercanas, porque por lo comun no se alejan á mas de veinticinco leguas de la costa mar adentro. La temperatura era muy benigna y el tiempo magnífico. Soplaba el viento del Este é impulsaba las carabelas en direccion favorable. Pero precisamente esta persistencia de los vientos del Este asustaba á la mayor parte de los marineros, porque veian que por lo mismo que eran tan propia para avanzar, seria un obstáculo para volver.

— El 16 de setiembre encontraron yerbas de fucos todavía verdes mecidas sobre las olas. Pero no aparecia la tierra. Estas yerbas provenian de las rocas submarinas y no de las riberas de un continente.

— El dia 17, treinta y cinco despues de la partida de la espedicion, se vió frecuentemente flotar yerbas en la superficie del mar; en uno de estos paquetes herbáceos se halló tambien un cangrejo vivo, lo cual era un síntoma de que habia costas próximamente.

— En los dias siguientes se vió revolotear alrededor de las carabelas muchos pájaros, plangas (2) y golondrinas de mar. Colon se fundaba en la presencia de aquellos pájaros para reanimar á sus compañeros, que comenzaban á asustarse demasiado de no encontrar tierra alguna despues de seis semanas de travesía. En cuanto á él demostraba gran confianza poniendo toda su esperanza en Dios. Asi era que dirigia con frecuencia á los suyos palabras enérgicas, y todas las noches les invitaba á cantar el *Salve Regina* ó algun otro himno á la Vírgen. A la palabra de este hombre heróico, tan grande, tan seguro de sí mismo, tan superior á todas las debilidades humanas, los tripulantes recobraban ánimo y seguian adelante.

Comprendese perfectamente la ansiedad con que devorarian con su mirada los marineros y los oficiales de las carabelas aquel horizonte del Oeste hácia el cual se dirigian. Todos tenian un interés pecuniario en señalar el nuevo continente, porque al primero que le descubriera habia prometido el rey Fernando una suma de diez mil maravedís, que equivalen á cerca de ocho mil pesetas de nuestra moneda.

— Los últimos dias del mes de setiembre ofrecieron de notable la presencia de cierto número de petrelos (3), de fragatas ó rabihorcados (4), y de tableros, grandes pájaros que van volando comunmente por parejas, lo cual demostraba que no se habian estraviado. Así era que sostenia Cristóbal Colon con una conviccion inquebrantable que habia tierra no lejos de allí.

El 1.° de octubre anunció el almirante á sus compañeros que habian hecho quinientas ochenta y cuatro leguas al Oeste desde la isla de Hierro. En realidad, la distancia recorrida por las carabelas era superior á setecientas leguas, y de ello estaba seguro Colon, pero persistia en ocultar la verdad sobre este punto.

(1) Pájaro de los trópicos.
(2) Ave palmípeda de las Antillas;
(3) Pájaro nadador de la alta mar.
(4) Pájaro marino, llamado así por la figura de su cola.

El 7 de octubre, los tripulantes de la flotilla se conmovieron mucho al oir varias descargas de mosquetería que partian de la *Niña*. Los comandantes, los dos hermanos Pinzon, creian haber visto tierra, pero en breve se reconoció que se habian equivocado. Sin embargo, como afirmaban haber visto volar papagayos en direccion del Sudoeste, consintió el almirante en torcer un poco el rumbo hácia el Sur. Esta modificacion tuvo consecuencias felices para el porvenir, porqpe si hubieran continuado hácia el Oeste, las carabelas hubieran ido á dar contra el gran banco de Bahama y se hubieran probablemente perdido.

Sin embargo, la tierra tan ardientemente deseada no aparecia. Todas las tardes al ponerse el sol en el horizonte. se ocultaba tras una interminable línea de agua. Las tres tripulaciones, víctimas muchas veces de una ilusion óptica, comenzaban á murmurar contra Colon «contra aquel génovés, aquel estranjero,» que les hab a arrastrado tan lejos de su patria. Manifestáronse á bordo algunos síntomas de sedicion, y el 10 de octubre declararon los marineros que no avanzarian mas.

Aquí, historiadores algun tanto fantaseadores que han referido el viaje de Cristóbal Colon, hablan de escenas graves de que fue teatro su carabela. Segun ellos, vióse amenazada su vida por los tripulantes amotinados de la *Santa María*; añadiendo tambien que á consecuencia de estas recriminaciones y como una especie de transacion, le concedieron al almirante tres dias de término, pasados los cuales, si no aparecia tierra, deberia volver á tomar la flotilla la ruta de Europa. Pero puede afirmarse que estos relatos son invenciones de la imaginacion de los novelistas de la época; pues no hay nada en el mismo relato de Colon que permita darles crédito. Sin embargo, es conveniente mencionarlas, porque no debe omitirse nada de lo concerniente al navegante genovés, y algun tanto de leyenda no perjudica á la gran figura de Cristóbal Colon.

Como quiera que sea, murmurábase á bordo de las carabelas, esto es indudable; pero las tripulaciones, reanimadas con las palabras del almirante y por su enérgica actitud ante lo desconocido, no se negaban á maniobrar.

El 11 de octubre observó el almirante cerca de su carabela una caña todavia verde que flotaba en una mar bastante agitada. Al mismo tiempo la tripulacion de la *Pinta* izaba á bordo otra caña y una tablilla que parecia haber sido cortada con un instrumento de hierro. La mano del hombre habia indudablementente impreso su huella en estos despojos. Casi en el mismo instante la tripulacion de la *Niña* vió una rama de espino en flor; con lo que se regocijaron todos en estremo y alentaron los ánimos, pues no podia dudarse de la proximidad de las costas.

En esto tendió la noche su sombra sobre el mar. La *Pinta*, la carabela mas ligera de la flotilla, iba á la cabeza. Ya el mismo Cristóbal Colon y un tal Rodrigo Sanchez, interventor de la espedicion, creia haber observado una luz que mudaba de sitio por las sombras del horizonte, cuando un tal Rodrigo, marinero de la *Pinta*, dió el grito de: «¡Tierra! ¡Tierra!»

¿Qué debió pasar en este momento por el alma de Colon? Jamás hombre alguno, desde la aparicion de la raza humana en la tierra, debió esperimentar una emocion comparable á la que sintió entonces el gran navegante. Tal vez puede asegurarse que los primeros ojos que descubrieron este nuevo continente fueron los del almirante. Pero poco importa; la gloria de Colon no consiste en haber llegado, sino en haber partido.

A las dos de la noche fue cuando se reconoció realmente la tierra. Las carabelas apenas distaban

M.C.D. 2018

de ella dos horas. Todas las tripulaciones entonaron entonces con voz conmovida el *Salve Regina*.

A los primeros rayos del sol se vió una pequeña isla á dos leguas de distancia. Formaba parte del grugo de Bahama. Colon la llamó San Salvador, y al punto, poniéndose de rodillas, comenzó á decir con San Ambrosio y San Agustin: «*Te Deum laudamus, te Domine confitemur.*»

En aquel momento los naturales de la isla, enteramente desnudos, aparecieron en la nueva costa. Cristóbal Colon bajó á la chalupa con Alonso y Yañez Pinzon; el interventor Rodrigo, el secretario Escovedo y algunos otros. Acercóse á tierra con la bandera real en la mano, mientras que los dos capitanes llevaban la bandera de la cruz verde en que estaban enlazadas las cifras de Fernando é Isabel. Despues el almirante tomó solemnemente posesion de la isla en nombre del rey y de la reina de España, é hizo redactar acta verbal de todo ello.

Durante esta ceremonia, los indígenas rodearon á Colon y á sus compañeros. Hé aquí los términos en que, segun M. Charton, conforme al relato mismo de Colon, tuvo lugar en esta escena:

«Deseando inspirarles á los indígenas alguna confianza, y persuadido al verles de que confiarian mas en nosotros y se hallarian mejor dispuestos á abrazar nuestra santa fe si apelábamos á le dulzura para persuadirles mas bien que si recurríamos á la violencia, hice dar á muchos de ellos gorros de color y cuentas de vidrio, las cuales se pusieron al cuello. A esto añadí varios otros objetos de poco precio; y ellos manifestaron tal alegría y se mostraron tan reconocidos, que nos quedamos sumamente maravillados. Cuando volvimos á las embarcaciones vinieron á nado hácia nosotros á ofrecernos papagayos, ovillos de algodon, azagayas y otras muchas cosas; en cambio les dimos cuentas de vidrio, cascabeles y otros objetos. Ellos nos daban cuanto tenian; pero me parecieron muy pobres. Los hombres y las mujeres iban desnudos como salieron del seno de su madre. Entre los que vimos, solo una mujer era bastante jóven y ninguno de los hombres tenia mas de treinta años. Por lo demás eran gentes bien formadas, de hermosa presencia y de agradable rostro. Sus cabellos, gruesos como crines de cola de caballo, les caian por delante hasta las cejas; por detrás les colgaba un largo mechon que nunca cortaban. Hay algunos que se pintan con un color negruzco, pero naturalmente son del mismo color que los habitantes de las islas Canarias, ni negros ni blancos; los hay tambien que se pintan de blanco ó de rojo, ó con cualquier otro color, ya sea todo el cuerpo ó solamente la cara, los ojos ó la nariz. No tienen armas como las nuestras, y ni aun saben lo que estas sean. Cuando les enseñé los sables, los cogian por el filo y se cortaban los dedos. No conocen el hierro. Sus azagayas son á manera de bastones, pero no es de hierro la punta, si bien á veces ponen en ella un diente de pescado ó cualquier otra cosa dura; sus movimientos son graciosos. Habiendo observado que muchos tenian cicatrices en el cuerpo, les pregunté por señas cómo habian sido heridos, y me contestaron de la misma manera, que los habitantes de las islas vecinas, les atacaban para apresarlos y que se defendian. Yo pensé y pienso aun que acuden allí de tierra firme para apresarlos y hacerlos esclavos, pues deben ser servidores leales y obedientes. Tienen facilidad en repetir pronto lo que oyen. Estoy persuadido de que se convertirian al cristianismo sin dificultad, porque creo que no pertenecen á secta alguna.»

Cuando Cristóbal Colon volvió á bordo, algunos de estos naturales debió seguir á nado su embarcacion, pues al dia siguiente, que era el 13 de octubre, acudieron muchos en tropel alrededor de las carabelas. Iban en vastas piraguas hechas de troncos de árboles, algunas de las cuales podian sostener cuarenta hombres; dirigíanlas por medio de una especie de pala semejante á la de los horneros. Muchos de estos salvajes llevaban pequeñas placas de oro colgadas de la nariz. Parecian muy sorprendidos con la llegada de los estranjeros, y se figuraban que aquellos hombres blancos habian caido del cielo. Tocaban con respeto y curiosidad los vestidos de los españoles, creyendo sin duda que era un plumaje natural, y escitó particularmente su admiracion el trage de escarlata del almirante. Era evidente que consideraban á Colon como un papagayo de una especie superior. Por otra parte reconociéronle inmediatamente por el jefe de los estranjeros.

Cristóbal Colon y los suyos visitaron entonces esta nueva isla de San Salvador. No se cansaban de admirar su feliz situacion, sus magníficos bosques, sus límpidas aguas y sus verdes praderas. La fauna era en ella poco variada. Abundaban papagayos de tornasolado plumaje bajo las arboledas, representando ellos solos el órden de los pájaros. San Salvador formaba una planicie poco accidentada; un pequeño lago ocupaba la parte central, y no desnivelababa el suelo montaña alguna. Sin embargo, San Salvador debia encerrar grandes riquezas minerales, puesto que sus habitantes llevan adornos de oro; pero ¿habian sacado este precioso metal de las entrañas de la isla?

El almirante interrogó á uno de estos indígenas, y por señas llegó á comprender que dando vuelta á la isla y navegando hácia el Sur, descubriria una comarca cuyo rey poseia grandes vasos de oro é inmensas riquezas. A la mañana siguiente al despuntar el dia, dió Cristóbal Colon á sus carabelas la órden de aparejar, y se dirigió hácia el continente indicado que, segun él, no podia ser mas que Cipango.

Debemos hacer aquí una observacion muy importante; porque resulta del estado de los conocimientos geográficos de esta época; y es que Colon creia haber llegado á las tierras del Asia. Cipango es el nombre que da Marco Polo al Japon. De este error del almirante, participaron todos sus compañeros, siendo necesario muchos años para reconocerse como tal, así es que, segun ya hemos indicado, el gran navegante, al cabo de cuatro viajes sucesivos á las islas, murió sin saber que habia descubierto un nuevo mundo. Es indudable que los compañeros de Colon y el mismo Colon, creyeron haber encontrado en aquella noche del 12 de octubre de 1492 el Japon, la China ó las Indias. Así se explica que la América haya llevado por tan largo tiempo el nombre de Indias occidentales, y que se designe todavía á los naturales de este continente con la denominacion general de indianos, lo mismo en el Brasil, que en Méjico y que en los Estados-Unidos.

Cristóbal Colon pensaba pues únicamente, haber llegado á las riberas del Japon. Costeó San Salvador, explorando su parte occidental, y los indígenas, acudiendo á la playa le ofrebian agua, frutos y cazabe, especie de pan fabricado con una raiz llamada «yuca.» Varias veces desembarcó el almirante en diferentes puntos de la costa, y debemos confesarlo, faltando á la voz de la humanidad, se apoderó de algunos indios con el objeto de conducirlos á España. Estos desgraciados á quienes se comenzaba por arrancarlos de su país, no debian tardar en ser vendidos. Finalmente, las carabelas, perdiendo de vista á San Salvador, se encontraron en pleno Océano.

El destino habia favorecido á Cristóbal Colon, conduciéndole de esta suerte á uno de los mas hermosos archipiélagos del mundo entero. Todas las nuevas tieras que iba á descubrir eran como un estuche de preciosas islas, en las cuales no habia mas que coger á manos llenas.

El 15 de octubre al ponerse el sol, la flotilla echó

M.C.D. 2018

Hombre y mujer de la isla de las Pascuas. (Facsímile, grabado antiguo).

el áncora cerca del extremo Oeste de una segunda isla que fue llamada Concepcion, y que se hallaba separada solamente de San Salvador por una distancia de cinco leguas. Al dia siguiente el almirante se acercó á esta ribera con las embarcaciones armadas y preparadas contra toda sorpresa. Los naturales pertenecientes á la misma raza que los de San Salvador hicieron muy buena acogida á los españoles; pero habiéndose levantado un viento Sudeste, Colon reunió la flota y avanzando todavía nueve leguas hácia el Oeste, descubrió otra isla á la que dió el nombre de Fernandina, y es actualmente la grande Exuma (1).

Toda la noche permaneció al pairo y al dia siguiente 17 de octubre, rodearon á las carabelas grandes piraguas. Las relaciones con los naturales eran excelentes. Los salvajes cambiaban sus frutos y pequeños ovillos de algodon por abalorios, panderos y agujas que les agradaban mucho y asimismo por melaza á que eran muy aficionados. Estos indígenas de Fernandina, algo mas vestidos que sus vecinos de San Salvador, estaban tambien mas civilizados, habitaban en casas construidas en forma de pabellones y provistas de altas chimeneas; estas casas eran muy limpias en su interior y estaban bien conservadas. La parte occidental de la isla, profundamente sesgada hubiera ofrecido á cien bajeles un ancho y magnífico puerto.

Pero Fernandina no ofrecia á los españoles aquellas riquezas que codiciaban y que tanto deseaban llevar á Europa; aquel suelo carecia de minas de oro Sin embargo, los naturales embarcados á bordo de la flotilla hablaban de una isla mas grande, situada hácia el Sur y llamada Samaeto, en la cual se recogia este precioso metal. Colon puso pues la proa hácia la direccion indicada, y el viernes 9 de octubre llegó por la noche cerca de Samaeto, á que dió el nombre de Isabela y que es la isla Larga de los mapas modernos.

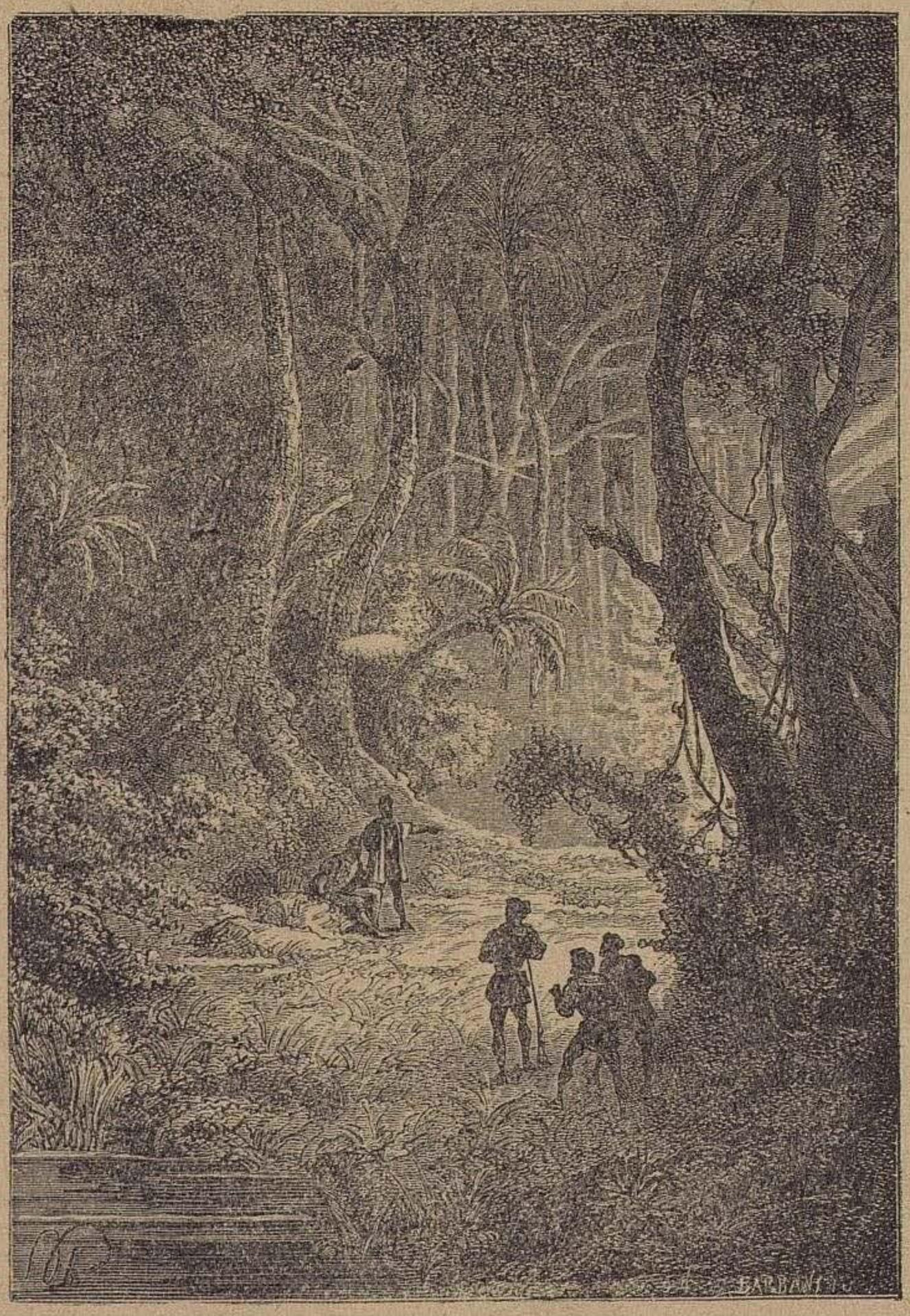
De creer á los indígenas de San Salvador, debia encontrarse en esta isla un rey de gran poder; pero el almirante le esperó en vano durante algunos dtas, pues no se le encontró. La isla Isabela ofrecia un aspecto delicioso con sus límpidos lagos y sus frondosos bosques. Los españoles no se cansaban de admirar aquellos nuevos árboles cuyo verdor asombraba justamente á los europeos. Los papagayos volaban en innumerables bandadas por los frondosos árboles y grandes lagartos de suma vivacidad, iguanas sin duda deslizábanse rápidamente por entre la crecida yerba. Los habitantes de la isla que habian huido en un principio á la vista de los españoles, se familiarizaron en breve con ellos y cambiaron los productos de su suelo.

Entre tanto Cristóbal Colon no abandonaba su idea de llegar al Japon. Habiéndole indicado los indígenas que á poca distancia del Oeste habia una grande isla que ellos llamaban Cuba, supuso el almirante que debian formar parte del reino de Cipango, creyendo que en breve llegaria á la ciudad de Quinsay, llamada por otro nombre Hang-tchen-fou, que fue en otro tiempo la capital de la China.

Por eso, en cuanto lo permitieron los vientos levó anclas la flotilla, y el jueves 25 de octubre, se tuvo conocimiento de siete ú ocho islas escalonadas en una

(1) Isla del archipiélago de las Lucayas, en el extremo oriental del Banco de Bahama, con 1,000 habitantes. Tiene siete leguas de longitud y una de anchura, buen fondeadero y un terreno fértil donde se cultiva el algodon. Sácase de ella gran cantidad de sal. (D. de G.)

M.C.D. 2018



Desembarco de Colón en el Nuevo Mundo.

sora Azea, probablemente las Mucaras. Cristóbal Colon no se detuvo en ellas y llegó el domingo á la vista de Cuba. Las carabelas fondearon en un rio á que dieron los españoles el nombre de San Salvador; luego, despues de una corta parada, volviendo á emprender su navegacion hácia Poniente, entraron en un puerto situado á la embocadura de un gran rio, y que llegó á ser mas adelante el puerto de Nuevitas del Príncipe.

En las riberas de la isla crecian numerosas palmeras, siendo tan largas sus hojas, que una sola bastaba para cubrir las cabañas de los naturales. Estos habian huido al aproximarse los españoles, quienes encontraron en la playa varios ídolos de figura de mujer, aves domesticadas, osamentas de animales, de perros muertos y utensilios de pesca. Los salvajes de Cuba fueron atraidos por los medios ordinarios, é hicieron cambios con los españoles.

Cristóbal Colon se creyó en tierra firme y á algunas leguas apenas de Hang-tchou-fou. Esta idea estaba tan arraigada en su mente y en la de sus oficiales, que se ocupó en enviar regalos al gran Khan de la China. El 2 de noviembre, encargó á un caballero de á bordo, y á un judío que hablaba el hebreo, el caldeo y el árabe, que fueran á visitar á este monarca indígena. Los embajadores, provistos de collares de perlas y con un plazo de seis dias para cumplir su mision, se dirigieron hácia las comarcas del interior del pretendido continente.

Durante este tiempo, Cristóbal Colon remontó como cosa de dos leguas un hermoso rio que corria por debajo de copudos y odoríferos árboles. Los habitantes hacian cambios con los españoles é indicaban frecuentemente un sitio llamado Bohio, en el que abundaban el oro y las perlas; y añadian tambien que vivian allí unos hombres con cabeza de perro, que se mantenian con carne humana.

Los enviados del almirante volvieron al puerto el 5 de noviembre, despues de cuatro dias de ausencia. Dos dias de marcha les habian bastado para llegar á una aldea compuesta de unas cincuenta chozas, en la cual fueron acogidos con grandes demostraciones de respeto. Besáronles los piés y las manos, y les tomaron por dioses bajados del cielo. Entre otros pormenores de las costumbres de aquellos habitantes, refirieron que los hombres y mujeres fumaban tabaco por medio de un tubo bifurcado, aspirando el humo por las narices. Estos indígenas se procuraban fuego frotando vivamente dos pedazos de madera. Habia gran cantidad de algodon en sus casas dispuestas en forma de tiendas y hasta el punto de haber en una de ellas cerca de once mil libras. En cuanto al gran Khan, no vieron ni su sombra.

Notamos aquí un error padecido por Cristóbal Colon, y cuyas consecuencias, segun Irving, cambiaron toda la série de sus descubrimientos. Creyéndose en las costas del Asia, miraba lógicamente á Cuba como formando parte del continente; y desde enton-

M.C.D. 2018

ces no pensó ya en costearla, sino que se decidió á volver hácia el Este. Pues bien; si no se hubiera engañado en esta ocasion, si hubiera continuado siguiendo su direccion primera, los resultados de su empresa se hubieran modificado singularmente. En efecto, ó hubiera sido arrojado hácia la Florida en la punta de la América del Norte, ó hubiese corrido directamente á Méjico. En este último caso, en lugar de naturales del pais ignorantes ¿qué hubiera encontrado? Aquellos habitantes del gran imperio de los Aztecas, de aquel reino semicivilizado de Motezuma. Allí hubiera hallado ciudades, ejércitos, inmensas riquezas, y hubiera representado el papel de Hernan Cortés. Pero no debia ser así, y el almirante perseverando en su error, volvió hácia el Este con su flotilla, que levó el ancla el 12 de noviembre de 1492.

Cristóbal Colon costeó la isla de Cuba barloventeando, y reconoció las dos montañas del Cristal y del Moa; exploró un puerto que llamó Puerto-Príncipe, y un archipiélago al que puso el nombre de mar de Ñuestra Señora. Cada noche se veian las hogueras de los pescadores en estas numerosas islas cuyos habitantes se mantenian con arañas y con grandes gusanos. Muchas veces los españoles desembarcaron en varios puntos de la costa y plantaron en ella cruces, en señal de toma de posesion.

Los indígenas hablaban con frecuencia al almirante de cierta isla llamada Babeca, donde abundaba el oro. El almirante resolvió ir á ella. Pero Martin Alonso Pinzon, capitan de la *Pinta*, cuya carabela era la mas ligera de la flotilla, tomó la delantera y el 21 de noviembre, al despuntar el dia, habia desaparecido completamente.

El almirante se vió muy contrariado por esta separacion, como lo prueba su relato cuando dice: «Pinzon me ha dicho y hecho otras muchas cosas.» Continuó su ruta explorando la costa de Cuba, y descubrió la isla de Moa, la punta del Mangla, la de Vaez y el puerto de Baracoa; pero en ninguna parte encontró caníbales, no obstante hallarse con frecuencia las chozas de los naturales adornadas con cráneos humanos, de lo cual se mostraron muy complacidos los indígenas que iban á bordo.

Los dias siguientes se vió el rio Borma, y las carabelas, al doblar la punta de los Azules, se encontraron en la parte oriental de la isla, cuya costa acababan de reconocer en una estension de ciento veinte y cinco leguas. Pero Colon, en lugar de emprender su ruta al Sur, marchó hácia el Este, y el 5 de diciembre descubrió una grande isla que los Indios llamaban Bohio. Era Haiti ó Santo Domingo.

Por la noche, la *Niña*, de órden del almirante entró en un puerto que fue llamado Puerto María, y es actualmente el puerto de San Nicolás, situado cerca del cabo de este nombre, al estremo Noroeste de la isla.

Al dia siguiente los españoles descubrieron gran número de cabos, y un islote que fue llamado isla de la Tortuga. En cuanto aparecian las carabelas, hacian huir á las piraguas indias. Esta isla les pareció al costearla muy estensa y muy elevada, de donde le provino mas adelante la denominacion de Haiti, que significa tierra elevada. El reconocimiento de estas riberas se verificó hasta la bahia de los Mosquitos. Los pájaros que revoloteaban por los hermosos árboles de la isla, sus plantas, sus llanuras, sus colinas recordaban los paisajes de Castilla. Asi fue que Cristóbal Colon bautizó esta nueva tierra con el nombre de Isla Española. Los habitantes eran muy tímidos y muy desconfiados; de manera que no se pudo establecer relacion alguna con ellos, porque huian hácia el interior. Sin embargo, algunos marineros consiguieron apoderarse de una mujer á la cual condujeron á bordo. Era jóven y bastante bonita. El almirante le dió sortijas, perlas, y un vestido de que tenia necesidad absoluta, y en fin, la trató generosamente y la envió á tierra.

Este buen proceder tuvo por resultado captarse la simpatía de los naturales, y á la mañana siguiente, habiéndose aventurado nueve marineros bien armados á penetrar hasta cuatro leguas en tierra, fueron recibidos con respeto. Los indígenas corrian en tropel á su encuentro, y les ofrecian los productos del suelo. Estos marineros volvieron encantados de su escursion. El interior de la isla les habia parecido rico en algodoneros, en aloes, en lentiscos, y un hermoso rio, que fue llamado mas adelante el rio de las Tres Riberas, estendia por ella sus límpidas aguas.

El 15 de diciembre se dió Colon á la vela, llevándole el viento hácia el islote de la Tortuga, donde observó una corriente de agua navegable y un valle tan hermoso, que le dió el nombre de Valle del Paraiso. Al otro dia, navegando por un golfo profundo, vió á un indio que manejaba hábilmente una pequeña canoa, á pesar de la violencia del viento; y habiéndole invitado á subir á bordo, le colmó Colon de regalos, desembarcándole despues en un puerto de la Isla Española, que se llama el puerto de la Paz.

Este buen trato atrajo hácia el almirante á todos los indígenas, quienes desde aquel dia acudian en gran número delante de las carabelas. Acompañábales su rey, que era un jóven de veinte años, bien formado y vigoroso. Iba desnudo como sus súbditos, que le demostraban mucho respeto; pero sin el menor asomo de humildad. Hízole tributar Colon los honores debidos á un soberano, y aquel rey ó mejor, cacique, en reconocimiento de su proceder, dijo al almirante que las provincias del Este rebosaban de oro.

Al dia siguiente fué otro cacique á poner á disposicion de los españoles todos los tesoros de su país. Asistió á la fiesta de Santa María que Colon hizo celebrar con toda pompa en su carabela, la cual fue empavesada para este efecto. El cacique fue admitido á la mesa del almirante é hizo honor á la comida, y despues de haber probado diferentes manjares y diversas bebidas, envió las botellas y los platos á su comitiva. Este cacique tenia buen aspecto; hablaba poco y se mostraba muy político. Terminada la comida, ofreció algunas hojas de oro al almirante. Este le presentó algunas monedas en que estaban grabados los retratos de Fernando é Isabel, y despues de haberle espresado por señas que eran los monarcas mas poderosos de la tierra, hizo desplegar en presencia del rey indígena las banderas reales de Castilla. Llegada la noche el cacique se retiró muy satisfecho, saludando su marcha con salvas de artillería.

Al dia siguiente algunos tripulantes plantaron una gran cruz en medio del pueblo y abandonaron esta costa hospitalaria. Al salir del golfo formado por la Tortuga y la Isla Española, descubrieron varios puertos, cabos, bahías y rios; en la punta Limbé, una isleta que se llamó Santo Tomas; finalmente, un vastísimo puerto seguro y resguardado, oculto entre la isla y la bahía de Acul, al que daba entrada un canal rodeado de elevadas montañas cubiertas de árboles.

El almirante desembarcaba frecuentemente en la costa. Sus naturales le recibian como un enviado del cielo y le invitaban á permanecer entre ellos. Colon les regalaba cascabeles, sortijas de laton, cuentas de vidrio y otras fruslerías que eran muy de su agrado. Un cacique llamado Guacanagari, soberano de la provincia del Marian, envió á Colon un cinturon adornado con la figura de un animal con grandes orejas, y con la lengua y la nariz de oro. Parecia abundar bastante el oro en la isla, pues sus naturales llevaron en breve una respetable canti-

M.C.D. 2018

dad. Los habitantes de esta parte de la isla Española parecian superiores á los demás por su inteligencia y su belleza. Segun el parecer de Colon, la pintura roja, negra ó blanca con que se pintaban el cuerpo, servian especialmente para preservarles del ardor del sol. Las casas de estos indígenas eran bonitas y bien construidas. Cuando les interrogaba Colon acerca del país que producia el oro, señalaban hácia el Este una comarca que llamaban Cibao, en la que se obstinaba el almirante en ver el Cipango del Japon.

El dia de Navidad ocurrió un grave accidente á la carabela del almirante. Era la primera avería de esta navegacion, tan feliz hasta entonces. Un timonel poco práctico sostenia la barra de la *Santa María* durante una escursion fuera del golfo de Santo Tomás; al llegar la noche se dejó arrastrar por las corrientes que le empujaban hácia las rocas, y chocó contra ellas la carabela, estropeándose un timon. El almirante dispertó al choque, y acudiendo sobre cubierta, mandó echar una ancla por la parte de proa para inclinarse y salvar el buque. El contramaestre y algunos marineros encargados de la ejecucion de esta órden saltaron á la chalupa; pero sobrecogidos de espanto, huyeron á todo remo á la parte donde estaba la *Niña*.

Entre tanto bajaba la marea. La *Santa María* se encallaba mas y mas; fue, pues, necesario cortar sus mástiles para aligerarla, y en breve fue urgente trasportar la tripulacion á otro buque. El cacique Guacanagari, comprendiendo la triste situacion de la carabela acudió con sus hermanos y sus parientes á quienes acompañaban gran número de indios, y ayudó á descargar el buque. Gracias á sus esfuerzos, no se perdió ni un solo objeto del cargamento, y durante toda la noche los indígenas armados hicieron guardia á los depósitos de provisiones.

Al dia siguiente, Guacanagari fué á bordo de la *Niña* para consolar al almirante, y puso todas sus riquezas á su disposicion. Al mismo tiempo le ofreció una colacion compuesta de pan, cangrejos, pescados, raices y frutas. Conmovido Colon por estas demostraciones de amistad, formó el proyecto de fundar un establecimiento en esta isla. Procuró, pues, captarse la buena voluntad de los indios por medio de regalos y agasajos, y despues, deseando tambien darles una idea de su poder, hizo descargar un arcabuz y una espingarda, cuya detonacion asustó mucho á aquellas pobres gentes.

El 26 de diciembre empezaron los españoles á construir una fortaleza en la parte de la costa. La intencion del almirante era dejar allí cierto número de hombres provistos de pan, vino y granos para un año, y dejarles la chalupa de la *Santa María*. Los trabajos se emprendieron activamente.

Aquel dia hubo noticias de la *Pinta*, que se habia separado de la flotilla desde el 21 de noviembre; los naturales decian que estaba anclada en un rio al estremo de la isla; pero una canoa que para este efecto habia enviado Guacanagari, regresó sin haber podido descubrirla. Entonces fue cuando, no queriendo Colon continuar sus esploraciones en las condiciones en que se encontraba, y reducido á una sola carabela, desde la pérdida de la *Santa María*, que no habia podido volver á flote, resolvió regresar á España, y comenzó los preparativos necesarios.

El 2 de enero dió Colon al cacique el espectáculo de un simulacro de que este rey y sus súbditos se maravillaron en estremo. Despues eligió treinta y nueve hombres destinados á guardar la fortaleza durante su ausencia, y nombró para mandarlos á Rodrigo de Escovedo. Entrególes la mayor parte del cargamento de la *Santa María*, el cual debia bastarles para mas de un año. Entre estos primeros colonos del nuevo continente se contaba un escribiente, un alguacil, un arcabucero, un constructor de buques, un calafate, un tonelero, un médico y un sastre. Estos españoles tenian la mision de descubrir las minas de oro y de señalar un sitio favorable para fundar una ciudad.

El 3 de enero, despues de una solemne despedida dirigida al cacique y á los nuevos colonos, la *Niña* levó el ancla y salió del puerto. En breve se descubrió un islote dominado por un monte muy alto, al que se dió el nombre de Monte Cristi. Cristóbal Colon hacia dos dias que iba costeando, cuando se marcó la aproximacion de la *Pinta*. En seguida su capitan Martin Alonso Pinzon fué á bordo de la *Niña* y trató de escusar su conducta. Lo cierto es que Pinzon habia tomado la delantera para descubrir aquella pretendida isla de Baneca que era tan rica, segun las noticias de los indígenas. El almirante se dió por contento con las malas razones que espuso el capitan Pinzon, y supo que la *Pinta* no habia hecho mas que costear la isla Española, sin haber descubierto ninguna otra nueva.

El 7 de enero se detuvo para cegar una via de agua que se habia abierto en los fondos de la *Niña*. Colon se aprovechó de este descanso para esplorar un ancho rio situado á una legua de Monte Cristi, á cuyo rio dió el nombre de Rio de Oro, á causa de las pepitas de oro que arrastraban sus aguas. Colon hubiera querido visitar con mas detenimiento esta parte de la isla Española, pero sus tripulantes tenian prisa de regresar, y á influencia de los hermanos Pinzon, comenzaban á murmurar contra su autoridad.

El 9 de enero, las dos carabelas volvieron á darse á la vela, dirigiéndose hácia el Sudeste. Iban costeando aquellas playas cuyas menores sinuosidades fueron bautizadas con los nombres de punta Isabélica, cabo de la Roca, cabo Francés, cabo Cabron, y finalmente bahía de Samaná, situada al extremo oriental de la isla. Allí se abria un puerto donde ancló la flotilla, retenida por las calmas. Las primeras relaciones con los naturales fueron excelentes; pero se modificaron repentinamente; cesaron los cambios y no dejaron duda alguna ciertas demostraciones hostiles acerca de las malas intenciones de los indios. En efecto, el 13 de enero se lanzaron de improviso los salvajes sobre los españoles. Estos, á pesar de su corto número, resistieron con firmeza, y con el auxilio de sus armas pusieron en fuga á sus enemigos al cabo de algunos minutos de combate. Por vez primera fue derramada sangre india por manos europeas.

Al dia siguiente Cristóbal Colon se llevó á bordo á cuatro jóvenes indígenas, y se dió á la vela á pesar de sus quejas. Sus tripulantes, agobiados y rendidos, le ocasionaron graves disgustos, segun se ve por las amargas quejas que exhala en la relacion de su viaje este hombre superior á todas las debilidades humanas, y á quien no pudo abatir el infortunio. El 16 de enero fue cuando principió verdaderamente el viaje de regreso, desapareciendo en el horizonte el cabo de Samaná, punto extremo de la isla Española.

La travesía fue rápida, no ocurriendo accidente alguno hasta el 12 de febrero. En esta fecha fueron atacadas las dos carabelas por una terrible tempestad que duró tres dias con vientos furiosos, recias olas y relámpagos de Nornordeste. Los marineros espantados hicieron tres veces voto de ir en peregrinacion á Santa María de Guadalupe, á Nuestra Señora de Loreto y á Santa Clara de Moguer. Finalmente, toda la tripulacion juró ir á rezar con los pies desnudos y en camisa á una iglesia dedicada á Nuestra Señora.

Entre tanto redoblaba la tempestad. El almirante, temiendo una catástrofe, escribió rápidamente en un pergamino el resúmen de sus descubrimientos

M.C.D. 2018

suplicando á quien lo encontrara que lo hiciera llegar á manos del rey de España. Despues, envolviendo este documento en una tela encerada, lo metió en un tonel de madera que hizo arrojar al mar.

Al salir el 15 de febrero se aplacó el huracan; las dos carabelas, separadas por la tempestad, volvieron á reunirse, y tres dias despues fondearon en la isla de Santa María, una de las Azores. Al punto el almirante se ocupó en cumplir los votos hechos durante la borrasca, para lo cual envió á tierra la mitad de su gente; pero fue hecha prisionera por los portugueses, quienes no la pusieron en libertad hasta cinco dias despues, en virtud de las enérgicas reclamaciones de Colon.

El almirante se hizo de nuevo á la mar el 23 de febrero. Contrariado por los vientos y combatido otra vez por la borrasca, hizo nuevos votos con toda su tripulacion, obligándose á ayunar el primer sábado que siguiese á su llegada á España. Finalmente, el 4 de marzo, reconocieron sus pilotos la desembocadura del Tajo, en la cual pudo refugiarse la *Niña* mientras que la *Pinta* era rechazada por los vientos hasta la bahía de Vizcaya.

Los portugueses acogieron bien al almirante, llegando el rey á concederle una audiencia. Pero Colon tenia prisa de entrar en España; así fue que no bien le permitió el tiempo, volvió á la mar la *Niña*, y el 15 de marzo á medio dia fondeó en el puerto de Palos, despues de siete meses y medio de navegacion, durante los cuales habia descubierto las islas de San Salvador, Concepcion, Grande Exuma, isla Larga, islas Mucaras, Cuba y Santo Domingo.

La córte de Fernando y de Isabel se encontraba entonces en Barcelona, á donde partió el almirante con los diez indios que llevaba del Nuevo Mundo. El entusiasmo que escitó fue estraordinario. De todas partes corrian las poblaciones al encuentro del gran navegante y le tributaban los honores reales. La entrada de Cristóbal Colon en Barcelona fue magnífica. El rey, la reina y los grandes de España le recibieron pomposamente en el palacio de la diputacion. Allí hizo la relacion de su maravilloso viaje; despues presentó las muestras de oro que habia traido, y todos los circunstantes, cayendo de rodillas, entonaron el *Te Deum*.

Cristóbal Colon fue entonces ennoblecido por cartas del rey, quien le confirió un escudo de armas con esta divisa: «Por Castilla y por Leon.» El nombre del navegante genovés fue aclamado en toda la Europa; los indios que trajo consigo recibieron el bautismo en presencia de la córte, y aquel hombre de genio, por tanto tiempo pobre y desconocido, se elevó entonces al mayor grado de celebridad.

M.C.D. 2018

3

Segundo viaje: Flotilla de diez y siete naves.—Isla de hierro.—La Dominica.—Marigalante.—La Guadalupe.—Los Caníbales.—Monserrat.—Santa María la Rotonda.—San Martin y Santa Cruz.—Archipiélago de las Once mil Vírgenes.—Isla de San Juan Bautista.—Puerto Rico.—Isla Española.—Asesinato de los primeros colonos.—Fundacion de la ciudad Isabela.—Envio á España de dos buques cargados de riquezas.—Fuerte de Santo Tomás levantado en la provincia de Cibao.—Es nombrado gobernador de la isla don Diego, hermano de Colon.—La Jamáica.—La costa de Cuba.—La rémora.—Regreso a la Isabela.—Es hecho prisionero el cacique.—Rebelion de los indígenas.—Carestía.—Colon calumniado en España.—Envio de Juan Aguado, comisario de la Isabela.—Las minas de oro.—Partidas de Colon.—Su llegaron á Cádiz.

La relacion de las aventuras del gran navegante genovés habia sobrescitado las imaginaciones, y todo el mundo entrevela ya continentes de oro situados mas allá de los mares. Todas las pasiones que engendra la avaricia hervian en los corazones. El almirante, bajo la presion de la opinion pública, no podia escusarse de hacerse nuevamente á la mar en el plazo mas breve que fuera posible, y aun él mismo por su parte tenia prisa de volver al teatro de sus conquistas y de enriquecer los mapas de la época con nuevas tierras. Así pues manifestó que se hallaba dispuesto á partir.

El rey y la reina pusieron á su disposicion una flotilla compuesta de tres navíos y de catorce carabelas. Mil doscientos hombres debian marchar en ellas. Cierto número de nobles castellanos no vacilaron en confiarse á la estrella de Colon, y quisieron probar fortuna mas allá de los mares. Caballos, ganado, instrumentos de todas clases destinados á recoger y purificar el oro, diversidad de semillas, y en una palabra, todos los objetos necesarios para el establecimiento de una importante colonia, llenaban la cala de los buques. De los indígenas traidos á Europa, cinco volvian á su país, tres quedaron enfermos y dos habian muerto.

Cristóbal Colon fue nombrado capitan general de la escuadra con poderes ilimitados.

En 25 de setiembre de 1493, salieron de Cádiz las diez y siete embarcaciones á velas desplegadas, en medio de los aplausos de una multitud inmensa. El 1.° de octubre fordearon en la isla de Hierro, la mas occidental de las Canarias. Despues de veintitres dias de una navegacion que favorecian constantemente el viento y la mar, Cristóbal Colon descubrió nuevas tierras.

En efecto; el 3 de noviembre, domingo de la octava de Todos los Santos, al salir el sol, el piloto del navío almirante *María Galante* esclamó: ¡Buena noticia! ¡Tierra! ¡tierra!

Esta tierra era una isla cubierta de árboles. El almirante, creyéndola despoblada, pasó adelante, reconoció algunos islotes esparcidos por la ruta y llegó enfrente de otra isla. La primera fue llamada Dominica y la segunda María Galante, nombres que aun llevan en el dia. A la mañana siguiente, descubrieron otra isla mucho mayor. Y segun dice la relacion de este viaje hecha por Pedro Mártir, comtemporáneo de Colon, «cuando llegaron cerca de ella reconocieron que era la isla de los infames caníbales ó caribes, de los que solamente habian oido hablar durante el primer viaje.»

Los españoles, bien armados, descendieron á aquella playa, donde se elevaban unas treinta casas de madera de forma redonda, y cubiertas con hojas de palmera. En el interior de estas chozas habia colgadas hamacas de algodon. En la plaza se elevaban dos especies de árboles ó postes, alrededor de los cuales estaban enlazadas dos grandes serpientes muertas. Al aproximarse los estranjeros huyeron los naturales á todo correr, abandonando cierto número de prisioneros que estaban preparándose á devorar. Los marineros registraron sus casas y encontraron huesos de piernas y de brazos, cabezas recien cortadas y todavía tintas en sangre, y otros restos humanos que no dejaban duda alguna sobre el género de alimentacion de estos caribes.

Esta isla, que el almirante hizo explorar en parte y cuyos principales rios fueron reconocidos, fue bautizada con el nombre de Guadalupe a causa de su semejanza con una provincia de Extremadura. Algunas mujeres de quienes se habian apoderado los marineros fueron enviadas á tierra, despues de haber sido bien tratadas en el navío almirante. Cristóbal Colon esperaba que su conducta para con estas indias decidiría á los indios á ir á bordo; pero su esperanza quedó frustrad .

El 8 de noviembre dió la señal de marcha el almirante, y se hizo á la vela con todo su escuadra hácia la isla Española, actualmente Santo Domingo, en la cual habia dejado treinta y nueve compañeros de su primer viaje. Subiendo hácia el Norte descubrió una gran isla, á la cual llamaban Madanino los indígenas que habia guardado á bordo, despues de haberles librado de los dientes de los caribes. Decian tambien que solo se hallaba habitaba por mujeres, y como la relacion de Marco Polo citaba una comarca asiática ocupada únicamente por una poblacion femenina. Cristóbal Colon creyó con fundamento que navegaba por las costas del Asia. El almirante deseaba vivamente esplorar esta isla, pero el viento contrario le impidió tomar tierra en ella.

A diez leguas mas allá, descubrió otra isla rodeada de altas montañas que fue llamada Monserrat; á la mañana siguiente, se divisó tambien otra á la que se dio el nombre de Santa María la Rotonda, y al siguiente dia otras dos mas, San Martin y Santa Cruz.

La escuadra fondeó delante de Santa Cruz para hacer agua. Allí acontecio una escena grave, que Pedro Martir refiere en terminos que conviene copiar porque son muy expresivos: «El almirante, dice, mandó que bajaran á tierra treinta hombres de su navío para explorar la isla; y habiendo llegado estos hombres á la playa encontraron cuatro perros y muchos hombres y mujeres jóvenes que corrian á su encuentro, tendiendo los brazos como suplicando y pidiendo que les auxiliaran y libertasen de la gente cruel. Viendo esto los caníbales se retiraron huyendo á las selvas como en la isla de Guadalupe; y nuestras gentes permanecieron dos dias en la isla para visitarla.

»Durante este tiempo, los que habian quedado á bordo vieron venir de lejos una canoa con ocho hombres y otras tantas mujeres; nuestras gentes les hicieron seña; pero ellos aproximándose, tanto los hombres como las mujeres comenzaron á arrojar flechas tan ligera y cruelmente que los nuestros no tuvieron tiempo para cubrirse con sus escudos, de manera que fue muerto un español por una flecha que le disparó una mujer, la cual tambien traspasó á otro con otra flecha.

Estos salvajes llevaban saetas de hierro envenenadas, y entre ellos habia una mujer á quien obedecian todos los demás inclinándose ante ella. Era esta segun podia congeturarse una reina á la cual seguia un hijo negro, de mirada cruel, robusto y con cara de leon.

Los nuestros, juzgando que era mejor combatir cuerpo á cuerpo que esponerse á mayores males batallando desde lejos, adelantaron de tal suerte el navío á fuerza de remos, y le hicieron correr con tal violencia, que pasaron por ojo la canoa y la echaron á pique.

Pero los indios que eran muy diestros nadadores, no cesaron, tanto los hombres como las mujeres de

M.C.D. 2018

arrojar flechas contra los nuestros, y se esforzaron tanto, que consiguieron llegar nadando á una roca cubierta de agua en la cual se subieron y siguieron luchando valerosamente. Pero á pesar de esto fueron al fin apresados, siendo muerto uno de ellos y recibiendo dos heridas el hijo de la reina. Conducidos al navío del almirante, mostraron en él no menor ferocidad y terrible encono que los leones de Libia cogidos en una trampa, hasta el punto de que ninguno podia mirarlos sin que se horrorizase su corazon y sus entrañas; ¡tan espantosa, terrible é infernal era su mirada!

La lucha comenzaba, pues, á formalizarse entre los indios y los europeos. Cristóbal Colon empezó á navegar hacia el Norte, entre plácidas é innumerables islas cubiertas de bosques dominados por montañas de todos colores. Esta aglomeracion de islas fue llamada archipiélago de las Once mil Vírgenes. En breve apareció la isla de San Juan Bautista que no es mas que Puerto Rico, tierra entonces infestada de caribes, pero cuidadosamente cultivada y verpaderamente magnífica por sus inmensos bosques. Algunos marineros descendieron á la playa, y solo encontraron en ella una docena de cabañas deshabitadas. El almirante volvió entonces á hacerse á la mar; y fué costeando la parte meridional de Puerto Rico, durante unas cincuenta leguas.

El viernes 12 de noviembre llegó en fin Colon á la isla Española. Fácil es imaginarse la emocion que debió esperimentar al ver nuevamente el teatro de sus primeros descubrimientos y al buscar aquella fortaleza en la cual habia dejado á sus compañeros. ¿Qué les habia sucedido durante un año á aquellos europeos abandonados en tierra salvaje? En aquel momento, una gran canoa tripulada por el hermano del cacique Gacanagari, llegó en frente de la Marigalante y este indígena, subiendo á bordo, ofreció dos imágenes de oro al almirante.

Entre tanto Cristóbal Colon procuraba descubrir su fortaleza y aunque habia anclado enfrente del sitio en que la habia hecho construir, no divisaba el menor vestigio de ella. Muy inquíeto por la suerte de sus compañeros bajó á tierra. ¡Cuál no fue allí su sorpresa al encontrar solo cenizas! ¿Qué habia sido de sus compañeros? ¿Habian pagado con su vida aquela primera tentativa de colonizacion? El almirante hizo disparar á un tiempo mismo toda la artillería de las embarcaciones para anunciar su llegada á la isla Española. Pero ninguno de sus compañeros apareció.

Desesperado Colon, envió al punto mensajeros al cacique Guacanagari. Estos á su regreso trajeron funestas noticias. De creer á Guacanagari, otros caciques irritados con la presencia de los estranjeros en su isla, habian atacado á estos desgraciados colonos y los habian asesinado. El mismo Guacanagari habia sido herido defendiéndoles, y en prueba de ello enseñaba el cacique la pierna con una venda de algodon.

Cristóbal Colon no dió crédito á este relato del cacique, pero resolvió disimular, y al dia siguiente, cuando fué á bordo Guacanagari, le dispuso una buena acogida. El cacique aceptó una imágen de la Vírgen y se la colgó al cuello. Mostróse muy sorprendido al ver los caballos que le enseñaron, pues estos animales eran desconocidos para él, lo mismo que para sus compañeros. Terminada su visita, volvió el cacique á la playa, penetró de nuevo en la region de las montañas y ya no se le volvió á ver mas.

El almirante despachó entonces á uno de sus capitanes, con trescientos hombres á sus órdenes, con la mision de esplorar el país y apoderarse del cacique. Este capitan penetró en las regiones del interior, pero no encontró rastro alguno del cacique ni de los desgraciados colonos. Durante la escursion, habia descubierto un gran rio y un puerto muy seguro á que dió el nombre de Puerto Real.

Colon, no obstante el mal éxito de su primera tentativa, resolvió fundar una nueva colonia en aquella isla que parecia rica en metales de oro y plata. Sus naturales hablaban sin cesar de minas situadas en la provincia de Cibao. Partieron pues á comprobar estas aserciones Alfonso de Ojeda y Corvalan, en el mes de enero con una numerosa escolta, y descubrieron cuatro rios con arenas auríferas, trayendo una pepita que pesaba nueve onzas.

El almirante al ver estas riquezas se confirmó en su idea de que la isla Española debia ser la célebre Ofir de que habla el libro de los Reyes. Buscó pues un sitio para fundar una ciudad, y á diez leguas del Este de Monte Cristi á la embocadura de un rio que formaba un puerto, echó los cimientos de la Isabela, y el dia de la Epifanía oficiaron en la Iglesia trece sacerdotes en presencia de una inmensa concurrencia de naturales.

Colon pensó entonces en enviar noticias de la colonia al rey y á la reina de España. Preparáronse pues á volver á Europa doce navíos cargados de oro recogido en esta isla y de diversos productos de la misma bajo el mando del capitan Torres. Esta flotilla se hizo á la vela el dia 2 de febrero de 1494, y poco tiempo despues Cristóbal Colon envió todavía uno de los cinco buques que le quedaban, con el lugarteniente Bernardo de Pisa de quien tenia motivos de queja.

No bien se restableció el órden en la colonia de la Isabela dejó en ella el almirante á su hermano don Diego, en calidad de gobernador, y partió con quinientos hombres deseoso de visitar por sí mismo las minas de Cibao. El país que atravesó este pequeño ejército presentaba una admirable fertilidad; en él maduraban las hortalizas en trece dias; el trigo, sembrado en febrero, daba magníficas espígas en abril y cada año producia dos abundantes cosechas. Traspusieron sucesivamente valles y montañas, siendo preciso á veces hacer uso del pico para abrir una ruta á través de aquellas tierras todavía vírgenes, y por fin llegaron los españoles á la provincia de Cibao. Allí, en una colina situada á la orilla de un gran rio, hizo construir el almirante un fuerte de piedras y madera; lo cercó de un buen foso y le dió el nombre de Santo Tomás, para burlarse de algunos de sus oficiales que no creian en las minas de oro. Y verdaderamente hacian mal en dudar de ellas, porque de todas partes les traian los indígenas pepitas y granos de oro que cambiaban con premura por abalorios y especialmente por cascabeles cuyo sonido argentino les excitaba á bailar. Además, este pais no era solamente el país del Oro; era tambien el pais de las especias y de los aromas, formando los árboles que los producian verdaderos bosques, de suerte que los españoles no podian dejar de fecilitarse por haber conquistado una isla tan opulenta.

Despues de haber dejado encargada la custodia del fuerte de Santo Tomás á cincuenta y seis hombres mandados por don Pedro de Margarita, Cristóbal Colon volvió á emprender el camino de la Isabela á principios de abril. Grandes lluvias contrariaron su regreso. A su llegada encontró la colonia naciente en el mayor desórden; amenazábales el hambre por falta de harina, y tambien por falta de molinos; soldados y operarios se hallaban estunuados por las fatigas. Colon quiso obligar á los hidalgos á que acudieran en su auxilio, empero estos llenos de orgullo, aunque estaban muy deseosos de adquirir fortuna, no querian bajarse á recogerla y se negaron á todo trabajo material y mecánico. Los sacerdotes los apoyaron y Colon se vió obligado á mostrarse severo, y á poner en entredicho las iglesias. Sin embargo, no podia prolongar su permanencia en la Isabela, y tenia

M.C.D. 2018

prisa de descubrir otras tierras. Así, pues, formó un consejo para gobernar la colonia compuesto de tres nobles y del jefe de los misioneros bajo la presidencia de don Diego, y el 24 de abril, volvió á hacerse á la mar, con tres navíos para completar el ciclo de sus descubrimientos.

La flotilla bajó hácia el Sur, y en breve descubrióse una isla nueva que llamaron los naturales la Jamáica. La parte elevada de esta isla se hallaba formada por una montaña de pendientes muy suaves. Sus habitantes parecian ingeniosos y dados á las artes mecánicas; pero de carácter poco pacífico. Muchas veces se opusieron al desembarque de los españoles, mas fueron rechazados y concluyeron por formar un tratado de alianza con el almirante.

De la Jamáica Cristóbal Colon dirigió sus investigaciones mas al Occidente. Creia haber llegado al punto en que colocaban los geógrafos antiguos el Quersoneso, la region de oro del Occidente. Fuertes corrientes le rechazaron hácia Cuba, cuya costa recorrió en una estension de doscientas veinte y dos leguas. Durante esta navegacion muy peligrosa por entre arrecifes y pasos estrechos, contó mas de setecientas islas; recorrió gran número de puertos y entró frecuentemente en relacion con los indígenas.

En el mes de mayo, los vijías de los navíos señalaron gran numero de islas herbáceas fértiles y habitadas. Colon aproximándose á tierra penetró en un rio, cuyas aguas estaban tan calientes que nadie podia meter la mano en ellas; hecho indudablemente exagerado y que nunca han justificado los descubrimientos posteriores. Los pescadores de esta costa empleaban para la pesca cierto pez llamado «remora» (1), que hacia entre ellos lo que el perro respecto del cazador.

«Este pez era de forma desconocida: tenia el cuerpo semejante á una gran anguila, y detrás de la cabeza una piel en figura de bolsa para coger los pescados. Llevan este pez atado al buque con una cuerda y metido siempre en el agua; porque no puede soportar la mirada del aire. Cuando ven un pez ó una tortuga, que allí son mas grandes que un escudo, sueltan este pez aflojando la cuerda; el cual, al sentirse libre acomete mas rápido que una flecha al referido pez ó tortuga, le arroja encima de su piel á manera de bolsa y lo sujeta con tal fuerza por la parte que aparece fuera de la concha que nadie se la puede arrancar de modo alguno, si no es sacándolo fuera del agua, y tirando poco á poco de la cuerda, pues en cuanto ve el esplendor del aire, suelta su presa. Los pescadores bajan cuanto juzgan necesario para coger la presa y meterla dentro de su nave, y atan al pez cazador con tanta cuerda cuanta necesitan para ponerle en su sitio, y con otra cuerda le dan por recompensa una poca carne de la presa que ha hecho.»

La esploracion de las costas continuó hácia el Occidente. El almirante visitó diversas comarcas en las cuales abundaban los ansarones, los ánades, las garzas y esos perros mudos que se comian los naturales como si fueran cabritos y que deben ser almimiguis (2). Entretanto, los bancos de arena eran cada vez mas numerosos, librándose de ellos los navíos con dificultad. El almirante procuraba sin embargo no alejarse de estas playas que deseaba reconocer. Un dia creyó ver en una punta de tierra varios hombres vestidos de blanco, á quienes tomó por hermanos de la órden de Santa María de la Merced, y envió algunos marineros para hablar con ellos; ¡pura ilusion de óptica! estos pretendidos monges no eran otra cosa que grandes garzas de los Trópicos á quienes la distancia daba la apariencia de séres humanos.

Durante los primeros dias de junio tuvo que detenerse Colon para carenar sus navíos, cuyos cascos se hallaban muy deteriorados por las hondonadas de la costa. El 7 del mismo mes, hizo celebrar una misa solemne en la playa, y durante el oficio llegó un viejo cacique, el cual terminada la ceremonia ofreció algunos frutos al almirante. Despues, este soberano indígena pronunció algunas palabras que los intérpretes tradujeron de esta suerte:

«Hásenos referido el modo como te has hecho »dueño de estas tierras que te eran desconocidas, »estendiendo tu poder en ellas y que tu presencia »ha causado á los pueblos y á los habitantes un gran »temor. Pero creo deber exhortarte y advertirte que »cuando las almas se separan de los cuerpos se abren »ante ellas dos caminos: el uno lleno de tinieblas y »de tristeza, destinado á los que molestan y hacen »daño al género humano; el otro, agradable y lleno de »delicias, reservado á los que en vida amaron la paz »y el sosiego de las gentes. Asi, pues, si te acuerdas »de que eres mortal y de que las recompensas futu»ras se miden por las obras de la vida presente, es»toy seguro de que no molestarás á nadie.»

¿Qué filósofo de los tiempos antiguos ó modernos hubiese hablado mejor y en lenguaje mas bello? Toda la parte humana del cristianismo se refleja en estas magníficas palabras, pronunciadas por boca de un salvaje. Colon y el cacique se separaron encantados uno de otro, no siendo quizá quien quedó mas sorprendido de los dos el anciano indígena.

Por otra parte, toda esta tribu parecia vivir practicando los excelentes preceptos indicados por su jefe. La tierra era comun entre los naturales, como el sol, el aire y el agua. Lo mio y lo tuyo, causa de toda discordia, no existia en sus costumbres y vivian contentos con poco. «Están en la edad de oro, dice la relacion; no cercan con vallados sus posesiones; dejan sus jardines abiertos; no tienen leyes, ni libros, ni jueces; pero por su propio natural siguen lo que es justo, y consideran malo é injusto al que se compace en perjudicar á otro.»

Al abandonar la tierra de Cuba, Cristóbal Colon volvió hácia la Jamáica, recorriendo toda la costa ó lado del Sur hasta su extremidad oriental. Tenia intencion de asaltar las islas de los caribes y destruir aquel foco de malhechores. Pero á consecuencia de sus vigilias y fatigas, se vió atacado de una enfermedad que le obligó á suspender sus proyectos. Tuvo pues que regresar á la Isabela, donde, bajo la influencia de su sano clima y del descanso, recobró la salud, gracias á la solicitud de su hermano y de sus familiares.

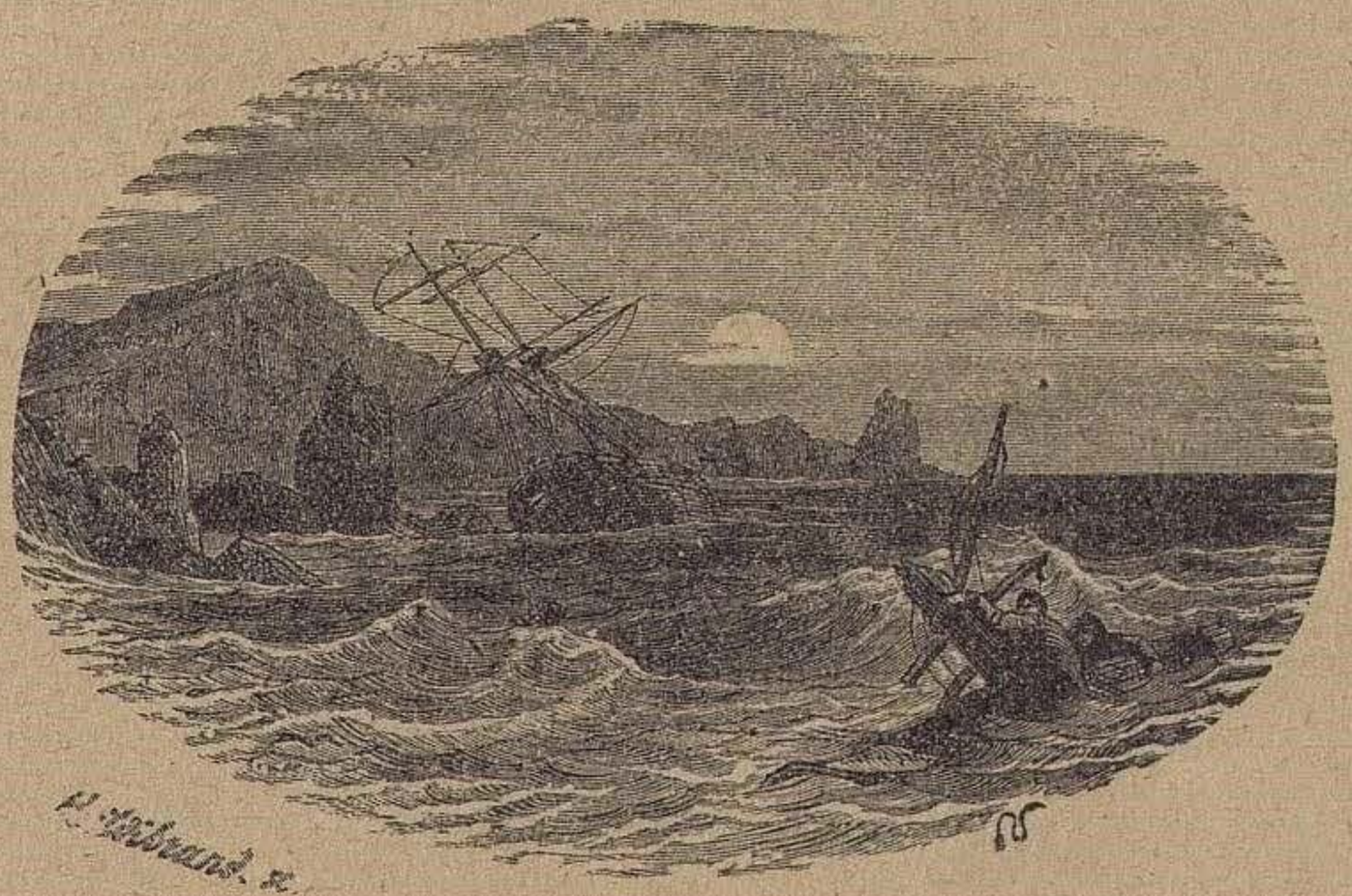
Por lo demás, la colonia reclamaba imperiosamente su presencia. El gobernador del fuerte de Santo Tomás habia sublevado á los indígenas con sus crueles exacciones. Don Diego, el hermano de Cristobal Colon, le habia hecho observaciones que no habian sido escuchadas. Este gobernador, durante la ausencia de Colon, habia regresado á la Isabela, y se habia embarcado para España en uno de los navíos que acababan de conducir á la isla Española á don Bartolomé, hermano segundo del almirante.

Entre tanto Colon, habiendo recobrado la salud, no podia dejar que se pusiera en duda la autoridad que habia delegado en sus representantes, y resolvió castigar al cacique que se habia rebelado contra el gobernador de Santo Tomás. Ante todo, envió á nueve hombres bien armados á apoderarse de un temible cacique llamado Caonabo. Su jefe, Ojeda, con una intrepidez de que dió mas adelante nuevas pruebas, arrebató al cacique en medio de los suyos.

(1) Género de peces acaptonterijios, cuyo principal carácter consiste en tener un disco plano, situado en el vértice del cráneo, compuesto de varias láminas transversales, movibles y dentadas en su borde. Por medio de este órgano se adhieren á cualquiera cuerpo, y es muy comun verlos pegados á la piel áspera de las lijas y de los tiburones. Se llama así este pez, porque los antiguos decian que detenia el curso de los barcos.

(2) Animales carnívoros que se crian especialmente en el Brasil, llamados tambien vulpejas. (D. de G.)

M.C.D. 2018



Ciclón en la costa de Honduras.

y le llevó preso á la Isabela. Colon hizo embarcar á este indígena para Europa, pero naufragó la nave que le llevaba y no se oyó hablar mas de él.

Entre tanto llegó á Santo Domingo con cuatro buques Antonio de Torres, que habia sido enviado por el rey y la reina á cumplimentar á Colon. Fernando se declaró muy satisfecho del buen éxito del almirante, y queria establecer un servicio mensual de trasportes entre España y la isla Española.

La captura de Caonabo habia suscitado una sublevacion general de los indígenas, quienes pretendian vengar á su jefe ultrajado y deportado injustamente. Solo el cacique Guacanagari, á pesar de la parte que habia tomado en la muerte de los primeros colonos, permaneció fiel á los españoles. Cristóbal Colon, acompañado de don Bartolomé y del cacique, marchó contra los rebeldes. En breve encontró un ejército de naturales cuyo número, evidentemente exagerado, se hace llegar por aquel á cien mil hombres. Como quiera que sea, este formidable ejército fue derrotado por un simple destacamento compuesto de doscientos infantes, veinticinco perros y veinticinco caballos. Esta victoria restableció aparentemente la autoridad del almirante. Impúsose un tributo á los vencidos. Los indios, próximos á las minas, tuvieron que pagar cada tres meses una pequeña medida de oro, y los que estaban mas distantes veinticinco libras de algodon. Pero la sublevacion solo estaba comprimida y no extinguida. A la voz de una mujer. Anacaona, viuda del Caonabo, se sublevaron los indígenas por segunda vez, y llegaron hasta arrastrar en su sedicion á Guacanagari que habia permanecido fiel hasta entonces á Colon; despues, destruyendo los campos de maiz y todas las plantaciones, huyeron á las montañas. Entonces se vieron reducidos los españoles á todos los horrores del hambre, y ejercieron con los naturales horribles represalias. Afírmase que la tercera parte de la poblacion indígena pereció de hambre; de enfermedades ó á manos de los compañeros de Cristóbal Colon. Estos desgraciados indios pagaban caras sus relaciones con los conquistadores europeos.

Cristóbal Colon habia entrado en el camino de los reveses. Mientras que su autoridad se veia mas y mas comprometida en la isla Española, su reputacion y su carácter sufrian violentos ataques en España. No estaba él allí para defenderse, y los oficiales que habia enviado á la madre patria, le acusaban en alta voz de mostrarse injusto y cruel, y aun llegaron á insinuar que el almirante trataba de declararse independiente del rey. Fernando, imbuido por estas indignas acusaciones, nombró un comisario á quien encargó que apreciara los hechos referidos y que fuera á las Indias occidentales. Era este comisario un noble llamado Juan de Aguado. La eleccion de este caballero, destinado á cumplir una mision de confianza, no fue acertada. Juan de Aguado era de un espíritu parcial y prevenido. Llegó pues en el mes de octubre al puerto de la Isabela, y en el momento en que el almirante, ocupado en sus exploraciones se hallaba ausente, comenzó tratando con suma altivez al hermano de Cristóbal Colon. Don Diego apoyándose en su título de gobernador general, rehusó someterse á las intimaciones del comisario del rey.

Juan de Aguado se disponia pues á volver á España, no llevando mas que muy incompletas informaciones, cuando un terrible huracan echó á pique en el puerto los bajeles que le habian conducido. No habia pues mas que dos carabelas en la isla española. Cristóbal Colon, que habia vuelto á la colonia, obrando con una grandeza de alma que nunca se admirará demasiado, puso una de estas embarcaciones á disposicion del comisario régio, con la condicion de que él se embarcaria en la otra para justificarse en presencia del rey.

A tal estado habian llegado las cosas cuando fue-

M.C.D. 2018

ron descubiertas nuevas minas de oro en la isla Española. El almirante suspendió su marcha. La codicia tuvo el poder suficiente para cortar toda clase de discusiones. No se habló pues ni del rey de España, ni de la informacion que habia mandado abrir. Acudieron muchos oficiales á los nuevos terrenos auríferos, donde encontraron pepitas, algunas de las cuales pesaban hasta veinte onzas, y asimismo un peñasco de ámbar, de peso de trescientas libras. Colon hizo levantar dos fuertes para protejer á los marineros, el uno en el límite de la provincia de Cibao y el otro en las orillas del rio Hayna. Tomada esta precaucion y urgiéndole justificarse, partió para España.

Las dos carabelas abandonaron el puerto de Santa Isabela el 10 de marzo de 1496 Cristóbal Colon llevaba á bordo doscientos veinticinco pasajeros y treinta indios. El 9 de abril, tocó en Marigalante y el 10 hizo agua en la Guadalupe, donde sostuvo una refriega bastante viva con los naturales. El 20 dejó esta isla poco hospitalaria, y por espacio de un mes tuvo que luchar contra los vientos alisios. El 11 de junio se divisó la tierra de Europa, y á la mañana siguiente entraban las carabelas en el puerto de Cádiz.

Este segundo regreso del gran navegante no fue saludado como el primero con el entusiasmo de las poblaciones, al cual habia sucedido la frialdad y la envidia. Los mismos compañeros del almirante se volvian contra el, pues de-corazonados y sin ilusiones, no trayendo consigo aquella fortuna por la que habian corrido tantos peligros y soportado tantas fatigas, se mostraban injustos, puesto que no era culpa de Colon, el que las minas explotadas hasta entonces costaran mas de lo que producian.

Sin embargo, el almirante fue recibido en la córte con cierto favor. El relato de su segundo viaje le volvió á conquistar las simpatías perdidas. ¿Acaso, no habia descubierto, durante esta expedicion las islas Dominica, Marigalante, Guadalupe, Monserrat, Santa María, San Martin, Santa Cruz, Puerto Rico y Jamáica? ¿No habia efectuado un nuevo reconocimiento de Cuba y de Santo Domingo? Colon combatió pues vivamente á sus adversarios, y aun empleó contra ellos el arma de la ironía. A los que negaban el mérito de sus descubrimientos les propuso que hicieran sostenerse un huevo en equilibrio sobre una de sus extremidades, y cuando se convencieron de que no podian conseguirlo, el almirante cascando un poco su cáscara, plantó el huevo derecho haciéndole descansar en su parte cascada. «¿No habíais pensado en ello, no es verdad? Pues bien, todo es lo mismo.»

4.

Tercer viaje.—Madera.—Santiago del archipiélago del Cabo Verde.—La Trinidad.—Se ve por primera vez la costa americana de Venezuela, mas allá del Orinoco, actualmente provincia de Cumaná.—Golfo de Pavia.—Los jardines.—Tabago.—Granada.—Margarita.—Cubaga.—La isla Española durante la ausencia de Colon.—Fundacion de la ciudad de Santo Domingo.—Llegada de Colon.—Insubordinacion de la colonia.—Quejas en España.—Envia el rey á Bobadilla á averiguar la conducta de Colon.—Prenden á Colon y le envian á España encadenado, con sus dos hermanos.—Su llegada á presencia de Fernando é Isabel.—Recobra el favor real.

Cristóbal Colon no habia renunciado todavía á proseguir sus conquistas mas allá del Océano Atlántico. Ni las fatigas, ni la injusticia de los hombres podian detenerle. Despues de haber triunfado, no sin dificultad, de la malevolencia de sus enemigos, consiguió organizar una tercera expedicion bajo los auspicios del gobierno español. El rey le concedió ocho buques, cuarenta ginetes, cien infantes, sesenta marineros, veinte mineros, cincuenta labradores, veinte artesanos de diferentes oficios, treinta mujeres, médicos y hasta músicos. Prometióse además al almirante que todas las penas criminales que se impusieran en el reino serian conmutadas por deportacion á las islas; de esta suerte se anticipaba á los ingleses en la idea tan inteligente de poblar las nuevas colonias con reos arrepentidos á quienes debia rehabilitar el trabajo.

Cristóbal Colon se dió á la vela el 30 de mayo del año 1498, no obstante hallarse padeciendo de la gota y estar todavía enfermo á causa de los disgustos que habia esperimentado despues de su regreso. Antes de partir supo que le espiaba una flota francesa á la altura del cabo de San Vicente, con el objeto de poner obstáculos á su expedicion. Para evitar esto, se dirigió á la isla Madera y desde esta isla envió á todos sus buques, menos tres, al mando de los capitanes Pedro Arana, Alonso Sanchez de Carbajal y Juan Antonio Colon, que era pariente suyo. El mismo con un navío y dos carabelas, puso la proa al Mediodía con la intencion de cortar el Ecuador y buscar tierras mas meridionales, que segun la opinion generalmente admitida, debian ser mas ricas en producciones de todas clases.

El 27 de junio tocó la flotilla en las islas de la Sal y de Santiago, que forman parte del archipiélago del Cabo Verde. Desde aquí volvió á partir el 5 de julio; hizo veinte leguas al Sudoeste esperimentó las grandes calmas y los calores tórridos, y al llegar á tierra Leona se dirigió directamente hácia el Oeste.

El 31 de julio, á medio dia, uno de los marineros anunció tierra. Era una isla situada al estremo Nordeste de la América meridional, y muy próxima á la costa. El almirante le dió el nombre de la Trinidad, y toda la tripulacion entonó el *Salve Regina* con acentos de gratitud. Al dia siguiente, 1.° de agosto, á cinco leguas del punto señalado, el buque y las dos carabelas anclaron cerca de la punta de Alcataraz. El almirante hizo bajar á tierra algunos de sus marineros para renovar sus provisiones de agua y de leña. La costa parecia deshabitada, pero notábanse en ella numerosas huellas de animales que debian ser cabras.

El 2 de agosto, una larga canoa ocupada por veinticuatro naturales, se acercó á los buques. Estos indios de elevada estatura, mas blancos de piel que los indígenas de la isla Española, llevaban en la cabeza un turbante de lienzo de algodon de vivos colores, y alrededor del cuerpo un tonelete de la misma tela. Procuróse hacerlos subir á bordo, ofreciéndoles espejos y diges de vidrio, y los marineros para inspirarles mas confianza, comenzaron á bailar alegres danzas; pero los naturales, espantados con el ruido del tamboril, que les pareció una demostracion hostil, contestaron con una nube de flechas y se dirigieron hácia una de las carabelas; allí intentó apaciguarlos un piloto dirigiéndose hácia ellos, pero en breve se alejó la canoa y no volvió á aparecer.

Cristóbal Colon se hizo entonces nuevamente á la mar, y descubrió una nueva isla, á la que dió el nombre de Gracia; pero lo que creyó ser una isla, era realmente la costa americana; eran las riberas de Venezuela que forman el delta del Orinoco, entrecortado por las múltiples ramas de este rio. Aquel dia fue cuando descubrió verdaderamente Colon el continente americano, aunque sin saberlo, por la parte de Venezuela que se llama provincia de Cumana.

Entre esta costa y la isla de la Trinidad, forma la mar un golfo peligroso, el golfo de Paria, en el cual difícilmente puede resistir un buque las corrientes que impulsan al Oeste con suma rapidez. El almirante se creia en alta mar, y corrió grandes peligros en este golfo, porque los rios del continente, sumamente crecidos por una avenida accidental, precipitaban sobre sus navíos masas de agua considerables. Hé aquí en qué términos refiere Cristóbal Colon este

M.C.D. 2018

incidente en la carta que escribió al rey y á la reina.

«Hallándome en el puente á una hora avanzada de la noche, oí una especie de rugido terrible; traté de penetrar la oscuridad, y de improviso ví la mar, semejante á una colina tan alta como mis navíos, que se adelantaba lentamente sobre ellos por la parte del Sur. Por encima de esta colina, venia una corriente con grande estrépito. Creí verdaderamente entonces que estábamos á punto de ser tragados, y aun en el dia esperimento una impresion dolorosa á semejante recuerdo; mas por fortuna, pasaron la corriente y el oleaje: se dirigieron hácia la embocadura del canal donde lucharon por largo tiempo y desaparecieron.»

Sin embargo, á pesar de las dificultades de esta navegacion, el almirante, recorriendo esta mar cuya agua era mas apacible á medida que se elevaba hácia el Norte; reconoció diversos cabos, el uno al Este en la isla de la Trinidad, el cabo de Peña-Blanca; el otro al Oeste en el promontorio de Paria, que es el cabo de Lapa; vió muchos puertos, entre otros el puerto de los Monos, situado á la embocadura del Orinoco. Colon tomó tierra hácia el Oeste de la punta Cumana, y obtuvo muy buena acogida por parte de los habitantes, que eran numerosos. Hácia el Occidente, mas allá de la punta Alcataraz era magnífico el terreno, y los indígenas afirmaban que en él se recogia mucho oro y perlas.

Colon hubiera querido permanecer algun tiempo en esta parte de la costa; pero no se veia en ella ningun abrigo para sus buques; y por otra parte, su salud sériamente alterada y su vista afectada bastante gravemente, reclamaban descanso y le urgia llegar al puerto de la Isabela, tanto por él como por su tripulacion que se hallaba fatigada. Avanzó pues, por la costa venezolana cuanto pudo, manteniendo relaciones con los indígenas. Estos indios eran de muy buena complexion y de agradable fisonomía; sus habitaciones revelaban cierto gusto; tenian casas con sus fachadas, y en ellas se veian algunos muebles bien hechos. Llevaban al cuello placas de oro. En cuanto al terreno era soberbio; sus rios, sus montañas, sus bosques inmensos constituian como una tierra de predileccion. Asi fue que el almirante bautizó esta hermosa comarca con el nombre de Gracia, y trató de probar por medio de una larga discusion, que allí estuvo situada la cuna del género humano; allí, aquel Paraiso terrenal que habitaron Adan y Eva por tanto tiempo. Para comprender hasta cierto punto esta opinion del gran navegante, no debe olvidarse que creia hallarse en las riberas del Asia. Este sitio encantador, fue llamado por él los Jardines.

El 23 de agosto, despues de haber salvado no sin peligros, ni fatigas, las corrientes de aquel estrecho, Cristóbal Colon salió del golfo de Paria por el paso llamado la Boca del Dragon, cuya denominacion se ha conservado hasta nosotros. No bien llegaron á alta mar los españoles, descubrieron la isla de Tabago, situada al Nordeste de la Trinidad; mas al Norte, la Concepcion, hoy Granada. Entonces el almirante puso la proa al Sudoeste, y volvió hácia la costa americana, la cual siguió en una estension de cuarenta leguas; recorrió el 25 de de agosto la poblada isla Margarita, y finalmente la isla de Cubaga, situada cerca de tierra firme. En este sitio, habian fundado los indígenas una pesquería de perlas, y se ocupaban en recoger este precioso producto. Colon envió á tierra una canoa, y efectuó varios cambios muy ventajosos, pues por pedazos de loza ó cascabeles, obtuvo muchas libras de perlas, algunas de las cuales eran muy gruesas y de un magnífico oriente.

Habiendo llegado á este punto de sus descubrimientos, se detuvo el almirante, pues aunque la tentacion de esplorar este país era grande, la tripulacion y su mismo jefe se hallaban estenuados. Emprendióse pues la ruta hácia Santo Domingo, donde intereses mas graves requerian la presencia de Cristóbal Colon.

El almirante, antes de su partida habia autorizado á su hermano para echar los cimientos de una nueva ciudad. Con este objeto, don Bartolomé habia recorrido las diversas comarcas de la isla. Habiendo encontrado á cincuenta leguas de Isabela un puerto magnífico, en la embocadura de un hermoso rio, trazó las primeras calles de una ciudad, que fue mas adelante la de Santo Domingo. En este sitio fue donde fijó su residencia don Bartolomé, mientras don Diego permaneció de gobernador de la Isabela. De esta suerte reunian los dos hermanos de Colon toda la administracion de la colonia; pero agitábanse ya muchos descontentos y se disponian á rebelarse contra la autoridad. En estas circunstancias fue cuando llegó el almirante á Santo Domingo, el cual dió la razon á sus hermanos, quienes por otra parte habian administrado bien los negocios; y publicó una proclama para reducir á la obediencia á los españoles rebeldes. Despues, el 18 de octubre, hizo partir cinco bajeles á España, con un oficial encargado de dar á conocer al rey los nuevos descubrimientos y el estado de la colonia, puesto en peligro por los fautores del desórden.

En aquel momento, los asuntos de Cristóbal Colon tomaban mal giro en España. Desde su partida, no habian cesado de acumularse las calumnias contra él y sus hermanos. Algunos rebeldes, arrojados de la colonia, denunciaban esta nueva disnatía de los Colones, y escitaban los celos de un monarca vanidoso é ingrato. La misma reina, hasta entonces fiel protectora del marino genovés, se disgustó al ver llegar en los bajeles un convoy de trescientos indios arrancados de su país y tratados como esclavos. Pero Isabel ignoraba que semejante abuso de fuerza se habia verificado sin saberlo Colon y durante su ausencia. No por eso dejó de ser juzgado menos responsable el almirante, y para conocer su conducta, envió la córte á la isla Española á un comendador de Calatrava, llamado Francisco Bovadilla, al cual se dieron los títulos de intendente de justicia y de gobernador general, lo que era realmente destituir á Colon. Bovadilla, investido con este poder discrecional, partió con dos carabelas á fines de junio de 1500 y el 23 de agosto, los colonos apercibieron dos navios que trataban de entrar en el puerto de Santo Domingo.

Cristóbal Colon y su hermano don Bartolomé, estaban entonces ausentes haciendo levantar un fuerte en el canton de Xaragua, de cuyo mando estaba encargado en su nombre don Diego. Bovadilla saltó á tierra y fué á oir misa, desplegando durante esta ceremonia una ostentacion muy significativa; despues, mandó á don Diego que compareciese á su presencia y le ordenó que resignara sus poderes en sus manos. Avisado Cristóbal Colon por un mensajero, llegó á toda prisa. Enteróse de las cartas patentes de Bovadilla, y no bien las hubo leido, le reconoció como intendente de justicia, pero no como gobernador general de la colonia.

Entonces Bovadilla le entregó una carta del rey y de la reina, concebida en estos términos:

«Don Cristóbal Colon, nuestro almirante en el Occeano.

«Hemos ordenado al comandante don Francisco Bovadilla que os explique nuestras intenciones. Os ordenamos que le deis fe y ejecuteis lo que os diga de nuestra parte.

YO EL REY; YO LA REINA.»

M.C.D. 2018

No se hacia mencion en aquella carta del título de virey que pertenecia á Colon segun el convenio firmado solemnemente por Fernando é Isabel. Colon reprimió su justa cólera y se sometió. Pero levantóse contra el almirante caido en desgracia todo el campo de los falsos amigos. Todos los que debian su fortuna á Colon se volvieron contra él, y le acusaron de haber querido hacerse independiente ¡Necias acusaciones! ¡Cómo habia de habérsele ocurrido tal idea á un genovés que estaba solo, en medio de una colonia de españoles!

Bovadilla juzgo la ocasion propicia para cebarse en él. Don Diego estaba ya preso; el gobernador hizo aherrojar á don Bartolomé y al mismo Cristóbal Colon. Acusado el almirante de alta traicion, fue embarcado con sus dos hermanos, siendo conducidos á España en un bajel, mandado por Alonso Vallejo. Este oficial, hombre de ánimo resuelto, avergonzado del trato que sufria Colon, quiso quitarle las ligaduras que le sujetaban; pero Colon se negó á ello. El que habia conquistado el nuevo mundo, quiso llegar cargado de cadenas al reino de España que habia enriquecido.

El almirante hizo bien en obrar así, porque al verle en tal estado de humillacion, atado como un malhechor, tratado como un criminal, se sublevó el sentimiento público. El reconocimiento hácia el hombre de génio abrióse paso al través de las malas pasiones sobrescitadas tan injustamente. Fue aquello una sublevacion de cólera contra Bovadilla. El rey y la reina, arrastrados por la opinion, reprobaron ágriamente la conducta del comendador, y dirigieron á Cristóbal Colon una afectuosa carta, convidándole á ir á la córte.

Tuvo, pues, aun un gran dia Colon. Presentóse delante de Fernando é Isabel, no como ausado, sino como acusador; luego, destrozándole el alma el recuerdo de los indignos tratamientos que habia sufrido, prorumpió en llanto el graude hombre é hizo llorar á los que le rodeaban. Esplicó su conducta con altivez. Acusábasele de ambicion; de haberse enriquecido con la administracion de la colonia, y se presentaba tal como se encotraba, casi sin recursos; ¡el que acababa de descubrir un mundo no poseia un tejado bajo el cual poder abrigar su cabeza!

Isabel, buena y compasiva, lloró con el anciano marino y estuvo largo rato sin poder contestarle; hasta tal punto la ahogaban las lágrimas. Finalmente salieron de sus labios palabras afectuosas; aseguró á Colon que contara con su proteccion: le prometió vengarse de sus enemigos; se escusó de la mala eleccion que habia hecho, enviando á Bovadilla á las islas, y juró que haria un castigo ejemplar. Sin embargo, rogó al almirante que esperase algun tiempo antes de tomar nuevamente posesion de su gobierno, con el fin de que los ánimos prevenidos contra él pudiesen volver á recobrar el sentimiento del honor y de la justicia.

Cristóbal Colon quedó tranquilizado con las bondadosas palabras de la reina; mostróse satisfecho de la manera como le habia recibido, y comprendió la necesidad de que trascurriera el plazo que le pedia la reina Isabel. Sus principales deseos eran continuar sirviendo á su país y á su soberano adoptivo, dejando entrever las grandes empresas que podian intentarse en la vía de los descubrimientos. En efecto, su tercer viaje, no obstante su corta duracion, no habia sido infructuoso, y el mapa se habia enriquecido con los nombres nuevos de la Trinidad, el golfo de Paria, la costa de Cumana y las islas Tabago, Granada, Margarita y Cubaga.

5.

Cuarto viaje: Una flotilla de cuatro buques.—La Gran Canaria.—La Martinica.—La Dominica.—Santa Cruz.—Puerto Rico.—La Isla Española.—La Jamáica.—La isla de los Caimanes.—Isla de Pinos —Isla de Guanaja.—Cabo Honduras. —La costa americana de Trujillo en el golfo de Darien.—Islas Limoares.—Isla Huerta.—Costa de Veragua.—Terrenos auríferos.—Rebelion de los indígenas.—El sueño de Colon.—Porto Bello.—Las Mulatas.—Detencion en la Jamáica.—Miseria.—Sublevacion.—Sublevacion de los españoles contra Colon.—El eclipse de luna.—Llegada de Colon á la Isla Española.—Regreso de Colon á España.—Su muerte el 20 de marzo de 1506.

Cristóbal Colon habia reconquistado en la córte de Fernando é Isabel, todo el favor que se le debia. Aunque á veces el rey le manifestara todavía cierta frialdad, la reina le protegia calurosa y ostensiblemente. Sin embargo, no se le habia devuelto aun su título de virey; pero el almirante, como hombre superior no lo reclamó. Tuvo, por otra parte, la satisfaccion de ver á Bovadilla destituido, no solo por el abuso que habia hecho de su poder, sino tambien porque su conducta para con los indios habia llegado á ser atroz. Este hombre llevó su inhumanidad hasta el punto de que durante su administracion disminuyera sensiblemente la poblacion indígena.

Entre tanto, la Isla Española comenzaba á ver cumplidas las promesas de Colon, el cual no pedia mas de tres años para aumentar en sesenta millones las rentas de la corona. Recogíase el oro en abundancia en aquellas minas mejor esplotadas: ya un esclavo habia desenterrado en las orillas del rio Hayna un pedazo que pesaba tres mil seiscientos escudos de oro, y podia ya preverse que las nuevas colonias encerraban riquezas incalculables.

El almirante, no pudiendo permanecer inactivo, pidió al punto que se le permitiera emprender el cuarto viaje, no obstante contar la edad de setenta años. Las razones que alegaba en favor de esta nueva expedicion eran muy plausibles. En efecto, un año antes del regreso de Colon, el portugués Vasco de Gama, habia vuelto de las Indias, despues de haber doblado el cabo de Buena Esperanza. Pues bien, Colon queria, yendo á él por las rutas del Oeste, mucho mas seguras y mucho mas cortas, hacer una séria competencia al gobierno portugués. Continuaba, pues, sosteniendo, en su creencia de haber llegado á las tierras del Asia, que las islas y continentes descubiertos por él, solo estaban separados de las Molucas por un estrecho. Queria, pues, sin tocar en la Isla Española y en las colonias ya instaladas, ir directamente á las Indias. Así, pues, el virey destituido volvia á ser el audaz navegante de sus primeros años.

El rey accedió á la demanda del almirante, y le confió el mando de una flotilla compuesta de cuatro buques, el *Santiago*, el *Gallego*, el *Vizcaino* y la carabela capitana. El mayor de estos buques no media mas de setenta toneladas; el mas pequeño, tan solo cincuenta. En realidad no eran mas que barcos de cabotaje.

Cristóbal Colon salió de Cádiz el 9 de mayo de 1502 con ciento cincuenta hombres de tripulacion. Llevaba consigo á su hermano Bartolomé y á su segundo hijo, Fernando, de edad apenas de trece años, que era fruto de su segundo matrimonio.

El 20 de mayo, los buques llegaron á la Gran Canaria, y el 15 de junio á una de las islas del Viento, la Martinica; despues tocaron en la Dominica, en Santa Cruz y en Puerto Rico, y finalmente, despues de una feliz travesía, llegaron el 29 de junio delante de la Isla Española.

La intencion de Colon, aconsejado por la reina, era no poner el pie en esta isla, de donde habia sido tan indignamente arrojado; pero no soportando la

M.C.D. 2018

mar su carabela, por ser de mala construccion y siendo urgente reparar su carena, el almirante pidió al gobernador permiso para entrar en el puerto.

El nuevo gobernador que habia sucedido á Bovadilla, era un caballero de la órden de Alcántara, llamado Nicolás Ovando, hombre justo y moderado. Sin embargo, por un esceso de prudencia, pretestando que la presencia de Colon en la colonia podria ocasionar desórdenes, le negó la entrada en el puerto. Colon ahogó en su corazon la indignacion que debia causarle semejante conducta, y correspondió con un buen consejo á tan mal proceder.

La flota que debia conducir á Bovadilla á España, y asimismo el enorme pedazo de oro é inmensas riquezas, estaba dispuesta á darse á la vela; pero el tiempo amenazaba tormenta, y habiendo observado Colon con su perspicacia de marino, señales de una próxima borrasca, hizo que se comprometiera el gobernador á no esponer los buques y sus tripulaciones. Ovando no hizo caso alguno del consejo del almirante. Los buques se hicieron á la mar, y aun no habian legado á la punta oriental de la isla, cuando un terrible huracan hizo perecer veintiuno de ellos, con toda su tripulacion y cuanto llevaba. Ahogáronse Bovadilla y la mayor parte de los enemigos de Cristóbal Colon, mientras que por una escepcion, por decirlo así providencial, el buque que llevaba los restos de la pequeña fortuna de los Colones, se libró del desastre. El Océano acababa de tragarse sobre diez millones de oro y de piedras preciosas.

Entre tanto, las cuatro carabelas del almirante, rechazadas del puerto, habian huido ante la tempestad, y aunque fueron desamparadas y apartadas unas de otras, consiguieron volver á reunirse. La borrasca las llevó el 14 de julio á la vista de la Jamáica, desde donde las arrastraron grandes corrientes al Jardin de la Reina, y despues en direccion del Este, cuarto Sudoeste. La flotilla luchó entonces durante sesenta dias, sin hacer mas de sesenta leguas, siendo al fin rechazada hácia la costa de Cuba, lo cual ocasionó el descubrimiento de las islas Caimanes, y de la isla de los Pinos.

Cristóbal Colon hizo entonces rumbo hácia el Sudoeste por medio de mares que ningun buque europeo habia recorrido todavía. Lanzábase nuevamente en la vía de los descubrimienlos con todas las apasionadas emociones del navegante. La fortuna le condujo hácia la costa septentrional de la América, reconoció la isla de Guayana el 30 de julio, y el 14 de agosto tocó en el Cabo de Honduras, esa lengua de tierra que, prolongada por el istmo de Panpmá, reune los dos continentes.

Así, pues, costeababa Colon por segunda vez, sin saberlo la verdadera tierra americana. Siguió los contornos de aquellas playas durante mas de nueve meses, en medio de peligros y de luchas de todo género, y levantó el plano de estas costas, desde el sitio donde estuvo despues Trujillo hasta el golfo de Darien. Cada noche echaba el áncora para no alejarse de la tierra, y así llegó hasta el límite oriental que termina bruscamente en el cabo de Gracias á Dios.

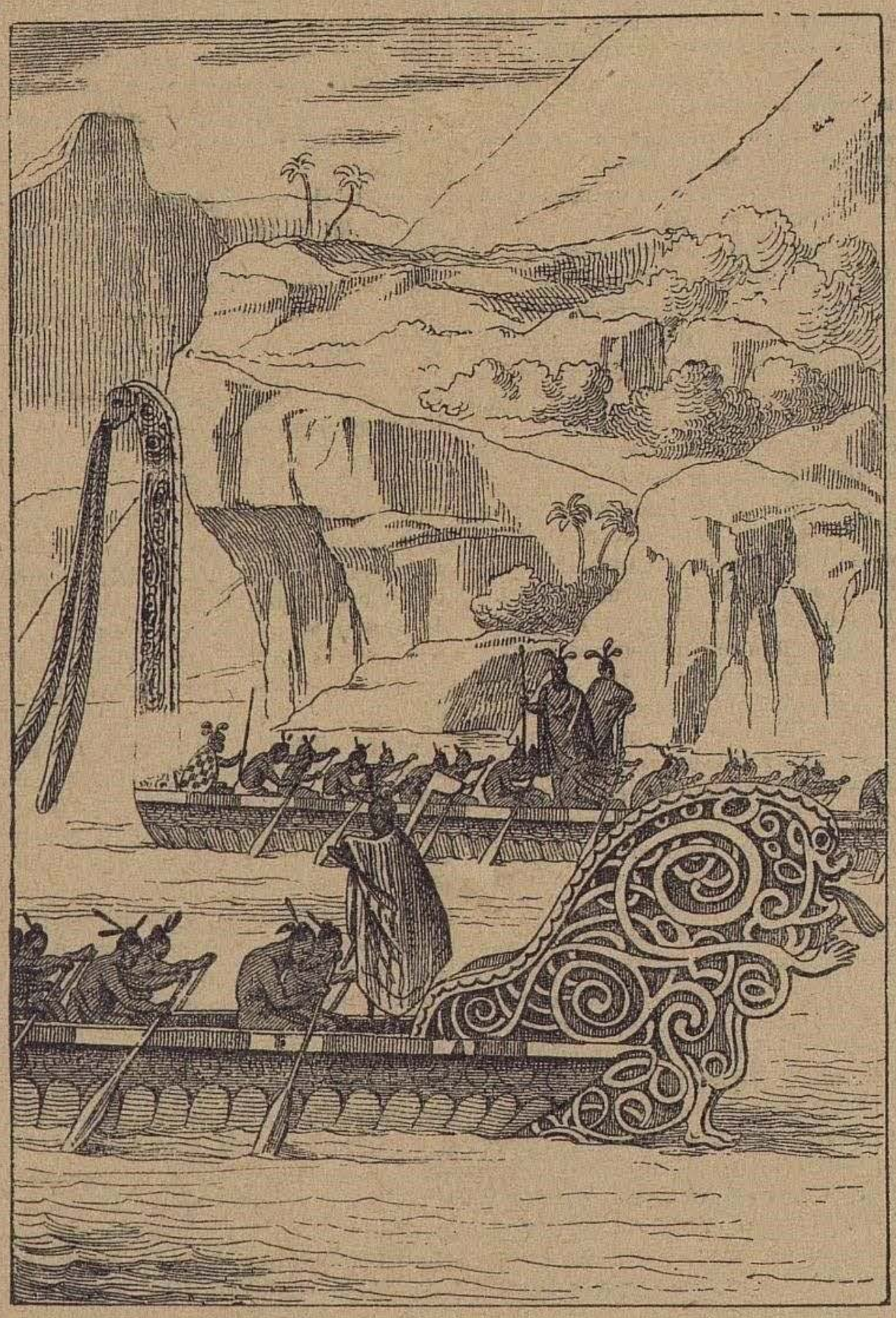
Dobló este cabo el 14 de setiembre, pero el almirante se vió asaltado por golpes de viento tan fuertes cuales jamás habia esperimentado el mas antiguo marinero de su tripulacion. Hé aquí en qué terminos refiere este terrible episodio en su carta al rey de España: «Por espacio de ochenta dias continuaron las olas sus asaltos, y mis ojos no vieron ni el sol, ni las estrellas, ni planeta alguno; mis buques entreabiertos; mis velas rotas; las járcias, las lanchas y la arboladura, todo se habia perdido; mis marineros, enfermos y consternados, se entregaban á los piadosos deberes de la religion; ninguno dejaba de ofrecer en voto peregrinaciones y todos se confesaban mútuamente, temiendo á cada instante ver el término de su existencia. He presenciado muchas tempestades, pero ninguna tan prolongada y tan violenta. Muchos de mis hombres que pasaban por marineros intrépidos perdieron el valor; pero lo que me llegaba profundamente al alma era la afliccion de mi hijo, cuya juventud acrecentaba mi desesperacion, y á quien consideraba víctima de mayores penas y tormentos que ninguno de nosotros. Solamente Dios le prestó tanta fortaleza, pues él solo reanimaba el valor y escitaba la resignacion de los marineros en sus duros trabajos: finalmente, parecia un navegante envejecido en las tempestades ¡cosa admirable y difícil de creer! y que venia á comunicarme alguna satisfaccion en las penas que me agoviaban. Hallábame enfermo, y varias veces creí aproximarse mi último instante... Finalmente, para colmo de desgracia, veinte años de servicios, de fatigas y de peligros, no me han procurado utilidad alguna, puesto que actualmente no poseo un techado en España, y cuando quiero tomar algun descanso y los alimentos mas comunes, tengo que acudir á una posada; y aun llega á contecerme con frecuencia, que no me es posible pagar mi escote...»

¿No indican estas líneas los grandes y supremos dolores con que se hallaba abrevada el alma de Cristóbal Colon? En medio de tantos peligros é inquietudes ¿cómo podia conservar la energía necesaria á un jefe de espedicion?

Todo el tiempo que duró la tempestad, los buques recorrieron la costa que lleva sucesivamente los nombres de Honduras, isla de los Mosquitos, Nicaragua, Costa-Rica, Veragua y Panamá. Las doce islas Limoares fueron descubiertas durante este período. Finalmente, el 25 de setiembre, se detuvo Colon entre la isla de la Huerta y el continente; luego, el 5 de octubre, partió de nuevo, y despues de recorrer la bahía del Almirante, echó el áncora delante de la aldea de Cariay. Allí fueron reparados los buques, y descansaron hasta el 15 de octubre.

Cristóbal Colon creyó entonces haber llegado no lejos de la embocadura del Ganges, y al hablarle los naturales de cierta provincia de Ciguara, cercada por el mar, parecian confirmar esta opinion. Suponian tambien que la comarca encerraba abundantes minas de oro, la mas importante de las cuales se hallaba situada á unas veinticinco leguas hácia el Sur. El almirante volvió á hacerse á la mar y comenzó á seguir la escarpada costa de Veragua. En esta parte del continente los indios parecian muy salvajes. El 26 de noviembre entró la flotilla en el puerto del Retrete, que forma el puerto actual de Escribanos. Los buques, roidos por los gusanos, se hallaban en el mas lamentable estado, por lo que fue preciso reparar sus averías y prolongar la permanencia en el Retrete. Colon no salió de este puerto sino para sufrir otra tempestad mas horrible aun que las anteriores. «Durante nueve dias, dice, permanecí sin ninguna esperanza de salvacion Jamás hombre alguno vió una mar mas violenta y mas terrible; hallábase cubierta de espuma: el viento no permitia seguir hácia adelante sin dirigirse hácia algun cabo: y me retenia en aquella mar, cuyas olas parecian de sangre, y estaban hirviendo como si estuvieran al fuego. Jamás ví un cielo de mas espantoso aspecto, ardiendo todo un dia y una noche como un horno: despedia sin cesar rayos y centellas, de suerte que temia á cada momento ver desaparecer las velas y los mástiles. Retumbaba el trueno con tan horrible estrepito, que parecia que iba á destruir nuestros buques; y entre tanto caia la lluvia con tal violencia, que parecia un nuevo diluvio. Estenuados los marineros con tantas fatigas y tormentos, invocaban la muerte como término á tantos males; mis buques estaban abiertos por do quiera, y las lanchas, las án-

M.C.D. 2018



Piragua de guerra neo-zelandesa. (Facsímile, grabado antiguo.)

coras. las jarcias y las velas, todo estaba perdido.»

Durante esta larga y penosa navegacion, el almirante habia recorrido cerca de trescientas cincuenta leguas. La tripulacion habia agotado sus fuerzas. Vióse, pues, obligado á retroceder y á ganar la costa de Veragua; pero no habiendo encontrado un abrigo seguro para sus buques, se fué no lejos de la embocadura del rio de Belen, que es en el dia el rio Yebra, en la cual fondeó el dia de la Epifanía del año 1503. A la mañana siguiente volvió á comenzar la tempestad, y en el dia 24 de enero esperimentó tan rápida crecida el rio, que se rompieron las amarras de los buques y no pudo salvárseles sino con gran trabajo.

Sin embargo, el almirante, no olvidando el objeto principal de su mision en estas nuevas tierras, habia conseguido establecer relaciones con los indígenas. El cacique de Belen se mostraba complaciente y designó á cinco leguas en el interior, una comarca donde debian ser muy ricas las minas de oro. El 6 de febrero Cristóbal Colon espidió hácia el sitio indicado un destacamento de setenta hombres, bajo la direccion de su hermano Bartolomé. Despues de haber atravesado un terreno muy accidentado y surcado por rios tan sinuosos, que hubo que cruzar uno de ellos treinta y nueve veces durante el trayecto, los españoles llegaron á los terrenos auríferos, que eran inmensos, y se estendian hasta perderse de vista. Abundaba el tanto oro en ellos, que un hombre solo podia recoger una medida en diez dias. En cuatro horas recogieron Bartolomé y sus compañeros una cantidad enorme, y volvieron á donde estaba el almirante, el cual, no bien supo este resultado, determinó establecerse en la costa é hizo construir en ella barracas de madera.

Las minas de esta region eran verdaderamente de una incomparable riqueza; parecian inagotables, y por ellas olvidó Colon á Cuba y Santo Domingo. Su carta al rey Fernando demuestra su entusiasmo, y es cosa estraña que este hombre escribiera las siguientes palabras, que ni son propias de un filósofo, ni de un cristiano: «¡Oro, oro! ¡escelente cosa! ¡Del oro provienen las riquezas! ¡Con él se consigue todo en el mundo, y su poder es á veces suficiente para hacer que entren las almas en el Paraiso!.»

Los españoles trabajaban, pues, con ardor en amontonar oro en sus buques. Hasta entonces las relaciones con los indígenas habian sido pacíficas, á

M.C.D. 2018

pesar de estas gentes de un carácter feroz. Pero en breve, irritado el cacique con la usurpación que habián efectuado los extranjeros, resolvió degollarlos y quemar sus habitaciones Un día, pues, se arrojó sobre los españoles con fuerzas considerables. Los indios fueron rechazados. El cacique cayó prisionero con toda su familia; pero sus hijos y él mismo consiguieron escaparse, y ganaron la región de las montañas con gran número de sus compañeros. Más adelante, en el mes de abril, formando los indígenas una tropa considerable, atacaron por segunda vez á los españoles que los esterminaron en gran parte.

Entre tanto la salud de Colon se empeoraba cada dia. Faltábale el viento para hacerse á la mar, lo cual le desesperaba. Un dia, rendido de fatiga, se quedó dormido. En su sueño oyó una simpática voz que le dictó estas palabras que vamos á repetir testualmente, porque están impregnadas de cierta religiosidad estática que comp eta la personalidad del anciano navegante. Hé aquí cuáles fueron:

«¡Oh, insensato! ¿Por qué tanta lentitud en creer y en servir á tu Dios, el Dios del universo? ¿Hizo acaso mas por Moises y por David su siervo? Desde tu nacimiento no te demostró la mas tierna solicitud; y cuando llegaste á la edad de realizar sus designios ¿no hizo resonar gloriosamente tu nombre por la tierra? ¿No te ha dado las Indias, esa patria tan rica del mundo? ¿No te ha dejado en libertad de ofrecerlas en homenaje á quien quieras? ¿A quién sino á tí prestó los medios de ejecutar sus proyectos? La entrada del Océano estaba impedida con cadenas que no se podian romper, y Dios te entregó las llaves para que entraras. Tu poder fue reconocido en tierras remotas y tu gloria fue proclamada por todos los cristianos ¿Mostróse Dios mas favorab e al pueblo de Israel cuando le sacó del Egipto? ¿Protegió mas eficazmente á David cuando le hizo, de pastor, rey de Judea? Vuélvete hácia El y reconoce tu error, porque su misericordia es infinita. Tu vejez no será obstáculo para verificar las grandes cosas que te esperan, porque en sus manos tiene los destinos mas brillantes. ¿No tenia cien años Abrahan y no habia pasado Sara de su primer juventud cuando nació Isaac? Apelas á un auxilio inseguro. Responde: ¿quién te ha espuesto á tantos peligros? ¿Ha sido Dios ó el mundo? Nunca falta Dios á las promesas que concede á sus servidores. No es, pues, El quien despues de haber recibido un siervo, pretende que no se han seguido sus instrucciones y quien da á sus órdenes nueva interpretacion. No es El quien reviste con favorables colores los actos arbitrarios. No da á sus palabras interpretaciones contrarias á su sentido; lo que promete lo concede con usura. S empre procede asi. Ya te he dicho todo lo que el Creador ha hech o por tí; en este momento te muestra el premio y la recompensa de los peligros y de las penas de que has sido blanco por el servicio de otros.» Y yo, aunque estenuado por los padecimientos, escuché este discurso, pero no tuve toda la fuerza necesaria para contestar á promesas tan seguras, y me contenté con llorar mis errores. Aquella voz acabó de hablar en estos términos: «Espera y confia; tus trabajos serán grabados en mármol, y lo serán con justicia.»

Cristóbal Colon, no bien se sintió restablecido, pensó en abandonar esta costa. Hubiera querido fundar en ella un establecimiento ó factoria, pero sus tripulantes no eran bastante numerosos para que se arriesgara á dejar parte de ellos en tierra. Las cuatro carabelas estaban carcomidas por los gusanos. Tuvo, pues, que abandonar una de ellas en Belen y se puso á la vela el dia de Pascua. Mas apenas entró treinta leguas mar adentro, se declaró una vía de agua en uno de los buques. El almirante tuvo que volver á ganar la costa á toda prisa y llegó felizmente a Porto Bello, donde dejó aquella embarcación cuyas averias eran irreparables. La flotilla no se componía ya entonces mas que de dos carabelas, in chalupas, casi sin provisiones, y tenía que recorrer siete mil millas. Remontó, pues, la costa, pasó por delante del puerto de su Retrete, reconoció el grupo de las Mulatas y penetró en el golfo de Darien, el cual fué el punto extremo que tocó en el Este Colón.

En 1.° de mayo el almirante se dirigió hácia la isla Española; el 10 de mayo habia llegado á la vista de las islas Caimanes; pero no pudo dominar los vientos que le rechazaron al Noroeste hasta cerca de Cuba. Allí, en una tempestad, en medio de los arrecifes, perdió sus velas, sus áncoras y chocaron entre sí sus dos buques durante la noche Despues, arrojándola el huracan hácia el Sur, volvió con sus deshechas embarcaciones á la Jamáica, fondeando el 23 de junio en el puerto de San-Gloria, que despues fue la bahía de Don Cristóbal. El almirante queria ganar la isla Española, donde habia los recursos necesarios para recompensar sus buques, recursos que faltaban absolutamente en la Jamáica; pero sus dos carabelas, carcomidas por los gusanos, parecidas «á panales de abejas,» no podian intentar impunemente esta navegacion de treinta leguas. Ahora bien: ¿cómo enviar un mensaje á Ovando, gobernador de la isla Española?

Entre tanto las carabelas hacian agua por todas partes, y el almirante tuvo que abandonarlas; luego trató de organizar la vida comun en estas riberas. Los indios fueron en seguida en su auxilio y suministraron á la tripulacion los víveres que necesitaba. Pero estos desgraciados marineros, que habian pasado tantos trabajos, manifestaban su descontento contra el almirante y se hallaban dispuestos á rebelarse contra él. El desgraciado Colon, quebrantado por la enfermedad, no se levantó ya de su lecho de dolor

En estas circunstancias fue cuando los valientes oficiales Mendez y Fieschi propusieron al almirante que intentara hacer en piraguas indias la travesía de la Jamáica á la isla Española. En realidad era un viaje de do cientas leguas, porque era preciso volver á subir la costa hasta el puerto de la colonia. Pero los valerosos oficiales estaban dispuestos á hacer frente á toda clase de peligros, porque se trataba de la salvacion de sus compañeros. Cristóbal Colon, comprendiendo esta audaz proposicion que él mismo hubiera hecho en cualquiera otra circunstancia, autorizó á Mendez Nuñez y Fieschi para que partiesen. El almirante, sin buques y casi sin víveres, permaneció con su tripulacion en aquella isla salvaje.

En breve la miseria de estos náufragos, pues tal nombre pudiera dárseles, fue tanta, que estalló una sublevacion. Los compañeros del almirante, ciegos de cólera á causa de lo mucho que habian sufrido, se imaginaron que su jefe no se atrevia á volver al puerto de la isla Española cuya entrada le habia negado ya el gobernador Ovando, y creyeron que esta proscricio les comprendia á ellos lo mismo que al almirante. Dijeron tambien que el gobernador, al negar á la flotilla la entrada en los puertos de la colonia, debia haber obrado en nombre del rey. Estos absurdos razonamientos sublevaron aquellos ánimos mal dispuestos y finalmente, el 2 de enero de 1504, el capitan de una de las carabelas, el tesorero militar y dos hermanos llamados Porras, se pusieron á la cabeza de los descontentos. Pretendian regresar á Europa y se precipitaron en la tienda del almirante gritando: ¡á Castilla, á Castilla!

Colon se hallaba enfermo y en cama. Su hermano y su hijo acudieron á escudarle con sus cuerpos. Los rebeldes, á la vista del anciano almirante, se detu-

M.C.D. 2018

neron y aplacóse su ira. Pero no quisieron escuchar sus advertencias y sus consejos; no comprendieron que no podian salvarse sino por medio de un acuerdo general, y trabajando cada uno, olvidándose de sí mismo por la salvacion general. Habian resuelto ya abandonar la isla con cualquier pretesto. Porras y los sublevados concurrieron, pues, á la playa, apoderáronse de las canoas de los indígenas y se dirigieron á la estremidad oriental de la isla. Allí, no respetando ya nada, fuera de sí de furor, saquearon las cabañas de los indios, haciendo de esta suerte al almirante responsable de sus violencias, y arrastraron á algunos desgraciados naturales del pais á bordo de las canoas que habian robado. Porras y los suyos continuaron su navegacion; pero á pocas leguas de la costa fueron sorprendidos por un golpe de viento que les puso en gran peligro, y para aligerar sus embarcaciones, arrojaron sus prisioneros á la mar. Despues de esta bárbara ejecucion intentaron ganar con sus canoas la isla Española como lo habian hecho Mendez y Fieschi, pero fueron obstinadamente arrojados á la costa de la Jamaica.

El almirante, que habia quedado solo con sus amigos y los enfermos, consiguió restablecer el órden en la gente que estaba á sus órdenes. Pero la miseria iba en aumento y el hambre era amenazadora. Los indígenas se cansaban de alimentar á estos estranjeros cuya permanencia se prolongaba en la isla. Por otra parte, habian visto á los españoles reñir entre sí, lo cual habia concluido por dar en tierra con su prestigio. Estos indígenas comprendian al fin que los europeos no eran mas que simples mortales, llegando á no respetarlos y á no temerlos. La autoridad de Colon sobre las poblaciones indias disminuíase, pues, diariamente, y fue preciso una circunstancia fortuita de que se aprovechó hábilmente el Almirante para recobrar un prestigio tan necesario para la salvacion de sus compañeros.

Un eclipse de luna, previsto y calculado por Colon, debia verificarse en un dia determinado. En la mañana misma de este dia el almirante pidió una entrevista á los caciques de la isla. Estos acudieron á la invitacion, y cuando estuvieron reunidos en la tienda de Colon, éste les anunció que queriendo Dios castigarles por su falta de hospitalidad y por sus malas disposiciones para con los españoles, les privaria por la noche de la luz de la luna En efecto, todo aconteció como lo habia anunciado el almirante. La sombra de la tierra fué á ocultar la luna cuyo disco parecia habérselo tragado un mónstruo formidable. Los salvajes espantados se arrojaron á los pies de Colon suplicándole que intercediera con el cielo en favor suyo, y prometiendo poner todas sus riquezas á su disposicion. Colon, pues, fingió hábilmente alguna vacilacion y aparentó rendirse á las súplicas de los indígenas. Con el pretesto de implorar á la divinidad, corrió á encerrarse en su tienda mientras duraba el eclipse, y no volvió á salir de ella hasta el emomento en que iba á terminar el fenómeno Entonces anunció á los caciques que el cielo se habia conmovido á sus ruegos, y estendiendo el brazo, mandó á la luna que volviera á aparecer. En breve el disco salió del cono de la sombra, brillando en todo su esplendor el astro de la noche. Desde aquel dia los indios, reconocidos y sumisos, aceptaron aquella autoridad del almirante que las potestades celestiales les imponian de un modo tan manifiesto.

Mientras tenian lugar estos sucesos en la Jamáica, Mendez y Fieschi habian conseguido su objeto hacia largo tiempo. Estos valientes oficiales, despues de una milagrosa travesía de cuatro dias verificada en una débil canoa, habian llegado á la isla Española. Al punto hicieron saber al gobernador la desesperada situacion de Cristóbal Colon y de sus compañeros. Ovando, rencoroso é injusto, detuvo á los dos oficiales, y con pretesto de que le dieran cuenta del verdadero estado de las cosas, despachó á la Jamáica, al cabo de ocho meses, á un tal Diego Escobar que era enemigo particular del almirante. Escobar, en cuanto llegó á esta isla, no quiso comunicarse con Cristóbal Colon, ni desembarcar; contentándose con echar á tierra, á disposicion de aquellos desgraciados, un cerdo y un barril de vino. Despues se marchó sin admitir á bordo á persona alguna. La conciencia se niega á creer tales infamias que por desgracia son demasiado ciertas.

El almirante se indignó al saber tan cruel burla, pero no se dejó arrebatar ni expresó queja alguna. Además la llegada de Escobar debia consolar á los náufragos, porque probaba que era conocida su situacion. Su salvacion no era pues mas que cuestion de tiempo, con lo que se fueron reanimando poco á poco aquellos españoles.

El almirante intentó entonces atraer á sí á Porras y á los rebeldes, quienes, desde su separacion, no cesaban de talar la isla y de ejercer con los desgraciados indígenas odiosas crueldades. Propúsole congraciarse con él; pero aquellos insensatos respondieron á estas generosas ofertas yendo á atacar á Colon hasta su retiro. Los españoles que habian permanecido fieles á la causa del órden tuvieron que empuñar las armas. Los amigos del almirante defendieron con valor á su jefe. Solo perdieron á uno de los suyos en esta triste lucha, y quedaron dueños del campo, despues de haber hecho prisioneros á los dos hermanos Porras. Los sublevados se arrojaron entonces á las rodillas de Colon, quien, teniendo en cuenta sus padecimientos, los perdonó.

Finalmente, un año despues de la partida de Mendez y de Fieschi, apareció el navio, equipado por ellos á costa de Colon, para volver á su patria á los naufragos. El 24 de junio de 1504, se embarcaron todos los españoles, y abandonando la Jamáica, teatro de tantas miserias morales y físicas, se hicieron á la vela hacia la isla Española.

Al llegar Cristóbal Colon al puerto, despues de una buena travesía, fue muy bien recibido, con grande admiracion suya. El gobernador Ovando, como hombre hábil que no queria ir contra la opinion pública, hizo los honores al almirante. Pero estas favorables disposiciones no debian durar mucho tiempo En breve volvieron á comenzar las murmuraciones y manejos. Entonces. Colon, no pudiendo ni queriendo soportarlos por mas tiempo, humillado y hasta maltratado, fletó dos navíos, cuyo mando dividió con su hermano Bartolomé, y el 12 de setiembre de 1504, tomó por última vez, el camino de Europa.

Este cuarto viaje habia enriquecido la ciencia geográfica con las islas Caimanes, Martinica, Limonares, Guanaga, costas de Honduras, de los Mosquitos, del Nicaragua, de Veraguas, de Costa-Rica, de Porto-Bello, de Panamá, con las islas Mulatas y con el golfo de Darien.

Todavía tuvo que sufrir otra tempestad Colon durante su última travesía del Océano. Su buque fue desmantelado, y su tripulacion tuvo que pasar con él al buque de su hermano. El 19 de octubre, un formidable huracan rompió el palo mayor de este buque el cual hizo en tal disposicion setecientas leguas con su velámen imperfecto. Finalmente, el 7 de noviembre, el almirante entró en el puerto de San Lúcar.

Una triste noticia esperaba á Colon á su regreso. Su protectora la reina Isabel acababa de morir. ¿Quién pues se interesaria en adelante por el anciano genovés?

El rey Fernando, ingrato y envidioso recibió friamente al almirante. No le escatimó ni las evasivas ni las dilaciones, esperando librarse de esta suerte de los tratados solemnemente firmados de su puño; y concluyó proponiendo á Colon una pequeña villa

M.C.D. 2018

de Castilla, Carrion de los Condes, a cambio de sus títulos y dignidades.

Tanta ingratitud y deslealtad abrumaron al ilustre anciano. Su salud tan profundamente alterada no volvió á restablecerse, y la tristeza le condujo rápidamente al sepulcro. El 20 de mayo de 1506 entregó su alma á Dios en Valladolid, á la edad de setenta años, pronunciando estas palabras: «Señor, en vuestras manos encomiendo mi espíritu y mi cuerpo.»

Los restos de Cristóbal Colon fueron depositados en el convento de San Francisco; despues, en 1513 fueron trasladados al convento de los Cartujos de Sevilla. Mas parece que no habia sonado la hora del descanso para el gran navegante ni aun despues de su muerte. En el año 1536 fué trasladado su cuerpo á la catedral de Santo Domingo, y actualmente duermen el eterno sueño en su sepulcro de la Habana, los restos mortales de este hombre de génio á quien nadie puede disputar el descubrimiento del Nuevo Mundo.

M.C.D. 2018

INDICE.

CAPITULO PRIMERO.

Viajeros célebres anteriores a la era cristiana.

HANNON (505). — HERODOTO (484). — PYTHEAS (340).—NEARCO (326).—EUDOXO (146).—CÉSAR (100).—ESTRABON (50) —Hannon el Cartaginés.—Las islas Afortunadas, el Cuerno de la Tarde, el Cuerno del Mediodía, el golfo del rio del Oro.—Herodoto: visita el Egipto, la Líbia, la Etiopia, la Fenicia, la Arabia, la Babilonia, la Persia, la India, la Media, la Colquida, el mar Caspio, la Escitia, la Tracia y la Grecia.—Pytheas esplora las riberas de la Iberia y de la Céltica, la Mancha, la isla de Albion, las Orcadas, la tierra de Thulé.—Nearco visita la costa asiática desde el Indo hasta el golfo pérsico.—Eudoxo reconoce la costa occidental del Africa.—César conquista la Galia y la Gran Bretaña.—Estrabon recorre el Asia interior, el Egipto la Grecia y la Italia. 5

CAPITULO II.

Viajeros célebres de los nueve primeros siglos

PAUSANIAS (174).—FA-HIAN (399) — COSMAS INDICOPLEUSTES (5...) —ARCULFO (700).—WILLIBALD (725.—SOLEYMAN (851).—Plinio, Hippalus, Arriano y Ptolomeo.—Pausanias visita la Atica, la Corintia, la Calonia, la Mesenia, la Elida, la Acaya, la Arcadia, la Boecia y la Fócida.—Fa-Hian esplora el Kantcheu, la Tartaria, la India del Norte, el Pendjab, Ceylan y Java.—Cosmas Indicopleustes y la topografía cristiana del universo.—Arculfo describe á Jerusalen, el valle de Josafat, el Monte Olivete, Belen, Jericó, el Jordan, el Líbanó, el Mar Muerto, Cafarnaum, Nazaret, el Monte Tabor, Damasco Tiro, Alejandría, Constantinopla.—Willibald y los Santos Lugares.—Soleyman recorre el mar de Oman, Ceylan, Sumatra, el golfo de Siam y el mar de la China. 10

CAPITULO III.

Viajeros célebres del X al XIII siglos.

BENJAMIN DE TUDELA (1159 1173).—PLAN DE CARPIN (1245-1247).—RUBRUQUIS (1253-1254).—Los escandinavos en el Norte, la Islandia y la Groenlandia.—Benjamin de Tudela visita Marsella, Roma, la Valaquia, Constantinopla, el archipiéiago, la Palestina, Jerusalen, Belen, Damasco, Balbek, Nínive, Bagdad, Babilonia, Basora, Ispahan, Schirad, Samarkanda, el Thibet, el Malabar, Ceylan, el Mar Rojo, el Egipto, la Sicilia, la Italia, la Alemania y la Francia.—Plan de Carpin: esplora el país del Coman y del Kangita, el Turkestan moderno.—Usos y costumbres de los tártaros.—Rubruquis y el mar Azof, el Volga, el país de los Baskires, Caracorum, Astrakan y Derbend. 5

CAPITULO IV.

Marco Polo (1253-1324).

I.—Interés de los mercaderes genoveses y venecianos en provocar esploraciones en el centro de Asia.—La familia Polo y su posicion en Venecia.—Los dos hermanos Nicolas y Mateo Polo.—Su viaje desde Constantinopla á la córte del emperador de la China.—Su recepcion en la córte de Kublai-Kan.—El emperador los nombra sus embajadores cerca del Papa.—Su regreso á Venecia.—Marco Polo.—Parte con su padre Nicolás y su tio Mateo á la residencia del rey tártaro.—El nuevo pontífice Gregorio X.—La relacion de Marco Polo escrita en francés dictándosela él mismo por Rusticiano de Pisa. . . . 23

II.—La pequeña Armenia.—La grande Armenia.—El monte Ararat.—La Georgia.—Mosul, Bagdad, Bassora, Tauris.—La Persia.—La provincia de Kirman.—Comadi.—Ormuz.—El Viejo de la Montaña.—Cheburgan.—Balk.—El Balaciam.—Carhemira.—Cascegar.—Samarkanda.—Cotan.—El desierto.—Tangut.—Caracorum.—Signan-fu.—Tenduc.—La gran muralla.—Ciandu, la ciudad actual de Chang-tu. La residencia de Kublai-Khan.—Cambaluc, actualmente Peking.—Las fiestas del emperador.—Sus cacerías.—Descripcion de Peking. La casa de la moneda y los billetes de banco chinos.—Los postas del imperio. 24

III.—Tso-cheu.—Tai yen-fu.—Pu yan-fu.—El rio Amarillo.—Si-gnan-fu.—El Sze tchuan.—Chin-tu-fu.—El Thibet.—Li-kiang fu.—El Carajan,—Yung-chang.—Mien.—El Bengala.—El Annam.—El Tai-ping.—Cintingui.—Sindafu.—Te-cheu.—Tsi nan-fu.—Lintsin-cheu.—Lin-Cing.—El Mangi.—Targatcheu.—Ciudades del litoral.—Sin say ó Hantcheu-fu.—El Fo-kien. 29

IV.—El Japon.—Partida de los tres Polo con la hija del emperador y los embajadores persas.—Seignon.—Java.—Condor.—Butang.—Sumatra.—Las islas Nicobar.—Ceylan.—La costa de Coromandel.—La costa de Malabar.—La mar de Oman.—La isla de Socotora.—Madagascar.—Zanzibar y la costa africana.—La Abisinia.—El Yemen el Hadramaut el Oman.—Ormuz.—Regreso á Venecia.—Una fiesta en la casa de los Polo.—Marco Polo prisionero de los genoveses.—Muerte de Marco Polo hácia 1333. 32

M.C.D. 2018

CAPITULO V.

Ibn Batuta (1324-1353).

Ibn Batuta.—El Nilo.—Gaza, Tiro. Tiberias, el Líbano, Balbek, Damasco, Meshed, Bassora, Bagdad, Tebriz, Medina, la Meca.—El Yemen.—La Abisinia.—El país de los Berebéres.—El Zanguebar.—Ormuz.—La Siria.—La Anatolia.—El Asia menor.—Astrakan.—Constantinopla.—El Turkestan.—Heval.—El Indo.—Delhi.—El Malabar.—Las Maldivas.—Ceylan.—El Coromandel.—La Bengala.—Las islas Nicobar.—Sumatra.—La China.—El Africa.—El Niger.—Tembuctu. 35

CAPITULO VI.

Juan de Bethencurt (1339-1425).

I.—El caballero normando.—Sus ideas de conquista.—Lo que se sabia de Canarias.—Cádiz.—El archipiélago de las Canarias.—La Graciosa.—Lanzarote.—Fuerte Ventura.—Lobos.—Juan de Bethencurt regresa á España.—Rebelion de Bernaval.—Entrevista de Juan de Bethencurt y del rey Enrique III.—Visita Gadifer el archipiélago Canario.—La Gran Canaria.—La isla de Hierro.—La isla de Palma. 38

II.—Regreso de Juan de Bethencurt.—Envidia de Gadifer.—Juan de Bethencurt visita el archipiélago.—Gadifer va á conquistar la Gran Canaria. Reyerta de los dos señores.—Regresan á España.—Gadifer es censurado por el rey.—Regreso del caballero Normando.—Los indígenas de Fuente Ventura se hacen bautizar.—Juan de Bethencurt vuelve al país de Caux.—Regreso á Lanzarote.—Desembarque en la costa africana.—Conquista de la Gran Canaria, de la isla de Hierro y de la isla de Palma.—Maciot es nombrado gobernador del archipiélago.—Juan de Bethencurt obtiene en Roma del Papa la creacion de un obispado canario.—Su regreso á su país y su muerte. 41

CAPITULO VII.

Cristóbal Colon (1436-1506).

I.—Descubrimiento de la isla de Madera, de las islas de Cabo Verde, de las Azores, de la Guinea y del Congo.—Cabot y el Labrador.—Tendencias geográficas y comerciales de la edad media.—Error admitido generalmente sobre la distancia que separaba la Europa del Asia.—Nacimiento de Cristóbal Colon.—Sus primeros viajes.—Son rechazados sus proyectos.—Su permanencia en el convento de los Franciscanos.—Es recibido al fin por Fernando é Isabel.—Su tratado de 17 de abril de 1492.—Los hermanos Pinzon.—Armamento de tres carabelas en el puerto de Palos.—Partida del 3 de agosto de 1492. . . 45

II.—Primer viaje: la Gran Canaria.—Gomera.—Variacion magnética.—Síntomas de rebelion.—¡Tierra, tierra!—San Salvador.—Toma de posesion.—Concepcion.—Fernandina ó Gran Exuma.—Isabela ó isla Larga.—Las Mucaras.—Cuba.—Descripcion de la isla.—Archipiélago de Nuestra Señora.—Isla Española ó Santo Domingo.—Islote de la Tortuga.—El cacique á bordo de la *Santa María*.—Encalla la carabela de Colon.—Islote de Monte Cristi.—Regreso.—Tempestad.—Llegada á España.—Homenajes tributados á Cristóbal Colon. 49

III.—Segundo viaje: flotilla de diez y siete naves.—Isla de Hierro.—La Dominica.—Marigalante.—La Guadalupe.—Los Caníbales.—Monserrat.—Santa Maria la Rotonda.—San Martin y Santa Cruz.—Archipiélago de las Once mil Vírgenes.—Isla de San Juan Bautista.—Puerto Rico.—Isla Española.—Asesinato de los primeros colonos.—Fundacion de la ciudad Isabela.—Envio á España de dos buques cargados de riquezas.—Fuerte de Santo Tomás levantado en la provincia de Cibao.—Es nombrado gobernador de la isla Don Diego, hermano de Colon.—La Jamáica.—La costa de Cuba.—La rémora.—Regreso á la Isabela.—Es hecho prisionero el cacique.—Rebelion de los indígenas.—Carestía.—Colon calumniado en España.—Envio de Juan Aguado, comisario de la Isabela.—Las minas de oro.—Partida de Colon.—Su llegada á Cádiz. 57

IV.—Tercer viaje.—Madera.—Santiago del archipiélago del Cabo Verde.—La Trinidad.—Se ve por primera vez la costa americana de Venezuela, mas allá del Orinoco, actualmente provincia de Cumana.—Golfo de Pavía.—Los jardines.—Tabago.—Granada.—Margarita.—Cubaga.—La isla Española durante la ausencia de Colon.—Fundacion de la ciudad de Santo Domingo.—Llegada de Colon.—Insubordinacion de la colonia.—Quejas en España.—Envia el rey á Bobadilla á averiguar la conducta de Colon.—Prenden á Colon y le envian á España encadenado, con sus dos hermanos.—Su llegada á presencia de Fernando é Isabel.—Recobra el favor real. . . 64

V.—Cuarto viaje.—Una flotilla de cuatro buques.—La Gran Canaria.—La Martinica.—La Dominica.—Santa Cruz.—Puerto Rico.—La isla Española.—La Jamáica.—La isla de los Caimanes.—Isla de Pinos.—Isla de Guanaja.—Cabo Honduras.—La costa americana de Truxillo en el golfo de Darien.—Islas Limoares.—Isla Huerta.—Costa de Veragua.—Terrenos auríferos.—Rebelion de los indígenas.—El sueño de Colon.—Porto Bello.—Las Mulatas.—Detencion en la Jamáica.—Miseria.—Sublevacion.—Sublevacion de los españoles contra Colon.—El eclipse de luna.—Llegada de Colon á la isla Española.—Regreso de Colon á España.—Su muerte, el 20 de marzo de 1506. 93

M.C.D. 2018

COCINA MODERNA

TRATADO COMPLETÍSIMO

DE

COCINA, PASTELERÍA, REPOSTERÍA Y BOTILLERÍA

CONTIENE GRAN NÚMERO DE RECETAS DE EJECUCIÓN FÁCIL Y SEGURA

SEGÚN LA PRÁCTICA DE LOS MÁS AFAMADOS COCINEROS ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

COMPRENDIENDO TODOS LOS ÚTILES DE COCINA

EL SERVICIO COMPLETO DE LA MESA

Y ARTE DE TRINCHAR, EL MÉTODO MEJOR PARA ELABORAR EXCELENTES PASTELES, HELADOS LICORES, Y TODO CUANTO SE REFIERE A LA PEQUEÑA Y A LA GRANDE

: : : COCINA ESPAÑOLA, EXTRANJERA Y AMERICANA : : :

Ilustrado con más de 100 grabados intercalados en el texto, y un cromo.

ÚLTIMA EDICIÓN

Forma un elegante tomo en 4.°, de 500 páginas, y se vende en Madrid en todas las librerías a 3 pesetas en rústica, y 4,50 encuadernada en tela.

Los señores libreros obtendrán rebajas de consideración en esta importantísima obra, dirigiéndose a los Sres. Saenz de Jubera, Hermanos, Editores; Campomanes, 10, Madrid.

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Tiempo hacía que se venía careciendo de una edición de esta obra nmortal, que, a la belleza de su impresión, ilustración y baratura, reuniese las *notas históricas, críticas* y *gramaticales* de la Academia Española, Pellicer, Arrieta, Clemencín, Hartzenbusch, Cuesta, Janer, etc.; y esta que ofrecemos al público no solamente las tiene, sino que también lleva la VIDA DE CERVANTES y el BUSCAPIÉ, anotado por el distinguido literato D. Adolfo de Castro.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA es el libro más popular en España, y puede afirmarse que su fama no es menor en el Extranjero, donde se halla traducido a todos los idiomas. EL QUIJOTE es una obra que todo el mundo debe tener en su biblioteca, y que hay que aprender casi de memoria.

En suma: es la edición más completa que ha salido, reuniendo a esto la baratura; pues formando un tomo en 4.° mayor de 542 páginas con 300 grabados intercalados en el texto y *láminas sueltas*, impreso en buen papel y con el retrato de Cervantes en acero, sólo cuesta en Madrid, encuadernado en rústica con una bonita cubierta, 6 pesetas, y en tela con una bonita plancha, 9,50.

Los pedidos se dirigirán a los Sres. Saenz de Jubera, Hermanos, Editores; Campomanes, 10.

M.C.D. 2018

OBRAS DE GORON

EX JEFE DE LA POLICIA DE PARÍS

TRADUCIDAS POR RICARDO GARCÍA DE VINUESA

La inmensa popularidad de las obras del insigne Goron, publicadas en el primer periódico de París, reproducidas en centenares de ediciones, traducidas a todos los idiomas, constituyen uno de los más grandes éxitos de librería. En España los primeros volúmenes alcanzan ya la quinta edicion.

La imaginación más fantaseadora no puede concebir nada tan sensacional, tan sugestivo, tan hondamente interesante como lo que Goron refiere en sus **Memorias** con todo el color de la realidad, el arte de un espíritu culto, la autoridad de un gran prestigio de de notabilísimo jefe de Policía y la encantadora nota de sinceridad que tan considerablemente las avalora.

Las **Memorias de Mr. Goron** constituyen, siendo la verdad y la historia, la novela más interesante, cuya lectura excita tan vivamente la curiosidad como profundamente emociona el ánimo. Son una serie de dramas de la vida relatados por quien ha penetrado y descubierto sus misterios, y ha sido, con riesgo de su existencia, actor importante de los acontecimientos, persiguiendo al criminal, dándole caza, arrancándole la confesión de su delito, siendo el honrado y despierto vigilante de la sociedad que se defiende.

Las aventuras de los primeros años de Goron—verdadera novela pintoresca;—el escandaloso *Trafico de condecoraciones*, que tuvo por consecuencia la caida del poder del presidente Grévy; los crimenes de *Pranzini*, *Prado y Anastay*, matadores de mujeres galantes; el periodo de las *Explosiones anarquistas; Ravachol* y sus secuaces; la pintoresca descripción de la *Alta y baja hampa* parisiense y sus diversos modos de estafar; los *Escándalos del Panamá;* la original figura del gran corruptor *Arton*; la revelación de cómo trabaja la policia en el descubrimiento del crimen y lo que será la *Policía del porvenir*, son los asuntos capitales de las sensacionalísimas **Memorias de Mr. Goron.**

Constan de seis tomos, profusamente ilustrados por Rojas, que se titulan:

El aprendizaje de policía
A través del crimen.
Hampa de París.
Ravachol.
Los vengadores.
Los nihilistas.

3 pesetas tomo.

El amor en París

(NUEVAS MEMORIAS)

En esta segunda serie de sus encantadores libros el ilustre Goron nos ofrece todos los crimenes pasionales, toda la alta y baja galantería parisiense, desde la Gabriela Bompard (que acaba de ser indultada), hasta la vulgar mujerzuela.

El amor en París constituye un sorprendente cinematógrafo, en el que Goron presenta, con su arte de narrador, las estratagemas de los explotadores de la pasión, las trapisondas del amor fingido, los privilegios del vicio dorado, todo ese extraño mundo de *cocottes*, vividores, usureros, actrices, agentes matrimoniales, modistos, peluqueros, sonámbulas, agentes de la autoridad..., toda la gran comparsa de los sainetes, comedias y dramas de amor que se representan a diario en la vida parisiense, bajo la protección y complacencia de los industriales que explotan la inextinguible vena de la pasión.

El amor en París consta de cuatro volúmedes, titulados:

El amor criminal.
Las industrias del amor.
Los parias del amor.
El mercado de mujeres.

3 pesetas tomo.

MISTERIOS DE LOS JUZGADOS

En forma de estudios judiciales y de policía, el célebre Goron pone de manifiesto las luchas de los agentes entre sí; las frecuentes incompatibilidades entre éstos y los jueces, y la posibilidad de errores judiciales, en los que colaboran, con la fatalidad, los prejuicios, el amor propio y el afán de medro y notoriedad de los que tienen la misión de administrar justicia.

Los *Misterios de los Juzgados* son dos tomos, que llevan por títulos:

El ahorcado de Passy.
El calvario de una institutris.

3 pesetas tomo.

MUSEO CRIMINAL titúlase el volumen en que el insigne Goron expone lo que son los falsificadores y los peritos calígrafos; casos de cloroformistas, de domésticos y funcionarios asesinos; el arte de robar; el rey de los ladrones de París; la *Morgue* (depósito judicial de cadáveres de la capital francesa); la pena de muerte en los diferentes países, y el verdugo a través de los siglos.—Este tomo, de 310 páginas con tres fotogrobados, **3 pesetas.**

En **MIS «ULTIMOS CRIMENES»** refiere el jefe de la Seguridad parisiense su intervención oficial en algunos dramas sensacionales que conmovieron la opinion, dando nueva muestra de su sagacidad y singulares dotes.—*Mis «últimos crimenes»* cuesta, como los anteriores, **3 pesetas.**

LAS POLICÍAS EXTRANJERAS

Organización de la policía en todos los países; uniformes; retratos de los principales jefes; crimenes célebres; anécdotas; perros-policías, etc.

Método antropométrico para la identificación de criminales.

Un tomo de 400 páginas, con profusión de grabados y retratos, **4 pesetas.**

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

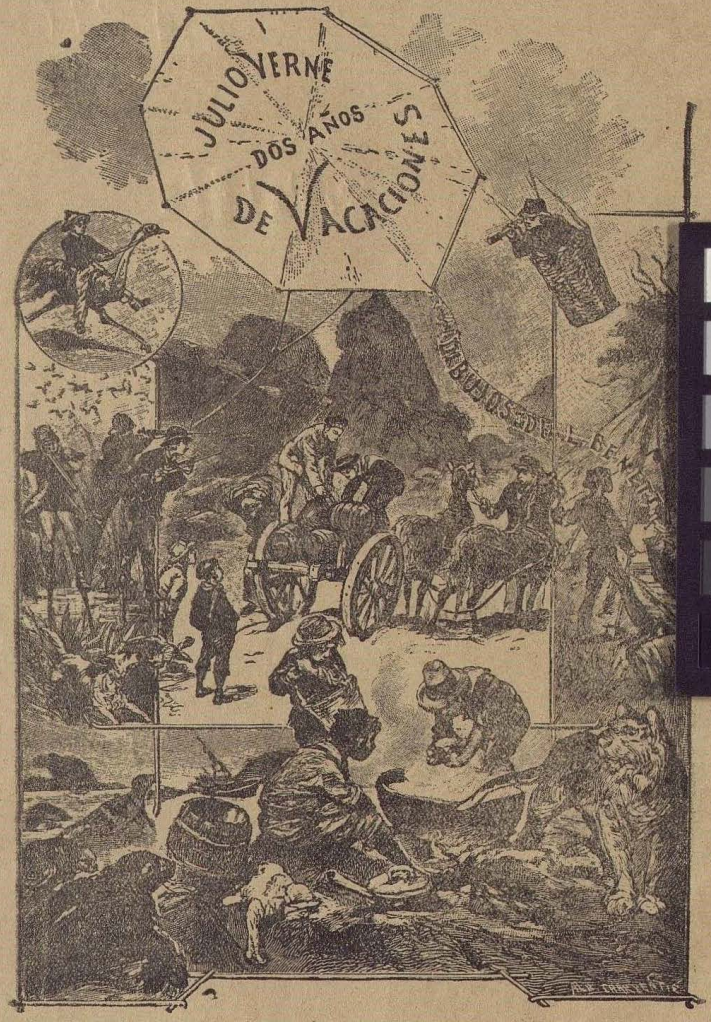
MCD 2018

© D. 2018

M.C.D. 2018

D2.2
6891
No
préstec

R. 42.323



DOS AÑOS
DE
VACACIONES

POR

JULIO VERNE

VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

CEFERINO TERÁN PUYOL

CUADERNO PRIMERO

MADRID
SAENZ DE JUBERA, HERMANOS
EDITORES
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10

M.C.D. 2018